

SHANNON MCKENNA

*Al filo de la
medianoche*

Manderley



Annotation

Un día un pirómano incendia la librería de Liv, en una pequeña ciudad de las montañas de Washington, y descubre que el destino tiene otro revés aguardándola. Entre el humo, los escombros y las lágrimas aparece Sean McCloud, gritando su nombre. Está exactamente igual que el Sean que ella recordaba –el hombre al que todavía deseaba–. Sin embargo el deseo no es lo mismo que la confianza, y no se va a permitir el lujo de dejar que se le acerque demasiado. Pero todavía hay un implacable asesino tras la pista de Liv, y ella morirá a no ser que reúna la fuerza necesaria para descubrir una escalofriante realidad –y unirse en una abrasadora pasión–.

Prólogo

GORDON ESTABA VIENDO EL CULEBRÓN DE LA TELE, que había grabado en vídeo, mientras realizaba su relajante ritual habitual posterior al trabajo: limpiar sus armas, aunque no las había usado para el golpe de ese día. Las imágenes de cuerpos empapados de sangre del asesinato-suicidio múltiple que había puesto en escena aparecían cada vez que cerraba los ojos. Los culebrones estúpidos funcionaban mejor para tranquilizar sus nervios crispados.

Estrés laboral. Era una estupidez, pero lo sobrellevaba.

Las noticias de la noche habían dado mucho juego con la macabra historia del famoso cardiólogo de Seattle que se había vuelto loco a causa de la presión de su trabajo, había asesinado a su bella esposa y a sus dos hijos y después había terminado con su vida. Espantoso. Trágico. A Gordon casi se le saltaron las lágrimas.

Aunque en cuanto recibiera la transferencia bancaria de la segunda parte del pago por el asesinato se le pasaría la llantina, reflexionó. En conjunto había sido un día satisfactorio.

Una actriz confesaba entre lágrimas su embarazo secreto y Gordon agarró el mando para pasar la cinta. Así fue como la vio. Por pura casualidad.

Lo atravesó una oleada de conmoción caliente y fría. Había visto esa cara perfecta sólo una vez. Magnificada a través del objetivo de un rifle de francotirador.

Nunca olvidaría esos ojos grandes y soñadores. Su corazón latió con fuerza.

El programa trataba de algo aburrido y optimista sobre el proyecto de rehabilitación del centro histórico de Endicott Falls. Un animado presentador entrevistaba a su chica perdida para que le hablase sobre su nuevo café librería. Gordon cogió el teléfono y marcó. Le temblaban los dedos de nerviosismo.

El hombre que contestó el teléfono no malgastó palabras.

—¿Sí?

—He encontrado a la chica —dijo Gordon—. La del Proyecto Medianoche.

Hubo una pausa.

—¿Estás seguro de que es ella? —preguntó su jefe—. ¿Después de quince años? Era sólo una adolescente.

Gordon no se molestó en contestar la insultante pregunta.

—¿Quieres que averigüe lo que sabe antes de liquidarla? —Sus ojos exploraron las curvas exuberantes del cuerpo de su chica perdida—. La interrogaré. Sin tarifa extra.

El otro hombre gruñó.

—Olvídate de darte gusto. Han pasado muchos años. Acaba el asunto. Haz que ponga antes una denuncia... Mándale algunas cartas sucias, si tiene perro, mávalo... así, cuando finalmente acabes con ella nadie se sorprenderá.

Ja. Como si necesitara que le dijeran cómo hacer su trabajo. Gordon colgó, rebobinó y estudió su cara. Fresca como una margarita, o eso parecía. Él sabía la verdad. Era taimada. Egoísta. Miren lo que le había hecho; desaparecer, eludirlo durante quince años, por su culpa había un enorme manchón en su reputación profesional. Dentro de él la ira creció como un grano, feo e inflamado. Se deleitó en su picor, caliente, ardiente. Se rindió a ella. Miren esa chica mala, mala. Se había reído de él, todo el tiempo. Pensando que lo había engañado. Pensando que había ganado.

Perra autosatisfecha. Estaba a punto de descubrir lo equivocada que estaba.

Congeló la imagen y le puso el dedo contra la garganta en la pantalla.

Dibujó la curva sonriente de su desdeñosa boca rosa, imaginaba su caliente humedad. La electricidad de la televisión zumbó contra su dedo.

Esto iba a ser divertido.

Capítulo 1

TENÍA ESE SUEÑO CON TANTA FRECUENCIA QUE LE producía una sensación de *déjà vu*. Su gemelo, Kevin, estaba sentado en la piedra que había detrás de la casa, con el aspecto que tenía justo antes de morir: veintiún años, bronceado por el sol, con vaqueros recortados, chanclas. Pelo rubio ceniza que se había cortado él con unas tijeras de cocina. Un hoyuelo se marcaba profundamente en su cara, como si supiera un secreto muy gracioso que Sean no lograba descubrir nunca.

—Se supone que estás muerto —gruñía Sean—. ¿Sería pedirte demasiado que acabaras con esta mierda y me dejaras solo? Vete hacia la luz, o donde coño necesites ir. Avanza, ¡ya!

«Sólo quiero ayudar», decía Kev suavemente. «Podría servirte mi ayuda. Estás yéndote por la alcantarilla, compañero. Shsss, glu, adiós».

—¡Tú no puedes ayudarme! —bramaba Sean—. ¡Estás muerto! ¡Y esta mierda es una tortura! ¡No me ayuda! ¡Nunca me ayudará!

Kev no se inmutaba con su rudeza. «Deja de ser subnormal». Su voz de fantasma adquiría ese tono irritante que había usado siempre cuando trataba con su gemelo. «Tienes que hacer algo con el coche de Liv. Ella está...».

—¡Olvídate de Liv! ¡Deja de torturarme! ¡Déjame solo!

Solo... solo... solo... El eco lo acompañaba mientras se despertaba, empapado en sudor. Nunca lograría acostumbrarse.

Sí, era otro día de mierda. Sí. Kev seguía muerto. Y sí, Kev iba a seguir muerto. Para siempre.

Sería mucho más fácil aceptarlo si su gemelo abandonara sus visitas espectrales. Pero cómo tratar de explicar eso a Kev. Ese gilipollas testarudo.

Tenía los ojos cerrados, y la luz se coló entre sus párpados. Se arriesgó a abrir los ojos y a mirar a hurtadillas. Habitación desconocida. Un reloj que había sobre la mesita de noche marcaba las doce horas y cuarenta y siete minutos. Los datos se amontonaban en su cerebro dolorido. La realidad se instaló, pesada y fría.

Otro fracaso. Su esfuerzo anual por borrar el dieciocho de agosto del calendario no había funcionado todavía. Optimista bobo que era, sin embargo, continuaba intentándolo. El reloj marcó las doce cuarenta y ocho. Aún le quedaban por sufrir once horas y doce minutos de ese maldito día.

Empezó a salir de la cama y se detuvo cuando su pierna tropezó con un muslo sedoso. El ángulo de ese muslo con ese trasero no era anatómicamente posible.

Se esforzó por enfocar los ojos. Ah, ya. Había más de un par de piernas femeninas en la cama. Las líneas de luz que caían oblicuamente a través de las persianas hacían difícil ordenar el enredo de esbeltos miembros.

Había dos chicas acostadas junto a él, una rubia y otra morena. Bonitas nalgas, las cuatro. Redondas y suaves como huevos de pato. La morena tenía la cara oculta por una pesada cascada de pelo oscuro. La cabeza de la rubia estaba bajo la almohada y de ella sobresalían mechones rizados.

Acarició las nalgas que tenía más cerca y recorrió la habitación con la mirada en busca de pruebas de que había tenido sexo seguro. Uno, dos, tres... eeh, un cuarto envoltorio de condón sobre la mesita de noche. Parecería que había cumplido su sagrado deber varonil con las bellas durmientes. Eso estaba bien.

Y estaba empezando a recordarlo, en trozos inconexos. Stacey. La rubia era Stacey. La morena era Kendra.

Se levantó cuidadosamente de la cama. No quería que las chicas despertaran estando él ahí, no importaba lo redondas y sonrosadas que fueran sus nalgas colectivas. Esa mañana no estaba para ser dulce y encantador.

Las miró fijamente, tratando de reconstruir el impulso que lo había llevado a ellas la noche anterior. Probablemente la morena. Con esos hoyuelos en la parte baja de la espalda que apetecía besar, podía casi imaginar que era Liv.

No es que hubiera visto nunca el culo desnudo de Liv. Sólo la había venerado desde lejos, como la altiva diosa virgen que era. Aunque la había venerado minuciosamente con los dedos una vez.

Su pene saltaba como un cachorrito siempre que pensaba en aquella cálida noche de verano en que la había arrinconado en la sala de la colección histórica y le había metido la mano bajo la falda. Recordaba su coño, tierno y apretado en torno a sus dedos. La forma como sus suaves muslos le apretaban la mano. Los sonidos ahogados e inevitables que hizo cuando se corrió.

El olor a libros viejos aún se la seguía poniendo dura.

El placentero camino hacia ese recuerdo se la había puesto como una piedra, a pesar de la resaca. Se masajeó la verga hinchada. Miró el culo aterciopelado de la morena. Medio intentó arreglarse con látex, cerró los ojos y...

Dios, no. Intentó pensar en otra cosa, pero no pudo y se quedó inmóvil, congelado, mientras un relámpago castigador de dolor reverberaba por su cabeza como un gran gong chino. ¡Quince años y todavía seguía colgado de esa chica!

Sería divertido si no fuera tan jodidamente patético.

Sean se frotó la frente palpitante y dejó que la película de Liv rodara en su mente; le había hecho un favor dejándola antes de hacer algo imperdonablemente estúpido, como casarse con ella, el equivalente de echarse al suelo y ofrecerse a ser su felpudo personal. Se habría vuelto loco intentando ser un buen chico y finalmente habría fracasado. Tortura, agonía, humillación, bla, bla, bla. Sabía tan bien el ejercicio que le aburría.

Pero todavía recordaba la mirada de sus ojos cuando le dijo que no quería volver a verla. La distinguía todas las noches, a las cuatro de la mañana, en la cama de cualquier chica donde despertara. Siempre con ese mismo doloroso agujero en las entrañas, mientras pensaba en el error más espectacular de su vida. El terrible error que había cometido.

Miró el culo tentador de la morena y suspiró. Debía haber follado con cientos de mujeres en su esfuerzo por sacarse a esa chica de la cabeza. No había funcionado hasta hora, pero qué caray. Si alguna cualidad tenía, era ser persistente.

Se sintió traicionado por su propio cuerpo. La cantidad de tequila que había bebido la noche anterior debería haber garantizado un olvido completo de sus actos a la mañana siguiente.

Quizá debería golpearse la cabeza con una porra algo más grande. Pero las drogas pesadas no le iban mucho. La desesperación que se apoderaba de la gente que trataba con ellas y las consumía era una cosa deprimente. Ni siquiera le gustaba tanto el alcohol. Cuando bebía metía la pata y acababa poniéndose en situaciones muy embarazosas. A él, personalmente, no le importaba mucho despertar entre barrotes o en la sala de urgencias de un hospital, pero sus hermanos eran otra cosa. Ahora eran hombres honrados, de familia respetable. Pilares de la comunidad. Casados legalmente con sus esposas buenas y encantadoras. A punto de engendrar grandes familias.

Connor y Erin estaban bien encaminados. Sólo a cuatro meses del día D. Un bebé, huy. Tío Sean. ¡Cómo habían cambiado sus hermanos! Tan alegres y normales... Como si no hubieran crecido en el mismo universo paralelo extravagante que él. Los chicos salvajes del loco Eamon.

Era aún peor ese nuevo fenómeno familiar al que se enfrentaba ahora; un

montón de cuñadas preocupadas, confabulándose contra él, tratando de lograr que se abriera y compartiera. Por los clavos de Cristo, Dios lo librara. Eran mujeres estupendas, y era muy bonito que se preocuparan, pero ni hablar, gracias.

Sus vaqueros estaban arrebuajados en un sofá de cuero, debajo de lencería variada. En el suelo aleteó otra caja de preservativos mientras se ponía los vaqueros. Gruñó, sin impresionarse, y rebuscó en los bolsillos.

Típico. Se había gastado el dinero del taxi en bebida para esas chicas, por lo que se deducía de su apariencia. Así que tendría que ir andando a su casa desde... ni siquiera sabía dónde estaba. Salir de juerga era una tarea jodida, a veces.

Un viaje al váter y descubrió otros dos envoltorios de condón. Así que había tenido sexo en la bañera o en la ducha. Miró fijamente los pedazos de papel aluminio mientras se cabreaba, tratando de recordar las aventuras acuáticas. Se sentía sucio.

No es que tuviera problemas morales con hacer un trío con desconocidas. Al contrario. Las chicas eran encantadoras. Pero precisamente esa mañana estaba muy deprimido. Y se iba a poner peor a partir de ese momento.

La cara que le devolvió la mirada desde el espejo del baño era conocida y extraña al mismo tiempo. La cara de su gemelo muerto. Así sería Kev si viviera. No se parecían tanto como otros gemelos, pero su propia cara era todavía el mejor punto de referencia para Sean. Los detalles superficiales eran los mismos. Un cuerpo musculoso, unas cuantas cicatrices. Pelo ondulado de color rubio ceniza, que se había vuelto desgreñado últimamente. Kev tenía un hoyuelo en la barbilla.

La cara sombría que le devolvía la mirada desde el espejo no tenía hoyuelo porque lo tapaba la barba de tres días. Las cuencas de los ojos manchadas con sombras amoratadas daban a sus ojos verdes un tono extrañamente pálido y enfermizo. Las depresiones bajo los huesos de sus mejillas parecían talladas con hacha. Tenía un aspecto grisáceo bajo la luz dura. Pálido como un zombi. Las madres podrían usarlo para asustar a los niños y obligarlos a portarse bien.

Mirarse a un espejo el día dieciocho de agosto lo obligaba a reflexionar en lo que se parecía su cara a la de Kev y en lo que había dejado de parecerse.

Era más duro y más rudo, después de quince años de vida difícil. Tenía un abanico de arrugas torcidas en torno a los ojos. Unos surcos que le enmarcaban la boca.

Los años seguirían pasando y el parecido continuaría desvaneciéndose, hasta que Sean fuera un viejo pájaro arrugado, sin dientes y quejumbroso, que había vivido muchas veces el periodo de la corta vida de Kev. Un enorme abismo de años.

Abrió de un tirón el armarito de las medicinas y revisó el contenido.

Efedrina. Sacó cuatro, se las echó a la boca, las masticó y las tragó.

Se inclinó hacia adelante, apretando la frente que le martillaba contra la fría porcelana del lavabo y soltó una cadena larga y silbante de atroces vulgaridades.

¿No debería haberlo curado ya el tiempo? ¿No era un proceso natural? Todo el mundo acababa recuperándose de la pérdida de un ser querido... ¿Por qué él no? Lo intentaba con todas sus fuerzas, pero ese maldito sentimiento daba vueltas sobre él como un buitre, esperando la oportunidad de picotearle los ojos y de comerle la carne. A veces lo único que deseaba era acostarse de espaldas y dejar que ese viejo buitre se saliera con la suya.

Tenía que largarse de allí. Escabullirse sin café ni cortesías era de mala educación, pero mejor irse antes de que la encantadora máquina de sexo de la noche anterior mutara ante sus ojos convirtiéndose en un zombi gruñón.

Un olisqueo cauteloso a sus sobacos hizo que se mareara. Pero era muy arriesgado darse una ducha. Tampoco podía tomar café, concluyó con pesar, mirando la resplandeciente tecnología para el café que se exhibía en la cocina. El molinillo despertaría a las bellezas y ahí estaría en apuros. Obligado a sonreír, charlar, flirtear, darles el número de teléfono. Dios lo librara.

Salió tambaleándose a un insípido barrio residencial. Sin dinero, sin billetera. Nunca salía la víspera del dieciocho de agosto con tarjetas de crédito, o nada que tuviera su dirección impresa. Sólo dinero en efectivo y condones. Luces destellantes, música a todo volumen, sexo, baile, licor, cualquier cosa que borrara las funciones cognitivas superiores.

Pelear también funcionaba bien, si alguien era tan estúpido de ponerse delante. Le encantaba una buena pelea.

No tenía idea de qué dirección tomar, así que escogió una pendiente que vagamente descendía la colina. Subir la colina aumentaría su ritmo cardíaco y cada latido le golpeaba los tejidos cerebrales como si le fuera a estallar la cabeza.

Hacia abajo. Por el desagüe, como las regañinas que le soltaba Kev en sus sueños. La fiesta, el follar, las peleas... no eran más que un truco barato para distraerse y dejar de pensar en el dolor que sentía y que acabaría por

matarlo.

Desde que murió su hermano se había dedicado a huir, a escapar de ese terrible hoyo en el que, lo sabía, acabaría por hundirse. Era como unas arenas movedizas que lo atraían y que terminarían tragándosele. Si caía, nunca podría volver a salir.

Su padre no había podido, ni tampoco Kev. Habían caído como piedras. Hasta el fondo.

¡Bam! El sonido sordo de la puerta de un coche lo hizo girar y ponerse en guardia antes de darse cuenta de que se había movido.

Se relajó cuando vio a sus hermanos saliendo del todoterreno de Seth Mackey. Luego salieron Seth y Miles.

Sean sintió vértigo. Era una emboscada. Estaba en un buen lío.

Los tipos se miraron unos a otros y él entendió el significado de sus miradas. «Sean se ha vuelto loco otra vez. Rápido, traed la pistola con los dardos tranquilizantes».

La única persona que lo había conocido mejor que Con y Davy había muerto hacía quince años. Lo habría calculado hasta el segundo, si pudiera, pero había sido imposible determinar la hora de la muerte. El cuerpo de Kev se había carbonizado hasta quedar irreconocible tras despeñarse por el Cañón de Hagen. Había atravesado el quitamiedos de la carretera y había caído durante unos segundos eternos. Después, una explosión y la camioneta prácticamente se desintegró. Eso fue todo.

La fatalidad abrupta del hecho aún lo desconcertaba.

No encontraron marcas de derrape en la carretera. Había buscado y buscado. Kev no había tratado de frenar.

Sean vio la camioneta de Kev cayendo reflejada en los ojos de Davy y Connor. Apartó rápidamente la vista. No podía soportarlo, no podía compartirlo. No tenía ningún consuelo que ofrecer y era demasiado rudo para aceptar consuelo de sus hermanos.

Quería esconderse, solo. En una alcantarilla en alguna parte.

Era más fácil mirar a Seth y a Miles a la cara que a sus hermanos. Dirigió hacia ellos su mirada enfurecida.

—¿Quién os ha invitado a esta fiesta, tíos?

Miles se encogió de hombros, con cara preocupada. La boca de Seth se torció en una sonrisa seca.

—Tuve un hermano una vez. No necesito invitación.

Ay. Muy cierto. El hermano menor de Seth también había muerto. De muy

mala manera, y sólo hacía un par de años. Su pérdida estaba más fresca que la de Sean.

Estupendo. Algo más por lo que sentirse como una mierda. Gracias, chicos.

Sean apartó la mirada del rostro de su amigo y la posó, a falta de otro sitio mejor, sobre el Chevy negro de Seth.

—¿Cómo me habéis encontrado?

—Pusimos un transmisor en tu móvil para rastrearte —dijo Con—. Desde una distancia prudente. Sacarte de la cárcel por borrachera y escándalo público es embarazoso.

—Entonces no os molestéis la próxima vez —sugirió Sean—. Dejad que me pudra allí.

Sacó el móvil del bolsillo. Un transmisor dentro de él chupaba la batería del teléfono. Generalmente lo reconfortaba que su familia se preocupara lo suficiente para ponerle programas espías. Ah, qué lindo, y todo eso.

Connor, Davy y Seth habían vivido aventuras locamente salvajes que los habían convencido de que los rastreadores eran una gran idea para toda la familia.

La mayor parte del tiempo, él estaba de acuerdo. Quizá si Kev hubiera llevado uno, Sean lo habría encontrado a tiempo para impedirle...

No. No vuelvas a esos pensamientos, se dijo a sí mismo. No.

Dentro de él brotó una furia impotente. Lanzó el trasto sobre la acera. Explotó contra el asfalto con un ruido metálico.

—Eso ha sido una estupidez y un desperdicio —fue la severa observación de Davy.

Sean continuó caminando. Sus hermanos, Miles y Seth le seguían el paso detrás de él. Como perros esperando un hueso. La única forma de librarse de ellos sería pegarles hasta dejarlos inconscientes, pero eran muy fuertes, y eran tres contra uno... Cuatro, contando a Miles, que gracias a sus hermanos y a las horas pasadas entrenando en el gimnasio estaba cada vez más en forma. Los cuatro juntos... no. El dolor era horrible. Pasaba.

—También era nuestro hermano —dijo Davy discretamente.

Sean tragó aire ásperamente.

—No es mi intención que paséis un mal rato por mi culpa chicos. Os quiero, de verdad, pero os pido amablemente que os vayáis a tomar por el culo.

Hubo una breve pausa.

—No —dijo Connor sencillamente.

—No te molestes en pedirlo de nuevo —dijo Davy.

Otra breve pausa.

—Eeh, lo mismo digo —añadió Seth tardíamente.

Sean se dejó caer contra un muro bajo de piedra que rodeaba un parterre de flores y apoyó la cara contra las manos.

—¿Dónde estoy?

—En Auburn —replicó Davy—. Te seguimos anoche.

—Voy a buscar la camioneta —dijo Seth—. Vosotros echadle un ojo.

Sean gruñó molesto. Como si esperasen que empezara a temblar y a echar espumarajos por la boca.

—¿De quién es la casa en la que has pasado la noche? —preguntó Connor.

Él se encogió de hombros.

—De un par de chicas —balbuceó—. Una rubia y una morena. Buenos cuerpos. Las conocí en el Hueco, creo.

—Eres un puto pendón. —La voz de Davy tenía un tono superior que le resultó irritante.

—No me juzgues —gruñó—. Tú tienes el amor de tu vida en tu cama todas las noches. Lo mismo que Connor y Seth. Así que iros todos a la mierda, ¿de acuerdo? Nosotros los hijos de puta tenemos que pasar la noche de alguna manera.

—Pobre bebé privado de amor —dijo Davy. Miles hizo un ruido ahogado como un ronquido. Connor se tapó la boca y miró para otro lado. El todoterreno se detuvo. Davy y Connor lo cogieron por los codos.

Sean se soltó bruscamente.

—¿Puedo preguntar cuál es el motivo de que me toquéis las pelotas así hoy?

—Puedes preguntar si quieres, pero no necesitamos un motivo —respondió Davy—. Te tocamos las pelotas puramente por costumbre. Pequeño gamberro contestón.

Nada de pequeño. Era tan alto como sus hermanos y más fornido que Connor, pero no tenía fuerzas para discutir. Se echó en la parte de atrás del automóvil. Connor entró por un lado y Miles por el otro apretándolo e inmovilizándolo. Seth puso en marcha el vehículo.

—¿Estás disponible para un trabajo? —preguntó—. No pareces ocupado.

Sean ahogó un gruñido. A veces hacía trabajo externo de guardaespaldas

para SafeGuard, Inc., la empresa de seguridad que habían fundado Seth y Davy recientemente. Solían llamarlo cuando había que manejar explosivos.

Hoy, la idea lo llevó a un estado cercano al rigor mortis.

—Qué, ¿un trabajo de guardaespaldas que nadie más quiere? No estoy de humor para bailarle el agua a un ejecutivo hijo de puta o para llevar la bolsa de la compra a la esposa trofeo de un pez gordo. Sácame de tu lista. Permanentemente.

—No es un trabajo de guardaespaldas —dijo Connor—. Y no es para SafeGuard. Es para mí. Estoy trabajando en un caso extraño. Uno que pone la carne de gallina. La Gruta me llamó para una asesoría. Pensé que podrías estar interesado.

Los trabajos de asesoría de Connor para diversas agencias al servicio de la ley eran siempre fascinantes.

Cedió casi instantáneamente.

—¿Y por qué es tan espeluznante?

—Tenemos un depredador al que le gustan los genios matemáticos y científicos.

—Ah. —Sean parpadeó—. Caramba. Extraño.

—Sí. Seis casos en cuatro meses. En edad universitaria, hombres y mujeres. Aparecen muertos, aparentemente por sobredosis, a la entrada de las discotecas, pero nadie recuerda haberlos visto dentro. Todos dotados para las matemáticas, los ordenadores, la ingeniería. Ninguno tiene familia. Alguien los escoge con mucho cuidado.

Sean se quedó pensativo.

—¿Evidencias de agresión sexual?

—En las chicas hay pruebas de actividad sexual reciente, pero ese gilipollas tiene cuidado de no dejar ADN. No le gusta follar a los chicos, evidentemente. Ya tengo a Miles en ello. Me serviría también tu ayuda.

Sean tenía sus recelos privados sobre la Gruta, la organización secreta del FBI a la que su hermano había pertenecido. Principalmente porque habían conseguido que casi mataran a Connor en más de una ocasión.

—¿Por qué crees que yo podría ser de ayuda? —gruñó.

—No seas cabrón —dijo Con—. Tú eres útil cuando no estás dándote contra las paredes. Y... eeh... no te vendría mal una distracción.

—Ah —dijo Sean lentamente—. Así que es eso, un polvo por compasión.

—Cierra la boca —soltó Connor—. Me estás fastidiando.

—Es mutuo —dijo Sean—. No proyectes sobre mí tus propios retorcidos

mecanismos para manejar las cosas, Con. La capa de Superman arrastra por el suelo cuando me la pongo. Encontraré mis propias distracciones. Un trío caliente con un par de nenas bonitas es más de mi estilo. Soy un superficial.

—Te conozco desde que naciste —dijo Connor con aire cansado—. No lo intentes siquiera.

Se pasó por la cara una mano con una cicatriz brutal, recuerdo de una de esas experiencias cercanas a la muerte. Sean tuvo un destello indeseado de lo mal que se sentía su hermano. Lo desterró rápidamente. No quería saber nada del sufrimiento de los demás. Bastante tenía con el suyo.

—Agradezco el detalle, pero no necesito dinero. Tengo mis propios proyectos para mantenerme ocupado. Asesorar a una agencia que trabaja para la policía no me parece un trabajo de verdad, gracias.

—Claro que es un trabajo de verdad, vago perezoso —lo sermoneó Connor—. Cuando uno tiene trabajo se centra. Eso es lo que deberías estar haciendo, no esta mierda frívola... ¿cuál es tu última locura? ¿Asesoría para malditas películas de acción? ¡Por favor, menuda tontería!

Sean hacía tiempo que estaba harto de su profundo descontento.

—Es una basura frívola pero lucrativa —gruñó—. Estoy ocupado, no estoy en la calle, no me meto en líos con la ley y no os pido dinero. ¿Qué más queréis de mí?

—No de ti, para ti. —Davy giró la cabeza y clavó en su hermano una mirada aguda como un rayo láser—. No se trata de dinero, sino de que te concentres en algo diferente de tu miserable ser.

Sean lanzó su cabeza hacia atrás contra el asiento y bloqueó la luz con la mano. Era el precio sangriento que tenía que pagar para que lo llevaran a casa.

La experiencia le había enseñado que armar una pelea en ese punto del sermón era inútil. Continuarían dándole golpes hasta que estuviera temblando, convertido en pulpa sanguinolenta. No necesitaban mucho para eso.

Mejor mantenerlos hablando hasta que encontrara una oportunidad de salir corriendo.

—Te estás yendo por la alcantarilla, y estamos hartos de quedarnos sentados mirando cómo ocurre —continuó Davy.

«Yéndome por la alcantarilla». Sean se estremeció.

—Es gracioso que digas eso —dijo—. Me da escalofríos sólo de pensarlo... porque Kev me dijo exactamente lo mismo anoche.

Connor respiró ásperamente.

—Odio que hagas eso.

Su tono sacó a Sean bruscamente de su ensueño.

—¿Eh? ¿Qué he hecho?

—Hablar de Kev como si estuviera vivo —dijo Davy pesadamente—. Por favor, por favor, no hagas eso. Nos pone muy nerviosos.

Hubo un silencio largo y pesado. Sean respiró profundamente.

—Escuchad, chicos. Ya sé que Kev está muerto. —Mantuvo la voz calmada como el acero—. No estoy escuchando voces. No creo que haya nadie acechándome, ni tengo intenciones de tirarme por un acantilado. Relajaos. ¿De acuerdo?

—¿Entonces tuviste un sueño de esos anoche? —preguntó Connor.

Sean parpadeó. Hacía unos años había cometido el error de confesarle a su hermano que soñaba con Kev y desde entonces lo estaba lamentado. Connor se había asustado, se lo había contado a Davy y los dos se habían confabulado para hacerle la vida imposible. O, al menos, esa impresión le daba. Una situación muy mala.

Pero los sueños seguían atormentándolo. Siempre Kev, insistiendo en que no estaba loco, que no se había suicidado. Que Liv todavía corría peligro. Y que Sean era un tonto sin pelotas y con cerebro de mosquito si se tragaba esa historia tan inconsistente. «Estudia mi cuaderno de dibujo», le decía. «La prueba está allí. Abre los ojos. Gilipollas».

Pero habían estudiado ese cuaderno de dibujo, maldita sea. Lo habían desmenuzado, lo habían analizado desde todos los puntos de vista. Y no habían sacado nada en claro.

Porque no había nada que sacar. Kev estaba enfermo, como papá. Los chicos malos, la tapadera, el peligro para Liv, todo delirios paranoicos. Ésa era la dolorosa conclusión a la que habían llegado finalmente Con y Davy. La nota en el cuaderno de dibujo de Kev se parecía demasiado a las locuras de papá durante sus últimos años. Sean no recordaba la paranoia de papá tan claramente como sus hermanos mayores, pero sí recordaba algo.

Aun así, le había llevado más tiempo aceptar su veredicto. Quizá nunca lo había aceptado realmente. A sus hermanos les preocupaba que fuera un loco paranoico como su gemelo. Quizá lo era. ¿Quién sabe? No importaba.

No podía hacer que los sueños se detuvieran. No podía obligarse a sí mismo a creer. Le resultaba imposible tragarse que su hermano se hubiera eliminado a sí mismo, sin pedir nunca ayuda. Por lo menos no hasta que envió a Liv corriendo con el cuaderno de dibujo. Y entonces ya era demasiado tarde.

—Tengo sueños sobre Kev de vez en cuando —dijo apaciblemente—. No

es gran cosa. Estoy acostumbrado a ellos. No os preocupéis.

Los cinco mantuvieron un silencio pesado durante el tiempo que tardaron en llegar a la casa de Sean. Las imágenes rodaban detrás de sus ojos cerrados; cuerpos retorcidos, luces destellantes, chicas desnudas inconscientes en la cama. El depredador de Con, escondido al acecho como un troll debajo de un puente, comiendo científicos apasionados para el desayuno.

Y después la más impactante, aquella de la que nunca se libraba.

Liv mirándolo fijamente, con los grandes ojos grises llenos de conmoción y dolor. Hacía quince años. El día que todo aquel horror les cayó encima.

Había llegado a la cárcel, desconcertada por su encuentro con Kev. Llorosa, porque su familia estaba tratando de obligarla a subirse a un avión rumbo a Boston. Él se había estado enfriando en la celda de los borrachos mientras Bart y Amelia Endicott trataban de inventarse una forma de alejarlo de su hija.

No tenían que haberse preocupado. El destino había hecho el trabajo por ellos.

El policía no la había dejado meter el cuaderno de dibujo de Kev, pero ella había arrancado la nota de su hermano y se la había metido en el sujetador. Estaba escrita en uno de los códigos que les había enseñado su padre. Él podía leer esos códigos con la misma facilidad que leía el inglés.

Proyecto Medianoche trata de matarme. Han visto a Liv. La matarán si la encuentran. Haced que abandone la ciudad hoy o la harán picadillo.

HC detrás cuenta pájaros B63.

Haz lo difícil.

Prueba en las cintas de EFPV.

Él se lo había creído todo, al menos lo que entendía. ¿Por qué no habría de creerlo? Dios, había crecido en la casa de Eamon McCloud. El hombre creía que tenía enemigos acechándolo a todo momento, toda la vida. Hasta el amargo final. Sean no había conocido un momento en el que no estuvieran en alerta por los malos de papá. Y además Kev nunca lo había engañado. Kev no había mentado nunca en su vida. Kev era brillante, valiente, firme como una roca. El ancla de Sean.

Haz lo difícil. Era una frase típica de su padre. Un hombre hacía lo que había que hacer, aunque doliese. Liv estaba en peligro. Tenía que irse. Si le

decía eso, se resistiría, discutiría; y si la mataban, sería culpa suya. Por ser blando. Por no hacer lo difícil.

Así que lo había hecho. Era tan sencillo como apretar el gatillo de un arma.

Se metió la nota en el bolsillo. Hizo que sus ojos tuvieran una apariencia plana y fría.

—¿Nena? ¿Sabes qué? Esto entre nosotros no va a funcionar —dijo—. Vete, ¿de acuerdo? Vete a Boston. No quiero volver a verte.

Ella se había quedado desconcertada. Él se había repetido, frío como una piedra. Sí, lo había oído bien. No, no la quería ya. Adiós.

Ella no sabía qué decir, confusa.

—Pero, pensé que querías...

—¿Conseguirte? Sí. Me había jugado trescientos dólares. Pero no me gustan las situaciones serias, y tú eres demasiado intensa. Tendrás que conseguir un chico universitario para que te desvirgue, porque ése no voy a ser yo, nena.

Ella lo miró fijamente, estaba pálida, desencajada.

—¿Trescientos...?

—Con los chicos del equipo. Hicimos una apuesta y les he ido dando un golpe tras otro. Por así decirlo... —Se rió, un sonido corto y feo—. Pero las cosas van demasiado despacio. Estoy aburrido del asunto.

—¿A-a-aburrido? —susurró ella.

Él se inclinó hacia adelante, clavándole los ojos.

—No Te Amo. ¿Entiendes? No quiero una princesa malcriada que me corte las alas. ¿Papi y mami quieren que vuelvas al Este? Bien. Piérdete. Vete.

Esperó. Ella estaba helada. Él respiró profundamente, reunió fuerzas y le lanzó las palabras como una granada.

—Mierda, Liv. Vete.

Había funcionado. Se había ido. Se había ido a Boston esa misma noche.

Desde entonces él había pagado por ello. Sabía cómo se sentían los cirujanos. Los pobres cabrones de los que se leía en las revistas, los que la cagaban y cortaban el ojo equivocado, o el pulmón, o el riñón. *Huy*.

Seth aparcó junto al bordillo, en la puerta del edificio donde vivía Sean, sacó el móvil y lo balanceó frente a la cara de su amigo.

—Mira.

Sean lo apartó.

—Olvídalo. No quiero...

—Cógelo —rugió Seth—. O si no te golpeo con él.

Sean suspiró y se lo echó al bolsillo.

—El que saque el hilo más corto cuidará de este idiota hasta medianoche.

Davy extendió su enorme puño. De él colgaban cuatro trozos de hilo.

—Ah, mierda —protestó Sean—. No necesito...

—Cállate —dijo Davy con aspereza. Tiró de un hilo... largo. Con agarró el suyo. Largo. Seth y Miles tiraron.

Miles gruñó resignado. Tenía el hilo corto.

—Enhorabuena. Has conseguido un trabajo a tu medida —dijo Seth.

—Esto es humillante —se quejó Sean.

—Mala suerte. Si no te gusta, deja de hacernos esto todos los años.

Sean cerró los ojos. El rojo floreció como una mancha de sangre en su cabeza. El negro floreció desde el centro y tomó su lugar. Rojo de nuevo. Después negro. El toque de tambor de su testarudo corazón. Y detrás de él la camioneta de Kevin. Cayendo interminablemente.

Miles abrió la puerta de un golpe y se deslizó fuera. Sean lo siguió.

—Oye. A Erin le hicieron una ecografía ayer —dijo Connor abruptamente.

—¿Ah sí? —preguntó él educadamente—. Todo está bien, espero.

—Sí, todo va estupendamente. Es un niño —dijo Con.

—Ah, eeh... bien. Enhorabuena. —Sentía que debía decir algo más profundo, pero su mente estaba tan en blanco como el cielo blanco.

—Vamos a ponerle Kevin —añadió Con.

Algo le apretó la garganta dejándole sin respiración.

Con apoyó la mano en el hombro de Sean.

—Ayuda mucho, ¿sabes? —dijo su hermano, con intensidad en la voz—. Por favor, inténtalo... lo del trabajo. Y si todo sale bien y puedes salvar a alguien... Ah, Dios. Es lo mejor del mundo. Significa tanto...

—¿Sí? ¿Y después? ¿Qué pasa después? ¿Cuando la emoción pasa?

Connor dudó.

—Sales y lo vuelves a hacer.

Sean asintió.

—Bien —murmuró—. Lo bueno nunca dura, ¿verdad?

—No —admitió Connor.

—Parece agotador y sin sentido.

Su hermano no lo contradijo. Solo se apartó, con mirada de piedra. Sean dejó que la puerta se cerrara. El Chevy se alejó rápidamente.

Capítulo 2

SEAN Y MILES SE MIRARON FIJAMENTE. La boca de Miles estaba apretada en una línea plana y terca.

—No empieces —dijo—. Es inútil.

Sean gruñó interiormente. No es que no le gustara el tipo. Miles era un muchacho estupendo. Un buen amigo. Locamente útil cuando se trataba de los detalles técnicos de ordenador que aburrían a Sean hasta más no poder. En el último par de años, desde que había asumido el papel de mascota de los McCloud, había demostrado su mérito muchas veces. Pero Sean no estaba para ser el mentor, el consejero amoroso o el gurú de la moda de nadie.

—Compañero, sabes que te adoro, ¿verdad? Pero no quiero compañía —dijo cansadamente—. Así que piérdete. Desaparece. Hasta la vista.

—No. —La cara de Miles era implacable.

Sean se dio cuenta de que si apretaba los dientes la cabeza le dolía aún más. Hizo un esfuerzo por relajarse.

—Está bien. Déjame expresarlo de forma diferente —dijo—. Desaparece o te arreglaré la cara.

Miles no parecía muy impresionado.

—Si te dejo solo y te metes en problemas esta noche, Davy, Con y Seth me arrancarán la cabeza y la clavarán en una estaca. Tú eres sólo uno. Ellos son tres. Olvídalo.

Sean empezó a subir las escaleras. Cada paso era un martillazo en su cráneo.

—No me meteré en problemas. No tengo fuerzas.

—Yo tampoco me voy a poner delante de ti. —Miles lo siguió por las escaleras—. Simplemente haz como que no existo. Estoy acostumbrado. Mira mi historial con las mujeres. Soy algo así como el Hombre Invisible.

Sean le lanzó a Miles una mirada crítica mientras abría la puerta.

—No digas cosas así si quieres tener suerte con las mujeres —le sermoneó, por costumbre—. No lo pienses siquiera. Es el beso de la muerte.

—Sí. —Miles puso los ojos en blanco—. A propósito, necesito un favor.

Sean abrió la puerta con un golpe.

—No es un buen día para pedir favores.

—Me lo debes —recordó Miles, siguiéndolo adentro—. Hace mucho.

Sean giró sobre sí mismo, se plantó sobre los pies y le lanzó a Miles una mirada mortífera que lo hizo retroceder dos pasos.

—¿Qué coño quieres, Miles?

Miles tragó saliva.

—Quiero que me lleves a Endicott Falls.

Sean empezó a reírse ante la ironía de la petición. Se tragó las náuseas que le entraban sólo de pensar en ello; no quería vomitar en la cocina.

—Ni lo sueñes, compañero. Odio ese pueblo, especialmente hoy, y él me odia más.

—Di tus clases de kickboxing de los martes durante todo el mes pasado cuando estuviste en Los Ángeles —le recordó Miles—. Me pasé tres días arreglándote el ordenador cuando aquel virus lo destrozó. Sin cobrar.

—Ah, cállate. ¿Qué es lo que quieres? Venga, se sincero. —Una idea lo golpeó de repente. Lanzó a Miles una mirada oscuramente recelosa—. ¿No estará allí Cindy? No me digas que todavía estás...

—Absolutamente no. He superado totalmente lo de Cindy. —El tono de Miles era glacial—. Está allí, pero yo la evito como a una puñetera plaga.

Sean no quedó convencido. Miles había estado colgado de Cindy Riggs, la seductora hermanita de Erin, la esposa de Connor, desde antes de conocer a los McCloud. Finalmente había entrado en razón, después de un episodio espectacularmente público el verano anterior en la boda de Connor, pero eso no lo había hecho más feliz. Por el contrario. Estaba muy desanimado desde entonces.

—Soy el técnico de luz y sonido de los Howling Furballs^[1], esta noche trabajo con ellos en el bar Rock Bottom —le dijo Miles—. Y mañana, empiezo a enseñar karate en la Escuela de Artes Marciales de Endicott Falls.

Sean se sorprendió.

—No jodas. ¿Tienes, qué, cinturón marrón ahora?

—No. Pasé la prueba para cinturón negro primer dan el mes pasado. También recibí una mención honorable por mi kata. —El orgullo en los ojos de Miles era palpable—. Davy le dio mi nombre a un tipo que dirige un dojo en Endicott Falls. Necesitan a alguien mientras el profesor se recupera de una operación de rodilla, así que... no es gran cosa.

—Es muy importante —dijo Sean—. Es estupendo. Me alegro por ti.

—Además, mi familia acaba de comprar un coche. Me van a dar su viejo Ford. Ésta es la última vez que tendré que chantajearte para que me lleves.

—Ésa es suficiente razón para llevarte —dijo Sean con acritud—. No me

lo digas. Déjame adivinarlo. Un sedán de los primeros noventa, ¿verdad?

Miles parecía receloso.

—¿Y qué? ¿Qué importa?

—Beis, ¿verdad? Te apuesto lo que quieras a que es color beis vomito.

Miles sacudió los hombros en una actitud defensiva.

—¿Y qué pasa si lo es?

—El típico coche de quiero y no puedo —dijo Sean—. El Coche Invisible, para el Hombre Invisible. Tienes que conducir algo con testosterona, amigo mío.

—Funciona —se quejó Miles—. Es gratis. Ya sé que tú piensas en los vehículos de motor como accesorios de moda, pero es más sexy que coger el autobús.

—Escasamente —murmuró Sean—. Creí que estabas trabajando en el proyecto del asesino de empollones de Con.

—Lo haré. Cosas cibernéticas. Trabajaré desde allí.

Sean gruñó, y sacó un par de cervezas del frigorífico. Le pasó una a Miles y se bebió rápidamente la mitad de la suya.

—Dios, estoy hecho una mierda. —La luz roja parpadeaba insistentemente en su contestador. Apretó el botón para ver qué quería de él el mundo exterior.

Las primeras dos llamadas eran de trabajo; una respecto a una factura que había mandado por un trabajo de asesoría que había hecho hacía un par de semanas, la otra de un director de películas independientes de Los Ángeles que estaba haciendo una sobre G.I. en Irak. Sean pulsó el botón para seguir pasando mensajes, atendería ése más tarde, cuando tuviera otra vez el cerebro en marcha.

El siguiente mensaje lo dejó tieso, con la botella apoyada en los labios.

—¡Hola! Soy Carey Stratton. Te he estado llamando al móvil pero lo tenías apagado. He descubierto algunos datos nuevos. Olivia Endicott ha tenido un contratiempo, algo bastante chungo, han incendiado su librería. Ah, y se ha mudado. Está en Endicott Falls, Washington, ahora. Eso queda bastante cerca de donde tú estás, ¿eh? Ésta podría ser tu oportunidad. A por ella, compañero. Esa mierda de merodear desde lejos no es buena para tu salud, aunque me paga la renta. Te mandé un correo con los links. No te cobro este servicio. Tómallo con calma, ¿de acuerdo? Hasta pronto, tío.

Sean quedó pegado al suelo. Con la mente en blanco y la boca abierta.

—¿Sean? —La voz de Miles era cautelosa—. Se te está derramando la

cerveza.

Sean se sacudió, sobresaltado, y puso la botella derecha. No podía respirar. Trató de tragar saliva. Tenía la garganta seca como arena del desierto.

Liv. De vuelta en Endicott Falls. Según las últimas noticias del detective que había contratado estaba en Cincinnati, Ohio, trabajando como bibliotecaria. Las últimas fotos que Carey Stratton le había enviado habían sido tomadas en diciembre pasado. En blanco y negro, de lente de largo alcance. Liv saliendo del apartamento. Liv acariciando a un perro, sonriendo. Liv revisando el correo, con el pelo arremolinándose en torno a su cabeza, como un halo, con una falda gitana estampada que ondeaba al viento. La bruja de su prosaica madre, Amelia Endicott, odiaba esas faldas largas, ondeantes, de hippie.

Así que Liv todavía era rebelde. Gracias a Dios por eso.

Guardaba las fotos más recientes, junto con sus fotos favoritas, en una carpeta en el estante que había sobre su ordenador. Convenientemente a mano.

Estaban estropeadas y rotas en los bordes.

Resbaló en el charco de cerveza mientras se lanzaba a toda prisa hacia la habitación del ordenador, descargaba el mensaje de Carey y hacía clic en los links. Los leyó todos. Los volvió a leer, lira verdad. Incendio provocado, por el amor de Dios. Le temblaban las manos.

—Así que ésa es, ¿eh?

La voz tranquila de Miles desde la puerta lo sobresaltó. Había olvidado que el chico estaba allí.

—¿Qué? ¿A qué te refieres?

—La que te interesa tanto como para tener ese enorme archivo sobre ella —dijo Miles—. La razón por la que nunca te dura una chica más de cuatro días.

—¿Qué demonios sabes de mi archivo? —aulló él—. ¡Nunca te he dado permiso para revolver en mis archivos privados!

Miles dejó caer su largo cuerpo en la otra silla del ordenador y le lanzó a Sean su mirada de cachorrito maltratado.

—¿Te acuerdas de esos tres largos días que pasé tratando de recuperar tus datos cuando se bloqueó tu sistema?

—Ah. —Sean se tapó la cara con la mano temblorosa—. ¡Coño!

Miles se aclaró la garganta.

—Es... eeh... muy difícil tener secretos con el doctor de tu ordenador. —

Su tono era de disculpa—. Lo siento.

Sean miraba fijamente la pantalla. Sentía la cara caliente. Se suponía que nadie conocía su *hobby* de seguirle la pista a Liv Endicott. Era sólo una pequeña locura privada que no admitía inspección cercana. Por parte de nadie. Ni de sus hermanos, ciertamente, ni de él mismo.

—Nunca me has dicho nada sobre ello —murmuró.

Miles se encogió de hombros.

—Porque no es cosa mía, supongo. Aunque fue divertido conocer cómo eres realmente... No sabía que fueras tan obsesivo, quiero decir.

Sean parpadeó.

—No soy obsesivo. Y no es más raro que ese videoclip de Cindy dando un beso que tú utilizabas como salvapantalla —dijo con los dientes apretados—. Eso sí que es una obsesión, tío.

—Hace mucho que quité ese salvapantallas —dijo Miles con voz desdenosa—. Ahora tengo una bandada de aves migratorias. Es muy relajante.

Sean silbó.

—Caray, qué estimulante. Pero no es relajación lo que necesitas, compañero. Necesitas...

—Que me besen la polla, sí. Ya me lo has dicho, como mil veces —dijo Miles impacientemente—. Y volviendo a nuestra conversación inicial... ¿quién es ella?

Sean hundió la cara caliente y palpitante entre las manos.

—Una chica de mi pueblo —dijo sombríamente—. Una descendiente directa de nuestro ilustre fundador de la ciudad, Augustas Endicott. Su tataranieta, creo. ¿Conoces la estatua de bronce de los pioneros que hay frente a la biblioteca? ¿El tipo alto que hay delante y que parece que tiene un rifle clavado en el culo?

—Oh Dios —dijo Miles silbando—. ¿Ellos? ¿Entonces es la heredera de de esa enorme empresa de construcción? Bart Endicott prácticamente es el dueño de este pueblo. Y lo que no es suyo, lo construyó él.

—Dímelo a mí. —La voz de Sean sonaba desolada.

Miles lo observaba, derrumbado en la silla, con sus ojos oscuros entornados y pensativos.

—Ah. ¿Entonces ella es la razón de que lo hagas?

Sean lo miró torvamente.

—¿Hacer qué?

Miles levantó una ceja.

—Follarte a todo lo que tenga pulso.

Sean se quedó consternado. ¿Esa era la idea que tenían de él?

—No me follo a todo lo que tenga pulso —dijo con desdén—. Tengo mis preferencias. Me limito a organismos endoesqueléticos. Siempre me voy por vertebrados. Y no lo hago con reptiles. Nunca.

—Ah, cállate —se quejó Miles—. No es justo.

Sean le lanzó una mirada evaluadora. Miles había cambiado desde que había empezado a andar con los McCloud, era el resultado de dos años de entrenamiento implacable en artes marciales, cuya raíz estaba en la batalla histórica producida en el club Alley Cat para salvar a Cindy del chulo de mierda de su novio de entonces.

A Miles lo hicieron picadillo esa noche, pero había desarrollado un ardiente deseo de aprender a luchar, como los McCloud. Lo que era mucho pedir, pero habían hecho un gran progreso. Era cinturón negro, por el amor de Dios. Finalmente habían logrado que estuviera erguido y su estructura larguirucha y su pecho hundido se habían rellenado bastante gracias al levantamiento de pesas. Davy lo entrenaba. Ahora comía comida de verdad, no sólo Doritos y coca-cola, así que ya no tenía el aspecto de un vampiro desnutrido. Los sermones que le echaba Sean para que se arreglara también estaban empezando a dar fruto. Miles no se vestía a la última, de ningún modo, pero llevaba limpia la camiseta y su pelo negro estaba recogido en una brillante cola de caballo, ya no eran unas greñas largas y grasientas enmarcando una cara pálida. Había tirado las estrambóticas gafas redondas y su nariz grande y ganchuda se veía mejor sin ellas. Había tomado antibióticos para los granos, gracias a Dios. Las cicatrices resultantes le daban a su cara un aspecto rudo y curtido.

Añádanse los grandes ojos de cachorro y los bíceps abultados y *voilà*. Nada mal. Si se animara, si sonriera ocasionalmente, podría ligar cuanto quisiera. El tipo era un volcán a punto de explotar.

—¿Esas clases de kárate que vas a dar son mixtas? —preguntó Sean.

Miles emitió un ruidillo burlón.

—Voy a trabajar con niños. De cuatro a doce años.

Sean se encogió de hombros.

—Siempre están las madres, solas, calientes y hambrientas.

—Lo que voy a decirte quizá te extrañe, pero hay personas que no hacen las cosas sólo para obtener sexo. Algunas de esas madres, hasta piensan en sus hijos.

Sean abrió mucho los ojos.

—¿De verdad? Me preocupa oír a un macho saludable de veinticinco años decir cosas así. O estás enfermo o estás patológicamente loco o eres un gay que aún no ha salido del armario o mientes.

—No soy...

—Gay, sí. Sé muy bien que no lo eres —terminó Sean—. Has estado obsesionado con Cindy desde que te conozco. Tampoco pareces enfermo. Lo que queda es que estés loco o mintiendo. Escoge. Cualquiera de las dos cosas te la creeré.

La boca de Miles se endureció.

—He superado lo de Cindy. Y no quiero oír su nombre durante el resto de mi vida. ¿Entiendes?

Sean parpadeó, dolido. Se le había ido la mano de nuevo. Estaba acostumbrado a molestar a sus curtidos hermanos. A veces su compañerito Miles era demasiado blando para el duro estilo de fastidiar de los McCloud.

—Tienes razón. Lo siento.

—¿Y qué hay del trato? ¿Me vas a llevar? —Miles le lanzó una mirada astuta—. Tienes que revisar la librería de esa chica, ¿verdad?

Sean soltó un ruido sombrío. Cabroncete oportunista. Se volvió hacia el ordenador y leyó de nuevo los artículos.

No lo haría, por supuesto. No era tan estúpido, tan masoquista.

Pero algo dentro de él se había removido después de oír el nombre de Liv dicho en voz alta por otra persona. Era como un zumbido... Y ya ni se acordaba de cuánto tiempo hacía que no había oído ese zumbido. Quizá desde...

¿Desde que la había visto por última vez? Ah, por favor. Que lo dejaran en paz.

Haría un inventario completo y exhaustivo de cada momento culminante en su vida antes de admitir eso. Qué patético.

Aun así. ¿Quién era ella ahora?

Además, esa picazón ardiente de curiosidad no era mutua. Al contrario. Liv lo odiaba con toda el alma. Pensaba que era la encarnación del mal en el universo conocido. Así era. Y que Liv Endicott lo desdeñara, se burlara de él, no le tuviera ningún respeto... bueno... maldición.

Eso sería horrible.

Capítulo 3

LO QUE MÁS LA AFECTÓ FUE EL RAMO DE IRIS BLANCOS. La rudeza despectiva y directa de ese acto. Era como si el tipo la hubiera escupido.

Liv cerró los puños y trató de respirar. Estaba agarrotada y tuvo que soltar aire lentamente para que sus pulmones se expandieran. El café que había tomado hacía un rato daba vueltas en su vientre, amenazando con subir a toda velocidad por el camino que había bajado. Puede que se sintiera mejor sin él, pero vomitar la hacía llorar y el pirómano que había incendiado su librería podría estar observándola. Había muchas maneras de espiar a una persona.

Podía estar mirándola, riéndose maliciosamente para sí. Lamiéndose los labios babeantes. Observándola con sus ojos pequeños y redondos de reptil. Como un tiranosaurio.

Recorrió con la vista los edificios que la rodeaban, con los contornos emborronados por la neblina. Podía estar mirando desde una de esas ventanas. Se estremeció. No permitiría que la viera lloriquear como una niña ofendida.

T-Rex había dejado el ramo encima del queroseno, a la vista. No intentó ocultar lo que había hecho. Incluso le había escrito varios correos con el mismo texto: *Para Olivia, con amor. De Ya Sabes Quién*. Al principio había tratado de ignorar esos mensajes, pero ahora...

Evidentemente, a T-Rex no le gustaba que lo ignorasen. Bueno, pues ahora le prestaba atención. Ese hombre había conseguido la gran reacción que estaba buscando.

Y encima todo lo había hecho mal. La policía se había enfadado mucho con ella por haber contaminado la escena del crimen, pero Liv no había pensado en detalles prácticos como huellas dactilares o rastros de ADN cuando había arrancado las flores y las había estrellado contra el suelo, gritando a pleno pulmón. Había montado un buen escándalo. Sus padres estaban avergonzados de su comportamiento infantil.

Bueno. Nadie era perfecto.

Se obligó a respirar. Intentó decirse que no pasaba nada, que no hay que aferrarse a las cosas pues todo se acaba... Pero todos los libros que había comprado para la sección de Autoayuda y Espiritualidad de su librería con la intención de atraer nuevos clientes no eran ahora más que cenizas en un cubo

de basura... ¿Cómo convencerse de que las cosas materiales no tienen importancia cuando alguien ha destruido en unos minutos el sueño de toda tu vida?

No podía hacerlo.

Y estaba muy furiosa. Quería hacer daño al tipo que había hecho eso. Mucho daño. Que durara. Hacerle lamentar incluso que sus padres se hubieran conocido.

Tenía que odiar mucho a ese hombre, considerando que Liv era de esas personas que cogen las arañas y las sacan al patio porque no soportan matarlas. Incluso a las grandes, peludas y aterradoras.

Dios, dolía. Había invertido tanto de sí misma en ese lugar... Todo lo que tenía, y mucho más. Nunca se había interesado tanto. Nunca en su vida. Por nada.

«Excepto en una notable ocasión», saltó una vocecita en su interior.

Ah, no. No podía permitirse pensar en Sean McCloud, y menos en esos momentos. Con un desastre tenía bastante, no necesitaba otro, muchas gracias.

Se centraría en su desastre presente. ¿Quién era este tipo? ¿Qué tenía contra ella? No tenía enemigos. Era la señorita Compromiso. Dulzura y luz. Cosechas lo que siembras, ¿no era así como funcionaba el mundo? ¿No era esa una maldita regla?

Todos esos libros de autoayuda con los que había ampliado su negocio habían influido mucho en su cerebro. O quizá había hecho algo horrible en una vida anterior. Había dejado una estela de destrucción en su camino. Había sido la condesa Drácula o algo así. Haría que esa malvada condesa interior persiguiera a ese tipo y le sirviera sus pelotas en una bandeja. Allá voy, prepárate.

Si no la agarraba él antes. Tembló, a pesar del sol de agosto y de las oleadas de calor que se levantaban, brillando, de las brasas humeantes.

Se limpió las lágrimas con las manos sucias y parpadeó locamente, mirando fijamente el desorden. Todos esos meses de trabajo reducidos a nada.

Se había sentido tan bien haciendo realidad su sueño de la librería. Como si finalmente hubiera vuelto a casa. Books & Brew era su bebé. Su idea, su inversión, su riesgo. Su propio fracaso triste e incinerado.

«Agradece que ocurriera por la noche. El fuego no se extendió. Los empleados estaban en casa. Nadie salió herido», se recordó a sí misma, por milésima vez.

Una mano se apoyó en su hombro. Ella dio un salto.

—No te preocupes —dijo una voz conocida—. No es tan grave. Todo está asegurado, ¿verdad?

Era Blair Madden, el vicepresidente de Endicott Construction Enterprises y la mano derecha de su padre. Blair nunca había tenido mucho tacto, pero eso era demasiado, incluso para él.

Liv se volvió.

—¿Perdón? ¿No es tan grave? ¿No te preocupes?

—Lo que quiero decir es que se puede remplazar. —Blair quitó la mano del hombro desnudo y sucio de ella y la limpió discretamente en sus pantalones color cuero, perfectamente planchados—. Ya verás, dentro de algún tiempo todo esto sólo será como un mal sueño que ya habrás olvidado.

—¿Livvy? ¡Santo Cielo! ¿Todavía estás aquí?

Liv hizo una mueca de dolor ante el tono cortante de la voz de su madre. Amelia Endicott saltó del Mercedes estacionado junto al bordillo y se dirigió hacia ellos, con cuidado de no mancharse las sandalias.

—¡No deberías estar aquí! —la riñó.

—Me iré cuando esté lista, madre —dijo Liv.

La mujer estaba visiblemente indignada.

—Ya —dijo—. Como siempre. Tienes que hacer las cosas a tu manera. Tienes que hacer lo que quieres.

—Sí, de acuerdo —murmuró Liv—. Como siempre.

Necesitaba energía para oponerse a su madre. La mujer había gobernado su infancia como un dictador, escogiéndole la ropa, los colegios, los amigos.

Excepto aquel memorable verano.

Sí, de acuerdo. Su madre le había echado en cara el desastre de Sean durante años, como un ejemplo de lo que pasaba cuando Liv no la escuchaba, y por una vez tuvo razón. Después de tantos años, Liv aún no podía creerlo, no podía admitir que se hubiera equivocado tanto con Sean.

Pero ya habían pasado muchos años, y Liv había logrado, al fin, que sus padres aceptaran que era una persona adulta que tomaba sus propias decisiones. Aparece T-Rex con una lata de queroseno y repentinamente sus padres se sienten justificados para envolverla de nuevo en una asfixiante caja de regalos, para atarla con un gran lazo de seda. Olivia Endicott, arreglada para ser un orgullo de la familia, siempre que cumpliera las cinco reglas de oro, es decir: perdiera esos molestos siete kilos, usara los zapatos adecuados, se vistiera como una señorita, se casara con Blair Madden y trabajara para Endicott Construction Enterprises.

Blair escogió este momento inoportuno para echarle el brazo por el hombro. Ella se apartó de un tirón antes de poder controlar el reflejo.

Blair se cruzó de brazos, ofendido.

—Sólo estoy tratando de ayudar —dijo—. Estás actuando de manera infantil, ¿sabes? Y malintencionada.

«Estoy un pelín estresada, por si no lo has notado». Se tragó las palabras sarcásticas.

—Lo siento, Blair —dijo—. Es que no soporto que me toquen en este momento.

Su madre la miró con disgusto.

—No puedo creer que estés en público vestida así.

Liv bajó la vista a sus pantalones holgados, al top. Había salido corriendo al lugar del incendio en cuanto recibió la llamada, sin preocuparse por quitarse el pijama y ponerse un vestido. No tenía un vientre lo suficientemente plano para este atuendo cuando tenía veinte años, mucho menos a los treinta y dos. Tampoco llevaba sujetador. Caray, podía echárselas al hombro como un soldado continental. En cuanto a los pantalones, bueno... mejor no fijarse mucho en su gran trasero.

Pero la reprimenda le hizo levantar la barbilla.

—Estoy decente —dijo—. Los puntos importantes están tapados. Nadie se va a desmayar por ver mi pijama.

«Blair con toda seguridad no», estuvo a punto de añadir. Había estado presionándola durante años, medio en broma medio en serio, para que se rindiera a lo inevitable y se casara con él. A veces, cuando se sentía sola, estaba un poquitín tentada. Blair era inteligente, agradable, trabajador. Sus padres habrían sufrido un ataque de la alegría. Y sería una compañía.

Pero entre ellos no había calor. Absolutamente nada.

Por supuesto, sus criterios sobre «el calor» se basaban casi exclusivamente en sus recuerdos de Sean McCloud. Quizá sólo había imaginado toda aquella salvaje intensidad, aquella excitación aturdida. Después de todo no tenía ni dieciocho años.

Tragó saliva para contener las lágrimas. Quizá un matrimonio sin calor sería más estable. Después de todo, sólo tenía que mirar a su alrededor para ver el daño que podía hacer el calor.

—Estás dando un espectáculo —dijo Amelia—. Te veo en casa, cuando te dignes venir. —Se dirigió enfadada hacia el coche.

—Yo te llevo a casa —dijo Blair—. Eres consciente de que ahora tienes

que estar acompañada en todas partes, ¿verdad? Deberías hacer el equipaje.

El aspecto de su cara le recordó bruscamente por qué seguía diciendo no a las propuestas de Blair. Ese pomposo autoritarismo era muy poco sexy.

—¿Hacer el equipaje? —preguntó—. ¿Por qué? ¿Adónde voy?

—No puedes quedarte en tu casa, Liv —la sermoneó—. Está demasiado alejada, sobre la colina, y ni siquiera tienes alarma. Te quedarás en Endicott House, donde podemos vigilarte. Bart está buscando una empresa de seguridad que te proporcione guardaespaldas a tiempo completo.

—¿Guardaespaldas? —Su voz, áspera por el humo, se quebró en medio de la palabra.

—Por supuesto. Voy a decirle a Bart y a la policía adonde vamos. Mantente donde te pueda ver, por el amor de Dios.

Ella se quedó mirando sombríamente a Blair mientras se alejaba. ¿Guardaespaldas? ¿A tiempo completo?

Ahora sus padres podrían vigilarla día y noche. Asegurarse de que estaba viviendo de acuerdo con las normas Endicott. Sería mejor que se embalsamara, así la tendrían siempre delante y les ahorraría problemas a todos.

—Eh, Liv —dijo una voz baja masculina detrás de ella.

Oh, Dios. Conocía esa voz. No podía darse la vuelta. Sus músculos no se movían. Era como aquella vez que había ido a escalar. Había mirado hacia abajo en una pronunciada pendiente y se había quedado congelada, con los dedos entumecidos. Los huesos eran flexibles, como de goma. Sus entrañas, vacías.

Él no volvió a hablar. Quizá el estrés la había llevado a tener alucinaciones auditivas. Sólo había una forma de averiguarlo: darse la vuelta.

Ordenó a sus músculos que obedecieran y se volvió.

Oh, Dios. Era realmente Sean. Se le hizo un nudo en el estómago y pensó que iba a desmayarse.

Santo cielo, ahí estaba. Ocupaba mucho espacio. El aire en torno suyo parecía cargado de electricidad. Era tan alto... tan increíblemente... grande.

¿Era realmente así de grande hacía quince años?

Ella ciertamente no. El pensamiento le escoció como la picadura de una araña. Pensar que con su librería destrozada, sus sueños en ruinas y T-Rex acechándola, ella sólo se sentía avergonzada por el tamaño excesivamente grande de su trasero...

Y su top no hacía nada para controlar el balanceo de sus tetas, que eran

más grandes ahora, aunque de alguna forma, bueno... un poco más bajas que hacía quince años. Además los bolsillos de parche a los lados de sus pantalones habían sido diseñados por el mismo diablo para que sus caderas parecieran aún más anchas de lo que eran en realidad.

Trató de hablar, pero su voz estaba áspera por todo el humo. Tosió y lo intentó de nuevo.

—Hola —chilló.

No quería que él la viera así. Herida, desposeída. Era demasiado parecido a la última vez que la había visto. Excepto que entonces, la ruina humeante había sido su corazón. Y él había sido el pirómano que le había prendido fuego.

Se miraron fijamente. Ella se sentía con la cabeza vacía, expuesta.

Desde que había decidido volver a Endicott Falls había imaginado muchas veces que se encontraba con él. Pero en sus fantasías ella era más delgada. Las tetas se alzaban en un sujetador que las realzaba. Con una romántica y siseante falda blanca y una blusa provocativa, mostrando un leve y sabroso toque de sexy escote.

En sus sueños ella no estaría de pie, como una boba, sin saber qué decir. Estaría trajinando en su librería llena de gente, bien arreglada, tersa y fabulosa. Con el pelo recogido en un moño alborotado. Maquillaje hábilmente disimulado. Elegantes pendientes de oro. ¡La ocupada, feliz, realizada Liv!

—¿Sean? ¿Qué Sean? —habría dicho. Después sus ojos se habrían abierto, al reconocerlo, mientras miraba su barriga cervecera, o cualquier otro defecto que hubiera desarrollado y que lo hiciera inofensivo—. ¡Oh! Lo siento mucho. ¡No te había reconocido! —habría dicho, muy dulcemente—. ¿Cómo estás?

No eran esas las circunstancias actuales. Sus ojos bajaban y subían, tratando de reconciliar a ese hombre con el Sean de sus recuerdos juveniles. Tenía hoyuelos, era risueño, guapísimo. Una sinuosa joven pantera al acecho. La encarnación de la peligrosa sexualidad masculina.

Aquel succulento joven dorado se había convertido en un hombre sombrío e inescrutable.

Unos vaqueros desteñidos y una camiseta verde mostraban un cuerpo largo y fuerte que parecía más fornido, más denso de lo que ella recordaba. Su cara parecía tallada en algo duro. Un pelo más bien largo ondeaba suelto y desgredado en torno a su cara con las calientes ráfagas de viento. El sol arrancaba destellos a los extremos de color bronce. Un pendiente de diamante

destellaba con un arco iris de fuego brillante en su oreja.

Sus ojos eran penetrantes, con ojeras. Sin brillo. Sin hoyuelos. Sin el destello de los dientes blancos. Parecía malhumorado y rudo. Inofensivo, y una mierda.

Parecía tan inofensivo como una navaja larga y afilada.

Tuvo que apartar los ojos y mirarse a los pies antes de tragar una estremecida bocanada de aire que necesitaba desesperadamente.

Caray. Tenía un don para las apariciones dramáticas. Su figura se enmarcaba en un arco de ladrillo ennegrecido por el fuego de la fábrica de cerveza de principios de siglo que ella había convertido en su librería.

Iluminado desde atrás por el sol que entraba en diagonal a través del arco, coronado con volutas de humo, era como un ídolo del rock subiendo al escenario. Aceptando la adulación de sus fans gritonas como su derecho y su deber. Le sonrió y ella cruzó los brazos sobre los senos que le hormigueaban. No, no como una estrella del rock.

Más como un arcángel caído, que guardara las puertas del infierno.

—¿Qué estás haciendo aquí? —farfulló ella—. Pensé que te habías ido. Todo el mundo decía... —Se detuvo, dándose cuenta de cuánto revelaban sus palabras.

Los ojos de él relampaguearon sombríamente divertidos.

—Mis hermanos y yo conservamos la antigua casa de papá detrás de los Bluffs para venir los fines de semana de vez en cuando, pero ahora vivimos todos en la zona de Seattle. —Titubeó—. Así que no te preocupes.

—Oh, no estoy preocupada. —La incomodidad hacía que su voz sonara aguda—. ¿Así que has venido a fisgonear? Todo un espectáculo, ¿verdad?

Él miró a su alrededor.

—Sí, lo es.

—Debe producirte una verdadera satisfacción. —Lamentó inmediatamente haberlo dicho. Todo lo que salía de ella la ponía en desventaja.

Los ojos de él parpadearon.

—No, ni lo más mínimo —dijo apaciblemente—. Nunca te he deseado nada más que lo mejor.

¡Qué hijo de puta! Después de todas las cosas horribles que le había dicho se atrevía a montar en su caballo y hacer que se sintiera como una arpía maleducada.

—Qué amable —le dijo en tono cortante—. Estoy tan conmovida. .. pero

eso no explica qué diablos estás haciendo aquí.

Él se cruzó de brazos y Liv tuvo que armarse de valor para no quedarse mirando a sus musculosos y potentes antebrazos. Sus manos largas y graciosas. La prominencia de sus bíceps, que distendían la manga de su camiseta.

—Me enteré de lo del incendio —dijo él sencillamente—. Sólo quería asegurarme de que estabas bien.

Ella contuvo un irracional temblor en la garganta.

—Este lugar... —Señaló a su alrededor con la mano—. Esto era mi nueva, fabulosa, bonita librería. ¿Lo sabías?

—Sí —dijo él con cara sombría—. Lo sabía.

—Un reptil hijo de puta lo ha quemado —dijo ella—. A propósito.

Él asintió con la cabeza.

—Es horrible. ¿No tienes idea de quién...?

—No. —Luchó con el temblor de su garganta—. Pero supongo que fue T-Rex. El chiflado que me ha estado mandando los correos.

—¿Quién es T-Rex? ¿Qué correos?

—He estado recibiendo correos las últimas semanas —explicó ella cansadamente—. Lo llamo T-Rex por llamarlo algo. Declaraciones de amor, comentarios sobre la ropa que llevo puesta. Me ha estado observando. Muy de cerca.

—¿Le has dicho a la policía de los correos? —preguntó él.

—Por supuesto —dijo ella—. ¿Qué podían hacer? No había nada particularmente amenazante en ellos. Sólo, ya sabes... baba.

—¿Y hoy ha dejado alguna nota? —preguntó él ansiosamente.

Ella ahogó la risa antes de que se volviera histérica.

—Sí, claro. Me ha mandado un mensaje contándome cómo me retorcería y ardería en el fuego de su pasión y después... ¿cómo lo expresó? Ah, sí, decía que pronto seríamos como uno. Que nuestra unión sería explosiva. Todo escrito en esa prosa pegajosa y pseudopoética que me pone la piel de gallina.

Sean emitió un silbido, como el rugido de un animal salvaje. Liv, de pronto, tuvo miedo.

—Ese cabrón enfermo merece que le saquen las tripas.

Lo miró con la boca abierta y después se obligó a cerrarla.

—Ah. Gracias, Sean, por poner esa imagen encantadora en mi cabeza.

—Lo siento —murmuró él—. ¿No llevas mucho en la ciudad?

—Unos meses. Desde que compré la Vieja Cervecería. Abrí la librería hace sólo seis semanas. —Le tembló la voz otra vez—. Iba bien. Era un buen

emplazamiento. Tenía a los estudiantes de la universidad, los talleres de escritura del Centro de Artes y han estado arreglando el centro histórico para los turistas. Habría valido la pena. Estoy segura.

—Yo también —dijo él—. Estoy seguro de que todavía la vale.

Estaba sólo siguiéndole la corriente, pero todo estaba saliendo precipitadamente, que la dignidad se fuera al cuerno.

—Siempre quise hacer esto. Siempre, desde que era niña. —Su voz era casi desafiante—. Las librerías son mis lugares favoritos. Son como el país de las maravillas. Golosinas interminables. Una tienda de caramelos para la mente.

—Es bueno saber lo que quieres hacer —dijo él—. Tienes suerte.

—¿Suerte? —una risa amarga la hirió. Miró a su alrededor—. ¿Perdón? ¿Llamas suerte a esto?

—Superarás esto —dijo él—. Se necesitaría más que una lata de queroseno para derrotarte, Liv. Esto es sólo una interrupción momentánea.

Sintió que sus pulmones se llenaban con el aire que tanto necesitaba. Sus palabras le dieron una inyección de energía y orgullo. No se atrevió a examinar ese sentimiento demasiado detenidamente. Podría matarlo y necesitaba toda la ayuda que pudiera recibir.

—Yo misma hice muchas reparaciones —continuó apresuradamente—. He estudiado carpintería. Puedo manejar herramientas muy complicadas, puedo usar cualquier herramienta, la que me digas.

—Caramba. —Parecía muy impresionado.

—Sí, a mi familia casi le dio un soponcio. Y estaba el café. Escoger los enseres, el equipo del bar. Pedir libros. Estaba en el paraíso. Tengo tantas deudas que no tiene ninguna gracia, pero no me importaba. No me importaba un comino.

—Me alegro por ti —dijo él amablemente.

—Yo misma pinté los murales del rincón de los niños, ¿Sabes? Por supuesto que no. Qué pregunta más tonta. ¿Cómo ibas a saberlo?

Casi no tenía sentido lo que decía, pero Sean se lo estaba tomando con calma, con la cara tranquila y atenta. Liv se restregó furiosamente los ojos.

—Quedaron bastante bien, aunque esté mal que yo lo diga... —observó, con la voz temblorosa—. Escenas de cuentos de hadas. No soy Leonardo da Vinci, pero esos murales no estaban nada mal. De verdad.

—Estoy seguro de que eran preciosos. Siento no haberlos podido ver. —Oh, Dios. Sus palabras eran exactamente lo que necesitaba oír.

Sus padres no parecían haberse sorprendido por el desastre. ¿Qué esperaba, cuando iba contra su consejo bienintencionado? Habían estado esperando que fracasara desde el principio.

Una migaja de empatía sincera y se deshizo en pedazos.

Se cubrió la cara con una mano y buscó pañuelos en el bolsillo con la otra. Todo lo que quedaba eran bolas empapadas. Buaa.

Se quedaría así para siempre. Un cuento ejemplar para los empresarios imprudentes. Los pájaros podían venir a posarse en ella. No le importaba.

La mano cálida de Sean se apoyó vacilando en su hombro. La consciencia centelleó por sus nervios ante el delicado contacto y el sollozo cesó. Sorprendida en su escondite, sin duda. Atisbo a través de la mano.

—Supongo que no tendrás un pañuelo.

—Lo siento. —Había tristeza en su voz. ¡Cómo le hubiera gustado tener un pañuelo!—. No soy el tipo de hombre que lleva paquetes de pañuelos consigo.

—No te preocupes —murmuró ella. No podía utilizar su camiseta demasiado corta y apretada para limpiarse la cara sin enseñarle las tetas desnudas a Sean McCloud y al resto del barrio de negocios de Endicott Falls, pero oiga, ¿por qué no ofrecer a los mirones un acto final de indecencia pública para redondear la colección de diversiones del día? Era justamente ese tipo de día.

Entonces se quedó helada. ¿Qué estaba haciendo Sean? Parpadeó para mirarlo con más detenimiento y se tragó un jadeo de asombro. Santo cielo, Sean McCloud se estaba quitando la camiseta, delante de todo el mundo. Hablando de indecencia pública.

—¿Qué demonios crees que haces? —siseó.

Él se detuvo a medio camino, con la estrecha camiseta de microfibra subida lo suficiente para mostrar su pecho macizo, ancho y musculoso.

Oh Dios, sorprendente. Los círculos apretados y marrones de sus pezones adornaban pectorales duros y demarcados. Su vello color bronce se hacía más espeso en una pista del tesoro sobre su vientre plano como una tabla, desvaneciéndose en los vaqueros que colgaban bajos sobre unas caderas esbeltas. Bajo la piel dorada de su abdomen se movían unos músculos duros. En su costado brillaba plateada una cicatriz irregular. Ella apartó la vista.

—Está limpia —dijo muy serio—. Acabo de sacarla de la secadora. Y me duché y me eché perfume por todas partes —miró su reloj— hace sólo tres horas. Úsala como pañuelo. Adelante. Por favor.

Ah, sí. Como si no supiera lo sensacional que era su cuerpo. Deslumbrándola para distraerla de su festín de sollozos. Lo humillante era que estaba funcionando.

—No voy a usar tu maldita camiseta para nada.

—Pasé todo ese tiempo en un coche con aire acondicionado, así que casi no he sudado. —Acabó de quitarse la camiseta y se la ofreció—. No es digna de los mocos reales de su Divina Alteza, pero es todo lo que tengo para ofrecer.

No. No iba a reírse y dejar que se anotara puntos a su costa.

—Anda —la animó—. Suénate. Que no se diga que no estoy dispuesto a sacrificar mi camiseta por la comodidad de una dama.

Se la puso en la mano. Los dedos de Liv se cerraron en torno a la camiseta, dejando una mancha negra de ceniza. La tela era suave e increíblemente tibia. De ella se levantaba un aroma a especias y madera. Las risitas contenidas hicieron que su nariz moqueara más copiosamente aún.

—¡Lo estás empeorando! —Le tiró la camiseta contra el pecho—. Ponte eso otra vez antes de que me metas en problemas.

Se tomó su tiempo para volver a ponérsela. Y claro, la mancha de sus sucios dedos había quedado impresa donde más se veía, como si ella le hubiera agarrado el pectoral y le hubiera dado un apretón. Él lo miró. Su sonrisa hizo que le flaquearan las piernas.

—Harías cualquier cosa para que dejara de llorar, ¿verdad? —lo acusó.

—No. Las lágrimas no me molestan —dijo él—. Es que cuando consigo una risa tengo que seguir y conseguir otra. No puedo remediarlo. Es como... una manía obsesivo compulsiva que tengo.

—No quiero saber de tus obsesiones y compulsiones, gracias. Es demasiada información para mí. —Estornudó violentamente y se limpió la cara con la mano—. Siento lo de tu camiseta.

Él acarició la marca negra tiernamente con la mano.

—Yo no —dijo—. No voy a volver a lavarla nunca. Creo que voy a enmarcarla.

A Liv se le cortó la respiración. Miró por encima de la mano. Él podía penetrar hasta lo más recóndito de su mente, y parecía que lo estaba haciendo, la miraba como si estuviera buscando entre los pensamientos, los recuerdos, las fantasías. Sacando sus conclusiones inescrutables. Sus labios se curvaron como si lo que hubiera visto le diera permiso para tomarse las libertades que quisiera.

—La idea de que sepas usar todo tipo de herramientas es realmente excitante —dijo.

—No... no puedo creer que me hayas dicho eso —tartamudeó ella.

—Entonces ponme en mi lugar —dijo él—. Tú eres Su Alteza Divina, la Princesa de la Corona de Endicott Falls. ¿Quién osa meterse contigo?

Quién, realmente. Se dio cuenta, cuando ya era demasiado tarde para detenerse, de que se estaba lamiendo los labios.

—Tú nunca te quedas en tu lugar, da igual quién te ponga allí.

Él se encogió de hombros.

—Es verdad. Puedo verte, con los ojos de la mente, toda dispuesta y eficiente, con una sierra. Dominándola. Con los músculos flexionados. Goteando sudor. El serrín volando. El metal chillando.

—Ah, vete a la mierda —dijo ella—. Para, ahora mismo.

—Ríñeme. Muéstrame quién manda. —Sus ojos destellaron—. Me gusta que lo hagas.

Ella volvió a taparse la cara.

—Oh, por favor, deja ya de tomarme el pelo... —se obligó a decir, entre irremediables risitas histéricas.

—Todavía no. Caigo de rodillas y te ofrezco una cerveza fría. Tú empinas la botella. Una gota resbala, tiembla en tu clavícula, sigue resbalando. Ahí es cuando caigo de bruces... y pido piedad.

Recordó aquel encanto persuasivo que la podía hacer aceptar todo lo que él quisiera. Pero al final, no había querido. Él no la había querido.

Dio un paso atrás. No podía caer en esa trampa.

—Entonces —dijo alegremente—, ¿cómo están tus hermanos?

Los ojos de Sean se volvieron inexpresivos mientras cambiaba de la seducción abierta a las bromas sosas. Su boca se torció.

—Ah, estupendamente —dijo—. Davy y Con están felizmente casados. Con va a tener un niño.

—Es fabuloso. ¿Y Kev? ¿También está felizmente casado?

La cara de él se endureció. Un relámpago frío en sus ojos le hizo sentir un escalofrío.

—No —dijo—. ¿No te enteraste de lo de Kev?

Ella sintió un vacío en el estómago.

—¿Enterarme? ¿De qué?

—Kev murió. Lanzó su camioneta por el acantilado. —Hizo una pausa, clavando los ojos en los de ella—. ¿De verdad que no lo sabías?

Ella trató de hablar varias veces antes de que las cuerdas vocales respondieran.

—No —susurró—. Me fui aquella misma noche. Me pusieron en un avión que iba a Boston. Nadie me dijo nunca nada.

—Por supuesto que no —dijo él—. ¿Para qué ibas a preguntar?

Eso le dolió. Implicaba que a ella no le importaba, lo cual era injusto.

Pero sus ojos estaban atormentados por el viejo dolor. Qué mequino, enfadarse porque ella no se había enterado.

—Lo siento. Kev era especial.

Sean inclinó la cabeza en silencio, aceptando sus palabras.

Liv tragó saliva antes de hacer la siguiente pregunta.

—Entonces, ¿fue...?

—¿Suicidio? —Sean sacudió la barbilla—. Eso dicen. ¿Quién sabe?

—¿Y eso que me contó? ¿Eso que me dijo sobre que unos tipos querían matarlo?

Sean hizo una pausa.

—Nunca encontramos pruebas de que fuera verdad.

Ella se tomó un momento para pensar.

—Entonces era... él era...

—Sí, alucinaciones paranoicas. Complejo de persecución. Como nuestro padre. Esa fue la conclusión oficial, en todo caso.

La amargura de su voz la invitó a preguntar.

—¿Y tu conclusión?

—Mi conclusión no vale nada. Me la guardo para mí.

Liv no supo qué decirle. Se le ocurrían muchas cosas, pero ninguna era apropiada. Como agarrarlo por el cuello y gritarle que no debería haber pasado por todo eso sin ella.

Cabrón estúpido. Su garganta se apretó, como un puño.

—¿Qué demonios pasa? —Blair estaba corriendo hacia ella a grandes zancadas, con la cara asustada—. Liv, ¿estás bien? Parece como si hubieras llorado. ¿Él...?

—Me lloran los ojos —dijo ella apresuradamente—. Por el humo.

Blair le ofreció un pañuelo. Cuando salió a la superficie Sean y Blair estaban sosteniendo un duelo de miradas curiosamente hostil.

—Me sorprende que tengas la cara dura de aparecer —dijo Blair.

Sean arqueó las cejas.

—Quería asegurarme de que Liv estaba bien.

—Liv está bien —dijo Blair con rigidez—. La tenemos protegida.

—Te dejo en muy buenas manos, entonces —dijo Sean a Liv. Y añadió—: Tómatelo con calma, princesa. —Le hizo una inclinación cortés, dio la vuelta y se alejó.

Como una escena sacada de una vieja película del oeste. El tipo de hombros anchos se pierde en el atardecer. Liv se sintió perversamente abandonada mientras miraba fijamente su espalda.

Capítulo 4

«DESPACIO. TÓMATELO CON CALMA. No mires hacia atrás».

O convertiría en picadillo la nariz de ese alcorcho de Madden. Y después arrastraría a Liv a una cueva. Por un pelo no se estrelló contra un poste de teléfono. Tenía la mente en blanco, el estómago débil, las manos le temblaban.

La vibración pegajosa y posesiva de Madden lo hacía desear machacarle la cabeza a ese gilipollas arrogante con una piedra. El insecto comemierda no merecía respirar el mismo aire que Liv Endicott. Tampoco él lo merecía, desde luego, pero eso no hacía al caso porque era Blair quien estaba con ella. A tomar por el culo Blair Madden.

Caray. Creía que ya había superado esa vieja rabia. Después de todo, los intentos de aficionado de Blair de meterse con él en los viejos tiempos eran cosa de niños comparados con los problemas reales a los que Sean se había enfrentado. Ahora, al cabo de los años, podía ver las cosas en perspectiva. Madden era un tipo insignificante. Tan insignificante como una cucaracha.

«Tranquilo. Controla tus impulsos. Las acciones tienen consecuencias».

Los interminables sermones severos con los que su padre y sus hermanos le habían machacado pasaban por su cerebro en un caótico balbuceo de ruido mental. Eh, lo estaba intentando. Había controlado sus impulsos. Excepto el de acercarse a Liv. Había límites para el autocontrol de un hombre.

Una mirada arrogante de esos grandes ojos grises lo convertía en un hombre de las cavernas.

Quizá fue el aspecto de mujer de las cavernas lo que se lo provocó; el pelo salvaje, la cara manchada de hollín, la evidente ausencia de ropa interior.

El efecto sólo podía mejorarse desgarrando la ropa, tumbándola sobre la alfombra y poseyéndola como una bestia salvaje.

Dios, era bella. Qué mujer. Chica era una palabra demasiado frívola. El mundo estaba lleno de chicas. Su agenda estaba llena de sus números de teléfono. *Chica* era una categoría, un concepto. Un artículo de consumo.

La palabra *mujer* implicaba una sensación diferente. Le llenaba la boca. Redonda, suave, misteriosa. Única, singular. Liv adulta, llena.

Tenía muchas fotos de ella, pero Liv solía usar jerséis grandes y faldas largas en invierno y vestidos sueltos en verano. Un cuerpo como aquel había

que verlo para creerlo. Había desarrollado unas tetas llenas, balanceantes. Y ese culo, esas curvas de reloj de arena desde la cintura a las caderas, Jesús. Había creído que era perfecta hacía quince años, pero la naturaleza había decidido darlo todo. Salsa de azúcar y mantequilla, crema batida, nueces y dulces espolvoreados.

Esa ropa ligera mostraba cada temblor y cada balanceo. No era de extrañar que medio pueblo estuviera haciendo fila para mirar. Él era un lobo-cerdo feroz que daba iguales oportunidades cuando se trataba de la sabrosura femenina. Apreciaba todos los colores, tamaños y formas, aunque le gustaban especialmente las curvas exuberantes.

Pero Liv era una categoría completamente diferente de belleza femenina.

No era sólo su apariencia, aunque era extremadamente hermosa. Tenía algo intrínseco. Algo tan regio y orgulloso. Digno. Elegante hasta los huesos. No se acojonaba ante nadie. Él se sentía como un perro indigno de lamer esos pies minúsculos y arqueados, pero babeando de todos modos por hacerlo. Saltando como un cachorro, con la lengua fuera. Haría cualquier cosa por hacerla sonreír. O mejor todavía, lograr una de esas risas reprimidas. Anotarse una de esas era como ganar la lotería. Hoy había conseguido unas cuantas. Todavía estaba nervioso por el triunfo.

Así que sus halagos todavía la hacían sonrojarse y ponerse alerta. Frambuesas, coronando esas tetas saltarinas. Qué conmoción, poner a la princesa caliente y nerviosa sólo con palabras.

Pero eso era un arma de doble filo. No tenía una chaqueta, una caja o una bolsa para camuflar su erección furiosa. Había tenido el mismo problema la primera vez que la vio. Estaba trabajando en una obra y la cuadrilla se había parado en seco cuando la hija del jefe pasó por su lado. Una falda de gasa, las tetas balanceándose bajo la blusa formal, una nube de pelo oscuro y rizado, los ojos bajos. Una piel luminosa, con tintes rosados. Sin maquillaje. No lo necesitaba.

Todo el grupo exclamó.

—Virgen.

Una virgen deliciosa, inocente, succulenta. Inconsciente de su poder sobre los hombres. Ni siquiera se había dado cuenta de que a los de la cuadrilla se les caía la baba. Simplemente pasó flotando. En otra dimensión.

Él estaba desnudo hasta la cintura, llevaba botas, unos vaqueros desgastados y un sombrero duro. Goteaba sudor. Y no tenía manera de ocultar su erección, aunque no importaba. Ella no se fijó en él.

Sus sandalias habían marcado huellas diminutas y delicadas en el polvo de cemento.

Había empezado como un juego, lograr que ese ángel flotante se fijara en su ser andrajoso. Rápidamente se convirtió en algo más caliente, más salvaje. Quería hacer que lo deseara. Quería llevársela al bosque por arte de magia. Acostarla en un lecho de agujas de pino y lirios, quitarle las bragas y azotar su cuerpo de niña dulce como el caramelo con la lengua hasta que le suplicara que la desflorara.

Y le haría el favor. Ah, sí. Se moría por hacerlo.

Su plan fracasó cuando se enamoró locamente de ella.

Kev se cabreó mucho con él cuando descubrió que andaba detrás de Liv. «No es de las que mantienen relaciones sin compromiso. Vas a hacerle mucho daño», le había sermoneado.

No, le había asegurado a su preocupado hermano gemelo. Hacerle daño a Liv era la última cosa que haría nunca. La veneraba. Estaba ahorrando para comprar un diamante.

Pensar en Kev hizo que su sueño de esa mañana le cruzara otra vez por la mente. «Tienes que hacer algo con el coche de Liv», había dicho Kev en su sueño.

Extraño. Ni siquiera sabía qué tipo de coche conducía Liv.

Qué susto, cuando había preguntado por Kev. Durante una fracción de segundo, fue como si Kev no hubiera muerto. Nada de lo malo había pasado.

Kev había terminado su doctorado, se había convertido en un científico famoso, había publicado trabajos, se había enamorado, se había casado, tenía hijos. Toda la secuencia de la hipotética vida de Kev se desarrolló en su cabeza en un abrir y cerrar de ojos, *juuush*.

Y hombre, dolió cuando la realidad llegó estrepitosamente para desplazarla.

Se sintió mal. Tenía que largarse rápidamente de allí. Estallar en lágrimas en el centro de Endicott Falls era su idea del infierno.

Siempre había sido un inútil para ocultar sus sentimientos. El estoicismo de macho era la especialidad de Davy. De Kev también, de una forma más ligera. El estoicismo de Davy tenía un peso de acero, como el de su padre. El de Kev había sido más como la calma de un monje zen. Como un tranquilo lago en donde se reflejara su imagen. Tan apacible.

Mierda, echaba tanto de menos a Kev... Sentía la garganta como un carbón encendido.

Apretó la mandíbula, caminando a grandes zancadas hacia donde tenía aparcada la camioneta.

Él era historia. Miles era un adulto. Podía arreglárselas por sí mismo.

«Tienes que hacer algo con el coche de Liv».

Ojalá no hubiera interrumpido a Kev en el sueño antes de que terminara esa frase. En todo aquello había algo más de lo que parecía, pero no podía adivinar qué.

Ojalá pudiera ver la nota de T-Rex. Y los correos electrónicos.

Pero ¿en qué estaba pensando? Debía mantenerse alejado de ella, eso debía hacer. Los polis se estaban ocupando de todo. Su familia tenía montañas de dinero. Si alguien tenía el trasero protegido, ésa era la Princesa Liv.

La sensación de que algo no estaba bien estaba creciendo, cada vez más grande y peor. Tenía hormigas de fuego en la cabeza. Picando y retorciéndose. ¿Qué había dicho T-Rex? ¿Ardiendo en el fuego de su pasión? *Nuestra unión será explosiva.*

Había mirado los restos retorcidos en el fondo del Cañón Hagen durante horas, antes de que bajaran y lo sacaran.

Nuestra unión será explosiva. La frase se repetía en su cabeza, martillando como una taladradora. El cuerpo de su hermano había quedado carbonizado.

—¿Cómo te ha ido?

Sean se sacudió como si lo hubiera picado una abeja, pero sólo era Miles, saliendo de la tienda de ordenadores, con los ojos agrandados por la curiosidad.

—¿Viste a esa chica? ¿Qué dijo? ¿Se sorprendió de verte?

Sean no podía hablar por la presión que crecía dentro de él. Se dobló sobre sí mismo, le dolía el estómago.

—Eh. ¿Estás bien? —Miles le agarró el hombro—. ¿Estás enfermo?

Iba a vomitar el café y el suizo, justo sobre los geranios que había frente a Antiques and Collectibles de Endicott Falls. Oh Dios, qué forma de reparar su imagen social.

Nuestra unión será explosiva.

Atisbo de nuevo a través de la neblina de humo. Sus ojos se fijaron en la silueta graciosa de Liv. Blair Madden desfilaba junto a ella, sacando pecho.

El coche de Liv. Quemarse. Explosivo.

Se separaron para caminar alrededor de la destartada camioneta. Ése no era un vehículo trofeo que un gilipollas pomposo como Madden conduciría.

Tenía que ser de Liv.

Clic. Todo encajó. Su pánico se liberó, como un muelle.

Corrió hacia aquella camioneta como si tuviera cohetes debajo de los pies. Casi no reconocía aquella voz como la suya. El tiempo se detuvo, la gente se apartaba a su paso. Madden lo miraba desde detrás del parabrisas. Los ojos de Liv eran enormes.

—¡Apartaos de ese coche! —aulló—. ¡Atrás!

Liv se quedó congelada, con un pie ya dentro.

Madden cerró su puerta, se estiró a través del asiento y agarró la muñeca de Liv para arrastrarla dentro, el cretino. Maldición. Sean destrozó la ventanilla del lado del conductor de una patada. Quitó el seguro de la puerta y sacó a Madden de un tirón.

El tipo gruñó al golpear el asfalto caliente. Liv retrocedió hasta que golpeó el escaparate de Trinket Trove Gift Emporium.

—¡Apartaos! —aulló, agitando las manos ante ella y todos los que podía ver—. ¡Atrás! ¡Más lejos! ¡Ahora, maldita sea!

Todo el mundo obedeció. Nadie quería estar cerca del psicópata aullador.

Las llaves estaban en el contacto. Abrió el capó. Cualquier movimiento podía activar la bomba, pero tenía que correr ese riesgo. Nadie iba a creerle. Lo sabía por amarga experiencia.

No estaba seguro siquiera de creerse él mismo, pero demonios, no tenía elección. Debía confiar en su instinto.

Revisó el motor del Toyota en busca de diseños de bomba conocidos para él, pero había variaciones infinitas, interminables estrategias nuevas, y nunca había jugado con las tripas de un Toyota viejo. No reconocería un cable fuera de lugar aunque le mordiera en el culo. Lo miró detenidamente, con el estómago dándole vueltas. Se echó al suelo, se arrastró de espaldas bajo la camioneta. Encendió la linterna de su llavero. Miró por allí.

Un estremecimiento de confirmación le sacudió los nervios. Un alambre enrollado en torno a la transmisión. Un clásico antiguo. Fácil de detectar si lo estuvieras buscando, ¿pero por qué mirar? Metió el dedo delicadamente. Allí estaba. Un pegote de explosivo plástico, moldeado entre el tanque de la gasolina y el cuerpo de la camioneta. Si Madden hubiera arrancado, al girar el volante habría activado la trampa y buuum. Dejó salir un suspiro entrecortado. La tensión desapareció.

El olor a asfalto recalentado por el sol le hizo cosquillas en la nariz. Las

raspaduras de su espalda empezaron a escocerle. Miró fijamente el artilugio de destrucción que se agarraba al vientre de la camioneta, como un tumor maligno. Tan cerca.

Salió retorciéndose de debajo del Toyota. Tuvo que frotarse los ojos para reconocer al oficial Tom Roarke. El hombre había engordado en esos quince años, pero la hostilidad de su cara era inmutable.

Sean casi no lo culpaba por ello. Pegarle a un oficial de la ley en la cara e inmovilizarlo con sus propias esposas era una actuación francamente indeseable. Incluso en sus días más salvajes. Sean lo sabía.

Y todo para nada, finalmente. Había llegado demasiado tarde para salvar a Kev.

—Señor McCloud, ¿le gustaría explicarme qué está haciendo cometiendo vandalismo en el coche de la señorita Endicott? —La voz de Roarke era tan áspera como la grava.

—Verificando la presencia de artillería explosiva —respondió Sean.

La cara de Roarke quedó en blanco.

—¿Eh?

Sean se sentó.

—Eche una mirada —sugirió—. Hay explosivo plástico alrededor del tanque de la gasolina. Un cable en torno al eje del volante. Sin embargo, podría ser un señuelo. Alguien podría estar observando con un detonador a control remoto.

—Está bromeando. —La cara de Roarke adquirió un extraño tono morado.

—Ojala fuera así. Sugiero que haga evacuar esta manzana ahora mismo.

Roarke sacó su *walkie-talkie* del cinturón. Sean dio la vuelta y encontró a Liv de pie en la calle, demasiado cerca del coche. Miles también estaba caminando más cerca de lo que debiera, con los ojos redondos y la boca abierta.

—¿Detonador? —repitió ella débilmente—. ¿Quieres decir... una bomba? ¿En mi camioneta? Pero lleva aparcada aquí desde las cinco, cuando me llamó la policía por el incendio. No la he movido en toda la mañana y por esta calle pasa mucha gente. ¿Cómo pud...?

—Apártate del coche, Liv. Tú también Miles. ¡Moveos!

Extraño, oír la voz de sargento de instrucción de su padre saliendo de su boca. Pero no tuvo efecto aparente en Liv. No parpadeó. Sean la hizo girar y la empujó.

—Quítale las manos de encima. —Era Madden, con la voz temblorosa y aguda. Tenía la cara empapada en sudor. Agarró el brazo de Sean.

Sean remolcó al tipo con ellos.

—Tengamos esta discusión tonta fuera del radio de la explosión —gruñó.

—Me gustaría saber cómo sabía lo de esa bomba, McCloud.

Sean se quedó cortado. Mucha gente iba a hacerle la misma pregunta, empezando por la policía. «Tuve una curiosa sensación, mi instinto me avisó del peligro...», esa explicación no le llevaría muy lejos cuando la gente empezara a buscar un chivo expiatorio. Y él era un chivo expiatorio estupendo.

Se preparó.

—Tuve una corazonada.

—Ya veo. —La voz de Madden estaba llena de desdén—. Una corazonada. Qué conveniente y qué oportuna. Usted es obviamente un experto, me sorprende que no esté desactivando esa supuesta bomba usted solo, ahora, en lugar de esperar a la policía.

—Probablemente podría hacerlo, pero no lo voy a hacer. —Sean mantuvo su voz serena—. No sin equipo y sin apoyo. Lo haría sin pensar si la vida de alguien dependiera de ello, pero ya que hay elección, prefiero llamar a los técnicos de la Unidad de Explosivos.

Las patrullas policiales empezaban a llegar. La gente estaba saliendo de los edificios cercanos y escapaba corriendo. Miles estaba encorvado sobre su teléfono, delatándolo a sus hermanos. Entonces vio a Roarke y a otros dos oficiales, caminando resueltamente hacia él con un propósito sombrío en su paso sincronizado y una mirada inconfundible en los ojos. Ah, estupendo. La cosa se ponía fea.

Entonces iba a terminar el día entre rejas, después de todo.

El maldito dieciocho de agosto. No fallaba.

• • • • •

—¿Dolerá?

El doctor Osterman puso un brazo tranquilizador en torno a los hombros de la chica que estaba conduciendo hacia su consultorio privado. Encendió las luces y las videocámaras.

—En absoluto. X-Cog 10 sólo realzará tu actividad nerviosa y la estimulación eléctrica aumentará la circulación sanguínea para seleccionar

porciones de tu cerebro —mintió suavemente.

Los ojos de Caitlin se agrandaron, intrigados.

—Estupendo.

Osterman le lanzó una sonrisa llena de encanto.

—Básicamente, estamos tratando de usar más de tu ya notable potencial cerebral.

Caitlin le sonrió cansadamente.

—Hay muchos medicamentos que lo ayudan a uno a sacar más de su cerebro —dijo—. He probado ya muchos.

Él se rió entre dientes.

—Sin duda. Pero mi enfoque es más sistemático. Espero desarrollar formas de tratar problemas de aprendizaje, *realzar* el rendimiento académico y, en último término, contribuir a la evolución humana.

—Caramba —susurró ella agrandando los ojos.

Osterman experimentó un destello de duda sobre si su trabajo merecía la pena. Los resultados de las pruebas de Caitlin estaban sólo en el límite. Excelentes comparados con una adolescente normal, y extremadamente brillante en el terreno artístico, pero era más o menos mediocre de acuerdo con sus propios estándares. En el lado de lo positivo, su perfil familiar era perfecto. Era un producto del sistema de acogida. Problemas de comportamiento, problemas de drogas, sin padres que hicieran preguntas molestas cuando desapareciera. Y llevaba tanto tiempo esperando un sujeto de pruebas adecuado... Si quería seguir recibiendo las generosas donaciones del Grupo Helix debía ofrecerles resultados. Resultados demostrables y rentables.

Osterman inclinó su cara hacia arriba, observando la encantadora estructura ósea. Tenía grandes y asustados ojos castaños. Sus labios centelleaban con brillo labial de sabores.

—Eres especial, Caitlin —dijo amablemente—. Este proyecto es importante. No puedo confiar en los otros como confío en ti. ¿Entiendes?

Ella parpadeó con la luz brillante.

—Ah, bueno.

Él le acarició la mejilla con el pulgar.

—Eres encantadora —dijo.

Los ojos de ella se abrieron, sobresaltados. Osterman apartó su mano lentamente.

—Lo siento, Cait —susurró—. No debería haberte dicho eso.

Los ojos de Caitlin brillaron con lágrimas.

—Está bien. Eeh, no me importa.

Ah. Trabajar con chicas era tan gratificante. Era difícil encontrar chicas extremadamente dotadas que encajaran en su exigente perfil social, pero la facilidad para el manejo compensaba esa desventaja. Sólo había que decirles que eran hermosas y especiales y el acuerdo estaba hecho. No importaba lo inteligentes que fueran. Las chicas eran tan vulnerables, tan desesperadamente necesitadas de amor...

Y él había descubierto, a través de trabajosos ensayos, que su precioso bebé secreto, la interfaz neural X-Cog, era más fácil de establecer y mantener con sujetos femeninos altamente inteligentes.

Ella parpadeó con coquetería.

—Usted tiene un buen cuerpo —dijo con coquetería—. Para ser un hombre mayor. —La invitación en su mirada era clara.

Osterman pensó en ello brevemente. Estas chicas eran para usar y tirar, así que nunca tenía que preocuparse por las repercusiones. Casado con su trabajo, prefería mantener su vida sexual extremadamente sencilla.

Pero todo ese corcoveo y latir después de un tiempo se volvía tediosamente parecido. Y entrar en contacto con fluidos corporales era antihigiénico.

Prefería las pasiones de la mente, cuando todo estaba dicho y hecho.

Le acarició la mejilla.

—El trabajo primero, el juego después. Al trono.

Se sentó en la silla. Osterman le puso rápidamente las correas de sujeción almohadilladas a las muñecas.

—¡Eh! ¿Qué es esto? ¡No dijo nada sobre atarme!

—Procedimiento estándar —la tranquilizó Osterman, cerrando las sujeciones de los tobillos. Ajustó la abrazadera de la cabeza de modo que pudiera ponerle el casco X-Cog—. Relájate. Lo estás haciendo bien.

Sus labios eran realmente hermosos, pensó, con una punzada de remordimiento. Estaba balbuceando preguntas angustiadas que él ya no se molestaba en contestar. Estaba a kilómetros por encima de ella ahora, preparándose para el gran evento.

Cait podría haberse convertido en una mujer hermosa, en otras circunstancias, musitó. Pero estaba tan estropeada. Uno podría llegar hasta a decir que él le estaba dando a su vida un significado que de otra manera nunca habría tenido. El campo del progreso siempre hacia adelante, para el bien de la humanidad en general. Y para Christopher Osterman, doctor en Medicina, en

particular. Introdujo la aguja en su brazo, la fijó con cinta, comenzó el goteo de suero. Se puso su propia corona maestra. Ahora todo lo que tenía que hacer era observar y confiar.

—Pervertido de mierda —dijo una voz baja y chirriante detrás de él.

Osterman saltó y giró en redondo. Soltó una explosiva bocanada de aire cuando vio a Gordon, su asesino mascota, su hombre de hacer limpieza y su factótum.

El término mascota no era muy exacto. Mantener a Gordon en el equipo era como agarrar a un tigre por la cola. Tenía que agarrarlo fuertemente. Y el resultado era que Gordon tenía también fuertemente agarrado a Osterman.

Osterman encontraba la intimidad forzada resultante de ello muy desagradable.

—No te acerques a mí así —le riñó.

—No contestas al teléfono. Supuse que estabas jugando al doctor con una de tus niñitas aquí atrás, en el cuarto de juegos del perverso —dijo Gordon.

Osterman exhaló y dejó pasar ese comentario insultante.

—¿Te ocupaste de ese asunto que mencionaste en tu última llamada?

—Ah. —Gordon se mordió el labio—. Ha habido novedades.

Osterman esperó, con los puños apretados.

—¿Qué novedades?

—El hermano de Kevin McCloud ha entrado en contacto con la chica.

Osterman lo miró fijamente.

—¿Qué quieres decir con contacto? Se supone que la ibas a matar. ¿Cómo puede entrar en contacto con un cadáver?

—No había terminado el trabajo —dijo Gordon—. Ha hablado con ella hoy, en su librería. La que quemé hasta los cimientos anoche.

—¿La quemaste? —Osterman lo miró boquiabierto—. ¿Te has vuelto loco?

—Me dijiste que montara un escenario de acosador, ¿verdad? —La voz de Gordon era ligeramente hosca—. Te tomé al pie de la letra, Chris.

—Estaba pensando en cartas sucias, en gatos degollados, ¡ese tipo de cosas!

—No puedo pasar de cartas sucias y gatos muertos al homicidio —protestó Gordon—. Se necesita un incremento natural. La violencia tiene que aumentar de una forma que tenga sentido. Confía en mí. Conozco mi trabajo.

—No lo dudo —murmuró Osterman.

—Cuidado con los comentarios petulantes. Como te decía, McCloud

habló con ella. Después la sacó de su coche antes de que mi bomba explotara.

—¿Bomba? —La voz de Osterman se hizo más aguda—. ¿Qué bomba?

—Un trozo de Semtex que tenía por ahí. No te preocupes, no estuve presumiendo. Cualquier tonto con acceso a Internet podría hacerla. Le di los toques finales esta mañana, mientras todo el mundo estaba mirando el incendio.

El corazón de Osterman latía salvajemente.

—¿Se supone que iba a ser un golpe discreto! ¿Una bomba en un distrito comercial? ¡Creí que eras un profesional!

Gordon parecía herido.

—Piensa un poco más allá, Chris. Mi acosador desea desesperadamente atención. Eso llena el vacío que tiene dentro. Cuanto más grande sea el gesto, más imagina que impresionará al objeto de su amor trastornado.

—Tu mierda seudopsicológica no es una justificación para...

—Entro en la estructura de personalidad de mi personaje y sigo sus directivas —le sermoneó Gordon, disfrutando—. De esa forma, cada crimen tiene su coherencia. Lo que impide que yo, tu compañero Gordon, deje una firma. De hecho, la falta de firma es mi firma.

—Ya me has explicado tu filosofía criminal muchas veces. ¡Eso no evitará que los polis investiguen el caso! —Osterman echaba humo—. ¡No quiero pasar el resto de mi vida en la cárcel!

—Oh, la cárcel no sería tan mala. Con esa bonita cara que tienes estoy seguro de que serías muy popular.

Osterman se obligó a respirar.

—¿Quieres detener la espiral de la violencia, Gordon? ¿Estás pensando en otros métodos?

—Mierda, no, ¿de dónde has sacado esa idea? —La sonrisa dentada de Gordon era alegremente maníaca—. Nada detendrá mi espiral hacia el abismo. Vivo para esta mierda.

—El Grupo Helix no nos ayudará si la policía encuentra tu rastro.

Gordon se encogió de hombros despreocupadamente.

—Tú haz tu trabajo y yo haré el mío. Volviendo a McCloud. Como dije durante la cagada del Proyecto Medianoche...

—No digas el nombre —dijo Osterman dejando salir las palabras entre dientes.

Gordon puso los ojos en blanco.

—Te dije que deberíamos liquidar a McCloud para prevenir. ..

—No quería que el número de cadáveres subiera —le interrumpió Osterman.

—Siempre te vuelves muy aprensivo en el momento inadecuado —se lamentó Gordon—. Esa chica transmitió la información y se escondió.

—¿Entonces por qué no han venido a por nosotros? Nadie nos ha molestado en quince años —arguyó Osterman—. Puede que McCloud sólo pasara por allí. Una librería ardiendo llama la atención... ¿O no se te ocurrió pensar que simplemente ha sido eso?

—Sí. De acuerdo. Puede que sólo haya sido una coincidencia. —Gordon escupió en las baldosas del suelo—. Pero ahora McCloud está detrás de nosotros. Descubrió mi bomba. Lo sabe, Chris. La pregunta es: ¿lo matamos ahora, antes de que empiecen los problemas?

Osterman miró fijamente la odiosa mancha de moco amarillo y pensó en formas de matar a Gordon. No le gustaba limpiar sus propias suciedades, pero las cosas estaban yéndosele gravemente de las manos.

Por otra parte, la perspectiva de entrenar a alguien nuevo era desalentadora.

—Debería interrogar a la chica antes de sacrificarla —murmuró Gordon. Miró hacia Caitlin—. Hablando de sacrificar... ¿Quieres que me deshaga de ésta por ti?

Oh, Dios, se había olvidado de Caitlin. Dio la vuelta y supo instantáneamente, como Gordon, que la interfaz había fallado.

Caitlin estaba retorciéndose, luchando contra las sujeciones. Vasos sanguíneos rotos afeaban sus globos oculares. Tenía la boca muy abierta, como si estuviera gritando, aunque no producía ningún sonido. Alucinaciones, sin duda. El X-Cog había paralizado sus funciones motoras, pero los efectos secundarios habían frito el resto. O quizá la estimulación eléctrica había sido demasiado agresiva. Tomó nota de bajarla para el próximo sujeto.

Apartó la mirada. Ese efecto de grito silencioso era grotesco.

—Bonitas tetas —canturreó Gordon, acariciándolas.

—Para ya —le dijo Osterman cortante—. Volvamos a McCloud y a esa chica. Simplemente mátalos, por el amor de Dios, y acaba con eso.

—Entonces ajustemos la tarifa. Y quítate la corona de perverso.

Osterman se quitó la corona maestra y alisó cuidadosamente su espeso y brillante pelo negro.

—Ya te estoy pagando una fortuna.

—McCloud es de alto riesgo. Perteneció a las fuerzas especiales. Tiene

un hermano que fue federal y otro que es investigador privado. Esos hombres no van a estar contentos. Seguramente tendré que marcharme por una temporada. Eso es muy caro.

Osterman se sintió tentado por la fantasía de que Gordon desapareciera de su vida para siempre.

—¿Cuánto quieres?

Gordon dijo una suma. Osterman se quedó mirándolo, horrorizado.

—Bien, si te parece caro puedes llamar a otro. Con toda libertad. Me encantaría lavarme las manos en lo que se refiere a todo este asunto.

—Es que pides demasiado —dijo Osterman, irritado, haciendo ya los cálculos mentalmente, liquidando activos, transfiriendo esto, convirtiendo aquello.

—Tu fondo para imprevistos debería cubrirlo. Y los chicos de Helix no tendrán que preocuparse por sus bonitas cabecitas, ¿verdad? Lo mantendremos entre nosotros. —Señaló en dirección a Caitlin—. ¿Quieres que la saque de aquí?

—Sí. Estoy harto de mirarla. Mezclaré una dosis de heroína y fentanil. Inyéctala justo antes de tirarla. No dejes que se asfixie en el maletero de tu coche. Resulta sospechoso para los técnicos forenses.

—Después de la inyección tardará un rato en morir —advirtió Gordon—. ¿Quieres arriesgarte a que acabe en urgencias?

—No importa. —Osterman ajustó los botones—. Si sobrevive será como un vegetal, no podrá ni decirles su nombre a los de urgencias.

Gordon silbó suavemente.

—Ahora *eso* está frío.

El repentino silencio de Gordon lo hizo recelar. Se dio la vuelta y vio a Gordon mirando bajo la camisa de Caitlin.

—¿Por qué haces eso? —le dijo secamente—. Es repugnante.

—¿Por qué hace un hombre cualquier cosa? ¿Por qué un perro se lame las pelotas? Porque puede, Chris. Porque puede.

Osterman se estremeció con desagrado.

—Eres un animal.

—Entonces tírame un trozo de carne. —Movi6 la mano hacia abajo para acariciarle la entrepierna y la retir6 con un siseo de desagrado—. Puag. Est6 mojada. Traer6 la camioneta hasta la puerta. ¿Tienes alguna otra bolsa para cad6veres? No quiero que me manche la camioneta.

—Ya casi no me quedan. Es muy dif6cil conseguirlas en cantidad —dijo

él.

—Sí, la vida es difícil. ¿Es esa una de tus fastidiosas formas pasivo-agresivas de pedirme que te consiga más bolsas?

La puerta se cerró con un balanceo tras su discusión, dejando las videocámaras grabando la respuesta del sujeto al X-Cog NG-4. Las muñecas forcejeando. Los talones golpeando. La cara contraída en el rictus de un grito interminable y silencioso.

Capítulo 5

CRASH. BAM. LAS PUERTAS DEL ARMARIO DE LA cocina rebotaron al cerrarse y volvieron a abrirse de nuevo. Sean observaba con fascinación horrorizada cómo su hermano mayor recorría airadamente la oscura cocina de la vieja casa de su padre.

—No sé por qué estás tan cabreado conmigo —dijo lastimeramente—. No he hecho nada malo. —Se detuvo un momento—. Todavía.

Davy produjo un gruñido. Hubo un chirrido y se quedó mirando a un cajón suelto, con el tirador medio arrancado. En el suelo de la cocina se desparramaron estrepitosamente gomas, clavos y otros desechos. Lo arrojó lejos.

—Ja —murmuró—. Si no estuviera tan cabreado eso sería gracioso.

El sol se había ocultado hacía tiempo detrás de Endicott Bluff y ellos todavía ni se habían molestado en encender las lámparas de queroseno. De hecho, teniendo en cuenta el humor de Davy en ese momento, quizá las lámparas de queroseno estaban mejor sin encender.

Las sombras se estaban tragando la habitación. La ventana del oeste era un espectáculo de luz que iba del rosa con bordes de fuego al azul cobalto profundo, pasando por el malva. De él colgaba una estrella. Bueno, un planeta, Venus, si recordaba correctamente las conferencias de astronomía de papá.

Pero Davy no estaba disfrutando del atardecer. Asaltó la alacena y se soltó otro tirador.

—Mierda —murmuró—. Maldita *mierda* frágil y podrida. —Lo lanzó contra la pared opuesta.

Crash. El tirador dio contra un cuadro. Sean hizo una mueca mientras el cristal se hacía añicos.

Esto era desconcertante. Davy habitualmente mantenía un control casi patológico de sus emociones, con la notable excepción de su pasión por Margot, su esposa. En un día normal, se necesitaba el equivalente emocional de un terremoto para que se enfadase.

Davy escarbaba en los armarios como un poseso.

—Sé que hay una botella de whisky por aquí. A no ser que te la hayas tomado y no la hayas remplazado.

—No. No bebería eso ni aunque me apuntaras a la cabeza con una

pistola. ¿Te calmas de una puñetera vez? Me estás poniendo nervioso.

—¿Te estoy poniendo nervioso? —Davy dio una patada a la puerta giratoria. Smash, y un lado quedó colgando desoladamente de su bisagra doblada y torcida—. ¿Soy yo el que te sacó de la cárcel y te estoy poniendo nervioso?

—Técnicamente no me sacaste de la cárcel —señaló Sean—. ¡Técnicamente no estaba detenido! No hice...

—No, sólo estabas en la sala de interrogatorio por diversión, hablando de los aspectos técnicos de la construcción de bombas para coches con los agentes de la ley locales. Que, por cierto, creen que eres un delincuente. Muchos de los cuales, como Roarke, tienen razones personales para odiarte a muerte.

—¡No es culpa mía! —protestó Sean.

—¡Has usado esa excusa desde que aprendiste a hablar!

—Bueno, a veces es válida. Y tú no me pagaste la fianza —dijo Sean obstinadamente—. No hubo dinero que cambiara de manos. Y vosotros sois mi coartada para anoche, así que no hay razón para todo...

—¿Ah, sí? Qué suerte, ¿verdad? ¿Qué impresión sacarán de ti cuando sepan que eres tan jodidamente inestable que tus hermanos tienen que andar siguiéndote para asegurarse de que no te haces daño cuando sales de copas y de putas?

—¡Guau! ¡Qué palabras tan duras! ¡Esas chicas no eran putas! ¡Sólo les gusta ir de marcha! Eran muy dulces, muy monas, eeh... sexualmente emancipadas...

—¡Ah, cállate! —rugió Davy—. Imagina la escena si no te hubiéramos seguido. ¿Puede decirnos dónde estaba la mañana del dieciocho de agosto, señor McCloud? Eeh bien, señor agente, estaba borracho follando en grupo con unas chicas que conocí en el Hueco, pero no me acuerdo de cómo se llamaban. Tenían unas bonitas nalgas. La mamaban estupendamente.

—¡Sí me acuerdo de cómo se llamaban! —Sean lo pensó un momento—. Del nombre, en todo caso —rectificó.

Davy resopló como un caballo semental enloquecido y dio una patada a la pared.

—Tíos, no tenéis que andar detrás de mí todo el tiempo —alegó Sean—. Generalmente soy un buen ciudadano, de fiar. Sólo que el dieciocho...

—De agosto, sí. Piensa en ello si te acuerdas de cómo se hace. ¿Te beneficia que todo el mundo recuerde que hoy es el aniversario del día en que

tu hermano gemelo estalló en llamas?

Sean se quedó sin respiración.

—Quizá no —admitió.

Davy golpeó con los puños la encimera. Los tarros sonaron nerviosamente en los estantes.

—¿Dónde coño está mi whisky?

Sean se levantó con un suspiro de frustración. Localizó la botella, claramente a la vista encima del frigorífico de propano y se la pasó a su hermano.

Davy arrancó de un tirón el tapón y echó un chorro en el vaso. Lo apuró y se dejó caer en la silla, que crujió bajo su peso.

Entre ellos cayó un pesado silencio. Davy era un maestro de los silencios pesados. Sean no, regularmente. Le gustaba el movimiento, el dinamismo, el ruido. Pero hoy estaba lo suficientemente cansado para mirar ausentemente a la oscuridad.

Cuando finalmente rompió el silencio escogió sus palabras cuidadosamente.

—Ya me has arrancado la cabeza por mis estúpidas escenas peligrosas anteriores —dijo—. No tengo ganas de que me sermonees por ellas otra vez.

—Ah, no. —Davy se sirvió otro trago—. No, hiciste muchas cosas estúpidas nuevas. La última vez que te acercaste a más de cien metros de Liv Endicott aterrizaste en la cárcel. ¿Ese hecho gracioso no se te pasó ayer por la cabeza?

—Si me hubiera mantenido alejado, Liv y Madden sería partículas en la estratosfera y habría un cráter donde solía estar el almacén Trinket Trove —señaló Sean—. Agradece que no pasara.

—Ése no es el maldito asunto —murmuró Davy.

—¿Entonces cuál es el asunto? Por el amor de Dios, acláramelo.

—El asunto es que otra vez lo estás haciendo. ¡Poniéndote en el peor sitio posible en el peor momento posible! Tirándote de una locomotora porque estás aburrido o porque alguien te desafía o quieres impresionar a alguna chica. O te sientes como la mierda y no puedes manejar tus sentimientos. Nunca aplicas la lógica. Y estoy sufriendo un *déjà vu*. Ya te he dicho todo esto antes.

—Muchas veces —confirmó Sean, con la voz llena de resignación—. Sermón novecientos sesenta y siete. Control de impulso. Parte C: Las acciones tienen consecuencias.

—¿Y sabes qué es lo que más me joroba?

Sean se encogió de hombros.

—Eeh... échalo, Davy, no estoy seguro de saberlo.

—¡Todo esto se trata de tu pene! —aulló Davy—. No puedes mantener cerrada la cremallera de los pantalones para salvar tu vida, así que terminas bajo custodia, rodeado de personas a las que les encantaría verte arder en el infierno. Todo el maldito tiempo.

—¿Qué se supone que debía hacer? ¿Escabullirme como un perro apaleado? —Sean levantó las manos, impotente—. El asunto con la policía, no sé por qué coño me pasa siempre. Juro por Dios que no voy a buscarlos.

Davy resopló.

—Claro. Ni idea. Como cuando perdiste la beca y te echaron de la universidad. ¿Por qué? Por ligarte a la esposa del decano. No piensas en las consecuencias. No piensas en tu futuro. Tu cerebro sencillamente se retira y deja que tus hormonas dominen la situación.

Sean se removió en la silla.

—Ella me tiró los tejos —murmuró.

—Sí, ¿no lo hacen siempre? Apuesto que tuvo que atarte.

Sean trató de recordar los detalles.

—Ahora que lo mencionas, fue bastante arriesgada en eso. Tenía un armario lleno de juguetes...

—Cállate, burro desgraciado. No estoy de humor para tu basura.

—¿Cuándo lo estás? No culpo a la mujer. Una cosa caliente y sensual casada con un fanático de la física con caspa en las cejas. Para ella yo fui sólo un juguete. Y era tan buena jugando con mi...

—Cállate antes de que te dé un puñetazo.

Sean apoyó la cara en las manos. Era estúpido provocar a Davy cuando estaba tan cabreado, pero una vez que se metía en un papel no podía evitarlo. Se levantó y se asomó al frigorífico, esperando que hubiera quedado alguna cerveza de su visita anterior.

Qué alegría, sí, había una cerveza. La abrió y se fue hacia la ventana occidental a bebérsela, dejando a Davy cocinarse solo en la mesa. El atardecer se había desvanecido, pasando de malva a gris humo, bajo el rectángulo de cobalto. Más allá del prado que ondulaba frente a la casa, el bosque de pinos y abetos parecía denso e impenetrable.

Le recordaba cuando, de niño, acostado por la noche en esa misma cabaña, temblaba por los peligros que papá decía que acechaban allá afuera.

Esa noche había un monstruo suelto, y era real. Pensar en Liv. Su cuello se estremeció como si un fantasma lo hubiera tocado.

Quizá lo había tocado uno.

Kev lo había ayudado. Por alguna razón, ese pensamiento hizo que se sintiera menos solo. Sin embargo, sabía que era mejor no compartirlo con Davy.

—Quiero ver los correos que le mandó a Liv ese acosador —dijo.

Davy apoyó la cabeza en la mesa y golpeó pesadamente la frente contra las ásperas tablas.

—¿Lo ves? Así empieza siempre.

—Utilizó la palabra «explosivo» en su nota. Eso fue lo que me hizo pensar en una bomba. Quiero ver las otras cartas. Quiero sentir su energía.

—Tú no eres policía —dijo Davy—. No eres su guardaespaldas. Ni su novio. Querer follártela no te da derecho a meter la nariz u otra parte protuberante de tu cuerpo en los problemas de esa familia.

Sean tomó el último trago y lanzó la botella, hundiéndola en el cubo de la basura.

—Tú y Con me echasteis una bronca esta mañana por ser tan egocéntrico y frívolo. Me intereso por el bienestar de otra persona y volvéis a hacerlo. No puedo daros gusto, tíos. Mejor ni lo intento. ¿Tenéis un juego de rastreadores?

La cara de Davy se endureció con desconfianza.

—¿Por qué?

—Ella necesita que se la rastree. Necesita cobertura veinticuatro horas, con un equipo de cuatro hombres, hasta que agarren a ese tipo. Su familia son unos idiotas.

—Entonces llama a la puerta de Endicott House —dijo Davy—. Presenta tu propuesta. Verás qué calurosamente reciben tus sugerencias.

Sean caminó arriba y abajo de la cocina.

—¿Tenéis los rastreadores? —repitió.

—Te echarían a la policía en el momento en que te pusieran los ojos encima.

Sean se encogió de hombros.

—¿Quién dice que tienen que ponerme los ojos encima?

—Nadie... —dijo Davy mientras se daba con la cabeza en la mesa—. Mi hermano ha decidido irrumpir en la casa del tipo más rico del condado y seducir a su estupenda hija bajo sus narices. Pero nadie se va a enterar.

—No voy a seducirla —dijo Sean malhumorado—. Entraría abiertamente

y hablaría con ella frente a su madre si pudiera, pero esa gente cree que supuro cieno de alcantarilla.

—No. Creen que eres peligroso, desequilibrado mentalmente y que supuras cieno de alcantarilla —corrigió Davy—. Si te agarran, te harán puré.

—Si no tuvieras un juego de rastreadores ya lo habrías dicho. Así que deja de hablar y dámelos.

Davy se levantó, pateó la silla para apartarla y agarró una bolsa que estaba encima de la mesa de la cocina. Sacó una bolsita de cremallera llena de trasmisores de radio, todos muy bien envueltos en paquetes transparentes.

Los tiró sobre la mesa.

—Toma. Elimínate tú mismo.

—Gracias —dijo Sean.

—No me des las gracias hasta que sepamos si terminas en la cárcel. —Arrancó una tira de paquetes de papel de aluminio y los tiró encima de los rastreadores—. Llévate estos.

Sean bajó la vista a los condones.

—Oye. Estás equivocado. No tengo planeado follarla. Sólo quiero...

—¿Planear? Por supuesto que no. Tú nunca planeas. Te falta la parte del cerebro humano que rige la planificación.

—No me ha gustado nada ese comentario —dijo Sean—. Simplemente no quiero que Liv sea eliminada por ese gilipollas sólo porque sus padres tienen cerebro de babosa.

—Cógelos. —La voz de Davy raspaba—. No te pido que seas responsable, porque eso sería una contradicción de términos. Sólo te pido que te enfrentes a la realidad. Te conozco, Sean. Si te escabulles en la habitación de esa chica, acabarás follándotela. Es una certeza matemática.

Sean lo miró, consternado.

—Cálmate Davy. Me estás asustando.

La expresión sombría de Davy no cambió.

—Mételos en el bolsillo.

Sean dobló los condones y se los embutió en los vaqueros.

—Lo que sea con tal de que te tranquilices —dijo—. ¿Ves? ya está. ¿Mejor ahora?

Davy dio la vuelta y se quedó de pie en la oscuridad, con los puños apretados.

Sean miró fijamente la espalda de su hermano, escasamente visible en la penumbra.

—Esto es extraño —dijo suavemente—. Generalmente soy yo el que pierde el control y vosotros los que me hacéis aterrizar. ¿Qué pasa?

Los ojos de Davy centellearon en las sombras de la habitación.

—¿Se te ha ocurrido pensar que este día del calendario también es terrible para Con y para mí?

Sean contuvo el aliento.

—Sí, la idea se me ha pasado por la cabeza alguna vez —dijo—. Lo siento. No soy de mucha ayuda.

La risa de Davy era seca.

—Claro que sí. Es una gran distracción andar persiguiéndote, tratando de evitar que te hagas matar o mutilar o meter en la cárcel o lo que sea. ¿Quién tiene tiempo para estar abatido con toda esa tarea por delante?

—Es una forma de verlo —dijo Sean dubitativamente—. ¿Tienes baja el azúcar o qué? Deberías comer. Te cocinaría algo, pero has destrozado la cocina. Cómprate una hamburguesa de vuelta a casa. ¿Margot te espera para la cena?

—No. —La voz de Davy era apagada—. Yo... eeh... Me quedaré aquí esta noche.

Sean se quedó helado, repitiendo varias veces en su cabeza el comentario de su hermano.

—¿Me estás diciendo que voluntariamente vas a dormir a más de un milímetro de distancia del voluptuoso cuerpo de Margot? ¿Qué significa todo esto?

Los hombros de Davy se levantaron y cayeron.

—¿Qué está pasando? —preguntó Sean enérgicamente—. Gilipollas. Ella es lo mejor que te ha ocurrido nunca. No me digas que lo has estropeado. ¿Habéis discutido? ¿Te ha echado de casa? ¿Qué has hecho?

—Nada —dijo Davy malhumoradamente—. Y no, no me ha echado. Y no te importa. Los dos necesitamos un poco de... espacio para respirar.

Ahora estaba asustado. Davy habitualmente tenía que ser separado de su novia Margot con ayuda de una palanca. Cuando los McCloud se enamoraban, se enamoraban bien.

—El espacio para respirar es una idea muy mala —dijo Sean—. Pasan cosas horribles cuando las mujeres tienen demasiado espacio para respirar.

—¿Qué demonios sabes tú de eso? —preguntó Davy ásperamente—. Nunca has estado casado, gamberro impertinente.

Sean no se molestó en contestar.

—¿Entonces está cabreada contigo?

Davy levantó las manos impotente.

—Claro que está cabreada conmigo.

—¿Por qué? Si no me lo dices, llamo a Margot y se lo pregunto a ella.

—Oh, Dios. No. Por favor, no hagas eso —dijo Davy fervorosamente.

—Entonces afuera con ello. Vamos. Escúpelos.

—Yo... esto... bueno, no somos... sencillamente está enfadada conmigo porque no puedo... um... —su voz se debilitó, tristemente.

Sean miró a su hermano con los ojos entornados, perplejo.

—¿No puedes qué?

Davy se dejó caer de nuevo en la silla, evidentemente incapaz de hablar.

Sean lo miró cayendo en la cuenta con horror.

—Cielo santo. ¿Estás hablando de sexo? ¿No puedes tener sexo? ¿Con Margot, el sueño erótico en persona? ¿Qué coño anda mal en ti? ¿Estás gravemente enfermo?

—No —Davy escupió la palabra—. Es que ella está... eeh... tiene retraso.

Sean miró la silueta encorvada de su hermano mayor, incapaz de descifrar su expresión en la penumbra.

—¿Retraso? —repitió—. ¿Qué retraso? No sé de qué me estás hablando.

—Usa el minúsculo cerebro que Dios te dio y dedúcelo —rugió Davy.

Sean pensó un momento y tragó aire ásperamente.

—¡Ah, mierda! ¿Quieres decir uno de esos retrasos...?

El suspiro de Davy fue entrecortado y trabajoso.

—Sí. No está segura todavía. Su ciclo no es regular, pero nunca se le había retrasado tanto antes...

—Oh Dios, esta es demasiada información para mí. No estoy seguro de poder asimilar los detalles del ciclo reproductor de mi cuñada...

—Madura y asimílalos, idiota —gruñó Davy—. Si no, no haber preguntado.

—Es verdad, es verdad —dijo Sean en tono conciliador—. Lo siento. Y entonces, ¿no puede, bueno, hacerse una prueba o algo así? ¿Sacarte de tu desesperación?

—Todavía no. —La voz de Davy era apagada—. Hay que esperar cierto número de días para que la prueba sea válida. Me lo explicó. No recuerdo los detalles.

—Ah. —Sean sopesó esta noticia—. Ah, bueno, ¿y entonces? ¿Cruzo los

dedos? ¿No es una buena noticia? Un primo para Kevin. Estupendo. Pueden retozar en la alfombra como un par de cachorros.

Davy sacudió la cabeza.

—Sí —susurró—. Claro, es algo bueno. Es algo estupendo. Fantástico. Pero no puedo... no puedo...

—¿No puedes tener sexo con tu mujer porque crees que está embarazada? Eso es bastante medieval.

—Sí, eso cree Margot. —Davy se hundió en la silla y bajó la mirada a los puños, apretados delante de él sobre la mesa como si tratara de agarrarse a algo invisible.

—No va a pasarle lo que le ocurrió a mamá —dijo Sean con cautela—. Vivir aquí con papá era como vivir en otro siglo. Margot tendrá cuidado, visitará buenos médicos...

—Ya lo sé. —La voz de Davy era tensa—. Lo sé muy bien.

Los ojos de Davy estaban cerrados, pero Sean sabía lo que veía su hermano. A su madre, muriéndose desangrada por un embarazo ectópico, mientras las llantas de la camioneta patinaban en un metro de nieve. A su padre, tratando de contener la sangre. Davy, de diez años, conducía, o trataba de hacerlo.

Sean, Kev y Connor se habían quedado en la casa envuelta en nieve. Él tenía cuatro años. Suficiente edad para saber que algo terrible estaba pasando. Era uno de sus primeros recuerdos. Quizá no el primero, porque recordaba a mamá, como un resplandor en el fondo de su mente. O más bien recordaba recordarla. Apartó la sensación dolorosa.

—Las estadísticas están a tu favor. Hoy día las mujeres...

—Conozco las estadísticas —dijo Davy—. Me he informado. Margot me ha informado. Me ha sermoneado, me ha reñido, me ha gritado.

—Ah, ya veo —murmuró Sean.

—Cuando me lo dijo... Dios. —Se frotó los ojos—. Pensaba que yo me pondría muy contento. Demonios, yo también pensaba que me pondría muy contento cuando fuera a ser padre... Pero casi vomito.

—Huy —murmuró Sean—. Duro.

—Sí, dímelo a mí. Desde entonces siento que no puedo respirar. —Tragó saliva audiblemente—. Cierro los ojos y veo sangre.

Sean silbó.

—Ay. Entiendo. Eso puede arrugarle la erección a cualquiera.

—Esto no es un chiste —gruñó Davy.

—¿Acaso me estoy riendo? —Sean tocó el hombro de su hermano. Estaba rígido como un cable de acero, vibrando con una carga que se acercaba a ser letal. El tipo tenía que calmarse, antes de que se hiciera daño.

O peor, destrozara algo irremplazable.

Fue magnífico cuando su estirado hermano cambió. Con Margot era feliz, estaba tan enamorado que parecía un tonto. Por primera vez en su más o menos sombría vida tenía una vida plena y estaba tranquilo y feliz.

De ninguna manera iba a dejar que Davy la cagara.

Cruzó los brazos, analizando sus opciones.

—No sé por qué me desconcertó la noticia. —Davy parecía perdido—. Teniendo en cuenta cuánto lo hacemos es sorprendente que no haya pasado antes.

—Lo hacíamos, querrás decir —corrigió Sean—. En pasado. Se terminó todo para ti, compañero. Despídete de tu polla. No volverás a tener sexo.

Davy miró furioso a su hermano, con los ojos entrecerrados.

—No me jodas, Sean.

—Ah, no lo haré —tranquilizó a su hermano—. Ni Margot tampoco. Nadie lo hará, ya que el señor Grande y Amistoso se fue al sur, dejando a tu novia marchitarse sola, sexualmente insatisfecha. Qué desperdicio. Pobre Margot.

—Mantén tu sucia boca apartada de Margot. Gilipollas.

—Qué cretino, dejar dormir sola a esa sensual mujer —musitó Sean—. Pero caerá de pie. A uno le entran ganas de procrear sólo con mirar a Margot. Ya que tú le estás dejando tanto espacio para respirar, no creo que tarde mucho tiempo en encontrar a alguien capaz de... nnnngh.

¡Zas!, estaba contra la pared, con el antebrazo de Davy apretándole la tráquea. Bien. Se esforzó por respirar. Funcionó. Había pinchado al oso para que saliera de su guarida. Ahora todo lo que tenía que hacer era evitar que lo matara.

—¿Sabes cuál es tu problema? —escupió Davy—. Nunca sabes cuándo callarte. Vas a aprender. Así que cállate... de una puñetera... vez.

Sean le lanzó una amplia sonrisa impenitente.

—Oblígame, idiota —resolló—. Vamos fuera. No quiero destrozarte la cocina más de lo que la has destrozado tú ya.

Davy apartó su mano. Los pies de Sean dieron contra el suelo.

Se frotó la garganta mientras seguía a Davy afuera y casi no se había puesto en guardia cuando la bota de su hermano pasó silbando por su cara,

desplazando el aire.

Caray. Sí. Una alegría salvaje lo sacudió. Una pelea sin reglas con alguien tan peligroso como él, maldición. Mejor que el sexo.

Quizá. En eso se reservaba el juicio, ya que nunca había hecho la cosa salvaje con la princesa. Davy venía hacia él como un camión y Sean decidió dejar sus pensamientos para otra ocasión y concentrarse en lo que estaba haciendo, es decir en esquivar golpes y dar puñetazos. Davy era como un guerrero de leyenda, fuerte y orgulloso, y se lanzaba contra él con todas sus fuerzas, con la cara contraída en una mueca furiosa. No parecía sentir los golpes que Sean le daba. Hasta que lo empujó hacia atrás con una serie de patadas voladoras y su hermano se tambaleó en la zanja de irrigación que su padre había cavado hacía décadas para regar el jardín. Esa fracción de segundo en la que Davy luchó por conservar el equilibrio lo dejó desprotegido para una patada en la ingle.

Sean procuró no darle muy fuerte, no quería reventarle las pelotas a su hermano.

Davy le engancho las piernas y lo tiró al suelo.

—¿Qué coño estás haciendo? —aulló Davy—. ¡Pequeño arrogante de mierda! Si te vuelves a contener para no hacerme daño en otra de tus patadas te aplasto el cerebro.

—¿Tú crees que yo sería capaz de mutilar esas gónadas doradas? —Sean le clavó un codo a Davy en las costillas—. ¿Castrar al gran inseminador? No podría hacerle eso a Margot.

Davy aulló como un animal salvaje y otra vez estaban en ello, forcejeando y moviendo los brazos sin sentido. Davy lo desgarró con una llave, sacando ventaja a fuerza de pura masa muscular. Sean tenía mucho músculo, pero su hermano pesaba diez kilos más. Maldito búfalo.

Sean se esforzaba por tomar aire, con la cara contra la hierba polvorienta.

—Quiero decir que tu mujer ha nacido para procrear. —Jadeó mientras Davy le tiraba más de los brazos—. Busca la palabra fértil en el diccionario y encontrarás su foto. Solamente mírala, por el amor de Dios. Es un anuncio viviente de las alegrías de la procreación. Esas tetas mullidas, esas caderas anchas. ¡Mmmm! Abrid paso a la nueva generación... Ahhg. ¡Ah, mierda! Eso duele...

—Te dije que cerraras la boca —dijo Davy.

—No puedo —dijo Sean, escupiendo hierba y suciedad—. No está en mi

naturaleza. Oye, ¿y si está embarazada de gemelos? En nuestra familia hay antecedentes de gemelos, de modo que es muy probable...

¡Zas! Dolor horrible. Trató de no gritar.

—Muérdete la lengua, imbécil —gruñó Davy—. Los gemelos monocigóticos son un capricho al azar de la naturaleza. No hay ningún componente hereditario.

—Ah —gruñó Sean, tosiendo—. Entonces puede tener la otra clase de gemelos. Eso te mantendría demasiado ocupado para lanzar ataques estúpidos como éste.

De pronto, Davy empezó a temblar, atormentado por sacudidas silenciosas e impotentes. Lo peor había pasado. Sean contuvo el aliento y se relajó. Liberó su brazo de un tirón y con un empujón y un gruñido apartó el peso de Davy de encima.

Su hermano rodó y quedó de espaldas, cubriéndose la cara con las manos. Sean se volvió discretamente y esperó a que se le pasara la rabieta.

Cuando Davy por fin se enderezó, todavía no se atrevió a mirar a Sean a la cara. Sólo se quedó sentado allí, respirando con fuerza, con los amplios hombros encogidos.

—Tengo que concedérselo —murmuró—. ¿Te puedes imaginar los cojones del tío?

Sean estaba desconcertado.

—¿Qué tío? ¿De quién estás hablando?

—De papá. —La voz de Davy era casi inaudible—. Asistir en el parto de todos los bebés de mamá, aquí, en medio de la nada. Completamente solo. Con carreteras de mierda. Sin teléfono. Hasta gemelos. —Se estremeció—. Imagínatelo. Santo Dios.

Sean produjo un sonido evasivo mientras se quitaba la suciedad y la hierba de su mugrienta camisa.

—Si se puede escoger, preferiría no imaginármelo.

Davy se limpió el sudor de la frente y se quedó mirando a la oscura masa de montañas, con expresión sombría.

—Preferiría que me rompieran todos los huesos del cuerpo uno a uno a echarme encima ese tipo de responsabilidad.

Sean se levantó, se estiró y se tocó el cuello, buscando los puntos doloridos para frotarlos.

—Recuerda dos cosas. Una, papá estaba loco. Pensaba que estaba protegiendo a mamá del malvado mundo manteniéndola aquí. Dos, era un

gilipollas arrogante. Pensaba que podía hacerse cargo de cualquier cosa.

—Estaba equivocado —dijo Davy desoladamente.

—Sí. Pero tú no estás loco, y tampoco eres un gilipollas arrogante. Por lo menos no todo el tiempo. Y más aún, Margot puede cuidarse sola. Tú crees que todo el peso del embarazo recae sobre tus hombros, pero no es así. ¿De acuerdo?

Davy asintió y se esforzó por ponerse de pie.

—Sí —murmuró.

Sean extendió la mano y tocó el hombro de Davy. Su hermano estaba caliente como un carbón, empapado de sudor y temblando todavía, pero esa carga eléctrica letal había desaparecido.

—¿Entonces? —preguntó Sean enérgicamente.

Davy le lanzó una mirada.

—¿Entonces qué?

—¿Ya puedes respirar?

La cabeza de Davy se sacudió en una afirmación brusca.

—Bien. —Sean le dio a su hermano un empujón duro que lo hizo tambalearse—. Entonces vete a casa a follar con tu mujer, gatito sin pene.

Davy le dio un empujón a Sean, que cayó al suelo, donde se quedó sentado, sin moverse. No pensaba moverse de ahí hasta que se largara el pesado de su hermano.

—Veremos cómo te lo tomas tú cuando llegue tu turno.

Dio la vuelta antes de subir a la camioneta y lanzó a Sean una mirada oblicua y dura.

—Si te metes en líos esta noche te arrancaré los brazos, palabra.

Sean sonrió ampliamente.

—Yo también te quiero, tío —contestó—. Conduce con cuidado.

Se quedó mirando las luces traseras mientras el automóvil de su hermano avanzaba por la carretera serpenteante que llevaba a la casa.

«Veremos cómo te lo tomas tú cuando llegue tu turno». La idea le produjo un doloroso latido en el centro del pecho.

Claro. Como si fuera a fundar una dinastía alguna vez. ¿Con quién? ¿Con una conejita de un club? ¿Con alguien como Stacey o Kendra?

Además, Davy y Con siempre le daban la lata por su falta de concentración. Por la forma como hablaban, él probablemente olvidaría a su hijo en una cuna encima del coche y saldría conduciendo por la autopista. Tenía que hacerles un favor a sus hijos hipotéticos. Olvidarse de la paternidad.

Sus dos hermanos tenían bajo control la preservación de la especie. Él probablemente debería ir al médico y retirarse de un tijeretazo del acervo genético. Dejarlo fuera de cuestión, para siempre.

Por alguna razón, la idea lo deprimió hasta la muerte.

Capítulo 6

DE: OJO CON LA BRUJA: HOLA, HAY ALGUIEN AHÍ. Miles revisó el mensaje que acababa de enviar. Todavía no había mordido el anzuelo nadie. Se volvió a los otros ordenadores. Estaba enredando en varias salas de chat, utilizando diferentes personajes e identidades de correo electrónico. No había aparecido nadie interesante, pero todavía era temprano.

Todavía se maravillaba de que le pagaran por hacer lo que más le gustaba: enredar en el ciberespacio. Ahora trabajaba para Con, como asesor informático, en la investigación del asesino de genios. Su misión consistía en mandar mensajes al ciberespacio, bajo múltiples personalidades, y asistir a los cibercafés que solían frecuentar los fanáticos de la informática.

Mina, con el pseudónimo de Ojo con la Bruja, era su señuelo de más éxito hasta el momento. Recibía muchísima atención. Esa noche esperaba un golpe de Mezcla de Mentes, el interlocutor que más había hablado con Mina e incluso le había preguntado sobre su infancia, con la excusa de que quería conocerla mejor. Miles Ojo con la Bruja le había servido la historia de mala suerte de Mina en un tono de autodesprecio del que se sentía orgulloso; una madre drogadicta, un padre muerto, criada por la abuela, pero ahora la abuela estaba muerta, snif, snif... había ido a la universidad gracias a la herencia de su abuelita... etcétera, etcétera. Y Mezcla de Mentes, que había confesado que se llamaba Jared, parecía encantado con Mina, hasta el punto de que quería conocerla.

Miles podía olerlo. Se apartó de los monitores, con su tranquilizador resplandor azul. Era extrañamente deprimente estar en la guarida de su sótano de nuevo. Los hermanos McCloud le insistían en que alquilara una casa, aunque sólo fuera una habitación encima de un garaje, y él sabía que sería magnífico ser independiente, pero pensaba que no tenía sentido que alquilara otra habitación mientras podía usar el sótano de la casa de sus padres. Allí también era, en cierto modo, independiente, pues su familia no le presionaba en absoluto. No era mala solución, sobre todo teniendo en cuenta que le sobraba el dinero.

El problema era que el lugar le recordaba demasiado su enamoramiento por largo tiempo de la que no debía ser nombrada. Había pasado años en ese hueco, escuchando cintas de ella tocando el saxo. Mirando montajes de video

de ella. Haciéndose la paja en situaciones eróticas ilusorias en las que Cindy empezaba a interesarse por él.

Un destello en la pantalla. Una respuesta a su búsqueda. Atravesó la habitación a toda velocidad en la traqueteante silla giratoria. Excelente. Mezcla de Mentes en persona.

Todavía estás ahí Ojo con la Bruja.

Él escribió.

Sí, ¿cómo estás?

Bien, gracias, ¿te gustó mi resumen?

Jared le había mandado a Mina un resumen que había escrito utilizando un sofisticado programa que transformaba la voz en texto. Miles no lo había descifrado aún, pero intuía que era una propuesta amorosa o una especie de prueba, así que se le ocurrió ponerle una trampa al bobo. Empezó a escribir.

Sí, pero tengo problemas con los filtros roex, los datos enmascaradores de ruido son inestables a menos que el filtro se reduzca a una forma físicamente irrealizable y no hay una versión de dominio del tiempo (p, w, t) para apoyar...

Sus manos traqueteaban. Su razonamiento era que si Jared era una variedad de chico bobo buscando sexo, se espantaría ante una chica que lo pusiera en evidencia demostrando más conocimientos que él y no volvería a escribir a Mina. Pero si era el asesino de genios, se relamería los babosos labios y haría otro avance. Y Miles podría empezar a ganarse el dinero que Connor le estaba pagando. Quería resultados.

Era embarazoso, pero sentía una necesidad constante de probarse ante esos McCloud. Eran tan buenos en toda jodida cosa que hacían... Andar con ellos era una receta segura para un fastidioso complejo de inferioridad. Rechinaba los dientes y lo sobrellevaba, en parte para aprender las cosas locas que sabían. Pero, sobre todo, porque le gustaban de verdad.

Aun así. Cada uno de esos tipos, incluido Seth, era una especie de dios del sexo y un maniático ninja. Jodidamente irreales. Se sentiría muy orgulloso si pudiera ayudar a Con a resolver su investigación. Atrapar al asesino de genios sería un golpe maestro. Una gran forma de inflar la autoestima.

—Hola, Miles.

La suave voz que surgió de detrás de él lo hizo levitar veinte centímetros sobre la silla. Giró en redondo con el corazón latiéndole fuertemente. El asesino de genios, Jared, Mina, los McCloud, borrados completamente de su mente en un instante.

—Coño —dijo jadeando—. ¿Cindy? ¿Qué estás haciendo aquí?

Cindy estaba allí de pie, sonriendo con incertidumbre, iluminada desde atrás por la luz que se derramaba por las escaleras desde la cocina, iluminada por delante por el fantasmal resplandor azul de los ordenadores.

—Tu madre me ha dicho que estabas aquí abajo —dijo—. Erin me contó lo de la bomba en el coche y los policías, y Sean, y todo el asunto. Completamente salvaje.

—Sí. —Su voz era densa. Tosió—. Fue, eeh... intenso.

Cindy puso los ojos en blanco.

—Esos McCloud no pueden hacer la cosa más sencilla sin convertirla en un drama de vida o muerte.

Miles soltó un gruñido evasivo.

Cindy apoyó su trasero en el borde de la mesa de trabajo. Los vaqueros desteñidos mostraban su suave y bronceado vientre. En su ombligo brillaba un anillo de plata. Si se daba la vuelta, la cintura era lo suficientemente baja para enseñar el tatuaje de nudos celtas. Señalaba hacia la raja de esas nalgas descaradas. Como si fuera necesario atraer más atención hacia ellas. Los ojos parecían ojerosos. Demasiadas fiestas, probablemente. Sin maquillaje. Era diez veces más mona sin toda esa basura en la cara.

—¿Entonces? —dijo alegremente, levantando las manos—. ¿Qué hay de nuevo? ¿Qué estás haciendo aquí? Creía que estabas harto de este pueblo.

—Creí que ya sabías todo lo que merece la pena saber.

—Ah, vamos, Miles —dijo ella suavemente—. No empieces.

Él se encogió de hombros con poca gracia.

—Estoy dando una clase de karate en el dojo que hay cerca del Centro de Artes —dijo.

—¡Ah! —Sus ojos se agrandaron, impresionados—. ¡Qué guay!

—Y llevo el sonido de algunas actuaciones. Tengo una esta noche con los Howling Furballs en el Rock Bottom —continuó sombríamente.

—¿Sí? Conozco a esos tipos. Quizá vaya. Ah, por cierto, los Rumors tienen una actuación la semana que viene y ahora mismo estamos sin técnico de sonido. ¿Podrías...?

—No —dijo él secamente—. No quiero hacer de técnico para los Rumors.

Había trabajado gratis durante años para The Vicious Rumors, la banda en la que Cindy tocaba el saxo. Sólo para mirarla, para estar cerca de ella. Bobalicón.

Cindy se rodeó el vientre con los brazos, algo que hacía cuando estaba tensa.

—Bien. Eeh... quizá no vaya a ver a los Furballs esta noche, entonces.

Esperó a que él le dijera que por favor, por favor fuera. Él se quedó sentado como un bulto y la dejó esperar. La dejó ver qué se sentía. Había esperado durante años.

—Bien —dijo ella—. Tengo buena imaginación. Aparentaré que estamos teniendo una conversación educada, ya que hemos sido amigos durante años. Veamos. Tu empezarías con, oye, Cin, estupendo verte, ¿cómo van las cosas? Ah, sí, Miles. Lo mismo de siempre. Las giras con la banda son una locura, y además trabajo en el Coffee Shack en el tiempo libre, así que si sientes un deseo irresistible de un moka helado mexicano pásate por allí y te preparo uno gratis. Claro, Cin, seguro que estaré allí buscando ese moka helado, oyendo ruido de cascabeles. Estupendo, Miles, te espero. Además de eso, sólo presentaciones con The Rumors, bodas. Y me voy a vivir a un sitio propio en septiembre.

—¿Sí? —Rompió su voto de silencio—. ¿Quién es el afortunado?

Cindy tocó con la lengua su labio superior, un truco que lo enloquecía de deseo.

—Um... no hay nadie. No salgo con nadie.

—Caramba, qué cosa más rara —murmuró ácidamente.

—Compartiré el piso con Melissa y Trish. En Greenwood.

—¿Y tu madre puede arreglárselas con su hipoteca más tu alquiler?

Cindy parecía herida.

—Nadie va a pagar mi alquiler. ¿Qué crees que estoy haciendo rompiéndome el culo con tres millones de trabajos? Jesús, Miles.

—Me imaginé que te enrollarías con un tipo con un Maserati y una bolsa llena de coca y serías su feliz concubina —dijo Miles.

En la cara de Cindy florecieron manchas de color.

—Ay —susurró—. No me esperaba que fueras tan frío y desagradable conmigo.

Así era Miles Davenport ahora. Frío como un iceberg. Desagradable como una rata de alcantarilla. Se quedó allí sentado, mirando con odio, y no retiró lo dicho.

—¿Estás todavía enfadado por lo que pasó en la boda de Erin? —La voz de Cindy era tensa—. ¡Ha pasado un año! ¡Perdóname ya!

—No estoy enfadado —mintió Miles—. Sólo que no estoy

particularmente interesado. Y si no te importa, estoy trabajando, no solamente pasando el tiempo.

Ella se limpió unas lágrimas de rabia con el dorso de la mano y se dio la vuelta para irse.

—Bien —murmuró—. Vete a la mierda tú también, Miles.

Se sintió como una mierda por hacerla llorar.

—Cin —la llamó—. Espera.

Ella se detuvo en la puerta.

—¿Qué? —Su voz era débil y dolida.

—¿Qué quieres? —preguntó él cansadamente—. ¿Necesitas aprobar un examen? ¿Necesitas a alguien que te ayude con la mudanza? ¿Qué demonios quieres?

Ella se sorbió la nariz.

—No necesito ningún favor. Sólo que echo de menos darle a la lengua. Ver *La guerra de las galaxias* contigo. ¿No podemos ser simplemente amigos de nuevo?

Miles tragó saliva. Claro, seguro, echaba de menos ser adorada por su esclavo personal jadeante y babeante. Por supuesto que lo echaba de menos. Y él también.

Pero no podía permitirse adorar a Cindy. Eso lo desgarraba.

—Te daré algún DVD. Estoy demasiado ocupado para ponerme a ver la tele, Cin. Tengo una vida. —Escarbó en la torre de discos—. ¿*La guerra de las galaxias*? ¿Quieres *Firefly* también? Tengo la película.

La cara de Cindy se contrajo.

—No se trata de eso, gilipollas estúpido.

Miles levantó las manos.

—Entonces no sé cómo ayudarte. —Era tan jodidamente bonita, con las pestañas brillando por las lágrimas.

Parpadeó a la pantalla.

—¿Con quién estás chateando?

—Ah, eso. —Se volvió a mirar e hizo una mueca de disgusto.

Supongo que estás ocupada, adiós, había escrito Jared.

—Ah, mierda —gimió—. Lo he perdido. ¡Maldición!

—¿A quién has perdido? —Los ojos húmedos de Cindy se iluminaron de curiosidad.

—Es una cosa de trabajo. Para Connor. Se supone que no debo hablar de ello.

—Eh, Mira. —Cindy señalaba al monitor—. La ganancia y asimetría de un filtro compresor paralelo gammachip es comparable a... Jesús, Miles, ¿qué tiene que ver Con con este material tecnológico?

—Nada. Anda detrás de un tipo que se dedica a asesinar a gente muy lista, cerebritos —admitió—. Estoy creando personajes con perfiles parecidos a sus víctimas. Después los pongo en el ciberespacio y espero a que se ponga en contacto conmigo.

—Brrr. —Cindy entornó los ojos mientras leía la pantalla—. ¿Ojo con la Bruja? ¿Quieres decir que eres una chica? Oh, Miles esto es algo pervertido.

La cara de él se puso roja.

—Es trabajo. A este tipo, Jared, le gusta Mina verdaderamente. Esperaba que quisiera hacer algún avance con ella, pero se ha rajado.

—Lo siento. —Cindy le disparó una mirada de medio lado y leyó—. Perfil personal de la chateadora: Mina. ¿De dónde has sacado ese nombre?

—De *Drácula*. Estamos cazando a un vampiro. No de esos vampiros sexis que salen en la series de la tele, sino de los que te chupan la sangre hasta que te mueres, una muerte horrible, por cierto.

Cindy se estremeció.

—Espeluznante. ¡Qué horror!

—Tratar con asesinos en serie es horroroso, sí —dijo Miles altivamente—. Sal de mi mazmorra. Soy demasiado espeluznante para ti.

Cindy se inclinó más para leer la caja titulada *Descripción física*.

—Altura, uno sesenta —murmuró—. De entre cuarenta y nueve y cincuenta y dos kilos. Ojos marrón oscuro. Pelo largo oscuro. ¿Tamaño de sujetador? —Miles había llenado debidamente *copa B*. En *Características distintivas*, había escrito *ombigo perforado*.

—Hmm —murmuró—. Así que, um... básicamente, le dijiste a ese tipo que eras yo.

La silla giratoria de Miles salió disparada hacia atrás y golpeó detrás de él con estrépito. Cindy saltó hacia atrás, con los ojos desorbitados.

—Eso es lo que me fastidia de ti, Cin —aulló—. Crees que todo trata de ti. Pero no es así, ¿de acuerdo? Así que quita tu animado y tatuado trasero de mi vista.

Cindy dio un chillido y salió huyendo.

Miles dejó caer la cabeza sobre el teclado y soltó las palabrotas más atroces y horribles que se le ocurrieron.

No le ayudó en nada.



—¿Cambiar de nombre? ¿Huir? ¡Estás loca! ¿Ya te estás rindiendo? ¿Dónde está tu fuerza? ¿Dónde está tu orgullo?

El tono de su madre hacía que a Liv le doliera la cabeza. Razonar con Amelia Endicott era difícil en las mejores circunstancias, y éstas estaban lejos de ser las mejores.

—El problema no es el orgullo —dijo—. Es que yo...

—¡Una Endicott no se esconde ni se encoge! ¡Deberías estar orgullosa! ¡Agradecida por los sacrificios que tu familia ha hecho para que puedas tener todos estos privilegios! ¡Vete a mirar la estatua de Augustus Endicott que está frente a la biblioteca y reflexiona en todo lo que hizo por ti!

Sí, dar a T-Rex una oportunidad perfecta de volarle la cabeza con un rifle de francotirador, a su placer. Liv cerró fuertemente los ojos enrojecidos para apartar el semblante enfurecido de su madre. Ahora mismo, encogerse y esconderse le parecía muy bien. Muy tranquilo y descansado.

—Claro que estoy orgullosa de ser una Endicott, madre dijo cansadamente—. Pero este tipo está tratando de matarme. No quiero estar muerta. Eso es todo.

—Deja de dramatizar tanto —dijo cortante Amelia Endicott—. ¿Insinúas que no me preocupo por tu seguridad? He tratado toda tu vida de ayudarte a hacer las elecciones correctas, ¿y me has escuchado alguna vez?

Liv se obligó a exhalar e inhaló de nuevo lentamente.

—No es culpa mía. —Las palabras salieron de sus labios de una en una, como guijarros.

—Decir que no es culpa tuya no va a solucionar nada. ¡Mírate! —Su madre señaló el espejo que había en la pared del comedor.

Liv miró y deseó no haberlo hecho. Tenía el pelo desordenado, los ojos hundidos, los labios blancos, estaba mugrienta. Parecía un pobre muchacho salido de una novela de Dickens, excepto por su pecho. Una más de las muchas cosas que ofendía a Amelia Endicott. Había tratado durante años de convencer a su hija de que se operara esas indecorosas tetas rebosantes. Ay. No. Su padre le lanzó una mirada incómoda.

—Cariño, quizá deberías calmarte —murmuró en un tono persuasivo—. Ha sido un día difícil.

—Sólo quiero lo mejor para ella. —La voz de Amelia temblaba al borde de las lágrimas—. Es lo que he querido siempre.

—Ya lo sé. —Liv luchó contra el cansancio que la aplastaba como un tanque siempre que discutía con su madre—. La agente de policía me dijo que cambiar de nombre y empezar de nuevo es una opción a considerar cuando estás lidiando con un peligroso...

—No es una opción —dijo Amelia secamente—. No para ti. Otras familias prominentes en la política o los negocios hacen de la seguridad una parte de su estilo de vida. ¡Sencillamente modifican su actitud y sus expectativas!

Liv suspiró.

—Pero yo...

—¡Tu padre y yo estamos dispuestos a invertir en protección continua para que puedas vivir tu vida normal como una Endicott!

Liv lo intentó de nuevo.

—Pero yo no...

—No quiero oír esa actitud negativa —advirtió su madre—. Tendrás que renunciar a ese capricho de hacerte cargo de una librería, por supuesto. Demasiado expuesto. Igual que el trabajo de la biblioteca. Nunca pude entender por qué te empeñaste en trabajar en un lugar tan lleno de polvo, pero no importa. ¡Déjalo y sigue adelante, cariño!

—Pero no sé hacer ninguna otra cosa —protestó Liv—. Estudié literatura, y siempre he trabajado en una biblioteca...

—Puedes hacer lo que siempre he querido que hicieras porque es lo más adecuado para ti —anunció su madre, triunfante—. ¡Puedes dedicarte al departamento de publicidad de ECE! Cualquier ciudad que te guste, querida. Seattle, Olympia, San Francisco, Portland, Spokane. Hoy en día eso no es importante porque podrías trabajar desde casa, con internet hoy todo es posible. Eres muy creativa e imaginativa, Livvy. Estabas desperdiciada como bibliotecaria, o como tendera, por el amor de Dios. De hecho, todo este horror podría acabar trayendo algo bueno.

Ja. Liv rechinó los dientes.

—Pero yo no valgo para...

—Tonterías. Claro que vales. ¡Y lo mejor de todo es que en cualquier lugar que trabajaras estarías protegida por el equipo de seguridad de ECE! ¡Imagina qué peso se nos quitaría de encima, cariño! ¡Saber que todos los días estás tan segura como si estuvieras encerrada en la bóveda de un banco!

Liv hizo una mueca de dolor.

—Me volvería loca si trabajara para ECE.

—¡Deja de dudar de ti, Livvy! ¡Siempre hemos creído en ti!

¿Creído en quién? Quienquiera que fuese esa persona en la que Amelia Endicott creía tan ardientemente estaba a años luz de la hija que tenía en realidad. Pero era inútil tratar de hacérselo entender.

—Buscaremos un edificio de apartamentos de alta seguridad para que te mudes —prosiguió su madre—. Tendrás que renunciar a hacer senderismo y a correr, pero puedes hacer ejercicio en tu casa...

El parloteo de su madre se desvaneció en un zumbido lejano en los oídos de Liv, como si estuviera sola debajo de una campana de cristal. Pensó en la colección de muñecas antiguas que había en el salón de la casa de Seattle. Cada una permanecía sola, en posición rígida, con una sonrisa perfecta de cerámica en cada cara pintada.

Bonitas. Contentas con su suerte. Felices de agradar. Obedientes.

Era tan doloroso desengañar a su madre por enésima vez... Remar siempre contra una corriente tan poderosa era agotador, pero esa corriente la estaba empujando hacia una catarata mortal.

Pensó en la vida que le esperaba. No más vagabundeo por senderos, mirando las montañas. No más caminar por playas cubiertas de niebla, mirando cómo la espuma borraba las huellas de las gaviotas. No más acurrucarse por la noche en su sillón en la destartalada casa entre los pinos, leyendo novelas de misterio, de ciencia ficción y de amor. No más correr por la mañana, mirando el amanecer. No más estudiar detenidamente catálogos de libros mientras decidía qué comprar para la librería. No más abrir cajas de libros relucientes, hojear páginas crujientes, tomar notas de qué leer después. No más leer a niños de ojos soñadores en la Hora del Cuento.

No. Sería una rata solitaria en una jaula, en un apartamento aséptico. Corriendo en una cinta andadora instalada en una habitación. Embutida en medias, tacones y un traje sastre. Llevada de aquí para allá en un servicio de coches a un trabajo que la aburriría a morir. Encerrada en la bóveda de un banco. Se estremeció de frío en su interior.

—... ten la cortesía de concentrarte en lo que estoy diciendo, Livvy! ¿No has oído nada de lo que te he dicho?

—Lo siento —murmuró—. Estoy hecha polvo.

—Concéntrate —dijo su madre secamente—. Tu padre y yo hemos decidido que Blair y tú deberíais anunciar vuestro compromiso.

Eso disparó inmediatamente su atención. Los miró con furia.

—¿Qué compromiso? ¿De qué demonios estáis hablando?

—No quiero agobiarte, Liv. —La voz de Blair era seria—. Sé que quieres esperar a estar segura y lo respeto. Pero no tenemos que casarnos inmediatamente. Es sólo teatro. —Le cogió la mano y depositó un beso galante en su dorso—. Por ahora —añadió coquetamente.

—Tienes que moverte deprisa, ahora que McCloud ha descubierto su juego —dijo su madre—. Elaboraremos los detalles más tarde.

Ella parpadeó.

—¿Qué juego? ¿Qué tiene Sean que ver con esto?

Blair y su madre cruzaron miradas.

—¿Quieres decir que ni siquiera se te ha pasado por la cabeza la posibilidad? —La voz de su madre era compasiva—. Pues está claro, no tenemos ninguna duda acerca de quién es tu acosador. .. Liv, cariño, despierta.

Liv estaba tan asombrada que soltó una carcajada, que se convirtió enseguida en un ataque de tos.

—¿Creéis que Sean es el acosador? —dijo finalmente con voz entrecortada—. ¡Pero eso es totalmente ridículo!

La mirada de Blair se endureció y su cara adquirió esa expresión de autocomplacencia, de estúpido orgullo, que siempre la había detenido en seco cuando había estado en peligro de caer por la pendiente resbaladiza de ser su novia.

—Hay precedentes —dijo en tono seco—. Su padre era un enfermo mental grave. Está entrenado en el uso de explosivos. Ha trabajado como mercenario. Su hermano gemelo se suicidó. Es inestable. Estudié con él, Liv. Sé de lo que es capaz. Accionó una bomba en el servicio de los profesores en sexto grado. No tenía ni noción de lo que es una conducta civilizada. Estaba peleándose constantemente, alardeando siempre. Los profesores estaban desesperados.

—Oye, Blair. Un pequeño detalle. Tenía doce años. —No pudo evitar el tono irónico de su voz, aunque sabía que pagaría por ello.

Como hecho a propósito, su madre soltó un sonido malhumorado.

—Otra vez. Defendiéndolo de nuevo, como en los viejos tiempos. Tú nunca aprendes.

—¿Queréis una prueba, chicos? —preguntó Liv, mirándolos de uno en uno—. Sean McCloud me salvó la vida hoy. Y también a ti, Blair.

Su padre se inclinó hacia adelante, gimiendo, y se garro el pecho. Amelia saltó a su lado en un instante produciendo sonidos ansiosos y solícitos.

Liv había visto el melodrama antes, así que se volvió de nuevo a Blair.

—Sean no me haría eso nunca.

—Por supuesto que no —dijo Blair—. Tú siempre piensas lo mejor de la gente. Eso está muy bien en la vida normal, pero ésta no es la vida normal. Sean McCloud es extraño. Su familia es extraña. Lo que te está sucediendo es extraño. ¿No sientes cómo lo extraño encaja, como un puzle?

No. Seguro que no. Negó con la cabeza.

—No entiendo tu razonamiento, Blair. ¿Por qué impidió que entráramos en el coche?

—Porque quería impresionarte. Quería la gloria de salvarte. Quería que le estuvieras agradecida. Representó una comedia para hacer que te sintieras vulnerable. ¿No lo ves? Es obvio.

Era inútil intentar que Blair entrara en razón cuando tenía esa expresión en la cara. Sean McCloud no necesitaba poner una bomba para impresionarla. Todo lo que tenía que hacer era sonreír.

Casi ni eso. Bastaba con que fuera él mismo.

Quienquiera que fuera, T-Rex tenía un punto negro y podrido dentro de sí. En su reciente curso intensivo sobre pirómanos, asesinos, asesinos en serie y violadores, había aprendido que generalmente eran solitarios, tipos fracasados. Hombres sin habilidades interpersonales, sin talento para relacionarse con las mujeres.

Sean McCloud no tenía problemas para relacionarse con las mujeres. Tenía que espantarlas para respirar. En cuanto a sus habilidades... bueno. Era capaz de hacerla tener orgasmos múltiples por teléfono. Aunque pareciera extraño, no había nada muerto en él.

Y puesto que ninguna de estas reflexiones podían compartirse provechosamente con la compañía presente, cambió de tema.

—¿Por qué nadie me dijo que Kev McCloud se había suicidado? —preguntó.

Blair y sus padres cruzaron miradas incómodas.

—No nos pareció relevante, querida —dijo su madre.

Liv la miró fijamente.

—Era mi amigo —dijo en voz muy baja.

—Amigo, y un cuerno —dijo Amelia con acritud—. Estaba trastornado, y probablemente era peligroso. Es trágico que no recibiera la ayuda que necesitaba a tiempo, y lo siento mucho por su familia, pero tú eras mi primera preocupación, cariño, no él. Necesitabas cortar con todo aquello, y contarte historias desgraciadas sobre esos infortunados chicos McCloud habría hecho

más difíciles y confusas las cosas para ti.

Liv juntó los dedos. Tenía las manos frías y húmedas, blancas bajo la suciedad. Los ojos le escocían por las lágrimas. Quizá su madre tenía razón, pero eso no era un consuelo.

La última vez que había visto a Kev McCloud estaba empapado en sudor, con los ojos salvajes, delirando sobre gente que trataba de matarlo. No tenía idea en ese momento de que era un enfermo mental. La había asustado a morir cuando garabateó aquella nota en código, le puso su cuaderno de dibujo en la mano y le dijo que se lo llevara a Sean y que corriera o si no la matarían a ella también.

Había corrido, sí. Él había sido muy convincente.

Pobre Kevin. Era tan dulce. Divertido y brillante. Sean estaba inmensamente orgulloso del genio de su hermano, de sus logros.

Su muerte debió romperle el corazón. Y hablando de ruptura de corazón, eso había ocurrido el mismo día que aquella horrible conversación de cinco minutos con Sean en la cárcel. Los cinco minutos que habían terminado con su inocencia y partido mi vida en dos.

Bajó la vista a las manos, y se dio cuenta de que apestaban a humo. Se puso de pie, las rodillas le temblaban y se tambaleó.

—Voy a ducharme.

—Excelente idea —dijo Amelia—. Relájate. Nosotros nos encargaremos de todos los detalles. ¿Le digo a Pamela que te suba un bocadillo?

Su estómago se contrajo desagradablemente al pensar en comida.

—Nada —dijo—. Gracias. Buenas noches.

Subió las escaleras como un autómata y llegó al dormitorio. Tropezó, pero su agotamiento tenía un matiz nervioso, excitado.

¿Por qué había flirteado Sean con ella? Por favor. Flirteaba con cada mujer que veía. Estaba programado así. No era nada personal. Aun así, pensar en él era mucho, mucho más efervescente y divertido que pensar en el foso de alquitrán de su vida familiar o en las ruinas de su librería. O en T-Rex, afuera en la oscuridad, en alguna parte, pensando en ella.

Se estremeció. La idea de que T-Rex seguía por ahí, inventando nuevas maneras de acabar con ella, la llenaba de terror. Lo único que la ayudaba era la fantasía loca de que Sean McCloud estuviera pensando en ella también.

Eso igualaba la puntuación. Tanto que pudo respirar.

Era sólo un juego de la mente, por supuesto. A Sean no le importaba ella, lo sabía. ¿Pero qué importaba? Si el truco funcionaba lo usaría.

Tropezó con su maleta en la habitación oscura, pero vaciló antes de encender la luz de la mesita de noche. No deseaba anunciar a cualquier presencia malévolamente del exterior que había alguien en el dormitorio. Encendió la luz del baño y dejó la puerta abierta unos centímetros. Una rendija fina de luz era suficiente.

Se apoyó en la cama y se dobló sobre sí misma, apretando la cara contra esos feos y flojos pantalones de pijama. Qué patéticamente malo que no hubiera superado esta obsesión persistente. Después de miles de dólares de lavado de cerebro, su terapeuta y ella habían llegado a la conclusión de que necesitaba enormemente evadirse del control de su familia. Muy bien. Todavía lo necesitaba, evidentemente.

¿Qué forma mejor de distraerse de toda esta basura que sacar a su hombre de fantasía, con su cuerpo estupendo, sus labios cálidos, sus manos sabias? Sólo quería olvidar el pasado, su orgullo, su propio maldito nombre.

Era irónico. Su amorío había durado un mes. Ni siquiera habían tenido sexo. Aunque él la había excitado por teléfono como no la habían excitado jamás, diciéndole cómo sería cuando finalmente hicieran el amor. Lo que haría con las manos, con la lengua...

Ella en la cama, roja como una remolacha y sin palabras por el deseo. Él, encogido en la cabina telefónica, echando moneda tras moneda para poder seguir acariciándola, tocándola. Torturándola con palabras.

En la retrospectiva de la experiencia sexual, supo lo improbables que eran sus promesas. No habían hecho más que estropearla para el hecho real.

Ese verano tenía casi dieciocho años. No conocía a nadie de su edad en la ciudad, después de haber sido arrastrada de un colegio privado de élite a otro. Era tímida, retraída. La única constante en su vida eran los libros. Habían sido su refugio, hasta que conoció a Sean.

La cosa empezó con aquel curso de verano. Ella había sacado una nota de aprobado raspado en química en su último año, con lo que había bajado mucho su nota media. La respuesta de su madre había sido presionar al colegio para que permitieran que Liv se examinara otra vez después del verano. Pensaba llevarla a una escuela y tenía la esperanza de que si se examinaba otra vez subiría su nota media.

Era una pérdida de tiempo, ya que ya había sido aceptada en la universidad que quería y no tenía interés en química. Pero no. Ese aprobado era un fracaso moral que tenía que ser corregido con disciplina saludable.

Su madre nunca imaginó la clase de problemas con los que se iba a topar

Liv... mucho más graves que una nota media discreta.

El salón de conferencias estaba casi vacío. La mayoría de los estudiantes estaban nadando en las cataratas. Liv estaba allí, obediente, tomando notas. Era sorprendentemente interesante. La clase del joven Kev McCloud era estupenda. El tipo era alto y muy inteligente. Cuando hablaba de química sus ojos se iluminaban como linternas verdes. Ese entusiasmo era contagioso.

Entonces la puerta del salón se abrió con un crujido. Ella se dio la vuelta para mirar y adiós estructuras del carbono. Esa fue la última nota que tomó.

El hombre que estaba en la puerta parecía tan fuera de lugar como una pantera salvaje. Un pelo rubio de lujo. Mangas desgarradas de una camisa de trabajo de tela vaquera, que mostraban brazos gruesos y musculosos, hombros anchos. El joven conferenciante, que después Liv supo que era su hermano gemelo, dijo:

—No llegues tarde a mis conferencias, gamberro peludo.

Murmullos y risitas de asombro recorrieron la sala. La aparición de aspecto de pantera no se desconcertó.

—Anímate, genio estirado —contestó.

El tipo que daba la charla puso los ojos en blanco y arremetió de nuevo con la conferencia. La pantera dio la vuelta y echó una ojeada a todo el salón. Sus ojos se encendieron sobre ella.

Ella bajó la vista, con la cara ardiendo, con el corazón saltando, mientras él caminaba resueltamente hasta el fondo del auditorio. Buscó su pasillo y empezó a deslizarse hacia ella entre filas de sillas. Ella se escondía en la parte de atrás, detrás de su pelo, el salón estaba casi vacío y él venía a sentarse a su lado. Ella había entrado en un universo paralelo. El cielo se había desplomado. El tiempo corría hacia atrás. Los cerdos volaban.

—¿Está desocupada esta silla? —Su voz era muy baja y suave.

«Esta silla y otras noventa exactamente iguales» era lo que debería haber dicho, para ahorrarse una década de obsesión y lamentaciones. Pero no lo había hecho.

Había dicho sí con la cabeza. Había sellado su propio destino.

El cuerpo de él bajó con una gracia sinuosa, felina, hasta la silla. Sus hombros eran tan anchos que sobrepasaba el espacio que le correspondía.

Su brazo desnudo tocó el de ella. Ah. Era tan... tan *caliente*.

Su brazo era fuerte, con músculos vigorosos, brillaba con vello decolorado por el sol. Ella era frenéticamente consciente de este contacto abrasador.

Olía a champú de hierba. Sus manos eran largas y estaban cubiertas de rasguños y de manchas de tinta.

A ella nunca le ocurrían cosas como ésa. Dejó caer el pelo por la cara y vibró de emoción, observando todo lo que podía sin volver la cabeza. Los agujeros de sus vaqueros, los bordes rotos de sus botas, remendados con cinta adhesiva. Terminó la conferencia. La gente se apresuraba y murmuraba. No tenía sentido que un tío tan estupendo la escogiera a ella. Tenía que ser un chiste.

Entonces él le apartó el pelo hacia un lado.

Liv lanzó un chillido que sólo un perro hubiera podido oír. Cada guedeja de su pelo se transformó en un órgano sensorial exquisitamente receptivo. Oleadas calientes y frías de excitación recorrieron su piel.

Él la miró a la cara, con los ojos llenos de intensa curiosidad. Ella estaba inmóvil, con la boca abierta. Vibrando. Pasaban los segundos.

—Guau—susurró el imponente desconocido.

Y fue todo lo que se necesitó. Era suya. De corazón y espíritu. Perdida.

• • • • •

Liv se limpió las lágrimas y se levantó con esfuerzo de la cama. Arrojó su ropa maloliente a humo en un montón y sacó su camión de seda de la maleta con las puntas de los dedos, con la esperanza de no mancharla. Lo que le recordó la huella grasienta en la camiseta de Sean.

Por supuesto. Como era de esperar. Todo la llevaba a Sean, en un interminable y obsesivo bucle de retroalimentación. El verlo la había hecho recordar cómo se había sentido gracias a él aquel verano. Fuerte, muy consciente de su atractivo, segura de que todos sus sueños se harían realidad, porque la misma existencia de Sean era una prueba de ello.

Qué increíblemente inocente había sido. Qué estúpida.

Después de aquello, lo más cerca que había estado otra vez de ese sentimiento fue cuando finalmente decidió abrir su librería. Bueno, demonios. Al diablo con eso.

Se quedó mirando en el espejo su cara pálida, tensa. El enmarañado pelo de bruja. Debía tener un aspecto horrible cuando él la había visto hoy.

Y no... importaba. Maldición. Olvídalo. Para siempre. Que una ducha caliente lo lavara.

Hecho, purificada. Se envolvió una toalla alrededor, abrió la puerta... y habría gritado si sus pulmones hubieran sido capaces de aspirar aire.
Sean McCloud estaba sentado en su cama.

Capítulo 7

SEAN HIZO UNA MUECA CUANDO LA PUERTA DEL BAÑO se cerró en su cara de un portazo.

Ay. A su favor estaba que había tenido un golpe de suerte fabuloso al pillarla en la ducha, dándole la oportunidad perfecta de llenar sus cosas de transmisores. Esa noche él era un partidario firme de la escuela de pensamiento clásica de los McCloud: pon micrófonos ocultos primero, discúlpate después.

Había estado tratando de descifrar cómo ahorrarle la avalancha de adrenalina cuando saliera del baño, sin hablar de la embarazosa situación que se produciría si salía desnuda. Desafortunadamente, no había encontrado ninguna idea brillante a tiempo. Tenía el cerebro frito.

La puerta se abrió de repente y Liv salió altivamente. Ya no iba envuelta en una toalla, sino en una corta bata de seda que le quedaba tan apretada que mostraba cada detalle de sus duros pezones. Dios, qué preciosa era. Le encantaba esa postura engreída, con la barbilla levantada.

—Casi me da un ataque al corazón por tu culpa. —Su voz era helada, de altivez real—. ¿Estás loco? ¿Qué estás haciendo? ¿Has entrado a escondidas?

Él resopló.

—¿Te puedes imaginar a tu madre invitándome a entrar?

—No contestes una pregunta con otra pregunta. Es pedante y fastidioso. ¿Qué intenciones tienes, Sean? ¿Debería gritar pidiendo ayuda?

—Por favor, no. —Su sonrisa vaciló—. No sabía tu número. Tus padres me habrían encadenado y me habrían echado a un lago de haberme visto, así que colarme a escondidas era mi única opción. Siento haberte asustado.

—¿Cómo has entrado? —Pasó enfadada a su lado, escarbó en la maleta buscando el peine—. Creí que había policías fuera. Pensé que tenían alarmas por todo el lugar. Para lo que me ha servido, podría estar perfectamente en mi casa.

Él se encogió de hombros.

—Los polis no me vieron. Me deslicé a lo largo del seto, trepé al arce, repté hasta el roble que hay junto al tejado y después entré por la ventana de gablete del ático que no tiene alarmas, para tu información. Bajé por la escalera de servicio y entré por la trampilla en el cuarto de lavandería... y

aquí estoy. Pastelito.

—Vaya excursión. —Arrastró el peine por el pelo.

—Quería ver lo segura que estabas en el seno de tu familia.

Él no podía dejar de mirarla, aunque se daba cuenta de que la ponía incómoda. Se estiró el camión, evidentemente sin darse cuenta de cómo la fina seda exhibía su imponente cuerpo. Su blanca garganta subía y bajaba.

—¿Y bien? —preguntó con energía—. ¿Qué conclusión has sacado? ¿Estoy segura?

—Absolutamente no —dijo él rotundo—. Si T-Rex es la décima parte de bueno que yo, podría estar sentado donde estoy yo ahora. Apuesto a que lo es. Alguien debería decirle esto a tu familia. Ese alguien probablemente no debería ser yo.

—Sí, están predispuestos contra ti —admitió ella—. Pero si no hubieras impedido que entráramos al coche, ahora estaría muerta.

—Efectivamente —asintió Sean—. ¿Eso me ha dado puntos?

—¿Con quién? —Se rió nerviosamente —¿Con mi madre?

—No me importa nada tu madre. Sólo estoy interesado en ti.

Ella lo esquivó con sarcasmo.

—Me siento muy honrada —dijo—. Pero estabas muy, pero que muy abajo en los números negativos, listillo de los puntos.

La boca de él se torció en una sonrisa amarga.

—¿Ya he llegado a cero?

Ella arrastró el peine por otro rizo enredado.

—No lo sé —dijo—. No sé por qué estás aquí, qué quieres, por qué te preocupas. ¿Qué significa cero? ¿Una tabla rasa? ¿Como si nunca hubiera pasado nada entre nosotros? Lo siento, pero no puedo fingir eso.

Él negó con la cabeza lentamente.

—No me gustaría que lo hicieras.

Se miraron hasta que Liv bajó los ojos. Hundió el peine en otra maraña espesa, con los dedos temblando.

Entonces no era inmune. Furiosa, pero no indiferente. La sensación de triunfo creció dentro de él, como llamas. Arrancó la mirada de la cara de ella. La bolsita con el condón estaba todavía en el bolsillo de sus vaqueros, clavándosele en el muslo. T-Rex. Había ido allí a hablar de T-Rex.

—¿Así que no tienes idea de quién es ese tipo? —preguntó—. La mayoría de los acosadores son conocidos de sus víctimas.

—Sí, ya lo sé —dijo temblorosa—. Pero no tengo idea.

—¿No hay antiguos novios celosos?

Ella negó de nuevo con la cabeza.

—Ni uno.

—No veo por qué un antiguo novio tuyo no habría de estar celoso, princesa.

La afirmación quedó en el aire. Ella levantó la barbilla.

—¿Tú estás celoso, Sean?

Él se encogió en la caliente llamarada de la excitación.

—¿Qué pregunta es ésta? ¿Me estás diciendo que cuento como antiguo novio? ¿Estoy en esa lista? Me siento honrado.

La mirada de ella era penetrante.

—No te escabullas de la pregunta.

Él respiró profundamente y lo soltó.

—¿Ésta es una forma disimulada de preguntar si fui yo el que incendió tu tienda y puso una bomba en tu coche? ¿Es eso lo que te han estado diciendo esos idiotas?

Ella abrió la boca, pero no salió nada.

—Mis hermanos pueden responder por mí, si hay alguna duda —le dijo—. Pero aunque estuviera tan celoso que me sintiera enfermo por ello, nunca te haría daño, Liv. Ni a ti ni a ninguna otra persona inocente. Nunca. ¿Está claro?

Ella lo miró a los ojos y asintió.

—Está claro —dijo.

—¿Me crees? —Casi no podía creerlo.

—Te creo.

Sean soltó un suspiro entrecortado, como si algo dentro de él se relajara finalmente.

—Todavía no entiendo cómo supiste lo de la bomba —dijo ella. Sean bajó la vista a la alfombra rosa de nudo.

—Te va a parecer muy raro.

—Pruébame.

Se quedó callado unos minutos, pensando. Al fin, dijo:

—Tengo... no sé cómo llamarlo... sensaciones. Cuando estoy en situación de combate, recibo advertencias. Pinchazos en el cuello, hormigueo en los dedos. Fui entrenado para actuar de acuerdo con mis instintos, sin pensar. Sólo funciona si confías en ello ciegamente.

—Quieres decir que intuyes el peligro...

—Se podría llamar así —dijo él—. Quizá heredé esa cualidad de mi padre. Sabes que estaba enfermo, ¿verdad?

—Sí, me dijeron que era...

—¿Un chiflado? Sí. Veía peligros en todas partes. Todo lugar era un potencial campo minado. Cualquiera cosa, una pluma, un bote de clavos, una caja de leche, podía ser una bomba disimulada. Era estresante, vivir con el tipo.

—Oh, ah, caramba —murmuró ella—. Entiendo que eso puede...

—Afectar a un niño, sí —terminó él, con naturalidad—. Mis hermanos y yo no tuvimos otro punto de referencia. Los tipos malos de papá estaban detrás de cada árbol. —Se detuvo, reflexionando—. No está lejos de la realidad, ahora que pienso en ello. Mira a T-Rex. Uno nunca sabe.

Ella estaba conmocionada.

—Lo siento mucho.

—No quiero que te sientas mal por mí —dijo impaciente—. Sólo te estoy mostrando mi línea de razonamiento. Y la carta de la que me hablaste tuvo mucho que ver en el asunto. Tú dijiste que T-Rex quería hacerte arder. Utilizó la palabra explosivo. Eso me hizo pensar en la camioneta de Kev explotando, lo cual me recordó un sueño que tuve. Kev estaba en él y estaba preocupado por tu coche.

Ella estaba extrañamente complacida con eso.

—¿Mi coche? ¿Kev? ¿De verdad?

—Sí. Entonces os vi a ti y a Madden caminando hacia tu coche y todo encajó. La nota, la explosión, el sueño. —Levantó las manos—. Ahí lo tienes. Mi complicado proceso mental al desnudo.

Los ojos pensativos de ella se detuvieron sobre él, haciéndolo moverse nerviosamente.

—Ésta es la parte donde me dices que soy un lunático, ¿verdad?

—No creo que seas un lunático —dijo ella—. Y si lo eres, doy las gracias por ello. Habría volado en pedazos si no lo fueras. Así que gracias.

—No tienes que agradecerme. No tenía elección.

Ella parecía perpleja.

—¿Qué se supone que significa eso?

Él se encogió de hombros.

—Significa lo que significa. No estoy haciendo juegos de palabras. Lo hice porque lo tenía que hacer, así que no tiene sentido que me des las gracias.

Liv cruzó los brazos sobre las tetas. Él se dedicó aplicadamente a tratar

de no pensar en lo suave y jugosa que debía ser en ese lugar, perfumada con sus diferentes potingues de chica. Obligó a su mente a volver a sus carriles.

—Me preguntaba si me dejarías ver los correos de T-Rex —dijo.

Ella lo miró extrañada.

—¿Por qué?

La pregunta lo bloqueó por un momento, pero no había razón para no decirle la verdad desnuda.

—Porque estoy interesado. Porque no quiero que te hagan daño. Porque tengo tanta curiosidad que me está matando.

—Ah, bueno. Si lo pones así —murmuró ella.

Sacó un portátil de la maleta, se sentó y tecleó en él. La luz de la pantalla iluminaba su cara, serenamente encantadora en su concentración. Ella le lanzó una sonrisa rápida y le puso el ordenador abierto en las rodillas.

—Hay nueve.

Las fechas abarcaban tres semanas. Los leyó. Eran exactamente como ella los había descrito. Cien pseudopoético. Declaraciones pegajosas de amor obsesivo, minuciosas observaciones de sus encantos físicos, comentarios sobre su ropa y sus actividades. Los últimos tres hacían sugerencias que cada vez se volvían sexualmente más explícitas. Gilipollas cabronazo.

Asintió con la cabeza, cerró el ordenador y se lo devolvió.

—¿Entonces? ¿Qué piensas? —preguntó. Lo puso a un lado, cogió el peine y se puso a cepillarse el pelo perezosamente.

—Mi primera impresión es que son afectados, artificiales —dijo él—. Como si estuviera siguiendo una plantilla.

—El incendio y la bomba no eran artificiales —dijo ella.

—No, con seguridad no —convino él—. Gracias por dejarme verlos.

—Casi ni los has mirado. —Su tono era ligeramente acusador—. Los has examinado... ¿cuánto, dos minutos?

—Tengo memoria fotográfica —le dijo—. Me pasaré la noche leyendo esos correos. —Su mirada barrió la habitación en sombras y fue a posarse en el libro de química que había sobre la mesita de noche. Lo hojeó—. Caray. He aquí una ráfaga del pasado. Creí que odiabas esta cosa.

—La odiaba. Sólo me gustaba cuando la explicaba tu hermano.

Sean asintió con la cabeza.

—Sí, Kev era un genio. Hizo la carrera en dos años. Podía haberla hecho en menos tiempo si no hubiera tenido que trabajar por las noches. Estaba trabajando ya en la tesis cuando... —Se detuvo y tragó saliva—. Ah, mierda.

No importa.

—Tú también eras bastante brillante —dijo ella, para romper el silencio conmovedor—. Ni siquiera necesitabas el libro.

Su breve carcajada le dolió.

—El desgraciado costaba ochenta dólares. ¿Para qué comprarlo cuando puedes leer uno en la biblioteca?

—Tampoco tomabas apuntes en las clases, pero siempre lo recordabas todo —dijo ella—. Me dabas envidia.

Él cerró el libro.

—Papá nos enseñó a recordar lo que oíamos. Para él, tomar apuntes era un signo de dejadez mental.

—Caramba —murmuró ella—. Era muy rígido.

—Rígido. Sí. Buena palabra para describir a Eamon McCloud. El truco es hacer selecciones a medida que entran los datos. Organizas lo importante. El resto lo tiras a la basura. —Se detuvo—. La basura la olvido enseguida. Pero recuerdo todas las cosas importantes perfectamente.

Los ojos de ella se volvieron cautelosos ante su tono.

—¿Ah, sí? ¿Y qué cosas son esas? —Hundió el peine en otro mechón de pelo.

Él se encogió cuando ella tiró de él con fuerza.

—Por el amor de Dios, ¿quieres dejar de hacer eso? Dame ese peine. —Se lo arrancó de las manos y lo mantuvo fuera de su alcance cuando trató de agarrarlo de nuevo.

Ella se lanzó a por él.

—Sean, esto no es divertido...

—Siéntate —ordenó—. En la cama. —Siguió una breve lucha que él ganó enseguida y pronto estaba sentada en la cama, atenazada entre sus muslos. Él agarró un mechón de pelo y empezó a trabajar en él—. ¿Dónde estábamos? Ah, sí. Estábamos hablando de lo que es bastante importante para recordarlo y lo que es bastante insignificante para olvidarlo.

La posición era íntima. Las caderas de ella vestidas de seda eran muy suaves, muy calientes donde tocaban la parte interior de sus muslos. Su cuerpo latía.

—Sean —susurró ella—. No me siento cómoda con esto.

—Tu pelo lo estará —la tranquilizó él—. Relájate y déjame ser tu doncella por unos minutos. No es gran cosa.

Ella se quedó callada mientras le desenredaba lentamente el mechón de

pelo, suavizando cada enredo hasta que se peinó suavemente en toda su longitud. Dejó ese mechón sobre su hombro y cogió otro, tomándolo paciente y lentamente como si tuviera todo el tiempo del mundo. Alargándolo tanto como podía.

—Entonces, eeh, ¿qué crees que es bastante importante para recordarlo? —preguntó ella con una voz enérgica, decidida.

Él extendió un mechón suave y perfecto sobre su hombro y cogió otro para derrochar su atención en él.

—Tú —dijo.

Oh, Dios. Era como una de sus fantasías de media noche. Sean, materializándose en su dormitorio y diciéndole que ella era importante para él. No podía enamorarse de estas tonterías mortalmente peligrosas.

—Oh, márchate —dijo con voz temblorosa—. Suéltame. Esto es una mala idea.

Él la agarró por la cintura mientras trataba de levantarse.

—Recuerdo cada detalle —dijo—. Desde el momento que te vi por primera vez. Lo que llevabas puesto, cómo ibas peinada, el olor de tu champú. Todo. Toda la sobrecarga sensorial en tres dimensiones. No puedo olvidarlo.

Ella se retorció y le dirigió una mirada rencorosa.

—Cállate, Sean. Sólo estás diciendo mentiras muy bien calculadas y no me las voy a tragar.

—El primer día, en la obra, llevabas una blusa blanca —dijo suavemente—. Tu falda era azul. El pelo te caía hasta la cintura.

—¿En la obra? —frunció el ceño—. Te conocí en el Auditorio Schaeffer. En la conferencia de tu hermano.

—Yo ya te había visto antes —le dijo. Cada lento golpe del peine por su pelo mojado era una caricia—. Todos los tipos de la cuadrilla hablaban de la estupenda hija del jefe. Entonces un día llegaste a la obra con tu padre. Ni siquiera te diste cuenta de que nosotros, pobres idiotas, te estábamos mirando. Con la lengua colgando hasta la rodilla.

Ella se rompía la cabeza, tratando de recordar.

—No te creo.

—Es verdad —dijo él—. Tú pasaste como una exhalación, mirando a la distancia. Allá va la princesa de porcelana. Podéis mirar, pero no tocar.

—No soy de porcelana —susurró ella.

—Ya lo sé. Sé exactamente lo cálida y suave que eres. —Tiró el peine a la cama y le pasó los dedos por el pelo, extendiéndolo sobre sus hombros—.

Te diré un secreto vergonzoso —murmuró—. No iba de oyente a la clase de Kev para aprender química orgánica. Sabía eso desde que tenía doce años. Iba por ti, Liv.

Sean McCloud utilizando todas sus dotes de seducción era mortalmente peligroso. Buscó a tientas algo para desviarlo, para distraerlo.

—¿Es verdad que pusiste una bomba en el servicio de los profesores cuando estabas en sexto?

Él se quedó inmóvil un momento, recordando, y luego empezó a reírse.

—Caray. De todos los fantasmas de mi pasado, ése es el que menos esperaba. ¿Quién te lo dijo? ¿Fue ese mierda de Blair Madden? Siempre fue un jodido soplón.

—Contesta la pregunta, simplemente, por favor —dijo ella remilgadamente.

—Ah, demonio. Eran sólo un par de moléculas de pólvora empaquetadas en una pajita de refresco, cerradas con cinta y con un fusible pegado. Yo no lo llamaría precisamente una bomba. Cerré la puerta de ese cubículo con alambre para que nadie lo usara y cuando Harris se dirigió a hacer su descarga de la tarde, me colé dentro y encendí el fusible. Quería darle una lección. No quería volarle el culo.

Ella se volvió para verle la cara.

—¿Por qué lo hiciste?

Se encogió de hombros.

—Estaba furioso con él. Kev sacaba diez en todos los exámenes de matemáticas y Harris lo acusó de hacer trampa. Como si Kev necesitara hacer trampa en las matemáticas de séptimo. Ya estaba estudiando física teórica. Por su cuenta.

—Ya veo —murmuró ella.

—Harris hizo que castigaran a Kev. Eso me cabreó.

Las manos de él estaban ocupadas en su pelo, acariciándolo suavemente en toda su longitud. Ella dio la vuelta y lo sorprendió apretando un mechón contra sus labios. Él lo soltó, levantó las manos, con cara burlescamente culpable.

—Huy —susurró—. Perdón.

Ella apartó la mirada, ahogando una risita. Era una locura. Hacía unas horas había estado a punto de morir y ese hombre la estaba haciendo actuar como una niña tonta.

Era muy fácil reír con él. Era una de sus cualidades más seductoras; y

prácticamente todo en él era seductor.

Siempre había sido muy tímida. No sólo con los chicos. Con todo el mundo. Pero una vez que salió de su estupor inicial que la dejaba con la boca abierta por lo guapísimo que era, estar con Sean había sido pura diversión. Con él se sentía inteligente e ingeniosa. Nunca la menospreció, nunca se burló de lo que decía, porque parecía que para él todo lo que ella decía era importante. La escuchaba con seriedad, pensaba en lo que había dicho y respondía.

Con él todo era sencillo. Maravilloso. Mágico.

Y todavía seguía siéndolo. Maldición, todavía lo era. Los que no recuerdan el pasado están condenados a repetirlo. O por lo menos a repetir ese dicho.

Se puso seria.

—¿Se te ha ocurrido pensar en lo extraño que es? ¿Tú aquí, diciéndome zalamerías después de lo que me dijiste la última vez que nos vimos?

Las manos que acariciaban se detuvieron y su cuerpo se quedó quieto.

—No, en realidad no lo he pensado —dijo cautelosamente—. Sólo estaba disfrutando de estar cerca de ti.

—¿Entonces aquella conversación es de esas cosas insignificantes que decidiste no recordar? —Se sintió horrorizada al sentir que su garganta empezaba a temblar.

Él no contestó. Liv sintió el calor de su cara, apretada fuertemente contra su hombro.

—Recuerdo muy bien esa conversación —dijo—. Lo siento.

—¿Lo sientes? —Le apartó las rodillas de un empujón para liberarse y se mantuvo de espaldas a él mientras se componía el camisón, y la cara—. Debes tener doble personalidad, lista el Sean dulce y mimoso y el Sean cruel, horrible. ¿Es divertido darles cuerda a las mujeres y después verlas dar vueltas cuando las tiras a la basura? ¿Odias secretamente a las mujeres?

—No. —Su boca era una línea dura e infeliz—. No. En absoluto. Especialmente no te odio a ti. Siento haber hecho aquello. Tenía mis razones.

Por algún motivo, esto la enfureció más.

—¿Qué estás diciendo? Tira a alguien por la ventana, después baja corriendo, ponte de pie sobre su cuerpo roto y di: «Lo siento, pero tenía mis razones».

—Liv, yo...

—Conozco tus razones. Tener a una chica pegajosa como yo

ensombreciéndote te aburrí. ¿Entonces por qué estás aquí? Soy la misma maldita persona, sólo que más vieja y más pesada. Si te aburrí entonces, lo prometo, te aburriré ahora.

—Tú nunca me aburríste —dijo él.

—¿Entonces habías encontrado a alguien más excitante que yo? ¿Alguien más hábil sexualmente? ¿Y ésa fue tu forma de librarte de...?

—No —dijo él—. Por Dios, no. Por favor, ¿podemos empezar de nuevo?

—No, Sean. No podemos. —Giró sobre sus talones y se dirigió hacia la puerta, pero según agarraba el pomo, él la cogió desde atrás deslizándolo el brazo en torno a su cintura y echándola hacia atrás contra su cuerpo.

—No, espera —rogó—. Sólo un momento, Liv. Por favor.

Ella reunió aire para gritar, pero Sean apretó la mano contra su boca. Liv lo mordió, retorciéndose.

—Shh —canturreó él—. Tienes derecho a estar enfadada. Muérdeme, dame patadas, pero no me obligues a lidiar con tu madre.

Ella no pudo evitar reírse y entonces Sean retiró la mano con cuidado.

—Si no quieres lidiar con mi madre, no entres furtivamente en su casa —dijo—. Eres sospechosamente bueno para ello. ¿Finalmente escogiste el robo como forma de vida?

—No. Lo creas o no, no suelo entrar furtivamente en las casas. Sólo he entrado en esta porque tú estás en ella.

Cayó de rodillas. Ella retrocedió, desconfiando del brillo malévolo de sus ojos.

—¿Qué demonios estás haciendo ahora, por el amor de Dios?

—Pidiendo clemencia. Tratando de acercarme menos amenazadoramente. Soy demasiado alto. ¿Te pongo nerviosa? —Se acercó dando tumbos hacia ella de rodillas.

—Ciertamente. —Liv retrocedió hasta que se dio contra la pared—. Y arrodillarte no te hace parecer inofensivo. Te hace parecer ridículo.

Él sonrió ampliamente.

—Estupendo. Le saco mucha renta al ridículo.

—No, conmigo no —advirtió ella—. El juego del payaso no funciona conmigo. No estoy nada encantada, ¿me entiendes? Nada encantada.

Se arrastró de rodillas hacia ella por la habitación.

—Que me riña una diosa ruda e implacable con camisón de seda es lo más divertido que me ha pasado en quince años.

—¡Para! No puedo creer que estemos teniendo esta conversación. Hay un

intruso armado en mi habitación... Por el amor de Dios, debería estar gritando...

Él parpadeó hacia ella, inocentemente.

—¿Cómo sabes que estoy armado?

—Sólo una apuesta a ciegas. Pareces de ese tipo.

—¿De verdad? Ah, mierda. Y yo que creía que mi disfraz de persona normal estaba funcionando... Generalmente no voy armado. Me pone nervioso. Pero hoy ya estaba nervioso, con las bombas y todo eso, así que traje mi confiable Sp 101 Ruger. —Se subió los vaqueros y mostró su revólver en la funda del tobillo—. Tengo un puñal en la otra pierna. Y mis manos y mis pies podrían considerarse armas letales.

—Ah, déjame en paz —murmuró ella—. Armas letales, y una mierda.

—Tengo permiso legal para llevarlas escondidas —le aseguró.

—¿Me estás enseñando todo tu material de macho para impresionarme?

Él se rió suavemente.

—No lo sé. ¿Funcionaría? ¿Qué te impresionaría más? Dímelo. Trataré de hacerlo.

—Verte como una persona adulta por una vez en la vida —dijo ella cortante—. Aunque en realidad, eso no sólo me impresionaría, me asombraría.

Su sonrisa se desvaneció. La miró y se puso de pie.

—¿Cuál es la conducta madura? —preguntó—. Eso es muy difícil para un payaso inmaduro como yo. Lo más maduro habría sido mantenerme alejado de ti en primer lugar. Ya la he cagado en eso. Lo segundo mejor sería escaparme por el agujero de rata por el que entré. Escabullirme otra vez hacia la alcantarilla con la cola entre las patas. ¿Es eso lo que quieres?

Liv abrió la boca para decir sí. La palabra no se formaba. Tosió y lo intentó de nuevo.

—No me pidas que te diga lo que tienes que hacer. No es justo.

—Contén el aliento. Voy a actuar como adulto por primera y probablemente única vez en mi vida. No parpadees o te lo perderás.

—¿Quieres dejar de decir tonterías...?

—Eso es lo que estoy tratando de hacer, pero necesito tu ayuda. Dilo simple y claro, en un lenguaje que incluso una cabeza hueca como la mía pueda entender. Di: lárgate de mi dormitorio, Sean, y mantente lejos por el resto de mi vida natural.

Ella tragó saliva, por encima del nudo que tenía en la garganta.

—¿Y te irás?

—Y me iré.

Los segundos pasaban lentamente. Él la miraba muy serio, esperando, pero Liv no podía hablar, no podía moverse. Los segundos se volvieron minutos.

—No lo estás diciendo, princesa —la animó finalmente.

Maldito sea. Liv temblaba; se tapó la cara con las manos para que no la viera llorar, pero fue inútil. Sean la miraba en silencio mientras ella lloraba sin control.

Liv no podía soportarlo. Giró en redondo y le dio la espalda.

—Cada vez estoy más confundido —dijo él suavemente—. Es peligroso confundirme, nena. Pregunta a cualquiera.

Ella sacudió la cabeza.

—Cállate, cabrón sádico.

—Ese es un buen comienzo, pero no es lo que te dije que dijeras. Dilo. Si piensas echarme hazlo ya, porque el suspense me está matando.

—Vete a la mierda, Sean McCloud. —Las palabras brotaron con violencia.

—Claro, nena. —A Liv le dio la impresión de que estaba sonriendo—. Al momento.

—No lo hagas. No me molestes. Deja de torturarme.

—No era esa mi intención. —Ahora parecía desconcertado—. Sólo quería hablar. Ver los correos de T-Rex. Hacerte sonreír, ya que habías tenido un día tan horrible. No quería hacerte llorar.

Ella tembló cuando su mano se apoyó en su hombro.

—Si no quieres que me vaya, ¿qué quieres?

—¿Para qué molestarse siquiera en pedirlo? —Las palabras brotaron con una amargura que no sabía que sentía—. No puedo tener lo que quiero. Tú me enseñaste eso.

—¿Yo? —separó su pelo húmedo y apretó sus labios calientes contra su nuca—. Siento haberlo hecho. ¿Pero sabes qué, Liv?

—¿Qué?—susurró ella.

La besó de nuevo.

—A veces puedes tener lo que quieres.

Ella se estremeció, gimiendo casi ante la caricia suave y caliente de su boca, la presión delicada de sus dientes contra su sensible nuca.

—No, no puedo —contestó ella con la voz temblorosa—. El precio es demasiado alto.

—A veces el precio merece la pena.

El filo de sus dientes se arrastró por su piel, después sus labios, en un delicado beso devastador.

—Estoy loca por dejar que me toques —susurró ella.

—Sí —asintió él—. Completamente loca. Me encanta la forma en que tu pelo forma un remolino aquí abajo, en tu nuca. Con ese lunar tan sexy. Tan bonito que me mata.

Ella se agitó con una mezcla temblorosa de risa y lágrimas.

—Vuelve a la realidad.

—Estoy en la realidad. Los recuerdo todos. —pasó las yemas de los dedos tiernamente sobre la seda que le cubría los hombros—. Adelante. Examíname. Te voy a dibujar un mapa de los lunares que tienes en los hombros y en la espalda. Los memoricé, como las constelaciones.

—Sí, claro —murmuró ella—. Conozco tus trucos de perro zalamero.

Los labios de él se movieron sobre sus hombros, su aliento era una deliciosa caricia.

—Me volvía loco uno que tienes en el pie izquierdo. A unos tres centímetros de tu dedo gordo. Siempre quise caer a tus pies y besuquearlo hasta que estuvieras riéndote como loca. Después iría subiendo. Lentamente.

Liv abrió los ojos. La puerta del baño estaba completamente abierta. Gotas de vapor condensado rodaban por el espejo de cuerpo entero que había en él, haciendo un campo rayado, irreal, en el que sus formas oscuras se reflejaban a medias.

Los ojos de Sean ardían en los suyos. La cara de ella reflejaba algo parecido al miedo, con los ojos dilatados. Sus mejillas brillaban calientes, rojas y húmedas. El cinturón de la bata se había soltado, como si traviosos dedos de hadas la estuvieran abriendo.

Ella no se movió para detenerlos.

Capítulo 8

EL CINTURÓN CAYÓ Y SE DESLIZÓ SOBRE SUS CADERAS, aterrizando en sus pies con un susurro de seda. Su bata estaba abierta unos tres centímetros, mostrando una tira sombreada de su cuerpo entre largos paneles de tela pálida y resplandeciente.

«Ciérrala, maldita sea», dijo una vocecita riñendo en su cabeza. «Cierra esa bobada, ata el cinturón y di lo que hay que decir para hacer desaparecer a este tipo. Te traerá problemas, muchos problemas».

La voz que parloteaba se desvaneció en una incomprensible nube de sonido blanco en el fondo de su cabeza. En primer plano, la imagen de ellos dos en el espejo se volvía más clara a medida que las gotas resbalaban inexorablemente, cada una formando su propia línea por la superficie empañada.

La bata se abrió ahora un poco más, aunque ninguno se había movido. Él podía ver el cuerpo de ella. Sus pezones tirantes se apretaban contra la delicada seda. El valle entre ellos, la pesada curva inferior de cada uno, la curva de su vientre, el hoyo de su ombligo, todo era claramente visible. La mata de pelo oscuro que cubría su monte de Venus.

Y le estaba dejando mirar. Como si tuviera derecho a ello. Como si quisiera que él mirara. Como si hubiera estado esperando años, ofreciéndose a él durante años. Deseando que él la mirara, la tocara. La tomara.

El silencio y la oscuridad tejían sobre los dos un hechizo espeso, casi palpable. Era un profundo y turbador zumbido que borraba los pensamientos, los miedos, las dudas y que sólo dejaba los sentimientos. Sentimientos salvajes e incontrolables que estaban desarrollando un gran impulso, hinchándose hasta volverse una fuerza que ella no esperaba controlar. Sus ojos estaban fijos en los de él en el espejo, y la comprensión que iba creciendo lentamente se volvió certeza.

Lo imposible, lo impensable, estaba a punto de suceder. Realmente iba a pasar. Él iba a seducirla y ella iba a dejarlo. La mano de él la rodeó, tocó su cara. Tomó su mejilla. Ella se ruborizó aún más bajo su caricia. Volvió la cara hacia él, apoyándose en su mano, como un gato que necesita mimos y cariño.

Le daba miedo de sí misma. No se había creído capaz de tales profundidades de estupidez autodestructiva, pero quería que pasara,

desesperadamente.

¿Por qué no? ¿Por qué demonios no?

La decisión se tomó sola, sin su ayuda. Sí. Viviría esta fantasía, plenamente. Sin estúpidas expectativas románticas.

Sólo sexo caliente. Después de todas las cosas horribles que le habían pasado, tenía derecho a darse una satisfacción.

Él trazó el borde de su oreja, girando tiernamente para hacer un círculo en torno a la espiral interior, enviando escalofríos de placer a través de sus nervios sorprendidos.

Apartó un mechón de pelo adherido. Liv se lamió los labios, su aliento salía áspero. Él le rozó los labios con las yemas de los dedos, su mano se movía con lentitud majestuosa en el silencio sin aliento. Siguió acariciándola y llegó hasta la barbilla y más abajo, moviéndose con delicada precisión sobre su garganta. Se detuvo sobre su pulso galopante, se sumergió en el hueco de la clavícula. Su toque era reverente; tan suave que ella casi no podía sentirlo y, sin embargo, era lo único que podía sentir. Como si la yema de su dedo dejara un hilo incandescente de luz resplandeciente tras de sí. Continuó su viaje implacable hacia abajo, deteniéndose sobre su corazón. Golpeaba duramente contra sus costillas. Tenía el aliento entrecortado. Él caminaba por una fina línea a través de un campo minado de ira y dudas, con pasos muy seguros. No trató de abrirle la bata, no sobaba ni agarraba. Sólo mantenía el rumbo. Seguro de que ella se abriría para él.

Como una flor se abre al sol.

Su mano se aventuró más abajo, haciendo círculos en torno a su ombligo. Inhaló con fuerza y su mano se sumergió más abajo aún, vacilando durante un momento agónico, antes de rozar apenas su vello púbico. El leve contacto provocador produjo sacudidas de excitación en todo su cuerpo.

La mano de él dejó de moverse. Y esperó, con los músculos temblando, con la erección apretada contra su trasero. Esperando una señal.

Ella gimió, sus muslos se aflojaron con un estremecimiento de entrega.

Él produjo un sonido bajo, triunfante, como un gruñido que le puso a Liv los pelos de la nuca de punta. Su dedo localizó la hendidura mojada de su vulva y delicadamente la abrió, deslizándose en su resbaladizo centro caliente.

La sensación fue insoportablemente intensa. Sus rodillas se tambalearon, sus músculos cedieron. Sean la agarró por la cintura, echándola hacia atrás contra sí para estabilizarla.

—Te tengo agarrada, suéltate, yo te sujetaré.

Sus contoneos, subidas y bajadas habían abierto su bata y él pudo verlo todo, sus senos turgentes, su vientre macizo, sus caderas redondeadas. Los dientes de él se hundieron en su cuello y emitió un sonido de placer. Ella estaba muy excitada. Muy caliente y suave, hinchada y latiente. Los pequeños músculos de su ingle se apretaban en torno a la mano de él, aleteando con excitación frenética y sus caderas apretaban y soltaban, y él hacía girar sus dedos en torno a su clítoris, revoloteando, apretando, y ella se desbordó hacia ese terrible, maravilloso momento sin retorno. Una caída sin aliento a través del espacio y entonces... oh, Dios.

Continuó una y otra vez, la ola creciente que rompía y latía como la espuma del mar que avanza y se deshace sobre la arena brillante. Placer que palpitaba a través de todos los miembros, hasta los dedos de las manos y los pies. Dejándola empapada, jadeando, desmadejada en sus brazos como una marioneta con las cuerdas cortadas.

Cuando finalmente abrió los ojos casi no se reconoció en el espejo. La cara sonrojada, los ojos con los párpados pesados. El brazo musculoso y dorado de Sean abrazado a su cintura, su pelo cubriéndolo, los senos desbordándose sobre él. Su mano aún apretada entre sus muslos.

Generalmente tenía que esforzarse mucho para guiar a sus amantes por el camino largo y tortuoso que llevaba a hacerla correrse, pero era un viaje arduo sin garantías y los hombres normales no tenían ese tipo de paciencia.

No era gran cosa. Lo había superado. El sexo era cosa de abrazarse y de tener compañía, no de orgasmos. Tenía mejor suerte cuando volaba en solitario, en todo caso. Acompañada de su vibrador y de sus fantasías sobre Sean, por supuesto.

Esto era todo un universo nuevo de sensaciones deslumbrantes. Emociones.

—¿Te puedes tener de pie? —preguntó él, rozándole el cuello con su aliento.

Su erección le pinchaba la espalda. Su brazo le apretaba las costillas tan fuertemente que no podía expandir los pulmones, sólo producir jadeos ahogados y superficiales. Bloqueó las rodillas. Había una urgencia desesperada en el abrazo tembloroso de él.

—Dios mío. —Sacó los dedos de ella y los levantó hasta la cara. Los lamió golosamente—. Tienes un sabor asombroso. Me muero de hambre por él.

—Bien. —Liv se dio la vuelta y agarró la hebilla de su cinturón. Tenía

que hacer esto rápidamente, antes de perder el valor—. Entonces comamos.

Él se quedó de pie allí, extrañamente pasivo e inseguro, mientras ella forcejeaba con su cinturón. Cuando lo logró desabrochar Sean le agarró las manos deteniéndola.

—Espera. Antes de hacer esto necesitamos, eeh... aclarar algunas cosas. Quería decirte por qué dije lo que dije en la cárcel. Puedo explicar...

—No —lo interrumpió ella—. No, por favor. No quiero saberlo.

Le dio a la hebilla de su cinturón un tirón tan fuerte y airado que él se tambaleó hacia ella con una exclamación baja.

—Pero es importante.

—No, no lo es. No me interesa —dijo ella—. No me importa. No me estropees esto, por favor. Concédeme eso. Déjame representar mi fantasía.

Él frunció el ceño.

—Esto no es una fantasía, Liv.

—Para mí lo es —dijo ella—. Y eso es todo lo que tú eres. No quiero oír mierda. No quiero que me mienta o que me tome el pelo nadie, nunca más, ¿me oyes? Tengo verdaderos problemas. Mi vida está jodida. Mi negocio está arruinado. Hay un tipo acechándome que quiere matarme. Lo que pasaba en tu mente hace quince años ya no es relevante, ni siquiera interesante, para mí.

—Pero no es lo que crees —protestó él—. Yo no...

—No quiero saber por qué consideraste necesario herirme así. No puedo imaginar algo que pudiera justificarlo. No te daré oportunidad de hacérmelo de nuevo. Todo lo que quiero es... —su voz se fue apagando.

—Que te folle —dijo él llanamente—. Nada más que eso.

Ella se rió por la incongruencia de las palabras.

—¿Qué quieres decir con más? ¿Qué más podría ser? —Se cerró la bata abierta de un tirón—. No te enfades. Si ofende tu delicada sensibilidad ser usado, guárdate la erección en los pantalones y vete.

Recordó horriblemente su metamorfosis en la cárcel. El calor de sus ojos se había apagado como una vela, dejando trozos inexpresivos de cristal con reflejos verdes. La ponía nerviosa ver su cara así.

Bloqueó sus rodillas y se concentró en no tambalearse.

—Bien —dijo él tras una tensa pausa—. He tomado mi decisión.

—¿Ah, sí? —Se ató el cinturón con un tirón—. ¿Y qué?

—Me quedaré y te haré el servicio —dijo—. No puedo irme en *este* estado. Siento la polla como un pincho de acero. Probablemente me heriría.

Ahora ella no podía respirar en absoluto. Sean resultaba aterrador

cuando la miraba con esa expresión. La energía sexual emanaba de él latiendo en oleadas.

Se sacó la camiseta por la cabeza y la arrojó al suelo.

Se agachó y se desabrochó la pistolera de tobillo, el puñal que tenía amarrado al otro tobillo. Se desembarazó de los zapatos, con movimientos rápidos y prácticos.

La seducción que había imbuido cada palabra y gesto había desaparecido. Simplemente estaba preparándose para el asunto. El vientre de ella aleteó con duda.

Él se quitó los vaqueros de un empujón, dio un paso para salir de ellos y los empujó lejos de una patada. No llevaba ropa interior. Se quedó de pie ante ella, con las piernas abiertas en una actitud agresiva, con la erección sobresaliendo delante de él.

En su sonrisa fina no había calor.

—¿Quieres mirar más de cerca? ¿Revisarme los dientes, medirme la polla? ¿Ver si cumplo los requisitos?

Ja. Como si necesitara hacerlo. Su sarcasmo merecía una respuesta cortante, pero no se le ocurría ninguna. Estaba demasiado ocupada mirando.

«No abras la boca. No le des esa satisfacción», le dijo una voz en su interior, pero era inútil. Se había quedado sin habla.

La tenía impresionante. Grande y ancha, sobresaliendo de la maraña de pelo color bronce de su ingle. Sus muslos eran duros y musculosos, ásperos de vello. Un espeso entrelazado de venas latía a lo largo de la base de su verga, el enorme glande estaba encendido en un rojo furioso. De la hendidura goteaba una gota brillante. Lo cubrió con el puño, frotándolo contra sí mismo con mano áspera. Nunca había estado con alguien tan grande. Ni aproximadamente.

—¿Entonces? ¿Cuál es el veredicto? —preguntó—. ¿Doy la talla?

—Ah, quieres callarte y hacer tu trabajo —dijo ella con voz temblorosa.

—Bien. No tenemos nada de qué hablar, así que vamos.

Avanzó hacia ella y Liv retrocedió instintivamente, sentándose abruptamente en la cama cuando tropezó con la parte de atrás de las rodillas.

Sean se cernió sobre ella. Su aroma era calor, sal y sudor, el oscuro almizcle de la virilidad, el toque especiado de un jabón o colonia. Ella soltó un leve gritito cuando él le agarró las manos y las enrolló en torno a su pene, desrizándolas ásperamente hacia arriba y abajo.

—Mira —dijo—. Conócelo.

Ah, guau. Era muy caliente y rígido, de piel muy suave. Latía bajo sus

manos frías y temblorosas. Sentía el latido del corazón de él en sus manos.

En sus manos se escurrió más líquido brillante y él se apretó contra su palma ahuecada.

—Estrújalo —dijo Sean—. Con fuerza.

—Yo... yo no soy muy...

—Mójate la mano con tu lubricante también. Frótala sobre mí hasta que esté resbaladizo. Quiero que esas manos blancas de princesa froten jugo real de chochito por toda mi polla. Mmmm. De lujo.

—¿Quieres dejar de hacer comentarios chistosos sobre la princesa? —Se tocó con las yemas de los dedos la humedad caliente y palpitante de la vulva.

—No. —Él se arrodilló y le separó los muslos—. Eso no va a servir. Hazlo así.

Ella ahogó un gemido cuando él metió dos dedos lenta y profundamente dentro de ella, y se retorció, quejándose, cuando los curvó formando un gancho delicado y apretó hacia arriba haciendo círculos en torno a un punto suave y palpitante dentro de ella que creció y se encendió cada vez más hasta que incluyó todo. Se resolvió en profundos y sollozantes chorros de placer, como una fuente dentro de ella.

Se dejó caer sobre el hombro caliente y mojado de él, jadeando. Sentía su pelo sedoso y fragante contra la cara. Aspiró bocanadas de su aroma.

—Ah —murmuró él—. Ha sido asombroso. Tan caliente. Has chorreado eyaculación de chica en mi mano. Dios, me encanta.

—Eeh... ¿Sí? —Levantó la cabeza, desconcertada.

Él sacó la mano goteante, sonriendo triunfantemente y se acarició con ella hasta que pareció que estaba engrasado.

—Jugo mágico. Me pone tan duro como para clavar clavos. Agárrame, Liv. Estrújame.

Arrastró las manos de ella arriba y abajo por su verga hasta que el ritmo suave y latiente ordeñó otra gota brillante de fluido de él. Su pene subía y bajaba ante su cara. La tomó por la nuca y empujó, muy suavemente, con una pregunta sin palabras en los ojos.

Ella soltó una risita nerviosa.

—No puedes esperar que yo... ¡Oh, no lo sueñes! Eso no me cabría en la boca.

—No me importa —dijo él—. Bésalo. Saboréame. Sella nuestro trato.

Le acarició el pelo de la nuca, los ojos fijos en los de ella. Liv podía sentir el poder de su voluntad, trabajando en ella como la fuerza enorme e

inexorable de un imán. Lo agarró más fuerte, de modo que la cabeza de su pene brilló, tirante, hinchada y caliente. Desesperadamente ansiosa de su toque.

Él se acercó obedientemente, con el aliento áspero y audible. Entonces Liv apretó los labios contra la punta de su pene y movió la lengua sobre la pequeña hendidura. Lamió las gotas de humedad. Él se estremeció, gimió. Sí. Era salado y bueno. Su cuerpo producía jugo mágico también.

Envalentonada, lo asaltó con la lengua. Sus manos se tensaron en su pelo cuando ella giró la lengua en torno al reborde de su glande, moviéndose rápidamente en la parte tierna bajo él, acariciando la piel delicada y tensa, saboreando el gusto metálico de su carne caliente e hinchada.

Él le agarró el pelo y le apartó la cabeza.

—Apártate —dijo él, sin aliento—. Tengo una tarea que hacer. Me la puedes chupar después, cuando esté agotado. Cabré mejor entonces, de todos modos.

—Pero yo estaré agotada también —se lamentó ella.

—Ése es tu problema, no el mío. —La tumbó de espalda—. Ahora, es tu turno de nuevo.

—¿Mi turno para qué? —Apoyó las manos en su pecho caliente y duro. Pudo sentir los frunces y los rebordes de una cicatriz bajo su mano.

—De tocarte tú. Quiero verte correrte de nuevo. Me encanta eso.

Ella se sintió desesperadamente expuesta cuando él le abrió las rodillas completamente y la miró fijamente.

—Muéstrame como lo haces —la instó.

Ella tragó saliva y se mordió los labios.

—Pero no lo hago así.

—¿No? ¿Entonces cómo lo haces, nena?

Se dio cuenta de que nunca le había dicho esto a nadie en su vida.

—Con las piernas cerradas, apretadas —admitió—. Apretando muy fuerte. No sé si puedo hacerlo de otr...

—¿Y si yo ayudo? —Le cogió la mano y la guió entre sus piernas—. Ponte la mano en el pubis y yo jugaré con tu clítoris al mismo tiempo. Te llevaremos a donde tienes que llegar.

Los dedos de ella resbalaron por la abertura sedosa y resbaladiza de su sexo y volvió a caer en la cama, mirando las sombras del techo. Él le abrió las piernas y le puso la boca.

Las piernas de ella se menearon, resbalando en el edredón de raso. El

pelo de él le hacía cosquillas en los muslos, en la ingle, la barba incipiente le raspaba la piel, el vórtice de sus labios se agarraba a su clítoris. Chupó, acarició, giró. Una sensación tan intensa que su cerebro no podía procesarla. Se partió en pedazos, explosiones deliciosas que se prolongaron, y él la contemplaba mientras ocurría, con los ojos calientes y complacido consigo mismo. Su mirada hacía que se sintiera muy vulnerable. El caliente estremecimiento empezó a sacudir su cara, su pecho.

Sean no parecía disgustado por sus gemidos. Al contrario, cuando abrió los ojos y apartó la neblina, lo encontró acaballado sobre ella, con el pene caliente y duro contra su vientre. Esperando.

—Lo siento —susurró ella—. Parece que no puedo parar.

—Está bien —dijo él—. Muchas chicas lloran cuando se corren.

Eso la enfureció. Trató de quitárselo de un empujón, pero él se inclinó hacia adelante, sujetándola a la cama.

—¿Qué demonios te pasa?

—¿Muchas chicas eh? ¿Has tenido tantas que puedes hacer tus análisis estadísticos propios?

—¿Por qué debería molestarte eso? Soy sólo un pedazo de carne conveniente para ti, ¿cierto? ¿Qué más da cuántas chicas he tenido?

Ella le empujó el duro pecho.

—Me fastidia que me metan en una categoría. Hay un grupo global, Chicas que Sean ha follado, y hay subgrupos, como el Grupo F-12b, Chicas que lloran cuando se corren. Sencillamente méteme, clasifícame con el resto de las masas rebosantes. ¡Quítate de encima de mí!

—Creí que querías mantener esto sin implicaciones emocionales.

—Supongo que soy muy mala para eso —dijo ella—. Sorpresa, sorpresa. Quítate de encima.

Sean se quitó rodando y ella se esforzó por sentarse y se puso la bata por encima.

—Tiempo muerto —dijo—. Esto no está funcionando. Me está haciendo sentir peor, no mejor. No puedo permitirme sentirme peor.

—¿No está funcionando? —Parecía incrédulo—. Te has corrido como una loca.

—Es más complicado que eso. —Saltó de la cama, se puso el cinturón de la bata—. Siento dejarte en la estacada, pero yo...

—Ah, no lo harás, nena. Olvídalo. No me voy a ir. —La hizo dar la vuelta y la levantó contra la pared—. No ahora.

Ella lo miró a los ojos. Las peonías del papel de la pared vibraban en su visión periférica como en un delirio febril. Su pulso latía fuertemente. Estaba aterrorizada, excitada, furiosa. Él abrió la bata de un tirón, cogió su seno entre las manos, con los dedos trazó círculos temblorosos en torno a la curva inferior. Se inclinó, tomó el pezón en la boca, con la lengua áspera y caliente por el deseo.

Le cogió la cara entre las manos, alisando y apartando su pelo mojado por el sudor.

—Nunca te haría daño. Sabes eso, ¿no?

Ella pensó en todas aquellas noches que pasó sollozando hasta el amanecer. Todos aquellos años de terapia inútil.

—No puedo creer que tengas el valor de decirme eso —siseó—. No tienes ni idea, ¿verdad? Idiota...

Él interrumpió sus palabras con un beso frenético, pero la agresión se derritió en una dulzura hambrienta y el beso se volvió salvaje, las lenguas buscaban, los miembros se entrelazaban. Querían castigarse mutuamente, devorarse.

Él retiró su boca.

—Demasiado tarde para dejarme plantado. Hemos pasado ese punto sin retorno, ¿te apetece otro orgasmo?

—¡No me aprietes, simio!

—¿O qué? ¿Llamarás a mami y a papi, o a Blair Madden el lameculos para que te salven? Me gustaría verte explicar por qué estás desnuda y roja como una cereza y resbaladiza de lubricación hasta las rodillas.

—Maldito seas, Sean...

—¿Qué tal si yo simplemente caigo aquí... —lo hizo, dándole besos mojados y hambrientos en los senos, en el vientre— de rodillas y lamo ese dulce jugo que acaba de salir del clítoris real?

Liv forcejeó, pero él sostuvo sus caderas y apretó la cara contra su monte de Venus, su larga lengua buscaba retorciéndose el camino hacia la división de su sexo, aleteando hábilmente.

—Detente —suplicó ella—. No puedo con más.

Él apartó la cara.

—Y cuando hayas tenido suficientes orgasmos, ya estarás en la posición perfecta para darme una patada en el culo.

Ella se soltó con fuerza y perdió el equilibrio con su propio impulso frenético. Sean se lanzó a sujetarla para que no cayera. Se balancearon contra

el tocador y engancharon el cable de la lámpara, que cayó al suelo con estrépito. Aterrizaron en la suave alfombra rosa de nudo.

Ella quedó inmovilizada bajo su peso grande y caliente. Sean estaba duro como el acero, pesado y enorme, vibrando de emoción.

—Ah, mierda. ¿Estás bien? —preguntó sin aliento—. ¿Te has hecho daño?

Ella le empujó el pecho.

—Pesas una tonelada y me estás aplastando, y eres rudo y un gilipollas; aparte de eso, estoy bien.

Él se apartó un poco, sin dejar de mantenerla atrapada bajo su cuerpo, y agarró una almohada que había caído de la cama en la lucha. La metió bajo la cabeza de ella, sacó su pelo y lo extendió sobre la almohada. Besó su cara, su frente, sus mejillas, su garganta.

—Nunca he querido hacerte daño —susurró—. De verdad, Nunca.

«¿Entonces por qué lo hiciste?». La pregunta resonó entre ellos.

Buscó a tientas los vaqueros y sacó un condón del bolsillo. Lo abrió con los dientes y se lo puso con descuidada habilidad.

Ella se sentía como una virgen para el sacrificio, extendida sobre un altar envuelto en seda. Ofrecida a un semidiós sensual y despiadado.

No podía respirar de lo que temblaba. Sean se apretó contra ella y Liv ahogó un grito ante el impulso eléctrico de su contacto. Él se movió en espiral, acariciando sus pliegues, mientras la joven se retorció, mordiéndose los labios para silenciar los sollozos anhelantes que salían de su garganta.

Él presionó más profundamente, mirándola fijamente a los ojos mientras empujaba con fuerza. Oh, guau. Caramba. Era enorme dentro de ella. Sus uñas se clavaron profundamente en sus brazos.

Toc, toc, toc.

—¿Livvy? ¿Cariño? —Era la voz aguda de su madre—. Hemos oído ruidos. ¿Todo anda bien?

Toe, toe, toe.

—¿Livvy?

Sean se quedó inmóvil. Su cuerpo empezó a temblar por la risa.

Apretó la cara contra la garganta de ella.

—Sí, Livvy. —Su leve susurro provocador le hizo cosquillas en la oreja—. ¿Estás bien?

Ella se sacudió con risa. Era el supremo momento sin retorno. Y tenía que controlarse o la oportunidad se le escaparía de las manos. De la peor manera

posible.

—¿Livvy?

Toc, toc.

El tono de la voz de su madre se hizo más agudo.

Trató de coordinar sus temblorosas cuerdas vocales.

—Ah, no, madre, estoy bien —dijo en voz alta—. Lo siento, no te había oído. Estaba moviendo la maleta y tropecé con una lámpara. Siento haberte asustado. Hasta mañana.

—Me ha parecido oír que hablabas con alguien —dijo su madre recelosamente.

—Sí. Estaba, eeh, hablando con Alison por el móvil.

—Ah. ¿Puedo entrar? Quiero hablar.

Las uñas de Liv se clavaron en los hombros de Sean.

—Eeh... no estoy presentable, madre. Estaba apunto de meterme en la ducha. ¿Puede esperar?

Su madre produjo un sonido irritado.

—Supongo que sí. Pon el reloj a las cinco. Mañana vamos a entrevistar guardaespaldas. Que duermas bien.

—Bueno —dijo ella—. Tú también.

Sus pasos se alejaron. Liv tenía los ojos cerrados y los dientes apretados. Sean tocó la punta de sus labios con su lengua y ella abrió la boca.

—Gracias a Dios —susurró él—. Tu parloteo me estaba volviendo loco.

Ella abrió los ojos.

—¡No estaba parloteando!

—¿No? —La voz de Sean era un susurro—. Primero te follo con el dedo, luego me lames la polla como un chupa-chups, después sollozas en mis brazos, después te chupo el clítoris, después me dices que me vaya a la mierda. Menos mal que estamos en el suelo con la polla dentro de ti. Me estaba mareando.

Ella tragó una bocanada áspera cuando él penetró más.

—No puedo creer que hables así en un momento como este. Ah. Por Dios.

—¿Te hago daño? —Se quedó quieto, con el cuerpo vibrando.

—Claro —murmuró ella—. Eres enorme. Muy típico. Como todo lo demás esto tenía que ser ridículo también.

Él pecho de él se agitó con una carcajada silenciosa.

—No creo que nadie haya llamado ridícula a mi polla antes. Pero no le importa. No, siempre que esté finalmente estrujándose en esa apretada y

jugosa flor rosa que es tu vagina después de años de soñar con ello. ¿Puedo darte más?

Ella asintió con la cabeza. Sean se deslizaba más fácilmente ahora, lubricado por la impaciencia culebreante del cuerpo de su amada.

—Abre los ojos —dijo.

Liv lo hizo. La lámpara de seda rosa que estaba en el suelo arrojaba una mancha rosada de luz. Sean agarró una almohada de la cama y la puso bajo la cabeza de Liv.

Ella miró hacia abajo, hipnotizada. Su grueso falo brillante desapareció lentamente dentro de su cuerpo. Se arqueó sobre ella, su vello púbico empapado por el sexo frotaba contra la mata más oscura que había entre sus muslos abiertos. Estaba alojado muy profundamente, balanceándose, retorciéndose. Sus ojos centelleaban.

Ella cerró los suyos para evitar su intensidad perforadora.

Él le tomó la cabeza entre sus manos, que se apretaron en su pelo.

—Quiero que veas mi polla entrando en ti. Quiero que recuerdes cada detalle.

Ella tiró de su mano, palmeó su pecho.

—Suéltame el pelo. No me gusta la actuación de hombre de las cavernas. Para ya.

—Ah, sí —murmuró él—. Ríñeme mientras te follo. Ponme en mi lugar. Me encanta. Nunca tengo bastante.

Ella enrolló los dedos en el vello de su pecho y tiró de él.

Sean tragó una bocanada de aire. Sujetó sus manos contra la almohada a cada lado de la cabeza de Liv.

—Maldición, princesa. Eso ha sido juego sucio.

Ella lo miró fijamente a los ojos.

—Tú empezaste —dijo—. Te lo merecías. Provocarme a propósito. Abusador arrogante.

Se miraron uno al otro, jadeando. Temerosos de la energía salvaje, del impulso del deseo. Cada uno retando al otro. Incapaces de retroceder.

Sean le soltó las manos y la levantó bajo él, golpeando dentro de su cuerpo. Sus senos se sacudían con cada embestida desacompañada. Ella se tensaba, arqueándose, sacudiéndose para recibir cada arremetida frenética. Era asombroso. Dolía y no le importaba. Lo incitaba, exigía más, con dientes y uñas, y gritos ahogados.

Se movían sin control. Tan pronto estaban de lado, como tumbados, ella

encima, y al momento, de nuevo era él quien estaba sobre ella. La posición no importaba. Nada podía romper ese ritmo salvaje o hacer más lentos los duros golpes de la carne contra la carne. La alfombra rosa se movía por el suelo bajo sus cuerpos. Se apretaban el uno al otro. Una oleada de placer provocó, invitó... y golpeó.

Ella giró, disparada a través de la oscuridad centelleante. Se asentó lentamente, consciente sólo del deleite brillante que ondulaba interminablemente, extendiéndose desde el centro de su alma.

Capítulo 9

SANTO CIELO.

Desde el epicentro de su ingle se sacudieron terremotos. Se corrió una y otra vez. Una explosión desgarradora, interminable.

Un instinto de conservación lo había impulsado a apretar la mano contra la boca de ella. Y menos mal que lo hizo. Era una gritona.

Todavía estaba quejándose y gimiendo, retorciéndose deliciosamente. Todo en ella era muy suave, muy jugoso, muy fuerte.

Ese orgasmo había detonado desde algún lugar tan profundo que lo hizo volar en pedazos. Debería estar en un estado de bienaventuranza. Relajado, atontado, flotando.

Pero no era así. Se sentía fatal. Ahora estaba pensando y no era bonito. Prefería estar perdido en la huidiza magia latiente del follar despreocupado. Sin pensar en nada, puro instinto.

Mala suerte. Los pensamientos llegaban como golpes de martillo. Liv no quería que él se arrojara a sus pies y se ofreciera a servirla por toda la eternidad. No quería confesiones, ni justificaciones, ni excusas. Quería un semental bien dotado que la lamiera hasta que estuviera jugosa y caliente y que se la pusiera bien adentro y dura. Su situación soñada. Sexo al rojo vivo, libre de culpa y sin ataduras. La fantasía secreta de todos los hombres, lo admitieran o no.

¿Entonces por qué se sentía tan mal?

Apretó la cara contra el pelo fresco y fragante de ella, todavía deliciosamente húmedo. No se atrevía a mirarla a la cara.

Se sentía avergonzado. Nunca había sido así de rudo con nadie, ni siquiera cuando le pedían que lo fuera. Era como si su cuerpo hubiera estado poseído.

Respiró profundamente y levantó la cabeza. Los ojos de ella se abrieron aleteando, los párpados pesados. De un gris insondable, ribeteados de índigo, iluminados con manchas irregulares doradas. Pestañas negras rizadas. Pero no lo miraba a él.

Estaba a kilómetros de distancia. A años luz. Eso le dolió.

Se obligó a retirar su peso de ella, empujando hacia arriba sus miembros temblorosos para quedar de rodillas.

—¿Quién habría pensado que eras una gritona? —Tomó un mechón de su cabello mojado. Brilló entre sus dedos, fresco y resbaladizo como raso oscuro como la noche.

Ella se lamió los labios rojos hasta que brillaron y clavó pequeñas garras afiladas en sus brazos, frotando el suave cojín de su monte de Venus contra el hueso púbico de él. Él se puso en ángulo para ayudarla, instintivamente.

—No me he dado cuenta, ni siquiera he oído mi propia voz... —susurró temblorosa.

—Espero que los demás tampoco lo hayan oído —dijo él.

Liv echó una ojeada al grueso y amplio tallo que se deslizaba lentamente fuera de su cuerpo.

—Pero todavía no te has corrido.

—Claro que sí —dijo él—. Me corrí contigo. ¿No lo sentiste?

—Creía que sí —dijo ella—. Pero todavía estás...

—Duro —asintió él—. Mucho. Sí, tú me inspiras, hermosa.

Ella enrolló las piernas en torno a él. Sean tragó una profunda bocanada y luchó por controlarse.

—Si quieres que te folle de nuevo, necesito otro condón. Éste no se quedará en su sitio. Debo haber echado un litro de eyaculación en él.

Ella se estremeció con risa sobresaltada.

—Oh Dios. Por favor, no uses eufemismos, Sean. Dilo exactamente como es, de todos modos.

—Lo haré.

Se deslizó fuera de ella, sujetando el condón para que el agarre apretado del cuerpo de Liv no lo descolocara. La escena que tenía ate sus ojos parecía sacada de sus más increíbles fantasías eróticas. Ella tumbada en el suelo, con sus suaves muslos blancos extendidos. Su rosa vagina contrastando contra su oscuro vello púbico, los labios brillantes e hinchados, rojos como una flor exótica. Lo estaba enloqueciendo.

—¿Qué dices? ¿Nos dedicamos a ello de nuevo? ¿Quieres más? —preguntó él.

Ella se puso de medio lado, cerrando los muslos y cruzando los brazos alrededor de las rodillas.

—Creo que más de esto podría matarme.

—Quizá —asintió él—. Pero, maldición, qué muerte tan dulce.

Ella cerró los ojos sacudiéndose con suaves risitas.

Sean miró fijamente su cuerpo, hipnotizado por cada uno de sus ángulos.

Quería dibujarla, tocarla, moldearla. Abrazarla. Le encantaba esa sombreada hendidura entre los senos. Ese olor caliente y rico a mujer. El sabor dulce, la textura resbaladiza. La asombrosa suavidad de su carne femenina. Su pene latió impaciente.

No debía perder la cabeza, se recordó. Se quitó el condón.

—¿Tienes algún sitio para tirar esto?

Liv se puso la bata y se arrastró sobre las rodillas hacia la maleta, revolvió hasta que encontró una bolsa de farmacia de plástico.

Se la ofreció. Él lo echó en la bolsa con un gesto de gracias, anudó la bolsa y la tiró en la papelera que ella le alcanzó. Tan educada. Por favor. Muchas gracias. Podían estar en una barbacoa. Podía estar ofreciéndole un lugar donde depositar su plato de papel.

Como si no hubieran estado retorciéndose y agitándose en el suelo, follando desesperadamente sólo unos minutos antes.

Ella miró el cuerpo de él y estiró tímidamente un dedo para dibujar con la yema una de sus cicatrices.

—¿Dónde te hiciste eso?

Sean se sintió perversamente irritado por la pregunta.

—Ah, eso fue un malentendido desafortunado con un traficante de armas en Somalia.

Liv parpadeó.

—Dios mío. Me estás tomando el pelo, ¿verdad?

—¿Por qué habría de tomarte el pelo? No me inventaría historias desagradables y horribles como esta. Ojalá no hubiera ocurrido. Dolió como un demonio. Afectó algunos órganos internos también. Realmente asqueroso. Tardó una eternidad en sanar bien.

—Dios, Sean. ¿Qué demonios has estado haciendo?

Algo se disparó en su mente mientras la miraba. Se imaginó abrazado a ella, cotorreando durante horas. Contando historias sobre sus locas aventuras. Quince años era un montón de tiempo para ponerse al día.

Pero la curiosidad de Liv no significaba más de lo que significaba cuando procedía de las conejitas tontas promedio con las que follaba. ¿Dónde te hiciste esas cicatrices? Las chicas siempre preguntaban eso, el significado subyacente claramente era: «Oh, excítame con historias violentas sobre el animal tan peligroso que eres antes de follarme otra vez».

No tenía el estómago para eso.

—Las cicatrices no importan, ¿de acuerdo?

Ella se retrajo ante su tono.

—Perdóname por ser curiosa —dijo fríamente—. No tenía la intención de entrometerme.

—No estoy ofendido. Sólo que las heridas de bala son lo menos erótico que he visto en mi vida. Prefiero pensar en otras cosas cuando estoy excitado, como ahora.

Ella bajó los ojos y contempló su erección. Excitado, Sean la tumbó boca abajo contra la cama antigua de baldaquín, llena de almohadas rosas y blancas con encaje.

—Podría hacerlo toda la noche, Liv. No hablo en lenguaje figurado —dijo—. Dime lo que quieres y te lo daré. Pero dímelo rápido.

Ella sacudió la cabeza, su pelo produjo un suave siseo contra el raso.

—Esto es una locura —susurró—. No sé nada. Vuelo a ciegas. No te conozco.

—Me conocerás —le prometió con aspereza—. Me conocerás.

Se puso de rodillas junto a la cama y tiró de sus caderas de forma que quedó inclinada en un ángulo de noventa grados. Él levantó la seda de su bata, desnudándole el trasero.

Ella emitió un pequeño chillido de protesta, manoteando para librarse de sus manos, pero él la sujetó con fuerza.

—No, no. Shhh —canturreó—. Déjame. Ya lo he lamido, ya lo he chupado, ya lo he follado. ¿No puedo simplemente mirarlo?

Ella se rió nerviosamente.

—No te vas a conformar sólo con mirar.

—¿Y por qué debería? Tú no quieres que lo haga.

Le agarró las caderas, tan redondas, calientes y aterciopeladas, suaves como pétalos de flores y oliendo a mujer caliente.

—Dios, eres perfecta —murmuró con voz densa.

—Ah, déjame en paz. Mi gran trasero está muy lejos de ser perfecto.

Él parpadeó, desconcertado. Tenía que saber lo excelente que era su culo. Seguramente se había dado cuenta de que los tipos se enredaban en su propia lengua y se caían cuando ella pasaba a su lado.

—Este es el culo más estupendo que he visto nunca —dijo—. Piel suave y blanca, curvas asombrosas, y esos hoyuelos preciosos. —Pasó el dedo por la tierna hendidura—. Y tu vagina es de primera clase.

—Supongo que lo sabes bien —dijo ella ácidamente.

Él ignoró cuidadosamente ese comentario, ya que era una línea de

pensamiento que no los llevaría a nada bueno. Distracción, desvío. Metió dos dedos entre sus labios y los empujó lentamente dentro de ella.

Ella gimió. Él también. Muy sensual, ardiente, resbaladiza y entregada, pero también ajustada. Todo tapicería acolchonada allí dentro, cojines de raso de lujo que producían una fricción apretada. Su pene latió con impaciencia por zambullirse. Los músculos de su vagina se apretaron impotentes en torno a él y agarró la colcha enterrando la cara en los cojines.

—Sí que te conozco, Liv —dijo él—. Sé mucho de ti. Cosas secretas. Cosas sensuales. Cosas que probablemente ni tú sabías.

—Ah, no te adules a ti mismo —dijo ella sin aliento—. Oh... oh.

—Eso es lo extraño del sexo —dijo Sean reflexivamente, haciendo círculos en torno a su clítoris con el pulgar—. Aprendes cosas que son tan íntimas, tan profundamente enterradas, que ni siquiera tienen nombre. Pero el sexo caliente como éste, las desnuda todas. ¿Quieres que le dé nombre a todos tus secretos innombrables?

—Les daría nombre a los tuyos también —dijo ella con voz temblorosa por la excitación—. Es de doble filo.

La verdad de sus palabras dejó su mente en blanco por un momento. Puso en orden sus pensamientos y siguió presionando.

—Esta escena, por ejemplo. Te excita que haya entrado aquí a hurtadillas y te la haya metido en el suelo mientras tu familia toma el té abajo con los meñiques estirados.

Ella produjo un gruñido.

—Me estás haciendo enfadar, Sean.

—Sí, lo sé. Mientras tanto te estás corriendo en mi mano. —Arrastró los dientes por su espalda—. Te encanta cuando te digo cochinas. Vamos a buscar un hotel que alquile por horas. Con gente dándole a las paredes y gritando obscenidades mientras nosotros le damos tan fuerte que el edificio tiemble. Eso haría que te corrieras, ¿verdad? ¿Te divertirías rebajándote con basura como yo?

Le dio un codazo, lo suficientemente fuerte como para que él ahogara un grito de dolor.

—¡Apártate de mí!

—No. Soy un chico desobediente. Esta estrambótica cama con dosel me hace querer extenderte y atarte a las columnas. Pero esta noche no. Eres demasiado ruidosa. Se nos caería encima el techo.

—Eso no me gusta. —Su voz temblaba—. No me gustan los juegos con

ataduras. Esa estúpida manía me parece repelente, así que olvídale, ¿de acuerdo?

—Sí, eso podría explicar por qué he sentido cómo te estremecías de deseo cuando he hablado de hacerlo. —Le lamió la espalda—. No te molestes en mentirme cuando te estoy follando, princesa.

—Lo digo en serio, Sean. —Se retorció y lo miró enfurecida—. No lo hagas.

—No te preocupes. Si es demasiado te calmaré con la lengua. Lameré esos jugosos labios rosa durante horas, hasta que estés retorciéndote y jadeando. Exhausta de correrte. Me enloquezco con el jugo de chica. Soy adicto a él. Lo lameré hasta que me echas a patadas y me hagas parar.

Mantuvo la mano dentro de ella mientras buscaba a tientas sus vaqueros, acariciando todos esos dulces puntos que la hacían estremecerse y olvidarse de pelear. Abrió el paquete del condón con los dientes. Se lo puso.

—Quiero algo de ti —dijo.

Ella se puso rígida y volvió la cabeza.

—¿Qué?

Sean se rió ante su tono receloso.

—Nada excesivamente pervertido. Dijiste que te corres apretando las piernas. La idea me calienta realmente. Quiero que lo hagas para mí. Quiero sentirlo.

—¿Sentirlo? —Se dio la vuelta y frunció el ceño, perpleja—. ¿Cómo?

Él contestó metiendo la roma cabeza de su pene en su resbaladiza abertura, empujando hasta que logró romper su apretada resistencia.

—Así —susurró él—. Desde dentro. Simplemente estruja.

—Oh, ah... —Su voz se extinguió, temblando, y sus manos se agarraron fuertemente a la colcha—. Dios mío.

—Estás muy apretada. Tienes que abrir las piernas para dejarme entrar. Después puedes volver a cerrarlas. Aprieta tan duro como puedas. Déjame sentirlo.

Liv vacilaba, pero lentamente sus muslos se relajaron. Él casi eyaculó allí mismo, tan excitante fue. Ese ángulo, esa vista, esas nalgas redondas como melocotones. Se lo tomó con calma, pero ella pronto estuvo empujando hacia atrás contra él, tomando aire en cada zambullida sensual. Todo lo que él tenía que hacer era agarrarse y depender de su autocontrol hasta que estuviera profundamente dentro, abrazado y estrujado con cada latido del corazón de ella.

Le cerró las piernas de nuevo, flanqueando con sus muslos los de ella.

—Hazlo —susurró—. Voy a relajarme y disfrutar.

Era una tortura quedarse pasivo como una estatua, apretado en ese poderoso agarre femenino. Tan erótico, colarse en su cámara secreta y sentir cómo se tocaba cuando estaba sola, apretando y soltando, esos pequeños y fuertes músculos latiendo en torno a él. Se sacudió y tembló cuando llegó al momento, tensándose desesperadamente. Su pene pudo sentir el rápido trémolo de sus dedos, frotándose el clítoris. Lo estrujaba con cada pulsación de sus fuertes muslos. Su cuerpo se sacudía por la excitación.

Casi lo arrastró con ella cuando llegó al clímax, con gritos jadeantes silenciados contra la colcha arrugada. Tenía los muslos cerrados todavía, pero él podía deslizarse y empujar más fácilmente dentro de ella ahora, lubricado por otro chorro caliente de eyaculación mágica, resbaladiza y dulce de chica.

Se inclinó sobre ella, saboreando cada jadeo, cada estremecimiento y temblor de su cuerpo. Finalmente el orgasmo se hizo más débil y se quedó jadeando y sin palabras, con la cara roja como una cereza, con los labios abiertos medio escondidos por el pelo.

Se había secado formando grandes mechones ondulados. Él lo retiró de su cara y ella protestó en silencio y escondió la cara empapada contra la colcha.

Sean le tomó la barbilla en las manos y le hizo dar la vuelta.

—No te escondas de mí. —Sonó como una de esas órdenes de hombre de las cavernas que la molestaban, pero estaba demasiado floja para protestar. Él se arropó sobre ella, empujando la bata hacia arriba para poder lamer el sudor de su graciosa espalda. Abajo parloteaba un televisor. Sonido neutro, para ocultar los sonidos del sexo. Si tenían suerte.

Ella se movió ligeramente, como tratando de hacer entrar más aire en los pulmones y se aclaró la garganta.

—Tú todavía no te has corrido.

—No. Podría haberlo hecho, pero tenía la esperanza de otro ataque.

Ella pestañeó.

—Dios, Sean. Eres insaciable.

—¿Tendrás piedad de mí? —preguntó—. ¿O vas a mandarme a casa con las pelotas azules como castigo por mi insolencia?

—Deja los comentarios sarcásticos. Estoy tentada de hacerlo. Un comentario sarcástico más y... oh... Dios mío...

Sacó el pene lentamente, después se inclinó y pasó la lengua con avidez

arriba y abajo por su hendidura caliente y jugosa. Qué rico.

Ella sofocó un grito y se puso rígida.

—¿Qué estás...? ¡Por Dios, Sean para!

—No me castigues —suplicó—. Cruel princesa. Haré lo que quieras. Pero no me dejes aguantando. Divina majestad, imploro...

—¡Cállate! —Se meneó apartándose.

Él le dirigió una amplia sonrisa. Los ojos de ella brillaban, y pudo darse cuenta de que estaba tratando de no reírse. Era siempre una buena señal.

—¿Entonces? —preguntó suavemente.

—¿Cómo quieres hacerlo? —le dijo, vencida.

—Tú decides. Por detrás, contra la pared. Cabálgame como un toro bravo en un rodeo. Cualquiera cosa. Elección de la dama.

—Tengo las rodillas demasiado tambaleantes para hacer nada acrobático —dijo ella tímidamente.

Él le ofreció una mano.

—Entonces acuéstate de espaldas en la cama —sugirió él.

Lo dejó tirar de ella hasta ponerla de pie.

—¿No es demasiado aburrido?

Él se rió ante el tono preocupado de su voz.

—Nunca he estado más lejos de estar aburrido en mi vida —le dijo, con total sinceridad.

Liv se sentó en la cama, parecía dudosa.

—Siéntate en el borde —le dijo él—. Quiero estar de pie para esto.

Ella asintió con la cabeza, acercándose, y él la tumbó contra el montón de almohadas. Liv vaciló por un momento. Luego cerró los ojos, mordiéndose el suave y rojo labio inferior.

Ambos suspiraron cuando Liv le abrió graciosamente las piernas.

La cosa empezó lenta. Silenciosa y cargada de significado, como una ceremonia.

Ella estaba muy hermosa, curvilínea y con los ojos llenos de estrellas. Resplandeciendo como una perla rosa de los mares del Sur contra las almohadas llenas de encajes. Él le abrió más las rodillas mirando fijamente a sus tirabuzones oscuros, a los colores vibrantes de su sensual carne secreta.

—Abre los labios de la vagina. —Su voz era áspera, su boca estaba seca por la excitación.

Ella se tocó y separó los labios. A través del cuerpo de él vibró un sonido incontrolable mientras apretaba la punta del pene contra sus pliegues

resbaladizos, empujando suavemente hacia adentro.

—¿Estás dolorida? —preguntó, aunque pensó que moriría si Liv cambiaba de idea—. ¿Tengo que ir despacio?

—Eeh... sí y no —dijo ella.

Se quedó desconcertado.

—¿Eh? ¿Qué coño se supone que significa eso?

—Quiero decir que sí, estoy dolorida —siseó ella—. Y no, no lo hagas despacio.

Sean le tomó la palabra y la penetró con una arremetida profunda, pesada.

Ah, sí. Liv recibió todo su miembro, lo cual no pasaba casi nunca, y la sensación fue muy buena. En toda su longitud, abrazado y acariciado por ese estuche apretado y lujoso, lamido, estrujado y amado.

Lo agarró por la cintura y lo empujó más adentro, y nuevamente Sean se lanzó, como un animal en celo. Sin preocuparse por el placer de su amante, sin calibrar el golpe para llegar a sus puntos calientes. Sólo un zambullirse y resbalar salvaje y frenético.

Golpeaba dentro de ella. La cama traqueteaba y se agitaba. Las suaves tetas de Liv se sacudían con cada violenta embestida. Su refinada técnica sexual se había reducido a vapor. Era puro instinto, sexualidad al desnudo.

Un puño le apretaba la garganta, le aferraba el corazón, pero estaba creciendo, demasiado grande para contenerlo. Todo estaba estallando, volando en pedazos. Vio la cara de Kev mientras flotaba. Sonriendo, como si algo fuera divertido.

Pero maldita si lo era.

Los brazos de Liv estaban enlazando su espalda. Manos suaves palmeándole.

La princesa, tranquilizando a su potente esclavo de amor después de haberla servido.

Unas palmaditas aprobadoras en los hombros sudorosos y agitados. Excelente polvo. Buen chico. Vuelve al establo. Ta ta. Pórtate bien.

Se sintió ofendido, reducido a un mero instrumento, sólo picadillo a los pies de su diosa.

Obligó a su garganta a dejar de temblar. La sacó y se alejó sin mirarla. Pudo oírle haciendo ruido por la habitación mientras sacaba la bolsa de la basura y la abría para tirar el condón.

—¿Sean? ¿Estás, eeh, bien? —Su voz era un susurro.

Él se encogió de hombros.

—Estoy perfectamente —dijo con voz densa—. Eres un polvo fabuloso, princesa. —Escapó al baño y se echó agua a los ojos calientes y fijos hasta que las lágrimas inoportunas, embarazosas, disminuyeron.

Se preparó antes de entrar en el dormitorio. Se puso los vaqueros, cuidando de no mirarla. Se abrochó la navaja, la pistola. Se puso los zapatos, la camisa, sin una palabra ni una mirada. Ella estaba de pie en silencio, envuelta en su bata.

—¿Sean? —su voz se había vuelto aún más inaudible.

Él la ignoró mientras cogía su móvil de encima del tocador.

—¿Qué estás haciendo con eso? —preguntó ella.

—Programando mi número en él —dijo él—. Si te da el capricho, mándame un texto con una hora y un lugar. Allí estaré. Preparado.

—¿Por qué estás tan frío? —susurró ella.

La miró, frunciendo el ceño.

—¿Qué? ¿No ha sido bastante caliente el sexo?

—No es eso lo que yo... ah. Ya entiendo. Otra vez te estás metamorfoseando. Ahora eres el Sean cruel, horrible, ¿verdad?

Se encogió de hombros.

—Da igual el que yo sea, mi polla estará siempre dura para ti. Busca en la Ch de chico juguete en la función de agenda. —Tiró el móvil sobre el tocador y abrió la puerta de un tirón. A la derecha estaba la escalera hacia el tercer piso, la escalera de servicio, la ventana, el árbol. Su ruta de entrada secreta.

La izquierda llevaba a la gran escalera que bajaba al vestíbulo principal.

Giró a la izquierda. Liv se precipitó tras él.

—¡Oye! ¿Qué estás haciendo? —siseó—. ¿Te has vuelto loco?

—¿Por qué no? Si me mataran ahora moriría feliz. Y arrastrarse con el vientre no es digno. Que tengas buena noche, hermosa.

Como a propósito, Amelia Endicott estaba al pie de las escaleras, susurrando con Blair Madden. Puag.

Sean sintió que la lengua se le pegaba al paladar. De repente reconsideró la prudencia de su impulso de salir por la puerta principal.

Arrastrarse le parecía una idea mejor en esos momentos.

La madre de Liv dio la vuelta al oír sus pisadas deliberadamente ruidosas y soltó un grito agudo. Su mano voló a cubrir su delgada boca roja.

Blair saltó a ponerse delante de ella, hinchando el pecho como un sapo.

—¿Cómo has entrado? ¿Qué le has hecho a Liv?

—Nada —dijo Liv suavemente detrás de él—. Estoy bien.

La princesa se había apiadado de él. Se permitió una última mirada por encima del hombro. Todavía llevaba su bata transparente y sexy, estaba sonrojada y mojada... y preciosa. Como una mujer que hubiera acabado de tener sexo fabuloso.

A Sean no le gustó que Blair la viera así.

—Estaba probando su seguridad —dijo—. No necesito decir que es inadecuada. —Escarbó en su bolsillo y sacó un trozo de papel—. Aquí hay una lista de las mejores empresas de seguridad de la zona. Con los números privados de móvil incluidos. Pueden llamarlos ahora mismo. Digan que van de mi parte.

—Gracias por el consejo no pedido. —Blair abrió la puerta de un tirón.

Sean lo miró fijamente mientras bajaba tranquilamente las escaleras. Madden retrocedió un poco, en su cara se retorció un músculo.

—La policía está ahí fuera, McCloud.

Sean dio la vuelta al oír la voz brusca y áspera. Bart Endicott estaba de pie en la puerta, con su cara gruesa roja por la indignación.

Nunca dejaba de asombrarlo. Cómo se las habían arreglado esa perra remilgada y ese fanfarrón pomposo para producir entre los dos a la princesa sería siempre uno de los grandes misterios no resueltos de la genética.

—Sí, ya lo sé —dijo—. Los vi cuando entré. Pero ahora me voy. Buenas noches a todos.

—No se vaya. Vamos a denunciarlo por allanamiento, llamaré a la policía...

La voz de Amelia Endicott destilaba ácido.

—No, madre. —La voz de Liv era suave pero resuelta—. No ha habido ningún allanamiento. Yo lo invité a entrar. Puedes despedir a la policía.

Todos volvieron sus ojos horrorizados hacia Liv. Sean no la envidiaba en ese momento. Se cruzó de brazos y les devolvió la mirada.

Guau. No podía creerlo. Él no merecía ese tipo de apoyo después de su numerito de gilipollas perdido. Esa mujer era pura clase.

—No es nada apropiado para una mujer comprometida, querida —dijo Amelia en voz alta—. ¿Me imagino que le habrás dado a Sean la feliz noticia?

Sean la miró. De pronto sintió frío.

Ella parpadeó.

—Pero yo... yo no...

—Vamos cariño —dijo Blair—. No podemos mantenerlo en secreto para siempre.

—Estamos pensando en poner la fecha para principios de otoño —dijo Amelia—. Por supuesto, este horrible asunto podría hacernos reconsiderar la fecha. Qué vergüenza.

Tardó más de un minuto en reaccionar.

—Aaah sí. —Miró a los grandes y sobresaltados ojos de Liv—. Me asombra que no hayas compartido algo tan importante antes durante nuestra... eeh... conversación.

—Pero yo no...

—Liv es una joven muy discreta —interrumpió Amelia—. Pero gracias a Dios tenemos algo de lo que alegrarnos en estos días difíciles.

—Sí —murmuró él—. Bueno, estupendo. Entonces que sean felices. Cuida tu espalda, princesa.

Salió. Caminando tambaleante por el sendero hacia la puerta de la verja. Tuvo que detenerse y explicar su presencia a los polis que estaban aparcados fuera, lo cual fue un reto, puesto que no podía concentrarse para decir algo coherente. Lo único en lo que podía pensar era en Liv.

Comprometida. Santo cielo.

Madden finalmente salió, despidió a los policías y le hizo señas de que saliera. Sapo engreído. La gran reja forjada de hierro se abrió para él. Tomó el camino de la carretera hacia su camioneta, mareado. Había hecho todo lo que Davy le había dicho que no hiciera. Entrar sin permiso, poner material de espionaje, sexo loco. Los Endicott podían clavarle el trasero a la pared si encontraban los rastreadores. En la billetera, en la maleta, en el bolso, incluso había abierto las suelas de las sandalias de Liv. Los zumbidos podían rastrearse hasta SafeGuard, así que había involucrado a Seth y a Davy también. Y para nada, pues los aparatos no tenían mucha energía, al no contar con un generador de alimentación externo. Había arriesgado su libertad y la reputación profesional de su hermano por una oportunidad de mantener rastreada a Liv durante el día siguiente más o menos.

«Y por el sexo más salvaje y explosivo que he tenido nunca».

Tropezó en la oscuridad. Pasó las manos sobre las marcas de sus hombros y su trasero que le estaban escociendo. Marcas que significaban «follame más fuerte, Gata salvaje».

Las llevaría como un estandarte. Lo sentiría cuando curaran.

Mañana, llevarían a Liv a algún lugar donde ni él ni T-Rex podrían

encontrarla nunca, y el mundo se desinflaría.

A menos que ella llamara al número que había programado en su móvil.

Se detuvo de repente en la oscura carretera, los enormes pinos y abetos crujían con el viento frío. Pensó en ello.

Follar a la prometida de Blair Madden. Eso era lo que acababa de hacer. Se obligó a asimilarlo. Imaginó a Liv yendo a casa después de borrar con una ducha la evidencia. Pensando en su amante secreto mientras cumplía su deber conyugal en la cama. Su estómago se sacudió. Nunca sobreviviría a eso.

Tenía que estar acostándose con el tipo ya si estaban comprometidos. Su imaginación le presentó inmediatamente imágenes completas en tercera dimensión de esa mierda sin valor, Blair, atacándola. Y a Liv permitiéndolo. Gustándole.

Mala idea. Se inclinó sobre la cuneta y devolvió jugos gástricos, con los puños apretados, los ojos llorosos. Ah, esto era horrible. Él era un tipo flexible, pero este nivel de gimnasia emocional no estaba en su repertorio.

Hipócrita. Como si tuviera derecho a sentirse molesto porque Liv jodiera con quien le pareciera bien. Él había usado seis o siete condones con el dúo de conejitas del Hueco.

Aunque para a ser completamente justo y exacto, no estaba comprometido en matrimonio con nadie cuando se follaba a las conejitas.

Le produjo un triste dolor en el pecho pensar que él nunca había dado a ninguna mujer lo que Liv le había dado esa noche. No estaba orgulloso de ello.

Una de sus antiguas novias, Sandra, estudiante graduada en la universidad de W, le había explicado la dinámica de su patología y le había dado el número de un buen terapeuta y una lista de grupos de apoyo y programas de la localidad para adictos al sexo. La recordaba. Era una rubia con gafas, gordita, buenas tetas... y lo había tomado por loco.

Se lo merecía. Incluso llegó a pensar que la gordita tenía razón. Siempre era lo mismo; el escozor que lo empujaba a buscar sexo, el acercamiento, la seducción. Rara vez fallaba una vez que ponía en funcionamiento su encanto. Hacía el sexo caliente, seguro y prolongado. Eso podía garantizarlo.

Pero sus relaciones amorosas nunca duraban más de una semana. Habitualmente menos.

En cierto sentido, las amaba a todas, incluso a las Staceys y las Kendras. Sabía que merecían más. Odiaba herir sus sentimientos. A veces, reflexionaba melancólicamente sobre lo estupendo que sería si pudiera decidir, por fuerza bruta o voluntad, hacer realidad las fantasías de alguna chica.

Tomar a una chica amable que lo hiciera reír. Hacerle unas malditas promesas. Tratar con fuerza de cumplirlas. Sencillo. ¿Verdad?

¿Qué estaban haciendo todos los tipos a su alrededor sino exactamente eso?

No. Algo se lo impedía siempre que se sentía tentado a hacerlo. Un presentimiento de catástrofe. O quizá era ver a sus hermanos y a sus amadas regodeándose en la gran bañera burbujeante del verdadero amor.

A veces le dolían los dientes con sólo pensarlo, pero, demonios, parecía divertido. Parecían tan relajados. Como si no tuvieran que tratar de alimentar a nadie.

Ojalá él pudiera convencer a todas esas chicas de lo hermosas que eran. De que merecían mucho más de los despreciables hombres que las rodeaban, incluido él. Pero no podía discutir con ese dolor desagradable que sentía en las entrañas. No podía controlarlo, desterrarlo, ignorarlo.

En cuanto sentía ese dolor, y nunca tardaba mucho en aparecer, él era historia. Si forzaba el asunto, si trataba de perseverar por sentimiento de culpa o por terquedad o por soledad o lo que fuera, se volvía cada vez peor... Ah, qué mierda.

No importaba un comino lo que le gustara la chica, lo que disfrutara del sexo con ella, lo que deseara que las cosas fueran diferentes.

Se preguntaba por qué se sentía empujado a repetir interminablemente todo el drama deprimente. Le encantaba el sexo, pero detestaba darse contra ese muro de ladrillo. Saber antes incluso de conocer a la chica cómo iba a acabar la cosa.

Esa noche no. Lo ocurrido en la habitación de Liv era una película que no había visto nunca. Un suspenso que le aceleraba el pulso. Veía su cuerpo desnudo cuando cerraba los ojos. Podía oler su aroma en sus manos. Era como si ella tuviera un rastreador y él estuviera sintonizado a su frecuencia. Ni siquiera necesitaba Specs de rayos-X. Podía simplemente seguir a su pene, como un zahorí.

Lo recorrió una extraña sensación. Dedos fantasmales, enviando un estremecimiento frío y cosquilleante por su columna vertebral. Se quedó helado, escuchando. Lentamente giró trescientos sesenta grados, aunque no podía ver nada en esa oscuridad.

Se le arrugó la piel. Se le aceleró el pulso. En ese tramo de carretera era vulnerable a un francotirador que estuviera sentado en la colina que dominaba Endicott House. Es decir, si el tipo tenía mira infrarroja.

Sí, ésa era justamente la cháchara paranoica del viejo Loco Eamon, hablando siempre atropelladamente en el fondo de su cabeza. Lo sabía, pero aun así, el instinto y el entrenamiento eran demasiado fuertes para ignorarlos. Se tiró colina abajo, resbalando en el pedregal de grava, ahogándose en el polvo que levantó. Se dio contra la maleza, con los brazos extendidos para aminorar la caída, golpeándose y haciéndose daño.

Se sintió aliviado cuando terminó en el lecho seco del riachuelo donde había aparcado su reluciente todoterreno nuevo. Qué fastidio, tener genes paranoicos.

Disparó los ordenadores y el receptor de Specs de rayos X en cuanto llegó a casa e introdujo los códigos de los rastreadores.

El mapa se extendió sobre la pantalla del monitor. Un racimo de iconos latió en la locación de Endicott House. Se le alborotó el pecho. Tenía que tranquilizarse.

Uno: Liv estaba comprometida en matrimonio con una serpiente venenosa. Dos: lo había follado por diversión, porque le había apetecido. Tres: no habría oportunidad de rescatar el pasado porque a ella no le importaba una mierda. Cuatro: no quería su protección ni su ayuda. Cinco: se iba de la ciudad.

Él solamente se sentaría a ver brillar esas señales intermitentes.

Entonces así estaban las cosas. No había razón para sentarse ahí, mirando cómo temblaba su mano sudorosa sobre el ratón del ordenador.

Liv se quedaría y volvería a abrir su librería sólo si alguien acababa con ese tipo que la acosaba. Y ya que él era sospechoso, se haría un favor si metía las narices en un asunto que, en un principio, no tenía nada que ver con él.

Se atragantó al pensar en el sermón de Davy. Lo siento, hermano.

Abrió un documento y empezó a transcribir los correos del acosador de Liv de memoria. Ponerse a trabajar hizo que se sintiera instantáneamente más animado. Sería una satisfacción llevar a T-Rex a la puerta de Endicott House. Agarrar al cabrón por el pescuezo mientras se retorció y graznaba. Tirarlo en el porche de estilo colonial. ¡Plas!

Ahí tienen. Una pequeña muestra de mi estima.

Tuvo que reírse de sí mismo. El perro fiel, que lleva un conejo muerto a su amo. Meneándose, saltando, brincando por una palmadita en la cabeza. Tontorrón enfermo de amor.

Capítulo 10

GORDON VIRÓ LA MIRA DEL RIFLE EN REDONDO, desconcertado. ¿Qué coño...? El destino acababa de ofrecerle una oportunidad de hacer que la relación riesgo-beneficio de ese trabajo se situara a su favor. Dejaría que su respiración se hiciera más lenta, que su mente se tranquilizara en esa profunda quietud previa a apretar el gatillo, evaporando el cráneo de ese molesto cabrón. Entonces McCloud se detuvo, evadiendo el rastreo de Gordon. Cuando pudo situar al tipo en la mira, él tenía la cabeza vuelta a la parte alta de la colina, directamente donde estaba Gordon. Sus ojos brillantes eran como los de un lobo.

Y entonces el tío se desmaterializó. La imagen en la mira osciló y se tambaleó. Eso lo desconcertó. Era una noche sin luna, había una ladera de montaña llena de árboles entre ellos y el cabrón lo había olido. Gordon iba a sentirse aliviado cuando lo hiciera picadillo.

Irritante, que le arrebataran un asesinato de delante de las narices. Bien cargado y sin un lugar hacia donde eyacular. *Asesinatus interruptus*. Se rió de su propio ingenio. Arrancó un vehículo. Se vieron los faros a través de los árboles, aceleraron sobre la pendiente. Las luces traseras completaron la curva y desaparecieron.

Quizá fuera mejor. Matarlo ahora habría sido una decisión de última hora con tantos contras como pros. El rifle hacía mucho ruido y esta era una carretera principal, aunque con poco tráfico. Los polis oirían el disparo y pedirían refuerzos. Él tendría que limpiar el cráneo destrozado de McCloud en tiempo record, con la esperanza de que no pasaran coches, confiando en que lo que quedara en el asfalto fuera tomado por un ciervo con mala suerte, y luego deshacerse del vehículo de McCloud. Mejor así. Ya tendría otra oportunidad.

Antes de que McCloud saliera de la casa, Gordon había estado jugando con la idea de ejecutar a los policías con su rifle de francotirador, arremeter contra Endicott House y fumigar con balas a todos los que estuvieran dentro. Después mataría a Sean McCloud, escondería su cuerpo donde nadie lo encontrara nunca y dejaría que los polis especularan sobre qué había hecho estallar a McCloud, hasta que se les pusiera la cara azul. Habría sido un trabajo perfecto.

Sí, había pensado durante su larga espera frente a la casa, esa noche la

situación era perfecta, todo estaba a su favor. McCloud probablemente estaría tirándose a la chica. Su ADN estaría en todos sus orificios.

Su pene se hinchó furioso ante la idea. Puta asquerosa, abriéndosele a cualquiera que apareciera. Sería una masacre perfecta, todos los medios de comunicación hablarían de ello y la policía se mantendría ocupada durante una temporada. A Chris le vendría como caído del cielo, pero Gordon tenía a ese cabrón cogido de las pelotas y no quería darle semejante regalo.

Además, con ese asesinato múltiple no castigaría a Olivia de ninguna manera significativa por el daño que le había hecho. Y eso fue lo que lo hizo desistir.

Se puso la mano en el bulto de la entrepierna. Si lo pensaba bien, encontraría una razón excelente para secuestrarla primero. Pero no pensaba nada bien cuando estaba tan excitado.

Siempre práctico, se abrió los pantalones de un tirón.

Jadeaba mientras se masturbaba, imaginándose a Olivia desnuda, jadeando y chillando. Chris le diría que se estaba auto-complaciendo. ¿Y qué? ¿Si era así qué? De eso se trataba la vida.

Autocomplacerse. En cualquier oportunidad que encontrara. Hasta que esos cabrones sin carácter tuvieran finalmente los cojones para atraparlo y hacerlo parar.

• • • • •

La mirada furiosa de tres pares de ojos hizo que Liv se sintiera completamente desnuda.

—¿Bart? ¿Blair? —La voz de su madre sonaba falsa—. ¿Nos dejáis solas, por favor? Me gustaría hablar en privado con Olivia.

Blair salió pisando fuerte de la habitación. Su padre lo siguió, echando una mirada torva hacia atrás por encima del hombro. Liv se preparó mientras su madre subía las escaleras. Miró a su hija detenidamente, con una mueca en los labios.

—Dios mío —dijo—. Has tenido sexo con él, ¿verdad?

Liv abrió la boca y volvió a cerrarla. Todo lo que dijera sería usado en su contra. El silencio era su única defensa y era muy débil.

Amelia levantó la mano y la abofeteó.

La cabeza de Liv se bamboleó. Le brotaron lágrimas mientras se tocaba

la mejilla que le escocía.

—Idiota —silbó su madre.

Bueno, demonios, eso no podía discutirlo, reflexionó Liv, con un temblor de risa, contenido rápidamente.

—Has estado esperando esta oportunidad de rebajarte con esa basura de los bajos fondos y después restregarme en la nariz con ello durante años, ¿verdad? ¿Planeaste esta sucia cita esta tarde? ¿En mi casa? ¿En la casa que tu padre y yo compartimos?

—No —dijo Liv sencillamente—. Creo que no. —Los ojos de su madre brillaban por las lágrimas.

—Blair es un hombre excepcional. Lleva años esperándote.

—Yo nunca le he pedido que me espere. —La voz de Liv era tranquila.

Su madre hizo un gesto de rechazo con la mano.

—Dudo de que te quiera ahora. Me siento asqueada, Livvy. Esto es tan vulgar... tan sórdido...

Los brazos de Liv se apretaron sobre su pecho.

—Siento que pienses así.

—Ese hombre fue veneno desde el principio —dijo su madre furibunda—. Desde el verano que lo conociste, fue entonces cuando te volviste tan difícil y testaruda. ¡Tuviste un cambio total de personalidad!

Sí, reflexionó ella, con claridad desapegada. Ese verano había descubierto su carácter. Y justo a tiempo.

—Pero nunca esperé algo así. Nunca habría imaginado que llegarías tan lejos. Bajo nuestro propio techo. Con tu padre y conmigo y con Blair abajo, preocupándonos por ti, pensando qué hacer para mantenerte segura.

Amelia lanzó la cabeza hacia atrás y se limpió las lágrimas, con cuidado de no correr su maquillaje perfecto.

—No puedo creer que seas mi hija.

Las palabras sonaron como una puerta forrada de hierro que diera un portazo.

—Yo tampoco —replicó Liv calmadamente.

La mano de Amelia se disparó de nuevo, pero Liv la bloqueó, agarrando la muñeca enjuta de su madre.

—No vuelvas a pegarme —dijo—. O te lo devuelvo.

Amelia liberó su mano de un tirón.

—Ya lo has hecho, Livvy —susurró, con la voz densa y opaca por las lágrimas—. Ya lo has hecho.

Se tambaleó en la parte alta de las escaleras, buscó la barandilla con las manos y se aferró a ella. Luego bajó las escaleras muy lentamente, con la espalda recta como una vara.

—Prepárate para salir a las seis de la mañana —anunció—. Cumpliremos nuestro deber contigo lo mejor que podamos, aunque nos escupas en la cara.

Liv volvió lentamente por el pasillo a su habitación. No creía posible que su vida estuviera más destruida de lo que lo había estado, pero siempre había más puntos débiles, más trozos tiernos escondidos. Entre su madre y Sean los habían encontrado y explotado todos.

Se quitó la bata. Vio su cuerpo desnudo en el espejo y se detuvo, como si no lo hubiera visto nunca antes.

Quizá era así. Habitualmente veía su cuerpo a través de un velo de autocrítica. Esas grandes tetas, ocupando todo. Ese vientre, para nada plano. Esas caderas, demasiado anchas. Ese trasero, ay, ay, ni hablar siquiera de él.

Pero la apreciación apasionada de Sean había sido completamente sincera. No había engaño en sus palabras. Había sentido su sinceridad en cada célula de su cuerpo.

Miró su cuerpo, todavía latiendo con excitación residual, todavía tembloroso por el recuerdo de aquel placer increíble, y le gustó lo que vio. Era bonita. Voluptuosa, no gorda. Una mujer que podía impulsar a un hombre a escalar tapias, evadir alarmas antirrobo, trepar a árboles y quebrantar leyes por una oportunidad de colarse en su habitación y seducirla.

Se sintió tentada a llamarlo ahora mismo, para explicarle todo el estúpido engaño del compromiso, pero no se atrevió.

«¿Qué me importa si estás comprometida o no, princesa? ¿Qué me va en ello?».

Eso sería probablemente lo que diría, y ella no podía soportarlo.

Se estremeció. Esa noche eso la hundiría, acabaría con ella para siempre.

Se puso la mano entre las piernas. Sus tiernas partes internas estaban doloridas, los músculos le dolían por haberse abierto tanto. Ni siquiera cuando perdió la virginidad hacía años, cuando estaba en la universidad, se había sentido tan abrumada.

No, ni de cerca. Su cuerpo todavía estaba excitado, agitándose. Todo lo que tuvo que hacer fue pensar en él, apretar los muslos y el placer estalló por toda ella, como un torrente de agua espumosa. Ondeando a través de sus muslos, hasta Los dedos de los pies. Contuvo el aliento, temblando.

Su mano se deslizó más adentro. Asombroso, tocarse con la presencia eléctrica de Sean detrás de ella. Su cuerpo caliente arqueado sobre el de ella. Su voz, murmurando palabras sensuales en su oído. Y ese pene enorme alojado en su interior, tan profundo que podía oír su latido palpitando contra su matriz.

Eso la disparó, y cuando se recobró, estaba agachada en el suelo. Con sólo pensar en él se volvía loca.

Su mundo de fantasía privada estaba poblado sólo por Sean, pero las situaciones eran siempre momentos furtivos, encuentros calientes en habitaciones de hotel, donde lo reducía a escombros con su destreza sexual. Oye, era fantasía, ¿verdad?

Después tomaba una ducha y se ponía su complicada ropa interior con aplomo mientras él estaba estirado en la cama, lamiéndose los labios. Se vestía, abrochándose enérgica pero sensualmente. Un poco de lápiz de labios rojo, un movimiento de pelo. Se ponía el bolso en el hombro. Una sonrisa alegre e impenetrable, un saludo aleteante con los dedos.

—Que tengas un buen día —decía, siempre dulcemente—. Adiós.

En sus fantasías, él le suplicaba que no se fuera. Exigía saber cuándo podía verla de nuevo. Ella se encogía de hombros. La cruel Liv.

—Ya veremos cuándo me apetece —decía sin piedad—. No me llames. Yo te llamo... si quiero.

Y la puerta se cerraba ante su súplica.

Había mucha variación de lugares en ese tema de la habitación de hotel, podían estar en cualquier parte del mundo, pero el elemento clave, esa crucial dinámica de energía, era siempre el mismo.

Tragó saliva para apagar el temblor en su garganta. Si tenía ese amorío con él, ella sería la que se quedaría en la cama mirando cómo Sean se ponía la ropa. Ella sería la que suplicaría para saber cuándo podría volver a verlo.

¿Cuántas veces podría sobrevivir a algo como lo que le había sucedido esa noche? Se esforzó por ponerse de pie, se miró. Tenía el cuerpo marcado por todas partes. Arañazos casi invisibles pero sensibles, en la cara y los senos, de su barba, los labios inflamados y rojos por sus besos. Leves marcas en las caderas donde él la había sujetado mientras arremetía dentro de ella. Se le puso la cara roja. Pero no lo suficiente para ocultar la marcada mancha roja que había dejado en su mejilla la bofetada de su madre.

Caramba. Era su día, lo llevaba escrito en todo el cuerpo.

Se recogió el pelo en un moño. Otra vez a la ducha. Suficiente de esta mierda. ¿Vacilando sobre si tener o no tener sexo con un tipo peligroso? Tenía

problemas reales, muchas gracias.

Alguien trataba de matarla. Un poco de perspectiva, por favor.

Analizó la situación mientras se enjabonaba. Era verdad que se había vuelto rebelde el verano que conoció a Sean.

Él había empezado el proceso, incitándola. Después, el episodio de la cárcel había servido como vacuna emocional. Su miedo a enfadar a la gente se desvaneció. Simplemente dejó de preocuparle lo que los demás querían de ella. Había experimentado lo peor, así que, ¿por qué encogerse, por qué avergonzarse? Al diablo con todos.

Desde entonces, se había servido a su gusto. Se había matriculado en las clases que le interesaban, escogido la especialidad que quería, andado con los amigos que le gustaban, solicitado los empleos que deseaba. Su madre se había sentido históricamente frustrada por esta nueva Liv, inexplicablemente difícil. Incluso le había retirado todos los fondos familiares en un esfuerzo por controlarla. Pero le había salido el tiro por la culata.

Verse obligada a ganarse la vida había liberado a Liv completamente. Quizá comiera alubias y fideos, y comprara en tiendas de segunda mano, pero por lo menos podía respirar. Su madre quería moldearla, su docilidad era el único combustible que podía hacer funcionar la máquina de su amor maternal. La negativa de Liv a conformarse era un rechazo al amor de su madre. Punto. Un trágico callejón sin salida.

Se sobresaltó al descubrirse sollozando bajo la corriente de agua caliente. Hacía años que creía haberse resignado a que su madre jamás la aceptaría tal como era. Pero, estaba equivocada; aún sufría por ese rechazo. Y mucho se temía que sufriría siempre por ello.

Estaba sola. No era una sorpresa. Así había sido durante mucho tiempo. La única diferencia era que nunca había tenido que huir de un asesino ella sola.

Bueno. Parecía que no le quedaba más remedio que resignarse a vivir en esa jaula de oro controlada por sus padres. Pero no se resignaba, aunque, ¿qué podía hacer? No tenía mucho dinero. Cada céntimo que había ahorrado en toda su vida estaba metido en Books & Brew. Su vehículo era una evidencia en una investigación de la policía.

Tenía algunas joyas que podía empeñar. Iría a una ciudad turística. A hacer de camarera, trabajaría por las propinas. Cuando se estableciera se pondría en contacto con la policía y les pediría consejo. Debía haber algún sistema de ayudas para gente en su situación.

Si se iba a ir, tenía que ser pronto. Sacó la cabeza por la puerta de la habitación. Aún había un suave zumbido de actividad abajo. Todavía no.

Hizo y volvió a hacer las maletas. Su dilema principal eran sus novelas sin leer. Finalmente sacó un par de vaqueros y unas cuantas prendas interiores para hacerles espacio. Lo primero, lo primero.

Le dieron las cuatro de la mañana, vestida y con el equipaje hecho, temblando de nervios, mirando fijamente el pequeño reloj de la mesita de noche.

Había optado por ponerse vaqueros, sandalias, una blusa sencilla. Había escrito una nota cuidadosa, disculpándose y explicando a su familia la situación lo mejor que podía.

La segunda manecilla llegó al cuatro. Adiós a la vida como la conocía.

Sacó la cabeza por la puerta. Todo estaba tremendamente tranquilo.

Se tambaleó por el pasillo cargada como una mula, arrastrando el bolso, el portátil, la mochila y la maleta. Hizo ruido, pero nadie apareció.

Una parte de ella esperaba que apareciera alguien y la detuviera. No sucedió.

Dejó las maletas junto a la puerta de atrás y robó las llaves de repuesto del Volvo de sus padres. Lo dejaría en el aparcamiento del aeropuerto y les mandaría las llaves por correo. Ahora, tenía que escabullirse de la policía que estaba aparcada a ambos lados de la propiedad. Parecía una falta de respeto a sus esfuerzos por protegerla, pero no podía hacer otra cosa.

Se disculpó silenciosamente con ellos.

Por fortuna, había suficientes setos y follaje como para planear una ruta de escape hasta el garaje junto a la orilla del río donde estaba aparcado el Volvo. Tenía mucha experiencia en huir de esa manera, había practicado muchas veces cuando era una chica y necesitaba a toda costa evitar la mirada de águila de su madre. Nadie la vería irse desde allí.

Deshabilitó la alarma de la puerta trasera y pasó un mal momento en los peldaños. Las cuatro de la mañana no era una hora agradable. Los arbustos se parecían mucho a animales agazapados y hambrientos acechando. Se escapó y se escabulló durante una eternidad, nerviosa y culpable, como si estuviera haciendo algo ilícito y malo.

Finalmente lo logró y abrió la pesada puerta del garaje. Arrancó el coche, apagó los faros y salió a la carretera bajo la luz de la luna. Cogió velocidad en la primera curva, haciendo planes mientras avanzaba. Una parada rápida en el banco más cercano para sacar todo lo que pudiera del

cajero automático y después derecho a la autopista...

Oh, Dios. Frenó con un chirrido, a unos centímetros del todoterreno negro manchado de barro que estaba atravesado en la carretera después de la curva cerrada. Bloqueando las dos estrechas calzadas. Ah, no, no. Eso estaba muy mal.

El terror le crispó todos los nervios, un relámpago horriblemente cegador de lo insensata que había sido, de cómo había subestimado...

La sombra saltó. Zas. Algo angular de metal golpeó la ventana, desparramando trozos de cristal a prueba de rotura sobre su regazo. *Ohdiosmíohdiosmío eso es una pistola* gritó una voz lejana.

Una mano de gorila con guantes negros arrancó la cerradura, liberó la manilla de la puerta, la sacó del coche y la lanzó contra el asfalto.

La cosa se agachó sobre ella. Unos cortes rudos en su máscara negra mostraban ojos azules inyectados en sangre. Sintió que estaba sonriendo.

—Olivia. —Su voz era un canturreo grasiento—. Al fin nos conocemos. Apretó un trapo contra su nariz y ella se desvaneció en la nada.

• • • • •

El cielo estaba cargado de nubes amenazadoras. Sonó un trueno. Kev estaba sentado en su piedra habitual, pero no sonreía. Tenía los pelos prácticamente de punta. Su torso estaba desnudo como siempre, tirante por sus nervudos músculos, pero la piel estaba erizada por el frío.

Sean se adelantó a él, antes de que pudiera empezar a despotricar.

—¿Entonces? He quitado mi estúpido trasero. ¿Feliz ahora?

Los ojos de Kev estaban atormentados, ojerosos.

—Todavía no. Muévelo más rápido.

—¿Mover qué más rápido? —dijo Sean cortantemente.

Kev arqueó una ceja.

—Tu estúpido trasero.

Levantó las manos. Estaban atadas por las muñecas con esposas de plástico, tan apretadas que el plástico se había hundido profundamente en su carne. La sangre corría en largos arroyos por sus musculosos antebrazos.

Sean despertó sobresaltado y derramó su café. Lanzó una mirada por la oficina. Estaba iluminada sólo por el resplandor de los Specs de rayos X. Sobre su regazo escurría café frío. Giró la silla para apartarse.

—Maldita sea, Kev —se quejó—. Te estás pasando.

Estaba apartando el documento del rastreador del charco, cuando vio el destello en la pantalla. Los iconos de Liv se estaban moviendo.

Después se detuvieron y Sean dejó de limpiar el café, de murmurar vulgaridades, de compadecerse de sí mismo. Dejó de respirar.

No había razón para que aquel coche se detuviera. Estaba a mil quinientos metros del sendero que llevaba a Endicott House. No había semáforos en esa porción de la carretera. Ni cruces. Ni entradas a casas. Sólo un acceso a una pista de tala en el fondo del valle, abandonada desde hacía mucho.

La adrenalina de su sistema subió unos cuantos puntos.

Uno de los iconos se separó y empezó a alejarse de los otros. Agarró el teléfono y marcó el número de Davy.

—¿Sean? ¿Qué coño...? —La voz de su hermano sonaba gruñona, pero clara. Davy siempre se despertaba de mal humor. Una voz femenina soñolienta murmuró algo a su lado.

Así que Davy estaba durmiendo otra vez con su mujer. Gracias a Dios por los pequeños favores.

—Sal de la cama —dijo bruscamente—. No tengo un monitor de Specs montado en mi camioneta, así que tienes que localizarme.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? ¿Qué...?

—Los rastreadores que le puse ayer a Liv. —La impaciencia hacía áspera su voz—. Se han movido hasta una curva ciega en Chaeffer Creek Road. Uno de ellos está parado pero el otro se mueve en dirección al río, hacia el cañón.

Davy pensó en ello.

—¿Podría haber una explicación lógica, distinta de la conclusión a la que tú obviamente has llegado?

—¿Cómo cuál? ¿Que se subió al coche de su papá a las cuatro de la mañana, en medio de la más profunda oscuridad, condujo un kilómetro y luego se detuvo, se bajó del coche y se fue al bosque a mear? ¡Aterriza! ¿Has encendido el ordenador?

—Sí, sí, cálmate. Se está cargando el programa.

—¿Preparado para los códigos? Oh, maldita sea. El icono se está moviendo más deprisa. Está en un coche, por esa vieja pista de tala. Quizá el tipo tiene un vehículo todo terreno. ¿Puedes anotar el código? ¡Tengo que dejar este maldito teléfono! ¡Tengo que irme! Mi móvil no funcionará hasta que esté

en el otro lado del Bluff.

—Dámelo —dijo Davy secamente.

Recitó el código del icono.

—Tengo uno de mano en mi equipo, pero estará fuera de rango cuando llegue a Chaeffer Canyon.

—Es terreno áspero —dijo Davy—. Podía subir por Long Prairie o torcer a la izquierda y dirigirse a Orem Lake. Bien, la tengo. Moviéndose hacia el sur, a veinte kilómetros por hora. —Se detuvo—. Esto tiene muy mala pinta.

—De acuerdo. —Sean arrancó la camioneta. Las llantas escupieron gravilla mientras el vehículo saltaba por el sendero—. Voy a colgar. Haz las llamadas.

—¿Qué llamadas?

—Dios, Davy, ¿tengo que decírtelo todo? Llama a su familia, llama a la policía, llama a la patrulla estatal, ¡llama a la maldita Guardia Nacional!

—Cálmate —lo tranquilizó Davy—. No enseñes aún tus cartas. Primero ve hasta el punto donde están los rastreadores y mira a ver lo que encuentras. Asegúrate de que tienes una emergencia real antes de hacer público todo esto. No quiero visitarte en la cárcel.

—¿A quién le importa si voy a la cárcel? —rugió Sean—. ¡Es la vida de Liv!

—A mí me importa —dijo Davy sombríamente—. Dios me perdone, pero me importa. Haz lo que te he dicho. Ella va hacia el sur, si está en ese coche. Llámame cuando llegues.

Qué mal momento para que su frialdad de combate lo abandonara. Sean habitualmente entraba en un estado de calma total cuando las balas empezaban a volar. No preocuparse por si vivía o moría hacía que su capacidad de concentración aumentara hasta un punto asombroso. Dios, esto era Liv.

Lo único que lo calmaría sería arrancarle las tripas calientes a esa mierda de perro con sus propias manos.

La carretera corría bajo sus ruedas. Frenó con un chirrido en la carretera del cañón, saltó. Echó a correr por el arcén.

Lo que vio lo golpeó como un puñetazo en la barriga. Un sedán negro, con la nariz arrugada contra un árbol, en el fondo del cañón.

Se lanzó sobre el borde, resbaló y se deslizó por la gravilla, se movió con dificultad entre los arbustos. Estaba haciendo sonidos animales, guturales, viendo el cuerpo destrozado de Kevin, las llamas bailando en el retorcido

metal negro, el...

No. No podía perder los estribos todavía. No hasta que supiera lo peor.

Llegó al coche y miró dentro.

Vacío. Oh, Dios. No había cuerpos, no había sangre. Sólo el contenido del bolso de Liv desparramado sobre el asiento trasero. Empezó a llorar como un niño.

Se secó las lágrimas mientras marcaba el número de Davy, trepando por la colina con desesperado apresuramiento.

—¿Sí? —preguntó Davy—. ¿Qué hay?

Gateó sobre la cima, saltó a su camioneta.

—Haz las llamadas. Alguien ha despeñado el coche por el cañón. Liv ha desaparecido. ¿Dónde está el icono?

—A mitad de camino hacia Orem Lake. Moviéndose a velocidad estable a veinte kilómetros por hora.

—Haz las llamadas, Davy. Si este tipo me mata, tienes que ayudar a la policía a encontrarla.

—¡No digas tonterías! —rugió Davy—. Vas armado, ¿verdad?

—En realidad no, mala suerte. Que sea lo que Dios quiera.

• • • • •

Pisó el acelerador.

Golpe. Golpe. Golpe. Golpe.

—Despierta, muñeca.

Liv luchó lentamente por despertar ante los golpes, ante la voz que la llamaba. Tenía miedo de abrir los ojos. Algo terrible la esperaba. Lo podía sentir, agazapado. Esperando para saltar.

Abrió los ojos y todo volvió precipitadamente, junto con una paralizante sacudida de miedo. Apretó la mandíbula para ahogar el llanto.

Le ardían las muñecas. Estaban atadas con dura cinta de plástico, como el nudo de una bolsa de basura. Tenía cinta en la boca. No podía hablar, no podía gritar, escasamente podía respirar.

Estaba oscuro. Entraba una leve luz por una ventana pequeña y sucia y a través de las grietas de las paredes de tablas bastas. El lugar apestaba a podrido, a moho y al olor acre de lona de plástico fresca.

—A la hora prevista —dijo una voz rasposa.

Liv movió la cabeza a su alrededor, mirando con ojos muy abiertos a la pesadilla encapuchada que se cernía sobre ella. Podía oler su almizcle acre, como de mofeta, desde el suelo. Tenía en la mano un martillo grande y feo.

Se inclinó sobre su cuerpo y balanceó el martillo contra la pared que había sobre ella, ¡bam! Liv se retorció para mirar. Un clavo. Eso no podía ser bueno.

—Bueno, querida. Vamos a ponerte en posición. —Agarró sus muñecas atadas, levantándola de un tirón con tal fuerza que casi le dislocó los hombros, y la arrastró contra la pared; después le estiró los brazos hacia arriba y colgó las esposas de plástico del grueso clavo hundido en los tablones.

—Ahora quédate muy quieta, muñeca. O te vuelvo los dedos gelatina.

¡Bang! Trató de no encogerse cuando él balanceó el martillo otra vez, doblando la cabeza del clavo para convertirla en un cruel gancho.

Se sentó con las piernas cruzadas frente a ella. La posición era irrealmente informal y amistosa. Le palmeó la pierna y se quitó los guantes de cuero.

—¿Doy demasiado miedo con la máscara? —Se la arrancó de un tirón—. ¿Así es mejor?

Oh, no. No era mejor. Era horrible porque significaba que no tenía intención de dejarla en situación de identificarlo. Su cabeza latía con fuerza, se le revolvía el estómago. Tenía un sabor metálico en la boca, alguna sustancia con la que debía haberla drogado.

Nunca había visto a este hombre. Tendría cuarenta y pico años, de pecho fuerte como un villano de cómic. Los hombros y los brazos de músculos prominentes, el vientre abultado por la grasa. Llevaba una camiseta negra excesivamente ajustada. Su cara pudo haber sido apuesta, en un estilo chulesco, cuando era más joven, pero se había vuelto ruda y desagradable; tenía bolsas debajo de los ojos, huecos en la piel, venas rotas. La forma como le miraba el cuerpo la hizo enroscarse en una bola.

—Oh, no, cariño. —Le levantó la blusa hasta que sus dedos tocaron piel tibia y avergonzada. Sacó una navaja de aspecto horroroso.

La sangre se le heló a Liv en las venas. Los labios brillantes de él se abrieron en una sonrisa que mostró unos dientes grandes.

—Tenemos que hablar. —Su tono era coloquial. Ella lo miró parpadeando.

Él soltó una carcajada.

—Huy. Se me había olvidado ese pequeño detalle. —Agarró la cinta de

su boca y la arrancó de un tirón.

El aire le pegó en la garganta seca, haciéndola toser. Casi no reconoció su propia voz, aguda y temblorosa.

—¿Quién es usted?

—Yo soy el que hace las preguntas. —Le tocó la cara con la punta de la navaja, haciéndole marcas en los pómulos.

Ella miraba la hoja, hipnotizada. Hacía cosquillas. Su mente galopaba. ¿Qué podía saber ella que le interesara a ese hombre? Era una bibliotecaria, por el amor de Dios. Una librera en potencia. ¿Qué podía decir que la mantuviera viva el tiempo suficiente para tener esperanzas de ser rescatada?

Sí, de acuerdo. Había organizado su propia perdición, escapándose a escondidas.

—¿Qué quiere? ¿Fue usted el que envió los correos e incendió mi librería? ¿Fue usted quien puso la bomba en mi coche?

—Por supuesto. ¿Quién más te ama tanto? —Su voz tenía un sonsonete burlón—. No te molestes en gritar. No hay nadie en kilómetros a la redonda.

—¿Me estaba vigilando? —Trató de tragar saliva—. ¿Esta mañana?

—Llevo semanas vigilándote —dijo él—. Fue todo muy fácil. Chica tonta... Te escapaste sola. Qué boba eres, Olivia. Pero yo soy muy listo y coloqué sensores de presión en todos los asientos del coche, así que supe que salías en el momento en que lo pusiste en marcha. Pensé en todo, ya lo ves. Eso es porque te quiero mucho.

Su tono amistoso provocaba un contraste extraño con las cosas sin sentido que decía.

—Escucha, muñeca. Tenemos que ser rápidos si queremos tener tiempo para el apasionado encuentro físico con el que he estado soñando. —Soltó una risita cuando ella se encogió apartándose de él—. Me encanta cuando juegan a ser difíciles.

—¿Qué quiere saber? —susurró ella.

Él apretó la punta de la navaja debajo de su oreja. Liv miró la mano que la sujetaba, helada.

—¿Dónde están las cintas? —preguntó.

Ella parpadeó, completamente en blanco.

—¿Las cintas?

La navaja le rompió la piel. Una gota de sangre resbaló por su cuello. Caliente, lenta y cosquilleante.

—No te conviene hacerte la tonta.

—Lo juro, no tengo idea de lo que está hablando.

El hombre dio un suspiro teatral.

—Dime lo que te dijo McCloud. Háblame de su cuaderno. Qué había en él, dónde fue a parar.

—¿McCloud? Hacía quince años que no veía a Sean, y él no...

Zas. La bofetada le dolió.

—Sean no. El otro. Su hermano. No seas burra, Olivia. Me pone de mal humor. Créeme.

—¿No conozco a sus hermanos! Davy y Con son mayores que él los dos. Ya se habían ido del pueblo cuando conocí a Sean, así que nunca...

Zas. Zas. Una bofetada con la mano abierta y un duro golpe con el dorso de la mano hicieron que su cabeza se moviera hacia adelante y hacia atrás. Sus ojos se desbordaron de lágrimas.

—Ellos no. —El falso tono amistoso había desaparecido de su voz—. El otro hermano.

Ella apretó los ojos.

—¿Quiere decir... el gemelo de Sean? ¿Kev? —Vaciló—. Pero Kev... Kev está muerto.

—¿Gemelo? —La navaja se apartó—. ¿Eran gemelos?

—S-s-sí —dijo ella con los dientes castañeteando—. Idénticos.

—Umm. Interesante. No parecían gemelos.

Se sintió patéticamente agradecida de haberle dado algo que quería, pero el respiro fue demasiado breve.

—Kevin McCloud te dijo dónde había escondido las cintas —dijo—. Te tenía en la mira de mi rifle. Vi al hijo de puta darte ese cuaderno. Nunca olvido una cara. Especialmente una bonita.

Sus palabras le abrieron la mente trescientos sesenta grados con sus terribles implicaciones.

—Oh, Dios mío —susurró—. ¿Está hablando de hace quince años? Esos tipos que perseguían a Kev para matarlo... ¿todo era verdad?

—Sabes perfectamente bien que es verdad —rugió el hombre—. No sabíamos tu nombre o me habría ocupado de ti entonces. Y ese testarudo cabrón de Kevin nunca nos dijo nada, sin importar lo que le hicimos. Y fuimos creativos. No te creerías la loca mierda que ensayamos con ese chico.

Intentó borrar de su mente las imágenes que sus palabras invocaron.

—¿Ustedes torturaron a Kev? —susurró—. Oh, Dios mío.

Él le hizo una reverencia burlona.

—Es mi estilo. Luego te vi en la televisión. ¿Recuerdas esa entrevista sobre tu librería? Seguro que estabas muy confiada, ¿eh? Debías pensar que después de tanto tiempo ya me había dado por vencido.

—Dios mío —susurró ella, con impotencia.

Arrancó los botones de su blusa con la punta de la navaja. Saltaron. La camisa se abrió.

—¿Dónde escondió esas cintas?

—No... No sé nada de ningunas cintas...

—Empezaré con tu oreja. —La navaja se clavó debajo del lóbulo—. Siento llenarte de sangre antes de que juguemos, pero si insistes...

—¡No, por favor! Me detuvo a la puerta de la biblioteca —tembló ella.

—¿Qué te dijo?

Liv apretó los ojos, esforzándose por recordar.

—Dijo... Dijo que alguien trataba de matarlo. No dijo quién.

—¿Y el cuaderno que te dio? ¿Qué hiciste con él?

Liv vaciló, el cuerpo le temblaba de miedo.

—No tengo que preocuparme por huellas dactilares ni por el ADN y todas esas chorradas —murmuró, casi ociosamente—. Nunca encontrarán tu cuerpo. Hay una lona de plástico para recoger el desorden. Envolveré lo que quede de ti cuando haya acabado. Te meteré en un bonito hueco, profundo y lleno de gusanos. Todo está preparado para ti.

Ella rezó por no estar matando a Sean con sus palabras mientras decía:

—Me dijo que se lo diera a su hermano. —Su voz casi era inaudible.

—¿Y lo hiciste?

Liv asintió con la cabeza, tanto como podía con una navaja en la garganta.

—Háblame de su cuaderno, Olivia. ¿Qué había en él?

—Ah, dibujos —chilló ella—. Sólo lo hojeé. Paisajes, creo. Animales, pájaros, tal vez.

—¿Algo escrito?

—Escribió una nota a su hermano —admitió ella.

—¿Qué decía? —Su voz era alarmantemente dulce.

Los ojos de ella se desbordaron. Se odió por su falta de autocontrol.

—No pude leerla. —Forzó a las palabras a salir—. Estaba en un código extraño. No sé nada de ningunas cintas. Desearía con todas mis fuerzas saberlo.

—Ah.

Hubo un silencio largo y terrible. Liv cerró los ojos y esperó a que él le

hiciera algo horrible con esa navaja.

—¿Sabes una cosa? —preguntó, con un tono de haber descubierto algo.

Ella abrió los ojos, una rendija cuidadosa.

—Te creo —dijo con tono de asombro—. De verdad. Pobre perra infeliz. Tú realmente no sabes una mierda de esto, ¿verdad? Todos estos gastos, los planes cuidadosos, el riesgo que he corrido... Todo esto para nada.

Liv no podía parar de temblar. La horrible mirada lasciva que su raptor posó sobre ella mató cualquier esperanza antes de que pudiera aflorar a su mente.

—Por desgracia, este desastre ya no tiene solución. No podemos dejar las cosas como estaban. —Su cara era una máscara de pesar—. Ahora sabes demasiado. No es nada personal, muñeca. Trataré de compensártelo haciendo tu último momento muy sensual.

Le abrió la blusa de un tirón. Los botones saltaron, resonando en la lona que la rodeaba. La tela cedió y se desprendió en jirones. La navaja mordió los cordones que mantenían las copas de su sujetador juntas.

—Me encanta mirar chicas desnudas. Nunca me canso de hacerlo —dijo cordialmente. Agarró la cintura de sus pantalones, empezó con los botones.

Ella empezó a gritar. Agarró el clavo que había en la pared y cerró los dedos sobre él hasta que se le clavó en la palma. Tiró con fuerza.

Capítulo 11

ELLA ESTABA POR ALLÍ. SEAN HABÍA CAPTADO SU SEÑAL en el dispositivo portátil. Puso el motor en punto muerto para no alertar al secuestrador con el ruido.

Ese individuo no era un acosador desequilibrado. El golpe había sido planeado cuidadosamente, por alguien con tiempo para preparar una emboscada, con apoyo electrónico, experimentado en demoliciones y que había estudiado la zona meticulosamente.

Un profesional. Esa palabra le abrió de par en par las puertas de la memoria. Unas puertas que era mejor que permanecieran cerradas, si pretendía conservar un parecido aceptable con la cordura.

«Proyecto Medianoche trata de matarme. Vieron a Liv. La matarán si la encuentran. Haz que se vaya hoy de la ciudad o la harán picadillo».

La única vez que Liv pudo haber atraído la atención de una persona como T-Rex fue cuando andaba con Kev. Esa era la clase de jodida mierda que les ocurría rutinariamente a los hombres de su familia. Su padre los había entrenado para eso desde que nacieron.

El lago Orem centelleaba bajo el resplandor rosa del amanecer; su superficie se rizaba por el viento. Era un lago pequeño, prístino, con el agua helada de un color verde azulado claro. Sólo había unas cuantas cabañas para la estación de caza y pesca.

El monitor le dijo que girara a la izquierda. Puso el freno de mano y saltó de la camioneta; corrió hasta el bosque. Sobrepassó un todoterreno con la matrícula oculta por salpicaduras de barro. La pista terminaba en una pared de roca. La cabaña estaba oculta casi entre la maleza, entre grandes árboles cubiertos de musgo. Era una ruina, en muy mal estado, con el tejado casi sin tablas. Se apoyaba en un acantilado bajo de granito negro, manchado con líquen verde, amarillo y naranja.

Nadie había utilizado ese lugar desde hacía años, posiblemente décadas. Si no hubiera sido por el rastreador nunca la habría encontrado. Nadie la habría encontrado.

Si todavía estaba viva.

Alejó la oleada de miedo que lo asaltó sin piedad. Si T-Rex hubiera querido matarla rápidamente, lo habría hecho en Chaeffer Canyon.

Las dudas lo carcomían. Con y Davy siempre le decía que actuaba sin tener jamás en cuenta las consecuencias. Eso estaba bien, si él era el único perjudicado... pero ahora se trataba de Liv. Se preguntó si los polis estarían muy lejos. Si Liv tendría más oportunidades si esperaba que llegaran refuerzos.

Podía condenarla si se precipitaba dentro como un gilipollas llanero solitario, pero también podía condenarla si esperaba. No quería pasar el resto de su vida viendo los últimos momentos de Liv, sabiendo que podía haberla salvado si hubiera sido más rápido y más listo. Como la camioneta de Kev, cayendo interminablemente en el fondo de su mente. No podía pasar por ello de nuevo.

Prefería morir.

Dios, cómo deseaba tener a Davy, Seth y Con cubriéndole las espaldas. También debía haber cogido su H&K o la SIG, pensó. La Ruger pegaba fuerte, pero era un arma de apoyo para emergencias, sólo de cinco tiros.

Pero no. Era política familiar no almacenar armas en la casa de The Bluffs, ya que permanecía vacía la mayor parte del tiempo.

«Piensa con el cerebro, no con las hormonas». Las voces severas de sus hermanos, sermoneándolo continuamente, hacían que titubeara, en vez de tirarse de cabeza, que era lo que le pedía su instinto.

Pero su maldito cerebro no le estaba ofreciendo ninguna idea brillante.

Un grito desgarrador procedente de la cabaña lo impulsó como una bala que sale disparada de un arma. Al demonio con su cerebro inútil.

Sus hormonas eran la única ayuda con la que podía contar en esa situación, así que a la mierda.

La cabaña estaba apoyada sobre un andamiaje para nivelarla en la pendiente, de modo que las ventanas que no estaban condenadas con tablas estaban demasiado altas para poder mirar por ellas.

Trepó por la pendiente hacia la puerta. Empujó y se abrió camino a través de una maraña de enredaderas espinosas y musgo colgante.

La puerta tenía un pestillo combado y un candado oxidado colgando de él. Sean empujó la puerta. Chilló en sus goznes. Al diablo el sigilo.

En la habitación oscura y mohosa luchaban dos cuerpos sobre una lona de plástico negro brillante. El tipo se volvió velozmente al oír el sonido, tenía unos ojos azules saltones bordeados de blanco en una gruesa cara de bulldog. Estaba sobre Liv. Sean pudo ver sus piernas vestidas con vaqueros, forcejeando bajo la mole del tipo.

Mierda. No podía disparar al tipo con Liv debajo de él. T-Rex giró en redondo. Un arma. Las balas estallaron, pegando en las paredes, en la puerta. Pum, zas, rodó. Las balas le pasaron zumbando por el pelo, la manga. Una acertó, una línea al rojo vivo en su espalda. Cristales mugrientos de ventana se despedazaron.

Cuando se puso de pie, el tipo tenía el arma apuntando a la cabeza de Liv. Con el brazo le sujetaba la barbilla hacia atrás. Tenía las muñecas atadas frente a ella. Estaba desnuda hasta la cintura. La sangre le escurría por el torso desde un lado del cuello, terriblemente brillante contra su piel pálida.

—Tira la pistola o le vuelo la cabeza —dijo el tipo.

Sean evaluó sus opciones en ese interminable segundo y se disculpó telepáticamente con Davy y Con mientras sus dedos se aflojaban y la soltaban.

Odiaba hacerlos pasar por ello de nuevo, pero tenían esposa, familia. Lo superarían. Y Sean sólo había estado matando el tiempo desde que murió Kev, esperando a que cayera el otro zapato. La pistola, al golpear el suelo, era el sonido del zapato al caer.

—Mándamela de una patada —le ordenó el tipo.

El arma chirrió mientras se deslizaba por el sucio y gastado suelo de linóleo. Él empezó a ponerse lentamente de pie.

—Quédate de rodillas gilipollas. Con las manos detrás de la cabeza.

—La policía llegará pronto —dijo Sean, volviendo a dejarse caer—. Ella está transmitiendo una señal de radio desde el zapato. ¿Quieres verlo?

—Sí, por supuesto —dijo el tipo—. Claro que sí. —Soltó una risita aguda—. No sé qué hacer... ¿Te disparo y dejo que te desangres hasta morir? ¿O te rompo la columna y te dejo paralizado? Debería dejarte vivo, con la puerta abierta para los animales. Puedes presenciar por ti mismo cómo te conviertes en parte de la cadena alimenticia. —Deslizó el cañón de la pistola hacia abajo sobre la garganta de Liv, entre sus senos—. No sé siquiera por dónde empezar. Quiero comérmela.

Liv chilló cuando él le chupó el cuello y lamió efusivamente la herida que le escocía. Se aferró al clavo que había arrancado de la pared mientras el frío cañón volvía a subir por su cuerpo medio desnudo. Se lo apretó bajo la barbilla, hincándolo profunda y dolorosamente.

—He estado deseando ardientemente esto durante quince años —dijo T-Rex.

Empujó hacia arriba su barbilla con la pistola y la besó, metiéndole la lengua musculosa en la boca. Ella sintió el sabor de su propia sangre y casi le

dieron arcadas.

—En cuanto arregle cuentas con él dejaré la pistola, muñeca —continuó—. Usaré sólo la navaja. Así dura más.

El mundo se redujo a un punto de claridad brillante.

No quería morir lenta y horriblemente en manos de ese monstruo. Una bala en la cabeza por lo menos sería rápida, y podría darle una oportunidad a Sean. Era magnífico. Entrar a la carga para salvarla, contra todas las posibilidades, toda esperanza o lógica...

El cañón de la pistola se deslizó por su cuello, resbaladizo por la sangre y el sudor. Entonces Liv movió convulsivamente las manos atadas, con el clavo sobresaliendo entre sus dedos, en dirección a lo que esperaba fuera la cara del monstruo, y le clavó los dientes en la muñeca. El clavo chocó contra la carne grasienta y resbaladiza, pero no se hundió en ella, sino que cayó al suelo dejando a Liv armada únicamente con sus dientes.

Él chilló. La pistola se disparó, ensordeciéndola.

T-Rex trató de soltarse de su terrible mordisco, pero ella no le soltó. Su piel era viscosa. Su sangre tenía un sabor metálico y caliente. Sus músculos y tendones se retorcían contra sus dientes.

La pistola se disparó de nuevo. No podía oírla ya. La explosión reverberó entre sus cuerpos que forcejeaban. Él trató de inclinar el cañón para apuntarle al cráneo. Le metió los dedos en las comisuras de la boca. Iba a desgarrarle la mandíbula, pero ella no podía soltarle; seguía mordiendo como un pitbull enfurecido.

Abrió los ojos. El talón de la bota de Sean pasó rozándole la cara y golpeó la mano de T-Rex. La mandíbula de ella se aflojó mientras el golpe los estrellaba contra la pared. La pistola rebotó contra la pared y pegó en el suelo.

Y ella también.

T-Rex lanzó hacia arriba su maciza rodilla. Sean escasamente bloqueó el golpe en la ingle y el atroz puñetazo en la sien. Así que el amigo no era sólo un ratón de gimnasio. Era aterradoramente rápido. El brillo de sus ojos salvajes sugería que había tomado drogas que reforzaban su rendimiento. Fuera lo que fuera, funcionaba.

El tipo se le echó encima, aullando, en un torbellino de patadas y puñetazos.

La sangre salpicaba a Sean con cada nueva ofensiva, pero T-Rex no parecía sentir dolor. Acorraló a Sean en un rincón. Una patada en la cara lo tumbó, por supuesto, pero volvió a levantarse, lanzándose a por la garganta de

Sean.

Sean bloqueaba, agarraba, torcía. T-Rex no sentía siquiera los torcidos tendones. Mal aliento, notó Sean con extraño desapego, mientras se retiraban zigzagueando hacia la parte de atrás de la cabaña. Horrible. El tipo debería usar seda dental.

Se tambalearon, con las piernas abiertas, tratando de ponerse la zancadilla mutuamente. Salieron disparados hacia una puerta combada que daba a la terraza. La arrancaron de los oxidados goznes y se estrellaron en la terraza con un golpe desgarrador. Bajo ellos se rompieron y tintinearón paneles de cristales. Las tablas podridas temblaron y crujieron torciéndose con el impacto.

La suerte quiso que Sean cayera en la parte de abajo.

La cara de T-Rex era casi irreconocible como humana. Sean bloqueó un golpe como un hachazo a su clavícula. T-Rex puso sus enormes manos alrededor del cuello de Sean y la pelea se convirtió en un combate de lucha libre. De las cejas del tipo goteaba sudor que hacía que le escocieran los ojos. Mantuvo el cuello rígido y liberó su mano para lanzar un puñetazo rápido y desesperado a los ojos de T-Rex.

T-Rex se sacudió hacia atrás y Sean le aplicó un rudo gancho que hizo tambalear la cabeza del hombre sobre su grueso cuello. Eso lo desconcentró, pero Sean no había alcanzado siquiera a levantarse sobre las rodillas cuando T-Rex lo aplastó contra la desvencijada barandilla de la terraza. Las tablas crujieron, se doblaron y cedieron. Los clavos chirriaron al ser arrancados. La terraza se inclinó. No había nada firme a lo que agarrarse. Y cayó.

Fue una larga caída, pero el terreno no era muy escarpado y Sean fue rodando hasta la orilla del lago, donde afortunadamente se detuvo. Quedó boca abajo, con la nariz a unos centímetros del agua cristalina que saltaba sobre gujarros multicolores.

Gateó hacia arriba. T-Rex no había caído con él. Lo que había quedado de la terraza colgaba en un ángulo de cuarenta y cinco grados, las tablas estaban desparramadas por la playa de gujarros. T-Rex se había agarrado de un arbusto fuerte que había en la pared del acantilado y estaba impulsándose hacia arriba, hacia las rocas en las que se apoyaba la cabaña.

Sean miró a su alrededor frenéticamente. Estaba atrapado en una hondonada; la ladera por la que había resbalado era muy empinada y calculó que tardaría unos diez desesperantes minutos en subirla. T-Rex estaría otra vez arriba en un par de minutos. Sacó su puñal. El ángulo era muy desfavorable,

pero merecía la pena intentarlo. Lo lanzó.

El puñal se clavó en el trasero de T-Rex.

El tipo aulló, resbaló y se agarró. Extendió la mano hacia atrás y se lo arrancó.

—Gracias por el cuchillo, gilipollas comemierda. Te va a encantar lo que le voy a hacer a la cara de tu novia con ella.

Se puso el cuchillo de Sean entre los dientes y continuó trepando.

• • • • •

Cortar las correas de plástico que le unían las muñecas requería cabeza fría y manos firmes, nada de lo cual tenía ella. La navaja de T-Rex estaba allí, perversamente afilada. Podía cortarse las muñecas, pero en esos instantes eso le daba igual. Desangrarse era su menor preocupación en esas circunstancias.

Se arrodilló en el peldaño de la puerta, apretando la rodilla contra el mango de la navaja para mantener la hoja lo suficientemente firme como para cortar las esposas. Le temblaban los muslos. Tenía los dedos resbaladizos de sangre. La navaja no hacía más que resbalar a un lado y otro. La sacudió una carcajada desesperada. Era la primera vez en su vida que deseaba ser más pesada.

Encontró un ángulo favorable. La cosa se soltó. Se lanzó otra vez a la cabaña sin vacilar, a buscar las pistolas.

La cabeza le zumbaba, veía estrellas y el silencio de sus oídos ensordecidos por el disparo producía una sensación de vacío poco natural, como si estuviera bajo el agua.

Escarbó por el suelo sucio. Las pistolas, las pistolas. Encontró el revólver de Sean debajo de un pliegue de la arrugada lona. La pistola de T-Rex la encontró bajo un montón de periódicos amarillentos. No podía manejar más que una, así que se metió la de Sean en la parte de atrás de los vaqueros, esperando no dispararse en el culo, y agarró la otra con manos temblorosas.

Pensó que no sería capaz de usarla si se presentaba la ocasión. Ni siquiera podía mover los dedos entumecidos.

—Oye, muñeca.

El canturreo grasiento de T-Rex sonó bajo y lejano, a través del zumbido de sus oídos. Liv blandió la pistola, conteniendo la desazón y el desfallecimiento horrorosos con todas sus fuerzas. Ah, Dios. *Sean*.

T-Rex vio el temblor exagerado del cañón de la pistola. Se lamió los labios pesados y brillantes y sonrió ampliamente. Su cara era una máscara brillante de sangre en la que brillaban sus ojos, pálidos y salvajes como los de un animal enfurecido.

Llevaba un puñal en la mano. Tenía que ser el de Sean. De su punta goteaba sangre.

Le siguió la mirada horrorizada y empezó a reírse. Agitándolo en el aire.

—Sí, me divertí con tu novio antes de cortarle la garganta. ¿No lo has oído gritar? ¿Quieres saber lo que le he hecho?

—Apártese de mí. —Su voz le sonó más lejana que la de él. Un hilito tembloroso—. No dé un paso más. Le voy a volar la cabeza.

—¿Ah, sí? Esa es una Beretta PX Store, muñeca. Es una pistola de hombre. Te romperá tus deditos blancos de lirio. No es para una bonita muñeca follable como tú. Se terminó el juego.

Se plantó en la puerta de la cabaña. Ella se encontró retrocediendo. Gran error. Lo supo por la forma en que el monstruo sonrió.

—Lo digo en serio —tembló ella—. Lo mataré.

—No, no lo harás. Eres una niñita buena. No me darás ningún problema. Apuesto a que no le has dado ningún problema a nadie en tu vida.

—Lo haré. —Tragó saliva por encima de la piedra que sentía en la garganta—. Soy un problema grande.

Sus grandes manos ensangrentadas se extendieron para alcanzarla.

—No quieres que me enfade contigo —murmuró—. Quieres que te ame tiernamente. Ven con papá. Te haré olvidar a tu bonito chico rubio.

Su error fue mencionar a Sean. Eso rompió su hechizo, como una pompa de jabón que explotara. Los brazos de ella giraron hacia arriba. Apretó el gatillo. ¡Bam! Oyó el sonido, como si procediera de kilómetros de distancia. El culatazo le lanzó las manos hacia arriba y casi se golpea entre los ojos con la pesada arma.

En la puerta apareció un agujero dentado.

T-Rex saltó.

—¡Coño!

Ella apuntó.

—Está usted en un error. —Apretó el gatillo. Un panel de cristal de la puerta explotó—. No quiero que me ame. Ódieme. Yo lo odio, pedazo de mierda.

Dio un paso hacia él mientras disparaba.

Él retrocedió mientras la bala destrozaba la pared detrás de él. Sus ojos quedaron en blanco, sobresaltados, mientras salía dando traspiés. Su retirada disparó en ella un deseo feroz de perseguirlo. Trastabilló detrás de él, disparando salvajemente, sacando a gritos su dolor y su furia. Él se alejó cojeando, con un trote ladeado. Ella disparaba hacia todas partes, no tenía control, ni técnica. Era una fuerza inconsciente de la naturaleza.

Desgarraría a ese gilipollas en trozos ensangrentados por haberle hecho daño a Sean.

Entre los abetos había aparcado un todoterreno. Él echó a correr para alcanzarlo, saltó dentro. El motor rugió al encenderse. Liv le disparó y gritó triunfante cuando la ventanilla trasera explotó. Él todoterreno dio marcha atrás rugiendo, rebotó hacia atrás sobre el suelo desigual, tratando de pillarla. Ella saltó a un lado y rodó de cabeza en un hueco verde ahogada con una maraña de arbustos agudos. El todoterreno saltó sobre la primitiva carretera. Liv abandonó la persecución.

El todoterreno desapareció en una curva, el sonido se alejó. Hubo un clic vacío bajo su dedo, que apretaba el gatillo compulsivamente.

—El cargador está vacío, Liv.

Giró con un grito jadeante.

Sean. No estaba muerto. Estaba ahí de pie, todo manchado de sangre, con el pelo apelmazado con barro y hojas, pero vivo. Entero.

Una duda helada le atenazó la garganta. Quizá se había vuelto loca por la presión y él era sólo una alucinación del deseo. Lo miró fijamente, llorando copiosamente.

—Eres tú —susurró.

Él entrecerró los ojos.

—Eh, ¿esperabas a alguien más?

Ella se apretó boca con la mano, con el corazón hinchado de alegría. Una alucinación del deseo no diría tonterías en un momento como ese. Era el verdadero. Su genuino y molesto Sean.

—Creí que estabas muerto —balbució—. Me dijo que te había torturado. Me dijo que...

—Yo también creía que te había pillado. —Respiró con ansia—. Dios. Tengo los nervios destrozados. —Se inclinó hacia adelante, jadeando y apoyando las manos en las rodillas y le lanzó una mirada cautelosa—. ¿Te importaría no apuntarme con esa pistola, nena? Sé que está vacía, pero me vendría bien un descanso.

Había olvidado que la tenía en la mano. Resbaló de sus dedos e hizo un ruido seco contra el colchón mullido de agujas de pino. Se quitó el revólver de la parte de atrás de los vaqueros y se lo ofreció.

Sean lo cogió y se inclinó para recoger el arma de T-Rex. Fue entonces cuando ella vio los rasguños ensangrentados de sus hombros, sus brazos y su espalda.

—Dios mío —susurró—. Estás herido.

Él agitó la mano.

—Me ha ido peor practicando deportes de contacto.

—Estás sangrando —protestó ella—. Mucho. ¿Llamas a eso nada?

Él se encogió de hombros.

—Comparado con lo que T-Rex había planeado para nosotros, estamos listos para el baile de debutantes.

Ella se dobló hacia delante, se tapó la cara y vomitó en silencio.

—Lo siento princesa —dijo él suavemente—. No pretendía provocarte.

—No es culpa tuya. —Se enderezó y se limpió la cara—. Siempre me pillas en desventaja.

—Creo que estás preciosa. Corriendo por el bosque, con las tetas rebotando, las balas volando... guau. Hablando de accesorios a la moda...

Todo su cuerpo empezó a temblar de nuevo.

—No, por favor —rogó—. No me hagas reír otra vez. Te lo advierto. Me partiré en pedazos.

—Pero en serio. —Le puso la mano delicadamente en la espalda—. Eras el demonio en bicicleta. Fue asombroso. El clavo en la cara, el mordisco, la pistola. Me arrodillo en tu santuario. Quién lo hubiera creído.

—Sí, es increíble. —Su tono de admiración la hizo enrojecer de vergüenza. No lo merecía, después de la forma como había suplicado y temblado como un cervatillo atrapado—. No le hice ningún agujero.

—Lo sacaste en una carrera ciega —dijo Sean—. Que es más de lo que yo logré hacer. Tú mandas. Recuérdame que no te cabree nunca.

—Ah, ya lo he hecho —tembló ella—. Lo hago, pero no me escuchas nunca.

Él produjo un sonido áspero y sin palabras y la abrazó.

Sus corazones latieron juntos, como tambores. Las manos de Sean le agarraron puñados de pelo.

—Podría abrazarte todo el día, pero este tío va a volver —dijo—. No sé lo que quiere de ti, pero mejor...

—Yo sí. —Las palabras le brotaron explosivamente—. Ese tipo mató a Kev.

Sean se soltó y miró a Liv a la cara, sin palabras. El mundo le dio vueltas, cambiando de forma con una violencia que lo mareaba.

Kev. Por supuesto.

—Quería que le hablara de Kev —farfulló Liv—. Quiere saber dónde están las cintas, signifique lo que signifique eso. Creía que durante todos estos años había estado escondiéndome de él. Era verdad. Kev no se suicidó. Lo asesinaron. Este tipo y quizá otros. Dijo «nosotros» como si hubiera más.

Las cintas. La prueba está en el libro de dibujo. Todo está allí. Bruto.

Él oía la voz del sueño de Kev, veía la mirada paciente de sus ojos, mientras esperaba que su gemelo de cerebro inútil resolviera el lío en el que él se había metido quince años atrás. Era una paradoja cómo las palabras de Liv pudieron desordenar todo su mundo y, al mismo tiempo, ser la confirmación de algo que siempre había sabido. Una pieza del puzle, puesta calladamente en su sitio.

Se había roto la cabeza para comprender esa paradoja. La parte más fuerte, mejor de él, la parte que sabía que Kev no estaba loco, había sido reducida a la inconsciencia y encerrada en un armario. La basura inútil que había sobrado era lo que pasaba por ser Sean McCloud.

Estaba paralizado por la rabia. No sólo habían asesinado a su hermano, también habían ensuciado el recuerdo de Kev y condicionado toda su vida. Todo lo que había hecho, todo lo que era. Todas las mañanas que había abierto los ojos con esa desagradable sensación en las entrañas.

Y ahora habían tratado de hacerle daño a Liv. Apretó los puños hasta que los nudillos se le pusieron blancos. La boca de Liv todavía estaba moviéndose, pero él no podía oír lo que decía. Le rugían los oídos como si acabara de caer por una catarata.

Pero su furia con los asesinos de Kev no era nada comparada con lo furioso que estaba consigo mismo. Por darse por vencido. Por aceptarlo. Jodido idiota.

Limpió el barro del cristal de la esfera de su reloj. Tenían que espabilar si querían seguir vivos. Había llegado a la cabaña hacía unos quince minutos. Davy habría llamado a la policía tal vez hacía media hora.

Sacó el móvil del bolsillo. Asombrado de que estuviera todavía de una pieza. Abrió la tapa, sacó el rastreador de un tirón y lo tiró. Con y Davy se enfadarían, pero desaparecer de su radar resolvería el dilema ético con los

polis.

—¿Necesitas atención médica? —Su pregunta brusca interrumpió lo que fuera que ella estuviera diciendo—. ¿Te hizo mucho daño?

Ella parpadeó.

—Eeh... En realidad todavía no había pensado en ello.

Le agarró las manos. La sangre ya se estaba coagulando. Le levantó el pelo para revisar el mordisco, la cortadura debajo de la oreja. La cortadura había dejado de sangrar, pero el mordisco le preocupaba. La boca de cocodrilo de T-Rex tenía que ser muy tóxica.

—Pareces estar bien —dijo—. No vas a entrar en shock conmigo, ¿verdad? ¿Te sientes desfallecer? ¿Tienes frío? ¿Tienes escalofríos?

Ella negó con la cabeza.

—Bien. Vámonos de aquí. —La arropó en el círculo de sus brazos y la movió a la fuerza junto a él a paso rápido y tropezando.

—¿No vamos a... no deberíamos esperar a la policía?

—No. Vamos a correr para salvar la vida. ¿Tienes problema con eso?

Ella lo sopesó.

—No exactamente. Pero me gustaría ser consultada.

—No hay tiempo para consultas. —Abrió la puerta del todoterreno de un tirón y la empujó dentro. Se estiró hacia la parte de atrás y agarró una botella de agua que siempre llevaba—. Enjuágate.

Ella la cogió agradecida; se echó agua en las manos y se salpicó con ella. Él agarró su sandalia derecha y se la arrancó. Rasgó la parte superior trasera de la suela y sacó un manojito plano de alambres y circuitos.

Ella parpadeó.

—Dios mío.

—Sí, es un aparato de rastreo. Y sí, yo lo puse ahí. —Lo arrojó al bosque—. ¿Me vas a regañar por haberlo hecho? Adelante. Atrévete.

Ella se mordió los labios, con ojos recelosos.

—Ejem, quizá ahora no.

—Eso es inteligente. —Le devolvió lo que quedaba de su sandalia. Ella sujetó la prenda destrozada en las manos, desconcertada.

Sean cerró la puerta de ella con un portazo y se dirigió al lado del conductor.

—Somos como patos en su punto de mira —dijo, encendiendo el motor—. No podemos quedarnos esperando a los policías con sólo cinco balas de Magnum 357 entre nosotros y T-Rex. Probablemente está planeando

emboscarnos en la carretera. O matarnos, desde allí arriba... —Le indicó una roca encima de ellos— o allí. —Señaló la pared de granito que bordeaba el lago—. He visto suficientes cadáveres. No dejaré que este tío te mate. Ya he tenido suficiente, ¿me oyes?

—Está bien —lo tranquilizó ella—. Yo tampoco quiero que me mate. Sólo que... ¿no estaríamos más seguros en la carretera si estuviéramos con la policía?

—No vamos a coger la carretera.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos.

—Um, ¿perdón?

—No vamos a coger la carretera. Atajaremos por Long Prairie y conectaremos con Burnt Bridge Road, que nos llevará a Garnier Creek, hacia Taggart. No te preocupes. Este vehículo puede rodar perfectamente por ese terreno. El todoterreno de T-Rex también podría, pero esperemos que no se le ocurra que vamos a ir por esa ruta.

—Si tú lo dices... —Su voz era baja—. ¿Entonces nos estamos escondiendo?

—Hasta que sepamos quién está persiguiéndonos. Kev era inteligente. Lo mataron y salieron impunes de ello. No se van a dejar joder, sean quienes sean.

—Pero la policía...

—La policía no ayudó la última vez. No tengo ninguna razón para pensar que me ayudarían ahora. Baja la cabeza. —Le empujó la cabeza hacia abajo hasta que la tumbó de lado, y marcó el móvil de Davy.

—¿Qué diablos pasa? —Rugió Davy sin ningún preámbulo.

—Estamos vivos. Y el gilipollas también. No quiero encontrarme con él de nuevo hasta que tenga mucho más poder de fuego. Tiré los rastreadores.

—¿Qué dices? ¿Estás chiflado?

—Dile a la familia de Liv que está bien —dijo Sean—. Cuídate la espalda. Con también. Mantén a Margot y a Erin vigiladas. Estos son los tipos que mataron a Kev. Lo saben todo sobre nosotros. —Colgó y marcó el número de Miles—. Soy Sean —dijo—. Devuélveme la llamada y habilita tu aparato de interferencia radiofónica.

—¿El aparato de interferencia? Jesús, ¿por qué? ¿Qué está pasando?

—Hazlo. —Colgó, se metió el teléfono entre la barbilla y el hombro mientras conducía la camioneta por la desigual pista. A los pocos segundos, el teléfono sonó.

—Necesito ayuda —le dijo a Miles—. ¿Todavía estás en el Rock Bottom?

—Sí —dijo Miles—. Acabamos de *cargar* el sistema de sonido. ¿Por qué?

—¿Hay alguien escuchando esta conversación? —preguntó bruscamente.

—¿Me estás montando unos de tus numeritos de locura paranoica estilo McCloud?

—Deja de decir idioteces. Aléjate de donde te puedan oír. ¿Tienes el troncomóvil?

—Eeh, sí —dijo Miles—. ¿Qué te importa?

—Lo quiero —dijo Sean.

—¿Me engañan mis oídos? ¿Quieres que te vean en mi fea mierda sin testosterona y de color vómito?

—Esto es grave. Casi me matan hace unos minutos. Necesito desaparecer.

—Ah. Ya entiendo. —El tono de Miles era irónico—. ¿Qué mejor manera de desaparecer que con el coche mágico invisible?

—Exactamente. —Sean sorteó un enorme bache.

—¿No te dio Seth una identidad falsa, como hizo con Davy y Con? ¿No puedes alquilar un coche con tu nombre falso? ¿Por qué siempre tengo que ser el bobo de capirote? —se quejó Miles.

Sean rechinó los dientes.

—Las empresas de alquiler de coches no abren hasta dentro de tres horas. Estoy cubierto de sangre y tengo una chica desnuda en mi camioneta.

—¿No me digas, coño! —Miles tragó aire, impresionado—. ¿Desnuda? ¿De verdad? ¿Es, ya sabes, ella? ¿Esa chica por la que estás tan loco? Jesús. ¿Por qué está desnuda?

Confiar en Miles para que entendiera algo era una auténtica locura. Era culpa suya, por decirle que iba con una chica desnuda a un tío que hacía años que no echaba un polvo. O quizá no lo había echado nunca.

—No hay tiempo para explicaciones —le dijo cortante—. ¿Conoces el motel Lonely Valley en Taggart? ¿Detrás del centro comercial? Alquilame una habitación. Trabajan con camioneros, así que debe haber alguien de servicio. ¿Tienes efectivo?

—Puedo sacar del cajero automático —La voz de Miles había recuperado su tono habitual de largo sufrimiento.

—Consígueme algo. Pide una habitación en la parte de atrás. No le digas nada a nadie. Consígueme desinfectante, vendas, gasa y esparadrappo

quirúrgico. Y camisetas.

—Ya me pongo a ello —dijo Miles—. Te veré allí.

Asombroso, cómo la mención de una chica desnuda hacía que un tío se animara inmediatamente, a cualquier hora del día o de la noche.

Sean aceleró. Coronaron la subida que sacaba de la hondonada del valle y subieron hacia la carretera que bordeaba la meseta de Long Prairie. El amanecer encendía las nubes en una gama fabulosa de rosas en el horizonte.

—Adiós, carretera. Agárrate, nena.

Hizo girar bruscamente el todoterreno y se dirigió hacia el prado ondulante de hierba que llegaba a la cintura.

Liv se aferró a la manilla de la puerta y se mantuvo inmóvil en la carrera mientras saltaban y se inclinaban. La cara de Sean estaba tensa por la concentración. Ella resistía mientras esquivaban árboles, arbustos, a veces hundiéndose en la hierba, rozando peñascos que salpicaban el áspero terreno.

Se sentía como si le estuvieran arrancando los brazos de las articulaciones.

Finalmente llegaron a un camino de arena entre la hierba, apenas un hilillo por el que circular. Burnt Ridge Crest. Gracias a Dios. El techo del todoterreno estaba cubierto, pero las ventanas estaban abiertas, soplando aire fresco sobre ellos.

Ella temblaba, con el pecho y los hombros con carne de gallina. Los ojos de Sean recorrieron su cuerpo. Ella cruzó los brazos sobre sus senos que rebotaban y casi se rió. Avergonzada por eso, después de lo que habían pasado. Por favor.

Trató de organizar sus pensamientos. Un millón de preguntas frenéticas se empujaban en su cerebro buscando espacio.

—¿Así que nunca encontrasteis ninguna pista sobre Kev?

La carretera de tierra se había vuelto grava más suave y ahora dio paso al asfalto. Estaban pasando por granjas, casas y buzones de correos.

—Sólo las pistas que Kev te dio a ti —dijo Sean—. Sólo la nota.

—¿Qué decía esa nota? —preguntó ella—. Siempre me lo he preguntado. La cara de él era distante.

—Una cosa cada vez. Agáchate. Llamas la atención incluso cuando llevas puesta una blusa, no digamos con el torso desnudo.

Ella se encorvó, sintiéndose abofeteada, y se tapó los pechos con el pelo.

Se dirigieron a una parte más vieja y sórdida de la ciudad, cruzaron las vías con un traqueteo que hacía castañetear los dientes y dieron la vuelta en el

estacionamiento de un motel. La autopista rugía sobre el paso superior que había arriba.

—Mira —dijo él—. No te estoy secuestrando. Si quieres irte a casa y pintarte una diana en el pecho, eres libre de irte. No me gustará nada, pero no te detendré.

Liv asintió con la cabeza, deseando casi que él no lo hubiera dicho. Después de T-Rex no estaba en condiciones de tomar decisiones de vida o muerte. Era más fácil ser arrastrada por las aguas salvajes de la inundación. Si las aguas de la inundación eran Sean.

—Además, tienes a tu prometido para que te proteja —dijo él.

Le llevó unos segundos entender sus palabras.

—Ah, Dios, ¡no! Blair no es mi prometido. Eso fue sólo una mentira que dijo mi madre para librarse de ti. ¡Saliste pitando anoche antes de que yo pudiera aclararlo!

Una puerta de una de las habitaciones se abrió de pronto. Un hombre de barba con una gran barriga salió tranquilamente, tirando de los vaqueros hacia arriba y rascándose las pelotas.

El movimiento fue demasiado rápido para contrarrestarlo. Sean la atrajo hacia sí a través del asiento y la apoyó en su regazo antes de que ella supiera lo que estaba haciendo. Ella se agarró a su camisa para estabilizarse.

—No tengas miedo —murmuró él—. Necesitas una excusa para estar desnuda y ésta es la mejor que se me ocurre. —Entretejió los dedos en su pelo enmarañado y la besó.

«Es sólo teatro, tonta. No te derritas por una actuación».

Fue imposible hacer caso a esa voz severa. Sus capas protectoras se rasgaron, dejando un núcleo desnudo de deseo tembloroso. Sus labios eran muy cálidos, suaves y apremiantes. Se agarró a él y le devolvió el beso desesperadamente.

Alguien aporreó la carrocería del todoterreno, haciéndola sobresaltarse.

—¡Ja, ja! ¡A por ello amigo! ¡Una forma cojonuda de empezar el día!

Él se agachó más en el asiento y tiró de ella hacia abajo para ponerla encima de él. Sus labios se abrieron, con un chasquido húmedo que reverberó por todo su cuerpo. Él estaba ardiendo, irradiando emoción. Vibraba en sus brazos. La armadura de frío que lo envolvía desde la revelación de ella sobre Kev había desaparecido. El beso la había derretido. La mirada de sus ojos se aproximaba al miedo.

No había mostrado miedo cuando había salido disparado hacia una

bomba, ni cuando se había enfrentado a un loco armado, ni cuando había peleado con un asesino. Pero tenía miedo de ella.

Liv quería tranquilizarlo, pero no se le ocurrían palabras que tuvieran sentido. Sólo los besos podían expresar lo que quería decirle.

Él tiró suavemente de su nuca. Una comprensión repentina la previno de que esa invitación sin palabras era más peligrosa que el sexo salvaje y el drama de la noche anterior. Esa era la verdadera trampa con cebo de miel. Esta suave y abierta sensación en su pecho.

Pero no importaba. Liv se inclinó hacia delante. Él produjo un sonido sin aliento, casi un gemido, cuando sus labios se tocaron.

El beso fue casi reverente. Tenían los ojos abiertos, temerosos de que el otro se desvaneciera como humo. Dulce, perfecto. Un milagro resplandeciente que se desplegaba y florecía. No querían romper el hechizo siendo demasiado ansiosos, así que daban vueltas en torno a ello, maravillándose. Con miedo de respirar.

Liv nunca se había considerado una besadora experta, pero finalmente comprendió en qué consistía besar, en un destello de comprensión que le llegó a los huesos. No era cuestión de técnica ni de experiencia. No tenía nada que ver con lo innatamente sensual que fuera o no. Era una cuestión de deseo, que se desbordaba desde dentro. Sufría por tocarlo, por arder en su calor, por sentir esa metálica barba de brillo bronceo raspándole la piel.

Quería prodigarle toda la ternura que tenía.

Al tipo del estacionamiento se le había unido un compañero. Los dos cacareaban y se reían, gritando sugerencias groseras.

A ella no le importaba nada. Eran perros ladrando en la distancia.

Agarró puñados empapados de su camisa. Él se aferró a su espalda. Los labios y las lenguas se fundieron. Haciendo preguntas, exigiendo respuestas. Mendigando salvación, redención. Llevaría años de besos frenéticos clasificarlo todo. Años de amarse desesperadamente compensar el dolor.

Necesitaban empezar. Ahora mismo era un buen momento.

La mano de él se cerró sobre la de ella donde le agarraba el muslo. La arrastró hacia arriba, poniéndola sobre el bulto de su erección.

Se miraron fijamente. Él le ofreció su cuerpo y le pidió silenciosamente el de ella.

Ella no sabía bajo qué condiciones. Pero ya no le importaba. Sean podía hacer lo que quisiera. Ahí mismo en el aparcamiento, con público riéndose y abucheándolos. Quería arrancarle la ropa, que el grueso bastón de su pene

saliera en busca de su mano, caliente y duro, con su piel suave como el ante y tan sensible. Quería lamer las venas moradas, nudosas y gruesas. Chupárselo. Subirse a él y cabalgarlo. Doblarse hacia adelante y que él la llenara desde atrás, agarrándose contra la tormenta de violencia palpitante. Lo necesitaba mucho. Lo necesitaba hora. Alcanzó la hebilla de su cinturón.

—Veo que no has perdido el tiempo. —La voz baja sonaba ligeramente divertida.

Sean saltó, tan violentamente que su frente chocó con la de ella.

—Mierda —silbó, frotándole la cabeza—. Perdón, nena.

Había un joven al lado del todoterreno, con sombríos ojos oscuros, una nariz enorme y pelo largo negro y brillante, suelto sobre la cara. La miraba con intensa curiosidad. Ella se puso roja como una amapola.

Capítulo 12

—JESÚS, MILES. —SEAN SE ENDEREZÓ CON esfuerzo, frotándose la frente—. Casi me provocas un ataque al corazón.

—Me dijiste que me encontrara contigo aquí —dijo Miles—. Me rogaste, me intimidaste, me creaste complejo de culpa. Me dijiste que era una cuestión de vida o muerte.

Sean se frotó el chichón de la frente.

—Y lo es —gruñó—. Es tu sentido de la oportunidad lo que es terrible.

La sonrisa de Miles vino y se fue rápidamente.

—La próxima vez que pierda el culo a las cinco de la mañana para hacerte un favor increíblemente difícil e inconveniente, trataré de no interrumpir el sexo. —Atisbo dentro y le dirigió a Liv una sonrisa tímida—. Hola.

Le disparó a Sean una mirada dubitativa.

—Entonces... eeh... ¿es ella?

—Es ella —dijo Sean—. Fue raptada esta mañana, seguí un rastreador que tenía en el zapato hasta Orem Lake. Llegué allí justo a tiempo.

—Me alegro mucho de que el trauma no haya dañado tu libido.

Sean produjo un gruñido de impaciencia.

—Cállate Miles. No se trata de eso. Sólo estaba creando un pretexto para disimular que está medio desnuda.

—Convincente —comentó Miles con ironía—. ¿Te cargaste al tipo?

Sean hizo una mueca.

—Se escapó. O nosotros somos los que nos escapamos. No estoy seguro de quién hizo más puntos en este round. Oye, Miles. Pórtate como un hombre. Dale tu camisa a la dama. ¿Tengo que decirlo todo?

Miles bajó la vista a su camisa gris, de talla demasiado grande.

—Ah. Sí, claro. —Se la desabrochó rápidamente, dejando a la vista una apretada camiseta negra debajo y se la pasó a Liv por la ventanilla—. Apesta a humo —dijo disculpándose—. Estuve haciendo de técnico de sonido para una banda punk. Esos degenerados estuvieron fumando toda la noche entre los actos. Lo siento.

—Está bien. Muchas gracias. —Liv se arropó con ella.

Miles levantó una gran pala rosa de plástico con una llave colgando de

ella.

—¿Queréis ver vuestra habitación?

—Dios, sí —dijo Sean. Pasó la vista por el aparcamiento. Gran Barriga y su compañero se habían subido a sus camiones y se habían ido, el aparcamiento estaba vacío y despejado. Saltó fuera del todoterreno, se inclinó sobre el asiento trasero para meter la Beretta de T-Rex en la maleta del equipo y para cargar todo lo que podría ser de utilidad en la huida.

Él y Liv siguieron a Miles a la habitación que quedaba al final del edificio largo y bajo. Miles abrió la puerta y les hizo un gesto para que entraran con una reverencia.

La habitación era pequeña y olía a rancio, a polvo y a humedad; y a cigarrillos rancios. Sintió una punzada de remordimiento por no haber pensado en un sitio más agradable. Reprimió la inquietante duda, cerró la puerta, le echó llave y pasó el cerrojo. Era sólo un hueco para acurrucarse, para lamerse las heridas. Y quizá otras partes tiernas, si tenía suerte.

Miles sacó un juego de llaves de coche y se las lanzó.

—Ahí tienes. ¿Tu razonamiento era que nadie sobre la tierra creería nunca que Sean McCloud conduciría un coche tan anticuado?

—Algo así —dijo Sean—. Y no se lo digas a nadie. Tiré mi rastreador. Estoy fuera de sus radares. ¿Entiendes?

Miles entrecerró los ojos.

—No me pidas que les mienta a Con, a Seth o a Davy. Esos condenados leen el pensamiento.

—Me pondré en contacto con ellos pronto —lo tranquilizó Sean.

—El truco va a ser pensar en algo para decirles a mis padres —dijo Miles con abatimiento—. Me dieron el maldito coche hace sólo diez horas.

—Diles que se lo prestaste a una chica bonita —sugirió Sean—. Es patético, pero creíble. Y literalmente verdad. —Miró a Liv—. Hago esto por ella.

Miles puso los ojos en blanco.

—Sí. Ya lo sé. El deseo de tener sexo es el combustible que impulsa al universo. El credo de Sean McCloud.

Un chiste como ése generalmente no le molestaba, pero en ese momento le escoció.

Sean lanzó a Liv una mirada nerviosa. Estaba evitando mirarlo cuidadosamente, sentada en la cama, con el cuerpo hecho materialmente un nudo, el pelo tapándole la cara como una cortina. Con la boca apretada. Nada

bueno.

—No me toques las pelotas —gruñó—. Ha sido una mañana de mierda.

—Yo también he estado levantado toda la noche —replicó Miles—. Además, tengo dos horas de caminata por delante, la mayoría cuesta arriba, hasta Endicott Falls. Eres un amigo de alto mantenimiento, ¿sabes?

—Alto mantenimiento significa alto rendimiento —le recordó Sean—. Piensa en Ferrari. Piensa en los valiosísimos caballos de carrera. Piensa en un avión de combate.

—Sí. Estupendo —dijo Miles ácidamente—. Yo voy a pie, idiota. No me tortures con imágenes de medios de transporte súper rápidos.

—Ah, ánimo —dijo Sean secamente—. Te compensaré, lo prometo. Si me matan, te quedas con mi todoterreno. ¿Te parece suficientemente justo? — Su mirada relampagueó sobre los desgastados vaqueros de Miles y sus deportivas grises—. Y mi guardarropa también.

Miles parecía entristecido.

—¡No digas esas cosas! ¿Tan malo es?

—Es malo. El tipo es un jodido maniaco. Siento haberte involucrado en esto, compañero. No sabía a quién más llamar. Siento también que tengas que volver a pie. Pero no puedes usar mi todoterreno. Es rojo, por el amor de Dios. Es demasiado reconocible. Sería el beso de la muerte.

—Está bien. —La mirada de estoica calma de Miles sólo había podido ser aprendida estudiando a Davy—. Haré autoestop. Si tengo suerte llegaré a tiempo de comerme un par de huevos crudos y estaré en estupenda forma para dar mi primera clase de karate. Tenéis reserva hasta mañana a las once de la mañana. Saqué trescientos del cajero. Compré el material que querías. Aquí tienes la vuelta.

—Le dio a Sean un fajo arrugado de billetes y una bolsa.

—El coche tiene gasolina. ¿Quieres que deje el todoterreno en alguna parte?

Sean sacó las llaves del bolsillo y se las pasó.

—Déjalo en el aparcamiento de BiMart. Y.. Miles. Esto nunca ha pasado. Tú no me has visto.

—No te preocupes. —La mirada de Miles se paseó por la cara y el torso manchados de sangre de Sean—. Tienes un aspecto de mierda. Alguien lo suficientemente bueno para hacerte a ti ese daño me arrollaría como un tanque. No quiero morir.

—Buen tipo —dijo Sean—. ¿Has pensado qué contar cuando te pregunten

por el coche?

—Diré que se lo he prestado a Keira, la bonita cantante de coro del los Howling Furbags —dijo Miles—. La que tiene un piercing en el clítoris.

Sean le dio una palmada en el hombro.

—Éste es mi chico. —Se detuvo entrecerrando los ojos—. ¿Cómo sabes que esa chica tiene un piercing en el clítoris?

Miles puso los ojos en blanco con aspecto de mártir.

—Ella me lo dijo.

Sean estaba descorazonado.

—Ah. Entonces tú nunca, eeh...

—No —dijo Miles tristemente—. Las chicas sólo me dicen cosas. Todo tipo de basura loca. Siempre es así: «Miles, eres estupendo para escuchar. Me gustaría que el gilipollas de mi novio fuera como tú, pero todo lo que quiere de mí es sexo, sexo, sexo». Es... bueno, la historia de mi vida.

—Eso es horrible, compañero —dijo Sean con empatía.

—Todos tenemos nuestra cruz que soportar. Por lo menos nadie ha tratado de matarme hoy —señaló Miles filosóficamente. Se metió las manos en los bolsillos e hizo sonar las llaves del todoterreno—. Bueno, creo que mejor desaparezco. Infórmame de lo que está pasando, ¿de acuerdo? Todo lo que te está pasando es raro, compañero, muy raro.

—Estaremos en contacto —prometió Sean. El aspecto preocupado de Miles le hizo desear abrazar al chico y revolverle el pelo. Reprimió el impulso con dificultad. Miles estaba finalmente desarrollando firmeza de carácter y dignidad varonil. Sean no quería impedir el proceso.

Miles inclinó educadamente la cabeza ante Liv. Ella le respondió el gesto.

—Gracias por la camisa —murmuró.

Sean abrió el cerrojo de seguridad para él.

—Me has salvado el pellejo.

Miles le lanzó una sonrisa rápida.

—Ha sido un placer.

Sean miró al chico subir al todoterreno a través de una rendija de la puerta, con un hueco en el estómago. Había sólo dos minutos hasta el aparcamiento de BiMart, pero odiaba exponer a su compañerito al riesgo de atraer la atención de esos gilipollas asesinos. Miles era listo, pero un gorila como T-Rex lo extendería sobre cincuenta metros de asfalto. Tener a Miles sobre su conciencia también... Dios, ése sería el último clavo en su ataúd.

Cerró la puerta, volvió a echar los cerrojos, las cerraduras y las cadenas. La cosa estaba hecha. No tenía sentido preocuparse más de momento. Abrió la cremallera de la maleta del equipo que había sacado de su camioneta y se puso a rebuscar entre el revoltijo de cachivaches de rastreo hasta que encontró un par de alarmas portátiles de las de Seth para fijarlas a la puerta y las ventanas. No era gran cosa, pero podrían darle esa ventaja de una décima de segundo que suponía la diferencia entre la vida y la muerte. Si todo se iba a la mierda.

Cuando terminó, se dio la vuelta y descubrió que Liv había vaciado el contenido de la bolsa de Miles sobre la cama. Material de primeros auxilios, jabón, champú, peines, un paquete de tres camisetas blancas talla XXL, todo bueno. Había comida, aunque él estaba todavía demasiado mareado para pensar en comida. Barras de chocolate, latas de sardinas, galletas Ritz, palitos de bistec con pimienta, comida estándar de supermercado pequeño. Miles había incluido dos pares de gafas de sol y unas viseras de béisbol. Estupendo. Eso ayudaría al anonimato.

Su agradecimiento se evaporó cuando Liv levantó las viseras para que él las viera. Una tenía un cuerpo femenino de historieta que llevaba puesta solamente un raquíptico tanga rosa en su prominente trasero mientras volvía una seductora cara de gatita sobre el hombro. Sobre ella estaba bordada en letra cursiva color rosa la palabra *Gatita*.

En la otra se leía sencillamente *Máquina Sexual* en grandes letras blancas.

Ese cretino sabiondo y entrometido.

Después Liv levantó un paquete de condones en la otra mano. Él se ruborizó realmente.

—¡Yo no le dije que los comprara!

—No tenías que hacerlo —dijo ella—. Te conoce bien. ¿Cuál es el credo de Sean McCloud? ¿El deseo de acostarse con alguien es el combustible que impulsa el universo?

—Voy a reorganizarle los dientes cuando lo vuelva a ver —gruñó Sean.

A juzgar por el aspecto de la cara de Liv, parecía que la orgía de sexo que hiciera gritar, latir y temblar las paredes había sido pospuesta indefinidamente.

Menos mal. El beso lo tenía al borde de estallar en lágrimas, de pedirle que lo amara para siempre. Odiaba pensar a qué extremos lo reduciría follarla. Particularmente puesto que ella creía que era un gigoló sin cerebro

que se follaría a cualquier cosa que tuviera pulso.

Eso hizo arder su cara como una plancha caliente.

Los efectos de ese beso aún le hacían sentir hormigueo y desasosiego. Quería patear las puertas, dar puñetazos a las paredes. Probablemente debería masturbarse en la ducha, reducir a la bestia salvaje a proporciones razonables. Liv había soportado suficiente esta mañana, sin tener que hacer una rutina de amaestramiento con su indisciplinado pene.

Se quitó la sucia camisa, manchada de sangre, y la arrojó al suelo. Se dobló para quitarse los zapatos. Sacó la Ruger y revisó el cilindro por la fuerza de la costumbre. Todavía estaba completamente cargada. La amartilló y la puso en las manos de Liv. Ella levantó la vista hacia él, con los ojos muy abiertos por el susto.

—¿Qué es esto?

—Voy a darme una ducha —dijo él—. Quiero quitarme el barro de estas cortaduras antes de ponerles desinfectante. Estás de guardia.

Ella protestó enérgicamente mientras él se desabrochaba la pistolera y la funda del puñal.

—Pero no sé cómo hacerlo.

—Lo hiciste estupendamente con esa Beretta —dijo él—. Fuiste brillante.

—Pero... —Su voz se desvaneció impotente—. ¿No es un poco excesivo esto? Es decir, nadie sabe que estamos aquí excepto Miles, ¿verdad?

—Sí. Es excesivo. Es totalmente ridículo. Lo mismo que lo que nos pasó con T-Rex en el lago. ¿Más preguntas?

Se bajó los pantalones, lo cual tuvo el efecto deseado de ahogar cualquier otra protesta que ella hubiera hecho, cuando su erección saltó con toda su indigna gloria. Balanceándose adelante y atrás, con la punta brillante tan grande como una ciruela. Adornada con una gota de pre-eyaculación.

—Dios santo, Sean —dijo ella—. Hablando de excesos.

—El exceso es el camino al palacio de la sabiduría. Vigila esa puerta.

Con ese disparo de despedida se dirigió resueltamente hacia el baño, entró en la bañera de plástico abrió el grifo del agua caliente a toda potencia, tan caliente como podía aguantarlo.

Le escoció en todos los rasguños y cortaduras. La sensación era como de ser azotado. Rechinó los dientes y se aplicó a limpiarse con el barato jabón desinfectante.

Se enjabonó y se enjuagó, se enjabonó y se enjuagó. Mirando el barro y

la sangre y la arena girar alrededor de sus pies y caer por el desagüe. Se cogió el dolorido pene con las manos enjabonadas, pero era demasiado consciente de la presencia de Liv afuera, sujetando su pistola en las manos temblorosas. Sin protección, mientras él jadeaba en la bañera, sacudiéndose la herramienta. No. No parecía justo.

Se enjuagó el jabón y se secó. La raída toalla se untó con manchas rosáceas de sangre casi inmediatamente.

Liv soltó un suspiro de alivio cuando él salió, como si hubiera estado conteniendo el aliento todo el tiempo. Él siguió su mirada cuando sus ojos se dispararon hacia abajo para ver si estaba todavía... sí. Claro que sí. Todavía.

—Estás cubierto de cortaduras y arañazos —dijo ella—. Déjame...

—Primero báñate. Te sentirás mejor —dijo él—. Puedes hacer la rutina de Florence Nightingale^[2] cuando salgas.

Ella huyó al cuarto de baño y él abrió la gasa y la cinta de uso quirúrgico. La mayoría de sus cortaduras las habían producido sus caídas en la lucha con T-Rex, los cristales de la terraza, los botes sobre el granito en la caída a la playa del lago. Un par de balas le habían dado, también. Fue muy afortunado. Sangraba por todo el cuerpo, pero aún así afortunado.

Ella salió del baño en una nube de vapor perfumado, con los ojos bajos, la cara roja, se las había arreglado para enrollar la raquítica toallita en torno a sus exquisitas curvas. El pelo le escurría, colgando en rizos enredados y empapados. Él se lo iba a peinar otra vez, lo supiera o no ella. Peinarla le tranquilizaba el alma.

—Las damas primero —dijo—. Ven aquí y déjame arreglarte.

—Ah, no. Casi no tengo...

—Cállate y mueve el culo para aquí.

Ella saltó, picada por su voz de sargento de instrucción.

—No tengo ninguna herida fea. No como tú.

Él la ignoró y empezó a curarla. Le untó crema con antibiótica en los rasguños y los cortes. Después le curó las marcas en las muñecas y luego el corte de debajo de la oreja, las duras marcas de los dientes. Tenía marcas en los brazos que iban a ponerse moradas. Debería haber pedido hielo. Se contentó con suavizarlas con las manos. Sus peores heridas eran las de la cabeza. Pesadillas, ansiedad. La vergüenza, el miedo. Las heridas del alma eran las más difíciles de curar. Él lo sabía todo respecto a eso. Ojalá ella no tuviera que pasar por eso.

Pero Liv era más fuerte que lo que él nunca hubiera imaginado. Una diosa

insólita.

—¿Algún punto que haya pasado por alto? —preguntó él.

Ella negó con la cabeza, colorada.

—Voy a asegurarme.

Le soltó la toalla. Ella trató de agarrarla sobre sí, pero Sean la arrancó y pasó las manos sobre su piel fría y temblorosa. Se quedó mirando ensimismado su cuerpo desnudo antes de recordar lo que iba a hacer.

—Eeh... Sí, iba a examinarte las costillas —dijo.

Ella cerró fuertemente los ojos cuando él tocó sus senos. Tenían marcas rojas de los apretones de los dedos de ese cabrón asqueroso.

T-Rex iba a morir por eso. Chillando de dolor.

Él la giró, levantó los pesados mechones de pelo goteante y pasó las manos por la curva de la espalda, por su cintura. Hasta la hendidura de su trasero caían sensualmente unas gotas de agua. Tenía pequeñas marcas azules en los muslos. Se dio cuenta de que él era el que se las había hecho.

Se ruborizó de deseo y de vergüenza y cayó de rodillas detrás de ella. Las acarició.

—Éstas te las hice yo, ¿verdad?

Ella asintió en silencio.

—Lo siento —dijo—. No quería hacerte daño.

—Está bien. —Su voz temblaba—. No me importó. En aquel momento.

Sean deslizó las manos entre sus piernas, tocando con el borde muy suavemente los tiernos pliegues escondidos de su vagina. Besó cada marca, una a una. Después volvió a besarlas todas. Ella se balanceaba en sus manos.

—¿No quieres que... eeh... me ocupe de tus cortes y arañazos? —preguntó ella, con voz temblorosa y sin aliento.

—Como quieras —dijo él. Se sentó en la cama y le apartó la toalla de un tirón cuando empezó a intentar envolverse en ella de nuevo.

—Ni hablar —dijo—. Hazlo desnuda.

Ella produjo ese sonido de risa ahogada que le encantaba a Sean.

—No me parece una idea práctica. No estoy segura de llegar muy lejos.

—Será terapéutico —la tranquilizó—. Te quedarás sorprendida.

—No lo dudo —murmuró ella—. Siempre es así.

Empezó con su espalda. Él la alcanzó con su visión periférica, maravillándose de su piel sin defectos. Besablemente suave, de textura fina como la de un bebé. Casi no notó el escozor cuando lo curaba con compresas de algodón, gasa y vendas.

—Deberías ir a urgencias —le dijo—. Necesitas puntos. Algunos de estos cortes son muy profundos.

—No —dijo él—. No me preocupa. Curarán pronto.

—Van a dejar cicatrices —advirtió ella.

Él resopló.

—Entonces estarán bien acompañadas.

Sus manos frescas y suaves lo acariciaron tiernamente.

—Tienes arañazos y moretones por todo el cuerpo.

Estaba adorablemente preocupada. Era encantador.

—Han sido un par de días intensos —dijo él—. Algunos son de T-Rex, otros son de una pelea que tuve con mi hermano...

—¿Tú hermano? ¿Cómo es posible?

—Tuvimos una pelea fuerte anoche —admitió él.

Ella se volvió a mirarlo, fascinada.

—¿De verdad? ¿Por qué?

—Es una historia larga y complicada. No me llega bastante sangre al cerebro para contarla. Algunos moretones son tuyos...

Las manos de ella, que blandían compresas de algodón, se detuvieron.

—¿Míos?

Él se rió ante su chillido horrorizado.

—Sí, tuyos —dijo suavemente—. Eres una mujer salvaje. Tengo suerte de haber salido de allí en una pieza.

Se bajó de la cama y le levantó la cara.

—Déjame curarte éste.

Trabajó, lenta y atentamente, en el arañazo que tenía en el pómulo, en el labio roto. Untando con mucho cuidado la crema, con ojos solemnes y concentrados. Liv la Enfermera Desnuda. Sus tetas estaban justo al nivel de sus ojos. Carnosas y llenas, con esa curva madura de melocotón que él ansiaba, pero con toda la suavidad puntiaguda y bamboleante de las tetas cultivadas en casa. No la redondez perfecta de la variedad de silicona.

No es que él hubiera sido quisquilloso nunca sobre tetas. No señor, le encantaban todas. Incluso las mejoradas quirúrgicamente tenían un lugar en su corazón. Las tetas existían para ser apreciadas apasionadamente, en toda su variedad maravillosa.

Pero cuando se enfrentaba a la perfección divina, no podía por menos que caer de rodillas en adoración. O en este caso, atraerla hacia adelante para poder regodearse en esas suaves y cálidas curvas, hociendo como un loco.

Frotó los pezones contra su cara y se llevó uno a la boca.

Ella se arqueó en sus brazos.

—¡Sean! ¡Todavía no he terminado contigo!

—¿No? —Se apartó de ella y se limpió la boca—. Perdón.

Liv se arrodilló frente a él y en su cabeza dieron vueltas fabulosas posibilidades. Empezó a darle crema en un largo arañazo que tenía en el muslo. El corazón le dio un brinco a Sean. Bueno, qué se iba a hacer.

Ella enrolló los dedos en gasa y lo miró intensamente a la cara, como si quisiera decir algo que él no quería oír.

Como si quisiera que él dejara de fastidiarla, probablemente.

Se preparó para replegarse y dejarla sola. Liv había tenido una terrible experiencia de acoso, y aquí estaba él, baboseando sobre sus tetas como un adolescente en el asiento trasero de un coche.

—¿Qué? —Su voz salió más áspera de lo que quería—. Suéltalo.

Ella se inclinó hacia delante, dándole sólo el tiempo necesario para preguntarse si eso estaba pasando en realidad. Entonces, Liv se metió el pene en su boca caliente.

Un placer caliente, húmedo y resbaladizo lo acarició, lo envolvió. Él jadeaba, con la cara roja, sin palabras. Él, que siempre tenía una charla inteligente, graciosa, para calentar a una chica, o tranquilizarla, o entusiasmarla, o excitarla.

Sin ella, era un idiota con la mente en blanco, gruñendo, que sólo esperaba no hacer nada torpe o rudo que la hiciera cambiar de idea.

Empezó con lentitud tortuosa, mientras se acostumbraba a su tamaño. Le lamió el glande, bañándolo hasta que brillaba, mientras descifraba qué hacer con todo él. No le llevó mucho tiempo. Se soltó para convertirse en la gatita sensual de sexo al rojo vivo que era, utilizando esas manos frescas y suaves en la parte de su pene que no le cabía, acariciando y apretando.

Profundizó la caricia, tomándolo más adentro en la boca de lo que él nunca había soñado que pudiera y apretándolo después fuertemente con un movimiento giratorio de la lengua y chupando y tirando al sacarlo. De nuevo, la inmersión resbaladiza, de nuevo el largo tirón, con sus labios rosa distendidos en torno a su pene reluciente, su cara rosa y cubierta de gotas, sus ojos muy dilatados, con los párpados caídos, y de nuevo ese tirón largo, caliente y mojado... oh Dios. Otra vez, otra vez, otra vez. Por favor. Por siempre.

Pero no iba a ser nada largo. Iba a explotar.

No iba a tener suficiente autocontrol para sobrevivir a la pregunta, pero de todas maneras era de buena educación preguntarlo.

—¿Puedo correrme en tu boca?

Ella le dio otro chupetazo enloquecedor y asintió, frotando la punta de su pene contra la mejilla.

—No me lo perdería.

—¿Estás segura de que no quieres que...? ah, coño.

Las palabras se interrumpieron cuando ella se lo metió otra vez en la boca.

Él se hundió hacia delante, él pelo de ella le colgó por la cara, respiró el dulce aroma del champú. Se sintió sacudido por estremecimientos de placer. Dios, ella era muy buena. Lo llevó muy cerca, y después lo soltó de nuevo.

Entonces empezó a acariciarle las pelotas con las yemas de los dedos. Caricias pequeñas y cosquilleantes. Pétalos de flor. Alas de mariposa. Eso era. Eso le hizo.

Hacia él venía en estampida una manada de caballos salvajes, atronando las llanuras. Sacudiendo la cabeza, resoplando. Con los cascos afilados como cuchillos agitándose, levantando barro y hierba. Esperó, con el cuerpo tenso, tirante como cable de acero, a que lo acribillaran. Y lo hicieron.

Abrió los ojos un tiempo después. Había caído de espaldas en la cama. Cajas, tubos y paquetes de plástico arrugados se le clavaban en la dolorida espalda.

Oyó el agua corriendo en el baño. Sus miembros eran de plomo. La cama se movió. Las cosas resbalaron a su alrededor, se reorganizaron. Liv se sentó a su lado. El colchón, al ceder bajo ella, hizo que la cabeza se le tambaleara hacia un lado. Sacó un peine del maletín de Miles y empezó a pasárselo por el pelo. Parecía un cuadro del siglo XVI. La mítica diosa de piel de alabastro en su tocador.

—Ese es mi trabajo —dijo él suavemente—. Para. Yo quería hacerlo.

Los labios de ella se curvaron.

—Se enredará de nuevo. Tendrás oportunidad.

Él se quedó acostado, maravillado ante su belleza. Disfrutando de su estado flotante, vacío. Pero no duró mucho. Demasiado pronto volvió a toda carrera la rabia, la fealdad y el misterio incomprensible de todo ello. Kev, T-Rex, Liv.

No podía manejarlo y sólo había una cosa en el mundo lo suficientemente irresistible para arrastrar a su mente por otro camino. Se deslizó fuera de la

cama sobre las rodillas y abrió sus perfectos muslos blancos.

Ella parpadeó.

—¿Sean?

—Déjame mirar solamente —suplicó él—. Lo necesito. Te necesito.

Liv dejó el peine y le tocó la cara con la mano. Lanzó un suave suspiro, pero no se resistió cuando él la empujó para abrirla.

Dios, era hermosa. Esa larga hendidura secreta color rosa, los pliegues brillantes de carne sedosa de chica. Pequeños puntos hinchados que sobresalían. Su coño estaba caliente, brillante e hinchado. Resplandeciendo de lubricación. Chupársela la había excitado. Impresionante. Se le hizo la boca agua. El pene saltó atento, preparado para la acción y la aventura, sólo después de qué, ¿diez minutos?

Irreal. Era prodigiosamente excesivo a nivel sexual y, claro, incluso él tenía sus límites. Solamente no los tenía cuando se trataba de Liv.

Liv bajó la mano y se separó los labios, deslizando dos dedos a cada lado del clítoris, y apretó de forma que éste emergió de su caperuza, rosado, tirante y brillante. Él le puso la boca, mamando con suavidad.

Ella se agitó en protesta, muy sensible. Él hizo más suave el contacto.

Puso rígida la lengua y se la empujó profundamente en la vagina. Ella se dejó caer en la cama, en su turno para la larga y generosa mamada.

Él la llevó arriba, arriba, la enfrió, como ella había hecho con él, una y otra vez. Cuando estuvo en el clímax de nuevo, deslizó dos dedos en su coño para buscar ese lugar caliente que se derretía dentro de ella, liberando la lengua para hacer un delicado y aleteante trémolo en su clítoris. Cuando se corrió fue como si en su cara hubieran estallado flashes. Ella se retorció, apretándole con el coño los dedos que tenía metidos. Su placer lo nutría y al mismo tiempo producía un insaciable anhelo de más.

Alcanzó los condones.

Capítulo 13

LIV NO SUPO QUÉ LA DISPARÓ. FUE SU AIRE DE naturalidad, como si estuviera tomando lo que le pertenecía. Tiró de las mantas hacia abajo, desparramando las cosas que había comprado Miles por el suelo, y la cogió por debajo de las axilas para empujarla al centro de la cama. Le abrió de un tirón los muslos y la montó.

—¡Oye! —Ella le empujó el pecho—. ¡No he dicho que pudieras hacer esto!

Él encajó la cabeza grande y roma de su pene enfundado en su abertura y lo empujó dentro.

—No. No lo has hecho. ¿Y qué?

—¿Qué quieres decir con eso de y qué? ¡Para!

—No. —Se empujó dentro de ella, apretándose bien adentro. Su cuerpo la fijó a la arrugada ropa de cama, sofocantemente grande, caliente y pesado. Su pecho apretó sus senos, aplastándolos.

Sencillamente la *atacó, con* esa enorme cosa suya hundiéndose y resbalando, haciéndola sentirse caliente y frenética. Sus golpes duros y pesados la sacudieron por la cama y la empujaron hacia arriba hasta que estuvo atascada contra el cabecero y tuvo que levantar los brazos y agarrarse.

—Páralo —silbó ella, retorciéndose—. Sal de mí. Me estás volviendo loca.

—Sí, ya lo sé —dijo él—. Te encanta.

Relajarse. Ja. Se soltó las manos de un tirón y le empujó la cara.

Sean le agarró los brazos de nuevo y se los sujetó contra el pecho, con las caderas latiendo sensualmente contra ella.

—¿Qué demonios te pasa? —le preguntó exigente—. ¿Es la posición? ¿Quieres estar encima?

—¡No! —aulló ella—. ¡Es la mirada en tu cara que no puedo soportar!

Él pareció sorprenderse y dejó de moverse, mirándola con el ceño fruncido.

—Eh, ¿qué estás diciendo? —preguntó recelosamente—. No sé siquiera qué mirada tenía mi cara, nena, ya que estoy detrás de mi cara.

—No seas sabiondo. —Le temblaba la voz—. Es esa mirada de «tengo derecho a esto». Como quien dice, me salvaste de T-Rex así que ahora es tu

derecho divino follarme, como sea, donde sea y cuando sea, siempre que quieras, ¿verdad?

Él pareció horrorizado y se retiró instantáneamente.

—Caray. —Rodó hasta ponerse de lado, sujetándola todavía—. No pretendía hacerte pensar en él. Lo siento.

La cara de ella se descompuso. Se la tapó con las manos.

Sean se acercó más a ella y la besó muchas veces, con besos suaves y suplicantes. Se quedaron así durante mucho tiempo, abrazándose en silencio, hasta que ella pudo hablar.

—Iba a cortarme —susurró—. Iba a hacerme cosas horribles, y después iba a enterrarme en un lugar solitario, donde nadie me encontraría.

—Sí, pero no lo hizo. Porque tú eres fuerte, valiente y rápida. Lo tengo en el punto de mira, créeme. Siento que se haya acercado a ti. Siento que respirara el mismo aire que tú.

—No. —Sacudió violentamente la cabeza—. No inventes que soy una gran heroína. Estoy viva sólo porque tú me seguiste. No porque sea tan grande, lista o valiente. Eso es pura mierda.

Él le acarició el pelo.

—Falso. Te vi morder a ese tipo cuando estaba apuntándote a la cabeza con un arma. No me engañas ni por un momento.

—Tú no lo entiendes. —Su voz tembló y se quebró—. Estaba muy asustada. Le habría dicho cualquier cosa. Cualquier cosa, ¿me entiendes? Le dije que te llevé la nota de Kev. Esa indiscreción mía podía haberte costado la vida.

Él le arrancó la mano de los ojos húmedos y frunció el entrecejo, muy serio.

—Nena. Todo el mundo se quiebra bajo la tortura. Léeme los labios. Todo el mundo. Los seres humanos no están diseñados para soportar ese tipo de abuso. No te sientas culpable por ello. Es una gran pérdida de tiempo.

Ella tiró otra vez de la mano, escondió de nuevo la cara y negó con la cabeza.

—Me derrumbé cuando me ocurrió a mí —dijo él—. En un segundo.

Ella se apoyó en el codo de un tirón.

—¿Tú? ¿Qué? ¿Cómo?

—¿Ves estas marcas? —Levantó el brazo y señaló las líneas plateadas que le atravesaban las costillas—. Eso fue en Sierra Leona. Tenía un trabajo custodiando una mina de diamantes. Había un señor de la guerra rival que

quería... bueno, para acortar una historia larga y tediosa, esto me lo hicieron con cable eléctrico.

Ella ahogó un grito.

—Oh, Dios. Oh, es horrible.

—Fue bastante malo —convino él—. No soy muy estoico, para ser sincero. Estaba llorando y pidiendo ir con mi mamá en nada de tiempo. Odio malditamente el dolor.

Eso era tan irónico, después de haber presenciado su furioso heroísmo en acción, que ella empezó a sacudirse por la risa, con los ojos llorosos.

—Bueno. Me alegra que mi historia desgarradora sobre angustia física y mental sea tan divertida para ti —dijo secamente.

—Cállate idiota —resolló ella entre ataques de risa.

Su sonrisa formó las sexis arrugas en torno a sus ojos.

—Eso está mucho mejor —dijo—. Me estás riñendo. Es más bien reconfortante.

Ella volvió a reírse hasta las lágrimas y rodó sobre su estómago, enterrando la cara en las mantas. La tormenta la recorrió, dejándola exhausta, pero de alguna manera más limpia. Levantó la cabeza.

La furia al rojo vivo que expresaban sus ojos le heló los huesos.

—Voy a perseguir a esa mierda sádica y a volverlo trizas por hacerte eso —dijo sin alterar la voz.

Ella se puso nerviosa.

—Um, ¿eso no es tomarse la justicia por tu mano?

—Sí. ¿Y qué?

—No tiene lugar en una sociedad civilizada —dijo ella.

Él se inclinó hacia atrás y cruzó los brazos musculosos detrás de la cabeza.

—Si la civilización es cortés conmigo, yo seré cortés con ella.

Liv pensó por un momento.

—Preferiría matar yo a ese cabrón.

Él la miró cautelosamente de medio lado.

—Ah, me temo que no puedo hacer ninguna promesa sobre eso, nena. Veremos cómo va saliendo, ¿de acuerdo?

Ella resopló.

—Veremos cómo va mi culo.

Él le besuqueó el trasero.

—Es un culo maravilloso —dijo.

—No intentes distraerme con sexo. —Estalló una llamarada de ira nueva y ella dio la vuelta y arremetió contra él, dándole manotazos en la cara.

Él paró el golpe fácilmente y todos los que vinieron después de ese. Liv enloqueció completamente y se lanzó contra él, en un frenesí de frustración.

Sean la sujetó contra la cama, manteniendo dominado su cuerpo, que se retorció sin control.

—¿Quieres que te enseñe a luchar? ¿De verdad?

—¡Sí! —gritó ella retorciéndose—. ¡Cabrón! ¡Quítate de encima de mí!

—Es un proceso largo y lento —le advirtió él—. Soy un maestro duro. Pateo el trasero. Pregúntale a Miles. Yo le enseñé. Mis hermanos y yo.

Ella subía y bajaba y corcoveaba bajo su peso.

—¡Te he dicho que te quites!

—Tú siempre estarás en desventaja en una pelea con un hombre —continuó él—. No importa lo que entrenes, no importa lo buena que llegues a ser. Es una cuestión de biología, de masa muscular, de fuerza de la parte superior del cuerpo. Lo único que puedo prometer es que tendrás más oportunidades de las que tenías antes.

Ella se derrumbó, jadeando. De sus ojos brotaron lágrimas de frustración.

—Sí —dijo, tragando duro—. Sí. Quiero más oportunidades.

—Hecho —dijo él.

—Pistolas y puñales también —añadió ella.

Él parecía alarmado.

—Ah. Está bien —dijo—. Si tú lo dices.

—Y bombas también. Dicen que sabes mucho de bombas. Quiero saber todo lo que tú sabes. Todo.

Él la miró fijamente, con los ojos abiertos de par en par.

—Me estás asustando, nena.

—Bien. Asústate. —Sus ojos bajaron hacia su erección—. Veo que el miedo no afecta tu entusiasmo sexual.

Él se miró también.

—Correcto —asintió—. ¿Quieres que te folle ahora, Liv?

Ella subió la mirada a su cara y tiró en vano de sus manos, todavía sujetas a la cama.

—No —dijo—. Quiero follarte yo.

—Eeh... ¿qué quieres decir exactamente con eso?

—¡Quiero algo que no puedo tener! —gritó ella—. Estoy harta de que me aten y jueguen conmigo. Quiero tirarte en la cama y enseñarte quién manda.

¡Quiero follarte hasta que aprendas algunos malditos modales!

Él parecía perplejo.

—¿Entonces eso significa que tú quieres ser el chico? ¿O qué?

—No seas tan malditamente literal —gruñó ella.

—Quieres atarte un consolador grande y doblarme y...

—¡No! —se apoyó de un salto en los codos—. Por el amor de Dios. Te dije que no me gustaban las perversiones raras. Puag.

—Sólo quiero dejar las cosas claras. —El hoyuelo aleteó en su delgada mejilla—. Acabas de decirme que querías matar a un hombre y aprender a construir bombas. ¿Qué es un vibrador comparado con eso?

—Deja de tomarme el pelo —dijo ella cortante—. Imagino que lo has hecho todo.

—No —admitió él—. Me gusta estar encima. Pero cuando se trata de ti, soy flexible. Haremos turnos. Me someteré a una sublime diosa del sexo como tú. Quizá no todo el tiempo, quizá no durante mucho tiempo, pero... algunas veces.

—Ah. Ya veo. —Sentía la cara como si estuviera ardiendo.

—Llegaría a extremos increíbles para satisfacerte —dijo, con voz sedosa—. Me doblaría en dos hacia atrás. O incluso hacia adelante.

Ella explotó en risitas convulsas.

—Dios, gracias. Dudo que te tome la palabra, pero agradezco el sentimiento.

—Solamente sé suave conmigo, princesa. Úsame con moderación, ¿de acuerdo? Tómallo con calma. —Le lanzó una mirada de soslayo—. Odio el dolor, ¿recuerdas?

—Cállate, payaso. —Agarró la almohada y le dio con ella.

Él se la quitó.

—El problema es ahora mismo.

—¿Y por qué ahora es un problema? —Trató de arrancársela, en vano.

—Porque después de esta pelea y de esta fiesta de chupada, y de esta conversación increíblemente extraña, mi polla está a punto de explotar. Y no me siento sumiso. En absoluto. Sé que quieres follarme, pero yo quiero follarte a ti primero. Y yo soy más grande. —Le dio la vuelta sobre el vientre—. Así que ve haciéndote a la idea.

Ella se retorció.

—¡Eso no es justo!

Él le apartó los muslos, acomodó el pene en ella y empujó dentro, con

una embestida profunda.

—No, no lo es. Trata de quitarme corcoveando, si puedes. Será divertido.

Liv lo hizo y fue divertido. Él martillaba dentro de ella, profunda y duramente. Ella forcejeaba contra él, con su cara caliente apretada fuertemente contra la almohada para ahogar los gritos que emitía con cada arremetida. Sean frotaba un punto secreto en lo profundo de ella que florecía más caliente y más brillante con cada golpe. Liv empujaba a su vez para responderle.

El clímax fue largo y desgarrador. Él le mordisqueaba la oreja mientras el clímax la sacudía, interminablemente.

—Quiero intentar algo —susurró él.

Liv casi no podía girar la cabeza.

—¿Qué?

—Algo que no he intentado nunca antes. —Salió de ella y le dio la vuelta. Tiró de ella hacia arriba, lo cual no era fácil ya que Liv parecía una muñeca de trapo tambaleante.

—Vamos, nena —la animó—. Sólo una cosita. Sólo por diversión.

Ella lo miró con ojos entornados, recelosa.

—¿Cómo puedes no haber probado nunca algo que yo esté dispuesta a hacer?

—Tú misma me diste la idea. Ya que eres una diosa bruja dominante que quiere enseñarme a follar con buenos modales. La cosa es que tendría que quitarme el condón y no hemos tenido esa Conversación todavía.

—¿Qué conversación? Ah, espera. Quieres decir...

—La conversación sobre sexo seguro —aclaró él—. Así que vamos a terminar con eso. He sido muy activo sexualmente, no puedo negarlo.

—Eso es seguro —murmuró ella ácidamente.

—Pero siempre me he protegido. Lo juro, uso el condón todas las veces. Religiosamente. Nunca lo he hecho sin látex. Nunca me he inyectado drogas. Soy rigurosamente heterosexual. Siempre he dado negativo en las pruebas del sida y todo lo demás que flota por ahí. Además, no voy a correrme dentro de ti...

—¿Entonces qué demonios estás proponiendo? —preguntó ella enérgicamente.

—Terminemos la parte dura e incómoda de esta conversación primero y después pasemos a la parte divertida, sexy y erótica. Tu turno, cariño.

—Ah, yo estoy bien. No he estado con nadie durante dos años. Me han

hecho análisis de sangre desde entonces, para mi examen anual. Negativo.

—Estupendo. —Se quitó el condón y lo tiró a la basura que había junto a la cama—. Entonces haz esa cosa excelente que estuviste haciendo antes. Ponte la mano en la vagina y aprieta con los dedos para que el clítoris se levante. ¡Guau! Tienes un clítoris tan estupendo, de aspecto tan agresivo.

Ella hizo lo que le pedía, esforzándose por no reírse.

—Bueno, ¿y ahora qué?

—El clítoris es como un vestigio de la polla, ¿sabes? —dijo él—. Y el tuyo ahora tiene una erección. Así que follame con él.

Liv todavía no entendía, hasta que él agarró con la mano todo su pene, dejando sobresalir sólo la ancha punta encendida sobre su puño apretado. La hendidura brilló con una gota resbaladiza y brillante de pre-eyaculación.

El cuello de ella, su cara, se volvieron aún más rojos y más mojados de lo que ya estaban. Tragó saliva y trato de contenerse.

—¿Qué te hace creer que esto es un vestigio de pene? —preguntó—. Depende del punto de vista. También se puede decir que tú tienes un clítoris ridículamente sobredesarrollado bamboleándose delante de ti.

Una lenta y complacida sonrisa se extendió perezosamente por su cara.

—¿Entonces eso es como una fantasía lesbiana? Maravilloso. Chica sobre chica, me apunto.

—Cállate, perro. No quiero oír hablar de tus depravadas aventuras sexuales previas. Me hacen desear darte una paliza.

Los ojos de él se abrieron desmesuradamente.

—Mmm. Ríñeme —murmuró—. Enséñame quién manda. —Agarró la mano libre de Liv, la enrolló en torno a su gruesa verga y la levantó, ofreciéndola con un gesto exagerado de sometimiento—. A ello. Enséñame modales, cariño.

Ella apretó la punta de su clítoris contra su pene y la deslizó dentro.

Ambos ahogaron un quejido. Fue un movimiento minúsculo. Intensamente erótico. Sus cuerpos se agitaron. La estimulación fue casi demasiado intensa para soportarla, pero Sean estaba gimiendo, sus anchos hombros se agitaban. Le gustaba, y a ella también. Frotó su glande con más fuerza contra ella. Su excitación creció, apretándose en un punto agudo y tembloroso.

Sean apoyó su frente empapada contra la de ella. Se agitó con risa y excitación.

—Tómame —susurró.

Liv se disolvió en risas al tiempo que su orgasmo latía a través de ella,

desgarrándole todos los miembros. Sean le agarró la otra mano y la enrolló en torno a su pene. Chorros calientes de semen salpicaron por encima de sus manos apretadas, hacia sus senos y su vientre.

Él apoyó la frente caliente en su hombro, temblando violentamente.

El líquido cremoso parecía quemar su piel. Liv bajó la vista hacia él, tocó las gotas blancas con las yemas de los dedos. Se sentía sin aliento, conmovida.

El semen siempre le había parecido un subproducto desafortunado y de alguna manera cómico del sexo. Algo pegajoso y desagradable de manejar. Habitualmente contenido seguramente en látex e ignorado convenientemente.

Esto era muy diferente. Esto era la ofrenda de su cuerpo. Un tributo a la vida, vertido en un altar de pasión y deseo. Entonces Liv deseó fervientemente que él le diera un hijo.

• • • • •

Había estado viajando en caída libre desde que lo vio entre las cenizas de su librería. El pecho dolía y le latía como si le arrancaran el corazón. ¿Cómo podía pensar en tener un hijo con él? Ese hombre podía destruirla de un manotazo.

Se puso a llorar en silencio.

Sean levantó la cabeza. Ella mantenía bajos los ojos llorosos. No podía soportar mirarlo. Lo apartó suavemente y salió de la cama.

—Tengo que lavarme —murmuró.

Cuando apartó la cortina de la ducha, Sean estaba allí de pie, esperando. Se sentía derretida y borrosa, incapaz de sufrir un escrutinio. Salió de la bañera y trató de pasar por su lado sin mirarlo.

—Maldita sea, Liv. —La hizo girar y la besó.

Fue un beso dominante, pero su deseo llameó inmediatamente para responderlo. Se aferró a él y lo besó a su vez. Él levantó los labios de los de ella.

—No hagas eso. Hacerme pedazos y después ignorarme.

—¿Qué crees que me hiciste tú anoche? —devolvió ella.

—Hagamos un trato. Tú no me lo haces a mí y yo no te lo haré a ti.

«Nunca es así de sencillo», quiso gritar ella.

—Vamos a besarnos para sellarlo. Mírame a los ojos, Liv. Y bésame.

—Acabamos de hacerlo —señaló ella—. Muy concienzudamente.

—Eso fue antes de que hiciéramos el trato. —Su voz tenía ese tono suave y desprevenido que le tocaba el corazón. No podía resistirse a él.

Puso las manos sobre las mejillas calientes y rasposas y se puso de puntillas para darle un suave beso en los labios.

—¿Prometido? —Su voz era áspera.

—Prometido. —Lo tranquilizó.

La sacó del baño, se estiró en la cama y le tendió los brazos. Liv escondió la cara contra su pecho y dejó que el profundo latido de su corazón la tranquilizara.

Debió quedarse dormida. Por su mente desfilaban imágenes extrañas, desde las violentas hasta las eróticas. Cuando se despertó encontró a Sean mirándola.

—¿Sí? ¿Qué?

—Dime todo lo que T-Rex te dijo, Liv —dijo él con suavidad—. Siento hacerte pensar en ello, pero tengo que saberlo.

Ella cerró los ojos y trató de recordar.

—Me dijo que me vio por la mira de su rifle el día que me encontré con Kev. Me reconoció en una entrevista en la televisión cuando abrí la librería. Así fue como me encontró. Vio a Kev darme el cuaderno de dibujo. Quiere las cintas ¿Qué cintas?

Sean sacudió la cabeza.

—Kev mencionaba cintas en su nota. Debió codificar la información en sus dibujos, pero la codificó demasiado bien. Nos sobrevaloró. No pudimos descifrarla. Lo intentamos. Durante meses.

—¿Dónde está ahora ese cuaderno? —preguntó Liv.

—Mis hermanos arrancaron los dibujos y los enmarcaron. Davy dijo que no iba a desperdiciar los últimos dibujos de Kev por nada. Yo no cogí ninguno. No puedo soportar siquiera mirarlos cuando voy a visitarlo. Esos tíos están hechos de un material más duro que el mío.

Ella besó su vientre duro.

—Tú eres suficientemente duro.

Él gruñó.

—Si quieres conocer a alguien duro, deberías ver a mi hermano Davy.

Ella frunció el entrecejo.

—¿Él es el que te hizo esos moretones?

—Ah, no lo culpes. Lo provoqué a propósito —dijo Sean ausente—.

Davy es un dolor de muelas, como cualquier McCloud, pero es estupendo. Te gustará. Y Margot, su mujer, es fabulosa. Te va a encantar. La mujer de Con, Erin, también. Estoy deseando que los conozcas a todos.

Eso le produjo un brillo cálido y cosquilleante en el pecho.

—Dime otra vez exactamente lo que Kev te dijo —dijo Sean.

—No mucho —dijo ella, con pesar—. Que lo estaban persiguiendo. Que unos tipos querían matarlo. Garabateó esa nota codificada y me dijo que te la llevara y que corriera como el diablo o me cogerían a mí también. Me asustó mucho. —Se encogió de hombros—. Eso es todo. Quisiera poder ayudarte más.

Él asintió con la cabeza, con los ojos a kilómetros de distancia mientras su cerebro desmenuzaba datos.

—¿Qué decía la nota de Kev? —preguntó ella—. Me lo he preguntado durante quince años.

Sean apartó la mirada. Soltó un suspiro, como si estuviera preparándose.

—Decía que si tú no desaparecías aquella noche serías carne muerta.

Ella lo miró a la cara. El silencio en la habitación creció. A medida que lo que él decía cobraba significado.

—Espera. ¿Quieres decirme que las cosas horribles que me dijiste eran para alejarme? ¿Hiciste eso deliberadamente? ¿Para protegerme?

Él asintió. Ella se deslizó fuera de la cama, las piernas casi no la sostenían. Lo miró fijamente, como si no lo hubiera visto nunca.

—Eso no es posible. —Le temblaba la voz—. Estás hablando en broma.

Él negó con la cabeza.

La furia, el dolor, crecieron dentro de ella como vapor. Se tapó la boca temblorosa.

—¡Cabrón! ¿Cómo pudiste hacerme eso?

—No lo sé. —Su voz era inexpresiva—. Todavía no lo sé. Eso casi me mató.

Ella se abalanzó contra él y le dio una bofetada. Él casi no retrocedió.

—Llevo quince años arrepintiéndome de haber hecho aquello —dijo él—. Pero si no lo hubiera hecho, T-Rex te habría matado. Estás viva, ¿de acuerdo? Tengo esa satisfacción. Hice lo correcto.

—¿Lo correcto? —Su voz chispeaba de rabia—. ¿Se te ocurrió por un momento decirme lo que estaba pasando? ¿No se te ocurrió confiar en mí? ¿No cruzó por esa piedra gorda que es tu cabeza?

—Te habrías resistido. No habrías querido dejarme en la estacada. Puede

que ni me hubieras creído. Tomé una decisión. Y me dolió mucho llevarla a cabo.

—Una decisión. Destruirme emocionalmente. —Soltó una carcajada histérica—. Caray. Fresco como una lechuga.

—Era la única forma de estar seguro de que subías a ese avión —dijo él—. Estaba encerrado, Liv. No podía protegerte. No había nadie a quien llamar pidiendo ayuda. Davy estaba en Irak, Con estaba en una operación en alguna parte. Kev estaba en problemas. La policía ya estaba cabreada conmigo. Hice lo que tenía que hacer. Y por primera vez en quince años, puedo decir que hice lo correcto.

Ella se apretó la cara con la mano.

—¿Nunca se te ocurrió ponerte en contacto conmigo después? —susurró ella.

—Sólo cada jodido minuto de mi vida —dijo él con furia—. Primero creí que era más seguro no acercarme a ti, mientras estábamos tratando de descifrarlo. Convencernos de que Kev se había vuelto loco fue un proceso largo, gradual. Te busqué después, pero estabas en Europa. Después terminé metiéndome en la vida militar. Te busqué cuando me licencié. Te vi una vez. Estabas en la calle con un tipo con el que salías. En Boston.

—Oh, Dios. —Se tapó la cara, sacudiendo la cabeza.

—Te seguí durante un tiempo, como tu maniaco obsesivo particular —continuó él—. Después me dio vergüenza y me fui.

—Sin ponerte nunca en contacto conmigo —susurró ella.

Él sacudió la cabeza.

—No parecía correcto. Sacarte de tu orden, trastornar tu vida, después de que habían pasado años. Me imaginé que te pondrías furiosa. Que me odiabas a morir. Y que me odiarías más aún cuando te explicara lo que había hecho. Sorpresa, sorpresa. Parece que tenía razón.

Ella no podía hacer que su garganta temblorosa se calmara.

—Toda mi vida mis padres me han mangoneado. Cuando te conocí, pensé al fin alguien que es recto conmigo. Qué irónico. Cuando se trata de mentir y manipular, le sacas ventaja a mi madre.

—Siento que estés tan ofendida. —Su voz era entrecortada—. Pensé que te alegraría saber que toda la mierda cruel que dije no era verdad.

—Ah, sí, eso. —Se sacudió con una risa dolorosa e irónica—. ¿Como la apuesta que habías hecho con la cuadrilla de construcción? ¿Te lo inventaste? ¿Como lo aburrida que te parecía la perspectiva de desflormarme? —Agarró el

teléfono y pidió línea.

Él le arrancó el auricular de la mano.

—¿A quién coño crees que vas a llamar? —gritó.

—A un taxi —le disparó ella a su vez—. Me voy de aquí. Ya he tenido bastante.

Él colgó el teléfono otra vez de un golpe y la empujó a la cama.

—Hice lo que hice porque te amaba. ¿Eso cuenta algo?

Liv temblaba, mirando fijamente la mirada fija de él.

—Si eso es lo que significa ser amada por ti, no sé si podré acostumbrarme.

Sean también temblaba. Estaba asustado.

—No. Me prometiste que no me tratarías con frialdad. Te exijo que cumplas esa maldita promesa. Me lo debes.

Era una exigencia imposible. No podía hacerla cumplir esa promesa estúpida. Los sentimientos eran los sentimientos. La ira era la ira. El pasado no podía cambiarse.

—¿Qué tratas de lograr aplastándome? —le exigió ella, esforzándose por evitar que su voz temblara—. ¿Usar la intimidación sexual para obligarme a no estar enfadada?

—La intimidación sexual es un plan tan bueno como cualquier otro que pueda idear —dijo él—. ¿Funcionaría? Haré cualquier cosa que funcione.

La llamarada de energía depredadora que emanaba de él, acabó con el poco valor que le quedaba. Negó con la cabeza.

—No funcionará —susurró.

—Veamos. —Le abrió los muslos y se encajó en su tierna abertura, empujándose profundamente dentro de ella—. ¿Esto funciona?

Ella apartó su cara descompuesta y nublada por las lágrimas, pero su cuerpo respondió al de él, inevitablemente, instintivamente. Abriéndose, cediendo, balanceándose.

—Sí, parece que está funcionando —murmuró él contra su oído.

Ella negó con la cabeza contra la arrugada sábana. Habría gritado, pero su garganta vibraba demasiado fuerte. La carga estaba creciendo ya, avivada por su ritmo duro y caliente. La erupción derretida estalló a través de ella, arrancándole sacudidas de oscuro placer.

Cuando pudo pensar de nuevo se dio cuenta de que sus pulmones no podían expandirse. El sólido peso de él estaba derrumbado sobre su cuerpo.

Lo empujó.

—Aire —dijo—. No puedo respirar.

Él se bajó. Sentía el aire frío sobre su cuerpo, donde el sudor los había pegado. Forcejeó para levantarse y se tocó entre las piernas.

Guau. Santo cielo. Era un lago. No habían usado condón.

O, para ser justa, él no lo había usado y ella no había dicho nada.

Sean le lanzó una mirada incómoda. Sus ojos se desviaron.

—No quise hacer eso. Nunca... coño. —Parecía perplejo.

Liv se deslizó fuera de la cama, esforzándose por recordar cuánto tiempo había pasado. Llevaba tanto tiempo sin tener sexo que había dejado de prestar atención a su ciclo. Estaba justo en el medio. Justo en la zona de peligro. Estupendo. Otro elemento de incertidumbre para darle color a su vida.

Sintió unas manos grandes detrás de ella, levantándola sobre sus pies. La alzó, lo que la hizo gritar del susto, pero la sostuvo contra su pecho duro y nervudo, tan fácilmente como si fuera una niña. La dejó en la bañera, agarró la ducha de teléfono y puso a correr el agua. Le abrió las piernas, la enjabonó. Pidiendo perdón con las manos. Ella miraba su coronilla, relajándose con las caricias tiernas y tranquilizantes.

—No sé qué pensar. —Liv hablaba para sí—. Quince años... Después mi vida se vuelve pedazos y tú sales de la nada. No sé qué sentir.

—Yo tampoco. —La secó con la última toalla de manos que quedaba—. Creo que has dejado impronta en mí, o algo así. ¿Sabes? Como algunos perros quedan unidos a una persona, eso es, nadie más funcionará.

Ella resopló.

—Um, sí, en realidad tienes muchas cualidades perrunas.

—¿Cuáles? —Él sonrió ampliamente—. ¿Lealtad? ¿Firmeza? ¿Valor generoso?

—Sí y sí. Sin embargo no creo que seas tan fiel. Creo que te las has arreglado bastante bien con lo que has ido encontrando por ahí.

—¿Porque me he acostado con muchas mujeres a lo largo de mi vida? — Su voz se endureció y sus manos dejaron de moverse—. ¿Crees por un instante que lo que está pasando entre nosotros no es importante para mí?

—No estoy tomando la píldora —farfulló ella—. Podría quedarme embarazada.

Él le besó las manos.

—Por alguna razón eso no me asusta.

Liv apartó las manos y se cubrió la cara con ellas.

—No digas estupideces. Hemos sido unos irresponsables. Estoy hecha un

lío.

—Lo siento. Tú me conviertes el cerebro en masa blanda, ¿sabes?

—Oh, Dios mío. Qué gratificante producir un efecto tan poderoso en un hombre. ¿No crees que no es el momento oportuno? Escapando de un asesino sediento de sangre mientras me levanto con náuseas de embarazo. Estupendo.

—Podemos hablar de ello más racionalmente mientras comemos algo —dijo él—. De cualquier modo existe la píldora del día después también. Pero estás agotada. Necesitas combustible.

El primer bocado que le llegó a la boca la hizo jadear de deleite. Era sólo una barra de cereales de nueces y miel, pero le supo a cielo. Lo mismo que las galletas saladas con mantequilla de cacahuete, las sardinas en aceite, la lata de coca-cola tibia. Se sentaron juntos en la cama con las piernas cruzadas y se lanzaron a ello como lobos.

—No puedo creer que esté comiendo esta basura —dijo ella—. Sabe muy bien.

—Alta cocina de supermercado de emergencia. —Le tendió otra galleta untada—. Quédate conmigo, nena, si quieres vivir mucho tiempo.

—¿Entonces qué estamos haciendo aquí? —preguntó ella—. No podemos escondernos en esta habitación comiendo galletas saladas y teniendo sexo salvaje y loco toda la vida.

—Ojalá pudiéramos —dijo él, y sonaba melancólico—. Pero tengo una amiga con la que podemos aterrizar. Nos espera más tarde, esta noche.

Liv se puso tensa y se enfadó consigo misma por ello.

—¿Amiga?

Sean levantó las manos a la defensiva.

—No es una ex amante, pongo a Dios por testigo. Nunca soñaría en entenderme con Tam. Me asusta a morir. Es sólo una... oeh, amiga realmente poco usual.

—¿Intimidado? ¿Tú? —resopló ella—. Ah, por favor. Pon los pies en la tierra.

—Soy un poco cobarde, si quieres saber la verdad —confesó él.

—Está bien. Un gran cobarde. —Puso los ojos en blanco—. ¿Poco usual en qué sentido?

—Tienes que conocerla para entenderlo. Tam es indescriptible.

—Como quieras —dijo ella—. Necesito hablar con mis padres antes.

—Davy ya los ha llamado. Saben que estás segura —dijo él.

Ella se sacudió con una carcajada seca.

—Ejem, no Sean. Saben que estoy contigo —corrigió—. No saben que estoy segura.

Él le ofreció el móvil.

—Sírvelo tú misma. Si tienes fuerzas.

Liv respiró profundamente y marcó el número de Endicott House. Descolgaron al primer tono.

—¿Hola?

—¿Madre? —preguntó ella—. Soy yo. Estoy...

—Oh, Dios mío, Livvy. ¿Te has vuelto loca? ¿Dónde estás?

—Estoy con Sean —la tranquilizó ella—. Estoy bien. Estoy segura.

—¿Cómo has podido hacerme esto? ¡Ven a casa ahora mismo!

—Ejem. En realidad... no. Voy a desaparecer por un tiempo. Yo...

—¡La policía necesita hablar contigo, Livvy! ¡Ese hombre es peligroso!

—Estás equivocada. Sean me rescató.

—¿Estás tratando de castigarme, Livvy? —La voz de su madre se quebró—. ¿Cuándo será suficiente sufrimiento para satisfacerte? ¿Cuándo parará? ¿Cuándo?

Liv se tragó todo el resto. No tenía objeto. Nadie escuchaba.

—Dale a papá un abrazo de mi parte —dijo—. Adiós, madre. Estaré en contacto con vosotros.

—¡Livvy! ¡Detente! No te atrevas a colgar ese...

Clic. Interrumpió la conexión y bajó la vista al teléfono que tenía en la mano. Se sentía vacía, ligera. Podría flotar como una hoja seca.

—Bien —susurró—. He cumplido con mi deber. Por si sirve de algo.

Dejó el teléfono. Sean estaba revolviendo en su grande y pesada bolsa de viaje color verde oliva llena de equipo misterioso.

—Hay algo que necesito decirte —dijo ella—. Algo que va a ser difícil de oír.

Él se quedó inmóvil un momento, después se enderezó y agarró el colchón a cada lado.

—¿Sí? —dijo receloso.

—¿Te acuerdas de que me dijiste que todo el mundo se desmorona bajo la tortura?

Él sacudió la barbilla en señal de asentimiento y esperó a que ella continuara.

—No siempre es verdad. —Trató de tragar por encima de la bola dura como una piedra que sentía en la garganta—. T-Rex dijo... que Kev nunca les

dijo nada. Dónde estaban las cintas, dónde estaba el cuaderno. Quién era yo. Sin importar lo que le hicieron. Él no habló. Así que... le debo la vida a él también.

Sean apartó la mirada. Se levantó y le dio la vuelta a la cama. Se sentó de espaldas a ella y se derrumbó hacia delante, apoyando la cara en las manos.

Liv reptó por la cama y lo abrazó por la espalda.

Se quedaron así mucho tiempo, esperando que cayera la noche.

Capítulo 14

—ESTATE QUIETO —GRUÑÓ OSTERMAN—. YA HABRÍA terminado si dejaras de retorcerte. Idiota.

Los orificios de su nariz se abrían con desagrado mientras limpiaba la herida de la nalga peluda de Gordon. El cuerpo del hombre apestaba. Fermentado y fétido. Ese tipo de intimidad era repulsivo para él. Volvía a él la razón por la que había abandonado la idea de practicar la medicina y escogido el reino de la investigación pura. Menos olores repulsivos.

Habría disfrutado el poder que le habría dado ser un famoso cirujano, pero los cuerpos humanos eran desagradables. Particularmente un animal sudoroso como Gordon. Sencillamente no tenía estómago para ello.

—Echa más anestésico, jodido sádico —ladró Gordon.

Osterman lo ignoró. Los cortes en la espalda de Gordon, la herida dentada en su mejilla y la marca de dientes en su muñeca ya habían sido curados debidamente, pero Osterman no había sido suave.

Osterman enterró la aguja.

—¡Joder! —silbó Gordon.

—Baja la voz. Un profesional con años de experiencia, derrotado por una bibliotecaria desarmada. Uno alucina.

—Ya te lo dije, ¡Sean McCloud me quitó de la mano la pistola de una patada mientras esa perra loca me apuñalaba la cara y me mordía la mano!

—No quiero oír excusas —dijo Osterman echando chispas—. No entiendo por qué no están simplemente muertos, maldita sea.

—No lo entiendo. —La voz de Gordon sonaba rasposa por la frustración—. Esperé encima de una roca justo encima de esa maldita carretera. Iba a matarlos cuando bajaran, pero nunca lo hicieron. Esa carretera termina en Garnier Crest. La única forma de salir de ese lugar era hacia abajo. Debieron llevar la camioneta a campo través, o quizá...

—Te pagué para que pensaras en todo eso antes del trabajo —dijo furioso Osterman—. Deberías haberle metido una bala entre los ojos.

—Eso no habría encajado con el perfil —dijo Gordon malhumorado—. Eso es lo que habría hecho un profesional, no un maniaco sexual obsesionado. Y la policía tiene que seguir creyendo que soy un maniaco.

—Te has metido demasiado en tu papel. ¿Tienes que matarla, no? ¿Qué

importa cómo lo hagas? Además, te medicaste antes de recogerla, ¿verdad? Puedo deducirlo por tu olor apestoso.

—Quería estar muy despierto —murmuró Gordon—. Tomé un poco de ZX-44.

—Se supone que te da agudeza en una situación de alto estrés —lo sermoneó Osterman—. Podías haber metido también barbitúricos.

—¿Cómo iba a saber que McCloud aparecería de la nada...?

—No pensaste en absoluto. —Osterman lo limpió y lo vendó lo más rápidamente posible, tratando de no inhalar—. Dejaste de pensar hace tiempo. Estás degenerando. A partir de este momento nuestro contrato queda anulado.

—Cállate, Chris. —Gordon giró la cabeza. El globo de sus ojos estaba inyectado de sangre, los labios inflamados. La cara estaba perlada de sudor frío—. Hay montones de razones para reconsiderar esa decisión. La mayoría no tengo que decirlas en voz alta. Como lo popular que serías en la cárcel con esa bonita cara que tienes, por ejemplo.

—No puedes delatarme sin incriminarte tú. —Osterman estaba muy tenso. Su peor pesadilla se estaba volviendo realidad. Chantajeado por un matón loco y maloliente.

Estaba furioso. Que él, un científico dotado que había dado tanto a la humanidad, que había renunciado a cualquier esperanza de vida personal, que había puesto toda su fuerza en el trabajo desinteresado para mejorar la calidad de vida de la gente, tuviera que verse forzado a tratar con tal basura. Con tal suciedad.

Se preparó.

—Has ido más allá de cualquier razonable...

—Pero la *razón* más importante es una que todavía no conoces. —La voz de Gordon adquirió un tono grasiento e insinuante.

Osterman apretó los dientes.

—¿Y qué puede ser?

—Una vez te oí decir que hiciste más progresos en tu investigación en esos cuatro días que tuviste a Kevin atado a tu mesa de examen que en el resto de toda tu carrera. Antes o después.

—No logro entender cómo puede ser eso relevante para...

—Las líneas de investigación más promisorias. Los diseños de producto e ideas más innovadores. —La sonrisa de Gordon se congeló, mientras tiraba de la gasa manchada de sangre que tenía adherida a su mejilla—. Y que nunca te divertiste tanto en tu vida como cuando te dedicaste a joder con el cerebro

superdesarrollado de aquel loco. Estabas encendido. Lo tocabas como un instrumento fino.

—Ve al grano y acaba de una vez —gritó Osterman.

Gordon levantó un grueso dedo.

—Uno: basta de sermones sobre autocomplacencia. Dos —levantó otro dedo—: piensa en esto antes de que me hagas matar a Sean McCloud. Es gemelo idéntico de Kevin.

La respiración de Osterman se le heló en los pulmones.

—Idéntico...

—Sí. —Un lado del labio de Gordon se curvó hacia arriba en una sonrisa grotesca—. ¿Estás seguro todavía de que quieres que convierta ese cerebro en un cubo de bazofia rosa antes de tener una oportunidad de jugar con él? Piénsalo bien, Chris. Una copia genética exacta, idéntica, de tu juguete favorito.

Osterman lo miró fijamente, le sudaban las palmas de las manos.

—¿Por qué no me dijiste que era el gemelo de Kevin?

Gordon se encogió de hombros.

—No lo sabía. No se parecían. Sean iba detrás de Kevin en la escuela porque a Kevin lo subían de curso constantemente y a Sean lo expulsaban continuamente. Descubrí que eran gemelos cuando interrogué a la chica. Cuando revisé mi colección de obituarios...

—Tener una ristra de cueros cabelludos en tu Palm Pilot es una práctica desagradable, retorcida y bárbara —lo interrumpió Osterman—. Peligrosa, también.

—Claro —continuó Gordon tercamente—, el obituario decía «le sobreviven los hermanos Davy McCloud, de veintisiete años de edad, Connor McCloud, de veinticinco, y Sean McCloud, de veintiuno». La misma edad de Kevin. Échales una ojeada a las fotos de su archivo. Si los miras detenidamente puedes verlo.

Osterman miró hacia la pared; sentía una excitación tan intensa como el deseo sexual.

—Lo quiero vivo —dijo ásperamente.

Podía sentir la sonrisa triunfante detrás de su espalda.

—Muy bien —ronroneó el otro hombre—. Puedes amarrar a McCloud y jugar tus juegos sucios, y yo me divertiré con la chica. Todos logramos placer sexual. ¿Trato hecho?

Osterman le hizo un breve gesto afirmativo. Tragó el exceso de saliva que

le estaba subiendo a la boca. Estaba temblando de impaciencia.

—Tendré que contratar algo de soporte —dijo Gordon.

—Por supuesto. Está claro que no puedes encargarte de él tú solo.

Los ojos de Gordon se afilaron.

—Creí que querías que fuera sobre seguro —dijo lentamente—. Para proteger tu trasero. Y también para proteger el blanco y suave trasero empresarial de Helix. Si quieres que trabaje con ese cabrón loco, lo haré. Pero no me parece muy prudente, ese tipo es extremadamente peligroso. Y estará en guardia.

—Alquila a quien necesites —dijo Osterman cortante—. Pero mantén un límite.

—Necesitaré gente para vigilancia. Los McCloud se darían cuenta de que los estamos vigilando, pero los Endicott son unos idiotas. Les pincharé los teléfonos...

Gordon siguió hablando, pero Osterman ya no escuchaba. Estaba perdido en los recuerdos de esos cuatro asombrosos días que había pasado jugando con el cerebro de Kevin McCloud. Liberado de cualquier responsabilidad de no herir a su sujeto, ya que gracias a las maquinaciones de Gordon el joven ya estaba oficialmente muerto. Cenizas, flotando en la brisa.

Lo cual significaba que la infeliz criatura atada a esa silla le había pertenecido, completa y plenamente, a Christopher Osterman.

Qué sensación. Poder absoluto, libertad total. La felicidad.

Desde entonces, había intentado siempre repetir la experiencia. En vano. No había encontrado un cerebro con una capacidad cercana a aquella con el que jugar.

Esto era peligroso. Gordon estaba chiflado. Las cosas se salían de control. Estaba arriesgando todo lo que había pasado la vida construyendo.

Pero Osterman no tenía esperanza de resistirse a esta tentación.

• • • • •

—No puedo descubrir qué estamos haciendo mal. —Cindy adelantó la cinta casera de la audición para ver si ese sonido temblequeante, *ua, ua*, estaba en toda ella. Sí. Trató de no refunfuñar.

—Suena como si estuviera tocando debajo del agua —dijo Javier lúgubrementemente—. No puedo mandar esa mierda. Se morirían de la risa.

Cindy no podía negarlo. La cinta sonaba horrible.

Ella quería verdaderamente que Javier entrara en el Programa de Jazz de Todas las Estrellas para artistas jóvenes. Era más que bueno, y podía ganar la beca, aunque no tuviera más que trece años. Tocaba magníficamente el saxo.

No era culpa de él que la grabación no fuera muy buena. Su micrófono era horrible, la acústica era horrible y el aparato de grabación era horrible, por no hablar de lo que ella podía estar haciendo mal. Necesitaba un micrófono decente, una habitación insonorizada, un aparato de grabación digital y a alguien que supiera lo que estaba haciendo. En pocas palabras, necesitaba a Miles.

«Mala cosa. Él cree que soy una conejita sin cerebro».

—Buscaré unas instalaciones mejores para grabar —propuso—. Lo intentaremos de nuevo. No te desanimes.

—No. La solicitud decía que tenía que estar enviado para mañana. —Javier estaba abatido—. Pero gracias por intentarlo. No te preocupes. —Le lanzó una sonrisa que le dolió en el corazón. Lo habían decepcionado tan a menudo que había llegado a aceptarlo con una gracia adulta que a Cindy le partía el corazón. Ella tenía diez años más. Y gemía y maldecía diez veces más.

—No, de verdad. No te des por vencido todavía. Tengo un amigo que es un mago del sonido. Voy a ver si puede echarnos una mano —prometió precipitadamente.

Javier se encogió de hombros como diciéndole que hiciera lo que quisiera mientras cogía el saxo y lo ponía amorosamente en el nido de pelusa carmesí dentro de su estuche.

Ella deseaba tanto que él obtuviera esa beca, que podía saborearla. Había conocido a Javier en el grupo de bandas jóvenes en el que trabajaba. Iban a echarlo por pelear y ella lo llamó para preguntarle por qué siempre se estaba peleando con todos los chicos. Resultó que los relucientes niños de mamá de la sección de metales lo habían estado provocando porque su padre estaba en la cárcel.

—¿De verdad? El mío también —había dicho ella—. Fastidia mucho, ¿eh?

Los ojos de Javier se habían entrecerrado hasta volverse dos ranuras marrones líquidas, muy receloso de que le estuvieran tomando el pelo.

—No me digas —dijo—. ¿Cuántos años le echaron?

—Cadena perpetua. —Su garganta todavía se contraía dolorosamente con

la palabra. Habían pasado años, pero no podía acostumbrarse a la idea de que su padre estuviera en la cárcel.

—¿No puede tener libertad condicional?

Ella negó con la cabeza.

—No hay ni una posibilidad.

—¿Por qué lo metieron? —preguntó Javier.

—Fundamentalmente por asesinato. Y algunas otras cosas, pero ésa fue la más gorda.

Eso había impresionado tremendamente a Javier.

—Caramba —dijo en voz baja—. Qué lata. El mío está por vender droga.

Se lo había ganado con esta pequeña muestra de superioridad. Tuvo unas palabras duras con Mike, que dirigía la sección de metales, y las cosas se tranquilizaron. Discretamente le dio a Javier el doble de lecciones de las que se exigían en el grupo. No fue mucho trabajo. Todavía no era muy bueno leyendo música, ¿pero a quién le importaba? Sus improvisaciones la hacían volar.

Estaba muy complacida consigo misma por haberle conseguido con artimañas un saxo de segunda mano de calidad profesional. Había usado las tetas, las risitas tontas y el chantaje con Dougie, el propietario de Doug's Music. Le había dado a entender a Dougie que sabía lo que había pasado en su despedida de soltero, y con quién. Su prometida, Trish, no lo sabía. Ni lo sabría nunca si Dougie sabía lo que le convenía.

Quizá Cindy había sido una chica mala, pero Javier consiguió un buen instrumento, Trish se quedó felizmente ignorante y Dougie era un cerdito que merecía ser asado lentamente con una manzana en la boca. Así que qué importaba.

Javier merecía esa beca. Ella no tenía tiempo para buscar a otra persona a quien obligar a ayudarla. Tenía que ser Miles. El dojo donde enseñaba Miles estaba cerca y ahora debía estar dando clase. Iría a verlo. Esperaba que no le arrancara la cabeza de un mordisco.

Estar en la lista negra de Miles era algo verdaderamente horrible.

Se subió a la bicicleta y pasó a toda velocidad por delante de las ruinas de la librería. Todavía estaba envuelta en humo. Qué lata. Endicott Falls necesitaba una buena librería. Era demasiado bueno para ser verdad. Típico.

Hablando de latas. De todas las cosas que ahora la deprimían, Miles encabezaba la lista. Era muy duro aceptar que la estaba evitando. Habían sido amigos desde siempre. Él conocía sus secretos embarazosos, toda la mierda

loca que había hecho, y la había aceptado de todos modos.

Pero ya no. Había cortado abruptamente con ella.

Durante sus años de amistad, Cindy sabía que él sentía algo por ella, ¿pero qué podía hacer? Nunca lo había engañado. Había dejado claro desde el principio que él no era su tipo, que sólo quería que fueran amigos.

Que la llamaran superficial, pero cuando se trataba de romance y sexo le gustaban los tíos musculosos, grandes y buenos. Obvio, ¿no? Que la mataran de un tiro.

Era muy duro. Quería hablar con Miles sobre todos sus problemas, todas las cosas raras que pasaban. Echaba de menos su forma de ver las cosas, sarcástica y divertida. La vida era monótona sin Miles para decir bobadas sobre ella. Y además era tan inteligente. Era magnífico que su mejor amigo fuera locamente inteligente y competente. Como si ella misma lo fuera, pero sin el esfuerzo y la preocupación. Fue increíble mientras duró. Pero ahora Miles no quería saber nada de ella.

Al menos tenía la satisfacción de saber que todavía la echaba de menos. ¿Si no por qué la habría usado para el perfil de Mina?

Eso le había dado una idea. Un favor que podía ofrecerle, a cambio de que ayudara a grabar la cinta de Javier. No le iba a pedir más favores gratis.

No mientras estuviera aún resentida con esa broma de que era una concubina, cuando no lo era.

Eso le había escocido. Meses trabajando dieciocho horas diarias, manteniendo limpia la nariz, ahorrando para el alquiler de la casa de Seattle... y él creía que era sólo una puta que cualquier tío podía comprar por un par de rayas de coca, ay.

Miró por ahí a ver si el nuevo coche de Miles estaba aparcado fuera del dojo, pero no lo vio. Subió corriendo las escaleras, arrugando la nariz ante el mareante olor a sudor. Estaban dando una clase de karate, según vio a través del cristal, con niños vestidos de blanco, haciendo una secuencia de patadas y puñetazos.

Abrió la puerta y se apoyó en el marco; reconoció a Miles a un lado, corrigiendo la postura de un chico con un cinturón verde anudado sobre el uniforme de karate. Miles le separó las rodillas para hacer más amplia su postura, tiró de su brazo hacia afuera, le subió el otro brazo y le dijo algo que le hizo reír. Le levantó la mano a la altura del hombro y le sacudió la barbilla. Listo. El chico balanceó la pierna hacia atrás y pateó la mano de Miles, una y otra vez. A veces le pegaba, otras erraba el golpe. Lo intentaron desde un lado,

desde delante, desde atrás de nuevo.

Cindy estaba asombrada. Miles parecía diferente. No había captado todo el efecto en el sótano oscuro. El pelo en cola de caballo. Sin gafas. Sonrió ampliamente al chico, dijo algo alentador. No parecía el vampiro gótico chiflado por la informática que ella conocía y amaba. Parecía, bueno, mono. Tenía además un cinturón negro anudado a la cintura. Caray. ¿Quién lo diría?

Giró en redondo, pateó. Tap, tocó el pecho del chico con el dedo del pie, muy delicadamente. Ella no era experta, pero eso parecía tremendamente gracioso.

Entonces, como podía predecirse, ocurrió el desastre. La vio y reaccionó demasiado tarde, justo cuando el niño disparaba su pierna hacia atrás de nuevo.

Zas, el pie del niño le dio en la cara y cayó al suelo, de culo. Hubo aullidos y gritos. Un montón de gente salió corriendo hacia él. De su nariz brotaba sangre y goteaba por todo su uniforme.

Cindy salió a la carrera hacia él, horrorizada.

—¡Mierda! ¿Miles? ¿Estás bien?

—Sal de ahí, no puedes subirte al tatami con los zapatos, Cin. —La voz de Miles era afilada como una navaja, aun farfullando a través de la sangre.

Ella se retiró, escarmentada, hacia la puerta, y esperó. La gente se arremolinó en torno a él. Alguien le llevó una toalla. Sus ojos se disparaban continuamente hacia ella. No parecían amistosos.

Ah, mierda. *Mierda*. ¿Qué pasaba con ella? ¿Estaba maldita o qué?

Miles se levantó y caminó airado hacia ella, quitándose el traje manchado de sangre con un silbido de desagrado.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí, Cin?

—Eeh... yo... —Se quedó con la boca abierta al ver su torso desnudo, estupefacta.

Santo cielo. Miles era, bueno, musculoso. Deltoides grandes, marcados, jugosos, en los que una chica podía hundir las uñas. Pectorales prominentes. Gran definición de los abdominales. Quería que diera la vuelta, que le enseñara sus dorsales, sus trapezoidales. Su trasero.

Um, no. Eso era pedir demasiado, en las circunstancias actuales.

—¿Eh, Cin? —la animó—. ¿Hola? ¿Por qué estás aquí?

Ella abrió y cerró la boca, irremediablemente, como un pez fuera del agua.

—Pensaste que me ayudarías a causar una primera impresión inolvidable

en mi primer día de clase, ¿eh?

Su voz rezumaba sarcasmo.

—Gracias, Cin. Ahora los chicos pensarán que soy el profesor más estúpido que han tenido nunca... Gracias a ti van a respetarme una barbaridad.

—¡No lo hice a propósito! ¡Sólo estaba ahí de pie!

—Sí. Es lo único que tienes que hacer. —Miles apartó la toalla de la cara e hizo una mueca de dolor ante las manchas pegajosas—. Dios. Necesito hielo.

—¿Voy a buscártelo? —preguntó ella, deseosa de redimirse.

—No. Dime solamente por qué estás aquí y acaba con ello. Vamos.

Le agarró el brazo y la llevó a una habitación llena de equipos de levantamiento de pesas. Cerró la puerta y se limpió la nariz.

—¿Entonces? Escúpelo.

—Es realmente difícil hablar contigo mientras me miras así de furioso.

Miles puso los ojos en blanco.

—Una mirada furiosa es la expresión por defecto de un tipo al que prácticamente le ha roto la nariz un chico de doce años. ¿Así que has pensado por fin en algo que quieres de mí?

Ella rechinó los dientes y continuó.

—En realidad, sí —admitió—. Pero no para mí. Es para Javier. Él es...

—Olvidalo. Pensé que habías dicho que no tenías novio ahora. En todo caso. No le voy a hacer favores.

—¡Javier tiene doce años! —dijo ella cortante—. Es uno de mis estudiantes. Quiero hacerle una cinta decente para una audición. Está haciendo una solicitud para el Programa de Jazz de Todas las Estrellas para artistas jóvenes y necesita una beca para...

—Saca los violines. —Miles apretó la toalla contra la cara, dándole otra oportunidad de comerse con los ojos su impresionante cuerpo. Esos bíceps estaban para morir. Tenía tantas ganas de tocarlos que los dedos se le retorcían.

—Ya no estoy en el negocio de hacer de técnico gratis —continuó Miles—. Paso todo el tiempo haciendo favores a mis amigos músicos. Por eso estoy en la ruina. Tengo que poner un límite en alguna parte, y es aquí. No lo cruces.

—Por favor —trató de persuadirlo ella—. Sé que crees que soy escoria, pero esto no tiene nada que ver conmigo. Javier es un chico estupendo. Su tío Miguel es el conserje del edificio Colfax y llevo dándole clase gratis casi un año. Su padre está en la cárcel y su madre...

—No quiero saber nada de su madre —la interrumpió Miles—. No quiero saber que trabaja turnos dobles en la fábrica para dar de comer al pobre niño muertecito de hambre. No me importa.

—Te llevará media hora —lo presionó Cindy—. Iremos a tu casa cuando te venga bien, mientras sea antes de que la oficina de correos cierre mañana. Javier es realmente un chico estupendo. Merece una oportunidad.

—¿Quién me va a dar a mí una oportunidad? —La voz de Miles era quejumbrosa.

—Bueno. Ya que lo mencionas... —Cindy cruzó los brazos sobre su vientre, apretando su nervioso revoloteo—. Eso me lleva a otra cosa. ¿Qué piensas hacer cuando Mezcla de Mentes quiera conocer a Mina?

La cara de Miles se oscureció.

—Cruzaré ese puente cuando llegue a él. Y en todo caso, no te importa para nada.

Cindy se echó hacia atrás, nerviosa por la ira que destellaban los ojos castaños de Miles.

—Bueno, me puse a pensar anoche en cómo el perfil físico se parece, eeh, mucho a mí.

—Maldita sea, Cin, te dije que...

—¡Shhh! ¡Escúchame! —Levantó las manos—. Pensé que si necesitabas organizar un encuentro real, podrías utilizarme.

Miles parpadeó.

—Utilizarte —repitió.

—¡Sí! —Le lanzó una sonrisa alegre, animadora—. Como cebo, ¿sabes? Es, esto... perfecto. Estaría encantada de ayudar.

Él se quedó completamente en silencio durante casi un minuto, con la boca abierta manchada de sangre.

—¿Estás chiflada? —explotó finalmente.

Cindy saltó, sobresaltada ante su vehemencia.

—Ah...

—¿Tienes idea de lo peligroso que sería eso? ¿Se te ha ocurrido pensar que estamos hablando de un asesino en serie?

—Ah, sí —dijo ella cautelosamente—. ¿Y qué? La gente se arriesga para capturar a tipos así, ¿verdad? ¿Por qué no voy a hacerlo yo? Sólo pensé que...

—No pienses, Cin —aulló él—. Nos irá mejor a todos.

—Todavía creo que es una buena idea —murmuró ella, a la defensiva.

—No es una buena idea. Es malísima. Y no conozco ninguna forma cortés

de decírtelo, pero he estado diciendo que es un genio de la física. He deslumbrado a ese tipo con el cerebro de Mina. Con eso es con lo que se calienta ese gilipollas. ¿Comprendes?

Ella se puso las manos en los puntos rojos y calientes que llameaban en su cara.

—¿Entonces lo que estás diciendo es que no soy suficientemente inteligente?

Miles parecía apesadumbrado.

—Tú lo has dicho, Cin, no yo. Tú tocas el saxofón estupendamente. Yo doy charlas de física. Todos tenemos nuestros dones.

—Ah, cállate —dijo ella, a través del moqueo de su nariz—. No me trates con condescendencia. ¿Te parece que son muy listos esos cretinos? Son lo suficientemente tontos para dejarse arrestar, ¿no? Y en lo referente a mezclarse con la clase equivocada de tío, soy... bueno... imbatible.

—No menciones esto a nadie. —La voz de Miles tenía un tono acerado.

—Ah, no. No te preocupes. Entiendo —balbuceó entre lágrimas—. Dios no permita que Connor y sus hermanos descubran que hablaste de sus grandes asuntos masculinos a alguien insignificante como yo.

—Deja de compadecerte de ti misma, Cin. Es realmente una mala costumbre.

—¡No me sermonees! Ya no eres mi amigo, así que ya no tienes derecho. —Se limpió la nariz con el dorso de la mano, lloriqueando furiosamente—. Está bien, no te preocupes por mí y mis ideas tontas. Te contrato para hacer la cinta de Javier. ¿Cuánto quieres?

Miles gruñó por lo bajo.

—Basta, Cin.

—No, de verdad. Tengo algo de dinero ahorrado. Dime tu tarifa por horas. Pero no se lo digas a Javier, porque se sentiría muy avergonzado.

—No te voy a dejar que me tomes el pelo —dijo Miles.

—¡No estoy tomándote el pelo! —gritó ella—. Dios, ¿qué tengo que hacer para convencerte? ¿Qué quieres de mí, una mamada?

La siguiente fracción de segundo fue muy extraña. Un momento estaba allí de pie, balbuceando llorosa. Al siguiente, su espalda estaba aplastada contra la pared, con el sorprendentemente duro cuerpo de Miles sosteniéndola allí.

Sin aliento. Arrastrada. Sobresaltada... y asustada.

—Nunca, *nunca*, bromees sobre eso conmigo —dijo.

El susurro áspero de Miles le hizo correr escalofríos por la espalda.

Emitió un sonido como un gozne oxidado. Notó cosas al azar, desconectadas. Como que tenía un aliento agradable. Una boca sensual. Y que se le estaba hinchando la nariz.

Huy. La nariz de Miles era realmente formidable, para empezar.

—Nunca más —repitió él suavemente—. No. Es. Nada. Divertido. ¿Lo has entendido?

Ella se lamió los labios y asintió con la cabeza.

—Lo siento —dijo.

Él no la soltaba. Sólo se cernía sobre ella, vibrando como un loco. Caray.

Miles era inusualmente alto, pero nunca le había parecido amenazador. Pero, claro, antes no se trataba con los McCloud. Esos sí que eran unos tipos amenazadores. Miles debía haber aprendido el arte de ellos.

Lo había aprendido realmente bien. La cabeza de ella se inclinó hacia atrás tanto para mirarlo que le dolió el cuello. Nunca había sentido esta cualidad de energía saliendo de él antes. Del bulto duro en su entrepierna irradiaba un intenso calor. Ella lo miró de reojo rápidamente y casi gritó. Dios. El viejo chiste sobre las narices grandes debía ser verdad literalmente. Miles estaba muy bien dotado.

Era como si hubiera un volcán dentro de él. Su viejo compañero genio estaba mirándola como si estuviera a punto de abrazarla y besarla.

Y durante un segundo salvaje y loco, deseó realmente que lo hiciera.

Él dio un paso atrás, rompió el contacto visual, rompió el encantamiento.

—Lo siento. —Miró hacia otro lado—. No pretendía asustarte.

Su corazón latía con fuerza. Sentía las rodillas temblorosas y débiles.

—Ah, por favor. Déjame en paz. No estaba asustada —mintió ella.

—Lleva al chico a grabar eso mañana a mediodía. No llegues tarde. Tengo cosas que hacer.

Abrió la puerta de un tirón y salió decididamente.

Bien, eso lo resolvió. Sus dorsales y sus trapezoidales eran para chuparse los dedos. Y su trasero era tan bueno como había imaginado.

Capítulo 15

ADEMÁS DE SER HORROROSO, EL TRASTO VIEJO DE Miles era una mierda tuberculosa y traqueteante. Sean trató de sacarle más velocidad al viejo monstruo, pero cuando llegó a noventa empezó a bailar por toda la carretera.

Aflojó, maldiciendo por lo bajo. Le estaba llevando más tiempo de lo que esperaba llegar a la casa de Tam. Estaba razonablemente seguro de que no lo seguían, pero le vendría bien dormir un poco en un lugar seguro. La fortaleza de Tam era tan segura como era posible, después del escondite de Seth y Raine en Stone Island. Seth le había instalado el sistema de seguridad. Pura paranoia de alta tecnología de última generación. Justo lo que el doctor ordenaba.

—¿Qué idioma era ése? —preguntó Liv.

Él le echó una mirada, sorprendido de encontrarla despierta y sacó el increíblemente sucio epíteto que acababa de pronunciar de su banco de memoria a corto plazo.

—Croata —dijo—. Un dialecto regional, en todo caso.

—¿Qué significa?

Él vaciló.

—Eeh, bueno, iba dirigido al coche —dijo evitando contestar.

—¿Sí? —dijo ella dulcemente—. ¿Y el significado? —Su voz suave y hermosa sonaba adormilada pero llena de curiosidad. Esperó.

Él suspiró.

—Era un ataque crudo y cruel a la virtud y castidad de la madre, abuela y bisabuela del mecánico que arreglo la última vez esta mierda de coche.

Ella produjo esa especie de risita ahogada que a él le gustaba tanto.

—Qué espantoso —murmuró—. Pobres mujeres. Qué injusto.

—Sí, es verdad. Mis modales son horribles —dijo ácidamente.

—¿Y dónde aprendiste croata?

Sean lanzó una mirada incómoda, pero no había nada que ver en la oscuridad, salvo el pálido destello de la enorme camiseta que llevaba puesta. Se había sentido muy agradecido cuando la princesa había caído en un sueño agotado en el mismo momento en que llegaron a la carretera. Necesitaba el descanso, en primer lugar. Y él necesitaba espacio también. Tiempo para

procesar lo que estaba ocurriendo.

Todavía no había terminado el procesamiento, pero Liv había acabado su siesta y se sentía renovada, charlatana y curiosa. Él también estaba dispuesto a ello.

—En el ejército —le contó—. En el Regimiento de Rangers. Especialmente en Europa y África. Conseguí trabajo por contrato a través de contactos militares. El dinero era bueno. Y le iba bien a mi humor en aquel momento.

—¿Trabajo por contrato? —Su voz sonó delicadamente cautelosa—. ¿Qué es eso?

—Mercenario —dijo él.

Eso la hizo callarse. Probablemente estaba pensando que había sido un matón a sueldo. En cierto modo, se podía decir que sí. Todo dependía del punto de vista. La vida era así. Difícil de definir, difícil de justificar.

—Caramba —dijo débilmente ella—. ¿Eso no es... eeh... muy peligroso?

—Sí. Conseguí mucho trabajo porque aprendo idiomas rápido. Hablo croata, farsi, algo de árabe, algo de persa, francés decentemente y un puñado de dialectos raros que probablemente no has oído mencionar nunca. Mi memoria fotográfica funciona también con las palabras, si programas el cerebro correctamente.

—Caray —susurró ella—. Sorprendente. Ojalá yo pudiera hacerlo.

Él le lanzó una ojeada.

—¿Y por qué no?

Ella le dirigió un resoplido burlón.

—Aterrizas.

—No, de verdad —protestó él—. Es sólo un truco. Mi padre nos enseñó. Sólo tienes que programar la mente para ello. No es gran cosa. Cualquiera podría hacerlo.

—Sí, claro. —Su voz estaba cargada de ironía—. No sé cómo hacértelo entender, Sean, pero lo que describes no es normal. Es, de hecho, lo que la gente podría describir como ser un genio monstruoso.

—Respecto a lo de monstruo tienes razón —aceptó él—. Deberías oír hablar a mis hermanos. Piensan que soy un idiota que sabe cosas. Puedo hacer trucos como un oso que baila, pero parece que no puedo alejarme de los problemas con los policías. ¿Qué sugiere eso sobre mi nivel de inteligencia?

Ella se tapó la cara. Él oyó risitas ahogadas. Le produjo un destello de felicidad arrancarle una risa, aunque fuera a sus expensas.

—¿Entonces has estado haciendo, eeh, trabajo por contrato desde entonces? —preguntó Liv cuando logró volver a controlar la voz.

—No. Me quemé hace tiempo. Al principio, después de que muriera Kev... después de que Kev fuera asesinado —se corrigió—, no me importaba si vivía o moría. Pero después de un tiempo empezó a importarme otra vez. Y si vives en un continuo peligro no importa la suerte que tengas, las estadísticas te pillarán. Además era demasiado deprimente. Aunque no me hubieran matada, habría muerto igual porque me habría acabado suicidando para no ver más toda esta mierda horrible cada vez que cerrara los ojos.

—Oh Dios —susurró—. Eso es terrible. Lo siento.

—¿Te acuerdas de esa mina de diamantes de la que te hablé? ¿El episodio del cable eléctrico? Éste fue el remache para mí. También me hicieron esta otra cicatriz en ese incidente. —Se puso la mano a un lado del abdomen, contra el punto de dolor recordado—. Tuve que estar mucho tiempo acostado mirando gotear una bolsa en el brazo y pensando lo jodida que estaba mi vida. Y decidí que era hora de dejar todo aquello.

Se quedó callada durante un rato mientras pensaba en lo que él había dicho, pero Sean sabía que no se había librado todavía. Los viajes largos en coche eran lo peor que había cuando se trataba de mujeres curiosas. Era como estar encadenado a una silla.

—Ese verano que nos conocimos, estabas ahorrando dinero para terminar la universidad —se atrevió a decir, con voz cautelosa.

«Y gasté hasta el último céntimo en un brillante para ti, nena».

Se detuvo justo a tiempo. No necesitaba cargarla con eso. Tocó la pequeña gema que tenía en la oreja, la retorció. Su único tic nervioso.

La lucía siempre desde que había reunido el dinero para ponerla en un pendiente y nunca se había preguntado por qué. Masoquismo tal vez. Un recuerdo severo para no enrollarse con las mujeres. Una mezcla perversa de las dos cosas.

Quizá porque era un pavo real presumido. El diamante era llamativo, lo cual le gustaba y molestaba a sus hermanos sin sentido del humor, lo que también le gustaba. Tomarles el pelo a Davy y a Con era una de las grandes alegrías de su existencia. Consideraban ese diamante una afectación decadente. A la mierda con ellos. Eso era el severo viejo loco Eamon hablando. No pensaba permitir que el fantasma de su padre ordenara sus accesorios de moda también.

La sombra que su padre había echado sobre su vida era ya

suficientemente larga como para incrementarla aún más.

—Entonces. Sé que estabas interesado en estudiar ingeniería química. ¿Alguna vez...? —Su voz se apagó.

—No, Liv —dijo él suavemente—. No terminé la carrera.

Ella hizo una pausa.

—No te estoy juzgado, ni pretendo criticarte, sólo me intereso por ti.

—No. Ese verano cambiaron muchas cosas. A decir verdad, me olvidé por completo de la ingeniería química. Ni me pasó por la mente.

—Lo siento —dijo ella calladamente.

—No lo sientas —le dijo él—. A mí no me importa. Mirando hacia atrás, la academia o la investigación teórica o un comité de expertos habrían sido una equivocación para un tonto como yo. Me habría vuelto mierda. Soy un adicto a la adrenalina.

Ella se retorció las manos.

—Lo siento mucho —dijo de nuevo.

Sean le lanzó una mirada desconcertada.

—¿Qué sientes esta vez?

Liv se encogió de hombros.

—Todo. Lo que pasó hace quince años. El palo que puse en tu rueda. También lo que ha pasado hoy.

—Ah. Eso —dijo él—. No sientas eso por mí. Estoy mejor de lo que estaba antes. Es más fácil lidiar con que Kev fue asesinado que aceptar que se había vuelto loco. Ahora tengo a alguien exterior a quien perseguir y matar. Eso es mucho mejor, nena. Mucho más.

—Bien —murmuró ella dubitativamente—. Supongo. Si tú lo dices.

Él decidió desviar las preguntas de sí mismo.

—¿Y tú que has hecho de tu vida los últimos quince años? —preguntó.

Liv soltó una pequeña carcajada.

—Comparado contigo, absolutamente nada.

—Ah, vamos. Suéltalo.

Liv levantó las manos.

—Cosas normales, aburridas y predecibles. Fui a la universidad. Fui al extranjero. Estudié Arte y Arquitectura y Literatura. Intenté aprender algo de francés e italiano. No llegué muy lejos. Obtuve un máster en biblioteconomía. Trabajé en sitios variados como bibliotecaria de investigación. Decidí probar suerte con una librería. Y el resto ya lo sabes.

—Creí que tus padres querían que te dedicaras al negocio de la familia.

—Ah, sí. Mi madre estaba frenética. Gasté mucha energía oponiéndome a ella. Supongo que ésa es la historia de la gran guerra de mi vida, pero es demasiado triste y aburrida para contarla. Para mí lo es. Nada de cruzar el desierto en camello o enzarzarme en luchas a espada o custodiar minas de diamantes o combates mortales con crueles señores de la guerra o cosas así. Sólo una vida aburrida y normal.

Él se frotó la cicatriz de su herida de bala.

—Alégrate por ello —dijo.

—Lo sé, pero parece tan insulso. Por lo menos hasta ayer, mi vida normal es básicamente trabajo. En el tiempo libre leo libros, compro comida, lavo, pago cuentas. Veo muchas películas. Me encanta trabajar en el jardín. Colecciono edredones de *patchwork*. Me gusta hacer pan y mermelada. Ser casera.

Él se lo imaginó. Cocinar con ella, cacharrear juntos en la hogareña y abarrotada cocina. Acurrucarse junto a ella debajo de uno de esos edredones. Masticar pan hecho en casa y mermelada, con ella, en su sofá. ¿Jardinería? Hmm. Quizá podría estirarse en una silla de jardín y tomar una cerveza fría mientras miraba a Liv trabajar en el jardín. Inclínada sensualmente sobre los tomates en un ángulo de noventa grados, con unos vaqueros apretados. Sí. Mmmm.

—Suenas muy agradable —dijo él con nostalgia—. ¿Puedo entrar?

Ella produjo un sonido, como si estuviera sacando aire de los pulmones.

—Para, Sean. No sé qué pensar cuando dices cosas como esa.

—Soy una criatura sencilla —dijo él—. Tómame al pie de la letra.

—¿Sencilla? —Su voz empezó a temblar—. Ah, sí, Sean. Claro. Mira lo que tu sencillez ha hecho con mi vida. Estuve en tratamiento psicoterapéutico durante años.

Eso lo dejó perplejo. Parecía tan equilibrada...

—¿Tú? ¿Por qué?

—Quería dejar de pensar en ti —dijo ella, enérgicamente.

Los dos miraron al frente, observando la línea amarilla que dividía la pequeña carretera que se curvaba a la derecha, a la izquierda, a la derecha de nuevo.

—¿Funcionó? —preguntó él calladamente.

Liv negó con la cabeza.

—No —suspiró.

—Para mí tampoco —admitió él.

—No quiero pensar en ello. —Su voz sonaba sombría—. Vamos a descifrar lo que está pasando aquí y ahora. Tú no me estás secuestrando, por lo que veo, ¿entonces cuál es nuestra situación? ¿Estoy huyendo contigo?

Sean se sintió repentinamente más contento.

—Me gusta eso.

—¿Y qué planeas hacer conmigo? —le preguntó.

—Se me ocurren unas cuantas cosas realmente divertidas sin pensarlo mucho.

—Para —le cortó ella—. Sé serio, por una vez.

—Te mantendré a salvo. —Las palabras salieron claras y decididas.

—Bueno, eso es agradable, Sean, ¿pero a cambio de qué? Un guardaespaldas profesional sale a unos doscientos dólares la hora. No tengo nada absolutamente. Y es real. Sólo una librería quemada y una hipoteca exorbitante. Recibiré en algún momento algún dinero por el seguro, pero hasta entonces...

—No me importa —dijo él.

—Y no creo que el hecho de que mis padres sean suciamente ricos ayude. —Su voz tembló—. Me han desheredado. Estoy fuera del testamento.

—Bien —dijo él, con tranquila vehemencia—. Ésa es una gran noticia, nena.

—¿Sí? ¿De verdad? ¿Entonces cómo se supone que voy a recompensarte?

—Con favores sexuales —dijo él rápidamente—. Veamos, doscientos dólares la hora durante veinticuatro horas, hace cuatro mil ochocientos dólares diarios, princesa. Eso significa muchos favores.

Ella se rió por lo bajo entre las manos.

—Ah, ¿quieres callarte?

—Estaría haciéndolo contigo todo el tiempo —dijo él—. Cuando no esté defendiéndote a capa y espada, estaremos retorciéndonos en la cama. Será agotador.

—Ya lo es —dijo ella cortante—. Casi no puedo caminar.

—Lo siento —dijo él mansamente—. Pero hablando en serio, no necesito doscientos dólares por hora. Lo haré sencillamente porque tú eres la princesa. Mereces ser protegida. No tienes que molestarte. Y no tienes que pagarme. Todo lo que tienes que hacer es existir. Eso es más que suficiente para mí.

Sus ojos brillaron, iluminados por las lágrimas. El silencio se hizo espeso por un momento.

—Eso que has dicho es muy dulce —dijo ella recatadamente—. Pero no

es muy práctico desde el punto de vista económico. Necesitamos un plan de detalles prácticos.

—Estoy trabajando en él, nena. Ahora, si me perdonas, aquí es donde tengo que empezar a concentrarme si quiero encontrar la casa de Tam.

Había memorizado el punto exacto en la cuarta curva después del viejo puente de piedra donde tenía que detenerse y girar a la izquierda, metiéndose y saliendo una y otra vez de una estrecha zanja, hasta dar directamente en lo que parecía unos matorrales. La maleza raspaba la carrocería del coche. Él empujó a través del muro de ramas.

Una vez atravesado, se encontraron en un claro ciego, bloqueado por el muro de un granero. El tejado en ruinas estaba verde por el musgo y lleno de grandes huecos. El coche se sacudió sobre algo metálico. Sean vio un destello de movimiento delante y se detuvo bruscamente antes de que las bajas y dentadas púas de metal que se levantaban en ángulo del suelo pudieran perforar las llantas delanteras.

—Oh, Dios —gritó Liv.

—Maldita sea, Tam —dijo él cortante—. Condenada bruja. Lo ha hecho para ponerme nervioso. No quiero tener que cambiar las ruedas de este montón de basura.

La fila de púas se retrajo lenta y majestuosamente en el suelo. Sean gruñó.

—Gracias a Dios. Qué generosa.

Un delgado rayo de luz roja se encendió y giró hasta que se enfocó primero en él, luego en la cara de Liv. Volvió otra vez a él, se detuvo. Sean se tocó la nariz, agitó los dedos, sacó la lengua.

—Sí, soy yo, Tam —dijo—. ¿Qué quieres, una maldita muestra de ADN?

Hubo un zumbido sofocado y la pared del granero se dividió en cuatro y se retrajo, mostrando una carretera que conducía al bosque que había detrás.

—Santo cielo —dijo Liv—. Nunca he visto nada como esto.

Sean gruñó.

—Sí, es como Disneylandia. Pero tiene dinero para tirar por la ventana.

Aceleró atravesando el granero. La carretera serpenteaba entre el espeso bosque, trepando y cambiando bruscamente de dirección, hasta que coronó una cima.

—Mira hacia abajo a la derecha —dijo Sean.

Ella lo hizo así y ahogó un grito. La carretera estaba en la cima de una colina que descendía hacia la playa. La vasta inmensidad del océano Pacífico

se extendía ante ellos, iluminada por la luz de la luna que arrojaba las sombras de los árboles atrofiados y retorcidos por el viento. Por el cielo se movían jirones de nubes peinados por el viento. Las olas bañaban la playa extensa y brillante, en largas bandas de espuma blanca y burbujeante, que se estrellaban contra agujas de roca negra. Era hermoso, de una manera fría, dolorosa, melancólica.

—La fortaleza de Tam está en la cima —explicó—. Camuflaje arquitectónico. En realidad no se puede ver hasta que estás en ella.

—Es como una película de James Bond. —Le temblaba la voz. Estaba nerviosa.

—Todavía no has visto nada —le aseguró él—. La misma Tam es como una chica Bond mala. Del tipo que dará una voltereta hacia atrás hasta tu cabeza y te romperá el cuello con sus muslos perfectos si no pareces listo.

Ella le dirigió una mirada preocupada.

—Vaya... me estás asustando.

—Ah, no, no te preocupes. Es muy divertida. Su único defecto es que nunca puedes relajarte con ella. Es... bueno, ya lo verás.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó Liv con exigencia—. ¿Qué hace? Me estás volviendo loca con esa cantinela de «ya lo verás, ya lo verás». Dímelo, ¡ya!

—Es un misterio —dijo él, impotente—. No estoy siendo evasivo. No sabemos mucho y nos da algo de miedo preguntar. Nadie sabe todo lo que ha hecho, pero fue ilegal, seguro. Y cuando veas su casa, verás que fue rentable.

—¿Cómo la conociste? No me digas que...

—No, demonio —dijo él apresuradamente—. Estoy requetelimpio, cariño. No necesito ir a buscar problemas. Ya estoy bastante ocupado con los problemas que me buscan a mí.

—¿Entonces cómo la conociste? —insistió Liv.

—Mi hermano Con la conoció hace un par de años. Era la amante de este multimillonario sicótico que estaba tratando de hacer desaparecer a la novia de mi hermano. Ahora es su esposa, Erin. En todo caso, resultó que Tam estaba tratando de asesinar al tipo también, pero era un cabrón realmente duro. Ella y Connor se salvaron mutuamente.

—¿Qué barbaridad las cosas que le pasan a tu familia! —murmuró Liv—. ¿Y al final, sí...?

—¿Sí qué?

—Mató al multimillonario —dijo Liv impacientemente.

—Ah, no. Fue Erin la que lo mató.

Ella le lanzó una mirada sorprendida.

—¿Quieres decir que Erin también es de esas chicas peligrosas que rompen el cuello a los tipos con sus muslos perfectos?

—No, mujer. Erin es una dulce y recatada experta en antigüedades que no le haría daño a una mosca. Pero apuñaló a ese malvado cabrón en la garganta con una daga celta de la Edad del Bronce. —La voz de Sean sonaba orgullosa—. La sangre salpicó por todas partes. Deberías haber visto las paredes del lugar. Era increíble.

—Gracias a Dios no lo vi —dijo Liv débilmente.

—Bueno, estaba tratando de estrangularla —añadió, a la defensiva—. Y entonces Con y Tam mataron a tiros a todos sus malvados secuaces. Fue intenso.

Liv sacudió la cabeza.

—Estoy sintiendo complejo de inferioridad.

—¿Por qué? No es diferente de lo que tú le hiciste a T-Rex esta mañana.

Liv soltó una carcajada.

—Hay una pequeña diferencia: Erin mató al multimillonario mientras que T-Rex anda todavía corriendo por ahí.

—No te sientas mal por ello, nena. La práctica hace maestros —la animó Sean—. Estoy seguro de que habrá otra oportunidad.

—¡Qué alegría!

Sean continuó.

—Y así fue como nos hicimos amigos de Tam. Fue dama de honor en la boda de Con y Erin, ocasión en la que le regaló a Margot, la esposa de Davy, un prendedor de pelo que vaporiza gas soporífero. Lo que le salvó la vida cuando los estaba persiguiendo un científico chiflado que vendía una vacuna letal contra la gripe...

Su voz se extinguió. Le lanzó a la cara de Liv una mirada incómoda.

—Quizá no sea un buen momento para contarte estas cosas.

—No, prefiero que me lo cuentes. —La voz de Liv era inexpresiva—. Es mejor que sepa que la mujer con la que me voy a quedar es una dura criminal profesional.

—Ahora no —dijo Sean rápidamente—. Criminal profesional retirada sería más exacto. Solamente se esconde en su fortaleza. Diseña joyería.

—Sí. Es tan inofensiva como una abuela que cose edredones. Estoy segura.

—Es especial, nuestra Tam. Trata de no tomarle manía —aconsejó él—. Fíjate en ese aparato de la era espacial que está encima del garaje.

—¿Qué garaje?

Ahogó un grito a medida que la ladera de la montaña se partía y los arbustos, el musgo y las rocas se deslizaban suavemente hacia un lado para dejar a la vista un garaje excavado directamente en la ladera de la montaña.

—Dios mío —susurró—. Esto es surrealista.

—Sí —dijo él, apagando las luces—. No te preocupes, a Tam le gustamos, por alguna razón. Me imagino que por eso no nos ha matado todavía.

Liv miró fijamente, transfigurada, al rectángulo de luz rojiza que había al final del oscuro garaje. La luz se derramaba, reflejándose en una larga franja en la piedra del suelo. Apareció la silueta de una forma esbelta, iluminada dramáticamente desde la espalda. Ladeó la cadera y se apoyó contra el marco de la puerta. De una mano le colgaba negligentemente una pistola. La otra acercó un cigarrillo a sus labios. La punta brillaba roja. Levantó la barbilla y echó una bocanada de humo. Parecía el comienzo de un número de baile.

Liv respiró profundamente y abrió la puerta del coche. Todo lo que necesitaba. Otro reto. Hacerse amiga de la hermosa y mala chica Bond.

Sean deslizó sus brazos en torno a su cintura.

—Relájate —susurró—. ¿Por qué la pistola, Tam? —le preguntó inquisitivamente—. Tranquilízate.

—El día que me tranquilice será el día que me maten. —La voz de Tam era baja y ronca—. Conozco tu cara, pero no conozco la de ella. Podría perfectamente estar poniéndote una pistola en las costillas.

—No hago cosas así —anunció Liv.

—Puedo verlo. —Tam aspiró otra vez profundamente su cigarrillo y caminó con tranquilidad hacia ellos, balanceando las caderas lánguidamente, manteniendo la cara de Liv en la luz y la de ella en las sombras—. Oh, Dios, mírate. Parece que tendré que hacer algunas compras de emergencia por la mañana. —Agarró la camisa ondeante que Liv llevaba puesta y la retorció, para poner al descubierto la forma de su cuerpo—. Bonitas tetas. Treinta y seis, doble D, talla... ¿doce?

Liv se apartó bruscamente, con los pelos de punta.

—Por favor, no se moleste. Me las arreglaré.

Tam aspiró de nuevo el cigarrillo.

—No puedo dejar que una hermana con una figura como la luya se vista así. Es un crimen. Sígueme. Y quítate esos zapatos.

Liv se detuvo en el umbral y se quitó las arruinadas sandalias.

—¿Tiene una regla sobre no usar zapatos en su casa?

—Tengo una regla sobre no usar zapatos feos en mi casa —dijo Tam tranquilamente.

Sean reprimió una risa y apartó la cara. Liv se prometió privadamente hacerlo pagar por esa equivocación. Con sangre.

—Mire, señora, he estado huyendo para salvar mi vida —le dijo Liv entre dientes—. He tenido cosas mucho más importantes en las que pensar que...

—Huyendo para salvar la vida... Ésa es una buena razón para arreglarse, pastelito. —Tam se metió la pistola en la parte de atrás de los vaqueros y les hizo una seña para que pasaran delante de ella—. Créeme, sé de lo que estoy hablando.

Liv miraba fijamente mientras Tam marcaba códigos para volver a activar las alarmas.

—Nunca te he visto con pelo castaño y ojos amarillos —dijo Sean.

—Disfrútalo mientras puedas —dijo Tam—. Puede que no lo veas de nuevo.

Tam era esbelta, musculosa y curvilínea, una triple combinación que Liv tomó como una afrenta personal, era muy injusto. Su pelo castaño estaba trenzado y largos mechones colgaban en torno a la afilada línea de su barbilla. Tenía la cara más asombrosamente hermosa que Liv había visto nunca. Todo era perfecto; pómulos altos, labios carnosos, nariz recta y perfecta. Sus ojos eran enormes; castaños dorados, con pestañas rizadas y cejas arqueadas. Había círculos oscuros bajo ellos, pero lo que haría parecer a otra mujer cansada y agotada, hacía parecer a Tam dramática y misteriosa.

Llevaba puestos unos vaqueros desteñidos de cintura baja y una camiseta sin mangas que dejaba ver varios centímetros de vientre liso. Sin maquillaje. Descalza. Todas sus joyas eran un cuerno dorado clavado en una oreja que se estrechaba hacia un extremo, como un colmillo. Cualquiera que la abrazara probablemente moriría desangrado, con ese colmillo clavado en la arteria carótida. Quizá ésa era la idea.

Liv se sintió gorda, desaliñada y sin clase. No podía dejar de mirar fijamente.

Tam la ignoraba, evidentemente acostumbrada a que la miraran. Los llevó a una enorme cocina y encendió una brillante luz en el techo. Liv parpadeó cuando la luz se refractó en un número incontable de superficies relucientes.

Tam le dirigió a Sean una sonrisa brillante.

—Tus hermanos estarán aquí para darte patadas a primera hora de la mañana.

Sean gruñó.

—Mierda. Tam, te dije que no...

—No tuve que hacerlo. Cualquiera idiota podría adivinar que ibas a aterrizar aquí. Esperemos sólo que no haya otros idiotas que sepan de mi existencia.

Sean le lanzó una sonrisa que mostraba también todos los dientes.

—Sólo estos idiotas que tienes delante.

—¿Y nadie os siguió?

—No. —Se miraron uno a otro con nerviosismo, como lobos dominantes dando vueltas.

—Hmmm —murmuró ella—. Vamos, vamos. —Agarró a Liv por el brazo y la empujó a uno de los taburetes que había frente a una gran barra.

Su cocina era asombrosa. Hectáreas de mostrador de resplandeciente mármol negro, extensiones interminables de brillantes electrodomésticos plateados, un enorme frigorífico plateado de doble puerta. Un bloque de cuchillos que sería la envidia de un chef profesional, hileras de ollas colgadas, con fondo de cobre. El lugar parecía una sala de exposición. Estaba claro que no había sido usada nunca.

Tam abrió el frigorífico y sacó una caja de plástico transparente con varias agujas hipodérmicas.

—Siempre preparada.

Liv parpadeó al verlas.

—¿Qué...? ¡Oye!

Chilló, forcejeó, pero Tam ya había subido la camiseta sobre su cabeza y la había tirado. Liv trató de bajar del taburete, pero la mano de Tam le aferró el hombro.

—¿Qué demonios? ¿Te importa? —silbó Liv—. ¡Dame mi camiseta!

La ceja perfecta de Tam se curvó ligeramente hacia arriba.

—Sean dijo que tenías cortaduras y una herida de mordisco. Quiero echarle una ojeada. ¿Alérgica a los antibióticos?

—¡No! —Liv miró furiosa a Sean que se encogió de hombros pidiendo disculpas. Imbécil ineficiente—. Y ya he tenido bastante gente arrancándome la ropa hoy para toda una vida.

Tam examinó la marca del mordisco, que estaba hinchada y enrojecida.

—Pero tienes unas tetas estupendas. Siéntate derecha y enséñalas.

Tam limpió el brazo de Liv con desinfectante y le clavó la aguja sin aviso.

—¡Ay! —Se sacudió, pero Tam le sujetó firmemente el brazo—. ¿Qué me estás haciendo? ¿Qué demonios es eso?

—Antibiótico de amplio espectro —dijo Tam—. Los mordiscos humanos pueden infectarse. —Hizo girar el taburete y limpió el otro brazo.

—Oye, espera. ¿Qué es...?

—Vacuna contra el tétanos. ¿Te has puesto una últimamente?

—Eeh... —Liv vaciló, tratando de recordar.

—Entonces necesitas una. —Zas.

Liv trató de no gritar mientras el líquido le quemaba el brazo como un picotazo masivo de horribles abejas. Pero parecía innoble quejarse por ello.

Tam levantó la tercera aguja.

—¿Te violaron? —Su tono era tan natural como si estuviera preguntando si Liv quería leche con el café.

Liv contuvo el aliento cuando relampagueó por su mente una imagen de T-Rex sentado encima de ella.

—No —dijo—. Casi, pero no.

Tam lanzó a Sean una mirada aprobadora.

—Bien.

—¿Qué hay en esa caja? —preguntó Liv con un poco de temblor.

—Una dosis de anticonceptivo del día después —dijo Tam—. ¿Lo necesitas? Pasaste el día luchando con un gorila sobresexuado que estaba cargado de adrenalina. Dudo que ejerciera mucha contención. Di la palabra.

—Por Dios, Tam —se quejó Sean—. ¿Puedes parar?

—Nunca —dijo Tam dulcemente.

—¿Eso no está disponible sólo con receta médica? —preguntó Liv.

La sonrisa de Tam le iluminó la cara, mostrando unos dientes cegadoramente blancos.

—Ah. ¿Es real? Es encantadora, Sean. ¿Dónde la encontraste?

Sean se encogió de hombros.

—En Endicott Falls.

Tam chascó los dedos en la cara de Liv.

—¿Entonces? ¿Quieres esta inyección?

Sean levantó los hombros en un gesto que decía «lo que tú decidas». Ella lo pensó un segundo y medio.

—No —dijo calladamente. Si llegaba a ser el caso, ella y Sean podrían tener La Conversación.

Los ojos de Tam se agrandaron. Escarbó en el armario y sacó una ristra de condones.

—Casi no los necesitas, pero cógelos, como un recordatorio de que no debes tomar ventaja de los sentimientos románticos de una chica. —Se los lanzó a Sean.

Él los atrapó con una mano.

—Estoy cansado de que todo el mundo me tire condones —gruñó—. Soy perfectamente capaz de comprármelos.

—Pero no de usarlos, ¿eh? —La voz de Tam era melosa.

—Métete en tus malditos asuntos, Tam.

—Ah, pero eso es lo que hacía. Hasta que recibí tu llamada. Si quieres mi ayuda, tendrás que tolerar mi mal carácter. Ahora quítate tú la camisa, muchachote. Es tu turno.

—¿Yo? —Sonaba apenado—. ¿Por qué? Nadie me mordió. Y no tengo nada infectado. Lo sabría ya si así fuera. Así que no te preocupes de...

—Cállate. —La voz de Tam era inflexible—. Si se le hace a ella, se te hace a ti.

Sean soltó una sarta de palabras mientras se quitaba la camisa de un tirón.

—Insúltame como quieras —dijo Tam—. Pero si vuelves a hablar basura de mi madre y mi abuela, te voy a sacar las tripas y te las voy a atar alrededor del cuello en un gran lazo de fiesta. ¿Entendido?

Los ojos de Sean se abrieron con asombro.

—¿Hablas croata?

La cara de Tam era una máscara de hielo mientras sacaba el aire de la jeringa.

—Las suposiciones te pueden matar. Perro idiota sucio, de boca de mierda.

—Eeh, lo siento —dijo él, escarmentado.

Tam le limpió el brazo y le clavó la aguja.

Sean silbó.

—¡Coño! Retiro lo dicho. No lo siento. En absoluto.

—Llorón. —Le limpió el otro brazo, clavó.

—Bruja del infierno —aulló él.

Ella respondió con algo incomprensible. Sean disparó algo más. Los

insultos volaron, cogiendo velocidad, volumen y energía malévolas, cada uno en un lenguaje nuevo que Liv no había oído nunca.

—¡Parad! —gritó, harta de esos dos.

La miraron fijamente, sobresaltados y en silencio. Liv recuperó su camiseta y se la puso.

—Dejad de presumir —dijo cortantemente—. Es verdaderamente irritante.

—Lo siento. —Sean se volvió hacia Tam—. Pero tienes que enseñarme el del hijo de un camello perezoso, follador de carneros. ¿Qué es eso, turco?

—Sí. Me gustó el curso sobre la oveja en los arbustos —dijo ella, con una ligera admiración en la voz—. Muy oscuro. Muy sucio.

Sean la miró durante un largo y pensativo momento, su sonrisa se desvaneció.

—¿De dónde coño eres, en todo caso, Tam?

Su sonrisa era brillante y vacía.

—De ninguna parte —dijo ella.

Tam abrió la puerta del inmenso frigorífico, que no tenía nada dentro excepto agua mineral y una gran caja.

—Ésta es vuestra cena. Lleváosla a la suite para comérosela allí. No puedo soportar el olor a comida esta noche.

—No *estás* comiendo, ¿eh? No tienes muy buen aspecto.

Los ojos de ella relampaguearon.

—Tu galantería barata habitual te ha abandonado.

—Has perdido peso —insistió Sean—. Más de lo que puedes permitirte perder. Y tienes ojeras. ¿Has estado enferma?

—¿Qué tal si te ocupas de tus malditos asuntos, eh?

Sean tomó la caja.

—Como quieras —dijo—. Gracias por la cena.

Tam le hizo un gesto con la barbilla, con poca gracia.

—Cógela y márchate. Esta noche me estás fastidiando. Toma la torre norte. Ya conoces el camino.

Liv se apresuró a seguirlo. Si ése era el aspecto de Tam cuando no tenía buena cara en sus buenos momentos debía ser una mujer fabulosa.

Capítulo 16

ALGO LE PASABA A TAM. NO ESTABA MÁS IRRITABLE QUE DE COSTUMBRE, pero tenía una extraña energía. Más extraña que habitualmente, es decir.

Él la describiría casi como vulnerable. Aunque probablemente moriría con una muerte lenta y horrible si llegaba a decírselo. Uno tenía que andarse con cuidado con esa chica si quería conservar las pelotas en su sitio.

Aun así. Estaba demasiado delgada. Ojerosa. Toda músculo y costillas y con las mejillas hundidas bajo los pómulos. Y esa red de venas azuladas que se transparentaban en sus sienes, no tenían buen aspecto. Alguien debería tantearla, ver si estaba bien. Quizá les diría a Margot y a Erin que lo hicieran. Él no se atrevía a hablar con ella. Sabía cuándo estaba fuera de su terreno.

Liv no hacía ningún ruido detrás de él mientras caminaba descalza por la larga escalera y lo seguía por el laberinto de pasillos y oscuras habitaciones que conducían a la torre norte.

—Caramba —murmuró mirando a su alrededor—. Este lugar es increíble. ¿Vive sola aquí?

Él resopló.

—¿Puedes imaginar a alguien viviendo con Tam?

—Eeh, no, en realidad. Es intensa.

—Dímelo a mí. Y así es como trata a la gente que le gusta. Imagínate cómo sería si te odiara.

Ella hizo un gesto de desagrado.

—Gracias, prefiero no hacerlo.

Empezaron a subir la escalera de caracol que conducía a la torre. Liv se detenía en cada descansillo, sofocando un grito ante la vista. La torre tenía que estar camuflada también. Estupendo. Incluso la princesa, que había crecido en múltiples casas de lujo, apreciaba la estupenda guarida de Tam.

Sean, que sólo había conocido de lejos los lujos durante toda la infancia, se había quedado asombrado con ella.

Y a él no le iba mal económicamente, vivía bien pero sin lujos. Su apartamento tenía todas las comodidades de la vida. Era todo una cuestión de grados.

La torre norte era una alta habitación octogonal tan grande ella sola como

un apartamento. La luz de la luna se derramaba a través de las ventanas en forma de diamante. Una escalera de caracol conducía a una bien ventilada buhardilla dormitorio que había arriba.

Él encendió una lámpara escondida en la pared que iluminó suavemente el piso de abajo, mostrando el recubrimiento de madera clara y la alfombra de nudo beis, además de sofás y sillas color hueso agrupados en torno a una gran consola de entretenimiento y el bar bien provisto. Un lado del octógono era cocina y zona de comedor.

Liv giró a su alrededor, con la boca abierta.

—¿Ésta es su habitación de huéspedes?

—Una de las muchas que tiene. —Sean dejó la caja—. La torre este es la habitación de trabajo de Tam, pero también están las torres oeste y sur, y montones de habitaciones. —Levantó la tapa de la caja y empezó a leer las etiquetas de cada paquete de comida, según los sacaba—. Pollo con sésamo. Salmón a la parrilla. Asado fresco de cerdo. Filet Mignon. Verduras braseadas con vinagre y beicon. Ensalada griega, ensalada de patata, tabule, rollos de masa fermentada, quiche de espárragos, alcachofas a la plancha, setas rellenas de tres quesos, pastel de chocolate, y nectarinas frescas, melón y pina. Y ah, Tam...

Sacó un paquete de seis de sus cervezas favoritas.

—Casi puedo perdonarla por la vacuna contra el tétanos.

—Es exactamente como tú la describiste. —Liv abrió el pollo y olfateó con deleite—. Todo lo que dice te pone en desventaja.

—Verdad, pero es buenísima en una pelea con armas. —Sean sacó una silla para ella, abrió dos cervezas y sacó los platos de la caja—. Vamos, nena. Comamos como cerdos, como si no hubiera mañana.

Se pusieron a ello como lobos hambrientos, haciendo ruidos apreciativos de vez en cuando en lugar de sostener una conversación social.

Cuando iban por la mitad, Liv se tomó un respiro.

—Además de las galletas saladas y las sardinas, ésta es la primera comida que he hecho en dos días. Y no soy del tipo que pasa voluntariamente sin comer. Al contrario.

—Bien —dijo él—. Nadie debería hacerlo.

—Después de ver a Tam, quiero estar a pan y agua diez días.

Él la miró parpadeando, perplejo.

—Tienes que estar hablando en broma. ¿Por qué?

Ella levantó los hombros y apartó la vista. Su cara se puso roja de

vergüenza.

—Tiene una figura tan impresionante —balbució.

Sean se quedó mirándola, incrédulo. Liv era su patrón oro para la perfección femenina. Cada detalle rosado y jugoso, hasta la forma de sus rosados dedos de los pies. Levantó la cerveza en un brindis silencioso a los cuerpos femeninos voluptuosos.

—*Bon appétit* —dijo simplemente—. Tú eres sensacional exactamente como eres. No me gustaría que fueras ni un poco más delgada. Lo digo completamente en serio. No me gustan las chicas fibrosas, ni los huesos que sobresalen. Me gustas tú.

—Um, eres muy amable —murmuró.

No le creía. Él sintió súbitamente una necesidad desesperada de hacerla entender.

—Lo digo en serio —protestó—. Me gusta tu cuerpo. Es maduro y jugoso. Me encantan esas tetas grandes y suaves que me llenan las manos. Me encanta la forma como se mueven. Me encantan tus blancos muslos suaves, dulces y besables. Me encantan esos bonitos hoyuelos de tus rodillas. Todo. Tam no tiene nada comparada contigo, nena.

—Ah, no compares —le dijo cortante.

—De verdad. Es una mujer de apariencia agradable, claro, pero está demasiado flacucha. Me preocupa. Debería ir al médico, tomar algún reconstituyente, dejar de fumar. No sé. Y no es mi tipo, sexualmente. Es como si fuera de acero inoxidable. El acero no me excita. Ni tampoco tener un duelo a muerte cada maldito segundo. Es divertido un rato, claro, pero es agotador. Soy un amante, no un luchador, ¿sabes? Me gusta consentir, hacer cosquillas, abrazar. ¿Quién podría consentir a Tam?

—Ya entiendo lo que quieres decir. —En sus labios apareció una sonrisa cautelosa.

Continuó aprovechando su ventaja rápidamente.

—Prefiero bailar con una mujer hermosa que combatir con ella. Y quiero bailar contigo. —Enfatizó su argumento inclinándose sobre la mesa con un tenedor con bizcocho de chocolate negro como la noche.

Ella lo aceptó e hizo un sonido bajo de aprobación que él sintió por toda la espalda, como una lengua tibia que lo lamía.

—Quiero caer sobre ti ahora mismo —confesó—. Agarrarte, lamerte, hociquearte. Eres tan dulce, tan suave y jugosa... Me encanta coger ese trasero redondo y sonrosado. Me encanta besarte las tetas. Y ese apretado y

lubricado...

—Para. —Su voz sonó con orden regia—. No es una conversación apropiada para la cena. Quiero concentrarme en la comida, muchas gracias.

Él se calmó. Terminaron la cena en medio de un cargado silencio.

Después se recostaron en las sillas, tímidos y silenciosos. El lujo exagerado era más inhibitorio que la sórdida habitación del hotel.

Sean no podía dejar de mirarla. Sus ojos se apartaban tímidos, pero él sabía que Liv era consciente de que tenía los ojos puestos en ella, mientras miraba su perfil.

Era más hermosa de adulta, concluyó. Sus rasgos se habían afinado perfectamente. Tan elegante y fina. Se movió incómodo en la silla.

—Estás muy guapa con esa camiseta —se arriesgó a decir.

Liv volvió a soltar una risita.

—Cuéntame uno mejor.

—Está bien —dijo él con facilidad—. Estás mejor sin ella. Quítatela.

Su expresión se volvió recelosa, pero él sintió la energía que empezaba a zumbar. Estaba cansada, hecha polvo... pero tentada.

—Tienes que estar bromeando. —Su voz era tajante y austera—. He tenido más sexo en las últimas veinticuatro horas que en los últimos tres años de mi vida juntos. No esperes que empiece a pagar esa cuenta de cuatro mil doscientos dólares esta noche, compañero. Necesito dormir.

Él le lanzó su mejor y más seductora sonrisa de chico malo. Ella hizo un sonido malhumorado y se puso de pie, echando el pelo hacia atrás. Se dirigió resueltamente al baño y desapareció dentro. El gorila que había dentro de él, y que nunca sabía cuándo dar un descanso, se puso de pie y la siguió.

Era incapaz de detenerse. ¿Cómo podría? Estaba perdidamente enamorado de la princesa. Había sido vencido desde que puso los ojos en ella. A la mierda los cuatro mil ochocientos diarios. Pagaría buen dinero por ser su guardaespaldas, su doncella, su masajista, su peluquero, su comediante, su esclavo sexual. Demonio, incluso plancharía. Le gustaba tener las camisas frescas y bonitas, así que no era malo para ello. Aunque era una habilidad que sabía que era mejor no presumir de ella.

Pero plancharía la ropa interior de Liv como excusa para estar cerca de ella. Le llevaría las maletas, le lustraría los zapatos, le chuparía los dedos de los pies. Le lamería el coño.

Sólo mirar sus pezones apretados contra el barato algodón blanco de la camiseta hacía que le sudaran las palmas de las manos. Se le ocurrió que,

entre una cosa y la otra, los últimos dos días, no la había visto usar ninguna clase de dispositivo restrictivo sobre esas tetas todavía. Sólo las había visto balanceándose y rebotando, al natural. Impresionantes.

Si fuera una mujer diferente, pensaría que lo estaba haciendo a propósito para enloquecerlo de deseo. Le daba igual que fuera a propósito o no. El resultado de loco deseo era exactamente el mismo, cualquiera que fuera el caso.

Quería hundir los dedos en aquella nube de pelo, levantarlo y mirar la fina línea de su cuello. Quería que volviera esos grandes ojos grises hacia él. Soltarse y caer en ellos, como el que cae al agua profunda desde una gran altura. Sumergirse en un misterioso mundo.

Quería verlo todo desde su punto de vista. Averiguar lo que pensaba sobre todo. Entrar en su mente. Se apoyó en la puerta, escuchando. Agua corriendo, descarga del retrete. ¿Era depravado escuchar detrás de una puerta? Suponía que lo era. Mala suerte. Él había llegado demasiado lejos para preocuparse de eso.

La puerta se abrió de repente y ella pegó un gritito cuando lo encontró allí de pie. Estaba secándose todavía la cara con una toalla, empapada y suave, el pelo alrededor de su cara y sus orejas estaba mojado y pegado a la cara. Olía a madreselva y a menta. Tenía los vaqueros colgados del brazo y la ropa interior lavada y colgada del soporte de la ducha.

Así que tenía el culo desnudo bajo esa camiseta ondeante.

Su erección pasó de un esperanzado a media asta a un saludo urgente.

—¿Qué haces acechando ahí? —preguntó enérgicamente.

Él le dijo la pura verdad.

—No puedo estar lejos de ti.

Sus hermosos ojos se convirtieron en dos rendijas. Se alejó y caminó pisando fuerte hacia la escalera. Él seguía como un perro de caza, dos pasos atrás.

Liv dio la vuelta al pie de la escalera y le hizo un gesto brusco de que subiera primero.

—No te voy a dejar subir un piso detrás de mí mientras tengas esa mirada en la cara —dijo.

—Claro, nena. Agárrame el culo todo lo que quieras. —Empezó a subir las escaleras meneando las nalgas y fue recompensado con una carcajada ahogada.

—Lo digo en serio —dijo ella—. Nada de sexo esta noche.

Él se quitó la camisa, estirándose, flexionándose y exhibiéndose, hasta que oyó ese resoplido de risa de nuevo.

—Lo prometo, no saltaré sobre ti —dijo él—. Pero no prometo que no trataré de convencerte de que saltes sobre mí.

—Ni lo sueñes. —Caminó resueltamente alrededor de la gran cama, tiró hacia atrás de la colcha de terciopelo color granate y se metió entre las sábanas, arrojándose con la colcha hasta la barbilla—. Voy a descansar.

Él se desabrochó los vaqueros, les dio una patada y se acostó desnudo en la cama, con el pene vibrando contra su vientre.

—Claro. Simplemente haz como que no hay un hombre desnudo en la cama cerca de ti con una enorme y dolorosa erección por ver tus tetas rebotar todo el día.

—Has tenido muchas oportunidades de saciar tu lujuria. Un hombre normal estaría en coma después de tanto sexo.

—Yo no soy normal —dijo él.

—Ya me he dado cuenta —replicó ella—. Quizá deberías ir al médico.

—Puedo pensar en una solución más rápida y sabrosa.

Los ojos de ella bajaron rápidamente a su pene. Él se lo acarició en su honor, con un tirón rudo y descuidado de su puño. Incitando a la bestia.

Liv rodó sobre su vientre y hundió la cara en la almohada.

—Te voy a ignorar —le informó con la voz apagada—. Buenas noches, Sean.

—Adelante. —Se metió entre las sábanas—. Eso no me impedirá soñar. Fantasear. Como he estado haciendo durante quince años.

Ella saltó como un resorte al oír esas palabras.

—Ah, ¿de verdad? —preguntó—. ¿Y has tenido tiempo de fantasear sobre mí con los multimillonarios psicópatas y los terroristas, y los científicos locos y los malvados señores de la guerra, y las balas volando? Por no hablar de las hordas de mujeres que han desfilado por tu cama.

—Tú estás todavía muy por encima cuando se trata de mi vida de fantasía —le dijo solemnemente—. ¿Recuerdas aquel día en la sala de la colección histórica?

Ella hizo un sonido ahogado que no pudo descifrar. Decidió tomarlo como un asentimiento.

—Todo lo que tengo que hacer es tocar el lomo de un libro viejo y vuelvo allí —dijo con tono soñador—. Duro como la piedra. Con mis dedos en tu coño apretado, caliente y jugoso. Sintiéndote correrte.

Ella lo ignoró.

—Cuanto más empujaba, más caliente te ponías.

Ella volvió a empujar la cara contra la almohada.

—Solías ponerte muy colorada cuando te susurraba cosas sensuales al oído. —Su voz bajó hasta convertirse en un canturreo suave como la seda—. Date la vuelta, Liv. Déjame verte la cara. Mírame. ¿Todavía te pones colorada?

Ella negó violentamente con la cabeza, con la cara todavía escondida.

—Ni lo más mínimo.

—Apuesto a que nadie le había dicho cosas sucias a la princesa virgen antes de aquello, ¿eh? Pero he sabido tener la boca cerrada para salvar la vida.

—Seguro que sí. —Las palabras salían apagadas, pero la nota de risa temblorosa lo tranquilizó. Continuó esperanzado.

—¿Te acuerdas de cuando hablábamos por teléfono? Siempre te decía que te tocaras mientras yo lo hacía y siempre me decías, no, no, no, que no lo harías. No, no, no, que no podías. Pero creo que quizá... sólo quizá, me mentías. —Se detuvo—. ¿Me mentías?

Ella no habló. En la cara de él se dibujó una sonrisa triunfante. Trató de dominarla. Era demasiado pronto para ponerse chulo y demasiado confiado.

—Eso pensé —continuó—. Era una tortura. Solo en una cabina pública, con gente a mi alrededor, así que ni siquiera podía agarrarme la polla. Imaginándote en tu cama virginal llena de encajes. Esos muslos suaves y blancos completamente abiertos. Sujetando el teléfono con el hombro mientras yo describía exactamente cómo quería tocarte, lamerte. Meterte la polla.

Ella se retorció inquieta, bajo la colcha. Él se le acercó más.

—Imaginaba tu mano en las bragas —continuó—. Tocándote hasta tener el coño caliente, abultado y resbaladizo. Era insoportable.

Ella asintió con la cabeza escondida todavía.

—Dime algo, nena. ¿Alguna vez te metiste el dedo en la vagina e imaginaste que era yo?

Ella levantó la vista a través de un velo enredado de pelo, con un destello de risa reacia en los ojos.

—Obvio.

—¿Sí? ¿De verdad? —Se acercó más todavía, para poder aspirar ese olor a madreSelva—. ¿Puedo hacer una pregunta muy personal?

Liv se agitó en risitas inevitables.

—¿Y es que la última no lo era?

Él ignoró el comentario, concentrado en su curiosidad.

—¿Alguna vez, eeh... usaste un consolador mientras pensabas en mí?

Ella vaciló.

—No te importa —dijo recatadamente.

Sean observó detenidamente sus mejillas calientes y sonrosadas, sus ojos bajos.

—Tomaré eso como un sí —murmuró—. Guau. Eso me deja sin palabras, nena. No puedo imaginarte yendo a una sex shop y comprando...

—No hice nada de eso —dijo ella cortante—. Era un regalo de broma. De mis amigas. Una vez hicimos una fiesta de virginidad renovada en mi honor. Para celebrar un año de celibato.

Él hizo una mueca de dolor ante la idea. ¿Un año? Ay.

—Brindamos con daiquiris helados, comimos galletas eróticas y pusimos verdes a todos los hombres que habíamos conocido —dijo ella—. Tú estabas incluido, te lo hago saber. Después de mi tercer daiquiri seguí hablando y hablando de ti.

—Me siento honrado de haber sido incluido —dijo él gravemente—. Entonces, eeh... ¿vibra?

Ella se sacudió con risa silenciosa.

—Por supuesto que vibra, gilipollas.

A él se le abrieron los ojos con fascinación.

—Guau. ¿Y lo usaste?

—Claro que lo usé —dijo ella agriamente—. No había tenido sexo en siglos.

Él trató de pensar en eso un rato y terminó apretando el puño en torno a su pene para controlarse, respirando profundamente y practicando control muscular para evitar correrse allí mismo. La idea de que Liv jugara con un juguete sexual vibrador le hacía brotar perlas de sudor de la frente. No pudo evitar preguntar.

—¿Y qué es mejor, el vibrador o yo?

Liv soltó una carcajada.

—Ah, por favor. El vibrador es mucho más pequeño que tú, no te preocupes. Menos problemático, también.

—¿Menos problemático? —Frunció el entrecejo—. ¿Qué demonios quiere decir eso?

—Significa que cuando termino lo apago, lo lavo con agua y jabón y lo

pongo en su caja. No me sigue por todas partes, ni me manipula para obligarme a sesiones maratónicas de sexo.

—Mmmm. —Hizo el truco de respirar profundamente otra vez, apretando todos los músculos de la ingle, estrujando con la mano su pene dolorido—. ¿Princesa? Si salimos de ésta, cuando las cosas se tranquilicen... ¿podemos jugar con él?

A ella le dio otro ataque de risa.

—¿Y para qué? ¡Como si el que tú tienes en el cuerpo no fuera bastante para lidiar con él!

—Quiero mirarte mientras lo usas —confesó él—. La sola idea me hace prácticamente explotar sobre las sábanas.

Ella gruñó.

—Ah, por favor. ¿Qué es lo que no produce ese efecto en ti, Sean?

—Eh. No es justo. —Se dejó caer sobre la almohada—. Me enloquece la idea de pensar en ti autocomplaciéndote. Eres muy sexy.

—Ya, para. No exageres.

Él restregó la cara contra su pelo y lo levantó para ver el color rojo brillante de sus mejillas. Estaba funcionando.

—¿Cariño? —preguntó suavemente—. ¿Quieres tocarte ahora?

Liv soltó un suspiro tembloroso y negó con la cabeza.

—No significa que tengas que tener sexo conmigo —la persuadió—. No significa que yo he ganado y tú has perdido. Es sólo placer. Quiero que lo sientas. Me encanta cuando estás complacida. Me encanta cuando das un mordisco de chocolate, cuando te ríes, cuando te corres. Me hace feliz.

Liv se revolvió bajo las mantas y él sintió que estaba cediendo cuando se acurrucó más cerca y le puso el brazo sobre la tensa y temblorosa espalda.

—Hazlo. Ponte la mano entre las piernas. —Su voz era una caricia aterciopelada contra su cuello—. Ni siquiera puedo verte. Todo está debajo de las sábanas. Todo es secreto, escondido. Sólo hazlo. Date ese placer.

Le llevó mucho tiempo llegar al clímax. A él le encantaba sostenerla, sintonizar con ella, sentir la tensión mientras se esforzaba por lograrlo, pero era una tortura sentir esa energía sexual vibrar a través de su hermoso cuerpo y quedarse fuera. Esperando pacientemente.

Finalmente llegó. El placer sacudió y estremeció su cuerpo y por reflejo apuñaló el de él. Le hizo ahogar un grito.

Todas las veces cometía el mismo error, lo hacía peor, lo llevaba más lejos. Cada vez que la follaba le salía el tiro por la culata, empujándolo cada

vez más profundamente en un remolino que él mismo había producido.

Le acarició el pelo con la cara, separándolo hasta que sus labios tocaron piel empapada. La tocó con la punta de la lengua, le supo a sal, a dulce. Aparentando ser el seductor seguro que lo tenía todo controlado, no un hombre desesperado que se partiría en pedazos si ella lo dejara.

—Liv —dijo. —¿Me deseas ahora?

No pudo ocultar la necesidad en su voz, aunque lo avergonzaba. Toda la estúpida palabrería y estaba reducido a suplicar de todas formas.

Ella asintió con la cabeza. Él casi sollozó de alivio.

—Dime que me deseas —le exigió—. Dilo. Necesito oírlo.

Liv volvió la cara y lo miró. Sus ojos se inundaron de lágrimas.

—Te deseo —dijo sencillamente.

Sean agarró las sábanas y tiró de ellas hacia abajo sobre su cuerpo. La camiseta se había encaramado sobre su magnífico trasero. Tiró de ella sobre su cabeza, haciendo caer su pelo sobre su cara y la arrojó lejos.

—¿Te das la vuelta?

Liv negó con la cabeza y apretó la cara contra las sábanas de nuevo. Sean bajó la vista a su exquisito y carnosos trasero y su respiración se aceleró. Estupendo. Esa posición estaría bien.

Sacó el condón que había dejado debajo de la almohada y se lo puso con dedos temblorosos. Se puso detrás de ella, acariciando sus nalgas suaves como la seda, deslizando su mano tiernamente entre sus muslos. Ella separó las piernas para él, inclinando el culo hacia arriba con un suspiro mientras él provocaba a abrirse a los carnosos y brillantes labios de su vagina sonrosada. Su atrevida caricia la hizo sacudirse y temblar mientras él extendía lubricación caliente por todo el lugar, para hacer más fácil su acceso.

Los dos gimieron cuando él deslizó su pene pesadamente en sus profundidades. Sean se agarró y bombeó dándose bien y despacio, pero el ritmo se aceleraba de todas formas. Era Liv la que lo animaba, empujando hacia atrás con el culo, exigiendo sin palabras que fuera más profundo, más duro.

Él se lo dio. Era incapaz de hacer otra cosa.

—No hay nada como esto... No hay una como tú en el mundo, princesa.

Liv se rió de él, pero el sonido era subrayado por jadeos sollozantes con cada golpe pesado.

—Vamos. En esta posición podría ser cualquiera para ti. Tú podrías ser Atila rey de los hunos, y yo podría ser Sofía Loren.

Esa broma lo cogió fuera de guardia y lo puso furioso. Deslizó el brazo en torno a su cuello y le dobló la cabeza hacia atrás.

—No importa en qué posición estés. Sé exactamente a quién estoy follando. Conozco el sabor de tu sudor. El sabor de tu lubricación. El olor de tu pelo. La curva exacta de tu culo, tu cintura, cada hueso de tu columna. Cada lunar. Este... —Le besó el omóplato— Y éste, y este grupo de tres. Conozco los hoyuelos de tu culo...

—Está bien, me has convencido. Deja de tirar de mi cabeza hacia atrás.

Tenía la voz ahogada y temblorosa, pero no parecía molesta. Él aflojó, pero no mucho, sintiendo que la rudeza la excitaba.

—Tú me conoces a mí también —dijo—. No me confundirías con otro hombre con el que hayas estado, ¿verdad?

Ella trató de hablar, pero no lo logró. Negó con la cabeza.

—Te gusta esta posición, ¿verdad? Puedo darme cuenta por ese aleteo que hace tu coño cuando froto este punto con la cabeza de la polla.

—Sean... —Agarraba la sábana con puños temblorosos.

—Tira de mí, como si estuvieras suplicando que me quedara. Suplicándome que masajee todos esos dulces puntos calientes hasta que... ah. *Sí.*

Liv estaba muy excitada, podía notarlo. Él se apartó, con los ojos apretados mientras saboreaba cada oleada apretada y palpitante, y tiró de su cara para volverla hacia la suya.

—Ahora no pareces una muñeca de porcelana —le dijo—. Toda mojada, suave y dulce. Ese color caliente de rosa me vuelve loco.

—Ya estás loco. —El sonido se ahogó en un gemido cuando él empezó a moverse otra vez. Hundió la cara en su pelo, respirando hambriento ese olor caliente y mojado a madreSelva. Lamiendo el delicado sabor a sal entre sus omóplatos.

Siempre había sido bueno para meterse en la mente de una chica, para intuir lo que necesitaba para correrse. Desde que tenía trece años había sido bueno para eso. Pero nunca había recibido los efectos él también. Acariciar su clítoris era como tocarse él. Cada embestida de su pene era un latigazo dulce de placer mutuo.

La llevó hasta el orgasmo, pero él estaba allí con ella, temblando al borde del abismo. Liv se aferraba a sus manos, pidiendo más con cada movimiento de su cuerpo.

—Date la vuelta —dijo.

Ella se puso rígida y volvió la cabeza.

—¿Por qué?

—Quiero besarte —dijo—. Quiero mirarte a los ojos.

Ella vaciló, pero él salió de su vagina caliente y apretada y la puso de espaldas. Montó de nuevo y se deslizó profunda y duramente en sus profundidades resbalosas, arrancando un grito ahogado de su garganta.

—Uno más —dijo—. Uno más y me corro contigo.

Le apartó las manos de la cara y se las extendió. No era una prisión, ella se estiró voluptuosamente contra la resistencia. La abrió más a él, su pecho, su garganta. Pecho con pecho, corazón con corazón. Un dique que se rompía. Un geiser haciendo erupción.

El placer tronó, se astilló a través de sus cuerpos fusionados.

Casi no quedó nada de él después de ocuparse del condón y meterse de nuevo entre las sábanas empapadas y arrugadas.

La abrazó celosamente apretada. Estaba tan agotado como ella, probablemente más, pero todo lo que podía hacer era contemplar el abanico negro de pestañas contra la mancha de rubor rosado de sus mejillas. Sobrecogido por lo hermosa que era. Aterrorizado de que esta cosa increíble se echara a perder para él.

Podía cometer un error gilipollas, dejar que T-Rex traspasara su guardia y perderla. E incluso si mataba a T-Rex, no tenía idea de quién sujetaba la correa de ese cabrón. Había una provisión interminable de matones para alquilar.

No sabía siquiera dónde empezar a buscar. No había llegado a ninguna parte hacía quince años. Ahora tenía aún menos ideas.

E incluso si resolvía este misterio, eso no era ninguna garantía de que pudiera quedarse con la princesa. Era perfectamente capaz de meter la pata él solito, para eso no necesitaba la ayuda de un maniaco homicida.

Había metido la pata desde que tenía memoria. Había vuelto loco al viejo Eamon con su charla incesante, su energía desbordada, su impulsividad sin cerebro. Y ni los castigos más severos que se le ocurrían a su padre habían logrado apaciguarlo o callarlo o enseñarle sentido común. Siempre acababa volviendo a meter la pata.

Davy y Con lo querían, Sean lo sabía, pero siempre estaban en vilo, aterrados de que hiciera alguna locura. De que se hiciera daño o se lo hiciera a otro. La única persona con la que había sido capaz de relajarse y tranquilizarse, que no estaba siempre irritado y fastidiado con él había sido

Kev. Y Liv, durante aquel breve y fabuloso intervalo. Y los dos habían desaparecido.

Había pasado de una prisión a otra toda la vida. La enfermedad degenerativa de su padre había sido la primera, después el infierno de la escuela pública. El trabajo de clase era cosa de chiste. Lo que no parecía capaz de aprender era a mantenerse en orden con los poderes, apartarse de los problemas. No importaba lo que intentara, siempre acababa cagándola. Como en la universidad: perder la beca por unos cuantos polvos rápidos de tarde sudorosa con la esposa del decano.

Entonces había conocido a Liv. Y con ella todo había sido tan natural, tan precioso, tan exquisitamente correcto. Hasta que se había visto obligado a destruirlo con sus propias manos.

Después la muerte de Kev, aceptar mentiras como verdades lo habían metido de nuevo en otra prisión. Una caja de metal en la oscuridad para su mente. Se había acurrucado en esa caja durante quince años. Era como si tuviera una condenada maldición.

Pero ahora las cadenas se habían roto. La caja estaba abierta. Se sentía perdido, desorientado. A la deriva, muerto de miedo. *Liv*. Su necesidad de ella era más fuerte que cualquier lazo que hubiera sentido nunca. Así como el miedo de que decidiera que ya no lo amaba.

No podía aceptar eso. Ya había perdido bastante, sufrido bastante, se había jodido bastante para una vida.

Esta vez, perderla lo mataría.

Capítulo 17

LIV NO QUERÍA DESPERTAR DE ESE SUEÑO. ESTABA inundada de sensaciones eróticas, cada nervio besado y acariciado. Nadando en placer, como miel fresca, pero algo la empujaba a despertar. Un sonido que no se detenía, un gemido.

Venía de su propia garganta. Abrió los ojos, parpadeando en la débil luz del amanecer. Increíblemente tibia, abrazada fuertemente contra un cuerpo masculino caliente y duro. Sus muslos estaban extendidos y la mano hábil de Sean se movía entre ellos. Sus dedos producían sonidos mojados al acariciar, hurgar y hacer círculos. Ella estaba empapada y retorciéndose de excitación.

Ah, por favor, ¿otra vez? Esto era más que ridículo. Era una locura.

Él sonrió ante sus ojos.

—Bella durmiente —susurró.

Era escandalosamente hermoso cuando sonreía. Liv estaba tan deslumbrada que irremediablemente le devolvió la sonrisa cuando él se le subió encima y entró en ella. Su carne interna aleteó protestando por el lento estiramiento, dolorida por todo el sexo desacostumbrado, pero estaba demasiado excitada para preocuparse. Sean la tomó entre sus brazos y se movió, mirándola a los ojos con fiera intensidad, como si estuviera tratando de decir algo.

Ella enrolló los brazos y las piernas en torno a él y se movió con él, tratando de escuchar.

Era una danza lenta, un perezoso y sensual cielo de tierna intimidad. Él empezó a besarla, convenciendo con sus labios suaves y cálidos a los de ella para que se abrieran, explorando, exigiendo. La embestida de su lengua en su boca era un eco de la embestida de su pene. Nunca se había sentido tan viva. Estaba tan presente en su cuerpo que era casi aterrador. Todo era muy marcado y agudo, incluso en la media luz del amanecer. Liv se movía con él, meciéndose en olas tumultuosas de deliciosas sensaciones.

No quería que esto terminara, pero el fuego trémulo entre sus piernas seguía aumentando hasta que se hizo más brillante y se hinchó hasta explotar. La ola la arrastró dulcemente. Cuando volvió, lo encontró todavía encima de ella, todavía duro.

—Um, ¿no te has corrido?

—He tenido más orgasmos de los que puedo contar. —La besó en la quijada, le hociqueó la garganta—. Pero no he eyaculado.

Ella levantó la cabeza parpadeando.

—¿No necesitas hacerlo?

—No hay una ley que diga que tengo que hacerlo. —Su voz era suave y divertida—. Y no tengo puesto condón.

—Ah. Es eso —murmuró ella—. No sabía que los tíos podían hacer eso. ¿Ése es otro de tus trucos de oso bailarín?

Él sonrió agradecido.

—Se podría decir. Es sólo manipular la energía, controlar la respiración, saber qué músculos apretar y cuándo. Es un truco de concentración.

—Y de práctica también, ¿verdad? —En su voz había cierto resquemor—. Años de práctica diaria.

Él le lanzó de reojo una mirada precavida.

—Ya estamos otra vez. Estoy cansado de que estés siempre pinchándome con eso.

Salió lentamente de dentro de su cuerpo con una larga y silbante inhalación de placer y se dejó caer sobre la espalda. Su pene se apoyaba, tieso y duro, en su vientre. Brillando mojado por los jugos de ella.

Ella lo miró divertida.

—¿Puedes dejarlo así?

La malicia brilló en los ojos de Sean.

—¿Quieres más?

—No, gracias —dijo ella apresuradamente—. Por ahora tengo suficiente. Pero parece que tú, eeh... no has terminado, para nada.

Sean se estaba divirtiendo enormemente.

—Sobreviviré —dijo con voz brusca. Se frotó el pene y se acercó la mano a la cara, inhalando—. Tu olor me hace la boca agua. ¿Puedo chuparte?

—Um... en realidad... —Lo miró largamente y cedió a su impulso—. Tengo una idea mejor.

Se puso encima de él, agarró el grueso tallo de su pene y se lo puso en la boca, sintiendo su propio sabor así como el sabor fuerte y salado de él. Sean gimió, se estremeció.

—Oh Dios, Liv.

Ella murmuró algo tranquilizador, acariciándolo y lamiéndolo.

No era nada fácil hacer una felación a un tipo de sus proporciones. Particularmente porque todavía tenía la mandíbula dolorida por su imitación

de un pitbull con T-Rex. No le importaba. Lo deseaba. Estaba ansiosa de darle placer, de reducirlo a un estado en el que se retorciera de desesperación.

Ansiosa de sacarle ventaja sexual por una vez.

Pero Sean se lo dio generosamente, abandonándose con su sinceridad sensual acostumbrada. Enroscó el cuerpo sobre el de ella, aferrando su pelo, su espalda, temblando y gimiendo en una demostración incoherente de apreciación.

Estiró una mano y le tocó la mejilla cuando Liv se tomó un momento para respirar y relajarse.

—Déjalo si estás cansada —dijo delicadamente.

Ella lo ordeñó con las manos, sonriendo.

—Tenemos que terminar antes de que amanezca si quiero ser merecedora de esa cuenta de cuatro mil ochocientos dólares.

La risa le sacudió el pecho, pero le levantó la cara de nuevo.

—Sabes que eso es sólo un chiste, ¿verdad? —Sus ojos parecían preocupados—. Sé que soy muy insistente. Pero si no quieres, paramos. ¿Está claro?

—Um, está bien —titubeó ella—. ¿Quiere decir eso que no quieres...?

—Coño, no. —Las palabras le brotaron—. Me encanta. Rogaría, suplicaría, te chuparía los dedos de los pies. Pero tú decides cuándo y cuánto. ¿Comprendes?

—Um, sí, gracias —dijo ella recatadamente—. ¿Puedo continuar ahora?

Sean ignoró la pregunta y le acarició la mejilla con las yemas de los dedos.

—Esto significa mucho para mí —dijo—. No quiero estropearlo.

La mirada seria y preocupada de sus ojos hizo que el corazón de Liv se inflamara de ternura.

—No lo estás estropeando —le dijo—. Créeme, no.

Trató de bajar y continuar donde lo había interrumpido, pero él la agarró y le hizo girar el cuerpo hasta que estuvieron en posición de sesenta y nueve.

—No puedo esperar —dijo él—. Déjame jugar también.

Empujó su muslo hacia arriba y le puso la boca.

Liv al principio se puso rígida. Esa posición no era su favorita. El sexo oral requería concentración, y que el hombre la hiciera volverse un ocho y le metiera la cara entre las piernas, cosquilleando y pinchando mientras ella trataba de llevarlo a feliz término... um, no. En su opinión, una chupada adecuada, como conducir un caro coche deportivo o cortar verduras con un

cuchillo afilado, era algo que se hacía mejor sin grandes distracciones.

Pero todo lo que ella pensaba que sabía sobre el sexo resultaba inútil cuando estaba con Sean. Retorcerse hasta volverse un ocho era estupendo si una estaba tan relajada que casi no tenía huesos debido a los orgasmos múltiples, y la lengua de Sean que la lamía, la azotaba y la hacía vibrar era certeramente hábil para mantenerla en un estado de deleite tembloroso.

Era perfecto, los hermanaba y era exquisito y embelesador. Cada uno inspiraba al otro a excesos más sensuales y voraces con cada chupada, con cada caricia voluptuosa, amplificando su mutuo placer hasta que se fundieron en un todo resplandeciente; la dureza de él con la suavidad de ella, la aspereza de él con la lisura de ella, ofreciendo satisfacción a cada anhelo secreto e inexpresado. Llegaron a la cima de la ola y explotaron juntos en espuma que se estrellaba.

Ella se quedó acostada, incapaz de moverse mientras la luz se hacía lentamente más brillante en la habitación, inhalando el cálido aroma a almizcle de él. Estaba acariciando el vello dorado de sus musculosos muslos cuando notó algo que parecía un pequeño hematoma irregular. Miró más detenidamente. Era un tatuaje, escrito torcidamente en su muslo con letras pequeñas y borrosas. *Sean*.

Lo dibujó con el dedo.

—¿Te lo hiciste tú? No parece un tatuaje profesional.

Él gruñó.

—No lo es. Me lo hizo mi padre cuando tenía unos ocho años, con una aguja caliente y un bolígrafo. Con whisky como desinfectante.

Liv se quedó helada, su mano se apretó sobre el muslo de él.

—¿A los ocho años?

—Sí. Estaba cabreado con Kev y conmigo porque le gastábamos bromas. Eso fue cuando era muy difícil distinguirnos. Papá no tenía mucho sentido del humor. Pienso que es lo primero que se pierde cuando una persona está mentalmente enferma. Entonces nos puso una etiqueta. Primero a Kev. Cuando vi lo que me esperaba, me escapé al bosque. Tardó varios días en encontrarme y al final lo hizo porque yo salí de mi escondite. Tenía hambre.

—Dios mío. —Acarició la marca con el dedo, horrorizada—. Sean, eso es horrible. Pobre niño.

Él parecía incómodo.

—He tenido peores experiencias. Pero me alegro de que mi nombre no tuviera más letras. Kev sólo tenía tres. Me curó de cualquier impulso de

hacerme un tatuaje. Sólo te digo eso. —Pensó por un momento—. Quizá ésa es la razón por la que odio el whisky —añadió pensativo—. Incluso el olor me da arcadas.

Ella se preguntó si él era consciente siquiera de cuánto revelaba esa confesión sobre su infancia. Podía ver muy claramente al niño que había sido, escondido en el bosque. Hambriento y asustado. Esa imagen hacía que le doliera el corazón, pero intuía que si dejaba ver un asomo de compasión Sean se sentiría avergonzado.

Se acercó más y besó suavemente el tatuaje medio borrado. Agradecida en silencio de que todo ese dolor, toda esa oscuridad, no hubieran apagado su luz.

A pesar de todo, todavía brillaba mucho.

—Qué romántico. Acariciándose los genitales mutuamente con la cara, como cachorritos.

La fría voz que salía de la escalera los hizo saltar. Liv se arrastró para taparse el cuerpo desnudo con la sábana, con la cara ardiendo.

Sean se sentó y miró furioso a la intrusa.

—Cielo santo, Tam. Podrías llamar a la puerta.

—¿Y qué tiene eso de divertido? —Su cabeza y sus hombros asomaban por el hueco de la escalera. Olfateó el aire—. Hmmm. Veo que habéis estado ocupados.

—Desaparece, Tam —aulló él—. Espéranos abajo.

Ella se rió y desapareció por el hueco.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan remilgado? —Su voz subió flotando desde abajo—. Según mis fuentes, te gusta la perversión.

—Tus malditas fuentes te informaron mal.

Se puso los vaqueros de un tirón y bajó ruidosamente la escalera de caracol detrás de ella.

Liv se apresuró a ponerse la camiseta. Empezó a bajar las escaleras, preparándose para cualquier cosa.

Tam apoyaba su trasero tonificado en el borde de un sofá, mientras encendía un cigarrillo. Llevaba vaqueros negros y una blusa color gris plata a la medida. Tenía el pelo recogido en un moño que parecía a la vez descuidado y perfecto. Aspiró una profunda bocanada del cigarrillo, arrugando la nariz con desagrado mientras Sean rebuscaba entre los restos fríos de la cena de la noche anterior.

—¿Ajo a esta hora? —Se estremeció delicadamente—. Dios.

—Algo me dice que no vas a servirnos café y bollitos —dijo él, echándose una loncha de carne fría a la boca.

Le quitó el cigarrillo y lo miró con el ceño fruncido.

—¿Qué es esto, Tam? ¿Tu desayuno? —Lo tiró al fregadero—. ¿Estás tratando de morirte de hambre? —Agarró un bollo de masa fermentada, le untó mantequilla y se lo ofreció—. Come un maldito trozo de pan, ya.

Tam retrocedió.

—Carbohidratos. Puag. Apártate.

—¿Y por qué? —Le dio un mordisco al panecillo—. Si tú vas a ser descortés y maleducada y me vas a tocar las narices, te devolveré el favor.

Ella resopló.

—Eso es para ti la gratitud. Me levanté temprano esta mañana y fui de compras para tu amiga. —Levantó la mirada y la pasó por Liv—. El sexo matutino te sienta bien —dijo con tono aprobador—. Te pone los labios rojos e hinchados. Casi no necesitas el maquillaje que compré. Ahí está tu nueva ropa. Que te diviertas.

Hizo un gesto hacia un montón de bolsas que había junto a la puerta.

Liv tartamudeó por un momento, divertida.

—Um... gracias.

—De nada. —Tam se encogió de hombros—. No me habría molestado en hacerlo si no me divirtiera. Ir de compras es relajante. Particularmente cuando paga otro. Lo que me recuerda... —Sacó un puñado de comprobantes de compra con tarjeta de crédito del bolsillo de los vaqueros y se los entregó a Sean—. listos, creo, son tuyos —dijo—. Devuélvemelo pronto, por favor.

Sean cogió los papeles y los revisó. Se quedó boquiabierto.

—Santo cielo. ¿Qué es esto? ¿Está hecho con tela de oro?

—Qué vergüenza, tacaño cabrón —lo riñó Tam—. ¿No eres bastante hombre para comprar a tu mujer unos trapos decentes?

Sean miró otra de las cuentas.

—No es que no sea bastante hombre —dijo tristemente—. Es que no soy bastante rico.

—Tonterías. —Tam chascó la lengua—. Es que no has estado con una mujer el tiempo suficiente para verte obligado a comprarle ropa. —Le lanzó una mirada a Liv—. Creo que es mejor que te vayas acostumbrando. A las mujeres hay que tratarlas bien.

—No tiene que acostumbrarse a nada —interrumpió Liv—. No necesito un hombre para que me compre ropa. No te preocupes, Sean, te lo pagaré, tan

pronto como reciba el dinero del seguro de...

—¡Calla! —La voz de Tam sonó con un tono cortante de orden—. Éste es el momento para una lección, pastelito. No se la estropees.

—Pero no necesito que nadie me compre...

—Y además, este extravagante chico es un figurín andante. Siempre va a la última, con ropa de Prada, Dolce & Gabbana, Armani. Hecho a la medida por aquí, cuero repujado por allá...

—Mi guardarropa no te importa un pito —gruñó Sean.

—No le permitas que te diga que no puede pagarlo. —Los ojos de Tam centelleaban—. He visto su declaración de impuestos, su cartera de inversiones, las entradas por el alquiler de sus propiedades...

—¡Oye! —Sean estaba enfurecido—. ¿Qué sabes tú de mis asuntos privados?

—No seas idiota —lo interrumpió Tam, poniendo los ojos en blanco—. La privacidad es una ilusión en el mundo electrónico actual. Y yo siempre investigo a la gente que me interesa. —Sacó otro cigarrillo, lo encendió—. Y no hemos llegado siquiera a sus juguetes —continuó Tam—. La motocicleta, los esquís acuáticos, el bote, el ala delta, el equipo de buceo en aguas profundas. No es tan rico como lo sería si hubiera participado en algunos de mis proyectos, pero te puede comprar ropa decente. No lo dudes.

Sean la miró a hurtadillas, avergonzado. Ella trató de no reírse. Afectando mucho interés, se puso a mirar los recibos.

—¿Ochocientos dólares sólo en una tienda? ¿Qué demonios es Las intimidades de Melinda?

—Necesita lencería sensual, ¿no estás de acuerdo?

Los ojos de Sean se iluminaron. Caminó hacia las bolsas y escarbó en ellas hasta que encontró una de color rosa.

Metió las dos manos en ella. Cuando las sacó, de sus dedos colgaban varias prendas pequeñas y complicadas. Un corpiño color marfil adornado con encaje antiguo. Un sujetador muy escotado negro con un tanga a juego. Un camisoncito corto de color rosa perla. Levantó la vista a Liv.

—Ah, guau —dijo reverentemente—. Buena inversión, Tam. Vale lo que cuesta.

Tam resopló.

—Hombres. Tan predecibles. Es triste realmente.

Sean frotó las bragas de seda verde pálida voluptuosamente contra la cara.

—Supongo que no cogiste nada para mí, ¿verdad?

Tam echó una bocanada de humo, sus hermosos ojos se entrecerraron hasta volverse unas rendijas doradas.

—No —dijo—. Estaba mucho más inspirada por ella. Tú eres perfectamente capaz de hacer tus compras, muchachote.

—Me lo imaginaba —dijo con aspecto resignado—. Preferirías que te dispararan entre los ojos a darme una tregua, ¿verdad?

—Estás echando fluidos corporales por todas mis sábanas, insultándome, molestándome. ¿No es suficiente? —Se volvió hacia Liv—. No estás en condiciones de modelar estas cosas hasta que no te hayas duchado, así que ponte a ello. Los hermanos de este payaso estarán delante de mí en cualquier momento. Date prisa.

La puerta sonó al cerrarse detrás de ella. Sean sacudió la cabeza.

—No debí traerte aquí —murmuró. Metió la mano en la bolsa color rosa otra vez, como buscando consuelo, y pronto lo encontró en la forma de unas bragas de raso rosa de corte francés, adornadas con cinta negra—. Ooh. Sin entrepierna. —Movié los dedos a través de una hendidura que tenían en la zona del refuerzo—. Ponte éstas hoy.

Liv se forzó a sí misma a no reírse.

—¿Por qué habría de hacerlo?

Él parpadeó inocentemente.

—Para el sexo espontáneo, ¿sabes? Doblada sobre el capó de un coche. Apoyada en la lavadora durante el ciclo de centrifugado. De pie contra la pared en el baño del vestíbulo.

Ella decidió que la mejor política era ignorarlo.

—Voy a pagar esa ropa yo, ¿sabes?

Él agitó la mano desdeñosamente.

—Y un cuerno. Aunque eso no fuera una afrenta directa a mi virilidad, no sería justo para ti. Tú no le pediste a Tam que tirara cinco mil dólares en ropa para ti. Lo hizo por diversión, para tocarme los cojones. Es un asunto entre ella y yo. Además le gusta ver a las chicas bien arregladas. Creo que tal vez es bisexual.

—¿Cinco mil? —Liv se quedó estupefacta al oír la cifra.

—Más en realidad —dijo él con una tranquilidad de mártir—. Pero está bien, nena, podré con ello. Tal vez tenga que reducir el número de criados en mi mansión de sesenta habitaciones. Prepararme yo el baño en mi bañera de oro macizo. Cortarme yo las uñas de los pies con el cortaúñas de platino con

diamantes engarzados. No es gran cosa.

—Deja de tomarme el pelo aunque sea por un momento y sé claro conmigo —dijo ella—. ¿Cómo te ganas la vida, en todo caso?

Él se encogió de hombros, impotente.

—Una cosita aquí, otra allá...

—Estás evitando la pregunta —le dijo ella cortante.

—No —protestó él—. Mi vida profesional es una bolsa de sorpresas. Me aburro fácilmente. Si algo empieza a aburrirme en el trabajo lo dejo y paso a otra cosa.

—Caramba. Qué suerte tienes. —Trató de imaginarse ese tipo de flexibilidad, pero era difícil—. ¿Y puedes permitirte ser tan remilgado?

Él parecía avergonzado.

—Como ha dicho Tam tengo algunas rentas. Mi hermano Davy es un genio financiero. Ha hecho algunas buenas inversiones para mí a lo largo de los años. Últimamente he estado haciendo trabajos de consultoría para películas de guerra. Mis hermanos piensan que es una tontería, y probablemente lo es, pero quiero que el trabajo me resulte divertido, me gustan las cosas sencillas, triviales.

—¿También será así en nuestra relación? —No pudo evitar preguntar.

La sonrisa se desvaneció de sus ojos.

—No, nena. —Estiró la mano y agarró su muñeca. Ella bajó tropezando el resto de la escalera para llegar a él.

Sean levantó la camiseta por encima de su cabeza y reclamó su boca en un beso lento y posesivo.

—Cuando se trata de ti, soy absolutamente serio. —Tiró la prenda sin entrepierna en su mano, cerrándole los dedos en torno a ella—. Póntelas para mí hoy. Cada vez que te mire pensaré en meter los dedos por ese hueco y encontrarte mojada. Y cuando finalmente estemos solos, estarás tan preparada que no tendré que esforzarme para convencerte. Podré simplemente montar y galopar.

Ella se echó hacia atrás tambaleando y apartándose.

—Tengo que ducharme.

Él le lanzó su sensual sonrisa de ángel caído.

—¿Puedo ir? —Abrió el botón superior de los vaqueros, que se estiraban sobre su erección.

—Absolutamente no. —Huyó hacia el baño, cerró la puerta con cerrojo y se inclinó sobre el borde de la bañera, tratando de respirar.

¿Cuándo iba a acostumbrarse a él? No importaba que estuviera traumatizada, herida, sin empleo, sin un céntimo, en peligro de muerte. Todo lo que él tenía que hacer era susurrarle al oído e inmediatamente ella se volvía un nudo de deseo insensato. Inevitablemente sufriendo, palpitando por él.

Entre sus dedos asomaban trocitos de raso rosa y negro. Alzó la vista a las bragas de algodón arrugado que colgaban rígidamente de la barra de la ducha y cayó al suelo con la cara entre las rodillas, temblando. Quizá era una bendición que Sean ocupara tanto espacio en su mente.

La mantenía demasiado ocupada para preocuparse del pánico aterrador.

Se puso sus aburridas bragas después de la ducha y se miró al espejo.

«Huyendo para salvar la vida hay mucha más razón para tener el mejor aspecto posible».

Se las quitó y se puso las rosas y negras.

Caramba. Eran... bueno, atrevidas. Respiró profundamente y vaciló en la puerta. Estaba tan acostumbrada a la privacidad, a la soledad... No sabía cómo manejar la intensidad de la atención de él. Su energía sexual la paralizaba. El Sean de sus fantasías nunca la había hecho tartamudear. Su Sean real era gallito, disparatado, más grande que la vida. Tan divertido. Tenía que aprender a vestirse delante de él sin tropezar o sonrojarse. O terminar acostada de espaldas, probando esas bragas sin entrepierna.

Lo miró a hurtadillas mientras caminaba hacia las bolsas. La intensidad de sus ojos entornados la hizo tropezar con una silla. Rebuscó hasta que encontró el sujetador que hacía juego con las bragas. Otra bolsa contenía vaqueros.

—¿No hay una minifalda ahí? —Su voz era sedosa.

—Ni lo sueñes, compañero —dijo ella—. No tengo piernas para minifalda. Y aunque las tuviera, ja. No iba a usar bragas sin entrepierna con una falda. Eso es estar pidiendo problemas. Ya tengo bastantes ahora.

—Pero los vaqueros como que frustran el propósito, ¿no?

—Arréglatelas —dijo ella agriamente.

Él se rió por lo bajo.

—¿Eso es un reto?

—No, idiota obseso sexual. Son sólo un par de vaqueros. Quita la mente de entre mis piernas y vístete.

—Pero mi mente se siente muy bien allí abajo, entre tus piernas. —Le acarició el pelo mojado cuando pasó a su lado—. Estás estupenda, princesa.

Desapareció en el baño, para su profundo alivio.

Los vaqueros le quedaban perfectamente. Lo mismo que el top rojo. Sexy y ajustado, pero no vulgar. Eso sí, la etiqueta del precio casi le provocó un ataque al corazón.

Escarbó en las bolsas y encontró un par de sandalias. Hurgó en los cosméticos. Casi nunca usaba maquillaje, pero estos eran tiempos extraños y una chica necesitaba toda la ayuda que pudiera. Atrás, T-Rex. Adelante las sombras terracota y el rímel negro perfumado.

Cuando Sean salió, estaba tan arreglada como nunca lo había estado.

Él le tendió la mano.

—Vamos. Vamos a conocer a mi familia.

Un estruendo de voces masculinas salía de la puerta de la cocina mientras se acercaban a ella. La voz ronca de Tam lo cortó, aguda como una navaja de afeitar.

—¿... un policía, a mi casa? ¡Cabrones estúpidos, egoístas y arrogantes!

—No soy un policía normal —tranquilizaba una voz—. No tengo intención de...

—Por supuesto que no eres normal. Ningún policía es normal —gritó Tam.

—Vamos, Tam, relájate. Yo fui policía, ¿te acuerdas?

—Tú eres un caso especial —escupió Tam—. Tú eres un McCloud primero y después un policía. Pero éste es el descerebrado cabrón que casi te asesinó hace dos años. ¿Y lo traes a mi casa? ¿Es que nunca aprendes?

Hubo un silencio incómodo. Liv y Sean se miraron y se detuvieron en seco delante de la puerta.

—Sí —dijo la primera voz suavemente—. Yo soy el descerebrado cabrón, pero estoy tratando de hacer lo correcto. Estoy aquí porque quiero ayudar.

—Basura. Sé por qué estás aquí. Todavía tienes la ilusión vana de que te ayude a acercarte a Zhoglo, ¿verdad?

Siguió un silencio incómodo.

—Sigue soñando —dijo Tam—. Cuando él te pille y te ponga las pelotas en un banco de tornillo y empiece a apretar, ¿piensas que no vas a decirle dónde encontrarme antes de que tus testículos exploten?

—No me va a pillar —dijo el chico tercamente.

Tam dijo algo en un idioma extranjero que sonó como uñas rascando. Liv le lanzó a Sean una mirada interrogativa.

—¿Te acuerdas de Kurt Novak? ¿Ese multimillonario psicópata del que

te hablé? —susurró él—. Vadim Zhoglo era su socio. Mafia rusa. Un verdadero hijo de puta. Él y el padre de Novak son las dos razones por las que Tam es tan paranoica. Les encantaría cortarla en pedacitos por traicionar a Kurt. Nick quiere acabar con ellos. Ha estado espiándola para sacar información interna desde la boda de Davy, y Tam está harta. No puedo culparla. Esos tíos son unos cabrones crueles y unos locos.

—Dios mío. —Liv se llevó las manos a la cara—. Estáis todos locos.

—No es culpa nuestra. —Sean parecía apenado—. Vadim Zhoglo es un...

—No me hables de Vadim Zhoglo —lo interrumpió ella—. Sólo puedo ocupar mi mente con un asesino psicópata a la vez.

Su susurro llegó a los oídos de Tam. Abrió la puerta doble de un empujón.

—¡Los tortolitos se han vestido y se han dignado honrarnos con su presencia! Observen, caballeros. Ésta es la belleza que ha atrapado la atención de nuestro inconstante Sean por, ¿cuánto? ¿Un record de tres días?

Liv parpadeó. Era como estar bajo la luz de un foco y tener cuatro hombres grandes de mirada intensa examinándola. A dos pudo identificarlos como los hermanos de Sean por el aspecto físico. Ambos muy altos, ambos extremadamente guapos. Cada uno con ojos verdes brillantes y rasgados. Los otros eran morenos e igualmente grandes. Uno era rudo, con barba incipiente y pelo largo ondulado color castaño, los tatuajes adornaban sus hombros musculosos. El otro era más moreno, de piel dorada, con ojos negros relampagueantes y una sonrisa que se amplió lentamente mostrando unos dientes blancos cuando pasó la vista sobre ella.

—Bonitos —dijo, mirando fijamente a sus *senos*.

—Deja de babear, Seth —dijo Sean fríamente.

—¿Cómo puede evitarlo? ¿No es apetitosa? —Tam parecía muy complacida consigo misma—. ¿No te encantan esas curvas de guitarra? El guardarropa es cortesía mía, os informo. No puedo esperar para verte con el vestido rojo de espalda descubierta, cariño. Vas a provocar accidentes automovilísticos con él.

—¿Tres días has dicho? —Seth parecía impresionado—. Esa es una relación larga para Sean. Pasa por las chicas como si fueran patatas fritas, dos o tres a la vez. ¿Entonces le has dado un diamante?

—No os importa —intervino Liv, con su voz más aguda y autoritaria.

Seth pareció afectado por la amonestación. Los hombres se lanzaron mutuamente miradas significativas. Sean se aclaró la garganta.

—Bueno, los tíos de pelo rubio ceniza son mis hermanos. El pulcro es Davy y el peludo es Con.

Los dos saludaron con la cabeza cautelosamente. Ella les devolvió el saludo.

—El lascivo sabelotodo es Seth Mackey, el socio de Davy. Y ese cabronazo de los bajos fondos que está allí es Nick. Es...

—Es federal. Y no debería estar aquí —interrumpió Tam, con voz áspera—. No es bienvenido. Y no se va a ir vivo.

—Ah, vamos. No podemos dejar que lo mates, Tam. —La voz de Connor eran suave y conciliadora—. Era colega mío. No estaría bien. Y además, a veces es un poco útil, incluso.

—Entonces no lo mataré. Lo heriré gravemente en la cabeza. Que produzca daño cerebral irreversible. —Se volvió hacia Sean—. ¡Se acurrucó en el asiento trasero cuando los coches pasaron ante las cámaras! ¡Para que yo no lo viera!

Sean apretó los labios, para no echarse a reír.

—Eso es terrible.

—Voy a instalar un detector térmico —dijo Tam iracunda. Lanzó su mirada furiosa hacia Seth—. ¿Tienes uno decente en tu catálogo?

—Lo mejor de lo mejor —dijo Seth alegremente—. Cuesta un huevo.

—Mándame los detalles por correo. Voy a revisar precios y espero un descuento del cincuenta por ciento, como disculpa por esta violación de mi privacidad.

La amplia sonrisa de Seth vaciló.

—Ah, vamos, Tam. Cómprate un sentido del humor.

—Vamos a desayunar antes de empezar —dijo Davy vivamente.

—¿Qué crees que es esto? ¿Una cafetería? —Tam encendió otro cigarrillo—. No tengo nada para desayunar. Id al pueblo si queréis comer. Mejor todavía, no volváis. Me estáis cabreando, gilipollas. Adiós.

Davy señaló una gran caja que había en el suelo junto a la puerta.

—Hemos traído comida —dijo con un tono de triunfo en la voz.

Tam se dejó caer en una de sus banquetas y golpeó la frente contra la encimera de brillante mármol negro.

—Debería haber matado a toda vuestra pandilla sarnosa hace años, cuando tuve la oportunidad.

—Demasiado tarde. —Connor tiró la mantequilla sobre la encimera.

Tam levantó la cabeza.

—Nunca es demasiado tarde —dijo sombríamente.

Liv estaba sentada en el centro de un hervidero de actividad mientras Sean les hacía a los demás un resumen de sus aventuras. El jamón chisporroteaba en una sartén, y un par de tortillas se cocinaban, esponjosas y tentadoras. Aparecieron tostadas, bollos, mantequilla y mermelada. Se abrió el zumo de naranja. Se hizo café. La cocina de Tam nunca había visto tal desarreglo, a juzgar por el delicado gesto de repugnancia de la dueña.

Davy llenó un plato y lo puso frente a Tam.

—Come.

Ella lo miró con incredulidad y exhaló una bocanada de humo.

—No tengo hambre —dijo con voz hosca.

—No me importa —dijo él—. Come de todas formas. Has perdido ocho kilos desde la última vez que te vi. Necesitas comida.

Tam apartó el plato de un manotazo.

—No me des órdenes.

—¿Quién lo va a hacer si no lo hacemos nosotros? —Su voz podía cortar el acero—. Miro por aquí y no veo a nadie que te diga que comas.

Tam arqueó una ceja.

—¿De qué estás hablando?

—De que, como no tienes a nadie, la responsabilidad de cuidarte recae sobre nosotros. —Empujó el plato hacia ella—. No nos dejarías entrar a este lugar si no nos quisieras aquí. Así que aguántanos.

—Estoy reconsiderando esa decisión precipitada —dijo ella agriamente.

—Muy bien. Reconsidérala mientras comes el jodido desayuno.

Tam cogió un triángulo de tostada, suspiró y mordisqueó la punta.

Comieron hasta más no poder y después retiraron los platos, sirvieron café y cada uno ocupó un lugar en la mesa. Sean tomó la palabra.

—El único punto de partida en el que puedo pensar es el cuaderno, así que tenemos que quitar esos dibujos de vuestras paredes.

—Ya nos hemos adelantado a ti. —Davy sacó un archivo deteriorado de cartón—. Los hemos estado analizando toda la noche. Asómbrate, hermanito.

Liv acercó hacia sí el archivo, las puntas de los dedos le zumbaban. La clave de este tortuoso rompecabezas estaba en alguna parte de ese críptico haz de papeles.

Era una serie de bosquejos sencillos y graciosos a lápiz y a tinta. Paisajes, animales. Un lago, con gansos salvajes volando sobre él, águilas doradas, búhos, gaviotas, patos en un estanque. Metida en el medio estaba la

nota cifrada de Kev, la que había garabateado frente a ella hacía quince años. La página estaba arrugada de cuando se la había metido en el sujetador.

—¿Alguien recuerda el orden en el que estaban? —preguntó ella.

Sean los extendió sobre la mesa con un delicado movimiento circular de la mano y los puso en secuencia. Empujó el montón ordenado hacia ella.

—Siento hacértelo repetir, pero dínos por favor, por última vez, lo que dijo Kev exactamente cuando lo viste ese día.

Liv suspiró mientras miraba la nota cifrada.

—Yo salía de la biblioteca. Lo oí llamándome desde los arbustos de rododendro —empezó juiciosamente—. Al principio, no me pareció raro. Me lo encontraba todo el tiempo, pero cuando me acerqué, vi que...

—Espera un segundo —la interrumpió Sean—. ¿Por qué veías a Kev todo el tiempo?

—Yo era voluntaria en la biblioteca dos horas al día entre semana —dijo Liv—. ¿No te acuerdas?

—Claro que me acuerdo, pero Kev no trabajaba en la biblioteca.

—Lo veía cuando iba al trabajo —explicó ella—. Siempre iba a la misma hora. Coincidió con mi horario de voluntariado.

El silencio estaba tan cargado de tensión que Liv dejó de respirar.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miráis así?

—¿Trabajo? —dijo Davy suavemente—. ¿Qué quieres decir contrabajo?

—Aquella... cosa experimental —vaciló ella—. ¿No os acordáis?

Los hermanos intercambiaron miradas sombrías.

—Kev estaba investigando para su tesis aquel verano —dijo Sean—. No tenía ningún otro empleo que supiéramos. A menos que estés hablando de las clases de química de la escuela de verano.

Ella negó con la cabeza.

—No, era otra cosa. Estaba participando en unos experimentos. Le pagaban por cada sesión. Me habló de ello una vez. La función cerebral, la cognición humana, ese tipo de cosas.

—¿Dónde? —preguntó Con.

Liv tragó saliva nerviosamente.

—En el edificio Colfax. Donde está la biblioteca pública. El laboratorio estaba en el piso de arriba, creo.

—Conozco el edificio Colfax —dijo Connor—. Alberga el departamento de música. Erin y yo hemos ido allí a los conciertos de Cindy.

—¿Recuerdas algo más? —preguntó Davy—. ¿Cualquier cosa?

Liv cerró los ojos, intentando recordar. Al fin, negó con la cabeza de mala gana.

—No, hace mucho tiempo, y en realidad Kev no debió contarme nunca nada relevante —susurró—. Lo siento mucho.

—No te preocupes —dijo Sean—. Es más de lo que teníamos antes.

Davy rompió el largo y pensativo silencio.

—Quizá ésa es la puerta.

Liv lo miró desconcertada.

—¿Qué puerta?

—Pasamos un año rompiéndonos la cabeza contra un muro. Ésa es la puerta. Está cerrada y tal vez no haya nada detrás de ella, pero es una puerta.

—Entonces vamos a dinamitar a esa hija de puta —dijo Sean.

—Recomiendo un enfoque más sutil —dijo Davy con ironía—. Miles está ya en Endicott Falls. Podemos ponerlo a hacer averiguaciones sobre...

—No —le interrumpió Sean—. No quiero involucrar a Miles.

Con gruñó.

—El chico tiene algo de experiencia. Es brillante y tiene ganas, y ya está en el lugar. Creo que incluso ha tomado clases con ese profesor de química, ¿cómo se llamaba el tipo? ¿Beck?

—No —dijo Sean con vehemencia—. Puede espiar en el ordenador. Eso es todo. No quiero que lo vean haciendo preguntas. T-Rex aniquilaría a Miles.

—Hablando de aniquilar. Hicimos una redada en la caja fuerte de tu piso y te trajimos unas cuantas piezas de tu arsenal —dijo Connor.

—Estupenda noticia —dijo Sean fervorosamente—. Ah, sí, Nick. ¿Puedes buscar huellas en la Beretta de T-Rex?

—¿Tengo las tuyas para comparar en alguna parte?

—En realidad fue Liv la que agarró esa arma y vació el cargador. Necesitarás sus huellas también.

El silencio fue roto por una apreciativa risa por lo bajo de Tam.

Davy se aclaró la garganta y le dirigió una mirada de aprobación a Liv.

—Tiene mucho mejor aspecto que tú, ahora que lo mencionas; chico, parece que te ha pasado por encima una apisonadora.

—T-Rex también tiene muy mal aspecto, no se fue de rositas —dijo Sean a la defensiva.

—¿Tan malo como para buscar ayuda profesional? ¿Habrá ido a algún hospital?

—No creo —respondió Sean—. Unos puntos y estará listo para causar

problemas. Le clavé mi puñal en el culo y tiene un mordisco muy malo en la muñeca...

—¿Mordiste a un tío? —dijo Con con una mueca.

—Yo no. —Sean señaló a Liv con la barbilla—. Ella. Lo apuñaló en la mejilla con un clavo oxidado también. Os aseguro, la chica es letal.

—¿Eso fue antes o después de vaciar el cargador en él? —preguntó Nick.

—Antes. —Sean sonrió orgullosamente—. No la cojáis de malas.

—Fallé —interrumpió Liv—. Por un kilómetro. Así que no cuenta.

—Tonterías —dijo Tam vivamente—. Sólo necesitas el arma adecuada.

Capítulo 18

—¿CÓMO QUE NO? ¿POR QUÉ NO?

Miles se dio cuenta de que estaba gritando al teléfono. Empujó la manchada pared del sótano con los pies y envió la silla de ruedas de su escritorio golpeando y traqueteando por el suelo de cemento.

—No significa no. —La voz de Con era dura como el acero—. Sean no quiere...

—Sean cree que soy un idiota mocososo. ¡No estamos hablando de rescatar rehenes o de bajar de un helicóptero por una cuerda! ¡Hablamos de preguntar al gordo del profesor Beck qué estaba haciendo Kev en Colfax! Yo sacaba la mejor nota en las clases de ese tipo. Sé cómo le gusta que le besen el culo. ¿Qué sería lo peor que podría pasar si le mencionara ese Proyecto Medianoche?

Con resopló.

—¿Y cómo te propones justificar tu curiosidad?

—Podría decir que encontré las notas de investigación de Kev —improvisó Miles—. Podría decir que estoy reconstruyendo el trabajo que estaba haciendo para su tesis.

—Un gorila de más de doscientos kilos le clavó un cuchillo afilado debajo de la oreja a la novia de Sean ayer y le hizo preguntas relacionadas muy de cerca con las que tú propones hacer a Beck —dijo Con—. Averigua quién vendió el edificio. Eso es todo. Tómame esto muy en serio, ¿me oyes?

Miles exhaló explosivamente.

—Claro que te oigo —dijo—. Oigo que todos vosotros creéis que soy un maldito bebé. Y estoy harto de ello.

—No, no es así, y lamento que pienses eso. —La voz de Con era calmada y firme—. ¿Cómo va el otro proyecto?

—Bien —dijo Miles hoscamente—. Jared está deseando conocer a Mina, pero ella quiere conocerlo mejor antes de arriesgarse al cara a cara. Es precavida, ya que la han lastimado antes. Un cervatillo tímido y todo eso. Te mandé por mail una transcripción del chat de anoche. ¿Ya lo has visto?

—No, estuve en casa de Davy toda la noche trabajando en este otro asunto.

Miles resopló. Típico McCloud, referirse a una investigación sobre el

asesinato de su hermano como «este otro asunto».

—Tengo que dejarte, Miles —dijo Connor—. Cuídate, ¿de acuerdo?

—¿Por qué debería preocuparme? —dijo Miles amargamente—. Nadie me deja participar nunca. —Colgó bruscamente.

—Caray, hoy no estás de buen humor.

Giró con un grito. Cindy estaba apoyada en la puerta. Explosiva, con sus pantalones recortados que enseñaban una extensión interminable de muslos bronceados. Con un top color rosa sin espalda que resaltaba sus pequeñas tetas puntiagudas. El pelo suelto y sedoso le caía por la espalda.

Se le puso la boca seca.

—¿Podrías llamar a la puerta por una vez en la vida?

—Lo habría hecho, pero la puerta estaba abierta —dijo ella—. Tu madre nos dijo que bajáramos. Deberías darle una pista respecto a mi estatus de caída en desgracia. Parece que todavía cree que soy tu buena amiga.

Un chico desgarrado de pelo rizado negro y grandes ojos oscuros asomaba detrás de ella.

—Éste es Javier —anunció Cindy, arrastrándolo dentro.

—Ah, sí. —*Mierda*. Se había exaltado tanto discutiendo con Connor que se había olvidado de que había cedido a la manipulación de Cindy ayer. Les indicó que entraran—. Sentaos —dijo agriamente—. Voy a preparar las cosas.

—¿Te has peleado con alguien? —preguntó Javier. Miles se tocó la nariz hinchada y dolorida. Tenía un aspecto bastante aterrador, con la nariz inflamada. Rebuscó entre su equipo, reuniendo cables, micrófonos, clavijas, DAT.

—Se podría decir que sí —murmuró.

—Supongo, por el tono increíblemente frustrado de esta conversación, que estabas hablando con un McCloud —interrogó Cindy.

Miles se puso rígido.

—¿Cuánto has oído?

—Suficiente para preguntarme por qué los McCloud estarían interesados en algo que el viejo profesor Cerdo Porky Beck pudiera tener que decir —dijo.

Miles gimió interiormente.

—¿Podríamos no hablar de eso ahora?

—Claro, como quieras —murmuró ella—. Empecemos entonces. Saca el saxo, Javier y calienta la lengüeta mientras Miles organiza esto.

La grabación transcurrió sin contratiempos. El chico era bueno, tuvo que

reconocer Miles. Cindy lo hizo experimentar con escalas en tono mayor y menor y después tocó melodías que todos los solicitantes debían aprender. En el repertorio final metió una improvisación de blues de treinta y dos compases. En menos de una hora estaba escribiendo el nombre y el número de Javier en una buena demo. Se lo dio a Javier.

—Buena suerte. Espero que te la den.

Javier lo metió en el estuche de su saxo y disparó una amplia sonrisa con grandes, blancos y salientes dientes delanteros.

—¡Gracias! —Agarró a Cindy y le dio un abrazo—. Voy a llevar esto a correos ahora mismo.

—¿Tienes dinero para el franqueo? —le gritó.

Javier puso los ojos en blanco.

—Claro. ¡Nos vemos en clase!

Escucharon los pasos de Javier mientras subía las escaleras. Él la miró a hurtadillas y apartó la vista. No podía soportar mirar esa sonrisa.

—Gracias por hacerlo —dijo ella—. Realmente merece esa beca. Has sido muy amable ayudándonos.

Él se encogió de hombros.

—No es gran cosa. Bueno, Cin, tengo mucho trabajo que hacer hoy antes de ir al dojo, así que...

—¿Así que vete a menear tu cola de conejita frente a la cara de otro?

Miles hizo una mueca de dolor. Cindy no hizo ningún ademán de irse.

—He estado mirando por ahí, pero no he visto el Ford de tu madre —dijo—. Creí que te lo había dado.

—Yo, eeh, se lo presté a Keira por unos días. Ya sabes, una de las coristas de los Furballs. La de los piercings.

Cindy lo miró sin comprender y entornó los ojos.

—Esa es una mentira muy gorda. Keira voló a Reno ayer a visitar a su hermana. No tiene tu coche. —Se detuvo, chupándose el labio entre los dientes—. ¿Entonces quién lo tiene?

—No te import...

—Sí, ya lo sé. Se lo diste a Sean, ¿verdad? Erin dijo que Con estaba ayer de un genio insoportable. Era porque Sean cogió tu coche y les dio esquinazo a todos, ¿verdad?

—No —mintió él con los dientes apretados—. Estás muy lejos. Años luz.

—Eso explicaría por qué estás tan colorado y no puedes mirarme a los ojos. —Cindy se estiró de modo que sus tetitas se tensaron contra su top y las

puntas de su pelo tocaron el tatuaje que tenía en los riñones—. ¿Entonces qué pasa con Kev y el edificio Colfax y el viejo Cerdo Porky?

—No deberías escuchar a escondidas las conversaciones de los demás.

—No lo hice a propósito y, en todo caso, ya he hablado con Erin. Así que sé que la paranoia de Sean McCloud está recrudeciéndose mucho. Sé que se está volviendo loco y que anda diciendo por ahí que su hermano Kev fue asesinado.

—No lo llamarías paranoico si lo hubieras visto ayer —gritó Miles—. Casi matan a su novia...

Se calló de golpe. ¡Qué estúpido! Había caído en la trampa de Cindy. Lo había engañado para poder sonsacarle, y lo más grave era que le había resultado increíblemente fácil.

Gilipollas calzonazos. Suspiró.

—Olvídalo —dijo cansadamente—. Vete, ¿vale?

—Vale, si no quieres no me digas por qué los McCloud no te dejan preguntarle a Porky en qué andaba su hermano Kev en Colfax. No hace falta que me digas por qué prescindes de ti, como si fueras un niño bobo.

Él lo reconoció.

—Me duele mucho que me traten así —gruñó.

Cindy lo miraba comprensiva.

—Sé exactamente cómo te sientes —dijo—. A mí me pasa lo mismo, esos tíos me sacan de mis casillas.

Parte de él retrocedió ante el momento de camaradería y de unión que Cindy claramente quería tener. Otra parte estaba desesperadamente ansiosa de cualquier migaja que ella pudiera dejar caer. No. Había terminado con esta basura que le mataba el alma.

—Creo que las situaciones son muy diferentes —dijo con frialdad.

La sonrisa se borró de la cara de Cindy.

—¿Y cuál es esa diferencia? ¿Que yo sí soy una niña idiota mientras que tú no lo eres?

Él hizo girar la silla.

—Acabo de hacerte un favor. No me hagas lamentarlo haciéndome escuchar tu cantinela de «pobrecita yo». Es muy aburrida.

El silencio tras de sí se extendió tanto que su cuello empezó a picar.

—Extraño, que el viejo Porky haya tenido alguna vez algo que ver con los McCloud —dijo Cindy suavemente—. Viejo lascivo baboso. ¿Kev lo conocía?

—Kev era el estudiante que enseñaba los cursos de verano de Beck —dijo Miles rígidamente—. Con me contó que Kev enseñaba todo el curso, daba las conferencias y todo. Beck se iba de vacaciones mientras el otro curraba en su nombre.

—Es el estilo de Porky. ¿Te conté lo que me pasó una vez que fui a su oficina? Quería hacer el parcial como un examen de llevar a casa...

—¿Para que yo pudiera ayudarte con él?

Ella ignoró su interrupción.

—¿Sabes lo que hizo?

—Cindy, en serio. Tengo que ponerme a trabajar.

—Dijo que podía darse cuenta por mi cara de que tenía mucha tensión en los hombros. Así que empezó a masajearme. Así.

Ella se puso detrás de él y empezó a acariciarle los hombros. Cada nervio era desesperadamente consciente de su toque acariciador. El placer lo estremeció, aunque el pensamiento de las rosadas manos húmedas y regordetas de Porky tocando la piel de Cindy le causaba náuseas.

Las manos de ella se deslizaron sobre su pecho.

—Después empezó a acercarse zalameramente, lento pero seguro, a mis tetas. Entonces fue cuando me di cuenta de cuál era el trato. Si me bajaba los pantalones y me doblaba sobre su escritorio, podía tener un sobresaliente en ese parcial.

La pregunta estalló en su garganta sin que él se diera cuenta:

—¿Y lo hiciste?

Las manos de ella se apretaron, las uñas se clavaron a través de la camiseta.

—No, Miles. Suspendí ese parcial —dijo—. Rotundamente, me siento orgullosa de decirlo. Puedo ser una burra para la química, pero no soy una puta.

Ella hizo girar su silla y antes de que él pudiera detenerla, había balanceado ese muslo perfecto sobre sus piernas y se había sentado, montándolo.

Él se quedó congelado. No sabía qué hacer con las manos. Estaba muerto de miedo. Y tan excitado que corría peligro de desmayarse.

Cindy movió su culo apretado y perfecto justamente contra su erección. Él se apartó de ella, pero ella se inclinó más cerca. No había escapatoria a su seductor aroma a miel y vainilla.

—No te asustes —dijo—. No muerdo.

Sí, y un demonio.

—Jesús, Cin. ¿Estás drogada? —preguntó enérgico.

Ella se rió.

—Bebí un montón de café esta mañana en el Coffee Shack. Me siento muy rara en realidad. Nerviosa. Pero me importa un pito. Voy a decir lo que pienso. Voy a hacer lo que quiera. ¿Por qué no?

—Oh Dios. —Su terror era sincero. Cindy en estado de ánimo maniaco era peligrosa. Le agarró la cintura y sus manos se apartaron de ella como si hubiera agarrado carbón al rojo vivo cuando encontró piel desnuda caliente y aterciopelada—. Cin..

—Shhh. —Le puso el dedo en la boca y después agarró una de sus manos aleteantes e inútiles y la llevó hasta su cuello. Le enredó los dedos en uno de los lazos del top, sonriendo con aquella sonrisa secreta, peligrosa, sensualmente salvaje que él veía en sus alucinaciones más ardientes.

Después apretó sus propios dedos en torno a los de él y tiró hasta que el nudo se deshizo. El top cayó y la tela se enredó en sus pezones. Ella movió los hombros con un gracioso movimiento ondulante de su esbelto cuerpo y el top cayó hasta su vientre, dejando desnudos sus senos.

Eran exactamente como él se los había imaginado. No, mejores. Triángulos cremosos de piel suave, sin broncear, contra las pecas más oscuras de su garganta, de sus hombros. Él quedó transfigurado. Boquiabierto. Era tremendamente hermosa.

—Tócalas —lo invitó.

Él negó con la cabeza, todo el sistema en alerta roja, con la garganta temblando, los ojos escociéndole. A punto de eyacular en los pantalones, bajo el peso de su culo que se meneaba. Pero Cindy no iba a aceptar ser rechazada. Le agarró la mano y apretó la palma contra su pecho.

Él ahogó un grito. Tan suaves. Con una piel húmeda. Muy pálida. El tenso capullo de su pezón le hizo cosquillas en la palma. Su perfume lo estaba mareando.

Ella le echó los brazos al cuello y tiró de su cabeza hacia la de ella. Miles enterró la cara en sus tetas, frotando la mejilla contra su pecho. Besando, lamiendo. Había deseado esto durante mucho tiempo, aunque se sentía como si le estuvieran clavando un puñal en el pecho.

Esto iba a estallarle en la cara más pronto o más tarde. Probablemente más pronto. Más bien inmediatamente. Tenía experiencia cero, técnica cero, pero a Cindy parecía gustarle de todas formas. Tenía la cara sonrosada y

estaba apretando la entrepierna contra su erección con un ritmo insistente y demoledor. Se quedó quieta y produjo un sollozo mientras sacudía su cuerpo una ondulación. Después se derrumbó sobre su hombro. Él la acarició con la cara, memorizando su sabor, para después. Cuando ella volviera a echarlo de su vida.

La pregunta surgió de las profundidades de su ira y su tristeza.

—¿Por qué haces esto? —No pudo evitar que su voz temblara.

Ella levantó la cabeza. Le brillaban los ojos por la excitación sexual.

—¿Por qué no? No tengo nada que perder. No tengo que preocuparme de arruinar nuestra amistad, ¿verdad? Ya está arruinada. ¿Así que por qué no robar una sensación?

Él la empujó para bajarla de su regazo. Ella se quedó allí de pie, haciendo ostentación de su cuerpo.

—¿Entonces Miles? ¿Vas a hacerte el antipático conmigo? Sería muy cruel que me echaras ahora.

—Vete, Cin. —El temblor de su voz estaba empeorando.

—Podría sentarme aquí. —Se apoyó en la mesa y separó los muslos de forma que él pudo ver un destello de encaje—. La mesa tiene la altura perfecta. O podríamos hacerlo en la silla. Me encanta jugar al caballito. O podría apoyarme contra la pared y sacar el culo, así. —Dio la vuelta e hizo la demostración.

Él negó con la cabeza. Ella se rió de él.

—Mentiroso. ¿No quieres ver mi depilación brasileña? Me he depilado el vello del pubis en forma de corazón. ¿Quieres verlo?

—¡Fuera! —aulló él poniéndose en pie.

—No. Quiero ver lo que escondes ahí. —Agarró la cintura de su chándal y tiró hacia abajo. La visión de su pene hinchado la dejó sin aliento.

Cindy frunció los labios en un silbido silencioso.

—Guau. ¿Has tenido esa cosa mala y grande escondida en los vaqueros durante todos estos años?

Le agarró el pene y se lo acarició. Él trató de tragar aire en los temblorosos pulmones.

—Te dije que no bromearas conmigo sobre est...

—¿Quién está bromeando? —Cayó de rodillas y se la metió en la boca. Él jadeó levemente y dejó de respirar por completo.

No duró mucho. Unas cuantas caricias insoportables, unos cuantos remolinos provocadores y ocurrió un derrumbe, un terremoto, una explosión

catastrófica, un chorrear de lava fundida. Estaba sorprendido de estar todavía de pie.

Cindy estaba limpiándose la boca, mirando hacia arriba. Parecía sobresaltada.

—Eeh, guau —susurró—. Ha sido como una explosión.

Él se subió los pantalones de un tirón y apartó la mirada.

—Eres virgen, ¿verdad? —preguntó—. Siempre me lo pregunté.

Sí. Como si hubiera podido admitir eso ante ella. Sabía cómo funcionaría eso. Habría estado muy preocupada por el pobre Miles hambriento de sexo. Habría intentado, por compasión fraterna, conseguirle un polvo con una de sus amigas más putas. La que estuviera dispuesta a follar por compasión.

Le escocían los ojos.

—No necesito tu compasión. Déjame solo, ¿vale?

Cindy se puso de pie.

—No te compadezco. No mereces piedad. No pienses que he hecho esto por ti. No lo mereces, gilipollas desagradable.

—¿Entonces por qué lo ibas a hacer? —preguntó él, aunque sabía que no iba a gustarle nada la respuesta. Su encogimiento de hombros despreocupado hizo que sus tetas rebotaran tiernamente.

—Porque me apetecía. Sabes la bruja egoísta que soy. Que te vaya bien en la vida, Miles.

Dio la vuelta. La puerta que conducía a las escaleras se cerró con un golpe.

Él cayó en la silla y se echó a llorar como un bebé.

• • • • •

Cindy cruzó la cocina a toda carrera, aparentando no oír a la madre de Miles, que estaba hablándole. No pudo entender sus palabras. Iba farfullando entre lágrimas, agitándose en escalofríos hasta los huesos.

Había sido tan extraño, tan excéntrico. ¿Por qué lo había hecho? ¿Por qué había sentido el impulso irracional de insinuársele? ¡Qué equivocación!

Agarró la bici y balanceó la pierna sobre ella. Se tambaleaba y se torcía, secándose las lágrimas calientes. Todavía tenía el sabor de él en la boca. Necesitaba beber agua urgentemente, pero no podía pedirle un vaso a la madre de Miles. Oiga, gracias, señora Davenport. Ya sabe cómo es la cosa cuando se

lo traga.

Estaba muy excitada. Le cosquilleaba la entrepierna contra el sillín de la bicicleta. Había querido verdaderamente que él le bajara los pantalones y se lanzara a por ella como un semental con esa cosa gruesa y excelente. ¿Quién lo hubiera creído? El secreto mejor guardado de Endicott Falls, escondido en los pantalones anchos de Miles Davenport.

¿Por qué continuaba haciendo eso? Tirándosele, suplicándole que fuera su amigo otra vez. Insistiendo como una niña consentida cuando él la echaba. Estaba ávida de castigo. Bueno, al menos debía haberle impresionado con su actuación. Fuera lo que fuera lo que él pensaba de ella, no iba a olvidar ese numerito en mucho tiempo.

Se rió amargamente de sí misma, tratando de mantener los ojos muy abiertos para que el viento que le daba en la cara pudiera secar las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas.

Estaba harta de ser tratada como una guapa tonta. Por supuesto, no era el supercerebro que era su hermana mayor, Erin, pero en todos los tests de la escuela la habían clasificado en el percentil superior.

No en el mismo club de intelectuales que Erin o Miles, quizá, pero tampoco en el de un vegetal babeante.

Sólo que se había sentido cómoda jugando a la carta de ser la niña bonita y sexy. ¿Pero qué había sacado de ello? Una sarta de ex novios impresentables; de uno de ellos había escapado viva de milagro. Un ex mejor amigo que la odiaba a muerte... incluso cuando se estaba corriendo en su boca.

Sí, ser mona había aumentado su calidad de vida, muchísimo.

Tal vez debería vestirse con más recato. Llevar gafas de montura de concha, jerséis holgados, botas militares. Deshacerse del maquillaje. También podría echar la casa por la ventana y afeitarse la cabeza.

Pero la idea la angustiaba mucho. Si no atraía la atención de los tíos, ¿qué tenía que la entusiasmara? ¿Qué era ella, en todo caso?

No mucho. Sólo una chica como otra cualquiera. No verdaderamente especial. No verdaderamente brillante.

Miles le diría que estaba representando su papel de «pobrecita yo» otra vez. Resopló con una risa mojada e irónica. Gracias a Dios tenía su saxo. Al menos podía hacer una cosa que era buena, y real, y toda suya.

Empezó la larga cuesta abajo hacia Edgewood Circle, un enclave extremadamente rico de Endicott Falls y pasó bordeando la casa victoriana impecablemente arreglada del decano de la facultad. Había tocado en

recepciones allí con los Vicious Rumours, en los buenos viejos tiempos, cuando Miles hacía de técnico. Cuando todavía ella le gustaba.

Tenía mucha curiosidad por esos proyectos misteriosos en los que estaba trabajando Miles. Encontraba gran placer en las sensaciones oscuras, espeluznantes, como el chiflado gótico que era, y siempre había muchas sensaciones espeluznantes cuando esos McCloud se embarcaban en una de sus aventuras estrafalarias.

Era extraño que hubieran prohibido a Miles hacerle preguntas a Porky. Qué mala suerte que no pudiera llevarla con él. Sería su arma secreta. Si se pusiera sus realzadores de tetas de silicona y una microminifalda, podría arrancarle a Porky cualquier cosa. Ese tipo se volvía loco por las cabezas huecas, le hacían sentirse poderoso e inteligente por contraste.

El impulso le surgió de la nada, como había ocurrido con el de asaltar el cuerpo caliente de Miles. Casi tan estúpido, sin duda, pero aun así.

Los McCloud habían prohibido a Miles hacer preguntas a Porky, pero nadie le había prohibido a la tonta Cindy hacer nada. Y podían sorprenderse de lo que un objeto sexual con una sonrisa de tonta podía sacarle a un hombre como Porky. Con todo su carisma y experiencia, ella tenía algo que ellos no tenían. Dos algos, rebotando en su pecho, y todas las pijadas que venían con ellas. Sabía cómo usarlas, además. Era su habilidad mejor desarrollada. Además de tocar el saxo, por supuesto.

Giró en la siguiente esquina, hacia Linden Street. La casa de Porky era famosa por lo llamativa que resultaba en una ciudad llena de remilgadas casas victorianas. Miró el reloj, vibrando de entusiasmo. Podía hacer eso y aún le quedaría tiempo para arreglarse para la presentación con los Rumours esa noche. Eran los teloneros de Bonnie Blair, en el Paramount. Una actuación muy importante. Tenía que estar sensacional, y eso llevaba tiempo.

Echó una ojeada a su minúsculo atuendo y concluyó que estaba perfectamente vestida para esta pequeña aventura.

Apoyó la bici en el muro de piedra que bordeaba el césped y tomó el camino de entrada hacia la casa, tratando de ignorar el aleteo que sentía en el vientre. Una atractiva señora hispana de cincuenta y tantos años, vestida con el uniforme del personal doméstico, le abrió la puerta. Miró a Cindy de arriba abajo y le lanzó la mirada de la Estrella de la Muerte.

—¿Dígame?

—¿El profesor Beck está en casa? —Cindy trató de producir una sonrisa amistosa.

La boca de la señora se contrajo en una línea adusta.

—¿De qué se trata?

—Soy una antigua estudiante —explicó—. Quería hacerle unas preguntas sobre un proyecto.

—Espere aquí. —La puerta se cerró elegantemente en sus narices.

Cindy se encogió interiormente de hombros. No había por qué molestarse por ello. Vístete como una putilla diabólica y serás tratada como una putilla diabólica. Sencillo.

Sus meditaciones fueron interrumpidas repentinamente cuando la puerta se abrió de golpe otra vez. Esta vez era Porky el que estaba detrás de ella. Su confusión inicial se suavizó rápidamente en una lasciva sonrisa apreciativa, pero en ella no había reconocimiento.

Mejor. En realidad no quería que recordara su mala nota.

Lo golpeó con su sonrisa incandescente de cabeza hueca y él le hizo inmediatamente señas de que entrara. Le echó un brazo carnosos por los hombros, con los dedos en posición de empezar a reptar solapadamente hacia abajo, y la guió por una serie de lujosas habitaciones. Ella se preguntaba cómo un lugar podía apestar a dinero y a pesar de ello ser tan feo. El lugar tenía una energía fría, profesional, que sugería el diseño de un decorador, no un hogar. Como el vestíbulo de la oficina de un abogado rico.

Bajaron por unos amplios peldaños de mármol hacia un salón y la hizo sentarse en uno de los varios sofás de cuero color crema que estaban agrupados en torno a una mesa baja y reluciente de ébano que era más larga y ancha que una cama de matrimonio. Exactamente en el centro de la mesa se apoyaba un arreglo de flores rojas, inhóspito y frío.

—Entonces, querida, ¿en qué puedo ayudarte? ¿Y me refrescas de nuevo la memoria? Tengo tantos estudiantes, ¿sabes? Recuerdo tu cara encantadora, por supuesto, eso es inolvidable.

—Soy Cinthya Riggs. —El tratamiento de las pestañas, la inclinación del tórax para realzar las tetas y un cruzado de piernas lento y deliberado, a lo Sharon Stone—. Acabo de graduarme en junio. Asistí a sus clases hace dos años. Fue absolutamente estupendo —dijo efusivamente—. No soy del tipo científico, pero usted lo hizo muy interesante, de alguna manera. Incluso bonito. Eso puede sonarle torpe, pero no sé cómo describirlo.

—Gracias. —Se sentó junto a ella de forma que sus piernas casi se tocaban—. Pero no habrás venido sólo para hacerme cumplidos.

Ella soltó una risita.

—No, es sobre un proyecto personal que tengo.

Su rodilla hizo contacto.

—Me encantan los proyectos personales. —Sus ojos brillaron con curiosidad fascinada, iluminados por la evidente antigua lujuria.

—Probablemente podría haber hecho estas preguntas a otras personas, pero decidí venir a visitarlo a usted primero. —Le lanzó una aleteante mirada de soslayo—. Usted es tan... accesible, ¿sabe?

El brazo de él se movió para tocar sus hombros desnudos.

—No puedes imaginarte cuánto placer me causa oír eso, Cinthya.

Ella entornó las pestañas.

—He estado escribiendo últimamente y me estoy metiendo en proyectos biográficos. Y pensé que podía escribir una biografía de una persona de la localidad.

Él frunció el ceño.

—¿Un personaje histórico, quieres decir?

Ella negó con la cabeza.

—No, no. Actual.

—Eso es fascinante, pero no es mi campo —dijo con pesar—. Si quieres, el director del Taller de Jóvenes Escritores del Centro de Artes es amigo personal mío. Me encantaría presentarle a una joven tan atractiva y culta.

—¡Oh, gracias! —farfulló ella—. ¡Eso sería estupendo! Pero en realidad no quería preguntar sobre escritura. Quería preguntar sobre la persona sobre la que pretendo escribir, porque creo que usted lo conoció.

Los ojos de Porky se abrieron mucho.

—Me intrigas. ¿Quién es ese hombre misterioso?

Ahí estaba, el fondo del estanque. Respiró profundamente y se zambulló.

—Kevin McCloud.

Todo cambió. La temperatura de la habitación cayó en picado. La sonrisa de la cara de Porky se congeló instantáneamente.

De repente sus dedos ya no estaban bajando por debajo de su clavícula. Su brazo estaba sobre la espalda del sofá. Su rodilla estaba a cinco centímetros de la de ella. Su máscara de curiosidad fascinada había desaparecido, junto con la lujuria que la había animado. Sus ojos eran totalmente inexpresivos.

Ella se asustó. Se sentía muy joven, muy sola y muy tonta por meterse en asuntos que no le importaban.

Él se aclaró la garganta.

—Creo que estás equivocada, Cinthya. Creo que no conozco a esa persona, al menos su nombre no me suena.

Sí, claro. Mentiroso, mentiroso. Le habían sonado alarmas de coche. Ella abrió mucho los ojos.

—Tenía entendido que ustedes se conocían —dijo seriamente—. Cuando usted era investigador en la Universidad de Washington. Y que él fue profesor ayudante para usted durante un tiempo, ¿verdad?

Sus ojos se apartaron.

—Ah. ¿Entonces estamos hablando de hace mucho tiempo? Es un nombre más bien común, después de todo... ah, espera. ¿Te refieres por casualidad a aquel pobre joven que tenía problemas mentales? ¿El que se suicidó hace unos años?

—¡Sí, él! —parpadeó inocentemente como un cachorrito—. Dios, fue... bueno, tan increíblemente triste, ¿eh? ¿Entonces si lo conoció?

—En cierto sentido. —Frunció el ceño—. Pero es una historia terrible. El desperdicio de la vida de un prometedor joven... es mejor dejarla en el pasado. No te detengas en ella, por el amor de Dios. ¿Por qué estás interesada en esa persona?

Ella sonrió con los dientes apretados. Maldición. Tenía miedo de que le preguntara eso y no tenía una buena respuesta preparada, así que sacó la que había oído que Miles sugería a Connor por teléfono.

—En realidad encontré uno de sus cuadernos personales —explicó—. He estado estudiándolo. Es increíble. Era un genio, ¿sabe?

—Lo era —murmuró Porky.

—En todo caso, pensé que podría dar para un libro —continuó ella—. Pensé que podría investigar por qué se mató.

—Ah, bien. Siento desilusionarte, pero la verdad es triste y obvia. Sospecho que pudo sentirse afligido por su extrema inteligencia. Les pasa a muchos genios, por desgracia. La historia está llena de ellos.

Porky se estaba relajando, calentándose de nuevo. Otra vez al mando.

—Ah, entonces se acuerda bien de él. —Sonrió.

Porky parpadeó rápidamente.

—Eeh... estoy recordando ahora. Sabes cómo es esto. Tira de un recuerdo en la base de datos y encuentras los que tienen relación con él.

Sus ojos estaban húmedos, esperanzados.

—¿Entonces podría contestar algunas preguntas?

La sonrisa de él vaciló.

—Odio desengañar a una criatura tan encantadora, pero no sé qué más podría decirte. Murió hace mucho.

—Bueno, hay un par de cosas en el cuaderno que me desconcertaron —dijo Cindy. Unió las manos y adoptó la mirada de la niña bonita que está recitando su lección—. Hablaba de un trabajo que estaba haciendo en el Edificio Colfax.

La frente de Porky estaba brillante.

—Eeh, bueno. No... no sé realmente lo que hacía cuando no estaba enseñando... Eeh, podría haber tenido que ver con alguna investigación neurológica. Creo que el proyecto se cerró hace mucho tiempo. Debido a falta de fondos. El Colfax pertenece a la universidad ahora.

—Ah, lo sé. Estoy trabajando allí este verano —dijo como una confidencia—. Cursos extraescolares. Enseño saxofón a los chicos.

—¿De verdad? —dijo él, sonriendo débilmente—. Entonces eres música, además de escritora. Una joven de muchos talentos. Estoy deslumbrado.

Cindy brilló y aleteó tanto tiempo como pudo e hizo un nuevo intento.

—¿Sabe quién financiaba la investigación?

—Lo siento, Cinthya. Me temo que no. —Porky agarró un aparato que tenía sujeto al pantalón y presionó un botón—. ¿Emiliana? ¿Nos podría traer té helado y una bandeja de sus pastas caseras?

Volvió a poner el aparato en el cinturón y se aclaró la garganta nerviosamente. Cindy trató de encontrar algo chispeante con que llenar el silencio antes de que el tipo se volviera loco con ella.

—Me encanta su casa —dijo sin convicción—. Un lugar estupendo. Es muy grande.

Él miró a su alrededor, como si nunca hubiera visto la casa.

—Ah. Sí.

La señora hispana apareció, con los labios apretados como siempre, llevando una bandeja con una jarra de cristal helada, dos vasos y un plato de galletas. Porky agradeció la interrupción.

—Ah, gracias. —Le extendió la bandeja—. Emiliana es nueva aquí. Su antecesora acaba de retirarse, pero no sin buscar antes a alguien excelente para remplazarla. Hay una red de personas por ahí que uno nunca encontraría en una agencia de empleos. Prueba las pastas. Está claro que no tienes ningún problema con la figura.

Las galletas eran fabulosas, el té estaba frío, dulce y bueno, y Porky continuó resueltamente con la sarta pegajosa de cumplidos, pero ella podía

darse cuenta de que su corazón no estaba en ello. Casi saltó de alegría cuando ella dijo que tenía que irse. La acompañó hasta la puerta inmediatamente, sin tocarla.

Cindy saltó a la bici y arrancó hacia el campus. No estaba segura de qué había sacado en limpio de esa conversación, si es que había sido algo, excepto que la mención de Kev McCloud había puesto al viejo Porky tan tenso que de hecho dejó de seducirla. Lo cual era decir que estaba seriamente tenso. Hmm.

• • • • •

• • • • •

Se detuvo en el Colfax a sacar su saxo del salón de prácticas, y dio la vuelta cuando oyó que alguien la llamaba. Era Bolívar, el tío de Javier, el conserje del Colfax. Tenía una sonrisa enorme en la cara.

—Javier pasó por aquí hace un rato. Me dijo que usted le consiguió que le grabaran una buena demo —dijo—. Acaba de enviar su solicitud.

—Estupendo —dijo ella—. Mantén cruzados los dedos. Tiene muchas posibilidades de que le den la beca. Sería una experiencia estupenda para él.

Bolívar sonrió.

—La música es buena para él. Lo mantiene estable. Es un buen chico, Javier. —Se detuvo—. Gracias por ayudarlo.

Ella se sintió avergonzada.

—No, no es nada, en realidad...

—Usted lo ayudó a conseguir el saxo. Le da clases extra gratis. A veces sus clases duran dos horas, según me cuenta. Es un chico afortunado y usted es una buena persona —declaró Bolívar, tomo retándola a contradecirle.

Muchas personas podrían no estar de acuerdo con esa afirmación, pero aun así era tremendamente agradable oír a alguien decirlo. Él estaba dando la vuelta para continuar por el pasillo cuando a ella se le vino a la mente lo que Porky había dicho de Emiliana y la red de trabajadores.

—Ah, Bolívar.

Él dio la vuelta sonriendo todavía.

—¿Sí?

—Esto puede parecer extraño, ¿pero conoces a alguien que estuviera en el personal de conserjería hace quince años? Aproximadamente en agosto.

La sonrisa de Bolívar se desvaneció.

—Depende de para qué quiera saberlo.

—Ah, sólo quiero hablar con esa persona —lo tranquilizó ella.

Los ojos de Bolívar se volvieron cautelosos.

—¿Se trata de la maldición?

—¿Maldición?

—Cuando me dieron este empleo, la gente decía que el lugar está maldito. Pero Javier necesitaba dentista, su madre iba a tener otro bebé, yo no tenía tiempo de preocuparme por maldiciones. No quise saber nada. Mejor dicho, no quiero saber nada.

Por la espalda de ella bailaban dedos fríos.

—No importa —dijo ella—. No quiero causarte ningún...

—Lo averiguaré —dijo Bolívar—. Fue hace mucho tiempo.

Cindy se sentía culpable de que Bolívar se sintiera obligado a hacer algo que lo ponía nervioso, pero caramba, ¿una maldición? Escarbó en su bolsillo, encontró una tarjeta deteriorada. Era sencilla, sólo su nombre, una foto sexy de ella tocando el saxo y el número de su móvil. Miles había hecho la foto.

Miles había hecho la tipografía y las había impreso también.

—Llámame si averiguas algo, ¿de acuerdo? —dijo.

Bolívar asintió con la cabeza y se metió la tarjeta en el bolsillo. Cindy se fue corriendo hacia su habitación, deseando haber sacado algo en claro de sus pesquisas. Pero no. Lo único que había sacado eran sensaciones, vibraciones, rumores. Cosquillas en la nuca.

Era frustrante. Quizá así era el verdadero trabajo de detective. Se volvería loca. Gracias a Dios, ella se dedicaba a la música.

Esperaba que la banda tuviera éxito esa noche. Iba a necesitar un serio y exaltado goce para alejar todas las preocupaciones de ese día tan raro.

Capítulo 19

EL PROFESOR SYDNEY BECK MIRÓ A TRAVÉS DEL CRISTAL EL trasero de la esbelta seductora, mientras se alejaba en su bicicleta.

Después volvió arrastrando los pies al salón. Se sentó, pesadamente.

Bebió varios vasos de té. Comió las galletas que quedaban, mordiéndolas mecánicamente. Sirvió el último medio vaso, lo llevó al bar y lo completó con ron. Se sintió más tranquilo después de tomárselo.

Fue al baño cuando la llamada de la naturaleza se volvió demasiado urgente para ignorarla y orinó. Su corazón galopaba, pero el latir se sentía débil, insignificante y lejano. Ratones correteando sobre pies minúsculos. El bombeo no llegaba hasta el cerebro, hasta sus miembros pesados.

Miró la pesada losa de su cara. Su papada doble. Las venas rotas en sus mejillas. Las galletas de Emiliana se habían transformado en fango ácido corrosivo que se agitaba y echaba espuma, quemándole el esófago.

McCloud. Muerto hacía quince años y obligándolo aún a mirar al fraude corrupto y mediocre que era. No es que el muchacho se lo hubiera echado en cara. Kevin no era arrogante, ni se jactaba de su inteligencia superior. No tenía la menor necesidad de hacerlo. Nunca se le había ocurrido mirar por encima del hombro a los mortales menos dotados que él porque todo el mundo era menos dotado que él.

Todo ese genio, calmada confianza en sí mismo, juventud y buena apariencia además. Había sentido tanta envidia de McCloud que habría podido asesinarlo.

Quizá lo había hecho.

Ah, no. No había necesidad de echarse encima esa carga. Todo lo que había hecho era darle el número de teléfono de Osterman, decirle que la investigación podría interesarle. Que había una compensación económica. Un compromiso de tiempo mínimo. Hasta ahí había llegado su responsabilidad. No sabía lo que pasaría.

No había obligado a Kevin a llamar, a involucrarse. A acabar mal.

Cierto, Osterman había pedido específicamente personas jóvenes de gran inteligencia sin muchos lazos familiares, pero a Beck no se le había ocurrido que eso significara que el hombro andaba metido en algo malo. ¿Por qué habría imaginado semejante despropósito?

Entonces, cuando dio a Kevin ese número de teléfono, no podía imaginar cómo acabaría todo. Su carrera, su casa, las acciones en Helix, los juguetes, las satisfacciones, bañeras calientes llenas de mujeres sonrientes, todo construido en torno a un secreto inconfesable. Si eso se derrumbaba, su vida se derrumbaba.

Después de todo, el daño estaba hecho. La leche derramada. Si se iba a ir al infierno de todos modos, ¿por qué no reducir las pérdidas y tratar de disfrutarlo?

Su cara tenía un aspecto muy inexpresivo. Floja. Vieja, aunque apenas estaba entrando en los cincuenta. Caminó tropezando hasta su oficina, la que daba al río Endicott. Si abría las ventanas podía oír el ruido de las cataratas.

No vio ni oyó nada de eso. Sólo puso en marcha el ordenador, levantó el teléfono y marcó.

—Dígame —dijo una seca voz femenina.

—¿Eileen? Hola, soy Sydney Beck —dijo él, con su mejor tono caluroso y jovial—. Espero que hayas tenido un verano encantador.

—¡Hola, profesor! Sí, gracias. ¿Puedo hacer algo por usted?

—En realidad sí. ¿Podrías mandarme por correo electrónico el expediente académico de una de mis antiguas estudiantes? Tengo un amigo que la va a entrevistar para un empleo.

—Claro, por supuesto. ¿Cómo se llama?

—Cinthy Riggs —dijo él.

—Un momento. —Escuchó música ambiental, golpeando compulsivamente con el pie.

Eileen volvió a la línea.

—¿Profesor? ¿Está seguro de que tiene a la persona correcta? Esta chica se especializó en música. Y en su transcripción veo que usted mismo le puso un aprobado raso.

—En realidad, eeh, mi amigo es músico —improvisó él.

—Ah. Entiendo. Bueno, le mando el archivo. ¿Quiere la foto?

Él se sobresaltó.

—¿Tienes una foto?

—Tenemos una foto en archivo de todos los estudiantes. ¿La quiere?

—Eeh, bueno, sí —dijo distraídamente—. Por favor, mándala.

Y ya estaba ahí, en su bandeja de entrada. Abrió el archivo jpg y miró la cara bonita de Cinthya. Pensó en lo cálida que era la piel de sus hombros. Cómo en un par de días esa piel cálida sería fría como el hielo.

Ese cuerpo curvilíneo y esbelto, extendido en la mesa de un juez de instrucción.

Él iba a ir al infierno de todas formas. Ya no importaba qué pecados cometía. Y además nadie había obligado a esa chica idiota a hacer preguntas tontas. Él no había hecho nada. Ella se lo había buscado todo.

Marcó. Contestaron inmediatamente.

—¿Beck?

—¡Sí! ¿Doctor Osterman? ¿Cómo está usted? No he sabido de usted...

—Vaya al grano, Beck —dijo Osterman—. Estoy muy ocupado.

Beck se tragó la rabia por la arrogancia del hombre.

—Ah, sí. —Se aclaró la garganta y se rió nerviosamente—. Pensé que le gustaría estar informado de una extraña visita de una antigua estudiante. Estuvo haciendo preguntas sobre Kevin McCloud.

Osterman esperó.

—¿Qué preguntas? ¿Quién es ella? Escúpalo.

—Preguntó por el Proyecto Medianoche —soltó Beck.

La cualidad del silencio de Osterman cambió. Hizo que Beck se sintiera culpable, como si ese lío fuera culpa suya.

—Dijo que había encontrado su cuaderno. Quiere escribir un libro. —Se rió de nuevo—. Dudo que su interés llegue muy lejos, conociendo a la joven en cuestión —balbuceó—. No es el cerebro más brillante, aunque compensa en otros aspectos...

—Su nombre, Beck. No me haga perder tiempo.

Él se quedó mirando la sonrisa alegre de la chica y dio otro paso hacia las llamas infernales.

—Cinthy Riggs. Enseña en el Colfax. Puede que esté alojada en la residencia de verano para estudiantes. Eeh... tengo una foto.

—Mándela. ¿Qué más tiene? Beck revisó los archivos.

—Expediente académico, dirección de los padres...

—Mándelo todo. —Osterman tenía un tono engreído, satisfecho—. No tengo que decirle lo importante que es la discreción, ¿no?

Beck reenvió los archivos a la dirección apropiada, apretó el comando «enviar» y tragó una oleada de bilis.

—No —dijo ásperamente.

Osterman hizo una pausa, percibiendo el conflicto del otro hombre.

—Está usted contribuyendo a una investigación crucial para la mejora de las condiciones de vida de la humanidad —le dijo en tono de conferencia—.

Siempre hay interrogantes éticos a lo que enfrentarse. Decisiones difíciles que tomar.

—Por supuesto. —La voz de Beck parecía estrangulada.

—¿Disfruta su estabilidad? ¿Su puesto? ¿Sus ingresos por intereses?

—Qué pregunta. —Beck trató de reírse—. Aprecio mucho...

—Bien. Que tenga un buen día, profesor.

La comunicación se cortó. Dejándolo allí sentado, vacío, mirando y mirando la cara sonriente de la chica que estaba a punto de morir.

Lejos, en el fondo de la mente, podía oírla gritar.

• • • • •

Osterman observó la fotografía y después revisó los archivos. Estaba vibrando de excitación. Ya era hora de que ese saco de tocino en el que había invertido tanto dinero le fuera útil.

Entonces ella había encontrado su cuaderno, ¿eh? El Edificio Colfax, El Proyecto Medianoche. Tenía que ser el famoso cuaderno perdido, por fin, ¿pero quién más lo había visto? ¿Y quién era ella? ¿Cómo pudo el cuaderno de McCloud haber caído en las manos de cualquier mujer? Era incomprensible.

Normalmente habría llamado a Jared para hacer la investigación por internet, pero no podía esperar. Mecanografió su nombre en el buscador y empezó a seleccionar. *Spin*, una revista de música... el tercer corte *Carta salvaje* «un solo excepcional de la saxofonista Cinthya Riggs, que crea un brillante contrapunto con la guitarra principal...», *Folk Music Today*, «merece mención especial la canción *Alejándome* de Cinthya Riggs, es la pieza más fuerte en este primer álbum bueno en general... los Vicious Rumours han demostrado ser una banda a la que hay que prestar atención...».

Sí, sí, Beck había mencionado que se dedicaba a la música. Pasó por encima las otras referencias a su carrera musical para centrarse en el Festival de Música Folk de La Pineta, que tenía una fotografía adjunta. Hizo clic para agrandarla.

Era una foto de la banda tocando en el escenario. Reconoció a la chica de la foto de Beck instantáneamente, soplando su instrumento con abandono casi sexual.

Hum. Gordon iba a disfrutar esta tarea.

Le llamó la atención el siguiente hit, del *Sentinel* de Endicott Falls, con

fecha del año anterior. Hizo clic en el artículo y lo leyó, con el corazón latiendo fuertemente.

«Erin Riggs, hija de Edward y Bárbara Riggs de Seattle, con Connor McCloud, hijo de Eamon y Jeannie McCloud, fallecidos, de Endicott Falls. La dama de honor de la novia fue su hermana Cinthya Riggs...».

Hizo clic para ampliar la foto adjunta y empezó a reírse.

La chica de la foto era una versión más vieja y más gorda de Cinthya. Y el hombre sonriente que la agarraba tenía un parecido asombroso con Kevin McCloud. La chica era la hermana de la cuñada de Kevin. Bueno, pues quizá el asunto era aun más sencillo de lo que había temido.

Aun así, no se podía permitir que Cinthya anduviera por ahí parloteando sobre el Proyecto Medianoche. Tenía que desaparecer. Y si todo lo demás fallaba era una estupenda palanca para atraer al premio gordo: Sean McCloud.

Marcó el número de Gordon. El hombre cogió el teléfono.

—¿Qué? —ladró.

—No te enfurruñes, Gordon —ronroneó el—. Tengo un jugoso trozo de carne para echártelo. Te va a encantar absolutamente este trabajo.

• • • • •

Prueba en las cintas EFPV. HC detrás contar pájaros B63.

Liv trató de entender algo, buscando en su cerebro ese lugar relajado y creativo de donde venían las comprensiones intuitivas. Miraba uno de los cuadros de Kev. El lago con patos nadando.

El estruendo de voces masculinas en el fondo se había diluido. Ya no oía más que un murmullo. Luchó contra el desaliento. Los McCloud habían pasado meses estudiando detenidamente ese material, habían conocido a su hermano desde que nació. Además, eran todos muy brillantes. Si no habían tenido suerte, ¿qué demonios creía ella que podía lograr?

Por otra parte, ¿qué más podía hacer? Era lo único que podía ofrecerles, ya que ella no era una guerrera de comando como todos los que la rodeaban.

Descansó los ojos y miró por la ventana que daba a los acantilados. La niebla había avanzado, así que las nubes parecían estar flotando. Entre los oscuros árboles de las montañas que sobresalían de la masa de blanco se enredaban y entretejían leves jirones de niebla.

La puerta de la habitación se abrió de golpe. Tam entró como un

terremoto y se puso las manos en las caderas, mirando furiosa a los hombres que estaban desparramados en sus sofás y sillas, tragando café y farfullando entre ellos.

—Vuestra familia femenina ha llegado, caballeros —anunció—. ¿Habéis invitado a alguien más a mi escondite secreto sin pedirme permiso? ¿Debo llamar al servicio de *catering*?

Seth se enderezó, con el ceño fruncido.

—¡Les dije que se quedaran en la isla hoy!

Connor volvió a dejarse caer en el sofá.

—Es como hablar con las paredes.

Tam salió pisando fuerte de la habitación, murmurando por lo bajo.

Sean observó la cara perpleja de Liv.

—No te preocupes —la tranquilizó—. Le caen bien Raine, Margot y Erin. Mucho mejor que nosotros. Sólo que le gusta armar camorra. No le prestes atención.

—Ah, bueno. —No prestar atención a Tam era muy difícil—. Como quieras.

—Vamos. —Deslizó el brazo en torno a su cintura—. Vamos a saludarlas. Quiero presentarte.

Se amontonaron en el vestíbulo mientras Tam desconectaba la seguridad. Las hojas de la puerta de la era espacial se retrajeron. Un cuadrado de follaje tembló al final del garaje. Entró un Volkswagen deportivo plateado.

De él salieron tres mujeres. Una bonita mujer de pelo oscuro que estaba evidentemente embarazada, una voluptuosa belleza pecosa con una enmarañada greña de pelo rojo y una rubia delgada, con la vaporosa nube de pelo pálido recogida en una trenza. Sus ojos se fijaron en Liv, iluminados por el interés. Ella se preparó mientras se amontonaban en la pequeña habitación, mirándola de arriba abajo.

—¿Os han seguido? ¿Os habéis asegurado de que no os seguía nadie? —ladró Tam a la alta pelirroja que estaba en primera fila.

La mujer sonrió y le dio un abrazo de oso. Tam se puso rígida, estirando los brazos como si no supiera qué hacer con ellos.

—Qué alegría verte, Tam. Te echamos de menos. —Frunció el ceño, rodeando la cintura de Tam con las manos—. Te has puesto delgadísima. ¿Qué pasa? ¿Has estado enferma?

—Enferma de oír hablar de ello, seguro. —Los ojos de Tam se entrecerraron mientras le devolvía el escrutinio a Margot—. Oh Dios, estás

embarazada.

Los ojos de Margot se abrieron desmesuradamente.

—Todavía no estamos seguros.

—Puedes estarlo.

—¿Cómo? —preguntó Margot enérgicamente—. ¿Te ha dicho algo Davy?

Liv miró detenidamente el cuerpo de amazona de la pelirroja, pero no vio ningún neón. Sólo curvas fuertes y sensuales. La morena, que tenía que ser Erin, agarró a Tam también, abrazándola con el mismo abandono sin miedo.

Tam devolvió el abrazo, aunque algo rígidamente.

—¿Cómo va la gestación? —preguntó, palmeando el vientre redondeado de Erin con cautela.

La sonrisa de Erin fue complaciente.

—Como una vaca. Maravilloso. Un niño.

Tam se golpeó la frente.

—Como si el mundo necesitara otro macho McCloud. —Se dirigió a la rubia y sufrió pacientemente ser abrazada por tercera vez—. Tú no estás procreando todavía, ¿verdad? Dime que no.

Una sonrisa dolorida pasó por la cara de la mujer.

—No. Todavía no.

Los ojos de Tam se aguzaron mientras la observaba.

—Hum —murmuró—. Estoy segura de que no será porque no lo intentéis. —Giró en redondo y señaló a Liv con un floreo del brazo—. Bueno, señoras, hela aquí. El gran acontecimiento. La bibliotecaria de buenas maneras que sacó corriendo a un asesino a sueldo con el rabo entre las piernas. Nuestro tipo de chica. Bonita, ¿verdad?

—Claro que sí —dijo Margot, posando los ojos en Sean con un guiño de deleite—. Buen trabajo, compañera. Está estupenda.

—No lo hice, en realidad, sacarlo corriendo, quiero decir —se apresuró Liv a poner en claro—. Fue sólo suerte.

Las mujeres se miraron.

—Siempre es eso —le dijo Erin solemnemente. Se rieron, como si se tratara de un chiste privado y sonrieron a Sean con satisfacción, dándole una palmada en el culo según desfilaban a su lado. Él lo sufrió con aspecto de mártir estoico, y las siguió por el pasillo hacia la cocina.

Margot le echó el brazo por el hombro a Liv.

—Perdona la invasión —dijo—. Estábamos muertas de curiosidad. Cualquier mujer que pueda poner en forma a este loco debe ser asombrosa.

Teníamos que venir a quedarnos embobadas.

Liv se ruborizó.

—Después de las historias que cuenta Sean yo también me quedo embobada.

Tam giró y bloqueó el desfile.

—Erin, acabo de terminar una nueva pieza —declaró—. Quiero darle tu nombre. ¿Puedo?

Erin parecía sobresaltada.

—Supongo que sí. Caray. ¿Puedo verla?

La sonrisa de Tam adquirió un aire gatuno de satisfacción.

—Ciertamente. Por aquí. —Los guió por un pasillo hacia la torre octogonal, a un cuarto de trabajo forrado con madera oscura, que producía un efecto a la vez severo y lujoso.

Había paredes enteras cubiertas de cajones catalogados. Del alto techo colgaban barras de luz poderosa. A las pesadas mesas de trabajo estaban atornilladas misteriosas piezas de maquinaria. Extraños objetos de metal retorcido, como móviles atormentados salidos de los sueños de un duende, giraban perezosamente en la brisa que provenía de la ventana. Con el árbol que asomaba entre las nubes, el olor a metal y productos químicos y el sonido de fondo de las olas, parecía la guarida de un alquimista antiguo.

—Las piezas terminadas están aquí. —Tam los guió a una mesa forrada de terciopelo negro e iluminada con sus propias barras de luces. Sobre ella había varias cajas de madera pulida. Tam abrió una y se la ofreció a Erin.

Liv se quedó sin aliento; la pieza era asombrosa, aunque mirándola bien, el diseño era sencillo. Era una gargantilla de oro blanco retorcido, con hilos más finos de oro sutilmente coloreado entretejidos. Los remates eran una intrincada maraña de trabajo de nudo dorado, con piedras rojas resplandecientes.

—Es como la gargantilla de Novak —dijo Erin—. Sólo que... diferente. Oh, Tam. Es precioso.

Tam parecía complacida. Con un ligero movimiento del pulgar abrió la gargantilla y se la puso a Erin en el cuello.

—Fíjate bien. Si alguna vez estás en apuros, aprieta el granate, empuja esta palanca y ahí tienes. —El remate se desprendió y resultó ser la empuñadura decorada de un pequeño puñal curvo.

—Caray. —Erin miró el cuchillo de aspecto malvado—. Me siento honrada.

—Deberías —dijo Tam—. El precio de venta es doscientos mil dólares. Liv se quedó boquiabierta.

—¿La gente paga esa cantidad de dinero?

—Puedes apostar. —Tam se metió la mano al bolsillo y repartió las tarjetas. *Belleza Mortal: Armamento para llevar puesto. Tamara Steele*—. La mayoría de la gente capaz de pagar todo ese dinero por una pieza de joyería es muy insegura. Pensad en la amante estándar de mañoso cuyo amante puede ser cepillado por un jefe rival de un día para otro. Un objeto como éste hará que se sienta más segura.

—¿Hay muchas amantes de mañoso en el mercado? —preguntó Liv.

—Muchísimas. Y esposas de mañoso, también. Montones de dinero y de miedo en el bajo mundo criminal. Un mercado perfecto para Belleza Mortal. Llamo a esta serie «Margot». Con tu permiso, por supuesto.

Ahogaron un grito ante el surtido de ornamentos para el pelo. Parecían vibrar con luz atrapada. Los diseños eran intensamente sensuales; curvas femeninas, ángulos oblicuos. La simplicidad unida a la complicación atormentada.

—¿Dónde aprendiste a hacer estas cosas? —preguntó Raine.

—Mi padre era joyero. Yo fui aprendiz suya hasta los quince años.

Hubo un silencio sobresaltado. Liv observó las miradas que destellaban entre las otras mujeres y se dio cuenta de que los detalles que Tam ofrecía voluntariamente sobre su misterioso pasado era un acontecimiento que ocurría por primera vez para todas ellas.

—¿Qué pasó cuando tenías quince años? —preguntó Erin.

Tam agitó la mano, alejando el pasado como si fuera un mal olor.

—Mi padre murió —dijo secamente—. Me volví aprendiz de otro. Mirad ésta. —Levantó otro alfiler—. Basado en el modelo de atomizador que todas conocéis y amáis, pero si apretáis este topacio... —Lo levantó. Brillaba una aguja, tan fina que casi no era visible—. Llenadlo de veneno o con un sedante, dependiendo de la necesidad. Y aquí está el clásico. —Cogió un clip con forma de cuerno, torció el pomo y sacó una cuchilla—. Se puede tratar la cuchilla con veneno, si no se confía en dar en un órgano vital o en una arteria al primer golpe.

—¿Es necesaria esta exhibición macabra? —Sean lanzó una mirada incómoda a Liv—. Me estás asustando.

—Sal de la habitación si tienes un estómago débil —dijo Tam.

—¿Esa cuchilla mide más de nueve centímetros? —La voz de Connor

venía de la puerta abierta—. Lo que sea más largo que eso es llevar armas escondidas.

—Por supuesto que es más larga. Qué pregunta más tonta., Con. Nueve centímetros más un milímetro. —La voz de Tam era engreída—. Es cuestión de principios.

Los hombres echaron a un lado a Con y enfilaron hacia el estudio, mirando a su alrededor con fascinación cautelosa.

—Se suponía que os debíais haber quedado en la isla —se quejó Seth.

Raine se encogió de hombros alegremente como disculpándose.

—En realidad yo he venido a buscarte —dijo Erin a Connor—. Cindy llamó para invitarnos a su presentación en el Paramount. Quiero tenerla vigilada si va a estar en el escenario con ese psicópata suelto. Después se quedará con nosotros. No quiero que esté en casa de mamá sola, mientras mamá está de vacaciones.

Connor gruñó.

—¿No pudiste decirle que suspendiera la presentación?

—Lo intenté —dijo Erin—. Dijo que estaba loca por sugerirlo siquiera.

—Pero ya le dije a Miles que se quedara con nosotros esta noche —se quejó Connor—. Se pondrá furioso conmigo si encuentra a Cindy allí.

Erin puso los ojos en blanco.

—Sobrevivirá.

Tam se aclaró la garganta.

—¿Habéis terminado de aburrirnos con vuestros irrelevantes asuntos personales? Bueno, estoy muy contenta. Esta es la «Raine».

Tam abrió una caja. Las mujeres suspiraron a la vez. El colgante era impresionante, un óvalo tan grande como un huevo aplastado. En un marco de oro trabajado en un entretejido calado destellaba un ópalo con fuego de un azul y verde profundos.

Lo acompañaban pendientes, gemas más pequeñas que se balanceaban en un delgado hilo de oro trenzado que salía de un remolino de oro coloreado en el lóbulo.

—Como el Capturador de Sueños —dijo Raine—. Excepto que...

—Excepto... —Tam torció el botón donde se agarraba la cadena, mostrando una maraña de cables y circuitos y una bola de algo que parecía una arcilla grisácea.

Sean tragó aire ruidosamente.

—¿Es lo que me imagino que es?

—Una bomba —dijo Tam orgullosamente—. Tiene un rango de explosión limitado, pero es muy efectiva. Colócala junto a la almohada del objetivo mientras ronca, vete a la habitación de al lado, quítate el pendiente, tuerce... —hizo la demostración, arrancando el bulbo de la joya— y *voilà*. —Reveló un pequeño botón—. El detonador. Cataplán. Tu vida se ha simplificado.

Seth hizo un sonido descortés.

—¿Se te ha ocurrido pensar que puede haber mujeres durmiendo con hombres a los que no necesariamente quieran eliminar?

Tam se encogió de hombros.

—Las cosas cambian —dijo—. Los hombres se vuelven aburridos.

Seth murmuró algo en español que sonaba insultante.

—Es un desperdicio hacer explotar algo tan hermoso —comentó Liv.

—Es algo para tener en cuenta —aceptó Tam—. Que es la razón por la que tengo una versión más sencilla, con gotas de veneno. Sin sabor, sin olor, con un útil cuadro para ayudar a la envenenadora novata a poner la dosis correcta basándose en el peso corporal y en asuntos de coordinación de tiempo. Hay también una versión con inhaladores y una minúscula aguja hipodérmica. Pero creo que mi bombita puede tener algunas clientas. Ha habido momentos en mi vida en los que habría sacrificado joyas que valieran millones por la muerte súbita de un hombre.

La sonrisa sangrienta de T-Rex destelló en la mente de Liv, haciéndole sentir náuseas y frío.

—Amén a eso —dijo.

Erin, Margot y Raine asintieron con la cabeza.

Tam miró a Liv con los dorados ojos entrecerrados.

—Ahora bien, ¿Cuál sería la pieza perfecta para Olivia?

Liv miró las costras que había en su muñeca.

—Algo que cortara cuerdas o plástico, aun con las manos atadas —dijo.

Los ojos de Tam se iluminaron.

—Lo tengo. Perfecto para ti.

Escogió otra caja y la abrió, aparecieron varios anillos. Algunos con piedras brillantes sujetas en marañas de alambre dorado, algunos con sencillas tiras y rayas trenzadas. Tam escogió uno de los diseños más sencillos, tiras diferentes de oro coloreado girando alrededor de un jaspe cuadrado.

—Tira de esta palanca y aprieta la piedra —indicó—. Es difícil de activar porque no sería apropiado que se disparase la cuchilla en la ópera mientras aplaudes la obertura. Sean, ¿quieres hacer la demostración?

Sean parecía dubitativo.

—¿La hoja está envenenada?

—Si quisiera matarte, lo habría hecho hace mucho —dijo Tam cortante.

Sean hizo lo que se le indicaba. Saltó una pequeña cuchilla, pero de aspecto eficiente, de menos de tres centímetros y dentada cerca de la base.

—Podrías rebanarte los dedos —comentó Davy.

—Sí, de hecho es una bonita arma sorpresa —dijo Tam—. Y como último recurso siempre puedes usarla para cortarte las venas.

Un silencio nervioso siguió a sus palabras, seguido rápidamente por un gruñido de Sean.

—Sí, por encima de mi cadáver.

—Exactamente, amigo mío —dijo Tam suavemente—. Exactamente.

Liv sintió un escalofrío. Miró los grandes ojos dorados de gata de la mujer y se vio reflejada en ellos. La risa burlona de Tam había desaparecido. Luces sombrías habían tomado su lugar. Una comprensión silenciosa más allá de las palabras. Tam había estado en ese lugar al que T-Rex casi la había llevado el día anterior. Donde la muerte sería una bendición. Lo sabía bien.

Una parte de ella no había vuelto aún de allí.

Liv tomó el anillo de las manos de Sean y examinó la aguda y pequeña cuchilla. Sí, eso le habría sido útil ayer. Apretó el jaspe con toda su fuerza. Snick, la hoja se retrotrajo.

Lástima que no tuviera miles de dólares para gastar.

Se la entregó a Tam.

—Es una pieza maravillosa —dijo, con sinceridad total—. Hermosa, además de útil. Tienes mucho talento.

Tam la deslizó en su índice. Encajó perfectamente.

—Es tuya.

Liv ahogó un grito y se quitó el anillo; se lo devolvió.

—Ah, no. No podría. Es demasiado valioso.

—Una de las cosas agradables de ser rica es que puedo permitirme ceder a mis impulsos sentimentales. —Tam volvió a poner el anillo en la mano de Liv—. No tengo impulsos sentimentales a menudo, así que no lo estropees. Y tu hombre no te ha dado un anillo especial todavía, ¿verdad? Cabrón tacaño.

—Oye. No me gusta ese comentario —dijo Sean vehementemente—. ¡Perdóname si he estado demasiado ocupado metido en un combate mano a mano con un psicópata maniaco y corriendo para salvar la vida, como para parar en una joyería!

—Excusas, excusas —se burló Tam. Se llevó la mano de Liv a los labios y le besó el dorso—. Me hace cosquillas la idea de ganarle en eso. Además, nunca cuentas con un hombre para que te dé joyas. Generalmente son muy malos eligiéndolas.

Sean estaba tenso.

—Eres una bruja gata del infierno, Tam.

—Ah, qué profundamente mis garras se hunden en tus lugares tiernos —lo provocó—. Eres buen perdedor, Sean. Siempre me ha gustado eso de ti.

Raine se aclaró la garganta.

—Eh, Tam. ¿Por qué no te has reunido nunca con Seth para hablar de una línea de joyas con transmisores de señales?

Tam sacudió la cabeza.

—Va en contra de mi filosofía. Los rastreadores presuponen que a las demás personas les importa si tú vives o mueres, lo que no ha sido mi experiencia. Además, prefiero ser ilocalizable lo mismo que la mayoría de mis clientes. En tercer lugar, un transmisor no sirve de nada si alguien te pone un cuchillo contra la garganta. De eso es de lo que se tratan las armas para llevar puestas. Algo extra cuando estás contra la pared y sola.

—Me estás deprimiendo terriblemente —dijo Davy.

—Tómame una píldora —dijo Tam.

Sean miró con ira al anillo y le lanzó de reojo una mirada insegura a Liv.

—Espero que sepas que no vas a llevar esa cosa a la cama conmigo.

—¿Te sientes inseguro?

Tam miró en la caja y escogió tres anillos parecidos al que le había dado a Liv. Tomó la mano de Erin, luego la de Margot y la de Raine y puso uno en cada una de ellas.

—Una muestra de mi aprecio, señoras —dijo, con una sonrisa malvada—. Nunca desaprovecho una oportunidad de fastidiar a un hombre.

Capítulo 20

MILES SE TUMBÓ EN EL SOFÁ CAMA DEL ESTUDIO Y SE movió nerviosamente. Se sentía sudoroso, pegajoso e irritado. Arrastrado a su peor pesadilla: metido bajo el mismo techo que Cindy Riggs. Estaba justo en el piso de arriba, y seguramente sólo llevaría puestos una camisa y un tanga. Se preguntaba si el vello de su pubis realmente estaba depilado en forma de corazón. Se imaginaba entrando furtivamente en su habitación y exigiéndole que se lo enseñara. Él le había enseñado el suyo. Era lo justo.

No. Podría decirle que se largara, y en ese punto se vería obligado a caer en una profunda depresión y morir.

Peor aún. Podría poner esa mirada sensual que lo aterrizzaba y lo enloquecía, quitarse las bragas... y enseñárselo.

Sí, ¿y qué haría entonces? Su mente se estrellaba contra un muro de terror desnudo.

Tener sexo con ella sería increíblemente excitante. Y las inevitables secuelas lo matarían. Lo sabía. Lo sabía. Estaba seguro.

Cada vez que cerraba los ojos, veía su cuerpo esbelto enlazado con el suyo, retorciéndose. Corriéndose mientras él le acariciaba con la cara las tetas increíblemente suaves y tiernas. No tenía idea de que fuera tan fácil hacer correrse a una chica.

A menos que ella estuviera fingiendo, por supuesto. ¿Pero por qué habría de hacerlo? No creía que a Cindy le importara un pimiento su pobre y tierno ego virginal a esas alturas.

Seguro que no había fingido. Había sentido cada temblor, reverberando por su cuerpo. Cada jadeo, sus largas uñas agarrándolo.

Y cuando se la chupó. Ah, Dios, Dios, Dios.

Connor era un solapado cabrón por meterlo en ese lío. Usaba cada truco que tenía para mantenerse alejado de esa pequeña chiflada excéntrica y a donde quiera que se dirigiera, allí estaba ella. Moviendo las tetas delante de sus narices.

Gimió, rodando hasta el borde del sofá cama. Se había puesto tan frenético que no había forma de dormir. Podía más bien hacer algo útil. Se levantó, abrió su portátil y se conectó con el chat donde Mina se encontraba con Jared.

Hola a todos, estoy aburrida, escribió.

Le respondió un montón de gente. Intercambió banalidades con ellos, dejando deslizarse el tiempo. Evitando deliberadamente no pensar en el vello púbico de Cindy recortado en forma de corazón. Finalmente apareció Jared, gracias a Dios.

Mezcla de Mentas 666: Oye, Mina vamos a hacer un privado.

Se metieron en un cuarto privado. Jared fue directo al grano.

Me han autorizado a hacerte una invitación.

¿A qué?

Un lugar especial. El Refugio. ¿Has oído rumores?

En realidad sí. Un lugar míticamente secreto donde la gente aprendía técnicas de control mental asombrosas. Lo había tomado por basura de ciencia-ficción. Había demasiada mierda absurda flotando en el ciberespacio.

Dime más, escribió.

No quiero hablar de ello en línea, escribió Jared. Quería conocerte y hablar contigo en persona, pero eres tan tímida que no tengo elección. Mi oficio es reclutar gente como tú.

Me estoy sonrojando, escribió Miles tímidamente.

No lo hagas. La mayoría de la gente que viene aquí paga cantidades enormes. Escogemos a gente especial como tú. El tipo para el que trabajo es un genio. Tienes que experimentarlo para creerlo.

¿Quién es?, escribió Miles.

Mezcla de Mentas vaciló.

No estoy autorizado para decírtelo. No te conozco, ¿así que cómo sé que eres quien dices que eres?

Bastante justo. Ese es mi problema también, yo tampoco te conozco a ti, escribió Miles.

Sólo hay una forma de resolver el problema. ¿Nos encontramos?

La pregunta se desplegó en la brillante pantalla y quedó esperando.

Una llamada a la puerta del estudio. Su mente se disparó de emoción.

Coño. ¿Qué hacer? ¿Escondarse debajo de la cama? ¿Dejar de respirar y simular que estaba muerto? Mierda.

—¿Estás despierto? —se oyó la voz áspera de Connor al otro lado.

No era Cindy. Miles estuvo a punto de caerse de la silla, inutilizado por una combinación de alivio y desengaño.

—Más o menos —dijo en voz alta.

Connor abrió la puerta. Estaba completamente vestido y llevaba una SIG

en la mano.

—Acabo de recibir una llamada. La alarma de seguridad de la casa de la madre de Erin se ha disparado. Gracias a Dios ella está en Hawai. He llamado a la policía, pero voy a echar un vistazo. Quiero que vigiles. ¿Puedes manejar una de estas?

«¿Estás bromeando? Soy sólo un cabeza de tuerca que no tiene idea de nada», quiso gritar, pero sabía que debía ser paciente, así que tragó saliva y asintió.

—He dedicado algunas horas con Sean y Davy al polígono. Déjame que termine esto. —Miles se inclinó sobre el teclado y escribió.

Tengo que irme. ¿Nos volvemos a encontrar dentro de dos horas?

Eres una provocadora, escribió Mezcla de Mentas 666. *Nos veremos. Adiós por ahora.*

Siguió a Con al piso de abajo y tomó la pistola.

—Ten mucho cuidado —dijo Con—. Volveré en cuanto pueda.

Miles caminó arriba y abajo por el vestíbulo. Su cerebro zumbaba como un enjambre de abejas. No podía quedarse quieto. La casa estaba en penumbra, sólo el resplandor anaranjado de las farolas que entraba por la ventana. Sentía la pistola extraña y ajena en la mano.

—Ah, estás aquí. —La suave voz hizo que el corazón le saltara en el pecho—. Estaba buscándote.

Se dio la vuelta. El cuerpo de Cindy surgió de las infinitas sombras de gris a la entrada de la cocina. Como había pensado exactamente. Una apretada camiseta de tirantes. No un tanga, pero esos short de cintura baja apretados eran más o menos igual de malos.

—Deberías estar durmiendo —dijo él.

—No puedo. —Parecía nerviosa—. Aún estoy inquieta por la actuación. Hemos estado muy bien, es una pena que no estuvieras allí. Santo cielo, Miles. ¿Qué demonios estás haciendo con una pistola?

—Estoy de guardia —contestó él—. Connor ha ido a ver qué pasa en casa de tu madre. Se disparó la alarma.

Ella echó la cabeza hacia atrás, haciendo que el pelo produjera ese seductor movimiento de remolino.

—Alguien tiene que protegernos contra los monstruos con colmillos, ¿verdad?

Miles se negó a dejarse pinchar.

—Los monstruos son reales, Cin.

—Tú eres tan malo como ellos. —Se acercó lo suficiente para que él pudiera percibir su olor a vainilla y miel. Los detalles de su cuerpo se enfocaron en la oscuridad. Miles tragó saliva y miró por la ventana.

—¿Puedo sujetar esa pistola un segundo? —Su voz era provocadora.

—No —dijo él.

Ella cruzó los brazos sobre el vientre y se apoyó contra la pared.

—¿Tienes miedo de que te asalte sexualmente o algo así?

—Connor me pidió que cuidara esta casa hasta que él volviera —dijo Miles lacónicamente—. Y lo voy a hacer. Así que no me molestes.

Cindy resbaló por la pared hasta que quedó sentada en el suelo, abrazándose las rodillas contra el pecho.

—¿Vas a dejar de odiarme alguna vez, Miles?

Él soltó una bocanada de aire larga y cuidadosa, tratando de escoger entre las cien mil respuestas completamente contradictorias que podía dar a esa pregunta.

—No te odio, Cin. Sólo odio la forma en que me trataste. Odiaba ser tu esclavo personal mientras todos los gilipollas de tus novios te trataban como una mierda. De verdad, de verdad odiaba eso.

—No estoy con ningún novio gilipollas ahora —protestó ella.

Él se encogió de hombros.

—Es sólo cuestión de tiempo. Tengo cosas mejores que hacer que hacerte recados mientras tú localizas a tu próximo gilipollas.

Ella se tapó la cara con las manos.

—Nadie te obligó a hacer todo eso por mí. —Su voz sonaba humilde—. Podías haber dicho simplemente no.

—Eso es verdad. Y eso es precisamente lo que he hecho finalmente. Decir no.

Ella lloriqueó.

—Me odias a muerte por lo de esta mañana, ¿verdad?

Ah, sí, claro... Casi explotó de risa.

—No, Cin. Ya te lo dije. No te odio. Te deseo lo mejor. De verdad.

Ella pensó en eso.

—Me deseas lo mejor —repitió—. Deseo a la tía abuela Marta lo mejor. Deseo lo mejor a todos los niños pobres del mundo. Deseo lo mejor a las ballenas y a las águilas calvas y a los osos panda.

Él negó con la cabeza.

—No tengo nada contra las ballenas o las águilas o los pandas, y mucho

menos contra la tía abuela Marta. Y, por supuesto, no tengo nada contra ti.

Ella se tapó la cara con las manos. Miles se sintió consternado al oírla llorar de nuevo. Apretó los dientes.

—¿Qué quieres oír? ¿Qué te amo? No voy a decirlo. Estuve enamorado de ti, pero lo he superado. No voy a dejar que te limpies los pies en mí nunca más.

—No lo haría —susurró ella—. Nunca más.

—¿No harías qué? —Su voz se endureció.

—Limpiarme los pies en ti. —Se limpió las lágrimas de los ojos, resoplando fuerte—. Lo siento mucho. Fue inconscientemente, yo no quería hacerlo.

La suave invitación de su voz temblorosa lo partía en pedazos. Deseaba creerla con todas sus fuerzas. Cindy estaba allí, pidiéndole perdón, como en sus fantasías, como tantas veces haces había soñado, y era exactamente la mujer que él quería que fuera. Adulta, tranquila, con los pies en la tierra. Y deseándolo.

Sin embargo, era una fantasía. La palabra clave era fantasía.

Se quedó ahí de pie, con la garganta congelada por el miedo y el dolor, hasta que su silencio se convirtió en una respuesta llana e implacable.

Cindy soltó un suspiro tembloroso, se levantó graciosamente y se dirigió con pasos livianos hacia la cocina. Se detuvo al pie de la escalera.

—¿Miles?

Él se preparó.

—¿Sí?

—Yo también te deseo lo mejor —dijo—. Sinceramente.

Tenía un tono en la voz que él nunca había escuchado antes. No estaba tratando de hacer comentarios burlones o de impresionarlo. No estaba tratando de darle vuelta al mundo para que fuera como ella lo quería.

Su voz era triste y rotunda. Como para enfrentarse a la realidad, lidiar con ella.

Casi lo hizo cambiar de opinión. Que Cindy fuera sincera con él... era lo que más había deseado en el mundo.

Pero ya había desaparecido por las escaleras. El fugaz momento estaba perdido. De todas formas, sabiendo lo chiflado que había estado por esa chica, probablemente se lo había imaginado.

Miles se quedó mirando el amanecer. Sentía el corazón pesado, un peso muerto en el pecho igual que la pistola que tenía en la mano, y una tirantez

cruel y abrasadora en la garganta, como si alguien estuviera apretando un nudo.

Que dios ayudara al loco que tratara de asaltar la casa que vigilaba. Llenaría de agujeros al cabrón sin una pizca de remordimiento.

• • • • •

—Es igual que Connor. —Erin hablaba con un tono de ternura en la voz.

Cindy entornó los ojos, aún pegajosos por el rímel de la noche anterior, y tomó otro sorbo de café mientras trataba de entender las imágenes borrosas de la ecografía de su sobrino.

—Todavía no veo lo que tú ves.

—Imagínate que estás mirando hacia arriba, desde su barbilla —explicó Erin—. ¿Ves? Éstos son los labios, ésta es la naricita... ¿lo ves ahora?

Finalmente todo encajó. Sintió un dulce y tembloroso estremecimiento de asombro.

—Guay. Ay, sí. ¡Ya lo veo! ¿Dices que se parece a Connor? ¡Para nada! Es tierno y redondito, Erin. Y Connor no tiene nada redondo. Te concedo que parece ser un miembro reconocible de la especie humana, pero no se parece a Connor.

—Ah, no tienes remedio. —Erin se levantó, sacó una tostada de la sartén y la puso en un plato, que colocó delante de su hermana.

—Como sigas así, voy a engordar —se quejó Cindy por reflejo.

—No empieces —advirtió Erin. Puso la mantequilla y el sirope de arce frente a su hermana con un golpe agudo y elocuente—. ¿Miles? ¿Cuántas tostadas quieres?

Erin clavó en Cindy una mirada inquisitiva. Los ojos de Cindy la eludieron. Sintió que se ruborizaba, aunque no sabía por qué. No le había hecho nada a Miles la noche anterior, excepto darle una oportunidad espectacular más de rechazarla. Lo cual él había hecho. Ya no podía engañarse más, ya había comprendido perfectamente que no tenía ninguna esperanza con él. El encanto, las lágrimas, incluso el sexo, nada funcionaba con ese tío. Sus trucos habituales habían fracasado, completamente. Parecía que iba a tener que hacer de tripas corazón. Hacerse un implante de dignidad, o algo así.

Se oyó un barullo de voces masculinas en el vestíbulo y después apareció Connor en la puerta de la cocina. Parecía cansado y sombrío.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Erin.

—Nada bueno —contestó él. La abrazó y la besó.

Se derrumbó en su silla, frotándose la pierna.

—Llegué allí justo detrás de los polis. Aparqué en el camino... y estuve a punto de atraparlo cuando salió corriendo.

Erin frunció el ceño.

—¿Lo perseguiste?

Con no quiso enfrentarse a su mirada. Sorbió el café.

—¡Idiota machista! —lo riñó—. ¡Ahora vas a pasarte una semana cojeando!

Connor suspiró.

—No pude evitarlo —dijo lúgubrementemente—. Estaba tan cerca. .. Pero entonces saltó la cerca de los Sizemore y quedé jodido. —Se masajeó la pierna—. Mis días de perseguir a esos cabrones se acabaron.

—¿Y qué, lo viste? —preguntó Cindy—. ¿Es el tipo que busca Sean?

Connor se encogió de hombros.

—Puede que sí, puede que no. Era grande, vestido de negro. Eso describe a mucha escoria del bajo mundo que se mete a robar casas.

—¿Qué se llevó? —preguntó Erin—. ¿Cogió las joyas de mamá?

—No. Eso es lo que me preocupa. —Connor la miró a los ojos—. No se llevó nada. Había desactivado la alarma vieja, pero no pudo con la de SafeGuard. Estuvo allí veinte minutos. No se llevó nada. Creo que estaba apostado allí. Esperando a que alguien llegara a casa.

Erin se estremeció, se acurrucó sobre su vientre redondeado y puso las manos alrededor de la taza de café.

—¿Por qué querría a mamá si es el tipo de Sean? ¿Y no a nosotros, por ejemplo? ¿O a Davy y a Margot?

Connor sacudió la cabeza.

—Ella es un blanco más fácil.

Cindy se revolvió incómoda mientras recordaba su aventura con Porky el día anterior. Su móvil sonó. Lo agarró. El número desconocido le produjo un retortijón. Lo descolgó.

—¿Sí?

—¿Cindy? Soy Bolívar.

—¡Ah! Hola, Bolívar. —Caminó hacia el salón, buscando un bolígrafo y papel—. ¿Qué tal estás?

—Bien. Escuche, no quiero que le diga a nadie esto, ¿de acuerdo? Esto es

algo muy extraño, y yo no quiero formar parte de toda esta basura. —Hablaba tan rápidamente con su mal inglés que ella casi no podía descifrar lo que estaba diciendo.

—Ah, sí, comprendo —dijo Cindy—. Sí, por supuesto.

—Ese verano había tres conserjes. Uno era Fred Ayers. Murió en julio, del corazón. Había otro tipo, Pat Hammond, un borracho. Murió en un accidente de coche. Después había un tipo vietnamita, Trung. Se fue cuando cerró el edificio, se trasladó a la Costa, a un pueblo llamado Garnett. Su hija tiene una tienda de Comestibles allí. Nunca he hablado con usted, ¿de acuerdo?

Cindy garabateó todo en un papel.

—Claro —dijo—. Lo último que quiero es causarte ningún problema. Gracias Bolívar.

Colgó y se quedó mirando el trozo de papel. Se le contrajo el vientre. Había llegado el momento de confesar. Y no iba a ser agradable. Todos se iban a enfadar mucho con ella...

Caminó hacia el zumbido que venía de la cocina y se detuvo en la puerta reuniendo valor. Finalmente, todos se quedaron en silencio, mirándola extrañados.

—¿Qué tienes ahí? —Con señaló el trozo de papel.

Ella tragó saliva.

—Es una pista.

Connor no pareció entender.

—¿Eh?

—El conserje del Colfax. Enseño saxofón a su sobrino. Yo... le pregunté si sabía quién estaba en la plantilla de conserjes el verano que murió Kev. Estuvo preguntando. Dos de los hombres murieron ese verano, es bastante extraño. Este tipo —extendió el papel— está vivo todavía. Vive en Garnett.

Connor tomó el trozo de papel frunciendo el ceño.

—Bolívar me contó que cuando le dieron el empleo alguien le dijo que el lugar estaba maldito. Pensé que tal vez esa maldición podría tener que ver con lo que le pasó a Kev.

Connor apoyó el trozo de papel contra el tarro del sirope.

—Maldita sea. ¿Por qué lo has hecho? ¿No sabes que puede ser muy peligroso meterse en ciertos asuntos?

Eso era. Hacia el valle de la muerte iba Cinthya. Dejó caer el trasero en la silla, respiró profundamente y se lanzó sin pensar:

—Yo... eeh... lo pensé ayer, después de que fui a ver a Porky. Me dijo que su ama de llaves...

Plaf. Miles dejó caer la cafetera francesa de cristal. Se partió en varios trozos, derramando café hirviendo por todo el suelo de baldosa.

—¿Hiciste qué? —silbó Miles.

—¿Quién es Porky? —La mirada de Connor pasaba rápidamente de uno a otro.

—El profesor Beck —dijo Cindy con voz tímida. Se mordió los labios, apretó las manos contra el vientre y se preparó.

Miles se agachó en medio del silencio ensordecedor a recoger los fragmentos de cristal. Abrió de una patada la puerta pantalla de la cocina y salió al patio. Empujó la tapa del cubo metálico de la basura con la rodilla para abrirla.

Levantó los trozos de cristal y los lanzó con toda su fuerza al fondo del cubo vacío. Crash.

Cindy chilló y hundió los dientes en el labio hasta que casi se hizo sangre. Oh Dios. Esto iba mal. Y estaba a punto de empeorar.

Miles entró otra vez en la cocina pisando con fuerza. Se inclinó sobre ella haciéndola retroceder.

—Alégrate de que no te follara anoche —dijo—. Porque estaría mucho más furioso de lo que lo estoy ahora.

Se quedaron en silencio, estupefactos. Connor y Erin intercambiaron miradas de asombro, con los ojos muy abiertos. Cindy apretó los labios temblorosos.

Connor volvió su mirada furiosa hacia Miles.

—¿En qué demonios estabas pensando para hablarle de tu trabajo? —preguntó exigente.

—No lo hizo —susurró Cindy—. No quiso contármelo. Yo lo oí por casualidad hablando contigo. Pensé qué... yo conocía al viejo Porky... así que fui a preguntarle por Kevin y el Proyecto Medianoche.

—Oh, Cristo. —Miles salió furioso. La puerta del estudio sonó con un portazo.

Connor se cubrió los ojos con la mano.

—¡Santo Dios! No puedo creerlo, sencillamente no puedo creerlo.

Cindy se aferraba a su taza, mirando el café como si tuviera miedo de hablar. No miraba a Erin a los ojos. No había apoyo moral allí. No había apoyo en ninguna parte. Y nadie a quien culpar excepto a sí misma. Como de

costumbre.

—¿Quieres decirme qué coño pensabas que estabas haciendo? —La voz de Connor azotó sus nervios irritados, haciéndola saltar—. ¿Estabas, qué, aburrida, Cin? ¿Divirtiéndote?

—No —dijo ella—. Sólo que... conozco a Porky. Es un baboso lujurioso al que se le derrite el cerebro cuando ve un par de tetas, así que pensé...

—¿Pensaste? ¿Tú? —La risa de Connor era cruelmente sarcástica—. ¿Eres consciente, sólo para empezar, de que ir sola a la casa de hombres lujuriosos y babosos e intentar usar las tetas para influir en ellos es verdaderamente una forma excelente de ser asaltada sexualmente?

—Ah, pero estoy segura de que Porky nunca haría... el tipo es esencialmente inofensivo, así que pensé...

—¿Inofensivo? ¿Seguro? ¿Y el misterioso visitante de la casa de tu madre esta madrugada? ¿Eso te parece inofensivo?

A Cindy se le helaron las entrañas.

—Imposible —susurró—. Eso no puede tener nada que ver con...

—Beck tenía acceso a la dirección de tu madre a través de los archivos escolares. ¿Qué le dijiste? ¿Cómo te presentaste?

—Yo... yo sólo dije, eeh, que quería escribir un libro sobre Kev — tartamudeó—. Dije que había encontrado uno de sus viejos cuadernos.

—¿Un cuaderno? —Connor cerró la mano de la cicatriz sobre la cara—. Le dijo que tenía su cuaderno. Con razón fueron a buscarla. ¿Tienes idea de lo que has hecho?

—Eeh... evidentemente no —chilló ella.

Él dejó caer la mano. Su mirada iracunda la hizo volver a encogerse en la silla.

—Te has puesto en la lista de personas a eliminar. Acabas de hacer nuestras vidas mucho más complicadas. ¿De qué se trata todo esto, Cindy? ¿Necesitas más atención? ¿Pensaste que necesitábamos más de un desafío?

Ella negó con la cabeza.

—No. Lo siento.

Connor golpeó la mesa con la mano haciendo traquetear y rebotar los platos.

—Claro. Tú lo sientes siempre.

—¿Connor? Tranquilízate —dijo Erin—. Para ya, por favor.

—No trates siquiera de defend...

—No estoy defendiendo a nadie. —La voz de Erin era cortante—. Pero

tampoco voy a tolerar una de tus rabieta.

—¿Llamas a esto una rabieta? —rugió él.

Ella lo miró enfadada, con los suaves labios apretados remilgadamente, los brazos cruzados sobre su protuberante vientre.

—Sí —dijo con su voz más cortante.

Con fue cojeando hasta la puerta y miró hacia el jardín trasero, de espaldas a ellas. Su cuerpo largo y delgado estaba tenso, vibrando, irradiando furia.

Erin se aclaró la garganta.

—Está bien, bueno Cin, ya que el daño está hecho podrías por lo menos decirnos lo que dijo el hombre.

—Sí, Cin. Dínoslo. —La voz helada y sarcástica de Miles venía de la puerta—. Estoy retorciéndome de curiosidad por saber lo que pueden hacer tus tetas.

—Ah, pero creo que ya lo sabes, Miles —replicó ella.

La cara de Miles se sonrojó, pero por lo menos eso lo hizo callar. Cindy cruzó los dedos y apretó hasta que sus nudillos se pusieron blancos.

—Bueno, eeh, no me dijo mucho. Dijo que no conocía bien a Kev. Que el Proyecto Medianoche tenía que ver con la investigación neurológica y se había cerrado por falta de fondos. Que no sabía quién lo subvencionaba. Eso es todo. Sólo que...

Vaciló, insegura de que mereciera la pena compartir sus sentimientos.

Erin produjo un sonido de exasperación.

—¿Qué Cin?

—Fueron las vibraciones que recibí de él, más que lo que dijo —propuso vacilantemente—. Cuando me vio se insinuó muy claramente...

—Coño, Cin —estalló Miles—. ¿Estás loca?

—No, sólo soy una putilla —dijo Cindy dulcemente—. No lo suficientemente buena para ti, Miles.

—No te vayas por las ramas —gruñó Connor—. Mantén cerrada la boca, Miles. ¿Y entonces? Continúa. Estaba babeándote, ¿y después?

—Y después pronuncié el nombre de Kevin McCloud —tartamudeó—. Y se apagó. Quiero decir, se había ido. Lo juro, la habitación se volvió más fría instantáneamente, dejó de jugar con las rodillas, dejó de mirarme al pecho, dejó de hacerme cumplidos. Simplemente... se detuvo. Bum, de repente.

Connor continuaba mirando fijamente la puerta, meneando la cabeza. Cindy continuó:

—Entonces me pregunté qué habría hecho que un hombre realmente excitado se apagara de repente.

—El miedo —dijo Erin suavemente—. La culpa.

Connor asintió con la cabeza.

—Le vamos a hacer otra visita a Beck. Muy pronto.

Su tono la hizo estremecerse. A veces su cuñado la asustaba.

—Quiero saber lo que tiene que decir el conserje de Garnett —dijo ella.

—Tendrás que esperar para averiguarlo —dijo Connor—. Vas a ir a Hawai a encontrarte con tu madre. Voy a hacer unas llamadas para contratar un guardaespaldas que os vigile las veinticuatro horas mientras estéis allí.

La boca de Cindy se abrió y se cerró.

—Pero no puedo dejar las clases de música... y tengo que tocar en una boda este fin de semana con los Rumors y...

—Olvídate de tus clases de música. Olvídate de los Rumors. Olvida todo lo que está escrito en tu agenda. Lo cancelaste todo cuando le diste a un asesino la dirección de la casa de tu madre. Miles, métete en el ordenador, ahora.

—Un momento. Precisamente ahora iba a hacer que Mina le dijera a Mezcla de Mentes que...

—Olvida a Mezcla de Mentes —gruñó Con—. Vamos a trabajar a tiempo completo en este asunto, todos nosotros. Estoy harto de tener asesinos respirándoles en la nuca a los miembros de mi familia. Me pone jodidamente tenso.

El tono salvaje de la voz de Connor hizo que Cindy se encogiera aún más en su silla. Se sentía pequeña y estúpida.

—Lo siento —susurró.

Fue un error haber hablado. Con se volvió contra ella.

—Tienes dos cosas que agradecer. Una, que tu madre estuviera en Hawai. De lo contrario estaría muerta. Y dos, que te quedaras con nosotros anoche. O estarías muerta también. O si no, deseando estarlo.

Abrió de un empujón la puerta que llevaba a su cuarto de trabajo del sótano y bajó las escaleras pisando fuerte. Miles se quedó allí de pie, probablemente tratando de que se le ocurriera su bofetada de despedida, pero no pudo superar la de Connor, así que se sumergió en las escaleras también, dejándola sola con Erin.

No podía mirar a su hermana a los ojos. Quería desintegrarse, allí mismo. Erin nunca se había metido en problemas como este. O al menos cuando lo

hizo no fue culpa suya. Era inteligente, valiente, sensata. Todo lo que su despistada y frívola hermanita no era.

«Cindy es la belleza, Erin es el cerebro», decía su madre, pero Cindy había entendido más allá de esa basura desde el principio. Erin era bonita por derecho propio, lo que quería decir que la afirmación de su madre no era más que un truco para que su hija pequeña se sintiese mejor por ser, bueno, menos lista. Por lo menos era mona, ¿verdad?

Pequeño consuelo ahora. Enterró la cara entre las manos.

Erin se aclaró la garganta delicadamente.

—Cin. Eeh...

—Por favor, no lo hagas. No necesito que tú también me riñas. Lo he entendido.

La silla de Erin chirrió cuando ella se levantó de la mesa. Salió de la cocina y dejó que Cindy se deshiciera en lágrimas sola.

¿Había puesto a su madre en peligro? Dios, ¿era posible que sólo con ir a pestañearle a Porky pudiera haber desencadenado todo este tumulto?

Sería un alivio para todos si simplemente desapareciera.

Se levantó, con una vaga sensación de subir al baño a hacer que esa tostada francesa que le daba vueltas en el estómago se fuera.

Pasó el estudio dando traspiés, vio el arrugado sofá cama donde había dormido Miles. Se detuvo en la puerta, mirándolo, ella le había hecho una visita por la noche. No tenía ningún plan, sólo había seguido sus impulsos: simplemente quería deslizarse en esa estrecha cama para ver cómo se sentirían esas piernas musculosas y velludas entrelazadas con las de ella. Sólo para ver lo que él decía. Lo que hacía.

Ahora entró de nuevo en esa habitación, pero Miles no estaba allí. Sólo su portátil brillando en la oscuridad.

Se dejó caer frente al escritorio, deseando ser una mejor persona, más inteligente, menos egocéntrica. Deseaba no haber herido tanto los sentimientos de Miles. Ser el tipo de persona que Con podía respetar. Que le gustara, incluso.

Parpadeó ante la pantalla del ordenador. Las letras se escribieron solas a través de la página. Tuvo un escalofrío fantasmal hasta que se dio cuenta de que la pantalla estaba abierta en una página de chat. Alguien creía que estaba hablando con Miles.

Mezcla de Mentes: *Eh, Mina ¿estás todavía ahí? ¿Quieres que quedemos? Si te apetece, te llevaré al Refugio.*

Cindy movió los ojos hacia la parte alta de la pantalla, la deslizó hacia arriba y leyó la conversación anterior. El Refugio. Ese lugar mítico del que había oído hablar, como la escuela para mutantes de las películas de X-Men. Era real. Qué bárbaro.

Se le ocurrió. Ése era un lugar a donde podía ir y donde el asesino que por culpa suya amenazaba a su infortunada familia no la encontraría nunca. Nadie la encontraría. No tenía idea de dónde estaba, y Mezcla de Mentes no tenía idea de quién era ella. Anonimato doblemente ciego. Sonaba estupendo ahora mismo.

Podía levantar el peso muerto de su paciente cuñado. Huir de todas esas malas caras, reprimendas y miradas desaprobadoras.

Y quizá incluso hacerse ligeramente útil en el proceso.

Su mente galopaba, entusiasmada. Podía conocer a este tipo, ver qué tal estaba ese sitio. Si no le gustaba, le enviaría un mensaje a Miles, cruzaría los dedos y se arriesgaría, como otros adultos que hacían cosas arriesgadas. Su padre había arriesgado su vida todo el tiempo para capturar chicos malos, antes de que ese cabrón de Lazar lo enredara en sus asuntos. Había hecho algo bueno, además de lo malo. Eso no anulaba lo malo, por supuesto, pero quizá, al final, inclinaba la balanza a su favor un poquito.

Ella también quería hacer el bien. Por lo menos, podía intentarlo. Se preocuparían y se pondrían furiosos, pero ¿qué tenía eso de nuevo?

Si la borran de la faz de la tierra, no iba a detenerse el mundo. Su madre y Erin estarían tristes durante un tiempo y luego se les pasaría. Miles se sentiría aliviado. Los Rumors encontrarían otro saxofonista. La vida continuaría.

Era probable que Mezcla de Mentes y el Retiro fueran exactamente lo que el tipo decía que eran, en cuyo caso, bueno, mejor para ella. Incluso cabía la posibilidad de que El Refugio fuera un lugar interesante. ¿Por qué no? Hasta podía aprender algo. Cosas más raras habían ocurrido.

Estiró la mano, puso los dedos sobre el teclado. Vaciló. *Yo otra vez. De acuerdo. Me encantaría encontrarme contigo. ¿Dónde?*

Capítulo 21

—POR FAVOR, MÁS DESPACIO —LE PIDIÓ LIV POR cuarta vez.

Sean pisaba como un poseso el acelerador del coche que Davy había alquilado para él. Estaba demostrando un control admirable al permanecer por debajo de los ciento cincuenta kilómetros por hora.

—Si no te gusta cómo conduzco, mala suerte —le dijo—. Deberías haberte quedado con Tam, donde estarías segura.

—No quiero quedarme en un estante como una muñeca de porcelana —dijo ella—. Hasta ahora no he contribuido en nada a resolver nuestro problema. A parte de hacerte un servicio sexual, por supuesto.

Él la miró de reojo y captó el brillo provocador de su mirada.

—No es que sea un gran esfuerzo —añadió ella—. Es excelente. Aun así, no quiero pasar toda esta investigación con las piernas en el aire.

Sean empezó a hablar, pero ella lo interrumpió.

—Sí, tú eres el supergenio que domina un millón de idiomas. Pero yo tengo algunas ideas también.

—Nunca he dicho que no las tuvieras. —Redució la velocidad cuando entraban en Garnett—. Creo que eres brillante. Por eso deberías estar trabajando con los bosquejos de Kev. Los miré hasta que me volví loco hace quince años. No me quedan ideas. Tú podrías ver algo nuevo.

—Los analizaré todo lo que quieras. Los habría analizado toda la noche si no me hubieras estado distrayendo continuamente.

—¿Distrayéndote? Vaya un eufemismo, aunque yo no soy de la misma opinión. Creo que has sido tú la que me ha estado distrayendo a mí. Recuerdo estar acostado indefenso, de espaldas, con una diosa sudorosa encima de mí.

—No estabas nada indefenso. Y eso fue una hora después de que tú me distrajeras, Sean —señaló ella—. Pero sugiero que no discutamos eso ahora. Ésta es una carretera peligrosa y casi hemos llegado.

—Podríamos dejar el coche en el bosque —sugirió él esperanzadamente—. Podría distraerte apoyada contra un árbol. O podríamos probar el asiento trasero.

—Quiero hablar con Trung, y tú también. Concéntrate.

Sean agradecía que ella intentara animarlo, pero no le parecía correcto andar bajo un gran cielo abierto, con Liv a su lado y sin un Escuadrón

Especial flanqueándola.

No sabía cómo desterrar ese miedo que lo atenazaba cuando estaba con ella. Generalmente se enfrentaba al peligro con la actitud despreocupada de un tipo que no tenía un miedo especial a la muerte. Pero ahora tenía miedo por Liv. Se moría de miedo.

Estaba nervioso como un gato callejero, revisando constantemente el retrovisor. Mirando al cielo para ver si había helicópteros, por el amor de Dios. Esto era lo que le pasaba a uno cuando se interesaba por otra persona. Se le nublaban el cerebro, se volvía estúpido, burro e inútil.

—No es seguro —dijo—. No puedo concentrarme. Podrían matarnos.

Ella se estiró y le tocó el muslo.

—Me siento muy segura contigo.

La garganta se le puso caliente y dura como un puño.

—Por favor, no digas eso. —Obligó a las palabras a salir con dificultad—. No me tiendas trampas.

—Lo siento, no quiero ponerte nervioso, pero nos metimos en esto juntos y necesitamos solucionarlo juntos...

Sean hizo un gesto de impaciencia con la mano para cortar el sermón que Liv estaba a punto de soltarle, y le arrojó el papel que contenía las instrucciones de Con en el regazo.

—Léeme las instrucciones.

—¿Y por qué debo hacerlo yo, señor Memoria Fotográfica?

—¿No querías ser útil? Se útil —gruñó él.

Pararon frente a una tienda de comestibles de aspecto sórdido. Sean aparcó y salió. Agarró a Liv del brazo y se apresuró a entrar en la tienda. No quería tenerla al descubierto. No es que fuera reconocible con esa peluca rubia, pero aun así.

Un adolescente lleno de granos atendía el mostrador. Sean le dirigió una sonrisa sosa.

—Estoy buscando a un hombre llamado señor Trung.

El chico se quedó inmóvil, con los ojos muy abiertos. Salió corriendo de la habitación.

Eso fue desconcertante. Sean deslizó el brazo en torno a la cintura de Liv mientras esperaba. Ella era muy suave, cálida y vibrante. Le cortaba el aliento, le oprimía el pecho. El sentirla cerca hacía que el corazón le latiera desbocado. A pesar de lo tenso que estaba. A pesar de que había estado con ella toda la noche. No se saciaba. Deseaba ese sensual mundo de sueño en el

que se deslizaban cuando estaban en ello. Podría vivir en ese mundo con ella por siempre.

Salió un vietnamita de mediana edad, seguido de una mujer de unos cuarenta años. Miraron a Sean y a Liv como si fueran serpientes venenosas.

La mujer habló mecánicamente, como si hubiese ensayado las palabras.

—Soy Helen Trung. Éste es John, mi esposo. Mi padre no está aquí, se marchó a Vietnam hace seis meses. No piensa volver.

Sean miró el muro en blanco de las caras de la pareja, apretó el brazo en torno a Liv y siguió su primer impulso.

—Hace quince años, creo que hubo gente que amenazó al señor Trung —dijo—. La misma gente mató a mi hermano y están amenazándome a mí y a ella. —Señaló a Liv con la cabeza—. Quiero encontrarlos.

El hombre y la mujer se miraron. La mujer se volvió.

—Mi padre se ha ido. No vuelve —repitió.

Sean esperaba, dejando que el silencio hablara por él.

La mujer empezó a murmurar furiosamente en vietnamita. Sean escarbó en los recuerdos del idioma que el Loco Eamon les había enseñado a él y a sus hermanos, el lenguaje que su padre había aprendido en la guerra que le había desquiciado.

—Por favor, ayúdenos —dijo en vietnamita, vacilante—. Mi esposa está amenazada por esos hombres. No pondremos en peligro a su familia. Tiene mi palabra.

La pareja abrió mucho los ojos. Él estaba sorprendido por el impulso que lo había llevado a identificar a Liv como su esposa. Novia sonaba frívolo. Y de todas formas no sabía la palabra vietnamita para ese concepto. No había usado el idioma desde que tenía doce años, cuando su padre murió, y la palabra novia no había entrado en su vocabulario activo en ninguna lengua.

La palabra esposa tenía un peso muy diferente. Era como si con esa palabra todos dieran por sentado que el bienestar de Liv y su seguridad dependían de él por mandato divino. Le gustaba.

Estaba a punto de rendirse e irse cuando a través de la cortina llegó una voz cascada desde la habitación de atrás.

—Traédmelos —dijo alguien en vietnamita.

Siguieron a la mujer a través de la puerta con cortina y un vestíbulo abarrotado, hasta una pequeña cocina. Una mirada rápida a su alrededor les mostró un espejo que servía para monitorear la tienda y a un hombre marchito de casi setenta años, sentado a la mesa de la cocina, fumando un cigarrillo.

Echó una rápida mirada apreciativa a Liv y después fijó la vista en Sean.

Sean esperó pacientemente a que el viejo hablara primero.

—Creí que lo habían matado —dijo lentamente.

Sean contuvo una oleada de emoción salvaje.

—Quizá me confunde con mi hermano gemelo —dijo—. Lo mataron hace quince años. Deseo encontrar a su asesino y vengar a mi hermano.

La cara de Trung se contrajo.

—Vaya acento... Habla usted como mi anciana tía abuela de Khanh Hung —resolló. Su risa se convirtió en un ataque de tos. Le dio una orden a su hija, que se apresuró a entrar con un nuevo paquete de cigarrillos. Parecía que estaba tratando de no reírse también.

Liv le dio un codazo.

—¿Qué les parece tan divertido? —preguntó.

—Mi acento tosco y paleta —dijo él con pesar.

—Los que sienten curiosidad por la muerte a menudo encuentran más de lo que querían saber —canturreó Trung, con la cabeza coronada de humo.

—Así sea —replicó Sean tranquilamente.

La hija susurró furiosamente algo al oído de su padre. Él negó con la cabeza.

—Siéntese —le dijo a Sean indicando la mesa.

Sólo había una silla y Sean le hizo un gesto a Liv para que se sentara. La hija del hombre hizo un comentario explosivo por lo bajo; desapareció en la otra habitación y volvió con sillas plegables.

Las amontonó en el estrecho espacio que había en torno a la mesa.

—Café —dijo Trung a su hija.

El viejo se encorvó sobre la mesa, mirando el humo que se enroscaba entre sus dedos torcidos.

—Nunca lo vi a usted —dijo lentamente.

—Comprendo. —Sean le lanzó una mirada tranquilizadora a Liv, deseaba poder traducir para ella las palabras del hombre, pero necesitaba toda su concentración para conversar con él.

—Creí que usted era su hermano —dijo Trung—. Siempre me hablaba cortésmente, en mi lengua, cuando me veía. Era un buen muchacho, amable y educado. Le diré lo que vi, en honor a él.

—Se lo agradezco —dijo Sean, inclinando la cabeza.

—Trabajé durante tres semanas en aquel edificio —dijo Trung—. Un día, entro en una de las habitaciones y encuentro la mesa rota, sillas en el suelo.

Cristales por todas partes. Nadie me dijo lo que había pasado. Yo no pregunté. Rara vez veía gente que usara el edificio. No sabía lo que hacían allí. —Terminó de fumar—. Una mañana, llegué temprano. —El viejo se detuvo, con los ojos fijos en un punto indeterminado, perdidos. Buscó a tientas los cigarrillos.

Sean los empujó a través de la mesa hacia sus manos.

Sacó uno de la cajetilla y lo encendió. Sus dedos tenían un temblor constante.

—Iba caminando por el pasillo —continuó—. En una de las habitaciones estaba encendida la luz. Pensé que había olvidado apagarla. Abrí la puerta.

Hizo una pausa.

—Había un hombre —continuó—. Un hombre grande. Sus manos estaban rojas. Había un cadáver en el suelo. Lo había puesto en una bolsa de plástico. Había un rastro de sangre que iba hacia la puerta, por donde había sido arrastrado otro cadáver antes. —El humo se escurría entre sus dedos—. Entonces el hombre dijo: «Ya que estás aquí ven a ayudarme. Éste pesa mucho».

La habitación permaneció en silencio durante unos minutos.

—Lo ayudé. —La voz de Trung era inexpresiva—. Arrastramos el cuerpo hasta una camioneta. Entonces me apuntó con una pistola, me dijo que limpiara. Casi no podía trabajar de lo que me temblaban las manos. —Levantó las manos—. No han dejado de temblar desde aquel día.

—Lo siento —dijo Sean—. ¿Y después?

El hombre suspiró, sus párpados apergaminados temblaron.

—Me puso un cuchillo en el ojo. Dijo: «Vete de este lugar Si se lo dices a alguien, me comeré el hígado del miembro más joven de tu familia delante de ti. Después te sacaré los ojos y la lengua». Me cortó, debajo del ojo. —Señaló una cicatriz que distorsionaba su párpado inferior—. Mi nieto tenía dos años. Nos fuimos ese mismo día.

—¿Ese hombre hablaba vietnamita? —preguntó Sean.

La boca de Trung se contrajo.

—No, no lo hablaba —dijo en inglés.

Sean asintió, agradecido de que el hombre dejara de hablar en vietnamita.

—¿Vio a otros? ¿Supo cómo se llamaban?

La sonrisa de Trung se desvaneció.

—No tenía razón para sentir curiosidad antes. Tenía muchas, muchas razones para no ser curioso después.

—¿Podría identificar al hombre que vio?

El viejo tuvo otro ataque de tos. Helen Trung le sirvió un vaso de agua. Él la tomó de una vez y se limpió la boca con mano temblorosa.

—No, usted está loco —dijo—. ¿No ha oído nada de lo que he dicho?

—Si lo llamaran a testificar tendría protección.

El hombre se inclinó sobre la mesa, tocó con un dedo amarillento la costra que tenía Sean en la frente. Señaló con gestos los hematomas de la quijada de Liv.

—Si estos hombres pueden apalear a un hombre como usted y a su esposa, ¿qué le harían a ella? —Hizo un gesto hacia su hija—. ¿O a él? —Indicó con la mano al adolescente que merodeaba en la puerta. El chico se escabulló—. Usted es sólo un hombre. Cuide a su esposa. Ahora váyase, por favor. No vuelva. No quiero más visitas de nadie.

Esa frase hizo que Sean se detuviera. Se volvió nuevamente hacia el hombre.

—Un momento. ¿No somos los primeros que vienen a preguntarle sobre esto?

Los hombros de Trung se encogieron brevemente y con enfado.

—Hubo un reportero, poco después de que viniéramos aquí. Quería escribir una historia sobre chicos que habían desaparecido en aquel lugar. No le dije nada.

—Le estoy agradecido por lo que nos contó, por mi hermano —dijo Sean—. ¿Pero quién era el reportero?

El hombre mayor frunció el ceño ante su insistencia.

—No me acuerdo. Escribía para un periódico grande. Tal vez el *Washingtonian*. Quería volverse famoso —resopló—. Escribiendo con la sangre de mis nietos. Loco.

—¿Cuándo vino a verlo, exactamente? —preguntó Liv.

Trung la miró sobresaltado.

—No recuerdo.

—Compró una *calabaza*. —dijo Helen Trung—. Para tallarla para Halloween. —Se acercó y empezó a retirar las tazas de café.

Sean le dio las gracias al hombre, hizo una inclinación a su hija y su yerno.

Liv y él salieron de allí respirando con dificultad a causa de los nervios y se metieron en el coche en silencio. Los dos estaban pensando en lo mismo, en una camioneta con cadáveres envueltos en plástico amontonados en su interior.

Liv estaba hablando, así que Sean se sacudió su espeluznante ensoñación.

—¿Eh?

Ella produjo un sonido de impaciencia.

—He dicho que está muy claro lo que tenemos que hacer ahora.

Eso lo confundió, pues él no tenía nada claro lo que debían hacer.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué es lo que tenemos que hacer?

Liv sonrió, muy satisfecha.

—Vamos a una biblioteca.

• • • • •

Se detuvieron en la primera biblioteca que encontraron. Liv se puso a charlar con el bibliotecario y pronto estuvieron metidos en la sala de microfilmes y solos. Sean agradeció que Liv fuera bibliotecaria y estuviera haciéndose cargo de la situación, porque su cerebro se había escondido.

Las ediciones más antiguas de los periódicos no estaban guardadas digitalmente, y eso significaba que la investigación era más tediosa, pero Liv se desplazaba a través del microfilm a una velocidad que hacía que a Sean le lloraran los ojos. Mientras leía, le hablaba con suavidad.

—... quince de octubre a quince de noviembre, y si no tengo suerte, seguiré más adelante. No creo que nadie talle una calabaza antes de mediados de octubre.

—Sí, claro —murmuró él, distraído.

Sólo había un lector de microfilm en funcionamiento. Mejor. Ya que lo único que Sean podía hacer era pensar en su dolor de estómago. Tan parecido y sin embargo tan horriblemente diferente del dolor que tenía habitualmente cuando miraba a una mujer con la que había estado follando unos días. Generalmente en ese momento estaba buscando una forma suave y no dolorosa de librarse de ella. Aunque sabía, en términos prácticos, que eso no existía. Siempre dolía.

Pero mirando la espalda elegante de Liv sentada ante el lector de microfilm, se daba cuenta de que ahora la cosa era al contrario. Quería esposarla a su cuerpo, mantenerla segura. Tenía mucho miedo de fracasar.

Su historial era un desastre, hasta el momento. Nunca había llegado a tiempo de salvar a nadie. Era demasiado pequeño cuando murió su madre. Todavía recordaba su furia. Había soñado con que la salvaba en un acto de

glorioso heroísmo. Y despertaba llorando porque no era real.

Había sido el que había encontrado a su padre tirado entre el aplastado cultivo de judías, mirando fijamente al cielo. El cuerpo de Eamon todavía estaba tibio.

Kev se había convertido en cenizas cuando él galopaba al rescate. Había llegado demasiado tarde a ayudar a sus hermanos cuando se metieron en líos. Gracias a Dios habían salido de todo aquello con la piel básicamente intacta. No gracias a él.

—Sean. —La voz de Liv vibraba de entusiasmo—. Mira resto.

Él saltó y miró por encima del hombro de ella la pantalla que mostraba un editorial escrito por Jeremy Ivers, fechado el dos de noviembre.

• • • • •

Pérdida de cerebros: jóvenes genios se desvanecen.

Micky Wheeler estaba desconcertado. El domingo por la mañana temprano, su amigo y compañero de clase, Heath Frankel, un candidato al doctorado en Física Aplicada de la Universidad de Washington, no acudió a su cita para ir a escalar. No contestaba a los mensajes. Su apartamento estaba vacío. Cuando Micky trató de entrar en contacto con el único pariente cercano de Heath, un tío en San Diego, descubrió que el tío había salido en viaje de negocios. Después de días de preocupación, Micky fue a la policía y llenó un informe de personas desaparecidas.

Ese mismo día, se enteró de que otro conocido, Craig Alden, un estudiante de Ingeniería de Sistemas de la Universidad de Washington, según su novia, había desaparecido al mismo tiempo. Curiosamente, Alden también tenía poca familia que hiciera sonar la alarma. Como dijo un amigo: «Es un genio, pero muy juerguista. Probablemente estará durmiendo la mona en un hotel de Reno».

• • • • •

Sean se saltó el resto, sacó el móvil y marcó a Davy.

—¿Sí? —preguntó enérgicamente Davy—. ¿Cómo os ha ido? ¿Qué os ha dicho el conserje?

—Vio cadáveres y sangre, y un tipo lo amenazó con comerse el hígado de

sus nietos. No quiere involucrarse. Búscame a un tipo llamado Jeremy Ivers. Reportero. Escribía para el *Washingtonian* hace quince años. Que Nick busque los informes sobre dos personas desaparecidas. Heath Frankel y Craig Alden. —Colgó antes de que Davy pudiera reventarle las pelotas.

Liv parpadeó ante él.

—¿Y ahora?

—Ahora Davy hace un pase de magia y encuentra al reportero.

Ella lo miró a través de las gafas.

—Supongo que no podemos hacer algo tan mundano como comer, mientras tanto.

Él abrió la boca para decir no cuando su estómago gruñó.

El restaurante de pescado que escogió Liv tenía vistas a la playa. Había algo extraño en estar pidiendo comida en un restaurante con una mujer. Como si estuvieran aparentando ser una pareja normal.

Se sintió mucho mejor después de dar buena cuenta de la comida, consistente en una exquisita fuente de langostas en mantequilla, además de porciones más pequeñas de gambas a la plancha, ostras a la cazuela, pez espada a la parrilla y mero rebozado, con patatas asadas y ensalada César como acompañamiento.

Después Liv trató de arrastrarlo a la playa, que fue donde él puso el límite.

—Ni hablar —le dijo—. Estamos ocultándonos.

—Ah, vamos —lo incitó ella—. Somos sólo otra pareja en la playa. Nadie sabe que estamos aquí. Ni siquiera nosotros sabíamos que íbamos a venir.

Entonces fue cuando la vio, y prácticamente se rompió el cuello torciéndolo para mirar. Una cometa. En principio, eso no era nada raro. Las cometas eran artilugios inofensivos, pero ésta hizo que el corazón se le saliera del pecho. Llevaba pintado un hipnótico mandala. Kev había pintado ese diseño en el techo de su habitación el año que su padre murió. Había pasado horas acostado en su cama, mirándolo.

Echó a correr con los pies enredándose en la arena, arrastrando a Liv detrás de él, con la mano aferrada a su delgada muñeca como una esposa de hierro.

—¿Sean? ¡Sean! —protestaba ella—. ¡Oye! ¡Ay! ¿Adónde vas?

Él no podía contestar. Su corazón iba a explotar como una granada. El tipo que estaba volando la cometa tenía una perilla puntiaguda. Llevaba

pantalones cortos de dril, desteñidos y amplios. Vio a Sean dirigirse hacia él, se le agrandaron los ojos.

—¿De dónde has sacado esa cometa? —jadeó Sean.

El tipo abrió y cerró la mandíbula.

—No la he robado...

—No digo que la hayas robado. Sólo quiero saber de dónde la has sacado.

El tipo seguía retrocediendo para mantener su cometa en vuelo.

—Eeh... eeh, en una tienda de artículos deportivos en San Francisco. Se especializa en...

—¿Quién la diseñó? —ladró él.

La cometa cayó un poco y el tipo retrocedió para tensarla.

—No sé. Tendría que mirar la etiqueta. Algún equipo en la zona de la Bahía. Oye, amigo. Tengo que aprovechar esta brisa. Cálmate.

Se alejó corriendo, lanzando miradas nerviosas hacia atrás sobre el hombro.

Sean se quedó mirándolo fijamente mientras se alejaba, el corazón le latía con fuerza. Liv estaba diciendo algo, pero él sólo podía comprender el tono tranquilizador. La abrazó fieramente.

—Está bien, está bien —estaba murmurando repetidamente.

Él negó con la cabeza. No estaba bien. Estaba perdiendo el juicio.

—¿Qué pasa? ¿Por qué te interesaba tanto esa cometa? —estaba preguntando ella suavemente.

Él respiró profundamente y soltó la verdad de un tirón, sin respirar.

—Esa cometa —dijo, exhausto—. Ese diseño negro y naranja. Es uno de los de Kev. Lo pintó en el techo de nuestro dormitorio cuando éramos niños.

—Ah. —Sus brazos se tensaron. Apretó los cálidos y suaves labios contra el hombro de él—. ¿Y piensas que...?

—No —interrumpió él con furia—. No pienso nada. Kev lleva muerto quince años y no he sido capaz de pensar nada en todo ese tiempo, ¿lo entiendes? Ése es mi problema. Nunca pienso.

—No. —Su voz suave era persistente—. No tienes ningún problema. Piensas correctamente. Lo que ocurre es que piensas... de forma diferente. Pero eres brillante.

—¡Brillante! ¿Preocupado por una cometa mientras se supone que debería estar protegiéndote? Sí, nena. Soy un genio.

Miró esos ojos grises rodeados de negro. Sintió un deseo insoportable de

tenerla otra vez entre sus brazos. La adrenalina convirtiéndose en lujuria.

Ella lo percibió y se puso rígida.

—No me mires así, maniático sexual. No vas a tener suerte conmigo en una playa pública a la luz del día, así que quítatelo de la cabeza.

Sean vio una solución. Se lanzó a por ella, arrastrándola detrás de él.

—¿Y ahora dónde crees que me llevas? —preguntó ella.

Señaló el edificio con la barbilla.

—A ese hotel.

• • • • •

Liv entró tropezando en la habitación de hotel, retrocediendo mientras Sean avanzaba hacia ella. Rodeó la cama, poniéndola entre los dos. Sean cerró las cortinas de un fuerte tirón. Se miraron fijamente en la penumbra.

Esa mirada depredadora de sus ojos hizo que se sintiera como una virgen temblorosa que casi no podía adivinar lo que le esperaba. Martilleo de corazón, contracción de vientre, excitación sin aliento. Sus labios, sus senos, su entrepierna, todo cosquilleaba y zumbaba. Su Sean risueño, provocador y juguetón, que la persuadía, la convencía y la seducía pacientemente, no aparecía por ninguna parte.

Ese hombre no iba a convencer. Iba a tomar lo que quería.

Liv lo miraba conmovida. Su cuerpo grande y espléndido, la belleza severa de su cara maltratada. Esos ojos. Podía encender un deseo desesperado dentro de ella sólo con una mirada ardiente.

Y era mucho más potente por el silencio, la espera.

Se arrancó la camisa que había comprado esa mañana. Ella no podía acostumbrarse a la perfección esbelta y musculosa de su cuerpo.

—¿Llevas puesta esa sexy ropa interior debajo del vestido? —El seductor tono áspero de su voz se arrastraba sobre sus nervios como piel sedosa.

Trató de contestar, pero su respiración era demasiado desigual. Le salió un tartamudeo. Optó por afirmar nerviosamente con la cabeza.

—Desvístete —dijo él suavemente—. Quiero ver cómo te queda.

Ella se inclinó y empezó a desabrocharse las correas de los zapatos.

—No —dijo—. Déjate los zapatos.

Liv se enderezó, pasó las manos por las curvas de su cuerpo, modelando

el vestido ajustado y elástico para él. Era sexy, cómodo, una mezcla de color óxido, naranja y marrón. La etiqueta del precio de novecientos dólares que colgaba de una manga era una provocación descarada.

—¿Te gusta mi vestido? —preguntó temblorosamente—. Espero que sí, porque te ha costado carísimo.

—Está bien —gruñó él—. Quítatelo.

Se tomó su tiempo, remangándose la falda ajustada al cuerpo, sin prisa por enseñar la lencería que se había puesto esa mañana. Las medias marrones a la altura del muslo, adornadas con encaje marrón y dorado que por algún truco de hábil diseño se sostenían sorprendentemente en su sitio. Las bragas de gasa, el corpiño ajustado y transparente. El transparente sujetador de media copa, que resaltaba sus tetas a alturas desconocidas mientras se las arreglaba para parecer delicado.

Tiró del vestido por encima de la cabeza, con cuidado de no descolocar la peluca, y sacudió los poco familiares rizos ondulantes sobre los hombros.

—Quítate la peluca —le ordenó él.

Liv pasó los dedos por entre los rizos.

—Me gusta. Aparentar ser otra persona es liberador, ¿Sabes? Soy sólo una rubia anónima en una habitación de hotel. ¿Quién sabe en qué dirección saltaré?

—He follado a montones de rubias anónimas en habitaciones de hotel —dijo él—. Estoy cansado de ello. Quiero follarte a ti. Quítate la peluca. Ahora.

Ella se quitó la peluca, murmurando por lo bajo mientras se quitaba las horquillas, y sacudió la oscura masa de pelo hasta que cayó como una nube enredada y sensual sobre su espalda. Levantó la barbilla.

—¿Feliz ahora?

—Estoy cerca —dijo él con voz ronca—. Enseguida. Seré feliz muy pronto.

Liv retrocedió contra el tocador. Sean se inclinó sobre ella, robando todo el oxígeno, bloqueando toda la luz. Su trasero presionaba duramente contra la madera fresca y barnizada. Él le apartó las piernas y se puso entre ellas. La fina gasa se enganchó en los puntos ásperos de las manos de Sean.

Cayó de rodillas frente a ella, le cogió un pie y lo acarició en sus manos grandes y cálidas antes de ponerlo sobre su hombro.

—Aparta la tela de la entrepierna. Enséñame tu coño.

Ella se estremeció con excitación mareada mientras apartaba el trozo de gasa mojado del camino. Estaba muy excitada, hinchada y rosada y mojada.

Él soltó un suspiro de deleite.

—Guau. Tan brillante y rosa. Resplandeces. Mete el dedo en la vagina. Enséñame lo mojada que estás.

Ella se mordió los labios, temblando incontrolablemente mientras separaba sus labios y deslizaba el dedo dentro de sí. Quería hacerlo seductoramente, como un *striptease*, pero estaba demasiado excitada para hacer coreografía.

Sacó el dedo. Sean le cogió la mano y se llevó el dedo a la boca. La succión caliente y apretada produjo deliciosos escalofríos de deseo por todo su cuerpo. Sacó el dedo de la boca.

—Mantén las bragas fuera del camino mientras tomo mi dosis —ordenó.

Ella no podía hablar, ni respirar, ni hacer nada más que mirar. Su brazo temblaba por el esfuerzo de sujetar su cuerpo mientras su otra mano sujetaba las bragas a un lado para que él se lo chupara con su lengua hábil y hambrienta. Su posición era de sumisión, pero él era cualquier cosa menos eso. Tomaba lo que era suyo, reclamando el derecho al placer de ella. Exigiendo cada vez más de ella, cada vez un sometimiento más profundo, más amplio.

Liv temblaba, empujando contra su cara. Sentía el espejo frío y duro contra la espalda, el borde del tocador se le clavaba en el trasero, no sabía siquiera ya en qué sentido la atraía la gravedad excepto hacia la boca hambrienta y chupadora de él, cada vez más cerca hasta una intensidad de grito.

La estremecieron oleada tras oleada de placer dulce y caliente, lamiéndole cada nervio.

Demasiado pronto después de eso, él la levantó sobre las piernas inestables, y le dio la vuelta de forma que los dos quedaron mirando al espejo. Ella se agarró con las manos al borde del tocador, jadeando a través de los rojos labios enardecidos y temblorosos.

—Me gusta el espejo —dijo él—. Quiero que te mires a la cara mientras te follo. Quiero que te veas mientras estás suspirando, gimiendo y corriéndote. Bájate las bragas, Liv.

Ella negó con la cabeza.

—No puedo hacerlo así, de pie —dijo sin aliento—. Imposible. Estoy... Estoy gelatinosa. Me derretiré. No puedo.

—Sí que puedes. —Una sonrisa implacable le curvaba la boca—. Lo harás. Harás lo que yo quiera. Te gusta así. Te gusto así.

La tenía, el cabrón arrogante, pero no había nada que ella pudiera hacer cuando la tocaba así, hociendo el pelo de su nuca mientras le empujaba las bragas hasta la mitad de los muslos.

—Me funciona. —Le empujó los brazos hasta que se doblaron—. Apóyate en los codos. Me encanta tu culo desde ese ángulo. Puedo ver los labios de tu vagina besándome la polla. Me gusta ver cómo tiemblan tus piernas. Quiero follarte hasta que estés tambaleándote en esos tacones. —Le besó la nuca. El contacto abrasador de su piel contra su cuerpo la hizo jadear.

—Me encanta hacerte temblar —murmuró—. Me encanta ponerte débil, ponerte mojada. —Su voz era hipnótica, casi recitativa—. Me encanta hacerte gemir y sollozar. —Encajó la punta roma de su pene contra ella, moviéndola con cuidado con empujones lamedores hacia adelante y hacia atrás entre sus labios—. Haz ruido cuando te empuje la polla dentro.

Siguió las palabras con la acción, clavándose profundamente y produciéndole un grito jadeante. Esperó, sin moverse, hasta que ella pudo sentir su latido profundamente dentro contra la matriz, hasta que ella empezó a moverse para hacer que continuara.

Él soltó un suave suspiro. Liv comprendió que había estado conteniendo el aliento, por miedo a hacerle daño, aunque nunca lo admitiría, al menos mientras estuviera jugando sus juegos de hombre de las cavernas machista. Ella quería quitarle de una bofetada ese aspecto arrogante de su cara, pero necesitaba más aún esa inyección de calor y energía que le estaba dando. Sus arremetidas profundas la hacían sentirse muy hembra, muy viva. Sus ojos estaban trabados en el espejo. Deslizó la mano entre sus piernas y acarició su clítoris mientras bombeaba, pulsaba, acariciando ese resplandor anhelante con habilidad lenta y segura.

Una y otra vez, hasta que la desgarró un placer aún más insoportable.

Cuando Liv levantó la vista, él se había retirado de su cuerpo tembloroso y estaba esperando, masajeándose el rígido miembro con un puño áspero. Le puso el brazo en torno al vientre y giró su cara hacia él, apoyando la frente empapada en la de ella. Su gruesa erección le pinchaba el muslo, insistentemente.

—Haz que me corra —suplicó él.

Ella cayó de rodillas y se lo metió en la boca, aferrándose a sus rodillas. Lo chupó con fuerza, moviendo la lengua en torno a la sensible cabeza, girando, provocando. Sólo unos cuantos golpes largos y voluptuosos, tan profundo como pudo recibirlo, más adentro de lo que nunca había soñado que

podiera.

Él explotó, bombeando la gasolina viril salada en su boca.

Se arrodilló y la envolvió con sus brazos, dándole algo a lo que agarrarse para que no se derritiera en un charco.

Unos minutos más tarde Liv sintió que él cambiaba de posición y se movía, agarrándose a la ropa de cama. Se levantó y la ayudó a tumbarse sobre él en la cama. Todavía con los zapatos y las medias. Con las bragas enrolladas en los muslos.

Debió dormir un rato y despertó desorientada. Su único punto de referencia en el mundo era el cuerpo grande y duro de Sean, abrazándola fuertemente contra él. Se sentía tan segura, tan cálida... Pero la naturaleza la apremiaba.

Sean protestó soñoliento mientras ella se soltaba, pero Liv insistió, murmurando algo tranquilizador. Se quitó las sandalias y caminó suavemente hasta el baño, hizo lo que tenía que hacer y se quedó allí de pie mirándose en el espejo un buen rato. Como si nunca hubiera visto a esa mujer antes. El maquillaje corrido, el pelo salvaje y enredado. Adornada con lencería de puta. Con las partes privadas latiendo, calientes y resbaladizas por el uso duro y prolongado. Con una gran necesidad de lavarse.

Dejó correr el agua en la gran bañera y se quitó la ropa interior. Las bragas eran un caso perdido. No se podían volver a usar.

Volvió a la cama y tiró del brazo de Sean.

—He preparado un baño para los dos —le dijo—. Vamos.

Él la siguió obedientemente y se metió en la bañera. Liv cerró el grifo, se enjabonó las manos y empezó a frotarle el pecho, los brazos musculosos, las manos largas y magníficas. Le encantaba la forma como el agua jabonosa hacía sus mechass y remolinos de vello rubio oscuro tan relucientes, tan deliciosamente tocables, acariciables. Besables.

Su pene se levantó de nuevo, infatigable. Lo miró impresionada. Él se encogió de hombros, la miró con cara de decir: ¿qué quieres de mí? Y cerró los ojos. Bien, estaba bien. Si él podía ignorarlo ella también.

Entró en la bañera, se hundió y enrolló las piernas en torno a las de él.

—¿Entonces te has librado de tus locuras? ¿Te sientes mejor ahora?

Él abrió un ojo.

—Follarte me ha curado, definitivamente —dijo con suavidad—. ¿Quieres decir que me estoy pasando? No lo sé, Liv. Esa cometa me tiene loco. Te juro que era exactamente la misma imagen.

—Te creo. Pero quizá Kev vio la imagen en algún sitio.

—Nuestro padre nunca nos dejaba salir de allí, excepto para ir al pueblo por provisiones —dijo Sean—. No es probable que la viera en ningún sitio.

—Esa cometa no puede tener nada que ver con Kev —insistió ella suavemente—. Eso lo sabes, ¿verdad? —Esperó—. ¿Verdad?

—Sí. —Se tapó los ojos—. Sólo quisiera poder detenerlo.

—¿Detener qué?

—Esta sensación. —Sacudió la cabeza—. Dicen que es muy común entre gemelos. Cuando uno de nosotros estaba en problemas, el otro lo sabía. Era como un picor dentro de la mente. Hormigas de fuego caminando por mis nervios.

—Brr —murmuró ella—. Suena incómodo.

—Sí. En todo caso, uno supondría que cuando murió la sensación moriría con él, ¿verdad?

Ella sintió un estremecimiento.

—Quieres decir... ¿Qué no fue así?

Sean cerró los ojos y negó con la cabeza.

—Lo siento todo el tiempo. Ahora no tanto como al principio. Me volvía completamente loco los primeros años. Tenía que distraerme haciendo locuras como saltar de aviones, hacer explotar edificios, ser torturado por señores de la guerra. Eso era lo que necesitaba. —Se recostó contra la bañera, mirando fijamente al cielo—. Dicen que la gente sigue sintiendo dolor y picor en los miembros que han sido amputados. Dolor fantasma. Creo que eso es lo que yo tengo.

—Siento que duela, pero te envidio. Tengo buenos amigos, pero nunca he estado tan cerca de alguien como lo que tú describes.

—¿Sabes una cosa? Lo estás ahora, nena.

Ella parpadeó.

—¿Hmmm?

—¿Cómo crees que supe cómo ir tras de ti? Desperté de un sueño profundo lleno de adrenalina justo antes de que T-Rex detuviera tu coche.

La boca de ella se abrió, se cerró y se volvió a abrir.

—Ah... yo...

—Acostúmbrate. —Había un brillo posesivo en sus ojos—. No puedes ocultarme nada.

—No tengo nada que ocultar. A ti no. Siempre me pongo nerviosa cuando digo cosas como ésta, pero contigo me siento... segura.

Predeciblemente, su sonrisa se desvaneció.

—Ah, Dios. No me digas esas cosas, nena.

—¿Por qué eres tan retorcido? —preguntó de mal humor—. No puedo imaginar a un tío más protector o vigilante o heroico que tú.

—Mi padre también lo era —dijo él—. Pero mi madre no estaba segura con él.

—Cuéntamelo.

—No le pegaba. Coño, no. Papá habría preferido ahogarse que pegar a una mujer. Ella lo era todo para él. Pero la cagó. La mantuvo allí, embarazada, en invierno. Carreteras intransitables. Ella pagó el precio.

A Liv le escocieron las lágrimas en los ojos. Parpadeó para quitárselas.

—Eso es terriblemente triste, pero no veo qué tiene que ver con nosotros —dijo con cautela.

—Míranos, Liv. Estoy haciendo lo mismo contigo que mi padre hizo con ella. Te llevé lejos, te escondí, decidí que soy el único sobre la tierra que puede mantenerte segura. ¿Dónde he oído esa canción antes?

Ella negó con la cabeza.

—No, no es así.

Sean se encogió de hombros.

—Siento terror con sólo pensar que esos cabrones pueden hacerte daño si vuelves con tu familia. No creo que la policía tenga los recursos necesarios para protegerte tampoco. No es fácil proteger a una persona de alguien como T-Rex. Ese es mi instinto visceral, pero no puedo confiar en él completamente. No después de haber visto lo que pasó con mi padre.

—Haces recaer sobre tu padre toda la responsabilidad de lo que pasó. ¿Y tu madre qué? ¿No tenía opinión?

—Tú no conociste a mi padre.

—No, pero te conozco a ti. Además ahora tú eres también mi responsabilidad.

Sean la miró extrañado.

—Demasiada responsabilidad. Pregúntales a mis hermanos.

—Alto mantenimiento —le tomó ella el pelo—. Como un Ferrari. O un avión de combate.

—Hablando de alto mantenimiento... —Se inclinó hacia adelante y le agarró las caderas, tirando de ellas hasta que quedó a caballo sobre él. Empujó la cabeza del pene contra ella y la dejó hundirse, envolviéndolo.

—Tengo algo que necesita de toda tu atención.

Ella se retorció, riéndose.

—Pero estoy agotada.

—Entonces descansa. —Una sonrisa perezosa hizo que su hoyuelo se hiciera más profundo—. No tienes que hacer nada. Si vamos a quedarnos acostados contándonos secretos, prefiero hacerlo con la polla metida bien adentro de ti.

Ella se meneó en torno a él.

—¿Puedes conversar en este estado?

—El mejor que hay. Abrazado y besado por la vagina apretada y cómoda de la princesa. No se me ocurre nada mejor.

—No puedo pensar con coherencia —confesó ella, estremeciéndose.

—Entonces no pienses. —Sean tiró de ella hacia debajo de modo que sus senos se balancearon en su cara. Su pelo producía un misterioso velo perfumado en torno a ellos. Se sacó de la boca un rizo—. Esto es todo culpa tuya, ¿sabes?

Liv se rió ante el contacto de su boca caliente que le hacía cosquillas.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué?

—No haces más que decirme cosas dulces. —Le chupó el pezón, girando y tirando de él—. Me pone dura la polla.

—Aterriza. Te pones igual de duro cuando te grito y te golpeo.

Él lo pensó un momento.

—Bueno, sí. Eso es verdad —dijo, en un tono burlón de descubrimiento—. Maldita sea. Es asombroso. Ponte de lado de modo que tu clítoris se restriegue contra mí... sí. Así justamente. Perfecto. Ah.

Ella se dio por vencida, moviéndose sobre él, atrapada entre dos polos de placer insoportable, la succión ávida de su boca en sus senos y su grueso falo masajeando dentro de ella, con ese resbalar y hundirse lento y hábil. Su pelo formaba un abanico en nubes flotantes de espuma. No había ningún sonido más que el chapoteo del agua, los sonidos mojados de la boca de él sobre ella y su respiración jadeante.

El clímax fue largo y líquido, e interminablemente encantador.

Cuando sus ojos se abrieron, él la levantó, la sacó de la bañera y la arropó en sus brazos. Liv se agarró a sus hombros con un gritito. No podía acostumbrarse a esta rutina de ser arrastrada.

La llevó a la otra habitación y la acostó en la cama arrugada, escurriendo agua. Liv extendió las piernas y se quitó el pelo mojado que se le pagaba a la cara.

—Quiero llenarte con mi semen.

Ella trató de hablar. El hipo entrecortado la sacudía.

—Mueve la cabeza si no quieres. —Su voz era cruda.

Le acarició la cara. Sean produjo un sonido áspero y perdió el control. Ah, Dios, le encantaba cuando se volvía salvaje, cuando los tendones de su cuello se marcaban, cuando se volvía loco, embistiendo dentro de ella con golpes profundos y duros que satisfacían algún impulso primordial, salvaje y loco.

La oleada explosiva de deleite los fundió en uno.

• • • • •

Cuando empezó otra vez a darse cuenta de las cosas, lo vio dándole vueltas a algo pequeño entre los dedos. Brillaba y resplandecía.

Liv lo miró.

—Tu pendiente —le dijo—. ¿Se te cayó?

Sean se lo ofreció.

—Es tuyo.

—Ah, no. Nunca te he visto sin él.

Sean negó con la cabeza.

—No, ha sido siempre tuyo. Compré este diamante para ti hace quince años.

Liv se quedó boquiabierta, la protesta que estaba a punto de hacer se evaporó.

—Gasté hasta el último céntimo que gané aquel verano para comprarlo —dijo—. Era el más grande que pude pagar. Opté por el diamante solo. Cualquier cosa que hubiera comprado engarzada no habría sido más que una chispa. —Sus ojos se desviaron—. Sé que no es muy grande, pero es de buena calidad. —Apartó hacia atrás su pelo mojado y se lo puso en el lóbulo.

Brotaban preguntas desesperadas, que Liv tenía miedo de dejar salir. ¿Era como un anillo de compromiso? ¿Era sólo un dulce impulso poscoito?

Abrió la boca para preguntar, cuando sonó el móvil de él.

Lo abrió y ladró.

—¿Has encontrado algo?.. ¿Grisom? Sí, lo conozco. ¿Cuál es la dirección?... Estoy en ello. Hasta luego.

Apagó el teléfono. Sus ojos se habían concentrado, agudos y fríos.

—Vístete, princesa —dijo—. Davy ha encontrado a nuestro reportero.

Capítulo 22

EL NEGOCIO DEL PERIODISMO NO HABÍA SIDO PRÓSPERO para Jeremy Ivers. Ésa fue la primera impresión de Sean cuando se detuvieron frente a la verja de cadenas que rodeaba una casa pequeña y destartalada.

Había dos feroces pitbulls encadenados a un poste en el centro del patio. Ladraron y arremetieron contra ellos cuando Sean y Liv salieron del coche. Un cubo de basura se había volcada hacía tiempo y su contenido estaba volviéndose uno con el césped, que estaba escarbado y cubierto de excrementos hasta haberse convertido en unos cuantos parches enfermizos de rastrojo amarillo parduzco.

La longitud de la cadena y la ferocidad de los perros hacía imposible acercarse a la puerta, pero los perros servían como timbre, así que él sólo entrelazó los dedos con los de Liv y esperó. Levantó la pesada masa de pelo mojado para admirar el diamante que parpadeaba en su oreja. Era tan bonita. Quería envolverla en joyas.

Le agradaba ver ese diamante en ella. Ya era hora.

La puerta pantalla de la casa chirrió. El hombre que salió era delgado, con ojos hundidos y enrojecidos. El poco pelo que tenía en la cabeza estaba grasiento y desordenado. Los vaqueros le colgaban, su camiseta desigual estaba manchada y grisácea. Carraspeó y escupió.

—¿Qué quieren?

—¿Es usted Jeremy Ivers? —preguntó Sean—. ¿El reportero?

El hombre los miró con recelo.

—¿Quién quiere saberlo?

—Me llamo Sean McCloud. Quería preguntarle sobre un artículo que escribió para el *Washingtonian* hace quince años.

Jeremy Ivers había empezado a negar con la cabeza antes de que Sean terminara de hablar. Se encogió en la puerta como una tortuga retrayendo la cabeza en su caparazón.

—Nunca escribí ningún artículo —dijo—. Se ha equivocado de persona, no es a mí a quien busca. Yo no soy reportero, y no sé de qué está hablando. Váyase.

La puerta se estaba cerrando, los perros tirando frenéticamente de la cadena, ladrando como locos con ladridos ásperos, fuertes y huecos.

Sean subió el tono de la voz para atravesar el ruido.

—Voy a matar a esos hijos de puta asesinos —dijo.

La puerta dejó de cerrarse. Abrió una rendija. Apareció el ojo de Ivers.

—¿Qué hijos de puta asesinos? —gritó.

—Los que le hicieron esto. —Sean señaló al patio, a los perros, a la basura. La desesperación supurante que permeaba el lugar.

Ivers abrió la puerta y salió al minúsculo y tortuoso porche.

—¿Qué coño sabe usted sobre lo que me hicieron?

Sean pensó en las pesadillas, en cómo miraba al techo con un hueco en el vientre todos los días a las cuatro de la mañana durante quince años. En todo lo que le había hecho a Liv en la cárcel.

—También me lo hicieron a mí.

Ivers lo miró por encima, lentamente, y resopló.

—Sí. Seguro que sí.

—Pretendo acabar con esos cabrones asesinos, voy a hacerles pagar por lo que hicieron. —Sostuvo la mirada del hombre—. Pero necesito su ayuda para hacerlo.

Ivers se frotó la cara con barba incipiente. Parecía perdido.

—No puedo ayudarlo con nada —dijo—. Ya no sirvo para nada.

—Veremos —dijo Sean—. Por favor. Entremos y hablemos.

Ivers se encogió de hombros.

—Ah, qué coño. —Bajó los peldaños arrastrando los pies y agarró los collares de los perros—. Entren. Los sostendré hasta que estén dentro.

El interior de la casa de Ivers era muy parecido al exterior. Lúgubre, apestoso, con muebles andrajosos de tienda de segunda mano, un montón ininterrumpido de trastos. Todas las superficies estaban cubiertas de polvo y mugre aceitosos. Había un olor agridulce a cerveza derramada, orina de perro y humo de hachís.

Liv apartó remilgadamente un montón de correspondencia basura del cojín del sofá que parecía más limpio y se apoyó en el borde. Sean se sentó a su lado.

Ivers entró arrastrando los pies y se quedó mirándolos por un momento, como si se hubieran sentado en su sofá un par de alienígenas.

—Eeh, ¿quieren una cerveza?

Se buscó una para él cuando ellos declinaron y se dejó caer con un crujido sobre un montón resbaladizo de revistas que cubrían el sofá. Abrió la cerveza, se tomó la mitad de un trago y se limpió la boca.

—Y bien, ¿qué piensan engañosamente que puedo hacer por ustedes?

—Usted escribió este artículo hace quince años —dijo Sean, levantando la fotocopia—. Sólo quiero que me diga qué pasó después.

Ivers cerró los ojos y sacudió la cabeza. Su laringe subió y bajó en su delgada y barbuda garganta.

—Miren, tienen que entender. Pueden hacer lo que quieran conmigo, me importa un huevo. Pero tengo hijos.

—No pondré a sus hijos en peligro —prometió Sean calmadamente.

Ivers se frotó la boca mojada y temblorosa.

—Estaba trabajando en un artículo de investigación sobre chicos desaparecidos —dijo él—. Curioseé un poco y encontré dos nombres que no tenía en mi lista. Un chico de Washington State y otro de Evergreen.

—¿Cómo averiguó lo del edificio Colfax?

—Ah. Eso fue un golpe de suerte. —Se rió—. Buena o mala, depende de cómo lo mire uno. Si no hubiera hablado con Pammy, quizá tendría todavía una familia. Quizá todavía sería un hombre. No una mierda.

—Háblenos de Pammy —sugirió Sean suavemente. Tenía práctica en alejar delicadamente a la gente perturbada de los callejones sin salida de sus mentes, después de todos esos años de lidiar con Eamon el Loco.

—Era la novia de uno de los chicos desaparecidos. Craig Alden. Me dijo que había estado haciendo experimentos con medicamentos, le pagaban bien, trescientos dólares la toma. Ella también quería dinero fácil, así que él la llevó al Colfax para ver si podía inscribirla. Duplicar su dinero. Para sostener su otro hábito de droga, supongo.

—¿Y? —lo animó Liv—. ¿Lo hicieron?

—No —dijo Ivers—. El tipo que dirigía los experimentos no quiso a Pammy. Ella dijo que el tipo se enfadó con Craig por haberla llevado. No es sorprendente. Era adicta a las anfetaminas. Yo tampoco la habría querido.

—¿Recordaba el nombre del doctor? —preguntó Sean.

Ivers soltó un gruñido burlón.

—Como si fuera tan fácil. Todo lo que recordaba era que era alto, moreno y apuesto. Una gran ayuda, ¿eh?

Sean se encogió de hombros.

—Reduce un poco las posibilidades. Continúe.

—Así que un par de semanas después, Craig no volvió a casa. Ella se imaginó que se había cansado, que se había ido con otra chica. En ese momento sentí curiosidad, así que continué averiguando. El edificio estaba

cerrado. Le seguí la pista al conserje que había trabajado allí, pero no sabía nada. Seguí escarbando, descubrí que el edificio pertenecía a Industrias Flaxon. Una gran compañía farmacéutica. Rastreeé al representante local de la compañía. El tipo me dijo que nunca se habían llevado a cabo experimentos con medicamentos allí, así que me imaginé que Pammy se había estado metiendo ácido y todo era una invención suya. Pero esa noche... —Se detuvo, se frotó la boca—. Jesús —murmuró—. Me estoy cortando yo solo el cuello.

—No, no —dijo Sean pacientemente—. ¿Qué pasó esa noche?

Ivers se tapó los ojos.

—Desperté —dijo con voz rasposa—. Un tipo enmascarado le tenía puesto un cuchillo en la garganta a mí mujer. Me dijo que iba a dejar de escribir artículos, de hacer preguntas, o la cortaría en pedacitos delante de mí. Después empezaría con mis hijos. Lo haría de tal modo que parecería que lo había hecho yo. Tenían tres y seis años, dormían al fondo del pasillo. Esos niñitos dulces e inocentes.

Liv se inclinó hacia delante y puso la mano en el brazo del hombre, haciéndolo saltar.

—Sé cómo se sintió usted —dijo.

Él apartó el brazo de un tirón.

—¿Cómo puede saberlo?

—Me puso ese cuchillo en la garganta hace dos días. —Señaló a Sean con la cabeza—. Él me salvó. O estaría ahora enterrada en algún lugar.

La risa aguda de Ivers sonó amarga.

—Enhorabuena para usted, querida. Tiene un gran hombre macho, ¿eh? Mi esposa no fue tan afortunada. Se fue en menos de un mes. Con los niños. Adiós a la maravilla del baile.

—Lo siento —dijo Liv suavemente.

—Se volvió a casar —dijo él sombríamente—. Los niños tienen el nombre de su esposo. Lo único que puedo hacer por ellos es mantenerme alejado. No he visto a mis hijos hace diez años. —Ivers se hundió, poniendo la cara entre las manos.

Sean esperó a que Ivers lograra controlar su llanto de borracho y siguió preguntando.

—¿Recuerda el nombre del representante de Flaxon?

Ivers se limpió la cara, tragando mocos.

—Charles Parrish. Pero no le recomiendo que lo llame. A menos que quiera recibir una visita nocturna de Gozilla.

Sean vaciló unos segundos.

—Tráigalo —dijo.

Ivers lo miró fijamente.

—Que te jodan —dijo—. Espero que pilles a esos sucios cabrones. Pero que te jodan de todas formas. —Miró a Liv—. Sin ánimo de ofender.

—No me ha ofendido —dijo ella.

Ivers se levantó y abrió la puerta con fuerza.

—Es hora de que se tome su carga extra de testosterona y se pierda — dijo—. Sujetaré a los perros.

Sean asintió con la cabeza, sin ofenderse. Comprendía la vergüenza y la ira de ese pobre hombre.

Antes de entrar en el coche, Sean miró al tipo con simpatía y le dijo:

—Si tengo suerte y pillo a esos tipos, me pondré en contacto con usted. Le daré vía libre. Podrá ir a buscar a sus hijos.

Ivers lo miró fijamente con la boca curvada en una mueca.

—Demasiado tarde —dijo—. Ya estoy echado a perder. Estoy completamente jodido. Están mejor sin mí ahora.

—No es demasiado tarde. —No se dio cuenta de la intensidad con la que le salió la voz—. Esos cabrones le han fastidiado la vida durante quince años. No se doblegue otra vez, no les permita que vuelvan a hacerlo. Nunca es demasiado tarde.

Se subió al coche y lo puso en marcha. Ivers se quedó de pie como una estatua en el patio, con los perros intentando morder y arremetiendo en sus cadenas. Sus ojos grandes y huecos los siguieron mientras el coche se alejaba por la calle.

• • • • •

Liv se sorprendió al ver a Nick y a Davy, el hermano de Sean, cuando entraron en la cocina de Tam.

—¿Qué hace Nick aquí? —preguntó Sean a Tam—. ¿Qué? ¿Aún no has instalado el rastreador de imágenes térmico?

Tam gruñó.

—Sabe dónde vivo. La única solución ahora es ponerlo en la picadora y dárselo a los cerdos.

Nick puso los ojos en blanco.

—No tienes cerdos. Y no entiendo por qué me odias de esa manera, la verdad.

—¿Dónde está Con? —preguntó Sean apresuradamente, antes de que la erizada Tam pudiera recuperarse para dar al pobre Nick una respuesta cortante.

Davy produjo un sonido de disgusto.

—Rastreado las calles en busca de Cindy. Se enfadó con ella por meterse en esa investigación y la chica se sintió muy mal, ya sabes cómo es eso... Total, que parece que se ha escapado, porque nadie sabe dónde está.

—Oh Dios. —Sean hizo una mueca de disgusto—. Pues ha escogido el mejor momento para sentirse ofendida.

Davy sacudió la cabeza.

—Me alegro de que no sea cosa mía ir detrás de esa bruja. Pobre cabrón. ¿Qué demonios habéis estado haciendo todo el día?

—Eso es fácil de adivinar —interrumpió Tam—. Se fue esta mañana con una peluca rubia y con unas infortunadas mini-braguitas. Quería decirte que fueras con el tanga, pero se me olvidó. —Levantó el pelo enredado de Liv—. Vuelve con el rímel corrido, sin peluca y sin braguitas. —Guiñó el ojo—. Saquen ustedes mismos las conclusiones, caballeros.

Sean emitió un gruñido nada diferente de los de los perros encadenados de Ivers. Liv se sonrojó y Davy escupió un epíteto incomprensible.

—Sean, ¿crees que podrías dirigir un pequeño porcentaje del flujo sanguíneo de tu polla al cerebro? —aulló—. Sé que el sexo es tu mecanismo de funcionamiento número uno, pero...

—Cállate, Davy —interrumpió Sean—. ¿Quieres que te cuente lo que hemos averiguado sobre el conserje y el reportero o quieres seguir perdiendo el tiempo con tus sermones?

Davy se calmó, su cara se arrugaba por la concentración mientras Sean contaba los detalles de sus dos entrevistas. Pasó la fotocopia del artículo a su hermano. Tam y Nick lo leyeron por encima de su hombro.

—He buscado esos nombres en la base de datos de personas desaparecidas —dijo Nick—. Como dijo Ivers, todos son chicos, entre diecinueve y veintitrés años, y no se ha encontrado a ninguno. Ninguno tenía mucha familia, por lo que nadie se dio cuenta de que habían desaparecido hasta que venció la fecha del pago del alquiler, cuando, naturalmente, sus caseros los echaron en falta. No había huellas en esa Beretta, además de las de ella y un par tuyas. Él tipo debió limpiarla.

—Llevaba guantes de cuero —dijo Liv.

Hubo un silencio helado. Sean respiró profundamente y se sacudió.

—Entonces —murmuró—. ¿Qué hacemos ahora?

Davy juntó las manos.

—Apretaremos las clavijas a Beck. Cindy lo puso nervioso cuando mencionó a Kev, según dijo Con. Eso me hace pensar que deberíamos presionarlo. A ver lo que cae.

—¿Beck? Quieres decir aquel profesor de química que Kev...

—Para el que estaba enseñando, sí. Hablamos con él hace quince años. Tú todavía estabas encerrado en la celda de los borrachos —dijo Davy—. Era peor que inútil. Un cero total, un hombre de lo más mediocre... Recuerdo que pensamos cómo un tipo así había llegado a ser jefe del Departamento de Química. En fin... —Sonrió ligeramente—. Vamos a preguntarle cómo lo logró.

—Necesitamos localizar a Charles Parrish —dijo Sean—. El contacto de Ivers con él fue lo que provocó al asesino a sueldo que lo atacó.

—Vámonos a Endicott Falls esta noche —dijo Liv—. Después podemos ir a ver a ese tipo a primera hora de la mañana.

Sean se volvió hacia ella.

—¿Podemos? ¿Cómo que podemos? Tú te quedas aquí. Pensé que teníamos un acuerdo.

—Ah, no —dijo Liv delicadamente—. Yo quiero...

—Tú te quedas aquí, y punto final.

Todo el mundo se estremeció. Davy se aclaró la garganta.

—Eeh, chicos, ¿podrías tener esta conversación en privado?

—Olvídalo, Liv. —Sean ignoró a su hermano completamente, mirándola fijamente a los ojos—. Quítatelo de la cabeza.

Nick interrumpió.

—Es extraño, que todos fueran genios de la ciencia, ¿eh? Y todos con poca familia. Tan triste estar solos en el mundo.

—El tipo debió chuparse los dedos cuando conoció a Kev —dijo Davy—. Extremadamente brillante, sin padres, sin dinero. Pero no nos tuvo en cuenta a nosotros. Quizá Kev no le dijo siquiera que tenía hermanos.

—¿Por qué iba a tenernos en cuenta? —dijo Sean—. Los chicos McCloud son fáciles de manejar. Les dices que su hermano se ha vuelto loco y se lo tragan sin dudar.

—Oye... Cálmate, gamberro. —Davy miró a su hermano con

resentimiento.

—Ya lo hice —respondió Sean con voz amarga—. Me tranquilicé y fue una mala idea, Davy. Debería haberlo sabido. No debería haberme calmado, ése fue mi error. Debí haber investigado.

—¡Y lo estás haciendo! Estás investigando ahora —rugió Davy—. ¿Qué importa cuándo descubramos lo que le pasó a Kev? Está muerto. Y aunque hace quince años hubiéramos hecho lo que estamos haciendo ahora no habría cambiado nada. Seguiría muerto.

—Pero yo no estoy muerto —le respondió Sean—. He estado haciéndome el muerto durante quince años. Estoy harto.

Davy se puso de pie de repente. Nick se apartó del mostrador, manteniendo una distancia cautelosa.

—Cuidado, chicos —dijo Tam, con una voz que era un siseo de advertencia.

—¡Parad ahora mismo, los dos! —La voz de Liv no era alta, pero su tono tajantemente cristalino atravesó la neblina roja de la habitación.

Todo el mundo la miró, silenciosos por la sorpresa. Ella miró furiosa a Sean.

—Esta insistencia no sirve de nada —le dijo severamente—. No le sirve a Kev y no te sirve a ti. Contrólate.

Sean retrocedió. Se levantó y salió pisando fuerte de la habitación.

Davy se quedó mirando a Liv.

—He estado echándole sermones a este tonto desde que nació —dijo—. ¿Cómo es que nunca logro esos resultados?

—El poder del coño —canturreó Tam.

Nick resopló con una risa sofocada. Tam volvió sus entornados ojos color ámbar hacia Liv.

—Nuestro asunto está concluido. Si yo fuera tú, iría detrás de él y le recordaría que no llevas bragas. El sexo turboalimentado es mucho más divertido que una discusión a gritos. Y los hombres son mucho más razonables cuando acaban de eyacular. Pruébalo.

Liv sintió que se le ponían los pelos de punta.

—Estás metiéndote en lo que no te importa, Tam. Me estoy cansando de tus continuas alusiones, y te rogaría que nos dejaras en paz.

La risa de Tam fue profunda y gutural.

—¡Vaya con la niña!

Liv cerró de un portazo al salir de la habitación. Estaba horrorizada

consigo misma por seguir los pasos de Sean. Y por su mordaz sermón a Sean también. Nunca había golpeado una puerta en su vida.

Lo encontró en la torre norte, mirando el último destello del crepúsculo que se colaba por el tragaluz. Su cuerpo irradiaba emoción contenida.

Vaciló, intimidada, y obligó a su columna vertebral a ponerse derecha. Ese loco de cabeza caliente era su hombre, y no iba a andar de puntillas alrededor de él como una niña asustada. Eso no era vida.

Deslizó sus brazos en torno a su cintura desde atrás.

—Sean...

—Te quedarás aquí —gruñó él.

—Ah, sí —murmuró ella—. En este mismo lugar. Aquí estoy segura; total, nadie amenaza a nuestra irritable anfitriona. Sí, éste es un lugar realmente seguro, Sean.

Los músculos de él se contrajeron bajo su mano.

—Al menos, es el lugar más seguro que conozco.

—Si no quieres que participe, hablaré con la policía. Estoy segura de que les interesará saber lo que hemos estado haciendo hoy.

Él se volvió con violenta rapidez.

—No puedes decirles lo que hemos hecho hoy. No, a menos que quieras leer sobre Ivers y la familia Kim en las páginas necrológicas de los periódicos. Se lo prometí.

—Está bien —dijo ella con calma—. No se lo diré a nadie. Pero déjame ir contigo. Hoy te he sido de mucha ayuda. Y podría ayudarte otra vez.

—Oh, sí, hoy me has ayudado mucho. Has hecho realidad una de mis fantasías. La perfecta hija muñeca de porcelana de los Endicott, de rodillas, chupándome la polla.

Ella retrocedió, herida, pero algo detrás le susurraba en una corriente constante. Recordándole la mirada de sus ojos cuando le hacía el amor. El diamante en su oreja. La intimidad como nunca la había imaginado. Podía echar todas las pantallas de humo que quisiera y ella vería a través de la neblina.

—Puedes ser tan desagradable como quieras. —Su voz era humilde pero firme—. No me lo tragaré. No por segunda vez.

—¿Ah no?

—No. Estás en mi cabeza. No puedes mentirme. Te conozco, Sean.

—¿Eso es lo que crees?

La arrinconó contra la pared. Ella tropezó mientras sus tacones altos se

enredaban en el tejido de la alfombra. Su espalda dio contra la pared.

—¿Crees que me conoces? —Su voz era un siseo amenazante—. No tienes idea de la mierda que he hecho, los hombres que he matado, las mujeres que he follado, las cosas que me han pagado por hacer. Te follé hasta reventar, ¿y por eso crees que me conoces? He follado a muchas chicas hasta reventar. Saldrían gritando si me conocieran.

Ella sacudió la cabeza.

—No funciona. Todo lo que oigo es bla, bla, bla. Sean tiene una rabieta. Se vuelve loco porque no puede salirse con la suya.

Él sacudió la cabeza, incrédulo.

—No puedo salirme con la mía —repitió—. ¿Qué vas a hacer, Liv? ¿Darme un chupa-chups para hacerme callar?

—Eso es lo que sugirió Tam —dijo ella.

—El día que sigas el consejo de Tam será el peor día de tu vida, nena.

—Me estoy acostumbrando a los peores días de mi vida, ya tengo unos cuantos. Son la norma. —Se levantó la falda, lo suficiente para enseñar su desnudez. La borla de vello entre sus muslos—. ¿Quieres un chupa-chups, Sean?

Sean se quedó mirando su cuerpo. Su mano se extendió como por voluntad propia para cogerla. Su dedo apretó la raja mojada y caliente escondida entre los rizos sedosos.

—Podría funcionar —dijo ásperamente, con los dedos cerrándose para agarrar su monte de Venus—. Mi sentido del humor me ha abandonado.

—Entonces vamos, ríndete —le replicó ella—. Gilipollas ridículo.

El torrente líquido de su excitación le mojó la mano. Su rugido reverberó por todo su cuerpo cuando le metió los dedos.

—Bien, nena. —Su aliento era caliente contra la garganta de ella cuando se abrió los vaqueros de un tirón y la alzó contra la pared—. No vengas a llorarme si no te gusta. Tú lo pediste. Tú me empujaste a ello.

—Suplicaré. Haré lo que tengo que hacer. Tomaré lo que tengo que tomar.

Él se abalanzó dentro. Ella sabía que una parte de Sean quería castigarla, pero su cuerpo no lo dejaba. Estaban demasiado sintonizados, cada apretón y cada golpe, cada estremecimiento de placer. Él no podía cumplir sus amenazas tontas. No podía hacer nada más que darle gusto. Ella lo rodeó con los brazos.

El cielo y el infierno se desencadenaron juntos.

Liv se aferró a él, clavándole las uñas en los hombros. El ritmo de sus sacudidas podría haber parecido violento si no hubiera sido precisamente lo

que su cuerpo anhelaba, que la llevara a ese lugar mágico donde los límites se derretían, donde las mentiras perdían significado. Sentía la necesidad de él, su desesperación, su miedo. Quería consolarlo, curarlo, pero todo lo que podía hacer era agarrarse a él, ofrecer toda su dulzura, entregarse.

El clímax lo desgarró. Liv no pudo distinguir entre el placer de él y el suyo. La derritió. Supo en qué momento Sean registró su llanto, y al segundo siguiente que lo había interpretado mal.

Salió de ella y se apartó. Liv resbaló por la pared y cayó sentada en el suelo, con las piernas extendidas. Dobló las piernas hacia arriba.

La destrozaba darse cuenta de lo enorme que era ese sentimiento. Lo pequeña que se sentía cuando estaba con él. Era aterrador pensar que su felicidad dependía de un hilo tan fino.

Sean le levantó la cara.

—Cuando atrape a esos tipos y les saque las tripas, serás libre de irte. Hasta entonces te quedas donde yo diga. Dime que sí si me entiendes.

Asintió con la cabeza. Sean se puso de pie y se dirigió a la puerta.

—No soy una muñeca de porcelana, Sean —dijo con esfuerzo, con voz temblorosa.

Él se detuvo.

—Eso no significa que seas irrompible.

La puerta se cerró. Sus pisadas se desvanecieron por las escaleras.

Capítulo 23

—CUÉNTAMELO OTRA VEZ —DIJO SEAN, TAMBORILEANDO con los dedos contra el apoyabrazos con un ritmo frenético.

—Presta atención. No me hagas repetirme como un maldito idiota —gruñó Davy—. Y deja ese tamborileo. Me vuelve loco.

—Se ha peleado con su novia —dijo Miles lacónicamente.

—Debe llevar más de doce horas sin sexo —dijo Con—. ¿Ella no siguió el consejo de Tam de enseñarte el vello púbico anoche?

Sean se lanzó sobre su hermano, le agarró por el cuello y le golpeó con fuerza la cabeza contra la ventanilla del coche.

—¡Ay! ¡Jesús, Sean!

—Habla de ella así y te rompo la pierna mala. Otra vez.

Con parpadeó, con los ojos muy abiertos.

—¿Harías eso a un pobre cojo que pasó toda la noche conduciendo por Seattle buscando a la tonta de la hermana de Erin?

—Ponme a prueba —dijo Sean implacable.

Retiró la mano, ignorando a sus hermanos que silbaban y se miraban. Se frotó el cuello dolorido, rígido por una noche en el colchón de un motel barato, por no hablar de los moretones y las contusiones.

—Lo siento —dijo Con, lo que no parecía por su tono de voz—. Es que estoy conmocionado. Nunca te importó que se me fuera la mano hablando de tus nenas, así que...

—Ella no es mi nena. No quiero hablar de los problemas de mi mujer. Quiero hablar de esta investigación. Si no te importa.

—Vaya, estás empezando a parecerte a papá. Ya no tienes sentido del humor.

—Muérdete la lengua —dijo Sean—. Cuéntame lo que hayas averiguado de Charles Parrish.

Fue Miles quien habló.

—Todo lo que pude averiguar anoche fue que ascendió en las Industrias Flaxon durante unos años, después se fue y formó el Grupo Helix. Productos farmacéuticos, biotecnología, nanotecnología, y demás.

—La oficina principal está en Olimpia. Estrujamos a Beck y después vamos hasta allí —dijo Davy—. Tenemos una cita a mediodía.

—¿Una cita? —Sean se asustó—. Hijo de puta elocuente. ¿Quiénes somos hoy? ¿Multimillonarios con montones de dinero para invertir?

Davy sonrió ampliamente.

—Yo soy el multimillonario. Vosotros sois mis guardaespaldas. Tenemos que arreglarnos antes de ir a casa de Beck. Le dije a Miles que fuera a tu piso y sacara algunos trajes chulos de tu armario para vosotros.

—Lo que me recuerda —empezó a decir Miles— que alguien ha estado en tu casa. Se llevaron tu disco duro.

Davy giró hacia atrás y lo miró.

—¿Tenías clave?

—Eeh... sí —dijo Sean.

Davy entornó los ojos, ahogando una maldición, al oír su tono.

—No me lo digas. Déjame adivinar. Era algo estúpido y obvio. Como Olivia, ¿verdad?

Sean no contestó, avergonzado. Miles contestó por él.

—Verdad.

—De todos modos, ésa es nuestra menor preocupación ahora mismo —dijo Connor.

—Hablando de preocupaciones, ¿quién está cuidando a las mujeres? —preguntó Sean.

—Seth está en ello —dijo Davy—. Las está paseando por Seattle hoy, y sintiendo compasión por sí mismo.

—Deberían estar en Stone Island. —Sean, frunció el ceño.

—Sí, pero Cindy se ha escapado y Erin no quería irse de la ciudad sin ella —dijo Con—. Además, Margot tenía una reunión de trabajo y Raine tenía una reunión con el cuadro directivo de Lazar.

—Es aquí —Davy se detuvo en la lujosa avenida bordeada de árboles.

Salieron del coche y miraron la casa.

—Qué horrible engendro —comentó Con.

—Debe haber costado un montón de dinero —apuntó Davy—. ¿Quién hubiera pensado que la universidad era tan rentable?

La uniformada señora latina que abrió la puerta les lanzó una mirada recelosa.

—¿En qué puedo ayudarles?

—Nos gustaría hablar con el profesor Beck —dijo Sean.

Los miró con recelo.

—¿Quién es usted?

Davy abrió la boca para contestar. Sean lo interrumpió por impulso.

—Un fantasma de su pasado. Dígale eso.

La puerta se cerró de un portazo. Davy, Con y Miles lo miraron con la boca abierta.

—Si les hablas así nunca te dejarán entrar —señaló Davy.

Sean miró la ornamentada, tallada y monstruosa puerta.

—Entraré —dijo suavemente—. Aunque tenga que romper los goznes.

Con le lanzó una mirada tranquilizadora.

—Es muy temprano para que tengas uno de tus ataques. Cálmate.

La puerta se abrió sólo una rendija, por donde apareció tímidamente la cara de la doncella.

—Lo siento, pero el profesor no tiene interés en hablar con fantasmas. Que tengan un buen día.

—Apártese de la puerta, señora —dijo Sean.

El chasquido de látigo de su voz hizo que se apartara rápidamente. Sean giró y pegó a la puerta una formidable patada; la cadena de seguridad se rompió y la puerta se abrió de un fuerte golpe y fue a chocar contra la pared.

La mujer chilló. Davy y Con se lanzaron miradas desesperadas y siguieron a Sean al interior de la casa.

—¿Qué significa esto? —Un corpulento hombre con entradas apareció al final del vestíbulo, con la cara roja de furia.

Sean caminó hacia él, con los brazos extendidos como si fuera a darle un gran abrazo.

—Hola, profesor. ¿Me recuerda?

El hombre trastabilló hacia atrás y se puso las manos en la garganta. Su cara se volvió gris ceniza. La frente se le cubrió de sudor.

—Cómo... quién...

—¿Qué? —Sean adoptó una expresión burlona—. ¿No le gustan las visitas del más allá? ¿No se alegra de verme?

Beck produjo un sonido ahogado. Puso la mano en la pared, buscando apoyo.

—Cállate Sean —murmuró Davy—. No averiguaremos nada si el hombre la palma de miedo.

Los ojos de Beck se dispararon de uno a otro. Se relajó aliviado.

—¿Sean? Ah.

—Sí —dijo Sean—. El gemelo idéntico de Kev. Mucho gusto, me alegro de conocerlo, Beck.

—Profesor, ¿llamo a la policía por usted? —sonó la voz de la dama latina. Sujetaba el teléfono en una mano y un atizador de chimenea en la otra.

Guau. Era una mujer ruda. Beck no se la merecía.

Se volvió hacia Beck.

—Le sugiero que la detenga. O me verá obligado a decirles todo lo que sé sobre el asesinato de Kevin McCloud y sobre el Proyecto Medianoche. Y usted se hundirá, profesor. En llamas.

No podía probar lo que estaba diciendo, sólo eran suposiciones, pero los ojos de Sydney Beck se movieron apresuradamente a su alrededor. Se mojó los labios temblorosos con la lengua.

—Eeh, no haga esa llamada, Emiliana. Estos caballeros y yo sólo necesitamos hablar.

Ella frunció el ceño, sin creerlo.

—Llamaré a la policía de todos modos.

—¡No! No quiero desperdiciar el valioso tiempo del departamento de policía por un asunto sin importancia; de verdad, no pasa nada. ¿Por qué no se toma libre el resto del día? Por supuesto, recibirá una bonificación por las molestias.

Emiliana murmuró en voz baja en español y abrió de un tirón un armario de pared del que sacó un gran bolso de cuero artificial y un jersey.

Se abrió paso entre Miles y Con, nada delicadamente, y cerró detrás de ella con un portazo resonante.

Beck cruzó los brazos sobre el pecho, todavía parpadeando.

—¿Quién les ha estado contando mentiras sobre el supuesto Proyecto Medianoche?

—Nadie —dijo Sean con calma—. No teníamos ninguna prueba de que usted estuviera involucrado. Es decir, hasta ahora. Fue sólo un farol. Funcionó, ¿eh?

Beck parpadeó frenéticamente.

Sean dio un paso hacia el hombre. Ahora estaban muy cerca.

—Vayamos directamente al grano. Cuéntenoslo todo.

—¿Sobre qué? —Beck reculó disimuladamente hacia la pared.

Davy lo bloqueó.

—Kev. El Proyecto Medianoche, el Edificio Colfax, los experimentos con medicamentos. Flaxon. Charles Parrish. Helix. Universitarios desaparecidos. Bolsas de cadáveres.

Beck negó con la cabeza.

—No sé nada sobre todo de eso. Lo juro.

—¿No? ¿Entonces por qué no dejó que Emiliana llamara a la policía? — Sean se inclinó hacia él y olfateó su aliento; olía a alcohol—. Ha estado bebiendo. ¿Tratando de calmar los demonios?

Los ojos de Beck lagrimeaban.

—No sé de qué demonios está hablando. Por favor, mantenga la distancia.

Zas; por la ranura del buzón de la puerta se coló un rayito y aparecieron unos sobres por la pequeña abertura. Se desparramaron en torno a los pies de Miles, que se agachó y los recogió. Los revisó uno a uno con atención.

—Chicos. —Su voz vibraba de emoción—. Éste es del Grupo Helix.

Davy se lo arrancó de las manos y lo rasgó.

—¡Oiga! ¡Ésa es mi correspondencia privada! —graznó Beck.

Davy hojeó los papeles.

—Para no saber nada de Helix, tiene usted tiene muchas acciones en la compañía.

—¡Mis asuntos financieros no le importan! —vociferó Beck.

—¿Es así como consiguió el dinero? ¿Invirtiendo en Helix? —Con caminó por el pasillo, mirando en la habitación siguiente—. Guau. Mirad este solárium, tíos. Esa es una ventana con una placa de cristal de diez metros. Carísima.

—Sí. ¿De dónde salió ese dinero? Tenemos curiosidad, Beck —dijo Sean—. ¿Es usted de familia rica o es dinero de Helix?

—Helix no tiene nada que ver con su hermano. —La voz de Beck temblaba—. Helix existe sólo hace diez años y sólo se ha vuelto importante en el mercado en los últimos ocho. El pobre Kevin se fue hace, ¿cuánto hace?

—Quince años, cinco días y aproximadamente seis horas —dijo Sean.

La boca de Beck se movió.

—Eh, eso es. Siento mucho su pérdida, señor McCloud, pero creo que debería estar hablando con un terapeuta especializado en estos problemas, no conmigo. Siento no poder ayudar...

—¿De dónde saca el dinero, Beck? —repitió Connor. Salió del solárium—. Esta casa vale cinco millones de dólares.

—Creo que no es una pregunta apropiada... ¡aagh!

Sean agarró la garganta del tipo y lo empujó contra la pared. No tan fuerte como para estrangularlo, pero lo suficiente para hacerlo callar.

—¿Apropiado? —siseó—. No. Asesinos a sueldo, experimentos secretos

con medicamentos, babosas hinchadas e interesadas en sí mismas sentadas sobre montones de dinero, el cuerpo destrozado de mi hermano gemelo... cosas así me vuelven loco. Así que hable. Denos nombres, fechas, direcciones. O si no... —Apretó y Beck soltó un chillido ahogado—. Continúo con el plan B.

Beck abrió la boca y volvió a cerrarla sin producir sonido. Sean aflojó.

—¿Mejor así?

Beck tosió. De sus ojos goteaban lágrimas.

—Sólo sé... un nombre. Podría incluso no ser su verdadero nombre. Y podría no tener nada que ver con esto...

—Escúpalo, Beck.

—Le di su número de teléfono a Kevin —balbuceó Beck—. Necesitaba sujetos de investigación inteligentes. Pagaba bien, y yo sabía que Kevin necesitaba dinero. Eso es todo. Lo juro, es todo lo que hice.

—¿Excepto mantener la boca cerrada cuando la gente empezó a morir? —aulló Sean—. ¿Excepto recoger la pasta durante años después? No es nada más que una mierda con brazos y piernas, Beck. Usted me pone enfermo.

—El nombre, Beck —le recordó Connor.

Beck empezó a sollozar.

—O... O... Osterman —tartamudeó.

—¿Dónde opera? —preguntó Davy.

Beck sacudió la cabeza en negación frenética.

—Pongo a Dios por testigo de que no tengo ni idea. Han pasado quince años desde que hablé con él y...

—Basura. Habló con él anteayer, para mandar a un asesino a sueldo detrás de la hermana de mi esposa. Denos el número al que llamó —dijo Con.

Beck seguía negando con la cabeza. Su cuerpo se estremecía por los sollozos. Un charco de orina se formó alrededor de uno de sus zapatos en el brillante parquet.

Sean suspiró y lo soltó. El tipo cayó al suelo con un pesado golpe, como una fruta demasiado madura. Sollozaba ruidosamente tapándose la cara.

—Éste está acabado —dijo Sean cansadamente—. Vámonos.

• • • • •

Davy pisó con fuerza el acelerador y se alejaron de aquel lugar.

—Dios, qué deprimente... —murmuró Connor.

Davy le lanzó una mirada furiosa a Sean.

—Lo has presionado demasiado. Tienes que procurar no ser tan duro... A menos que estés practicando para cuando te metan en una prisión de máxima seguridad, por supuesto.

Sean estaba demasiado perdido en sus pensamientos para contestar.

—Borracho como una cuba a las nueve de la mañana —murmuró—. Olía a miedo. Lo asusté mucho, pero se contuvo. Lo que significa que ese tipo, Osterman, lo asusta aún más.

Miles lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Cuál era el plan B?

Sean lo miró sin comprender.

—¿Qué?

—Le dijiste a Beck que si no te daba un nombre ibas a pasar al plan B. ¿Qué ibas a hacerle?

Sean hizo una mueca. La intimidación dura era un trabajo tenso y cruel. Él no tenía realmente estómago para ello.

—¡Y yo qué sé! —refunfuñó—. No tengo siquiera un plan A, no digamos un plan B. Vamos a arreglarnos para Parrish.

• • • • •

Cindy se tomó el café de un trago e intentó de nuevo leer un artículo sobre soluciones generales de onda plana a ecuaciones de onda de sonido en el *Sound Spectrum Journal*, un periodicucho intelectual como el que más. Incluso había comprado unas gafas de montura de concha de intelectual, pero lo que anhelaba leer era *Marie Claire*. Le había llamado la atención un artículo en la portada. *Cuando él no puede perdonar: Historias de la vida real de mujeres que cometieron el pecado imperdonable*. Ja. Seguro que esas mujeres no tenían nada que ver con ella.

Estaba nerviosa, asustada y pasada de cafeína, pero si se arrepentía ahora echaría a perder el cuidadoso plan que Miles había trazado. La locura que iba a cometer podría ser monstruosamente estúpida, pero quería que sirviera para algo. Especialmente si estaba arriesgando la vida.

Le bajaba sudor húmedo por la espalda. Era una buena mentirosa, ¿pero cuánto tiempo le llevaría a ese tipo darse cuenta de que no tenía el cerebro de

Miles en la cabeza?

Pensaba en lo que se enfadaría Miles si supiera dónde estaba. Ojalá se las hubiera arreglado para seducirlo. Por lo menos una vez, antes de... antes de que ocurriera lo que iba a ocurrir.

Las cosas parecían realmente patéticas cuando una chica iba de incógnito a perseguir a un asesino... sin apoyo, sin una red de seguridad, nada en el bolso excepto un móvil, un transmisor de radio desactivado y una barra de labios.

Entró un tipo en Starbucks y miró a su alrededor como si fuera a encontrarse con alguien. Ella lo miró de reojo.

De aspecto agradable, un poco insulso. Tenía la nariz demasiado pequeña y respingona para su gusto. Era demasiado bajo. Su cuerpo no estaba mal para ser un empollón.

La cara estaba bien, pero por otra parte también la de Ted Bundy.

Sus ojos se deslizaron por el salón. Luego la vio y miró la revista. Venía hacia ella. Mierda. Era él. Estaba en acción.

Echaba mucho de menos a su padre, podía haber llorado. Daddy le habría impedido hacer una cosa tan estúpida. Estaría enfurruñada en su habitación ahora mismo, si su padre no la hubiera cagado y se hubiera hecho meter preso. Trató de respirar. Se sentía mareada.

—¿Mina? —preguntó el tipo.

Ella levantó la vista hacia unos ojos inocentes color avellana. No había un destello de odio supurante en ellos. No había una vibración que le erizara la piel. No había manchas de sangre bajo sus uñas. Sólo era un tipo con una camisa de algodón azul, abrochada hasta el cuello, y vaqueros. Podía haber sido el administrador de una tienda de música.

—¿Jared? —preguntó ella.

El tipo sonrió. Una sonrisa agradable, no la mueca de un psicópata asesino.

Se sentó junto a ella y miró la portada de *Sound Spectrum*. Soltó una risita.

—Compraste un poco de lectura ligera, ¿eh? A veces la compro, para divertirme. Es buena para el baño.

Cindy trató de reírse. Frente a su cara bailaban manchas negras.

—Ah, sí —dijo con voz apagada—. Es muy graciosa.

• • • • •

Liv estaba sentada en la alfombra que había frente a una de las grandes ventanas de Tam; se incorporó y estiró los músculos doloridos. Era como darse con la cabeza contra la pared, como lo había descrito Davy. Buena metáfora.

Nunca le habían gustado los rompecabezas. Su opinión era que la comunicación entre los seres humanos era difícil en las mejores circunstancias.

Por supuesto, en este caso, Kev había tenido una buena razón para escribir en clave, aunque podía haberse buscado una un poco más sencillita.

El silencio era opresivo. Tam se había aburrido del «tedioso proyectito de tu novio» hacía tiempo y se había retirado a la habitación de trabajo de su torre, dejando a Liv estrujándose su solitario y estresado cerebro, sola y sin ayuda. Liv no podía culparla. Eso era el infierno.

Quería hacer una contribución significativa, y podría hacerlo si descifraba ese endemoniado rompecabezas. No quería ser un peso muerto colgado al cuello de Sean, y tampoco quería ser su juguete sexual. Sobre todo, no quería ser su juguete sexual. Ella era una mujer seria, independiente y trabajadora, que prefería los vestidos anchos, los leggings de algodón y los zapatos planos. Y aquí estaba, con las piernas afeitadas, maquillada, elegantemente vestida y perfumada. Luciendo un frágil sujetador verde y unas bragas a juego. Poniéndose caliente e inquieta al imaginar lo que haría Sean si la viera con esa ropa. Caray.

«Deja de pensar tonterías. Concéntrate», se dijo.

Estudió la clave que Sean había descifrado, muy fácil, según él. Kev había utilizado el código con el que se habían entrenado cuando eran bebés que apenas balbuceaban. Había escrito el alfabeto y, trabajando hacia atrás desde la Z, había escrito bajo él los nombres de la familia McCloud sin repeticiones de letras. Jeannie, Davy, Connor, Kevin, Sean McCloud. Eso daba JEANYDVY-CORKSMU, lo cual dejaba diez letras sin usar para insertar en la clave en orden alfabético de atrás adelante. Así pues, su nombre se escribía KLIFZQST-FWKW. Los números no se cambiaban.

Claro como la luz del día. Tan fácil como coser y cantar. A por ello. Quédate con la boca abierta, nena.

Buaaa. Esos McCloud podían coger su maldito código para bebés y metérselo donde el sol no brillaba.

Prueba de las cintas en VPEF. CH detrás cuenta pájaros B63.

Malditos esos complicados y difíciles McCloud. EF tenía que ser

Endicott Falls, ¿pero VP? No tenía ni idea. Con sólo mirar esos codificados garabatos descoloridos se sentía incómoda y triste. Pero nada. A seguir trabajando.

Cuenta los pájaros. El primer dibujo era un lago, con nueve gansos salvajes volando sobre él. Después dos águilas, apoyadas en una rama. Después una cascada, sin pájaros, pero decidió que la falta de pájaros significaba cero. Un peñasco de montaña, sin pájaros. Siete cisnes. Nueve gaviotas en una playa. Siete patos en un estanque. Nueve dos cero cero siete nueve siete. Bien, los había contado. ¿Y entonces? ¿Alguien? ¿Y qué demonios era CH? ¿O B63?

Tenía que faltar información crucial. Se estaba volviendo loca.

Se puso de pie con un suspiro de enfado y empezó a pasearse por la alfombra hasta que se encontró frente al ventanal, mirando las olas extender espuma cremosa sobre la arena. Las nubes estaban altas, el cielo era de un blanco brillante. Puso el papel contra el cristal y extendió el borde rasgado que había roto hacía quince años para meter sólo media hoja de grueso papel doblado en el sujetador.

La ventana iluminó un borde más pálido donde se había arrancado una tira del fibroso papel. El borde de papel más fino se extendía más arriba de lo que ella creía, hasta la línea del código. Lo quitó de la ventana y lo examinó desde arriba. Parecía de nuevo papel normal.

Lo extendió sobre el cristal. Sintió un estremecimiento al mirar fijamente la tira más pálida. Escarbó buscando la carpeta y sacó la portada manchada de agua del cuaderno de dibujo de Kev. Dentro de esos dos pedazos de cartón gastado estaba la otra mitad de la hoja de papel sobre la que Kev había escrito su fatídica nota. La que ella había partido en dos.

La sacó, alisando las fibras en el extremo y deseando tener una lupa. Pero no había necesidad, según pudo darse cuenta cuando puso los dos trozos juntos. Era evidente a simple vista que algunas fibras sueltas estaban manchadas de tinta. Su corazón latía con fuerza.

Había hecho trabajo de restauración de papel en las bibliotecas de Europa Oriental en sus estudios en el extranjero. Tenía buen ojo y un tacto delicado.

Puso los dos trozos juntos, suavizando la capa que se curvaba como una pluma sobre la hoja del fondo, de la forma que esperaba que fuera la original. Los vestigios de tinta correspondían a la última letra de la última palabra. QPRI, que decodificada se había convertido en VPEF.

Había una ligera línea rota en la parte baja de esa I. De hecho no era una I sino una L. Había roto la parte baja de la L de Kev hacía quince años. Casi quería gritar mientras buscaba a tientas la clave de Sean. La L codificada, correspondía por coincidencia a la L en el alfabeto. Entonces no era VPEF. Era LPEF.

Ese era un acrónimo que ella conocía. Le hacía cosquillas en el cerebro, enloqueciéndola. Estaba grabado en la parte interior de sus párpados. Podía verlo flotando allí. Podía oler tinta, papel. Oír el chasquido de un sello de fechas, cayendo sobre una tarjeta con un montón de otras fechas en ella.

La clase de tarjeta que se ponía en un libro de biblioteca. Kev la había abordado a la salida de la Biblioteca Pública. La Biblioteca Pública de Endicott Falls. Oh, Dios.

Se puso las manos en la boca y rompió en llanto.

Cuenta los pájaros. Lo había hecho. Con especulaciones interminables en cuanto a qué podía referirse ese número de siete dígitos: ¿una dirección, un número de teléfono, una caja de seguridad? Pero si LPEF era la biblioteca, Kev debía estar hablando de un número de referencia. 920.0797. CH tenía que ser Colección Histórica. Lo que significaba que era un libro antiguo, de la biblioteca original de Augustus Endicott, que el hombre había donado a la ciudad tras su muerte. Lo que encajaba perfectamente, ya que B63 era la antigua signatura del libro. Por supuesto.

Ah, Dios, qué sencillo, qué banal. Qué maravilloso y qué horrible. Todos esos años, todo ese sufrimiento, por unas pocas fibras de papel perdidas. ¿Cómo podía no haber reconocido la configuración? ¿Cómo pudo habersele escapado?

Estaba tan avergonzada como aliviada.

Se puso las manos en la boca para ahogar gritos de triunfo en grititos agudos. Cogió el teléfono que le había dejado Sean y marcó su número. Sin cobertura. Podía haber aullado.

Había completado el rompecabezas, estaba feliz por su triunfo, y no había nadie con quien compartir ese momento exaltado y eufórico. Caminó arriba y abajo de la habitación, todavía gritando y saltando. Agarrando el teléfono, tratando de respirar. Ojalá tuviera una familia con la que pudiera compartir un triunfo mareante como ése. Lo cual le recordó que llevaba tres días sin dar señales de vida y que sus padres debían estar muy preocupados. Eso era un poco duro. Y se sentía mucho más amablemente dispuesta hacia el mundo como resultado de su descubrimiento triunfante.

Se preparó para un sermón a gritos mientras marcaba.

—Endicott House —respondió la voz de su madre.

—Hola, madre, soy yo —dijo—. Quería hacerte saber...

—Oh, Livvy. Pensé que nunca llamarías. —La voz de su madre se desintegró en sollozos entrecortados.

—Madre, estoy bien —la tranquilizó Liv—. Te dije la última vez que estoy escondiéndome mientras...

—Se trata de tu padre, Livvy —dijo su madre entrecortadamente.

Una ráfaga de frío la cortó por la mitad. Se hundió en el sofá con las piernas temblorosas.

—¿Qué le pasa a papá?

—Tuvo un infarto generalizado, el día después de tu desaparición.

Su madre se detuvo para tragar una bocanada de aire larga, entrecortada y sollozante.

—La impresión... fue demasiado para él. Sabes todos esos episodios que ha venido teniendo. Esa fue la gota. La última gota.

—¿Cómo está ahora? —preguntó ansiosamente—. ¿Está consciente?

—He estado con él, día y noche —dijo su madre débilmente—. No he comido, no he dormido. Vine a ver si habías llamado.

—Mamá... Por favor, ¿cómo está papá ahora?

—Blair está con él —dijo ella, su voz tomaba más fuerza—. Blair ha sido una roca para mí. Una absoluta roca.

—¿Cuál es el estado de papá ahora? —repitió desesperadamente.

—Ven a casa, por favor, Livvy. —La voz de su madre se ahogó—. Te lo suplico. Va y viene, pero no hace más que preguntar por ti.

Liv se inclinó hacia delante y se dobló sobre sí misma.

—Está bien —susurró—. Iré. No sé si podré llegar hoy, pero...

—Entonces llegarás demasiado tarde. Entiendo que esa... *persona* es más importante para ti que tu propia familia, pero tu padre se está muriendo, Livvy.

La mente de Liv galopaba en círculos.

—De acuerdo, iré en cuanto pueda —prometió precipitadamente—. ¿En qué hospital está?

—Está en la unidad de cuidado intensivo de la Clínica Chamberlain. Ala norte, segundo piso. ¿Cuándo puedes llegar allí, Livvy? Para decírselo a papá.

—En no menos de unas cuatro horas. Madre, escucha con cuidado. Hay gente persiguiéndome, gente que está tratando de matarme. Sean ha estado ayudándome a descubrir quiénes son y por qué, y estamos progresando en ello,

pero...

—Livvy. Escúchate. No puedo creer que en un momento como éste lo único en lo que puedas pensar sea en ti misma. Sólo yo, yo, yo. Y mientras tanto tu padre está conectado a un respirador, en las últimas.

—Por favor, mamá —dijo, haciendo esfuerzos para no perder la paciencia—. Apóyame en esto. Iré a la clínica, pero necesito que te ocupes de que esté allí la policía para protegerme. Por favor, tómate esto en serio. Por favor.

Su madre carraspeó.

—No será difícil convencerlos de que vengan —dijo con acritud—. Están tremendamente interesados en hablar contigo.

—Tengo que irme, madre. Estaré allí tan pronto como pueda.

—¡Livvy! ¡Espera! Al menos dime dónde...

Colgó y se quedó sentada balanceándose hacia delante y hacia atrás. Un plan, un plan.

Tam estaba absorta en su trabajo y quizá no se diera cuenta si ella se escapaba. Dando por supuesto que Liv pudiera desactivar el sistema de seguridad y abrir el garaje, que Sean hubiera dejado las llaves puestas en el coche, que hubiera dejado el depósito de la gasolina lleno, o por lo menos medio lleno. Que pudiera reunir algo de dinero. Eran un montón de suposiciones optimistas.

Su carné de conducir, sus tarjetas de identidad, de crédito, la del banco, la de la gasolina, el talonario de cheques, todo se había perdido. Cómico, que llevara puesta ropa por valor de mil dólares y que no tuviera un céntimo a su nombre.

Sorprendente, lo indefensa que era una persona sin su billetera.

Subió tambaleándose hasta la torre, cegada por las lágrimas.

Pobre papá, viejo gruñón, benévolo, terco y severo pero blando de corazón. Había estado usando su truco del infarto durante una década. Durante un tiempo había funcionado, pero al final Liv dejó de creerlo.

Se había endurecido demasiado. Se sentía como una basura por no haberle creído. Si se moría antes de que ella pudiera decirle adiós...

No. No eso no iba a pasar. Llegaría.

Revolvió a su alrededor. Encontró treinta dólares en los pantalones de Sean. Si el depósito de la gasolina estaba lleno, podría lograrlo. Se recogió el pelo, se encasquetó la peluca rubia y se puso unas gafas de sol en la nariz.

Antes de salir, le escribió a Sean un mensaje de texto en el móvil.

Encontré cintas espero Librería Pública EF
Sala colección histórica
Mira detrás libro con referencia #920.0797 B63
Asómbrate besos Liv

Decirle a Sean lo de su padre no tenía sentido. Se pondría frenético ante la idea de que se fuera sola. Se sentía como si estuviera traicionándolo al escapar del refugio que le había buscado, pero mala suerte.

Decirle adiós a su padre merecía el riesgo.

No tenía siquiera que ser mucho riesgo. Iba en un coche que nadie sabía que tenía. Por una carretera que nadie sabía que estaba usando. Llegaba a un edificio público a plena luz del día, la recibiría un escolta de la policía y estaría rodeada por su familia. Llevaba ropa sexy de diseñador. Y era rubia, por el amor de Dios.

Su propia madre no la reconocería.

Capítulo 24

SEAN LANZÓ UNA MIRADA APROBADORA A MILES Y A SUS hermanos mientras esperaban en la elegancia callada, apagada, de la zona de recepción de Helix.

No estaba mal, pensó. Se habían arreglado bien. El traje de Ferragamo de Sean era demasiado ancho de hombros para Connor, pero sólo un gay lo notaría. Davy con su propio traje de Brooks Brothers tenía un estilo severo del tipo «no juegues conmigo o te doy en la cabeza con mi cartera de valores»; y Miles se veía caliente y hambriento en el Armani gris de Sean. Con el pelo engominado hacia atrás y las gafas de sol de espejo, el chico parecía un próspero joven gánster.

A pesar de todas sus preocupaciones, se alegraba de ver a esos descuidados bien arreglados. La única nota falsa en ese concurso de esplendor de sastrería masculina eran los moretones con costra de su propia jeta.

El teléfono que tenía en el bolsillo de la chaqueta produjo un suave trino. Lo sacó para revisar. Mensaje de Liv. Leyó el texto y se quedó mirando fijamente.

—Santo cielo —dijo en voz alta y sonora.

—Shh —siseó Davy, mientras la recepcionista le lanzaba una mirada estirada.

—¿Qué pasa? —dijo Con cortante, en voz baja.

—Liv ha descifrado el código. Ha encontrado las cintas de Kev. —Su voz baja se sentía estrangulada en su garganta—. Dice que están en la biblioteca pública.

Todos se quedaron boquiabiertos.

En el silencio estupefacto habló la recepcionista.

—¿Señor Urness? El señor Parrish lo recibirá a usted y a su grupo ahora. Martha les indicará el camino.

Una impresionante secretaria trofeo, rubia, por supuesto, los saludó con una sonrisa radiante y les hizo un gesto para que la siguieran a través del complejo de la lujosa oficina. Caray. Alfombras mullidas, ventanales, aromaterapia, mosaicos, pinturas originales... Una cascada de imitación burbujeaba en un nicho de la pared.

Los tonos apagados de malva y hueso eran de lo más relajante.

La rubia estaba meneando el culo tonificado y alegre en la escasa falda para ellos. Fijó los ojos en su balanceo saltarín hacia delante y hacia atrás, pensando en los contornos de melocotón del culo de Liv. Cómo le gustaba agarrar sus caderas, hundir su punta dolorida en ese cielo resbaladizo entre sus muslos. Y era un genio increíble, además de una bomba sexual chisporroteante. Había resuelto el rompecabezas. Maldición. Qué mujer más asombrosa.

Volvió bruscamente a la realidad cuando la rubia les indicó con un gesto que entraran en una gran oficina, como una presentadora de un concurso exhibiendo el premio.

Charles Parrish era un tipo distinguido, de pelo plateado. Le dio la mano a Davy, luego a Con, a Miles. Sean estaba detrás, evitando la mirada del tipo hasta el último momento. Entonces agarró la mano de Parrish y lo miró fijamente a la cara.

—Hola, señor Parrish. ¿Me recuerda?

Lo vio, en un momento. La sonrisa se volvió rígida, el aleteo de los párpados, el cambio del color de los labios. El tirón involuntario cuando el tipo trató de liberar la mano. Sean lo soltó. Ya sabía lo que quería saber.

—¿Qué es...? —Parrish miró a su alrededor, confuso—. ¿Quién es usted? Lo siento, pero no lo recuerdo de nada, señor... Por favor, refrésqueme la memoria.

Sean suspiró. Otra rata mentirosa con algo que ocultar.

—Me llamo McCloud. Ellos también. —Sacudió la barbilla para indicar a Davy y a Con, e incluyó a Miles en el gesto—. Creo que usted conoció a mi gemelo, Kevin, cuando era representante de Flaxon. Veo por su cara que causó gran impresión en usted. Quiero saber las circunstancias exactas de aquel encuentro.

Parrish retrocedió, y se escurrió para ponerse al otro lado del escritorio.

Davy le agarró la muñeca.

—No va a llamar a seguridad —dijo—. Ésta es una conversación amistosa, señor Parrish. No queremos meternos con su imperio corporativo. Sólo queremos saber qué fue de nuestro hermano.

Parrish miró salvajemente a su alrededor.

—Bien. Tuve en realidad un incidente más bien extraño, en aquella época, si es a eso a lo que ustedes se refieren, pero fue hace mucho tiempo. Realmente no sé si...

—Cuéntenoslo. —La voz de Sean era cada vez más cortante.

—De acuerdo. Un hombre mentalmente perturbado traspasó la seguridad en la oficina de Flaxon en Renton y me atacó. Fue una experiencia terrible.

—¿Qué le dijo? —preguntó Con tranquilamente.

—Estaba loco de atar —dijo Parrish a la defensiva—. Estaba convencido de que un científico loco estaba llevando a cabo experimentos ilícitos. Matando a gente en uno de nuestros edificios. Todo tipo de historias absurdas.

A Sean se le puso la piel de gallina.

—Ya veo —dijo lentamente—. ¿Qué hizo usted?

Parrish levantó las manos.

—¿Qué podía hacer? ¡Hice lo que cualquiera habría hecho en mi lugar! Pedí ayuda, llamé a seguridad, ¡lo hice detener!

—¿Y después?

Parrish frunció el ceño, perplejo.

—¿Qué quiere decir con «y después»?

—¿Qué pasó con él? —gruñó Davy.

Parrish se encogió de hombros.

—Dejé que los agentes de seguridad de Flaxon hiciera su trabajo.

—¿Quiere decir que lo entregó en manos de la gente de la que estaba huyendo? —La voz de Sean era rotunda—. Lo arriesgó todo para venir a hablar con usted y revelar lo que estaban haciendo y usted lo entregó.

—¿A cambio de qué, Parrish? —preguntó Connor—. ¿De una oficina lujosa?

—¡No tenía razones para pensar que sus cuentos eran verdad! Y me molesta... —la voz de Parrish se apagó—. Dios mío, ustedes están tan locos como él.

Sean le lanzó una sonrisa grande, amplia.

—Ah, sí. Como poco.

Parrish empezó a retroceder.

—Helix vale unos dos mil quinientos millones —comentó Miles.

—Sí —dijo Sean—. Interesante. Parece que a la gente que jodió a Kev le está yendo muy bien hoy día. Eso hace que un hermano triste se haga preguntas. Supongo que el karma no los ha alcanzado todavía, ¿pero sabes qué? Creo que el momento de la venganza está llegando. ¿Qué decís, chicos?

—Creo que tienes razón. Huelo venganza —asintió Con, con la voz suave.

Davy le lanzó a Parrish su sonrisa más amenazadora. El hombre se

encogió contra la pared.

—¿Qué quieren de mí, en nombre de Dios? —preguntó.

—Tenemos un nombre —dijo Sean—. Osterman. ¿Quién es ese tipo?

—No tengo ni idea de qué están...

Zas, estaba inmovilizado contra la pared. Sean lo sujetó poniendo una mano de hierro en la solapa del costoso traje del hombre. Le clavó los dedos en un sensible manojito de nervios debajo de la oreja. Parrish chilló.

—Cuidado, Sean —dijo Davy, en el tono bajo y uniforme de advertencia que había usado durante los ataques de Sean desde que era un niño.

Sean lo ignoró.

—Escúchame, gilipollas codicioso cara de culo —silbó—. Jodiste a mi hermano. No estoy amablemente dispuesto hacia ti. Voy a llegar al fondo de esto. Voy a encontrar hasta al último gusano comemierda que le hizo esto y les voy a arrancar las tripas. Decide ahora mismo si quieres estar en esa corta lista.

Su dedo se hundió imperceptiblemente en ese nudo de nervios.

Parrish manoteaba y forcejeaba, lloriqueando.

—Por favor —susurró.

Sean aflojó.

—¿Tienes algo útil que decir?

Parrish se las arregló para asentir. Sean levantó la mano.

—Oigámoslo.

El hombre se frotó el punto, sorprendido de que no hubiera un hueco sangrante. Jadeaba con cada inhalación.

—No tenía idea... ni idea...

—Por supuesto que no —dijo Connor—. ¿Ni idea de qué?

—De Osterman —El hombre balbució algo más despacio—. Es... es un investigador. Yo nunca hubiera soñado... es un científico extremadamente distinguido. Brillante. No puedo creer que... el Refugio es una instalación para la investigación legítima, a pesar de ser tan secreta, y...

—¿El Refugio? —interrumpió Miles, con los ojos muy abiertos—. ¡Está bromeando!

Sean giró la cabeza.

—¿Qué? ¿Qué es el refugio?

—El tipo con el mantengo correspondencia por chat haciéndome pasar por Mina... —dijo Miles—. Mezcla de Mentas.

El Refugio es su organización. Lo que significa que Osterman debe ser...

—El asesino de genios que andamos buscando —terminó Con suavemente.

La respiración de Parrish se oyó jadear pesadamente en el silencio horrorizado.

—¿Dónde está el Refugio? —le preguntó Sean.

—No lo sé —respondió Parrish. Se encogió hacia atrás cuando Sean levantó la mano—. ¡No! Por favor, no. Lo juro. Las instalaciones se cambian de sitio y las únicas personas que saben dónde están son los que están en el programa del potencial del cerebro. Se especializan en diseño de productos, y esos diseños los hace nuestro equipo de desarrollo. Mi hija participó en el programa hace unos años. Produce resultados espectaculares...

—No quiero un folleto de propaganda. Quiero saber dónde está ese psicópata asesino —aulló Sean—. Y no creo que no lo sepas. Lo mismo que no creo que nunca comprobaras la historia de Kev. Estabas en esto desde el principio, ¿verdad, Parrish?

—¡No! ¡Tienen que entenderlo! ¡Todo lo que contaba me pareció una locura! —Parrish estaba llegando a la desesperación—. ¡Era charla apresurada, salvajemente paranoica! Aseguraba haber sido atado y torturado durante varios días, ¡pero estaba lo suficientemente fuerte después de su traumática experiencia para agarrar a un guardia de seguridad y tirarlo por una ventana! ¡El pobre hombre estuvo a punto de morir!

Sean dejó de oír a Parrish de repente. Algo en las palabras de ese hombre había llamado poderosamente su atención. Era sólo un pequeño detalle, pero...

—Cállate —dijo, interrumpiendo el balbuceo.

La voz calló.

—Aclárame una cosa. Dices que Kev alegaba haber sido torturado durante varios días, pero Kev no desapareció durante días. Lo vi la mañana del diecisiete. Justo antes de que me encerraran.

Davy y Con intercambiaron miradas sorprendidas.

—¿Adónde quieres llegar con esto, Sean? —preguntó Davy suavemente.

—¿Qué día vino a verle? —insistió Sean.

Parrish parpadeó rápidamente.

—No me acuerdo.

Zas, otra vez volvió Parrish contra la pared, con el dedo de Sean aplicando dolorosa presión en el nervio ahora maltratado bajo su oreja.

—Piensa con más fuerza —le sugirió, con la voz engañosamente suave.

Parrish tragó aire.

—Eeh... veamos... El día que vino yo tenía una bicicleta en el despacho. Para la fiesta del undécimo cumpleaños de mi hija.

—¿Cuándo es el cumpleaños de su hija? —preguntó Davy.

—El veintitrés de agosto. Mañana.

Sean soltó al hombre tan abruptamente que Parrish se tambaleó hacia delante y cayó de rodillas. Miles lo cogió por el hombro y lo ayudó a ponerse de pie. Siempre el tipo dulce y agradable. Alguien iba a tener que meterle un poco de maldad a ese chico...

Esos y otros pensamientos al azar le rondaron sin sentido a Sean por la cabeza mientras lo invadía una conmoción paralizante. ¿*Veintitrés* de agosto?

Habían enterrado a su hermano en la colina, cerca de la pequeña cascada que amaba, el veinte de agosto. ¿*Veintitrés*? ¿Qué demonios?

Apoyó las manos en las rodillas, tratando de que le llegara sangre a la cabeza. Si se desmayaba delante de Parrish el hombre le perdería completamente el respeto. ¿Cómo podía hacerse pasar por un tipo cruel si sufría un desmayo?

Afortunadamente, otras máquinas también muy crueles, Con y Davy, estaban funcionando perfectamente. Él simplemente se quedó ahí, concentrándose en permanecer consciente.

Una mano nada delicada lo golpeó con fuerza entre los omóplatos un rato después para hacerlo caminar por el pasillo. Por delante de la rubia al rojo vivo. No los detuvo ningún miembro del personal de seguridad, ni había policía esperando. Parrish iba a jugar en los dos bandos hasta que pudiera decidir a cuál saltar. Gilipollas.

Cuando llegaron al aparcamiento, Davy lo cogió por el cuello y lo lanzó contra la puerta del coche tan fuertemente que casi aulló.

—Te dije que no íbamos a intimidarlo físicamente —le gritó en la cara—. Y tú te has vuelto loco. Las dos veces. No necesitamos este tipo de problemas, imbécil. Si no puedes aguantarte la mierda voy a atarte y a amordazarte y a meterte en el maletero, lo juro por Dios.

Sean miró hacia Connor pidiendo apoyo, pero su hermano simplemente le sonrió con la boca torcida, como disculpándose.

—Te sujetaré mientras te ata —dijo.

Entonces miró a Miles, que lo miraba a su vez con la expresión de «qué coño quieres de mí».

Sean gruñó y se encogió de hombros. Le daba igual. Estaba demasiado

aturdido para sentirse ofendido. Se frotó el chichón mientras entraba al vehículo.

—El veintitrés de agosto —murmuró.

Davy salió del aparcamiento.

—Sabía que había sido eso... —dijo sombríamente—. Sí, no puede ser, pero fue hace quince años, y es lógico que no recuerde el día exacto... O puede estar mintiendo, no tenemos por qué creer a un tipo así.

—¿Y si no está mintiendo? ¿Y si no se equivoca? —dijo Sean—. Enterramos un cadáver el veinte de agosto. Si ese tipo vio a Kev el veintitrés, entonces...

—¿Quién está enterrado en la colina? —terminó Connor.

Hubo un silencio sepulcral en el coche mientras pensaban en eso.

—¿Tú no... no hay... registros dentales? —vaciló Miles.

Con negó con la cabeza.

—Ninguno de nosotros fue nunca al dentista. No pisamos la consulta de un dentista hasta que lo hicimos por nuestra cuenta, de adultos. Papá estaba completamente seguro de que nos implantarían transmisores en los dientes.

—Ah. Eeh, no importa —murmuró Miles—. ¿Quizá ADN?

—Olvidalo —dijo Davy duramente—. No importa. Kev está muerto, Sean. No hay otra razón por la que no se hubiera puesto en contacto con nosotros. Lo pillaron. Enfrentate a esa verdad, admítela. No podemos pasar toda la vida así.

Sean negó con la cabeza.

—Coño —la voz de Davy era sombría—. ¿Esto significa otro ataque?

Sean cruzó una mirada con su hermano en el espejo y lo miró calmadamente. No dijo nada. No era necesario decir nada.

Con parecía triste y preocupado. Se masajeaba la pierna lisiada.

—Estupendo —murmuró Davy—. ¿Entonces ahora qué?

Sean se encogió de hombros.

—Es obvio —dijo—. Vamos a la biblioteca.

• • • • •

—Primero, te hacemos una serie de pruebas para identificar tu estilo de aprendizaje. El doctor O personaliza el programa de cada sujeto —explicaba Jared, mientras empalmaba con la interestatal—. Las pruebas son la parte

difícil, pero sólo son los dos primeros días. Después empieza la diversión.

Cindy miró hacia afuera por el parabrisas, con los ojos muy abiertos por el miedo. ¿Pruebas? Ya la había armado. Muy bien.

—Guau. —Su voz se estranguló—. Superguay.

Jared esperaba algún comentario entusiasta, inteligente e intelectual de ella, pero todo lo que dijera la traicionaría como la idiota de cabeza hueca que era. Estaba metida en un lío hasta el cuello. Y hundiéndose.

—Eeh, bien. —Jared habló de nuevo, resueltamente—. Pues, me gustó ese resumen que escribiste sobre las predicciones de la discriminación de frecuencia formante en el ruido basado en respuestas modelo del nervio auditivo. Incluso se lo enseñé al doctor O. Estaba pensando que quizá podríamos tratar de combinar la información temporal y la de ritmo para una población más reducida de fibras modelo y sintonizarlas...

—¿Podríamos hablar de cosas no técnicas? —Cindy se frotó las manos empapadas en los vaqueros—. Realmente prefiero conocer a gente que hable de cosas como... ya sabes. Cosas normales.

—Está bien. —Jared parecía desconcertado—. ¿Qué es normal?

—Ya sabes. La vida diaria. Películas. Acontecimientos actuales. Moda. Creo en mantener el equilibrio. No te puedes pasar todo el día obsesionado con soluciones de onda plana, ¿sabes? Tienes que dejar espacio para las botas de vaquero rojas, los pastelitos de chocolate y los Howling Furballs.

Jared frunció el entrecejo.

—¿Quién demonios son los Howling Furballs?

—Son una banda de punk que están haciendo unas cosas de multimedia muy buenas —explicó Cindy—. Tienen un sonido totalmente salvaje y el ingeniero usa las señales que generan los músicos en tiempo real para crear un *show* de luz interactivo muy peculiar. Te mostraré su sitio web, si quieres.

—De acuerdo. Estupendo. Suena interesante.

Parecía divertido. Hubo un silencio incómodo que Cindy quería llenar desesperadamente, pero no se atrevió a tentar a la suerte. Entonces Jared volvió a hablar.

—Tengo la impresión de que no estás contenta de estar aquí —dijo.

—Normal. Míralo desde mi punto de vista —dijo ella—. Una chica sola con un tipo que acabo de conocer, yendo a un lugar del que sólo he oído hablar en la red. Cualquiera diría que soy idiota.

Como toda su familia...

—No lo eres —dijo Jared—. Sé que has tenido malas experiencias.

¿Sí? ¡Mierda! No había leído las transcripciones de las conversaciones de Mina y Jared, así que ni siquiera sabía su pasado. ¡Caramba!

Pero Jared seguía hablando seriamente. Trató de concentrarse.

—... quería decirte que entiendo de dónde vienes —dijo—. Yo también soy huérfano. He vivido en distintas casa de acogida desde que tenía siete años.

—¿De verdad? —Lo miró con los ojos muy abiertos.

—Hice el bachillerato en Deer Creek.

Ella parpadeó.

—¿En el reformatorio?

—Sí, estaba allí por drogas —confesó él—. Puse un laboratorio de cristal en el granero de mi tutor, yo solo, cuando estaba en noveno. El doctor O se enteró de ello. Vino a conocerme. Pensó que un chico que podía meterse en un problema tan grande a los trece años tenía que tener potencial.

—Guau. Eso es totalmente salvaje —dijo Cindy débilmente.

—Cuando salí, me invitó al Refugio. —Se calló durante un momento y añadió—: Es el único hogar que he tenido.

—Guau —dijo otra vez, sintiéndose totalmente inane.

—Quizá podría serlo, sabes. Un hogar para ti, también.

Ella trató de sonreír. Ese tipo parecía dulce, y buena persona.

—¿Dónde está el Refugio? —preguntó.

Jared soltó una risita.

—Podría decírtelo, pero entonces tendría que matarte.

Cindy se quedó sin respiración. Él debió darse cuenta del efecto que habían causado en ella sus palabras, porque la miró sonriente y le guiñó un ojo.

—Es sólo un chiste —dijo—. ¿Sabes, chistes? ¿Ja, ja? ¿Muy divertido? ¿Ironía y todo eso?

—Ja, ja, ja —repitió ella débilmente—. Muy divertido, Jared.

—No pretendía asustarte. Nunca les decimos a los nuevos dónde está el Refugio hasta que llegamos allí. Es parte de nuestra mística. Ya verás.

—Ah, sí —murmuró ella—. No puedo esperar.

• • • • •

Un tipo rubio de uno noventa, vestido con un traje de Versace y con un

ojo negro atraía más atención de la que convenía, reflexionó mientras caminaba por la biblioteca. Con y Davy estuvieron de acuerdo en que sólo debía entrar uno de ellos, y habían optado por Miles, pero ese momento era decisivo en su vida. Iba a estar presente en él.

Las dos bibliotecarias los miraban con mucha atención. La más vieja, una señora gris acero con forma de paloma, lo miraba desaprobadoramente por encima de sus bifocales. La bonita y joven, de pelo rojo fresa ondeante, lo miraba descaradamente siempre que la más vieja volvía la espalda.

Lanzó un suspiro interno. Tenía que disimular. Tenía que hacer la representación de buscar con calma, para Fresa Roja.

Hizo el gran número de hojear el catálogo de fichas. Después retomó el camino a través de la biblioteca, haciendo paradas en los estantes de las revistas y del periódico local, deambulando con elaborada despreocupación hacia la Sala de la Colección Histórica.

A través de las puertas de cristal, entró en la sala recubierta de madera llena de sofás de cuero resquebrajado, de lámparas de lectura de latón, y de nichos ocultos. Aquí era donde había tenido su histórica cita con Liv. La primera vez que la había hecho correrse.

Lo tomó por sorpresa una sensación de premonición, unida a la oleada de deseo y añoranza que lo invadía siempre que pensaba en Liv. Entonces sintió el característico temblor de premonición, la inquietud... pero esta vez no la causaba Kev... sino Liv. Algo le pasaba. La certeza le zumbaba en la cabeza. Tenía que terminar cuanto antes y llamarla. Rápido.

Se puso a buscar en los estantes el número de referencia que había escrito Liv. La ansiedad lo pinchaba, más fuerte. Apúrate, apúrate. Vete, vete, vete.

Más cerca... casi ahí... y ahí estaba. 920.079 B63. Era un grueso tomo de cuero rojo, grabado en oro. Se estiró para cogerlo con mano temblorosa...

—¿Puedo ayudarlo en algo?

Casi se sale de la piel. Dio la vuelta ahogando un grito.

Fresa Roja estaba allí de pie, sonriéndole.

—Hola.

Sean soltó una bocanada de aire temblorosa y le devolvió la sonrisa.

—Huy. Me ha dado un buen susto.

—Lo siento mucho —dijo recatadamente—. ¿Puedo ayudarlo a encontrar algo?

—Oh, en realidad no. Sólo estaba curioseando —dijo con impotencia—.

Soy aficionado a la historia.

—¿Aficionado a la historia? Qué curioso, yo también. Hay algunos lugares históricos hermosos en Endicott Falls. ¿Está de paso?

—Sí, más o menos —dijo él.

—Si tiene tiempo, podría enseñárselos. Salgo a las cuatro. Se aprende mucho más con alguien que conoce el lugar íntimamente.

Sean tragó saliva.

—Ah, caramba. Eso es tentador. Pero me temo que voy a estar ocupado más tarde —le dijo—. Voy a cenar con mi prometida y su familia. —Se encogió de hombros como diciendo, «ya se sabe cómo es eso».

Ella se lo tomó bien. Hubo un breve momento embarazoso durante el cual su sonrisa se volvió rígida y dio un paso atrás.

—Bueno, entonces, otra vez será. Le dejo que mire. Si tiene alguna pregunta hágamelo saber.

Sus tacones sonaron mientras cruzaba la sala. La puerta crujió al abrirse, volvió a cerrarse con un pequeño sonido y estuvo solo de nuevo.

Casi se derrumba en el suelo. Por la corriente de adrenalina, por puro alivio al haberse librado de ella tan fácilmente, pero sobre todo por la conmoción de haber hecho eso realmente a una mujer bonita.

Nunca había rechazado a una chica mona antes. Sin importar lo que estuviera ocurriendo en su vida. Siempre, *siempre*, se las había arreglado para hacerles un espacio de alguna forma.

Jesús. Ni siquiera le había pedido el número de teléfono.

Y su excusa improvisada lo hizo reírse por lo bajo. Cena con la familia de su novia, y un cuerno. Hablando de hacerse ilusiones. Lo matarían en cuanto lo vieran y enterrarían su cadáver en el basurero municipal.

Agarró el grueso libro, lo levantó y atisbo en las sombras. Nada. Se le detuvo el corazón. Buscó a tientas. Nada todavía. Su corazón latía fuertemente, su estómago se contrajo. Estiró más la mano, escarbando con los dedos.

Había un nicho en la pared. Algo suelto metido en él.

Sacó dos cintas de video polvorientas. Vio a Kev con los ojos de la mente, aplaudiendo. *Ya era hora, Einstein. Date una medalla, por qué no.*

¿Veintitrés de agosto, Kev? ¿Qué coño...?

No. Una cosa de cada vez. Si se permitía pensar en las apariciones posmortem de Kev sobre la tierra se le fundiría un fusible. Guardó las cintas, sacó el libro con el fatídico número y lo hojeó, por si acaso. Se titulaba *Los fundadores de Endicott Falls: Una crónica verdadera y fiel de aquellos*

heroicos personajes que forjaron nuestro bello municipio a partir de una tierra salvaje y feroz. Por Joseph Ezequiel Bleeker.

Ah. Algún erudito lameculos, tratando de ganar puntos con el viejo Augustus. Probablemente quería casarse con la hija del tipo.

Empujó el tomo otra vez en su sitio y se fue echando chispas.

Tenía que llamar a Liv, decirle que había encontrado las cintas. Darle las gracias por ser un genio, una diosa. Decirle que no era digno de lamer sus perfectos pies, y que sentía haber sido un gilipollas.

Y que la amaba, locamente, hasta el final de los tiempos. ¿Por qué no había dicho eso anoche, en vez de toda su basura machista y vociferante?

Fresa Roja se volvió de espaldas para no tener que ver su sonrisa de disculpa. Una chica con clase. Apreció su delicadeza.

Había sacado el móvil antes de cruzar la puerta. El teléfono de Liv timbró y timbró y timbró. Entró en el coche de Davy, arrojó la maleta en el regazo de Con e ignoró las preguntas mientras sacaba el número de Tam.

Ella cogió el teléfono al instante.

—Sean —dijo secamente—. Agárrate.

—¿Qué? —aulló él—. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está?

—No tengo idea. Desactivó las alarmas, cogió el coche y se fue.

—¿Cuándo? Ah, mierda. No. ¿Cuándo?

—Deja de gritarme al oído. Desactivó la alarma hace casi cuatro horas, dejándome completamente desprotegida en mi estudio, con los auriculares puestos. Voy a hablar seriamente con ella de eso.

—¡Se suponía que no la ibas a perder de vista! —bramó él.

Tam resopló.

—Era su anfitriona, no su carcelera. Si me hubieras pedido que la encerrara te habría dicho que te fueras a la mierda.

—No tengo tiempo para tus tonterías, Tam..

—Entonces no llames a este número. Seguro que fuiste muy dominante anoche, ¿verdad? Te impusiste, ¿no? Liv es una mujer real, no una muñeca sexual de discoteca.

Sean le colgó y trató de llamar a Liv de nuevo. Sin suerte.

—¡Mierda! —siseó.

—¿No odias que hagan eso? —Con le echó una mirada comprensiva sobre el hombro.

Davy soltó un gruñido elocuente.

—Dímelo a mí.

Comprensión no era lo que necesitaba. Necesitaba ver a Liv, gritarle por darle ese susto de muerte y besarla hasta que se desmayara.

—¿Tiene un rastreador? —preguntó Davy.

—Hay uno en su móvil —dijo Sean apretando los dientes y tamborileando con los dedos—. ¿Dónde está el sistema más cercano de Specs de Rayos X?

—Tengo un receptor de Specs viejo que Seth me dio en el sótano de la casa de mi familia —ofreció Miles—. Creo que puedo hacerlo funcionar. Tengo también el software. Puedo instalarlo.

—Bien —dijo Sean secamente—. Vamos.

Capítulo 25

IBA CONTRA SUS INSTINTOS DE NIÑA BUENA DEJAR EL coche en una zona prohibida, pero su padre estaba en cuidados intensivos, había un asesino persiguiéndola y había conducido casi sin gasolina durante kilómetros. Era un milagro que hubiera llegado.

Aparcó el coche delante de las puertas correderas de cristal y salió disparada. Pagaría la multa si se lo llevaban. Um. Sí. De acuerdo. ¿Con qué?

Ah, qué feliz sueño, ser capaz de ocuparse de sus infracciones de tráfico de nuevo. Se coló en el bullicioso vestíbulo, buscando las indicaciones del ala norte. Preguntándose si su padre estaba... no, para.

Una cosa a la vez. Un pensamiento a la vez.

Empezó caminando, pero la angustia le hizo empezar a dar zancadas largas y cuando llegó a un trecho recto, iba a toda carrera.

Todo el mundo se apartaba de la rubia loca que iba acelerando por el pasillo, con tacones finos y un sensual vestido rojo sin hombros. Estaba demasiado ansiosa para esperar el ascensor. Se lanzó por las escaleras. Se detuvo en seco ante el puesto de enfermeras cuando vio al doctor Horst, su médico de familia de Seattle. Oh, Dios. Que estuviera aquí no podía ser buena señal.

—¿Doctor Horst? —dijo en voz alta, jadeando para recuperar el aliento.

Él frunció el ceño, sin signos de reconocerla en la mirada. Ella se arrancó las gafas de sol de diva.

—Soy yo, Liv. ¿Cómo está mi padre? ¿Está... está...?

—Liv, querida. —Caminó hacia ella, dándole un abrazo cauteloso. El aspecto grave de su cara la aterrorizó.

—Dígamelo —rogó—. Si hay malas noticias, dígamelo.

—Entra aquí —dijo él—. Trata de calmarte. Tenemos que hablar. —La remolcó hacia la puerta de una pequeña sala de espera.

—Por favor, dígame sólo quiero saber si mi padre... —Su voz se apagó.

Su padre estaba de pie allí mismo. Completamente vestido, con el mismo aspecto que tenía siempre. Sin reanimación, sin goteo de suero, sin máscara de oxígeno. Se veía bien, excepto por el aspecto nervioso y avergonzado de su cara.

Su madre estaba al lado de él. Tenía el pecho inflado, la barbilla alta, la

cara enrojecida. Blair estaba allí también. Con su cara pomposa.

—¿Mamá? —Liv los miró a todos—. ¿Papá? ¿Qué está pasando?

—Señor —dijo Amelia—. Pareces una prostituta con esa estúpida peluca.

Su padre murmuró algo inaudible.

—Siento haber tenido que llegar a esto, Livvy, pero no me dejaste otra alternativa —dijo su madre.

Sintió que una ira ardiente la desbordaba.

—¿Otra alternativa que qué? ¿Ponerme en peligro por nada? ¿Hacerme pasar horas infernales pensando que papá se estaba muriendo? ¿Crees que puedes realmente justificar esto?

—Trata de calmarte, Liv —la tranquilizó el doctor Horst—. Tu madre sabe qué es lo que más te conviene.

—Seguro. —Liv miró a su alrededor—. No veo ningún policía aquí. No me tomaste en serio. ¿Por qué no me sorprende?

—Liv, por favor —dijo el doctor Horst suavemente—. Prometo que estarás absoluta y completamente segura en el lugar a donde te vamos a llevar.

—¿Llevarme? —En su cabeza sonaron campanas de alarma. Retrocedió—. Ni hablar. No me vais a llevar a ninguna parte.

—Sé que has pasado por un calvario terrible, Livvy, pero ya se acabó. Y vamos a encargarnos de que recibas la ayuda que necesitas —dijo su madre. Agarró la muñeca de Liv, sus largas uñas rojas se clavaron en ella con nerviosa fuerza.

—¡No has oído una palabra de lo que he dicho! —gimió Liv—. ¡Me atacaron hace cuatro días! ¡Un hombre trató de matarme! ¡Sean me salvo!

—¿Ve usted?

La mujer fijó en el doctor Horst unos ojos muy abiertos e implorantes.

—Es algo como el síndrome de Estocolmo. Está tan destrozada que en realidad está unida e identificada con el hombre que ha abusado de ella. Por Dios, Livvy, mírate. Moretones en las manos, en la cara. ¡Te han golpeado!

—Madre, ya te he dicho que... ¡Oiga! ¿Qué está haciendo?

—Tiene usted razón. —El doctor Horst le había agarrado el brazo y lo miraba con el ceño fruncido—. Roces de cuerda, cortes de navaja, hematomas. Será necesario documentar todas las señales de violencia sexual para cuando hagan la denuncia.

—Oh, santo Dios. —Su madre soltó un sollozo teatral de angustia.

—¿Denunciar? ¿A quién? —Liv miró con furia a su alrededor.

—Oh, por favor, cariño —dijo su madre—. No me digas que crees realmente esas historias tontas sobre un atacante. Es sólo una fantasía, para justificar tu obsesión enfermiza por ese hombre horrible.

Se quedó boquiabierta.

—¿Quieres decir que todavía crees que el malo es Sean? ¡Pero si te estoy diciendo que no! Madre, escúchame...

—¿Qué es esto? —Su madre apartó los rizos rubios de su cuello y ahogó un grito—. ¡Oh Dios! Livvy. ¿Qué te ha hecho esa persona?

—Un mordisco humano. —La boca de Horst se apretó con disgusto—. Usted hizo lo correcto, señora Endicott. Probablemente la hemos recuperado justo a tiempo.

—No. Esperad. No fue Sean. Él no hizo eso. Todos estáis locos.

Liv retrocedió hacia la puerta.

—Al diablo con todo. Me voy.

Tropezó contra Blair, que se había movido furtivamente hasta colocarse detrás de ella. La rodeo con sus fornidos brazos, inmovilizándola.

—Livvy —dijo Amelia—. La policía registró el apartamento de McCloud y adivina lo que encontraron. Mira esto. Mira, cariño.

—¡Suéltame! —gritó, forcejeando, pero los brazos de Blair eran fuertes. Su madre se acercó. Llevaba un álbum en las manos. Lo abrió.

—Mira —dijo triunfantemente—. Cientos de fotos tuyas, Livvy. ¡De varios años! ¡Este hombre ha estado acechándote durante una década!

Liv miró las fotos. Su madre pasaba las páginas, enseñándoselas en una sucesión rápida. Liv en la universidad. En Nueva York. A la puerta de la biblioteca donde había trabajado en Baltimore. Frente al apartamento donde había vivido en Madison. Las miró asombrada.

—¿Lo ves? —dijo su madre—. Está obsesionado, Livvy. Enfréntate a los hechos.

No. Las fotografías eran alarmantes, pero ahora ya era casi inmune a la conmoción. El interés apasionado de Sean en ella era intenso y poco usual, pero no criminalmente violento. Ni loco. No era como el de T-Rex. Ella conocía la diferencia.

Sacudió la cabeza.

—El hombre que me atacó no era Sean, madre. Tienes que creerme. Yo no estoy loca. Y él tampoco.

Su madre levantó tristemente la vista hacia el doctor Horst. Sacudió la cabeza.

Blair le dirigió una mirada de conmiseración. La agarró con fuerza.

—Lo siento, Liv. Recuerda, soy tu amigo.

—Y un demonio. ¡No podéis hacerme esto! ¡No es legal!

—Me temo que estás equivocada respecto a eso. —La voz de Amelia tenía un tono de mofa—. Podemos probar que has sido secuestrada y que te han lavado el cerebro. Que han abusado de ti física y sexualmente. Eres un peligro para ti y para los que te rodean. El texto está redactado. Es increíblemente doloroso para nosotros, pero tenemos que hacer lo que es mejor para ti, cariño. Todo lo que queda es poner a esa persona tras las rejas, donde debe estar.

—¡Idiotas! —chilló ella—. ¡Sean no me secuestró! ¡Me salvó! ¡Me soltó!
—Manoteó, pateó, trató de darle a Blair en la ingle.

Sintió un pinchazo en el brazo. Horst estaba empujando el émbolo de una jeringuilla. El efecto fue instantáneo, le cortó la respiración. Flotaba, desapegada. No podía recordar por qué era tan importante mantener las rodillas rígidas, así que dejó que se doblaran.

Blair la levantó contra su pecho, con considerable esfuerzo.

—Póngala en esta silla de ruedas —ordenó el doctor Horst—. La dejaremos descansar en la sala de reconocimiento mientras reviso algunos detalles de este documento con ustedes. Quiero tenerla internada en Belvedere antes de la noche.

¿Belvedere? ¿La clínica de salud mental para deprimidos y adictos a las drogas de clase alta? ¿El hospital psiquiátrico de los ricos? Parte de ella quería gritar de risa, pero era una parte que no tenía ningún control motor.

Blair la sentó en la silla de ruedas y le enderezó la cabeza colgante. Ella lo miró a los ojos, en una súplica silenciosa. Él levantó su falso pelo rubio y miró el mordisco de T-Rex. Sacudió la cabeza y se fue.

Bajo la influencia de la droga, vio hacerse cada vez más ancha la pared hasta que fue tan grande como el cielo.

Flotaba en el azul añorando a alguien cuyo nombre no podía recordar. Recordaba su cara, sin embargo. Cómo brillaba.

La puerta del pasillo principal se abrió, dejando entrar una rendija de luz y de ruido del exterior. Entró chirriando un carro grande con grandes bolsas de lona de lino. Vio aproximarse su bulto. Casi no podía mantener abiertos los ojos ni la boca cerrada. No digamos girar la cabeza para mirarlo.

Y entonces lo olió. T-Rex, ese hedor acre y horrible.

El miedo floreció dentro de ella, lejano pero terriblemente real. Lo

mismo que la tristeza. Sean. Le vino a la cabeza el nombre. Se agarró a él, desesperadamente.

Tan triste. Que todos los esfuerzos heroicos de Sean fueran para nada, porque había sido tan estúpida, tan crédula. El monstruo había llegado, y ella no había dado las gracias siquiera a Sean por lo que había hecho. Por su valentía, por su pasión, por su dulzura. Por la verdad encantadora y brillante que él era.

El monstruo se inclinó sobre ella, vestido con pijama de hospital. Su aliento nauseabundo se extendió por su cara. Se inclinó más cerca, le dio un lametón en la cara con su lengua carnososa y roja. Ella estaba paralizada, incapaz de retroceder.

—Ah, Olivia. Me alegra tanto verte... —Su voz era un susurro grasiento.

La levantó de la silla de ruedas y la arrojó de cabeza en el recipiente de lona, medio lleno de sábanas sucias. Echó una sobre su cuerpo.

El sonido de las ruedas crujendo bajo su cabeza fue lo último que oyó mientras se desmayaba, enterrada viva en la oscuridad sin aire.

• • • • •

Los Specs de Miles revelaron que el teléfono de Liv estaba en la clínica Chamberlain. Sean estaba desconcertado, pero contento de que fuera un edificio público donde estaría relativamente segura. Por lo menos el icono no estaba parpadeando desoladamente en una zanja perdida en algún lugar.

—Dame tus llaves —le dijo a Davy.

Davy miró dubitativo.

—Si las cosas marchan como suele ocurrir, te detendrá la policía y tendré que pagar fianza para sacarte antes de poder recuperar las llaves de mi coche. ¿No quieres ver las cintas?

—He esperado quince años para ver las cintas. Puedo esperar otra media hora. Pásamelas. —Movía los dedos imperiosamente.

Davy suspiró y le arrojó las llaves. Sean las agarró y salió disparado por la escalera y por la cocina de la madre de Miles, evitando a la buena mujer hábilmente cuando trató de detenerlo y meterle un sándwich por la cara.

Llamó al teléfono de Liv repetidamente mientras aceleraba a través de la ciudad.

«Contesta. Por el amor de Dios. Ten piedad de mí... Contesta».

Se sobresaltó tanto cuando contestó una voz que casi chocó con el vehículo que estaba delante de él. Frenó con un chirrido justo a tiempo.

—¿Liv? —rugió—. ¿Dónde demonios estás?

Después de un momento respondió una voz agria.

—Está exactamente donde debería estar, señor McCloud. A salvo con su familia y lejos de usted.

—¿Quién es usted? —rugió, y entonces lo comprendió todo de repente—. Oh, Cristo, no. No me lo diga. ¿Es la madre de Liv?

—Soy la madre de Olivia, sí. Por favor, no intente acercarse a mi hija nunca más. La policía está tras su pista.

—No puedo creer esto —siseó Sean—. ¿Qué hicieron? ¿Atraerla diciendo que uno de ustedes estaba enfermo? ¿Por eso está en la clínica?

—La frágil salud de mi esposo no es asunto suyo.

—Frágil salud y un cuerno. No puedo creer que se haya tragado eso, pero por otra parte siempre se preocupó más por ustedes de lo que ninguno de los dos merece. Póngame con Liv. Déjeme hablar con ella.

—No —dijo la mujer, con voz triunfante—. Está descansando. Ha tenido una experiencia terrible. No la dejaré hablar con usted. Nunca más.

—¿Cómo pretende detenerla? —preguntó Sean—. Tiene treinta y dos años.

—Sí, y es muy frágil. Fácilmente manejada por una personalidad dominante.

Le vino a la mente una imagen de Liv a la carga por el bosque desnuda de la cintura para arriba, gritando asesino sangriento mientras vaciaba el cargador de la Beretta contra T-Rex.

—Ah, sí, de acuerdo —murmuró.

—Espere. Un momento, doctor Horst. Estoy hablando por teléfono con esa persona y lo atiende en... ¿qué? ¿Qué ha *qué*?

Crac. El teléfono había caído al suelo.

En su vientre se abrió un enorme agujero de miedo. Escuchó por la línea que todavía estaba conectada. La gente aullando en la distancia. Amelia estaba gritando.

Ya. La había cagado. Debería haberse quedado pegado a Liv como pegamento.

—¿Señor McCloud? —Amelia gritaba en el teléfono—. ¿Qué ha hecho con mi hija? ¿Dónde está?

Se sintió mareado. T-Rex la había echado el guante, pero aún no la había

asesinado. Todavía tenía una oportunidad.

—Nada —dijo—. No me lo diga. Ha desaparecido, ¿verdad? La han secuestrado. ¿De verdad está sorprendida? ¿Dónde ha estado usted durante las últimas cuatro semanas? ¡Jesús, señora! ¡Despierte de una vez!

—¡No es posible! Ella no estaba... usted no es...

—¡Yo no soy el que lo hizo! —aulló Sean—. Liv trató de decírselo, ¿verdad?, pero usted no la escuchó. Nunca la ha escuchado en toda su vida.

La mujer respondió algo incoherente que Sean no entendió. Al cabo de unos segundos, oyó otra voz, un hombre que hablaba con voz áspera.

—¿Señor McCloud? ¿Dónde ha llevado a mi hija?

—A ninguna parte —gruñó él—. Estoy tratando de mantenerla viva y usted y su estúpida mujer me lo están poniendo difícil. ¿Cuánto hace que desapareció?

—La vimos hace sólo quince minutos...

—Dígale a la policía que bloquee todas las calles que llevan a la clínica. Impida que la gente salga del edificio. —Colgó el teléfono y aceleró el motor.

Tendría a los policías detrás de él en nada de tiempo. Tenía que alcanzar a T-Rex antes de que lo alcanzaran a él. Piensa, maldición. Piensa.

Golpeó el volante. Si fuera un secuestrador que quisiera sacar a escondidas a una mujer drogada de un hospital para trasladarla a un vehículo iría por...

El sótano. La lavandería. La entrada de atrás. Definitivamente.

Giró bruscamente justo a tiempo de tomar la carretera que conducía a la puerta trasera de servicio y al aparcamiento de los empleados del hospital. Se detuvo bruscamente a la entrada del garaje y dejó el motor encendido mientras se movía furtivamente a lo largo de la pared hacia la entrada.

Definitivamente no podía contar con esos retrasados mentales de los Endicott para decir a los policías que bloquearan las carreteras de salida, así que sacó el teléfono y marcó el 911 mientras atisbaba por la entrada, mientras se agachaba sigilosamente. Se encendieron un par de faros. Su corazón se aceleró y el estómago le dio un vuelco. Los faros se dirigían lentamente hacia él.

Sacó la SIG que Con le había llevado y la sostuvo discretamente detrás del muslo. No podía distinguir quién estaba en el asiento del conductor. Estaba todavía en la rampa que llevaba al exterior. Era una furgoneta blanca, con un letrero en un lado, suministros hospitalarios o algo así. El motor rugió. ¿Era T-Rex? Maldición.

Si era T-Rex la única solución era disparar al conductor allí mismo, sin dudar. Pero no podía ver quién conducía. No podía arriesgarse.

La furgoneta cogió velocidad y viró bruscamente. La puerta se abrió. Sean saltó hacia atrás, dando una voltereta para amortiguar el golpe, pero no sirvió de nada. El golpe contra el asfalto le cortó la respiración, dejándole sin aire.

Un cuerpo voluminoso y conocido, vestido con ropa de hospital, saltó de la furgoneta. Sean levantó la pistola que estaba todavía, milagrosamente, en su mano.

Pfff, un fogonazo y una presión en la parte superior del brazo. Esa fría sensación de desazón que conocía demasiado bien. Había empezado a sangrar. T-Rex recogió la pistola que Sean había dejado caer y le clavó la bota en el riñón. Una llamarada de dolor.

—Creí que serías un reto mayor. —El tipo se agachó, fijando sus ojos de cerdo en Sean—. Es lo que le hace a uno el coño, ¿sabes? Hace a un tipo débil. Has estado atado a ella día y noche, ¿verdad? Te has vuelto tan débil como una polla floja y blanda. Afortunadamente estoy aquí para encargarme, ¿eh?

Gastaría demasiada energía si contestaba. Calló, esperando su oportunidad.

—Se supone que debo mantener tu cerebro de una pieza hasta que Chris acabe de jugar con él —continuó T-Rex—. Pero si queda algo, te puedo llevar a casa para jugar con nosotros. A Olivia también. Chris me prometió que podría jugar con ella si te llevaba. —Sonrió ampliamente—. Tengo un garfio de carne en mi garaje. Cuando me canse de follarla, le meteré la punta entre las costillas y la colgaré. La usaré como saco de entrenamiento. Te dejaré mirar.

T-Rex se echó hacia atrás, preparándose para darle una patada que le rompiera el espinazo. El brazo bueno de Sean se disparó como un muelle y le clavó dos dedos en las pelotas.

Un instante de shock, un aullido gutural cuando el dolor lo golpeó. Sean apoyó una pierna contra la pared y balanceó la otra para hacerle perder el equilibrio al tipo. No tuvo tiempo para apartarse rodando antes de que T-Rex aterrizara sobre él, plaf, como media tonelada de mierda.

Entonces un ardor caliente le picó el muslo. Oh, no. Oh, mierda, *no*.

T-Rex se apartó de él. La aguja hipodérmica sobresalía del muslo de Sean.

—¡Oye! ¿Qué está pasando? ¿Adónde has llevado a Liv? —Bramó una voz masculina. Sean volvió la cabeza. Blair Madden estaba en la puerta.

Abrió la boca para gritarle que corriera, pero no pudo pronunciar palabra. Siguió abriéndola y abriéndola. Su boca se había convertido en un vasto espacio en el cual su lengua era demasiado pequeña para encontrarla. T-Rex apuntó con la pistola que le había quitado a Sean, en cámara lenta. El disparo reverberó interminablemente.

Los ojos de Madden se abrieron desmesuradamente, se llevó las manos a la garganta, tocando incrédulo la oscura sangre que brotaba de ella. Cayó de rodillas, con la cara ladeada. Los ojos abiertos mirando directamente a Sean. Asombrado de estar muerto.

T-Rex agarró la mano ensangrentada de Sean, deslizó sus dedos por el gatillo y apretó. Su risita era incongruente, viniendo de un tipo tan grande.

—Me encanta hacer estas cosas. Soy un genio. ¿No soy un genio?

«Eres un imbécil purulento», quería decir. «Un grano en el culo del universo...». Pero estaba demasiado lejos, su voz no podía salvar el abismo. El tipo lo levantó y lo echó a la camioneta.

Aterrizó sobre una suave forma femenina. Podía oler su aroma.

Le partió el corazón y, sin embargo, se sentía agradecido por tener al menos eso a lo que agarrarse, como un brillante hilo sedoso de luz. El hilo se volvió más delgado mientras él flotaba más lejos, hasta que se volvió nada y todo fue distancia.

• • • • •

Miles enchufó el anticuado aparato de vídeo. Se volvió hacia Davy y Con, que estaban ambos apoyados en una mesa, con idéntica expresión de espanto en la cara.

—¿Preparados para esto? —preguntó.

Los dos lanzaron un gruñido de incredulidad. Apretó el botón *play*.

Kev debió esconder la cámara en una planta; tardaron varios segundos en deducir que la raya blanca era la pared y las cuchillas inclinadas verdes eran hojas. Pasaron minutos. Miles se mordía las uñas. No había conocido a Kev, pero estaba tan comprometido en esto como si el tipo fuera su hermano perdido hacía mucho tiempo. Estaba a punto de sugerir que adelantaran la cinta cuando oyeron voces. Un destello de movimiento. Se inclinaron hacia

adelante. Miles subió el volumen.

—... relájate —decía una voz baja y tranquilizadora de barítono.

Otro destello, y vieron una cara. Un hombre de pelo oscuro.

Con una bata de laboratorio. Un hombre más joven, con puntos de acné en la cara. Pelo desgredado. La cámara estaba muy baja, de manera que únicamente se podía ver la parte de abajo de las caras de los dos hombres.

—¿Cuánto tiempo llevará? —preguntó el tipo más joven.

—Ah, no mucho —dijo el tipo moreno—. Media hora, cuarenta y cinco minutos como mucho. ¿Tomaste las píldoras que te di?

—Exactamente a las diez de la mañana, como me dijo.

—Perfecto. Siéntate, por favor. No has comido, ¿verdad?

—Desde anoche, no. —El tipo se sentó—. Me comería una vaca.

—Espera un poco y te compraré un buen filete —dijo el de la bata.

Kev había enmarcado el video para grabar la cara del que estuviera sentado en esa silla. El de la bata se inclinó. Pudieron ver muy bien sus ojos oscuros muy juntos mientras ajustaba un casco en la cabeza del otro tipo.

—Pon las muñecas aquí.

El tipo le obedeció y parpadeó cuando el hombre le puso las pesadas abrazaderas de velero.

—Oiga —dijo—. ¿Qué demonios es esto?

—Sólo cuestión de procedimiento —lo tranquilizó el de la bata—. No vuelvas la cabeza, tengo que ajustar los sensores. —El chico se quedó quieto mientras el tipo de la bata, que tenía que ser Osterman, reacomodaba el casco. Hubo unos minutos de silencio mientras conectaba una maraña de cables a una máquina. Craig trató de charlar, pero Osterman rechazó sus intentos con respuestas vagas y ausentes.

Osterman también se puso un casco.

—Yo también me pondré uno. Sentiré todo lo que tú sientas. No será incómodo. —Le subió la manga a Craig y le clavó una cánula para suero.

Craig parecía perplejo.

—Ya he tomado la droga, ¿verdad?

—No, eso era sólo un calmante para que estuvieras relajado. Esto es el material real. X-Cog Tres. La droga que produce la interfaz. —Osterman fijó la aguja en su sitio y le guiñó el ojo—. Bajando por la guarida del conejo.

Los ojos de Craig se volvieron vacíos lentamente, pero la sonrisa de Osterman continuaba grabada en su cara como si hubiera olvidado que la había dejado allí.

Osterman chascó los dedos frente a la cara de Craig unos minutos después.

—¿Me oyes?

—Sí. —La voz de Craig era suave y vaga.

—Relájate y sigue cualquier impulso que te llegue.

Después de un momento, Craig buscó a tientas el bolígrafo que había junto a su mano sujeta. Resbaló de sus dedos torpes. Osterman volvió a ponérselo en la mano.

—Buen chico —canturreó—. Lo que se te ocurra.

Craig empezó a escribir a sacudidas. Dejó caer el bolígrafo, lloriqueando.

—Lo estás haciendo bien —lo elogió Osterman—. Vamos a probar otra cosa.

La cabeza de Craig caía de un lado a otro.

—No, no, no, no.

—Una cosa más, Craig —insistió Osterman—. Mírame.

Craig levantó la cabeza. Tenía los ojos inundados de lágrimas. De sus labios colgaba un grueso hilo de baba. Sacudió la cabeza impotente.

—No, no, no.

Osterman ajustó el goteo y oprimió varios botones.

—Vamos a intentarlo de nuevo, Craig. Di lo que se te ocurra. No pienses, sigue tus impulsos.

Los dedos de Craig escarbaron en los apoyabrazos. Parecía desconcertado.

—Ha-hace ochenta y siete años, nuestros padres crearon de este continente una nueva nación —dijo con voz arrastrada.

—Muy bien, Craig —ronroneó Osterman—. Muy bien, continúa.

—En el principio era el verbo. —La voz de Craig era más clara—. Y la palabra era... y la oscuridad se cernía sobre el ab... ab... abismo... —Su voz tartamudeó y se apagó—. ¡Oscuridad! —gritó—. ¡Oscuridad! ¡Oscuridad!

Osterman produjo un sonido irritado y ajustó un botón.

Craig empezó a retorcerse y gemir. Osterman se inclinó sobre él, tranquilizándolo, pero Craig empezó a gritar. No podían ver la cara de Craig, sólo sus manos sacudiéndose contra las abrazaderas, la silla temblando, los codos de Osterman en el aire, haciendo algo que no podían ver. Se enderezó para alcanzar algo. Miles casi gritaba.

Craig estaba sangrando por los ojos, por la nariz. Chillaba, se retorecía.

Osterman le clavó una jeringa en el brazo y el chico cayó hacia delante, con los ojos en blanco y ribeteados de rojo. De su boca y su barbilla colgaban festones de sangre y mocos. Osterman se quitó la bata ensangrentada y la tiró al suelo. El gesto petulante era extraño, contra el telón de fondo de la cara de Craig.

Una voz fuera de la pantalla hizo una pregunta. Osterman se encogió de hombros.

—No hay ningún problema con la máquina —contestó—. La interfaz es perfecta. Respondió a mis impulsos motores. Es la droga lo que no está bien todavía.

La voz incompresible dijo algo más.

—No puede soportar los efectos colaterales —dijo Osterman cortante—. Ninguno puede. —Tocó la muñeca del chico—. Ha sido un paro cardiaco. Maldito pico de adrenalina. Necesito una ducha. Limpia este lugar. Llega otro sujeto dentro de una hora. Quiero que se haya ido este olor.

Pasos, el golpe de una puerta. La cabeza de Craig colgaba en un ángulo patético en el horrible casco. Miles miraba fijamente, con las manos apretadas contra la boca.

Estaba acostumbrado a la acción de la televisión, que ocurría rápida y furiosamente para que los espectadores no se aburrieran y cambiaran de canal. Este video no tenía miedo de aburrirlos. Era un testigo severo e implacable. Miró al chico muerto hasta que la sangre que goteaba de su mejilla se hizo más lenta y se detuvo.

A través de la pantalla se movió una sombra. Parpadeó y quedó en blanco.

Miles aguantó. No iba a llorar delante de Con y Davy. O a vomitar. Estaba fresco, estaba bien. Cuando abrió los ojos, Connor tenía la cara entre las manos. Sus hombros temblaban.

La espalda ancha y sin movimiento de Davy era tan elocuente como las lágrimas de Con.

Miles sacó la cinta y la dejó sobre la mesa. Delicadamente, como si fuera una cosa viva, herida. Cogió la otra y se aclaró la garganta tensa, hinchada.

—Eeh... ¿Estáis preparados para la otra?

Connor hizo un sonido, como una carcajada o un sollozo.

—Oh, Cristo.

—Ponla —dijo Davy ásperamente—. Acabemos con esto de una vez.

Miles la empujó, apretó el botón y se preparó.

Era un bosque. Verde moteado. Sol. La cámara sostenida en la mano saltaba con cada paso. La cámara se movió hacia arriba, mostrando un puente curvo.

—Ésa es la pendiente de Korbett. El viejo puente Korbett —dijo Miles.

La cámara giró hacia la izquierda, enfocando una formación rocosa. Se movió a su alrededor y se sumergió en el bosque, a lo largo de una cerca de alambre de púas.

—Está estableciendo la locación —dijo Davy.

La persona que sujetaba la cámara se agachó y se arrastró por la hierba sobre el vientre. La imagen se detuvo y el zoom se aproximó. Una camioneta negra en el bosque, las puertas de atrás completamente abiertas. Un hombre grande estaba cavando un hueco, su camiseta se pegaba a su cuerpo grande. Tenía el pelo cortado a lo militar, alto y tieso como un marine. Tiró la pala al suelo y se dirigió a la camioneta. Sacó un cadáver, metido en un plástico negro, lo arrastró por los pies, con la cabeza rebotando contra las rocas. Lo arrojó al hueco. Volvió por el siguiente. La cámara se movió mientras el tipo estaba de espaldas. Culebreando más cerca.

—Ah, mierda, Kev —susurró Davy—. Idiota, lo tenías.

La siguiente vez que la imagen se estabilizó el tipo estaba echando otro cadáver a la tumba. Oyeron el golpe cuando cayó. El zoom hizo una aproximación, ofreciéndoles una lenta imagen de la cara larga, los ojos azules. El tipo se inclinó a garrar la pala. Se quedó quieto, con los ojos fijos en la dirección de la cámara.

—¡Oye! —gritó. Sacó una pistola de la parte de atrás de los vaqueros.

La imagen giró, saltó. Una confusión de verde, cielo, tierra, disparos, pies golpeando, y la pantalla se quedó en blanco.

Se quedaron allí varios minutos, enredados en especulaciones.

—Quiero hablar de nuevo con el profesor Beck —dijo Davy—. Si Sean vuelve alguna vez con mi maldito coche. —Agarró el móvil y marcó—. Coge el teléfono, gamberro —murmuró—. ¿Sean? ¿Dónde demonios...? —su voz se interrumpió, escuchó. Cuando habló de nuevo su voz había cambiado.

—Entiendo. Sí. Mi nombre es Davy McCloud —dijo—. Soy el hermano del hombre a quien pertenece este teléfono. ¿Está ahí? Necesito hablar con él.

Escuchó. Se le pusieron blancos los labios.

—¿Cuánto hace?

Todos oyeron el tono interrogador de la siguiente ráfaga de palabras.

—Por supuesto —dijo Davy—. Soy consciente de eso. Iré tan pronto

como pueda. —Mantuvo el teléfono alejado de la oreja mientras el tipo reiteraba su exigencia—. Tan pronto como pueda —repitió. Cerró el teléfono de golpe.

—El detective Wallace, del departamento de policía —dijo—. Encontraron el teléfono de Sean en un charco de sangre. En la escena de un crimen.

—¿En la escena de un crimen? —La voz de Con sonó ahogada—. ¿El crimen de quién?

—Blair Madden —dijo Davy—. Un disparo en la garganta en el aparcamiento. No estaba Sean, ni Liv tampoco. El desgraciado hijo de puta los agarró.

Hubo un momento de incredulidad y Miles giró para revisar el monitor.

—Esperad. ¿No tenemos todavía a Liv en los specs?

El icono de Liv parpadeaba, sin cambiar de posición.

—Es su móvil —dijo Davy—. No lo lleva encima.

—¿A quién apretamos? —dijo Con sombríamente—. ¿A Parrish o a Beck?

—Beck está más cerca —dijo Davy—. Y es más estúpido. Si no se ha ido de la ciudad.

La madre de Miles entró con su habitual falta de oportunidad.

—Os traigo unos sándwiches. —Miró a su alrededor, su sonrisa se desvaneció—. ¿Está todo bien?

Miles cogió la bandeja, la puso en la mesa y le dio un beso impulsivo en la mejilla.

—Mamá, necesito las llaves de tu coche nuevo.

Capítulo 26

—ME DA MUCHA VERGÜENZA QUE LO HAYAN HECHO pasar por esa terrible experiencia. —Osterman estaba arrastrándose literalmente y no era suficiente para alisarle las plumas a Charles Parrish, de Helix. El hombre estaba histérico.

—¿Cómo me relacionó con usted? ¡Pregúntese eso! ¡Esos matones me atacaron! ¡Tengo moretones! —la voz de Parrish chisporroteaba de furia.

—Lo siento mucho. Estoy ocupándome de este pequeño problema mientras hablamos...

—¿Este pequeño problema? ¿Es así como usted lo llama?

Osterman hizo una mueca de dolor.

—Sé que esto es una grave infracción de...

—¡Sus métodos inapropiados de manejar los problemas son los que nos han metido en esto! —dijo Parrish enfurecido—. ¡Cada riesgo que usted corre expone a Helix a una mala publicidad que podría costar a nuestros accionistas cientos de millones!

—Comprendo, pero en mi defensa debo recordarle que...

—No tiene defensa —aulló Parrish—. Lo que usted tiene es una enorme cuenta de gastos. Lo uno o lo otro, Osterman. La próxima vez que reciba una queja de mala conducta por su parte le corto la ayuda.

—Señor Parrish, yo...

—¡Creí que su organización era legítima! ¡Confíe en usted, Osterman! ¡Permití que mi propia hija participara en el programa! ¿Y ahora descubro que la persona a quien la confíe es un criminal violento?

—Mentiras —protestó Osterman—. Los McCloud me han convertido en chivo expiatorio de la muerte de su hermano, y están tratando de arruinar mi...

—No quiero saber los detalles sórdidos.

La comunicación se cortó.

Osterman colgó con un golpe. ¿Cómo se atrevía Parrish a hablarle así? Si Helix valía millones era gracias a él. Los tratamientos para la parálisis, para el daño cerebral y de médula espinal, las aplicaciones militares inmensamente rentables, todo ello era fruto del inmenso esfuerzo y sacrificio de Osterman. Sólo él era lo suficientemente fuerte para echar sobre su conciencia la carga ética necesaria, por el bien superior de la humanidad, de producir un legado

para las generaciones futuras.

¡Y ese hombre lo había reñido como si fuera un niño!

¿Así que a Parrish le daba escalofríos pensar que su preciosa hija hubiera participado en el programa de Osterman? Recordaba a Edie. Delgada, con grandes ojos desconfiados. Artística. Un componente psíquico que hacía nerviosa a su familia.

Ah, cómo había deseado ver lo que podría producir una interfaz con Edie. Pero era la niñita de Parrish. Su cerebro estaba más allá de su alcance.

Aun así, como ocurría con frecuencia, su fascinación por Edie le había lanzado a una nueva investigación. Había empezado a experimentar con genios artísticamente dotados, no sólo con los tipos científico y matemático, lo que había ampliado mucho el ámbito de los sujetos de pruebas. Los resultados eran tentadores, aunque todavía no estaban en forma para publicarlos o patentarlos. Había encontrado muchos clones de la talentosa Edie, sin padres ricos que los protegieran. De hecho, le experiencia de Edie había marcado el comienzo de su preferencia por trabajar con chicas.

Y Gordon había estado muy contento con las chicas. Mantener contento a Gordon era una cosa importante a tener en cuenta. De hecho, estaba intrigado por jugar con Cinthya, una vez que Gordon finalmente la captara. Era muy dotada, si las reseñas de música que estaban colgadas en internet eran de fiar. Nunca había probado una interfaz X-Cog con un talento musical.

Tuvo una vivida fantasía con Edie Parrish. La obligaba a arrodillarse delante de él, abrirle los pantalones y realizarle sexo oral, obediente y dócil como un cordero.

Mientras Charles Parrish miraba, por supuesto. Atado y amordazado.

Había llevado a cabo experimentos similares, aunque generalmente obligaba al sujeto a servir a Gordon, no a sí mismo. Usar la corona X-Cog master requería concentración. El placer sexual distraía mucho. Las pocas veces que lo había probado, lo había encontrado más irritante que excitante.

Pero por Parrish, haría un esfuerzo. Ah, ciertamente lo haría.

• • • • •

Cindy se acurrucó en el lujoso baño de mármol y le escribió a Miles un mensaje de texto. El Refugio había resultado ser un lujoso complejo instalado en una colina boscosa en una pequeña ciudad llamada Arcadia.

Sacó el transmisor del bolsillo y siguió las instrucciones impresas para empezar la transmisión. Tenía dos días de carga de batería.

No iba a poder mantener esa farsa durante dos días, pero, caramba, nadie le había encargado que hiciera de espía. Si les apetecía podían ir a por ella. Si no, mala suerte. Podían estar demasiado ocupados persiguiendo a todos los demás tipos malos y ella no los culpaba si así era.

Y con esta severa charla para animarse, escribió el código del rastreador en su SMS y pulsó enviar. No tenía excusa, además de un pis nervioso que produjo unas dos gotas, para ir a enfrentarse con Jared.

La sala de estudiantes estaba revestida de libros, sofás y ordenadores. Jared sonrió cuando la vio e hizo señales a un guapo tipo mayor con una bata de laboratorio aleteante que pasaba por la habitación.

—¡Doctor O! Permítame presentarle a...

—Ahora no, Jared. Estoy ocupado.

—Pero es la nueva empleada de la que le he estado hablando —insistió Jared—. ¡Me dijo que quería conocerla en cuanto la trajera!

El doctor O se volvió con el ceño fruncido, como si fuera a arrancarle la cabeza a Jared... hasta que la vio. Su cara quedó sin expresión. Después sonrió.

A Cindy le picó el cuello. Estaba acostumbrada a la atención de los tipos, pero ésa era una sensación diferente. Y esa sonrisa de oreja a oreja, enseñando todos los dientes, mientras cruzaba la sala no la tranquilizó ni un poco. «Oh Dios, qué dientes más grandes tienes».

—¿Y esta encantadora joven se llama...? —preguntó.

Se estrecharon las manos. La del hombre era cálida y fuerte. Una bonita y varonil forma de estrechar la mano y, sin embargo, de repente sintió ganas de orinar de nuevo.

—Um... Mina.

—Encantado de conocerte, Mina. Espero que Jared te esté tratando bien.

—Oh, ha sido estupendo —le aseguró ella.

—Le he estado explicando la fase de pruebas —le dijo Jared—. Supongo que, como es tan tarde, cenaremos y empezaremos mañana.

—No, Jared. La necesito hoy —dijo el doctor O.

Jared parecía desconcertado.

—Pero no ha hecho ninguna de las...

—No hay necesidad de pruebas preliminares —dijo el doctor O—. Se especializa en física acústica, ¿verdad? Dale tu móvil a Jared, por favor,

Mina.

Ella parpadeó.

—¿Eh?

Su sonrisa era severa, pero encantadora.

—Política de la casa. Nos ayuda a todos a concentrarnos. Tendrás un periodo de media hora todos los días para contestar mensajes y llamadas. No te preocupes, Jared te lo cuidará.

Ella se lo pasó, con dedos temblorosos. La última esperanza perdida.

—Ven conmigo, Mina. Te enseñaré el resto de las instalaciones. Te veremos a la hora de cenar, Jared —dijo el doctor O.

Jared parpadeó, se dio la vuelta y salió apresuradamente. Cindy se sintió aplastada al verlo irse. Con su móvil además. Sus últimos dos aliados.

El doctor O la guió por un largo sendero rodeado de altos árboles hasta otro complejo de edificios. Bajaron varios tramos de escaleras a un edificio subterráneo que había sido excavado en la pendiente de la colina. Entraron. El pasillo parecía increíblemente largo.

Sus pasos resonaban en el silencio. El doctor O pasó una tarjeta y levantó la vista a una máquina que disparó un rayo de luz roja hacia ella.

La puerta silbó, hizo un clic y se abrió. El hombre la guió a una gran habitación que no tenía ventanas, cerró la puerta y echó el cierre de nuevo con el escáner de retina. En la pesada puerta se deslizaron profundamente grandes cerrojos.

—Mi guarida —dijo en tono de chiste.

Ella trató de sonreír.

—Eeh. Guau. Es un lugar asombroso.

El hombre se sentó en el borde de una mesa.

—Bienvenida al Refugio, Cindy.

Las palabras cayeron pesadamente. Tuvo que luchar para evitar desmayarse.

• • • • •

Davy no se molestó en golpear en la puerta de Beck. Sólo hizo girar el pomo y la abrió de un empujón, utilizando un pañuelo de papel que había sacado del coche.

A Miles le pareció extraño que no estuviera cerrada con llave, pero los

McCloud simplemente entraron en la casa y él los siguió; al darse cuenta de que los estaba siguiendo, Davy se detuvo y le indicó con la mano que saliera. Y un cuerno, pensó Miles. No había forma de que lo apartaran de la acción ahora. Caminó a lo largo de la pared detrás de Con, ignorando las miradas furiosas y los frenéticos gestos de manos.

Rodearon la esquina. Los peldaños de mármol guiaban a un vasto mar de color beis pálido, con islas de sofás y sillas a la deriva en él. La isla principal tenía una enorme mesa de centro negra. Sobre ella había un florero derribado, con flores rojas desparramadas por la alfombra de color claro... oh. No. Ah, mierda.

De debajo de la mesa sobresalía un pie. Descalzo. Azulado.

Rodearon la habitación en absoluto silencio y miraron hacia abajo, a lo que una vez había sido el profesor Beck.

La mitad de su cabeza había desaparecido, y también parte de su cara. Su sangre y su cerebro estaban desparramados en un dramático arco en forma de abanico detrás de él.

Con soltó un suspiro largo y cuidadoso.

—No necesitábamos esto.

—No —asintió Davy—. No creo que las cosas puedan ponerse mucho peor.

Miles se sintió mareado. Era la segunda muerte violenta y sangrienta que veía en un solo día. La primera, en cinta, había sido suficientemente mala.

Pero por lo menos no había tenido que olerla.

Se le revolvió el estómago. Salió disparado en una carrera tambaleante. Traspasó la puerta, cruzó el césped y cayó de rodillas, vomitando jugos gástricos con sabor a café en los arbustos ornamentales.

Estaba temblando y muy avergonzado cuando finalmente su estómago dejó de sufrir espasmos. Se puso de pie a rastras, pues sus piernas no le sostenían, y se limpió los ojos y la nariz en la manga del Armani de Sean. Su teléfono repicó en su bolsillo. Lo sacó y leyó el mensaje.

Mina fue a encontrarse con Mezcla de Mentas. Lo siento. Refugio en Arcadia, cogí un rastreador. Código 42BB84 seguid las migas si os parece bien deseadme suerte en aparentar que tengo cerebro. Besos Cin.

El mundo giró. La oscuridad se volcó sobre su mente.

Una mano en su hombro lo hizo saltar y chillar.

—Si has terminado de depositar material genético en el césped de Beck, ¿podríamos largarnos de aquí? —dijo Con—. ¿Antes de que nos arresten?

Miles se levantó y le tendió el móvil.

—Davy. ¿Dijiste que no creías que las cosas pudieran empeorar más?

Los ojos de Davy se aguzaron de espanto.

—¿Sí?

Le pasó el teléfono.

—Estabas equivocado.

• • • • •

Dolor, dolor y más dolor. Puñaladas al rojo vivo, cortándolo como un cuchillo caliente. Estaba atado a una especie de silla. El dolor lo sentía por todas partes, pero el líquido del que partía estaba en su brazo derecho. Un tipo con una bata de laboratorio ensangrentada tenía en las manos un escalpelo y unas tenacillas, con los que atacó a Sean en el hombro. Abriendo y desgarrando.

—Coño —silbó Sean, resistiéndose y forcejeando.

El tipo le enseñó una bala que llevaba sujeta con sus pinzas.

—Nada grave, una pequeña herida —dijo con tono de desaprobación.

Sean miró al tipo, desconcertado.

—¿Me he muerto y he ido al infierno?

El desconocido sonrió.

—Todavía no. Piense en mí como un anticipo, si quiere. —Se apartó a un lado, enseñando la habitación con un floreo.

El pecho de Sean se apretó en torno a su corazón. Liv estaba allí acostada, inerte, con las manos y los tobillos sujetos con apretadas cintas de cuero al marco de la camilla.

T-Rex estaba allí de pie, acariciándola. Se lamió los gruesos labios mientras pasaba la mano por la parte interna del muslo de Liv.

—Agradable —dijo—. Cálida y suave.

—Todavía no, Gordon —dijo severamente el tipo de la bata—. Tengo otros planes para Olivia. Puedes jugar con la otra. Después de que hayamos terminado con ella, por supuesto.

¿Otra chica? ¿Qué demonios? Sean pudo girar la cabeza justo lo suficiente para distinguir a una chica delgada acurrucada en el suelo. Con las manos atadas al radiador, el pelo colgándole por la cara. Levantó la vista.

¡Cindy! ¿Pero qué hacía allí esa chica? Una nueva ola de tristeza lo

desbordó.

—Ah, mierda, cariño. No puedo decirte lo que siento verte aquí.

—Y... yo también —tartamudeó ella—. Justo detrás de ti.

Sean forcejeó en sus ataduras e hizo traquetear la silla.

—Entonces usted debe ser Osterman, el gusano comemierda que mató a mi hermano.

Osterman inclinó una botella de alcohol, dejándola gotear sobre una compresa de algodón que pasó empapada sobre el brazo de Sean. Él se movió al sentir el nuevo rayo de dolor agónico.

—Sí, soy Osterman —dijo el tipo—. Quédese quieto mientras le coso los puntos.

Sean forcejeó.

—¿Qué sentido tiene coserme?

—No voy a matarlo todavía —explicó Osterman—. Lo mantendré vivo todo el tiempo que pueda. No quiero que muera de una estúpida infección.

Eso sonaba muy mal.

—¿Qué demonios quiere de mí?

—Su cerebro. —Osterman clavó la aguja en la carne desgarrada—. He refinado el X-Cog mucho desde que experimenté con él en Kevin. Él era excepcional, ¿sabe? Produjo nuevos caminos neurales para eludir la inducción nerviosa en ese momento, sólo para fastidiarme. Increíble.

Sean jadeó de dolor.

—¿Antes de que lo asesinara?

Osterman apuñaló la carne del hombro de Sean de nuevo. Por supuesto, no se le había ocurrido ponerle anestesia.

—Desde entonces he estado tratando de conseguir esos mismos resultados. Y aquí está usted, una copia genética idéntica de Kevin McCloud, en bandeja de plata. Los genes han debido expresarse de manera muy diferente en usted. He oído decir que no es muy brillante, comparado con su hermano gemelo, claro.

Sean se clavó los dientes en el labio inferior cuando sintió el siguiente pinchazo salvaje.

—Eso es una... una cuestión de opiniones. He logrado sobrevivir, ¿verdad? Hasta ahora, en todo caso.

Osterman soltó una risita.

—Quizá tenga razón. Podría tener una cierta astucia que le faltaba a Kevin.

—¿Qué hizo con esos chicos? —preguntó con exigencia Sean. Estaba mareado por el dolor y aterrorizado hasta morir, pero tenía que seguir preguntado, tenía que averiguar por qué había dado Kevin la vida.

Osterman se quitó los guantes de látex ensangrentados.

—Tuve la idea hace años, ensayando terapias en una clínica de salud mental. La estimulación eléctrica controlada de algunas partes del cerebro, unida a una droga que he llamado la serie X-Cog, produce lo que yo llamo una interfaz. —Se puso un casco plateado—. Ésta es la corona máster. Usted tiene puesta la corona esclava.

Sean se dio cuenta de que llevaba puesto un casco también. Le picaba la cabeza.

—Con estos, suprimo la parte de su cerebro que gobierna el control motor y envío mis propios impulsos directamente de mi cerebro a su cuerpo. Puedo obligarlo a hacer absolutamente cualquier cosa. Usted observa, consciente pero impotente. Secuestrado.

Se detuvo, con cara expectante. Como si pensara que Sean iba a admirarse de su brillantez. Sean sólo miró fijamente al tipo, mudo. El pavor crecía, monstruoso, dentro de él.

—De cualquier modo. Lo verá enseguida. —Osterman tiró de un soporte de fluidos intravenosos y deslizó una aguja en el dorso de la mano de Sean—. Empecemos.

—¿Con qué? —No quería saber, pero no pudo evitar preguntarlo.

—Al principio, sólo pensé que esclavizar a la señorita Endicott y hacerla realizar actos sexuales degradantes con Gordon sería entretenido, pero ya se ha hecho, y el sexo se vuelve tan tedioso, ¿sabe?

—Chris prefiere un buen polvo mental a cualquier otra cosa —dijo T-Rex.

La sonrisa de Osterman se congeló.

—Abstente de expresar esos comentarios, Gordon.

—Haga lo que quiera conmigo —dijo Sean—. Pero no le haga daño a ella.

—Oh, no lo haré. —La sonrisa de Osterman parecía casi alegre—. Usted lo hará.

Sean se puso pálido.

—¿Yo qué?

—Usted, señor McCloud. Usted será el que la torture. ¿Qué forma mejor de demostrar lo que el X-Cog puede hacer? Quiero ver hasta dónde puedo

empujar la interfaz. Si puedo destruir todos los límites morales y éticos. Imagine las aplicaciones, si puedo obligarlo a hacer algo que es moralmente repugnante para usted. Nunca lo he intentado.

Sean trató de negar con la cabeza, pero el casco le impedía cualquier movimiento.

—No —susurró.

El teléfono que tenía Gordon en el cinturón sonó. Lo descolgó.

—¿Sí? Iré a ver. —Lo cerró—. Brice ha visto un coche sospechoso que giraba hacia Schuyler Road. —Agarró a Cindy por el pelo según pasaba y tiró de él—. Volveré, cariño. No te vayas. —Pasó una tarjeta, miró al escáner de retina y se fue.

Osterman dio a Liv unos cachetes en la mejilla para despertarla.

—Vamos. Ya hemos esperado suficiente.

• • • • •

—Sí, ya veo. Soy útil cuando necesitáis pedir prestado un coche o hacer vuestro trabajo de ordenador, pero si está pasando algo importante, entonces «vete a chuparte el dedo en ese armario hasta que sea seguro salir, Miles».

—No tenemos tiempo para esta discusión —dijo Con—. Ni siquiera tienes pistola. Si no volvemos tienes que traer refuerzos.

—Entonces es ahí donde puedo ayudar —gruñó Miles—. Cuando todos los demás han estirado la pata y ya no hace falta. Estupendo. Gracias, chicos.

—Puedes superarlo y ser de verdadera utilidad para nosotros y para Cindy, o te damos un golpe en la cabeza y te metemos en el maletero. —La voz de Davy era férrea—. Ésas son tus opciones. Escoge rápido.

Miles se derrumbó contra el tronco del cedro, derrotado.

Los dos McCloud se disolvieron entre los árboles con el monitor manual de specs, para rastrear la señal del móvil de Cindy, mientras él se quedaba allí sentado sin hacer nada. No importaba todo lo que trabajara. Por mucho que entrenara jamás podría compararse con ellos. Y allí estaba, compadeciéndose de sí mismo, mientras Cindy ligaba con un asesino en serie. La hermosa y cabeza de chorlito Cindy.

Quería aullar como un perro encadenado.

Bajó la vista al suelo. El rastreador del móvil de Cin había estado estacionario, parpadeando desde el extremo más alejado del complejo. Y eso

no tenía sentido para él, lo normal era que estuviera cerca de la casa principal.

Había un seto allí. Le iría bien para ponerse a cubierto. Sean siempre hablaba de la importancia de confiar en los instintos, y los suyos le estaban mordiendo el culo, con dientes largos y puntiagudos, diciéndole que se moviera, se moviera, *se moviera*.



Sobre ella se inclinaba un troll. Manchado de sangre, con largos colmillos, horrible, con llamas rojas moviéndose en las cuencas vacías y negras de los ojos.

Alguien le golpeó la cara. Parpadeó y le salieron lágrimas de sobresalto. La cara era guapa, sonriente, humana ahora, pero la bata ensangrentada que llevaba puesta era la misma.

—Me alegra mucho que haya despertado —dijo.

Liv trató de levantar la cabeza dolorida. Los recuerdos llegaban a la deriva. La clínica. La voz burlona de su madre. La aguja. El monstruo. Miró a su alrededor.

—¿Dónde está T-Rex? —su voz era apenas un susurro.

El hombre pareció no entender.

—¿Quiere decir Gordon? Volverá. Gordon vive para mis experimentos. Lo dejo participar y a cambio me limpia los desórdenes. Es una relación simbiótica perfecta.

—¿Cómo supo... dónde estaba?

—Ha estado monitoreando a sus padres —explicó el tipo—. Gordon puso rastreadores en los bolsos de su madre. Estábamos seguros de que usted sería lo suficientemente insensata para entrar en contacto con ellos. Hicieron nuestro trabajo muy fácil, atrayéndola a usted así. Pero no voy a esperar a Gordon. Estoy demasiado deseoso de proceder. Él puede jugar con la otra chica después. Eso lo contentará.

¿Otra chica? Liv oyó un lloriqueo. Echó el cuello hacia atrás y vio la forma delgada arrebujada en el suelo al otro extremo de la habitación.

Se volvió otra vez hacia el hombre.

—¿Proceder con qué?

El hombre se frotó las manos.

—Con los experimentos, por supuesto —dijo, con voz alegre—. En su

amante. Estoy muy emocionado.

—¿Sean? —Miró a su alrededor frenéticamente, tirando de las agarraderas.

—Oye, cariño, esta mierda es Osterman. El tipo que mató a Kev. —La voz venía de detrás de ella. Miró hacia atrás y lo vio al revés. Estaba atado a una silla, manando sangre.

—Oh, Sean —susurró—. Cariño. Lo siento mucho.

Los ojos de él estaban llenos de tristeza y dolor.

—¿Liv? ¿Nena? Sea lo que sea que ocurra ahora, te amo. Recuerda eso.

El tipo al que había llamado Osterman se rió.

—Pues ella no creo que te siga amando dentro de un rato, después de lo que vas a hacerle.

Agarró un carrito con ruedas, lleno de objetos y lo llevó hacia la camilla.

—Instrumentos de tortura, recogidos de mi cocina y mi garaje. Tenazas —mostró cada objeto—, un escalpelo, una sierra manual, un cascanueces para los dedos, una llave para romper huesos más grandes, y esto... —Levantó un aparato de bronce que ella no reconoció hasta que Osterman encendió un interruptor. Del tubo curvo salió silbando una llama azul—. Un soplete —dijo orgullosamente.

Liv empezó a temblar. Pensó en el anillo de Tam, *si todo lo demás falla puedes abrirte una vena con él*. Muy bien, siempre que no tengas las manos una a cada lado de la espalda y atadas. Lo peor que podía hacerse era un agujero en la yema del pulgar.

Osterman miró a los ojos de Sean.

—¿Todavía puede hablar?

La boca de Sean se abrió y se cerró.

—Vete a la mierda. —Las palabras se arrastraban.

Osterman ajustó los botones del casco de Sean. Dio la vuelta a la camilla de Liv.

—Para que puedas mirar —dijo, como si estuviera ofreciéndole un regalo.

La cara de Sean se puso rígida como una máscara. Osterman miraba, lamiéndose los labios.

—Es mío. Tengo el comando central de su cerebro. ¿No es increíble?

—Jodido loco —susurró Liv.

Osterman soltó una risita.

—Sean, sentirás un impulso de levantar cierto número de dedos. —Se

inclinó y susurró al oído de Liv, como si estuvieran jugando un juego de salón —. Le diré tres. Éste es un impulso directo, de mi cerebro a su mano. ¡Observa cuidadosamente!

La mano de Sean se retorció, apretó. Los tubos de plástico que llevaban a la aguja se retorcieron en torno a su muñeca. Levantó tres dedos temblorosos.

—Muy bien —dijo Osterman.

La mano de Sean continuaba moviéndose. El índice y el anular le temblaron y los dobló, dejando su dedo del corazón apuntando hacia arriba.

Liv quiso aplaudir su desesperado desafío. ¡Cuánto lo amaba!

Osterman se volvió hacia el soporte del suero y ajustó el goteo.

—La mayoría de los sujetos estarían ya absolutamente rendidos. Lo intentaremos de nuevo, Sean.

La mano de Sean tembló. De sus ojos goteaban lágrimas. Un hilo de sangre corría de su nariz. Liv se mordió los labios, tratando de no gemir.

—Se aprenden muchas más cosas acerca del dominio de la mente cuando se trabaja con personas fuertes —dijo Osterman con petulancia—. Es más complicado de lo que podría pensarse. Pero llevo décadas practicando.

Liv trató de humedecerse los labios partidos.

—¿Por qué lo odia?

Osterman pareció sorprendido.

—No, no; yo no odio a ninguno de mis sujetos de pruebas. Sólo... me tropiezo con ellos. Tengo que obtener resultados que se traduzcan en avances rápidos de los tratamientos médicos y en aplicaciones militares que contribuyan directamente a la seguridad de mi país... y eso tiene un precio. Pero, sinceramente, creo que el precio vale la pena.

—Aunque usted no es el que lo paga —señaló Liv.

Osterman parpadeó y se aclaró la garganta.

—Ah, bien. Es un buen argumento, aunque no le servirá para librarse de ser torturada hasta la muerte por su amante. Además, hemos de darnos prisa porque tengo una reunión después y necesitaré tiempo para asearme. Veamos cómo le va al señor McCloud.

Liv miró y gritó involuntariamente. Le sangraba la nariz y su boca y su barbilla eran una máscara carmesí brillante.

—Observe, si quiere. —Osterman tenía un tono profesional de conferencia, mientras soltaba las abrazaderas que sujetaban las manos de Sean —. Salvo que yo le impulse, él por sí solo no puede mover un músculo, excepto respirar, tragar y cosas así. Observe esto. —Cogió la llave.

—¡No! —Liv chilló, cuando Osterman golpeó a Sean con la pesada llave en el hombro herido y empapado de sangre.

Sean no se movió. Por su brazo corrió sangre fresca, goteando por los dedos hasta el suelo.

Osterman volvió a golpearle con la llave.

—¿Ve? —Su voz temblaba de entusiasmo—. Ni siquiera se ha encogido, y esto ha tenido que dolerle, ¿ve?

Ella quería gritar, pero una vez que empezara no iba a poder detenerse. Si la navajita del anillo de Tam fuera más larga, les ahorraría lo que estaba a punto de suceder. Sin vacilar.

Osterman estaba soltando las correas con que había agarrado a Sean a la silla; muñecas, tobillos, brazos, el cinturón en torno a su cintura. Sean empezó a moverse. Se puso de pie lentamente y caminó arrastrando los pies hacia la camilla de Liv.

—Buen chico —canturreó Osterman—. Lo estás haciendo estupendamente. —Miró a Liv—. Piense sólo en los resultados de estos experimentos, en las aplicaciones militares y de defensa.

—Deténgase —le dijo Liv con voz entrecortada—. Deténgase.

—¿Ah? ¿De verdad? ¿Debería hacerlo? —Su boca se estiró en una sonrisa horriblemente alegre. Sus ojos eran absolutamente dementes—. No lo creo. Empecemos con el soplete, ¿le parece?

Ella se encogió hacia atrás. Sean tomó en sus manos el soplete. Sus movimientos eran tan torpes que tuvo que pulsar el interruptor varias veces antes de lograr ponerlo en marcha.

Ella lo miró a los ojos. Tuvo que intentarlo varias veces antes de que le salieran las palabras.

—Sean. Pa... pase lo que pase ahora... te amo.

—Ah —Osterman soltó un suspiro—. Me vienen las lágrimas a los ojos. Y hablando de ojos, empecemos con uno de los de ella. —Le dio una palmadita en la mejilla—. Grite con toda libertad —la invitó—. El lugar está insonorizado.

La chica atada al radiador empezó a gemir. Osterman giró.

—Cállate o haré que empiece contigo —ladró.

La chica se encogió con un gemido profundo y empezó a acunarse.

Sean dio un paso con dificultad y fue acercándose a Liv poco a poco.

Ella cerró con fuerza los ojos y se encogió.

Capítulo 27

OSTERMAN MENTÍA. ESO NO ERA UN ENSAYO. ERA EL infierno. Retorciéndose en las llamas, almas condenadas gritando, tridentes clavándose. Todos los músculos estaban bloqueados en un rigor ardiente de agonía con el esfuerzo de resistirse al impulso que Osterman enviaba a través de sus nervios.

El impulso de levantar el soplete y quemar la hermosa cara surcada de lágrimas de Liv.

Podía sentir el placer y el regodeo de Osterman. La intimidad repugnante de ese contacto hacía que quisiera vomitar.

Aún tenía una vaga conciencia de quién era él, de lo que estaba sucediendo, pero Osterman lo atraía como un imán; Sean sabía que si perdía esa pequeña parcela que aún conservaba de su ser, estaba perdido. Pero era tan tentador dejarse llevar, sentirse bien...

Apartó con fuerza la tentación y su mente se alejó de su amo. El dolor rugió de nuevo por todo su cuerpo. Aun así, se mantuvo firme en su burbuja porque si se dejaba llevar sería un muerto andante. La mascota zombi de Osterman.

El tiempo pasaba. Él esperaba, estremeciéndose por permanecer quieto mientras Osterman tiraba de las cuerdas de la marioneta. La habitación daba vueltas. Sean estaba atrapado en el centro, en un ardiente pilar de agonía. Su padre estaba de pie ante él, con su cara delgada marcada por el dolor y la pérdida. Contemplaba el sufrimiento de su hijo menor como si estuviera demasiado familiarizado con él.

«Haz lo difícil», aconsejaba, con voz adusta.

Sean se habría reído, de haber podido hacerlo.

«Sí, papá. ¿Y qué es esa maldita cosa tan difícil? Todo es difícil».

Eamon asentía con la cabeza gravemente.

«Dale la vuelta».

«¿Dar la vuelta a qué? ¿Cómo? ¡Estoy paralizado!».

Eamon se había ido. Sean estaba sentado en el suelo de la cocina. Junto a él estaba sentada una mujer rubia. Tenía hoyuelos. Hermosos ojos verdes. Una corriente de emoción le hizo saltar el corazón. ¿Mamá?

Ella sostenía un tubo de plástico gris de las mangueras que su padre

estaba instalando en el patio. Puso un extremo del tubo en la mano de él y metió algo por el otro extremo. En la palma de su mano rodó una bola de cojinete. Una mano de niño pequeño. Con nudillos con hoyuelos. Uñas sucias, mugrientas.

«Dale la vuelta. Mándalo de vuelta».

Después estaba en la cama, en su habitación, mirando fijamente el dibujo que su hermano había pintado en el techo. Sus curvas hipnóticas lo absorbían y luego lo lanzaban al aire. Bajaba en picado con la cometa que había visto en la playa sobre un paisaje desértico. Los colores de la cometa eran muy brillantes contra el vasto azul. «Dale la vuelta».

Miró hacia abajo, a una figura que había a lo lejos. El hombre levantó la cara.

Era Kev, pero no el Kev que él recordaba. Era un Kev que Sean no había conocido. Su cara era delgada, con arrugas. Sus ojos distantes. Todo el lado derecho de su cara estaba lleno de cicatrices.

Sean abrió los ojos llorosos, miró a Liv, acostada en aquella mesa.

Le decía que lo amaba. Mientras él sujetaba en la mano un soplete sobre ella.

«Dale la vuelta».

Su madre sujetaba el tubo gris.

Lo cogió y lo dirigió hacia su ojo. Ya no era plástico gris. Estaba mirando a través de un agujero de gusano rojo y latiente.

«Dale la vuelta».

Se zambulló. El universo gritó con él mientras corría a través del agujero de gusano, hundiéndose en el lugar contaminado que era el cerebro de Osterman.

Hundió las garras de su voluntad en la mente del otro hombre. Esas no eran sus manos, agarrando el escalpelo. No eran sus músculos temblorosos ni sus piernas las que mantenían ese cuerpo en pie.

No era suyo este corazón muerto, podrido, que de alguna manera todavía latía.

No podía mantener la resistencia por más tiempo. La presión estaba aumentando. No había una válvula para liberarla. Habló, vacilando. Unas cuerdas vocales ajenas vibraron, con un tono y un timbre erróneo, y se enredó con los dientes equivocados, con la lengua equivocada, pero aun así las palabras salieron, de la boca de Osterman.

—Adiós, princesa. Te amo.

Su mano, la mano de Osterman, se levantó, clavando el escalpelo profundamente en la arteria carótida del hombre. Sean sintió el horrible dolor. El calor del chorro de sangre negra que saltó salpicó a Liv. Se desbordó sobre su pecho, que era el pecho de Osterman. En su cabeza estallaron una serie de suaves explosiones.

La oscuridad entró de repente y lo tragó entero.

• • • • •

Liv manoteó contra sus ataduras cuando Osterman cayó encima de ella. Su peso muerto le aplastó los pulmones. Su sangre caliente salía a borbotones, empapando su blusa, resbalando sobre sus costillas. Su cara colgaba sobre su pecho, con la boca mojada muy abierta, los ojos ribeteados de blanco como un caballo enloquecido.

Gritó, corcoveando locamente, arqueándose hacia arriba, hasta que el pesado cuerpo cambió de lugar y resbaló al suelo.

Sean estaba todavía de pie, con cara inexpresiva. Ella gritó su nombre, pero sus ojos ya no la veían. El soplete cayó y rebotó, aún silbando.

Sean se vino abajo, rígido como un árbol que cae. Golpeó la mesa con ruedas de los instrumentos improvisados de tortura. La mesa se volcó y los objetos que había sobre ella se estrellaron con estrépito contra el suelo. Lo mismo que la gran botella sin tapar de alcohol.

El líquido se derramó sobre las baldosas en un charco que se extendía. Como tentáculos se extendían arroyos hacia el soplete, que silbaba en el suelo. El claro líquido se acercaba a la lengua de llama azul.

Suuuhs. La pequeña llamita del soplete tropezó con el volátil líquido y una línea de fuego corrió hacia el gran charco, que se incendió.

El calor chisporroteaba, rugía. El aire titilaba y se agitaba.

La chica atada al radiador empezó a gritar.

• • • • •

El hueco irregular en el follaje de los rododendros era lo suficientemente grande para que Miles pudiera ver aproximarse al tipo. Grande, con músculos que se estaban volviendo grasa... esa cara alargada, esos ojos pálidos, ¿dónde había visto a ese tipo?

La cinta. Era el que cavaba la tumba en la cinta de Kev. Quince años más viejo, más pesado, pero era él. Incluso la forma de caminar, balanceándose como un simio, era la misma. Lo recorrió una corriente de miedo que le hizo flaquear las rodillas.

El tipo aminoró la marcha y sacó del cinturón un *walkie-talkie*. Se lo llevó al oído.

—¿Qué coño pasa ahora? Tienes que aprender a hacerte la paja tú solo, Brice. No me pidas que te la sacuda yo, porque tengo mis propios... —Su voz se desvaneció—. ¿Fuego? ¿En el edificio C? ¿Qué demonios?

Giró sobre sí mismo y arrancó en una carrera a toda marcha.

Miles se puso de pie y echó a correr detrás de él. Cualquier cosa que hiciera correr a ese tipo tenía que importarle a Miles. Tenía que mantener a ese tipo en la mira mientras él se mantenía más o menos invisible.

Difícil, para un fanático de la ciencia desarmado que no tenía idea de qué hacer y vestido con un maldito Armani.

• • • • •

Oh, Dios, iban a morir iban a asarse y freírse...

—¡Oye tú! ¡Chica! ¡Cállate y escúchame!

Las palabras duras de alguna manera traspasaron el terror en el cerebro de Cindy. Se sacudió el pelo para apartarlo de la cara y miró a la mujer que estaba atada al catre. Liv. Erin le había hablado de Liv, la diosa. Levantaba la cabeza y los hombros de la camilla. Sus ojos centelleaban de urgencia.

—¿Quieres seguir viva?— preguntó con fuerza.

Cindy tragó una bocanada sollozante.

—¡S... sí!

—Bien. ¿Cómo te llamas?

—Ci... Cindy —dijo castañeteando.

—Escucha, Cindy. Tengo un anillo que tiene un truco. Aprieta fuerte en la piedra y se disparará un pequeño chuchillo. No puedo usarlo, pero tú podrías. ¿Comprendes?

Cindy trató de tragar con la garganta temblorosa y asintió.

Liv logró quitarse el anillo de la mano atrapada con el dedo medio y el pulgar.

—Voy a tirártelo. Cruza los dedos.

La muñeca de Liv se sacudió. Una cosa pequeña y brillante de oro salió por el aire en un ángulo largo y bajo. Golpeó, rebotó, volvió a rebotar. Rodó. Era como mirar sin aliento una ruleta mientras giraba y se detenía.

Casi a un metro de distancia del pie de Cindy, calzado con zapatilla de deporte.

—Ah, mierda, ah demonio, ¡ah coño! —gritó Cindy. Se lanzó hacia fuera, sus zapatos de suela de goma chirriaron, buscaron a tientas y escarbaron. Liv se mordió el labio y cerró los ojos, dejando caer la cabeza en el catre.

No iba a morir así de ninguna manera. Ni Liv tampoco. Ni Sean, que le gustaba. Era con mucho el más agradable del sombrío grupo McCloud. Se quitó las deportivas de una patada, agarró el dobladillo de sus vaqueros con los dedos de los pies y empezó a tirar de ellos. Gracias a Dios eran de cintura baja. Aleteó y pateó hasta que fueron largos tubos agarrados a sus tobillos.

—Date prisa —rogó Liv.

Cindy levantó los tobillos y lanzó el montón de tela hacia afuera.

La cintura cayó unos centímetros más acá del anillo. En el siguiente intento le dio, pero lo mandó rodando a treinta centímetros a la izquierda y unos centímetros más lejos.

Cindy empujó los vaqueros hacia abajo hasta que se los quitó del todo, entonces agarró el dobladillo de las piernas entre los dedos de los pies. Levantó. Lanzó.

El vaquero aterrizó sobre el anillo. Oyó una voz recitando mientras arrastraba el pantalón hacía sí con un pie. Era su propia voz gimoteando.

—Por favor, Dios, por favor, Dios.

Liv seguía gritándole que se diera prisa. Por su cara corrían lágrimas y mocos. Se dobló para poner el pie descalzo sobre el anillo y empujarlo hacia debajo de su cuerpo. Sus dedos buscaron a tientas, lo agarraron, se lo pusieron. Era demasiado grande, pero lo hizo girar y empujó la piedra.

El cuchillo se disparó y la pinchó. Sobre su mano corrió la sangre, pero ella de todas formas se puso a trabajar, cortando la cinta hasta que se rompió y la liberó. Se puso de pie con esfuerzo y cruzó la habitación trastabillando. Arrancó las correas con hebillas que sujetaban las muñecas de Liv. Liv saltó de la cama y se lanzó a por Sean. Lo agarró por debajo de los sobacos pero casi no podía moverlo. Cindy se puso en acción y agarró el otro hombro.

Liv golpeó la llave con el pie, la recogió. Cuando llegaron a la puerta la habitación estaba inundada de humo acre. La puerta estaba cerrada con llave. Liv se lanzó contra ella, gritando y golpeando con la llave. La herramienta

escasamente rayó la pintura. Cindy le tiró del brazo.

—¡Necesitamos el cadáver de ese tipo! —dijo entre toses—. ¡Necesitamos su ojo!

—¿Qué? —gritó Liv—. ¿De qué demonios estás hablando?

—¡Su ojo! —graznó Cindy, más alto—. La puerta tiene una de esas cerraduras que escanean la retina. Creo que la tarjeta está en su bolsillo.

Cindy se arrodilló, tomó una bocanada de aire tan profunda como pudo y se arrastró por el suelo. Las llamas rugían contra la pared de atrás. Los zapatos del doctor psicópata estaban chamuscándose. Le agarró el brazo. Liv salió de entre la humareda y agarró el otro brazo. De alguna forma llevaron el cadáver hasta la puerta. Cindy revolvió en sus bolsillos buscando la tarjeta llave.

—Tenemos que ponerlo de pie —dijo jadeando.

Entre las dos levantaron el peso muerto del cadáver del tipo hasta la altura del ojo. Estaba ensangrentado, su cuello se bamboleaba y la cabeza le colgaba.

—Oh, Dios mío, ¡esto es nauseabundo! Quiero vomitar —jadeó Cindy.

—Más tarde —escupió Liv entre toses—. Vomita más tarde.

Cindy pasó la tarjeta. La máquina pitó. Abrió el párpado del doctor. Puso su globo ocular muerto, húmedo y asqueroso mirando al escáner. Se disparó una luz roja y se volvió verde. Clic, la cerradura se soltó.

El cadáver del doctor cayó sobre el umbral. Lo apartaron de una patada y arrastraron a Sean hasta la puerta. Caminaron tropezando hacia el final del túnel lleno de humo, abriéndose camino y bufando. Abrieron la puerta y salieron al aire fresco y dulce. El humo salió con ellas.

Clic. El sonido de una bala al cargarse. Giraron sobre sus talones.

—¿Adónde creen que van, señoras? —dijo Gordon con voz rasposa.

• • • • •

Miles se resbaló en la rama y se agarró de la que estaba sobre su cabeza. Había tanto humo en el aire que esperaba que las hojas y las ramitas que cayeron al suelo pasaran desapercibidas.

Estaba muy sucio de arrastrarse sobre la barriga por entre el barro y las hojas. Las piernas le temblaban y apenas podía tenerse en pie. Probablemente podían oír el latido de su corazón a medio kilómetro de distancia.

La voz burlona del cavador de tumbas flotó desde abajo.

—¿... a quién disparo primero? Difícil elección. Quería follaros antes de mataros, pero parece que voy a tener que escoger. Pin uno, pin dos, pin tres. ¿Te quitaste los pantalones para mí?

Una tos baja y seca.

—No. —La voz de Cindy era áspera pero firme—. Vete a la mierda y muérete, gilipollas enfermo.

Miles salió un poco más. La rama sobre la que estaba agachado se doblaba bajo su peso, pero todavía no estaba sobre la cabeza de T-Rex. Sólo estaba esperando una oportunidad de coger por sorpresa a ese tipo. Ojalá sirviera.

—Ooh. Las niñas malas que usan malas palabras serán castigadas — canturreó T-Rex—. Date la vuelta, cara bonita. Enséñame el culo.

—No —dijo Cindy. Su voz temblaba.

—Déjame repetírtelo. Date la vuelta o te disparo a la barriga.

Miles dio otro paso. Otro. Casi estaba allí...

Crack. La rama se rompió. Y se fue abajo con lo que parecía ser medio árbol. Aterrizó encima del tipo. Golpes, gritos, voces.

Se disparó una pistola. Lo arrojaron como a un juguete. Chocó contra el cemento y se golpeó la cabeza. T-Rex se lanzó contra él, gritando con furia.

Pero Miles le dio una fuerte patada que lo tiró al suelo de cabeza. Se puso de pie y el otro tipo también. La pierna de Miles se disparó contra la mano de la pistola de T-Rex y asombrosamente hizo contacto. Smack. La pistola salió dando vueltas. Miles arremetió, pero T-Rex lanzó una patada frontal, directa a la nariz del muchacho.

La sangre salió a chorros. Miles retrocedió, vio estrellas. Zas. Recibió otro golpe en las costillas. Cayó, vio la pistola, trató de alcanzarla...

T-Rex la apartó de una patada y pisoteó los dedos de Miles con una enorme bota.

—Ni hablar, gilipollas —gritó.

Hubo un crujido. Miles gritó cuando la bota le aplastó todos los huesos de la mano. El tipo agarró la muñeca de Miles y levantó la bota. Tiró del brazo hacia arriba y violentamente hacia atrás. Crash. Dolor agónico.

Entonces T-Rex se tambaleó hacia atrás. Cindy estaba agarrada a su espalda como un mono loco, arañándole la cara con algo afilado. El hombre gritó y se sacudió, ella salió volando y se dio contra el suelo de cemento. Se quedó tirada muy quieta.

Miles forcejeó para levantarse sobre las rodillas, pero sentía que le apuñalaban los pulmones; el brazo y la mano eran una masa palpitante de astillas ardientes.

Trató de ponerse en guardia. Sus piernas se tambaleaban locamente bajo él.

T-Rex se limpió la cara ensangrentada.

—Dile adiós a tu cara, chico bonito —aulló, preparándose para una patada—. Voy a hundírtela.

Zas. Un sonido hueco y húmedo. T-Rex miró a Miles muy sorprendido y cayó hacia adelante. Una tonelada de carne maloliente se estrelló contra el brazo y la mano jodidos de Miles, y dolió.

Liv estaba allí de pie, aferrando una llave en las manos temblorosas. Descalza, con los ojos en blanco y mirando fijamente, con su ajustado vestido rojo sin hombros manchado de sangre.

• • • • •

Liv esperó hasta que Miles hubo salido retorciéndose de debajo de la masa de T-Rex antes de moverse tambaleándose hacia adelante y para golpearle de nuevo con la llave en la cabeza. No más sorpresas para esta mujer hoy, gracias.

En el cráneo de T-Rex había un agujero ensangrentado y enorme. Lo miró con la boca abierta. Debería sentirse orgullosa de sí misma. Triunfante. No sentía nada.

Miles estaba recogiendo la pistola de T-Rex y diciéndole algo. No podía entenderle. Había olvidado lo que significaban las palabras. Miles sacó su móvil. Llamó pidiendo ayuda. Eso estaba bien. Tenía la cara cubierta de sangre, pero estaría bien. Lo mismo que la chica. Todos estarían bien.

El único que no estaba bien era Sean. Absolutamente no.

Liv caminó tambaleándose hacia donde estaba echado Sean, con el cuerpo medio dentro y medio fuera de la puerta, y cayó de rodillas, buscando pulso. Su muñeca estaba pegajosa de sangre medio seca. Encontró un ligero latido bajo su dedo.

No podía hacer nada por él. Necesitaba ayuda médica, un equipo de neurocirujanos. Todavía veía los ojos horrorizados de Osterman mientras Sean hablaba a través de su boca. *Adiós princesa. Te amo.*

Dios, ¿cómo había hecho eso?

Eso le llegó al alma. Había encontrado sus sentimientos de nuevo. Una avalancha de sentimientos. Se dejó caer sobre él, le levantó la mano hasta su cara y sollozó.

• • • • •

Cindy se incorporó y se puso de rodillas, mareada. Asombrada de estar viva. Del edificio salía humo blanco maloliente. El viento suspiraba en los árboles. Los pájaros gorjeaban. Liv estaba acurrucada como una bola temblorosa sobre la figura desparramada de Sean.

Miles se bamboleaba sobre las rodillas, tratando de quitarse la chaqueta sobre su pobre mano machacada. La manga de su camisa goteaba carmesí. Ella caminó tambaleándose hacia él, arrancándose la blusa.

—Oh, Dios mío, estás sangrando —balbució—. ¿Te ha disparado? ¡Ah, mierda! ¡Tengo que llamar a alguien!

—Davy se está ocupando de todo —dijo Miles—. Ya ha llamado a la ambulancia. Es una fractura múltiple. No es gran cosa.

—Ah, cállate. No es gran cosa, y un cuerno. —Enrolló la blusa y la apretó contra la mancha goteante. Miles aulló.

—¡Cristo!

—Lo siento —susurró ella—. Sólo trato de ayudar.

—Eso es tan jodidamente típico de ti. —Su voz era delgada y sin aliento—. Siempre terminas en pelota en todas tus locas aventuras. Ponte mi chaqueta, por el amor de Cristo. Está llena de sangre, pero al menos te tapará el culo desnudo.

Cindy puso los ojos en blanco.

—No puedo creer que me regañes por ir en ropa interior después de lo que acaba de pasarnos.

—¿Ropa interior? —Silbó cuando ella aplicó presión—. Eso es un trapito transparente y un poco de cordón. Pero por lo menos se ha resuelto un misterio ardiente.

—¿Sí? —Frunció el ceño—. ¿Y qué misterio es ése?

—Estabas diciendo la verdad sobre tu vello púbico en forma de corazón. Ella trató de reírse.

—Ah, bien. Si en estas circunstancias puedes pensar en mi vello púbico

es que no estás tan mal. —El lastimoso aspecto de Miles desmentía sus palabras—. Siéntate en el suelo, parece que vas a desmayarte... Bobo machista.

Davy y Con bajaban a toda carrera por la colina. Miles y Cindy recibieron una rápida ojeada y los McCloud fueron hacia Sean como un tiro, ignorándolos a los dos. Ella ayudó a Miles a acomodarse en el suelo, tratando de no mirar su pobre mano aplastada.

—Gracias por venir detrás de mí.

—Um.

—Sí, ya lo sé, no es nada personal. Habrías hecho lo mismo por cualquier ballena, águila o panda que te encontraras en la calle. Pero aun así. ¿Sabes qué?

—¿Qué?

Ella se inclinó y lo besó. Con sangre y todo.

Cuando se retiró, él tenía una mirada de sorpresa en los ojos.

—No te atrevas a sentir lástima por mí, Cin. —Su voz temblaba extrañamente—. No me debes nada. Así que no creas que tienes que...

Ella lo hizo callar con otro beso. Uno más profundo y exigente.

—Cállate, gran gilipollas —susurró—. Me estás desanimando.

Se miraron como si no se hubieran visto antes. Hasta que llegó la ambulancia y se los llevaron al hospital.

Capítulo 28

Tres meses después....

LOS DEDOS DE SEAN ESCARBARON BUSCANDO EL SALIENTE DE GRANITO negro. Sus manos entumecidas estaban ásperas y desgarradas por días de escalada. El dolor le martillaba la cabeza. En parte por la altitud, en parte por los hematomas que le quedaban en el cráneo. Sentía un silbido extraño y constante en los oídos.

Había abandonado sus medicinas para el dolor. Los anticonvulsivos, también. Se preguntaba, distanciamiento, cómo sería tener un ataque mientras estaba colgado de una cara rocosa.

Su pecho se sacudió, sin alegría. Por lo menos sería rápido.

Acababa de amanecer, pero las nubes no dejaban pasar mucha luz. Bajo sus pies flotaban jirones de niebla. Se aferró como una araña a la parte de abajo de un pequeño saliente, excesivamente estirado, con los músculos ardiendo. El viento rugía en sus oídos. En su cara golpeaban bolas de granizo.

Era lo más cercano a la paz de espíritu que había encontrado últimamente.

Empujaba y se esforzaba, apoyando su peso en los dedos temblorosos de una mano, luego en los de la otra. Abriéndose camino hacia arriba, mano sobre mano.

No tuvo sensación de triunfo cuando subió el pie sobre la cornisa. Se dejó caer de espaldas y se quedó mirando fijamente al cielo, jadeando. Sólo inactividad vacía, y ese silbido constante. No más esfuerzo desesperado que gastar. Necesitaba otro acantilado. Rápido, antes de empezar a pensar. O peor, a sentir.

Llevaba allí arriba una semana, con un mínimo equipo de supervivencia. No se había molestado en cargar mucha comida, imaginando que podía cazar si le entraba hambre. Lo había hecho, los primeros dos días, pero cuanto más tiempo permanecía allí, lejos de la civilización, menos interesado estaba en la comida.

Había dejado el móvil, los consejos de los médicos, la preocupación frenética de la familia. Los sermones, las palabras para animarlo, las conversaciones severas. Los comentarios desprevenidos sobre lo que estaba haciendo Liv, lo que decía Liv, cómo se sentía Liv.

Lo deshecha que estaba porque él no quería verla.

Soltó el aire en un suspiro áspero, tratando de exhalar el dolor que lo atenazaba cuando pensaba en ella.

Había hecho lo que tenía que hacer. No podía soportar mirarla, en las condiciones en que se encontraba. No es que fuera un regalo antes de que Osterman violara su mente, pero ahora... no podía soportar lo que le había ocurrido; tenía horribles pesadillas, había estado a punto de torturarla, de matarla... Oh Dios.

Era una mancha en su alma que no podía limpiar. Lo aterrizzaba hasta enloquecer. Su mente rehuía con horror la idea de hacerle daño.

No podía arriesgarse a ello. Liv estaba viva y bien. Milagrosamente. Así era como iba a permanecer. Sin él, si era necesario. Costara lo que costara.

«Oye, princesa, ¿te arriesgas conmigo? Vamos. Vive peligrosamente».

Ja. Bien. Levantó la mano hacia el cordón que rodeaba su garganta, la minúscula bolsa de cuero que colgaba de él, como un tótem. El pendiente de diamante.

Ella lo había metido en un sobre con relleno y se lo había mandado por correo después de que él se negara a verla. Sin una nota. No la culpaba por ello.

Era como aquella escena en la cárcel, otra vez. Pero mucho peor.

Puso la mano en el pelo rapado, en la hendidura de su cráneo donde lo habían abierto. Estaba seguro de que habían hecho lo mejor que pudieron, pero se sentía como un montón de mierda mal hecho.

Se arrastró hasta quedar de rodillas. Le daba vueltas la cabeza. Cada respiración era una puñalada. Caminó tambaleante hasta la cima y subió al punto más alto para contemplar la larga extensión de esquisto gris...

La roca se inclinó, lo tiró hacia afuera. Hizo una danza loca tratando de agarrarse a algo sólido, pero todo se movía, estaba...

Cayendo entre las rocas, golpeándose y rebotando, y no iba a poder subir a tiempo para salvara Liv de T-Rex, seguía cayendo, cayendo, con un terrible e imparable impulso, más allá de toda esperanza...

Volvió, un tiempo después, a una vaga consciencia de frío. Se puso la mano en la cara. Pegajosa. Se preguntó si se había roto la columna.

El silbido en el fondo de su cabeza se había vuelto más alto.

Abrió los ojos. Liv estaba de pie junto a él, en la niebla cambiante.

En su pecho creció la alegría. T-Rex no la había matado. Su pelo parecía una nube oscura. Sus manos anhelaban tocarlo.

—Levántate, idiota. —Le sonrió y extendió su mano delgada.

Él se puso de pie con dificultad y la cogió, con hambre de probar esos labios suaves, de beber en su aliento fragante, de llenarse las manos con su cálida...

Los ojos de ella se congelaron, muy abiertos. Emitió un sonido ahogado y el color de sus mejillas desapareció. Se derrumbó y él la agarró. Liv resbaló hacia un lado, porque él sólo la había sujetado con una mano.

En la otra mano sujetaba el puñal que acababa de enterrar en su pecho.

Un horror descarnado se extendió por todo él, como sangre de una arteria cortada.

La bajó, pero no había un lugar donde ponerla, entre las pendientes marcadas, las rocas irregulares. La risa burlona de Osterman resonó en su cabeza. El silbido se convirtió en un ruido ensordecedor.

Finalmente lo reconoció. Era el soplete.

Se alejó trastabillando, sus aullidos tragados por la niebla que los ahogaba, tambaleándose sobre piedras, con la cabeza colgando, tratando de respirar entre sollozos...

«Párala. Asno bruto».

Se sobresaltó tanto que resbaló y se agarró a un saliente de roca para evitar seguir resbalando. Miró hacia arriba. Era Kev. El Kev más viejo, con cicatrices, de aspecto sombrío y con ojos atormentados que había conocido en aquella visión extraña. El hoyuelo de Kev estaba escondido para siempre en los surcos de su cara seria.

—Déjame en paz —dijo Sean débilmente—. No puedo soportar más.

«Ya lo veo. No puedes soportar mucho de nada».

Sean se sintió picado por el duro juicio de la voz de Kev.

—¿Qué sabes tú de eso? —le dijo cortante—. Tú estás muerto. Deja de criticarme.

La expresión fría de Kev no cambió.

«Entonces ponte una pistola en la boca, ya, si lo que quieres es estar muerto. No montes un accidente marica».

—No debería hablar contigo siquiera. Estoy dándote alas.

Sean cerró los ojos, contó diez estallidos de dolor, deseando que la aparición se hubiera ido cuando los abriera. Aún estaba allí. Terco dolor de muelas.

«Si te tiras al abismo, ganó Osterman». La voz de Kev era áspera. «Se estará riendo en el infierno. ¿Quieres ser el blanco de su chiste?».

—¿Entonces qué demonios se supone que debo hacer? —rugió Sean.

La boca apretada de Kev apenas se arqueó.

«Lo difícil».

Eso lo cabreó, mucho.

—Ya lo estoy haciendo, cabeza de chorlito —rugió Sean—. ¿Qué crees que estoy haciendo aquí arriba? ¿Jugando con la polla?

Kev no parecía impresionado.

«Morir es fácil. Vivir es lo que resulta difícil».

Esa lógica le parecía dudosa a Sean, viniendo de un muerto, pero no estaba para discutir. Se sentía demasiado desgraciado.

Hundió la cabeza en las manos. Puede que incluso se quedara dormido un rato.

Lo despertó el sonido de sus propios dientes castañeteando. El viento había arreciado y barrido la niebla espesa dejando sólo unos jirones finos, transparentes.

Parpadeó, enfocó los ojos... y ahogó un grito. Se le encogió el vientre de terror.

Estaba en el borde de un acantilado. Miró con la boca abierta el precipicio de trescientos metros que había bajo él.

Se quedó helado, muerto de miedo. Había estado coqueteando con la muerte una semana, pero ésta era la primera vez que la muerte había movido ficha.

No quería morir. Se sobresaltó al comprenderlo. Todo estaría mal. Roto, sin terminar. Era estúpido morir ahora, después de todo ese esfuerzo, todo ese drama. No volver a verla nunca. No volver a tocarla, a oír su dulce voz. El miedo a perderla lo perforaba como una aguja de hielo.

Tardó una eternidad en romper el encantamiento y apartarse, arrastrándose, del borde. Se acostó boca abajo sobre las rocas dentadas, con los miembros tan débiles como agua. Por primera vez se vino abajo, desde que había despertado del coma.

Lloró, por todo ello. Por papá, por Kev, por mamá. Por Liv. Por todo el dolor y el miedo que Osterman les había infligido a esos pobres chicos. La pérdida, el duelo, el desperdicio. Todo retumbó a través de él, una y otra vez, hasta que empezó a preguntarse si se detendría alguna vez.

Finalmente cesó, dejándolo exhausto. Flojo como un trapo, aferrado a la cima de la montaña bajo el amenazante cielo gris.

Pero cuando se puso de espaldas, el silbido había desaparecido. Todo lo

que oía era el viento, silbando entre las rocas y peñascos recortados.

Se sentía ligero, limpio.

Trató de ponerse de pie. Las piernas se le doblaron y cayó de culo.

Eso lo hizo reír. Irónico, que muriera como un gilipollas idiota sólo porque sus piernas inútiles temblaban demasiado para sostener su cuerpo.

Liv. Se preparó para el dolor, pero el dolor había cambiado. Era más caliente, más suave. Era el dolor de la añoranza.

Era el dulce dolor de una esperanza que surgía.

• • • • •

Liv dio un paso atrás para observar la escena que estaba pintando. La última vez que había pintado murales para la sección infantil, había considerado que Barba Azul iba a darles miedo a los chavales. Ahora era más dura. O quizá estaba simplemente pervertida.

La curiosa y joven esposa de Barba Azul estaba agachada junto a la puerta de hierro de la cámara secreta, agarrando la llave. Liv no había pintado el contenido de la habitación, sólo una rendija de oscuridad total. Sí, era espeluznante, funcionaba.

—Una pintura realmente agradable, cariño.

Saltó en el aire al oír la voz de su padre. Todavía tenía los nervios alterados, aunque ya habían pasado meses. Miró la pintura. De todas las palabras que hubiera podido usar para describirla, agradable no era una de ellas. Pero bueno. Qué importaba.

—Gracias, papá —dijo—. ¿Qué haces aquí?

Su padre miraba alrededor, al polvoriento caos de renovación de su librería, y daba vueltas a un sobre de papel manila en las manos.

—Lo has dejado estupendo —dijo, con entusiasmo forzado—. Buen trabajo.

Liv se encogió de hombros.

—Debería estar listo para empezar el negocio dentro de unos meses.

Cayó sobre ellos un silencio tenso. Su padre parpadeó, se movió, se aclaró la garganta.

—¿Has... eeh... has tenido noticias de Sean McCloud?

Toda ella se encogió por el dolor que evocaba su nombre. Apretó la mano contra la garganta dolorida.

—No. Ya no estamos juntos, papá. Por favor, no vuelvas a mencionarme su nombre.

—Ah, bien. Parece extraño, después de todo lo que pasó...

—Sí, pero así son las cosas, así que vamos a dejarlo —dijo ella ásperamente—. ¿Qué hay en ese sobre?

Él bajó la vista.

—Ah, es para ti. Me lo ha dado un mensajero que estaba en la puerta cuando he entrado.

Ella estiró la mano para recibirlo, esperó.

—¿Papá? —lo animó.

Él frunció el ceño.

—Creo que debería abrirlo por ti. Considerando...

—Ah, para. —Se lo quitó de las manos—. La gente que estaba tratando de hacerme daño está muerta. Ahora puedo abrir yo misma mi maldito correo.

Él se encogió de hombros.

—Ábrelo entonces.

—En privado —soltó ella—. Vamos, papá. Suéltalo. Di lo que te dijo que me dijeras, pero te advierto. No tengo intención de...

—No traigo mensajes de tu madre —dijo él abruptamente—. Llevo tres semanas viviendo en el apartamento de Court Street.

Liv lo miró fijamente, estupefacta.

—Oh. ¿Es...?

—¿Permanente? Sí. —No podía mirarla a los ojos—. Es algo que supongo que debería haber hecho hace mucho. Sólo que no quería arruinar la vida de nadie. Pero después de lo que pasó he estado pensando.

—¿Sí? —dijo ella tranquilamente—. Puedo entender que todo lo que pasó haya podido ayudarte a comprender.

La cara de su padre estaba surcada por arrugas de arrepentimiento.

—Realmente siento mucho no haberte apoyado más, cariño —dijo con voz áspera—. Desde siempre.

¿Desde siempre? ¿Ahora lo sentía? ¿Después de que su vida estaba hecha polvo? Apartó la amargura con cierto esfuerzo. Asintió bruscamente con la cabeza.

—Me preguntaba si podrías cenar conmigo alguna vez —dijo vacilando—. Es decir, si alguna vez vas a la ciudad.

Ella estaba de pie allí, con la mano en la boca. Con la garganta aún atenazada.

Su padre se aclaró la garganta.

—Bueno, entonces. Me voy.

—Claro que podemos cenar. Te llamaré.

Él le lanzó una sonrisa empalagosa, le palmeó el hombro y se fue. Su padre nunca había podido soportar las lágrimas. No se lo reprochó.

Se secó las lágrimas con la manga de su amplio jersey y examinó el sobre. Sólo su nombre en una etiqueta blanca hecha con ordenador. Se le apretaron las entrañas. Apartó la sensación, con fiereza.

T-Rex había muerto, maldición. Comida para los gusanos.

Abrió la solapa y sacó un puñado de dibujos.

Eran a lápiz y a tinta. Arrancados de un cuaderno de dibujo con espiral. Una serie de desnudos femeninos. Sencillos, minimalistas, y a pesar de ello cargados de erotismo. Tenían la gracia despreocupada de un antiguo maestro chino de caligrafía.

Los ojeó con manos temblorosas, desconcertada. Los dibujos no tenían firma. Sólo cuando vio la espalda de la mujer reconoció el modelo. Esos lunares... era su espalda. Esas pecas estaban en su brazo. Su pie, con el lunar sobre el dedo, que él había dicho que quería caer de rodillas y besar.

Fue como un puñetazo. Directo a su corazón.

Arrojó los bosquejos al suelo y estalló en lágrimas furiosas. Cómo se atrevía a aparecer, después de meses, a jugar juegos incomprensibles con su cabeza, con su corazón. Cómo se atrevía.

Ese cabrón retorcido y sádico.

Cayó de rodillas y revolvió entre los dibujos para ver si había escrito una nota explicativa. Por supuesto que no. Nada así de cortés o normal. Era, después de todo, un chiflado McCloud, críptico y como un dolor de muelas.

Salió a la calle caminado con energía ante las miradas curiosas de los obreros. Apretó el jersey contra el viento cortante. Era imposible que Sean hiciera su gesto grandioso y no se quedara a ver cómo se lo tomaba ella. Esperaría hasta que saliera de su escondite para recibir su castigo.

Y entonces. Ah, entonces, que Dios lo ayudara.

• • • • •

Sean hundió las manos temblorosas más profundamente en los bolsillos de los vaqueros mientras miraba a través de la crema de limón, la conserva de

arándanos y el dulce de mantequilla que llenaba los estantes de la Tienda de Regalos de Endicott Falls. Miraba fijamente a través del escaparate a la acera de enfrente, a Books & Brew, la librería de Liv.

Las vendedoras debían estar preguntándose cómo los caramelos y la mermelada podían mesmerizarlo durante más de una hora. Daba tanto miedo que nadie se atrevía a preguntar. Tenía un aspecto de Frankenstein andante, la palidez del hospital, las horribles cicatrices rojas. Lo único que le faltaba eran los tornillos saliéndole por la frente.

Estaba tan asustado que tenía las manos heladas.

Casi se había dado por vencido cuando vio al padre de Liv firmar el recibo de los dibujos. El viejo Bart salió unos minutos después, se metió en el coche y se fue. Vía libre.

Había vigilado el lugar durante horas, pero todavía no estaba preparado cuando Liv salió. Su estómago se contrajo, su corazón se volvió loco, bajo la superficie de su piel se extendió una hoguera. Miraba fijamente, hambrientamente.

El pelo oscuro de ella ondeaba al viento. Estaba muy pálida. Demasiado delgada. Y no llevaba abrigo, por el amor de Dios. Hacía mucho frío, y ella llevaba al aire la delgada garganta. La mayor parte de un hombro también. Sólo tenía puesto un jersey suelto que le llegaba a las rodillas.

Quizá los dibujos no habían funcionado. Había confiado en algo no verbal al principio, dar un rodeo para evitar las disputas. No hubo suerte.

Salió tambaleándose para enfrentarse a su destino. Cruzó la calle como un sonámbulo. Los coches se detuvieron chirriando y pitaron indignados, pero él sólo siguió adelante ciegamente, hasta que se quedó parado delante de ella. Tan cerca como pudo.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo aquí, Sean? —Le temblaba la voz—. ¿Qué juego enfermizo estás jugando conmigo ahora?

Sean tomó aire. La exhalación salió en una serie de hipos nerviosos.

—Ningún juego —dijo—. Me estoy arrojando a tus pies.

Ella habló entrecortadamente.

—Ah, de verdad. Bien. Puedes recogerte y arrojarte en cualquier otro sitio. Por ejemplo al basurero. Vete, Sean. No quiero verte. Nunca. Nunca más. ¿Entendido?

Era lo que esperaba. Menos de lo que merecía. Aun así, no podía hacer lo que ella pedía. No era una opción abierta para él. Cayó de rodillas. Ella ahogó un grito y retrocedió unos pasos.

—¿Qué demonios? —Agitó las manos hacia él—. ¡Para! ¡Levántate!

El barro empapó las rodillas de sus vaqueros. Sacudió la cabeza.

—¡No puedo creerlo! —Su voz era fina, sin aliento—. ¿Crees que soy tan estúpida que puedes encantarme con tu acto de payaso? ¿Crees que te voy a dejar pisotearme por tercera vez? ¡Vete a la mierda, sean McCloud!

Sean negó con la cabeza.

—Nunca quise hacerte eso. Nunca. Lo juro por Dios.

Liv se llevó la mano a la boca. Sobre su mejilla destellaron dos lágrimas. Él quiso cogerlas. Sentir su calor. Saborear su sal.

Ella buscó su bolsillo, pero el jersey no lo tenía.

—Ah, mierda —murmuró irritada—. Nunca falla.

Sean buscó en el bolsillo de su abrigo y sacó un paquete de pañuelos. Se los ofreció con un floreo solemne.

Liv se los arrancó de la mano, sacó uno y se sonó.

—Levántate, gilipollas melodramático. No te voy a seguir el juego.

—No me voy hasta que no me dejes hablarte —dijo él calmadamente.

—Estarás arrodillado en el barro durante mucho tiempo —le advirtió.

—Te divertirás explicándoselo a los del Ayuntamiento —señaló él.

Sus ojos destellaron con furia.

—Cabrón hijo de puta.

—Lo siento —dijo él humildemente. Mierda. Tenía que tragarse los comentarios irónicos.

La puerta de la tienda sonó.

—¿Eh, Liv? —preguntó una voz nerviosa de chica—. ¿Está todo bien? ¿Llamo a alguien?

—Gracias, Polly. Estoy bien —dijo Liv fríamente.

Sean giró la cabeza. Polly estaba mirándolo como si fuera una bestia salvaje babeante.

—Um.. ¿Estás segura? —dijo con un gritito.

—Estoy segura. —Liv se sonó furiosamente—. Levántate —le dijo con voz silbante—. Puedes entrar también. Cuanto antes digas tu parte antes habré acabado. Tengo cosas que hacer.

Se sintió aliviado al entrar donde el viento no estaba azotando esas tiernas orejas color rosa, esa garganta expuesta. Quería arroparla con su cálido abrigo, pero nunca lo aceptaría con el enfado que tenía ahora.

El olor a serrín, yeso, poliuretano y pintura le hacía cosquillas en la nariz. La gente se quedó embobada según pasaban, pero él estaba concentrado

como un rayo láser en esa espalda elegante y erguida. Sólo Liv podía ir toda manchada de pintura, con un jersey enorme y unas botas horribles y aun así tener un aspecto regio.

Lo guió a través del café, que estaba en obras, hacia una pequeña oficina que había atrás. Sólo era un cubo enlucido y con cinta, ni siquiera estaba pintado. Liv se dirigió a la ventana y miró hacia afuera. Como si pudiera ver a través del grueso plástico que estaba pegado al hueco.

Él miró a su alrededor. Un calefactor lanzaba aire templado y rancio sobre sus tobillos. Había una placa de cocina sobre un escritorio lleno de facturas. Una taza con una bolsita de té y un saco de dormir y una almohada sobre un sofá barato.

—¿Qué demonios es esto? —La miró, horrorizado—. ¿Estás durmiendo aquí? ¿No tienes tu propio apartamento?

—Claro que lo tengo —dijo ella—. A veces pierdo la noción del tiempo. Aterrizo aquí si es tarde. Algunas noches no tengo el valor para...

—¿Salir en la oscuridad?— terminó él.

Ella frunció el ceño.

—No creo que te importe.

—No deberías estar aquí sola, Liv. Nunca.

Su suspiro fue elocuentemente irónico.

—Bueno. Qué mala suerte, ¿no?

Él se estiró para acariciar esa masa brillante de pelo. Liv sintió que avanzaba hacia ella y se retiró con un movimiento brusco.

—¿Y cómo van las cosas? —preguntó.

Él se quedó desconcertado.

—¿Eh? ¿Qué cosas?

—Pues con tu familia. ¿Cómo está Erin? ¿Margot?

—Ah, ellas, bien —dijo, aliviado de tener un tema para empezar—. Erin ya está casi a punto. Unas cuantas semanas más y seré tío. Connor está enloquecido. No la deja sola un segundo. La vuelve loca.

—Ah —murmuró ella amargamente—. Qué suerte tiene.

Él continuó.

—Y Margot está bien también. Se le empieza a notar. Sintió moverse al bebé la semana pasada. Llamó a todo el mundo, estaba muy emocionada.

—Eso es maravilloso —susurró Liv—. ¿Miles y Cindy están bien?

—Bien. La mano y el brazo de Miles están curados. Cindy está bien también. Enseñando música en Seattle. Haciendo muchas presentaciones,

editando un álbum con su banda. Miles y ella no siempre están juntos. Son inseparables.

—Ah... encantador. —Su voz era amarga—. Me alegro mucho por ellos.

Mierda. Tenía la impresión de que todo lo que le contaba la ponía más furiosa en lugar de tranquilizarla.

—La última vez que hablé con tus hermanos me dijeron que se estaba llevando a cabo una investigación —dijo ella—. Para verificar si Kevin fue...

—¿Enterrado en la colina? No. En esa tumba estaba el cuerpo de Craig Alden, no el de Kev. Los registros dentales lo han confirmado.

Eso la sorprendió tanto que se dio la vuelta, con los ojos muy abiertos.

—Oh, Dios mío —susurró—. ¿Entonces no sabéis dónde está enterrado Kevin?

Él negó con la cabeza.

—No queda nadie vivo para preguntarle. Craig fue enterrado de nuevo en Tacoma, con su familia. Pero dejamos la lápida de Kev en la colina.

—¿Crees que podría estar vivo todavía?

—No lo sé. —Su voz era cruda—. He hecho todo lo que puedo por él. Todo lo que puedo hacer es aprender a vivir mi vida... sin saberlo.

—Ya veo. —Le volvió la espalda—. Bien. Buena suerte con eso, Sean.

Él dio un paso acercándose y estiró la mano para tocarle el hombro.

—Liv...

—¡No! —Se soltó de un tirón y se acurrucó en el rincón—. ¡No te atrevas a tocarme! ¡No después de mantenerme apartada de tu vida durante tres malditos meses! ¡Cómo si yo no importara!

—No es cierto —dijo él—. ¡Todo el tiempo he estado pensando en ti!

—¿Entonces por qué? —Casi chilló—. ¿Por qué me hiciste eso?

Él sacudió la cabeza, buscando a tientas las palabras para describir el infierno de miedo que lo encogía, el pozo sin fondo y sin aire del odio por sí mismo. Las palabras no le salían.

—Tenía... miedo. Por ti —empezó débilmente.

Ella lo miró de reojo.

—¿Perdón?

—Era el estrés —soltó—. Supongo que era eso. Tenía alucinaciones. Realmente horribles. Eran muy reales. Tú entrabas en la habitación y yo te agarraba y te besaba y de repente estabas muerta y yo era el que te había apuñalado, o disparado, o lo que fuera. Tenía miedo incluso de verte. Miedo de hacerte daño. Pensé que quizá Osterman había... que todavía podía... ah,

mierda.

Liv se tapó la boca con las manos.

—Oh, Dios. Sean.

—Intenté curarme con medicamentos —siguió él laboriosamente—. Sólo parecía volverse peor. Pensé que quizá me había vuelto loco. Como mi padre.

—¿Así que decidiste hacer lo difícil?

El tono frío de su voz lo sorprendió. Estaba todavía en un mundo de dolor, sin final a la vista. Apretó los dientes y asintió con la cabeza.

—Por supuesto. Esperas que lo entienda —dijo Liv con rabia—. Tenías que estar solo. Tenías que dejarme sola. ¡Te equivocaste, Sean!

—¿Me equivoqué? ¿Qué querías que te dijera? —interrumpió él salvajemente—. Oye, nena, tengo este problemita. Me dan ganas de asesinarte cada vez que te veo. Seguro que te habría encantado.

—¡Es mejor que ser abandonada! —La emprendió a golpes contra él, manoteando.

Él le sujetó las manos contra la pared.

—Nunca dejé de amarte —dijo ásperamente—. No sabes cuánto he sufrido.

Ella sacudió la cabeza.

—Suéltame las malditas manos. Necesito un pañuelo.

Él le dio uno. Se sonó y ocultó la cara.

—Vete, Sean.

—No. No puedo hacer eso.

Liv bajó la mano y lo miró con furia. Sus pestañas rizadas brillaban con lágrimas. Su mirada de furia asustó a Sean.

—Olvídalo. No puedes obligarme a confiar en ti de nuevo —declaró—. ¡Aléjate de mí!

—No. —La tomó en sus brazos antes de que pudiera apartarse y la levantó, apretando su cuerpo contra la pared de forma que ella cabalgara sobre sus caderas. Hundió los dedos en el pelo enredado por el viento y la besó, con fuerza.

Fue como un relámpago a través de un cable. El deseo, la emoción, las sensaciones... Su suave calor femenino apretado contra su entrepierna, su falda gastada enredada en sus piernas. Liv se estremeció, peleando con él.

Entonces lo besó. Furiosa, hambrienta. Su corazón aumentó de revoluciones.

Le levantó la cara.

—Me amas —dijo ásperamente—. Puedo hacer que me desees. Eso es bastante por ahora. Trabajaremos en la confianza más tarde.

—Ni hablar, gilipollas arrogante —siseó ella—. Lo has entendido al revés.

—No. Te entiendo perfectamente. —La cogió en brazos, con las manos bajo su trasero y la llevó al sofá. Se bajó, depositándola en los cojines—. Pero si es la única carta que tengo para jugar, la voy a jugar malditamente bien.

Ella le apartó la cara con manos temblorosas cuando trató de besarla de nuevo.

—Está bien —dijo—. Seguro, puedes ganarme por la fuerza. Eres muy fuerte. Y sí, eres bueno haciendo el amor. Pero eso es todo. Termina ahí. Cuando termines, aún te diré que te vayas. Así que vete ahora. Ahórranos esto. Si continúas, harás que todo resulte más doloroso.

—No. —Tomó la mano de Liv y besó su palma, sus dedos, ese delicado hueso de su muñeca—. Si te hago correrte una vez, ¿por qué no otra vez? Y otra vez, y otra vez, y maldita sea, antes de que te des cuenta habrán pasado sesenta y cinco años.

Deslizó las manos debajo de la falda, sobre las gruesas medias de lana hasta que dieron paso a piel desnuda y suave a la mitad de sus muslos.

Ella le dio un manotazo.

—Para, cerdo enloquecido de deseo. ¿Entonces eso es lo que planeas? ¿Esclavizarme sexualmente por toda la eternidad?

—Ah Dios —dijo densamente—. Suena como el paraíso.

Ella se retorció furiosamente.

—Machista.

—Sí.

El vestido era tan suelto que no había impedimento para meter las manos más arriba y tocar sus bragas de algodón, la húmeda calidez femenina entre sus muslos, la profunda y sensual depresión de su cintura.

Sus murmullos sonaban como protesta, pero su respiración era entrecortada, sus mejillas rosadas y calientes. La mano de Sean se internó bajo su ropa y encontró el tierno y balanceante peso de sus tetas, sostenidas en el andamiaje de un sujetador de algodón. Sus pezones estaban duros.

El corazón de Liv latía, rápidamente, contra su mano.

Las lágrimas le inundaron los ojos. Escondió la cara contra su pecho, dejó que su jersey salpicado de pintura las absorbiera. Lo conmovía hasta las

lágrimas. Qué hermosa era. Qué frágil. Su cuerpo era la caja de un tesoro que contenía la joya invaluable del alma de Liv Endicott.

Su princesa, su reina, su emperatriz. Su diosa.

Un tirón fuerte y el algodón de sus bragas cedió, dejando su caliente nido de rizos desnudo a sus dedos acariciadores. Le subió la falda sobre la cintura. Dios santo. Esa piel suave, las bragas rotas agarradas a un muslo blanco, esa encantadora y caliente hendidura rosa en sus rizos oscuros. Invitándolo.

Tenía los ojos cerrados, el pelo enredado extendido sobre los cojines del sofá, las sombras intensamente negras de sus pestañas contra su cara surcada de lágrimas. La mancha de rosa amanecer en su pálida mejilla, el suave labio inferior agarrado entre sus blancos dientes, cada detalle lo volvía loco de deseo.

El contraste entre su delicado cuerpo femenino y los gruesos calcetines de lana, la falda gastada, las botas estropeadas, era inefablemente erótico.

Se movió contra él, agarrando su camisa, quitando de un tirón la pesada chaqueta de sus hombros, como si la cabreara que todavía la tuviera puesta.

La dejó hacer el tiempo necesario para que le sacara con trabajo las mangas de los brazos. Sus manos estaban hambrientas de tocar su piel caliente. Sentía su pene como una bestia voraz tirando de la cadena, pero tenía que redimirse primero, lo mejor que pudiera. Hacerla correrse era su forma favorita, aunque fuera una solución fácil y a corto plazo.

No le importaba.

Deslizó su dedo reverentemente en el calor apretado de su vagina, con la boca haciéndosele agua. Había estado penando por el sabor del jugo de su dulce chica durante meses. Se agachó para rendir apasionado homenaje a su tierna carne femenina con la lengua.

Ah, Dios. Como siempre. Dulce, salado y sedoso. Delicioso. Cada respiración sollozante, cada caricia húmeda y resbaladiza. Amaba la forma como ella forcejeaba y se retorció, corcoveando, subiendo y bajando contra su cara, aunque podía sentir su ira en el clavarse agudo y amargo de sus uñas a través de la camisa.

Estaba muy excitada, vibrando de furioso deseo, pero él evitó cautelosamente que se corriera demasiado pronto.

Mejor estirarlo, hacerla esperar. Mantenerla en este estado de deseo tembloroso tanto tiempo como pudiera.

Dios sabía que estaba contento de regodearse con la cara entre sus muslos durante horas. Incluso para siempre. Buscando el cielo con la lengua.



Ese cabrón manipulador se tomaba su tiempo.

La llevó a un punto agonizante de deseo desesperado y tembloroso y la mantuvo allí durante una eternidad interminable y agobiante.

Cuando finalmente tuvo compasión y la empujó sobre la cima, el clímax fue tan violento que la aniquiló por completo.

Era un desastre sollozante. Destruída. Toda la dignidad disuelta.

Sin embargo, él no se vanaglorió. Tuvo sentido común. Sólo apretó la cara contra su vientre, acariciándola; su aliento le hacía cosquillas en el pubis.

Liv se dobló hacia un lado, en la medida en que podía con las piernas abrazadas a los hombros anchos de un hombre enorme y estupendo, y escondió la cara entre las manos. Esperaba que él se aprovechara de su ventaja y le hiciera el amor. El placer titilaba a través de cada nervio. Sentía el corazón caliente, resplandeciente. Suave como fango dentro de su pecho. Se estaba derritiendo. Ansiaba que la llenara, sentir su calor, su peso. Su maravillosa dura fuerza. Estaba preparada para que él la montara, la penetrara, le diera una larga, furiosa, dura cabalgada. Estaba lista para ello, sin aliento, a la espera.

Pero todo lo que hizo fue hociquear su vello púbico. La estaba volviendo loca.

—Deja de hacer eso —murmuró—. Me estás haciendo cosquillas.

Él mordisqueó perezosamente sus muslos, frotó su mejilla ligeramente rasposa contra ella. Acarició sus rizos empapados, sus pliegues resbaladizos y sensibles, tan tiernamente como si estuviera acariciando a un gatito ronroneante.

—Nunca —susurró.

Sean estaba delgado, sus rasgos eran más afilados. Parecía muy diferente con el pelo tan corto. Duro e intenso.

Liv se apartó y miró con los ojos calientes al techo. Dentro de ella estaban embotellados tres meses de sentimientos heridos y confusión contenidos. El dolor, el abandono, la soledad desgarradora. No podía soportarlo.

—¿Por qué? —estalló—. ¿Por qué estás aquí, después de todo este tiempo? ¿Qué te hizo cambiar de opinión? ¿Tuviste una maldita visión, o qué?

Él levantó la cabeza, pero Liv no se atrevió a encontrarse con su mirada. No podía permitir que la hipnotizara. Tenía que mantenerse fuerte.

—Supongo que sí —dijo con calma—. Fui a las montañas. Medité mucho

y entendí un par de cosas. Una: que si no puedo confiar en mí mismo, podría muy bien estar muerto. Dos: que no quiero morir. Tres: que si voy a seguir vivo, tengo que tenerte. Porque mi vida no vale una mierda sin ti.

—Ah, ¿de verdad? —Una risita lacrimosa la sacudió—. Qué elocuencia tan poética.

—Tú me inspiras, nena.

Liv se limpió los ojos en las mangas. Sean le puso un pañuelo en la mano. Le volvió la cara para mirarla directamente a los ojos.

—No he tenido un episodio de esos desde entonces. Lo cual no quiere decir que no vaya a ocurrir otra vez. Me estropearon bastante. Pero creo... espero, en todo caso, que lo peor ya ha pasado. Así que tú decides, Liv. Si quieres arriesgarte, eso es. No puedo quedarme esperando hasta que sienta que soy bastante bueno para ti. Porque nunca lo seré.

—Ah, cállate. —Trató de liberarse, pero él no iba a aceptarlo. Su abrazo se volvió más apretado. Ella sopló furiosamente en el pañuelo—. Eso es insultante y ridículo. Nunca esperé que fueras perfecto. Pero no puedo estar con un hombre que me aparta de su lado cuando las cosas se ponen mal.

—Lo siento. Te prometo que no te lo haré nunca más. Ante Dios, las tumbas de mis padres. Te lo prometo por mi honor sagrado... aunque no sé si eso te dará alguna confianza.

—No hay nada malo en tu honor sagrado —le dijo ella cortante—. Es tu falta de sentido común lo que me fastidia.

Él ahogó su risa contra su pecho y la miró de reojo.

—Ah, bien. Como decía —se aventuró—. No soy perfecto. Ni me acerco a ello siquiera. Pero sí tengo algunos puntos fuertes. Y prometo hacerlo lo mejor que pueda.

Esperó a que ella contestara. No pudo. La sacudían emociones en conflicto. Ira, duda... y una esperanza salvaje y loca.

Su voz estaba atrapada en su garganta. Casi no podía respirar.

Sean buscó a tientas detrás de él la gruesa chaqueta de cuero forrada de lana y sacó algo del bolsillo. Le extendió una minúscula caja de terciopelo.

Ella se quedó mirándola estúpidamente. Sean produjo un sonido de impaciencia, agarró su mano y cerró sus dedos en torno a ella.

—Ábrela —la instó—. Por favor.

Liv la abrió y miró el anillo que había dentro. Con la boca abierta.

El anillo de oro blanco parecía destellar y latir contra el fondo de terciopelo negro. Un diamante brillaba, ligeramente descentrado, y en torno a

él estaban montados un rubí, una esmeralda y un zafiro en un sensual arreglo geométrico que parecía algo a la vez moderno y antiguo.

Era una pieza magnífica.

—Pensé que debía usar el mismo diamante —dijo él vacilante—. Pero creí que debía adornarlo, darle algo de color. Hacer algo fresco y nuevo a partir de él. Espero que tú... —Su voz se apagó.

Ella luchó por hablar, lo intentó de nuevo.

—¿Lo ha hecho Tam?

Sean asintió.

—Me encargó que te dijera que si eras lo suficientemente insensata para ceder quería ser tu dama de honor —sonrió, como disculpándose—. Está volviéndose una especie de tradición familiar.

Ella se tapó la boca temblorosa, mirando todavía el anillo.

—Va un poco por delante de la jugada, ¿no?

Sean negó lentamente con la cabeza.

—Más bien con quince años de retraso.

Tomó la mano que sostenía la caja del anillo y le dio un beso lento y reverente.

—Quiero hacerte el amor —dijo suavemente.

—Lo sé —murmuró ella.

—Pero no quiero que me des una patada en el culo después —dijo—. ¿Puedo decirte cómo quiero que sea? ¿Mi fantasía más salvaje y loca?

Liv se encogió de hombros.

—Nadie te lo impide —murmuró.

Sonrió. Le brillaban los ojos.

—Quiero ponerte este anillo en el dedo —empezó—. Quiero encaramarme encima de ti en ese sofá, y muy lentamente empujar la polla en esa vagina apretada y al rojo vivo. Quiero mirarte a los ojos y besarte mientras te hago el amor lenta y dulcemente. Durante horas. Hacerte correrte hasta que estés resplandeciendo. Radiante. Brillando.

Ella apartó la vista, roja.

—Podía haber adivinado todo eso.

—Ah, ¿soy demasiado predecible para ti? Todavía no he terminado. Cuando estemos exhaustos, iremos a casa. A la tuya, ya que está más cerca. Quiero bañarme contigo. Descorchar una botella de vino. Cocinar la cena. Fisgonear. Revisar los libros de tus estantes, tus DVD, tus fotografías. Meterme en la cama contigo. Hacer el amor otra vez, si tenemos fuerzas.

Ella no pudo mirarle a los ojos.

—Las tendrás, seguro.

—Probablemente —admitió él—. Quiero despertar por la mañana y sentir lo bueno que es tener tu cuerpo dulce, cálido, desnudo, sedoso de mujer, arropado en mis brazos. Haremos el amor de nuevo. Nos daremos una larga y sensual ducha juntos. Lameré las gotas de agua que te mojan con la lengua. Te peinaré. Te haré café. Te prepararé huevos con beicon.

Ella levantó una ceja.

—¿Quieres decir que no me vas a hacer el amor otra vez entre el café y los huevos con beicon?

Su sonrisa se volvió brillante.

—Eso se sobreentiende. Después te llevaré al trabajo y pasaré el resto del día rebotando contra las paredes porque seré muy feliz, tan jodidamente feliz que no sabré siquiera qué hacer conmigo.

Ella se derritió de nuevo. Apretó las manos contra la cara.

Sean se las quitó suavemente.

—Quiero pasar todos mis días y mis noches contigo. —Su voz vibraba de emoción—. Quiero protegerte, apoyarte, honrarte y consolarte. Tener hijos contigo. Envejecer contigo. Todos los años que tengamos. —Le besó las manos—. Quiero tu compañía, Liv. Para siempre.

Se le quebró la voz, pero ella no pudo saber si estaba llorando o no, porque tenía los ojos inundados de lágrimas. Se estiró hacia él, ciegamente, agarrándolo con brazos, piernas, todo lo que tenía, en un abrazo apretado y tembloroso.

No podía seguir luchando. Quería enredar su pelo en torno a él, atarlo. No quería soltarlo nunca.

Pero él le quitó el brazo de su hombro y besó su mano. El fuego que destellaba el diamante se reflejaba en sus ojos empapados de lágrimas.

—¿Puedo? —preguntó suavemente.

Ella cerró los ojos y asintió con la cabeza. Él le puso el anillo.

Le quedaba perfecta y exquisitamente a la medida.

Sean tomó su cara en las manos y le quitó las lágrimas a besos con apasionada delicadeza, como si fuera una flor. O un objeto delicado de porcelana.

Ella no podía abrir los ojos. Apretó los labios temblorosos. Su cuerpo vibraba de sensaciones. Oh, Dios, iba a estallar.

No pudo soportarlo más. Produjo un pequeño sonido agudo como un

gruñido y apartó la cara.

—¡Es suficiente!

Sean se asustó.

—¿Eh? ¿Qué?

—¡No soy una maldita muñeca frágil de porcelana! —aulló.

Él abrió los ojos desmesuradamente.

—Eeh, nunca dije que lo fueras, nena.

—¿Entonces? —Levantó la mano donde tenía el anillo, la blandió ante él. Brilló y centelleó imponentemente a la dura luz fluorescente del techo—. Yo cumplí mi parte del trato. Ahora cumple tú la tuya, maldita sea.

—¿Mi parte de, eeh, qué trato? —preguntó él con cara cautelosa—. No es que no esté deseándolo. Sólo quiero estar completamente seguro de que tengo derecho...

—¿Todo lo que dijiste? ¿Todas esas tonterías empalagosas y románticonas sobre hacerme el amor durante horas? ¿Te acuerdas? ¿Forma parte de tu numerito de payaso o tienes realmente la intención de llevarlo a cabo?

Sean soltó un gran suspiro tembloroso mientras sus mirada preocupada se relajaba en una gran sonrisa tontorróna.

—Dios, sí. Puedes estar segura. Sólo pensé que la actuación contenida, de caballero, refinada y sensible sería más...

—Los dibujos eran estupendos. Haré que los enmarquen. Pero no te vuelvas demasiado sensible. Y no pienses. —Tiró de la hebilla de su cinturón, la soltó, enredó con los botones de sus vaqueros—. Tienes una tarea, así que ponte a ella.

Él soltó un gemido agudo y jadeante cuando Liv tiró hacia abajo de sus pantalones y agarró su pene caliente y grueso, acariciándolo con avidez. Se deslizó de lado hacia el sofá y tiró de él hacia abajo para ponerlo encima de ella.

—Oh, sí. —Se irguió entre sus muslos abiertos con un gemido de deseo—. Tengo condones en el bolsillo de la chaqueta. Podría...

—¡No te atrevas a hacerme esperar un maldito instante más!

El timbre de su voz hizo que sus músculos se sacudieran. Su pene se retorció y latía en la mano de ella.

—Sí señora —murmuró.

Liv se retorció con impaciencia frenética hasta que sintió la punta roma de él empujar dentro. Finalmente penetrándola. Soltaron el mismo profundo

gemido de placer agonizante ante el lento y delicioso empujón. Se miraron a los ojos, fundidos en un todo tenso y palpitante. Suspendidos en una quietud sin aliento.

—No te apartes de mí —le dijo.

—Nunca. —Su voz baja y temblorosa tenía la solemnidad de un rito sagrado—. Lo juro.

Liv tiró de su cabeza hacia abajo y lo besó. —Quiero todo de ti —le dijo—. Todo lo que has sido, todo lo que serás. Todo lo que eres.

—Hecho —dijo él. La tomó con fuerza entre sus brazos y se lo dio.

notes

Notas a pie de página

[1]

Pelotas de piel aulladoras.

[2]

Florence Nightingale es recordada sobre todo por su trabajo como enfermera durante la guerra de Crimea y por su contribución a la reforma de las condiciones sanitarias en los hospitales militares de campo.